30

agosto 1995

estudios migratorios latinoamericanos

Estudios Migratorios Latinoamericanos es una revista cuatrimestral publicada por el Centro de Estudios Migratorios Latinoamericanos (CEMLA).

Director General: LUIS VALENTIN FAVERO

Director Asociado: FERNANDO DEVOTO

Comité de Redacción: ALICIA BERNASCONI, JORGE BESTENE, MARIA BJERG, MARIA CRISTINA CACOPARDO, FERNANDO DEVOTO, LUIGI FAVERO, ALEJANDRO FERNANDEZ, HERNAN OTERO, MARIO SANTILLO, CARINA SILBERSTEIN, BALDOMERO ESTRADA *(Chile)*, ADELA PELLEGRINO *(Uruguay)*.

Comité Científico: SAMUEL BAILY *(Universidad de Rutgers, New Brunswick)*, JORGE BALAN *(Centro de Estudios del Estado y la Sociedad, Buenos Aires)*, ROGER BOHNING *(Organización Internacional del Trabajo, Ginebra)*, HEBE CLEMENTI *(Fundación Otra Historia, Buenos Aires)*, TORCUATO DI TELLA *(Universidad de Buenos Aires)*, LUIGI DE ROSA *(Universidad de Nápoles)*, IRA A. GLAZIER *(Temple University - Balch Institute)*, LELIO MARMORA *(OIM, Buenos Aires)*, GABRIEL MURILLO *(Universidad de los Andes, Bogotá)*, EDITH A. PANTELIDES *(Centro de Estudios de Población, Buenos Aires)*, JUAN ODDONE *(Universidad de la República, Montevideo)*, LIDIO TOMASI *(Center for Migration Studies, Nueva York)*, GIANFAUSTO ROSOLI *(Centro Studi Emigrazione, Roma)*, NICOLAS SANCHEZ ALBORNOZ *(New York University)*, RUDOLPH VECOLI *(Universidad de Minnesota)*.

Dirección: Independencia 20
1099 - Buenos Aires, Argentina
T. E.: 342 - 6749 / 334-7717 - TELEFAX (0054 1) 331 - 0832

Suscripción anual: (3 números), en la Argentina, $ 33; Resto de América, US$ 33; Europa, Asia, Africa y Oceanía, US$ 36. Recargo vía aérea, US$ 7,50. Número suelto: $ 12; Números atrasados: $ 15. Los cheques en U$S deben ser girados sobre Nueva York.

Las opiniones expresadas en los artículos firmados son responsabilidad de los autores.

Los artículos publicados en esta revista aparecen regularmente resumidos en *Sociological Abstracts Inc., Review of population reviews, Historical Abstracts, Altreitalie* y en *IOM Latin American Migration Journal*.

Registro de la propiedad intelectual Nº 197979. Queda hecho el depósito que establece la Ley 11723.

CEMLA es miembro de la *Confederation of Centers for Migration Studies G. B. Scalabrini (CCMS)*.

CENTRO STUDI EMIGRAZIONE
BIBLIOTECA
ROMA

estudios migratorios latinoamericanos

AÑO 10 AGOSTO 1995 NUMERO 30

Indice

ARTICULOS

249 Mercados de trabajo, comunidad, familia: un análisis desde la perspectiva del género del proceso de inserción y aculturación.
DIRK HOERDER

277 Inmigración y trabajo: Australia y Canadá comparados.
FRANCA IACOVETTA - MICHAEL QUINLAN

DEBATES Y NOTAS DE INVESTIGACION

299 La formación de la colectividad inmigrante vasca en los países del Río de la Plata (siglo XIX)
OSCAR ALVAREZ GILA

333 Migración y fluctuaciones del mercado de trabajo: los trabajadores chilenos de Neuquén, 1884-1930.
ALINA FRAPICCINI - GABRIEL RAFART - DANIEL LVOVICH

357 Colonización valdense-uruguaya en Argentina: Colonia Iris.
ROGER GEYMONAT

La experiencia japonesa en América Latina

371 Nota del compilador.
DIEGO ARMUS

373 México y los emigrantes japoneses.
TOSHIO YANAGUIDA - TAEKO AKAGUI

403 El caso de los nikkeis dekaseguis brasileños, peruanos, argentinos, bolivianos y paraguayos en Japón.
HISATOSHI TAJIMA

431 Ochenta años de inmigración japonesa en el Brasil.
CHIYOKO MITA

453 Los inmigrantes japoneses en Argentina: historias personales de empresarios pioneros.
KEIKO IMAI

471 Desarrollo histórico de la inmigración japonesa en la Argentina hasta la Segunda Guerra Mundial.
MARCELO HIGA

NOTA BIBLIOGRAFICA

513 La inmigración judía a la Argentina: una perspectiva jerosolimitana.
IGNACIO KLICH

539 **REVISTA DE REVISTAS**

CRITICAS BIBLIOGRAFICAS

547 Jeffrey Lesser, *Welcoming the Undesirables. Brasil and the Jewish Question.*
M. A. DANIEL BARGMAN

552 Marcello Carmagnani, *Emigración mediterránea y América. Formas y transformaciones, 1860-1930.*
ALEJANDRO E. FERNANDEZ

558 Gianfauto Rosoli, *Identita degli italiani in Argentina. Reti sociali, Famiglia, Lavoro.*
LUIS ALBERTO ROMERO

561 Giovanni Bonfiglio, *Los italianos en la sociedad peruana.*
MARIELA G. CEVA

MERCADOS DE TRABAJO, COMUNIDAD, FAMILIA: UN ANALISIS DESDE LA PERSPECTIVA DEL GENERO DEL PROCESO DE INSERCION Y ACULTURACION

Dirk HOERDER *

La migración ha sido interpretada como una pérdida de capital humano para las sociedades de origen, y ganancia de mano de obra e intelecto para las sociedades receptoras. En lo que hace al aspecto humano y a la integración social, se ponía énfasis en el desarraigo y la ruptura social, desde la escuela de Chicago hasta Oscar Handlin. A fines de los setenta, en contraste, el énfasis se desplazó hacia el desgarramiento de hombres y mujeres de sus redes. La dimensión individual, que alguna vez había sido descripta con brillantes colores como la disponibilidad de oportunidades ilimitadas para los «*self made men*», es considerada ahora, en la feliz frase de Walter Nugent, como «hombres y mujeres que prefieren posibilidades inciertas a certeras imposibilidades» [1]. Desde la década de 1980 ha comenzado a emerger una nueva síntesis de enfoques sociológicos de la migración [2] y de sistemas mundiales de migración [3].

(*) *Universität Bremen, Alemania.*

1 WALTER NUGENT, *Crossings. The Great Transatlantic Migrations, 1870-1914*, Bloomington, Indiana UP, 1992.

2 HARTMUT ESSER, *Aspekte der Wanderungssoziologie. Assimilation und Integration von Wanderern, ethnischen Gruppen und Minderheiten. Eine Handlungstheoretische Analyse.* Darmstadt, Luchterhand, 1980; CHARLES TILLY, *Migration in Modern European History*, en WILLIAM MCNEILL y RUTH ADAMS, eds., «Human Migration: Patterns and Policies», Bloomington, Indiana UP, 1978, pp. 48-74.

3 En un esfuerzo conjunto se desarrolló un concepto de migración en las economías atlánticas. DIRK HOERDER, ed., *Labor Migration in the Atlantic Economies. The European and North American Working Classes During the Period of Industrialization*. Westport, CT., 1985. En los últimos años numerosos estudios han ido más allá de esas interpretaciones en lo que concierne a Europa (Leslie P. Moch), a las migraciones entre países no capitalistas

La migración, esta es mi primera hipótesis, es un proceso de equilibrio dentro de los condicionantes de los regímenes económicos nacionales y mundiales, los factores sociales aceleradores y retardatarios y los marcos políticos. Idealmente, utilizando una simplificación weberiana, los recursos humanos son redistribuidos por la acción voluntaria de migrantes potenciales y reales así como de agentes perseverantes en los intereses de los individuos, las familias y, hasta cierto punto, las sociedades involucradas, en los extremos emisor y receptor del proceso. En segundo lugar argumentaré que después de la llegada se produce un proceso en dos etapas, una inicial de inserción (adaptación) y una aculturación de largo plazo (incorporación)[4]. Al final del proceso, en una tercera etapa, queda una identidad simbólica como elemento de negociación en las sociedades estructuradas de manera pluralista[5]. Finalmente plantearé que el proceso de movilización, reconstitución familiar y aculturación incluyen la esfera reproductiva y el trabajo femenino en un grado mucho mayor que lo que generalmente se ha aceptado. El campo crucial para la socialización premigratoria y la gestión posmigratoria durante la inserción y la aculturación no son ni los estados (enfoque de nivel macro, a veces determinista), ni las decisiones individuales (enfoque a nivel micro, a veces voluntarista), sino las unidades de nivel intermedio: mercados de trabajo segmentados, comunidades étnicas y economías familiares dentro de áreas sociales y regionales específicas de la sociedad receptora.

En vista de las variadas formas de la migración, desde la voluntaria a la forzada, de la estacional a la permanente, de la de corta distancia a la inter-

---

(Camille Guerin-Gonzales, Carl Strikwerda), la transición demográfica y las sociedades inmigrantes de frontera (Walter Nugent), nuevas migraciones laborales (Robin Cohen). Los títulos, demasiado numerosos para enumerarlos aquí, se encuentran revistados en mi *Changing Paradigms in Migration History: From 'To America' to Worldwide Systems*, en «Canadian Review of American Studies», 24. 2, Spring 1994, pp. 105-126.

[4] No usamos aquí el término «asimilación», ya que a menudo denota sumisión incondicional de los rasgos culturales. Empleamos los términos «aculturación», que implica un movimiento por propia determinación hacia la nueva cultura e «integración» para los senderos de entrada ofrecidos por la sociedad receptora. MILTON GORDON, *Assimilation in American Life: The Role of Race, Religion and National Origins*, New York, Oxford UP, 1964, proporcionó la versión más diferenciada de la asimilación. JOHN GOLDLUST y ANTHONY H. RICHMOND, *A Multivariate Model of Immigrant Adaptation*, en «International Migration Review, 8, 1974, pp. 193-225; JOHN BODNAR, *Immigration, Kinship and the Rise of Working-Class Realism in Industrial America*, en «Journal of Social History, 14, 1980, pp. 45-65. RAYMOND BRETON, WSEVOLOD W. ISAJIW, WARREN E. KALBACH, JEFFREY G. REITZ, *Ethnic Identity and Equality. Varieties of Experience in a Canadian City*, Toronto, UTP, 1990.

[5] DIRK HOERDER, *Ethnic Cultures under Multiculturalism: Retention or Change*, en: HANS BRAUN y WOLFGANG KLOSS, eds., "Multiculturalism in North America and Europe: Social Practices, Literary Visions", Trier, WVT 1994, pp. 82-102.

continental, de la histórica a la contemporánea, debe establecerse primero el alcance de esta conceptualización. El énfasis en el equilibrio de intereses dentro de unidades de experiencia en el nivel intermedio implica la gestión propia por parte de los migrantes. ¿Quién determina los procesos migratorios?. La migración voluntaria se produce o bien dentro de los marcos políticos y legales establecidos por los gobiernos, o bien eludiéndolos. En el caso de los movimientos abiertos y legales, el concepto de proceso de equilibrio se aplica sin restricciones. Los movimientos clandestinos o, desde el punto de vista de los gobiernos, ilegales, responden a los intereses de los individuos o de las familias, pero no a los de las sociedades receptoras o, en el caso de restricciones a la emigración, de las sociedades de origen. Las migraciones clandestinas voluntarias intentan reequilibrar, mediante la acción desde abajo, la distribución desigual de factores macroeconómicos, ya se trate de recursos, términos de intercambio, o relaciones de poder desiguales. Las migraciones de colonización del siglo XIX equilibraron recursos de población y tierra; las migraciones laborales de los siglos XIX y XX están equilibrando mano de obra y puestos de trabajo, y la presente evasión desde los países subdesarrollados equilibra las oportunidades de supervivencia con los recursos económicos y sociales.

Las migraciones forzadas, ya sea de esclavos africanos, de mano de obra asiática contratada o la mano de obra forzada europea, son adquisiciones de recursos laborales determinadas por el usuario [6] contra los intereses de las personas involucradas y —habitualmente— contra los intereses de la sociedad de origen. Acentúan los desequilibrios económicos y políticos intencionalmente (*pull* forzado) [7] o como efecto colateral (*push* forzado) [8]. Algunas migraciones forzadas del pasado, por ejemplo, las expulsiones por razones étnicas o religiosas, proporcionan un cuadro diferente. El cambio de énfasis

[6] La migración colonizadora puede en ocasiones ser también migración forzada, como en el caso de los siervos trasladados por sus amos a las llanuras del sur de Rusia en el siglo XVIII, o la transferencia de poblaciones de origen germano desde países del este de Europa hacia territorios ocupados en los confines del Tercer Reich durante la Segunda Guerra Mundial.

[7] Ejemplo de ello son los reclutamientos de mano de obra por las fuerzas alemanas de ocupación durante las dos guerras mundiales y los gulags en la Unión Soviética. ULRICH HERBERT, *A History of Foreign Labor in Germany 1880-1980*. Seasonal Workers - Forced Laborers - Guest Wörkers, Ann Arbor, Mich., Michigan University Press, 1991 (original en alemán 1896); LOTHAR ELSNER y JOACHIM LEHMANN, *Ausländische Arbeiter unter dem deutschen Imperialismus 1900 bis 1985*, Berlin, 1988; MARCEL VAN DER LINDEN, *Forced Labour and Non-capitalist Industrialization: the Case of Stalinism*, en TOM BASS, MARCEL VAN DER LINDEN, JAN LUCASSEN, «Free and Unfree Labour», Amsterdam, IISH, 1993.

[8] La expulsión de Judíos y moriscos de España provocó un drenaje de recursos humanos que tuvo impacto a largo plazo en la declinación de su economía.

de las sociedades de origen, de religión y persecución al extremo receptor del proceso revela una redistribución de recursos e inserción exitosa. Los hugonotes expulsados, los protestantes de Salzburgo o los judíos hispanos, al trasponer la frontera del estado de origen, generador de refugiados, se convirtieron en activos económicos para los estados mercantilistas receptores vecinos. Dentro de los marcos políticos de las entidades dinásticas, se otorgaban ciertos privilegios a los «súbditos» (no «ciudadanos») que llegaban, quienes por su propia acción lograban la inserción, la aculturación, y el mantenimiento de rasgos culturales [9].

¿Se aplica el concepto de procesos de equilibrio a lo largo de regímenes históricos cambiantes?. Las migraciones voluntarias del siglo XIX se autorregularon mediante cadenas de retroinformación entre migrantes potenciales y reales. Las crisis económicas, esto es, cambios en los parámetros para la toma de decisiones, reducían la inmigración en el término de un año. Si bien hoy en día los medios de comunicación han reducido el desfasaje temporal entre el suceso y la reacción, los flujos migratorios se han tornado inmunes a los factores retardatarios clásicos. A fines del siglo XX, los desequilibrios entre los países del primero y del Tercer Mundo se han acentuado hasta tal punto que aún bajo condiciones adversas, las sociedades occidentales avanzadas, con sus aspectos capitalistas y de seguridad social, ofrecen mejores oportunidades de supervivencia [10]. La capacidad de absorción de sus mercados laborales se ha limitado severamente, pero los sistemas de seguridad social proporcionan un soporte que los términos de intercambio mundiales y las relaciónes de dependencia les niegan en el país de origen [11]. Las migraciones desde áreas de pobreza son intentos por rectificar los desequilibrios creados

[9] Discrepo con la afirmación de P. C. EMMER de que las migraciones forzadas, como por ejemplo la esclavitud, benefician a todos, tomando como punto de referencia el status económico de los descendientes libres de los esclavos o de los trabajadores bajo contrato. *Is Migration a Good Thing? Economic Growth and the Three Colonial Migration Circuits*, inédito, sept. 1993.

[10] NACIONES UNIDAS, *1992 Human Development Report*, New York, 1992.

[11] John Kenneth Galbraith diagnosticó una «cultura de la satisfacción» entre los sectores más pudientes y políticamente activos de la población que ignoran los intereses de los miembros del grupo que están en desventaja. Esta interpretación de los desequilibrios internos puede aplicarse globalmente. Anthony Richmond acuñó el término «apartheid global» para describir el nuevo contexto. JOHN KENNETH GALBRAITH, *The Culture of Contentment*, Boston, Houghton Mifflin, 1992 [hay versión castellana, *La Cultura de la satisfacción*, Buenos Aires, 1992]; ANTHONY RICHMOND, *Global Apartheid: Refugees, Racism and the New World Order* (Toronto, Oxford UP, 1994).

por la fuerte posición del centro euro-norteamericano mediante la acción autónoma desde abajo de quienes se encuentran en posición de desventaja [12].

Desde la década de 1980 los flujos migratorios involuntarios son acelerados por una multitud de conflictos internos en muchas sociedades. En áreas desgarradas por conflictos civiles se produce una especialización por género de los refugiados, cuando los hombres y los jóvenes varones luchan y las mujeres y jóvenes muchachas huyen con los niños (feminización de los procesos de refugiados). Las diferencias de poder entre los géneros parecen haberse desequilibrado más aún como consecuencia del fácil acceso que los hombres tienen a las armas livianas e incluso a las pesadas. La migración involuntaria de este tipo no cumple una función equilibradora de ninguna de las sociedades implicadas. No proporciona opciones de inserción puesto que los campos de refugiados proporcionan gestión administrativa de los refugiados exclusivamente [13].

La acción propia no se produce en el nivel macrosocial, al que la mayoría de los migrantes no tiene acceso. Tampoco es una historia individualista de cada persona para sí misma, el cliché del *self-made-man* [14]. La acción propia se produce con referencia a las condiciones socio-económicas locales y regionales y a la parentela y a la comunidad, el nivel intermedio. Antes de la partida, los migrantes actúan en economías regionales, ya sean aldeas o vecindarios urbanos. Son parte de economías familiares. Sus movimientos están orientados hacia metas en los mercados regionales y mercados de trabajo segmentados con acceso internacionalizado y hacia comunidades globalizadas.

1. Mercados de Trabajo

Cuando, en 1908, a los 18 años, John Chessa buscaba trabajo en su ciudad natal de Pattada, Cerdeña, había pocas oportunidades de trabajo locales, pero

---

12 Como estos desarrollos han sido percibidos sólo desde 1973 y han alcanzado un nuevo nivel de intensidad desde 1989, no es posible sugerir aún si se alcanzarán nuevos equilibrios, ya sea en términos del desarrollo del intercambio y de la población, o en la distribución de poder político y de las oportunidades percibidas y los niveles de vida.

13 La instalación por cuenta propia en una sociedad receptora puede darse sólo después de una relocación, por ejemplo, de los refugiados africanos en Canadá, o mediante la entrada directa en una comunidad de migrantes previos, por ejemplo, los refugiados croatas en Alemania. (Esto presupone que los refugiados croatas no serán deportados de regreso a Croacia, una medida que ha sido discutida por el Departamento del Interior alemán desde el momento de su llegada hasta la firma de los "acuerdos de paz" en París, diciembre de 1995).

14 Las autobiografías de inmigrantes sugieren el fracaso para las personas que no contaban con una red comunitaria, como lo muestran las experiencias de un italiano tratando de «hacerlo solo» y de una judía que ingresó a una universidad sin un grupo de apoyo étnico. CONSTANTINE M. PANUNZIO, *The Soul of the Immigrant* (1a.ed. 1925, New York, Persea, 1975).

muchas en las Américas [15]. Su falta de capacitación, el dialecto sardo, su escasa disponibilidad de fondos y su dependencia de los canales de información y de reclutamiento existentes, restringieron su elección a algunos de los segmentos internacionalizados de los mercados de trabajo mundiales. Hombres como Chessa eran necesarios cuando las nuevas pautas del intercambio mundial requirieron la construcción de canales, puertos, caminos y ferrocarriles, ya fuera en Panamá, Uganda o Canadá. Agentes de la Compañía del Canal de Panamá comenzaron a reclutar personal en Pattada. El gobierno italiano puso freno a sus actividades por falta de seguridad social para los migrantes potenciales. Estos, sin embargo, eludieron la interposición protectora emigrando desde Francia. De los 136 hombres de este solo pueblo, trece debieron ingresar en el mercado de trabajo francés por haberse agotado allí el dinero de que disponían para viajar. Chessa siguió en el trabajo en el canal y luego en una comunidad de sardos en Mulberry Street, en la ciudad de New York. Cuando no podía encontrar trabajo, volvía a las minas en Pennsylvania. Finalmente se estableció en la comunidad sarda de Port Washington, en Long Island, New York [16]. La historia de vida de Giovanni Veltri es similar, quien emigró al Africa y luego trabajó en la construcción del ferrocarril en el oeste canadiense allí donde hubiera trabajo de construcción [17].

Los mercados de trabajo eran más importantes que las comunidades para la inserción de migrantes en la sociedad receptora debido a su necesidad inmediata de ganarse la vida (economía de subsistencia). Después del viaje, las reservas de los inmigrantes polacos que llegaban al distrito del Ruhr, o los de los trabajadores Checos que iban a Viena, o de los campesinos rusos que llegaban a San Petersburgo, les alcanzaban para unos pocos días. Los inmigrantes en los Estados Unidos en torno a 1900 llegaban con un «capital inicial» de entre $12 (judíos rusos) y $41 (alemanes) [18]. La gente emigraba «a ganar el pan», según la expresión polaca, o, en italiano, «en busca de trabajo». El trabajo y el ingreso, y la consiguiente independencia de la asistencia familiar en áreas de desempleo extendido eran los factores primordiales en la decisión de partir. Las cartas de los inmigrantes a sus familiares en origen muestran que la selección de quién debía ser el próximo, quién recibiría un pasaje de llamada, estaba determinada por consideraciones económicas —ca-

[15] Los Estados Unidos recibieron su mayor caudal de inmigrantes en 1907.

[16] «John D. Chessa», en SALVATORE J. LAGUMINA, *The Immigrants Speak. Italian Americans Tell Their Story*, New York, Center for Migration Studies, 1979, pp. 25-32.

[17] *The Memoirs of Giovanni Veltri*, ed. by JOHN POTESTIO, Toronto, MHSO, 1987.

[18] *Reports of the Immigration Commission* (Comisión Dillingham), 41 vols., Washington, D.C., 1911, 3: 349-54.

pacidad de trabajo— más que por lazos emocionales [19]. Las esposas, los hijos o tal vez los padres eran llamados sólo después de haber establecido una base económica. Cuando se llamaba a las mujeres para hacer el trabajo doméstico, lo habitual era que llegaran primero las esposas de quienes administraban pensiones. «Estos hombres...necesitan mujeres que cocinen y laven», le dijeron a Rosa Cristoforo cuando su marido la mandó llamar. Como otras, ella debía atender a más de un hombre, tal vez hasta a dos docenas. La base económica de la comunidad y las intenciones de los hombres no permitían todavía una proporción uno a uno de fuerza de trabajo productiva y reproductiva [20].

John Chessa y Rosa Cristoforo se movían de un trabajo a otro, de segmentos del mercado de trabajo o de trabajo doméstico no remunerado a dondequiera pudieran ganarse la vida, económica y socialmente. Ambos continuaron en tipos de trabajo familiares para los *contadini*, haciendo tareas domésticas, cavando pozos, acarreando. También experimentaron cambios, a veces hasta dislocaciones atemorizantes: para John, una parte de su trabajo era subterráneo; Rosa debió cambiar en menos de 24 horas costumbres culinarias y de compras. Otros, como el lituano Antas Kaztaukis, fueron a los corrales de Chicago o pasaron a otras ocupaciones parcialmente mecanizadas [21]. Desde la década de 1890 en adelante, la homogeneización del trabajo, el taylorismo y la gerenciación empresaria científica dieron origen a las líneas de desmontaje y de montaje en los corrales y en la fabricación de automóviles [22]. Los trabajadores inmigrantes no calificados podían entrar en estos segmentos del mercado, cuyas tareas eran repetitivas y requerían escaso entrenamiento. Los puestos para los migrantes de hoy están en el trabajo doméstico y en los hospitales, en el servicio subremunerado y en los sectores reproductivos.

Los mercados múltiples de trabajo son los factores de atracción de nivel medio por debajo del nivel de las unidades nacionales. Ellos, según la teoría, se dividen, como las economías, en un sector primario, en crecimiento, capital

[19] Así argumenta HERBERT G. GUTMAN, *Work, Culture and Society in Industrializing America*, New York, 1976. Ver también las colecciones de cartas de inmigrantes que se cita más abajo.

[20] MARIE ETS HALL, ed., *Rosa, The Life of an Italian Immigrant*, Minneapolis, 1970, p. 160.

[21] «Autobiography», 1904, reproducido en *Plain Folk. The Life Stories of Undistinguished Americans*, ed. por DAVID M. KATZMAN y WILLIAM M. TUTTLE, *Jr. Urbana*, Ill. 1982, pp. 97-114.

[22] DAVID M. GORDON, RICHARD EDWARDS y MICHAEL REICH, *Segmented Work. Divided Workers. The Historical Transformation of Labor in the United States*, Cambridge, 1982.

intensivo y concentrado, y un sector secundario estancado y competitivo [23], que a su vez es complementado por uno terciario, marginal o ghetto. Los puestos en el primer sector ofrecen salarios relativamente altos y buenas condiciones de trabajo, estabilidad del empleo y de los salarios, potencialidades de promoción y protección contra los riesgos. Los trabajos en el sector secundario se caracterizan por el empleo irregular, de baja remuneración y condiciones de trabajo peligrosas o desagradables. Estos eran y son los trabajos típicos de los inmigrantes no calificados. Los calificados, como los obreros alemanes que emigraban a Budapest o a la industria del mueble en los Estados Unidos, podían ingresar en empleos del sector primario, en especial si los sistemas de entrenamiento en las áreas de acogida estaban menos desarrollados que en la sociedad de origen [24]. La segunda generación podía experimentar una movilidad descendente hacia la mano de obra industrial semi calificada.

Este modelo en tres capas de los mercados nacionales de trabajo no se refleja en las experiencias de los migrantes, ya sea en Europa o en las Américas [25]. Tenían información sobre uno o tal vez algunos segmentos del mercado de trabajo distante adonde amigos o parientes habían emigrado previamente, o donde agentes reclutadores ofrecían empleo. Sólo estaban abiertos para ellos aquellos segmentos del mercado de trabajo conmensurables con su calificación o la falta de ella, con sus problemas de comunicación y su diferencia cultural. Los segmentos estaban estratificados: algunos umbrales podían cruzarse sólo con una mayor calificación o con la adquisición de nuevas capacidades, incluyendo el idioma o los estilos de vida [26]. Los segmentos esta-

---

[23] PETER DOERINGER y MICHAEL J. PIORE, *Internal Labor Markets and Manpower Analysis*, Lexington, Mass, 1971; CLARK KERR, *Markets and Other Essays*, Berkeley, Cal., 1977; MICHAEL J. PIORE, *Birds of Passage: Migrant Labor and Industrial Societies*, New York, 1979.

[24] LASZLO KATUS, *Ethnicity in a Central European Metropolis: Budapest 1850-1914*, manuscrito en preparación para el Labor Migration Project, Universidad de Bremen; JOHN B. JENTZ, *Skilled Workers and Industrialization: Chicago's German Cabinet Makers and Machinists, 1880-1900*, en HARTMUT KEIL y el mismo, eds., «German Workers in Industrial Chicago, 1850-1910», a Comparative Perspective, DeKalb, Ill., Northern Illinois University Press, 1983, pp. 73-85.

[25] Ver las colecciones de cartas de inmigrantes, por ejemplo, WILLIAM I. THOMAS y FLORIAN ZNANIECKI, *The Polish Peasant in Europe and America*, 5 vols., Chicago, 1920; H. ARNOLD BARTON, ed., *Letters from the Promised Land. Swedes in America, 1840-1914*, Minneapolis, 1975; WALTER D. KAMPHOEFNER, WOLFGANG HELBICH, ULRIKE SOMMER (eds.), *News From the Land of Freedom. German Immigrants Write Home*, Ithaca, New York, 1991.

[26] Sobre la concentración étnica en segmentos específicos, ver JEFFREY G.REITZ, *Ethnic concentrations in Labour Markets and Their Implications for Ethnic Inequality*, en BRETON y otros, «Ethnic Identity», p. 135-195.

ban segregados: en algunos no se podían entrar a causa del género, la etnicidad o el color de la piel (o, a veces, la religión)[27]. La segmentación, la estratificación y la segregación de los mercados de trabajo implica que no existe una competencia general por los empleos. Sólo algunos ofrecen acceso internacionalizado. La inserción en la sociedad receptora no resulta en un conflicto inmediato con quienes están allí. El ingreso en la clase trabajadora nativa o inmigrada con anterioridad y su movimiento obrero se produce en etapas. Hay competencia directa cuando dos grupos culturalmente definidos de hombres o mujeres compiten por el mismo segmento del mercado de trabajo pero difieren en el precio de su mano de obra (mercado de mano de obra escindido). Las consecuencias de la inmigración e gran escala pueden incluir, sin embargo, un ascenso más lento o un descenso de los salarios debido a la sobreoferta de mano de obra o, inversamente, un incremento en la producción y en el empleo debido a un aumento en la demanda[28].

En contra de las interpretaciones de la historia económica y del movimiento obrero moldeadas por el paradigma de la industrialización y la modernización, los segmentos de mercado de mano de obra abiertos a los inmigrantes se ubicarían en el sector primario. Los conceptos (1) de la industria del hierro y el acero como sectores de punta de la industrialización y (2) de la agricultura como generador de una fuerza de trabajo pre-moderna de migrantes potenciales que debían ser reentrenados para el trabajo industrial están instalados en el paradigma de las sociedades industriales. La industria del hierro y del acero de la década de 1880 proporcionaba trabajo a muchos inmigrantes, ya fuera en Pittsburgh (Estados Unidos), Hamilton (Canadá) o Essen (Alemania). Estos obreros a menudo sufrían despidos por el quebranto de las maquinarias o de los ciclos económicos. No gozaron de empleos bien remunerados y estables[29].

¿Eran los trabajadores agrarios aptos para las modalidades del trabajo industrial?. El concepto de un sector primario presuponía mano de obra estable y calificada y la necesidad de trabajadores con hábitos de trabajo regulares[30]. Los historiadores de la clase obrera de las sociedades receptoras han planteado que los hábitos del trabajo agrícola, dependientes del clima y de los

[27] Otra diferenciación eran los mercados de trabajo internos y externos, la primera entrada en una forma más amplia y cambios o promociones dentro de las firmas.

[28] EDNA BONACICH, *A Theory of Ethnic Antagonism: The Split Labor Market*, en «Am. Soc. Rev.» 37, 1972, pp. 547-59; JOHN B. CHRISTIANSEN, *The Split Labour Market Theory and Filipino Exclusion: 1927-1934*, en «Phylon», 40, 1979, pp. 66-74.

[29] Este patrón histórico es confirmado hoy —en algún grado— en el sector de punta de la producción, *hardware* de computadoras, fuertemente basado en mano de obra femenina inmigrante y que proporciona trabajo a menudo insalubre y habitualmente de baja paga.

[30] GUTMAN, *Work, Culture and Society* (cit).

picos de demanda en primavera y otoño, eran irregulares. Debían ser remoldeados para adaptarlos a las nociones industriales de tiempo y programas regulares de producción mecánica. La historia social de trabajo agrícola en las sociedades de origen, ya sea Francia o Alemania, demuestra, sin embargo, que los picos y las bajas de trabajo estacionales o climáticos eran compensados con una multitud de tareas diversas sustitutivas [31]. Hombres y mujeres del trabajo agrícola experimentaban tareas variadas, pero horarios regulados por la costumbre. La excepción está constituida por los trabajadores empleados durante la época de cosecha, y el excedente de hombres y mujeres en áreas de superpoblación relativa como, por ejemplo, Galicia [32]. En la industria, las pautas de trabajo debieron ser desregularizadas cuando, debido al estado de la tecnología, lo único que funcionaba a tiempo era la campana de la fábrica. El resultado era una «identidad estropeada» de los hábitos de trabajo [33]. Esta modalidad, naturalmente, era amargamente lamentada por muchos trabajadores. Para ellos era irracional [34].

La importancia de la industria del hierro y el acero en los procesos de industrialización ha sido sobrestimada no sólo desde la perspectiva de la capacitación de una mano de obra industrial, sino también desde el punto de vista de la movilización de hombres y mujeres en función del trabajo asalariado en mercados de trabajo distantes. El impacto de la producción de acero en la vida cotidiana fue limitado. La producción de cereales y la industria de la vestimenta eran más importantes para los cambios en estilos de vida y la movilidad geográfica en el período de incremento de la mecanización, como lo demuestran los estudios en las sociedades de origen [35]. Los precios mundiales decrecientes de los cereales ocasionados por la producción masiva en las llanuras del sur de Rusia, la Argentina y los Estados Unidos eran el resultado de migraciones anteriores desde el siglo XVIII en adelante. La crisis

[31] INGEBORG WEBER-KELLERMANN, *Landleben im 19. Jahrhundert*, Munich, 1987. Los estudios migratorios a partir del área de origen, por ejemplo en Francia, han reconocido estos patrones laborales hace ya largo tiempo.

[32] La superpoblación relativa se define por cantidad suficiente de comida para todos, pero sub-empleo para algunos o para muchos.

[33] F. C. VALKENBURG y A. M. C. VISSERS, *Segmentation of the Labour Market: The Theory of the Dual Labour Market - The Case of the Netherlands*, en «Netherlands Journ. of Soc.», 16, 1980, pp. 155-70.

[34] WALTER LICHT, *Labor Economics and the Labor Historian*, en «Int. Labor and working-Class History», 21, 1982, pp. 52-62; RANDY HODSON y ROBERT L. KAUFMAN, *Economic Dualism: A Critical Review*, en AM. Soc. Rev., 47, 1982, pp. 727-39.

[35] Ver WALTER D. KAMPHOEFNER, *The Westfalians. From Germany to Missouri*, Princeton, Princeton UP, 1987.

agraria mundial de los años 1880 desplazó a millones de campesinos europeos de sus parcelas familiares. Las economías locales de Italia del norte, por ejemplo, debieron afrontar el impacto del arroz barato (migraciones coolie de Birmania y Tailandia), trigo barato (migración europea libre hacia el oeste) y seda barata (reducción en los costos de transporte desde Asia). Como consecuencia, catorce millones de italianos partieron en el término de cuatro décadas hacia otros países de Europa, hacia Norte y Sudamérica y algunos a Australia [36].

En segundo lugar, la producción de algodón en plantaciones y su procesamiento en centros fabriles cada vez más grandes, ya fuera en Manchester (Inglaterra, inmigración irlandesa), Lowell (Massachusetts, migración de hijas de agricultores), Bombay (India, migración de corta y media distancia) o Lodz (Rusia polaca, migración polaca y alemana), produjo precios constantemente decrecientes y disponibilidad de vestimentas o telas incluso en las tiendas de pueblo. En consecuencia, el trabajo de las mujeres dentro de la economía familiar —hilar, tejer y coser— resultó obsoleto en un corto lapso de tiempo. Sin embargo, hasta la ropa barata costaba dinero, y la moneda era el único cultivo de subsistencia que no podían realizar las familias («crisis de efectivo»). De esta manera, por el lado de la producción la mano de obra para plantaciones y fábricas debía ser importada; por el lado del consumo, las familias debían emigrar en procura de ingresos monetarios. Debía encontrarse un nuevo equilibrio. Para entender el lado humano de la industrialización, de la presión para entrar en el trabajo asalariado como fue experimentada por ambos sexos, la industria del algodón provee un mejor punto de partida que las industrias centradas en el trabajo masculino y que no tienen efecto inmediato sobre los aspectos reproductivos de la vida cotidiana.

El carácter segmentado del mercado de trabajo y los flujos de información explican por qué los hombres y mujeres que llegan terminan en el mismo segmento. Las cartas que inducían la migración secuencial (en cadena) llevaban a la gente a ocupaciones similares. Las mujeres mandaban llamar a hermanas o amigas, ya fueran suecas en Chicago, irlandesas en Boston o portorriqueñas en cualquier parte de los Estados Unidos de hoy [37]. Les aseguraban puestos en el trabajo doméstico. Otras, judías o italianas, se ayudaban unas a otras a entrar en fábricas de vestimentas o, para las mujeres del Tercer

[36] ANA MARIA MARTELLONE, *Italian Mass Emigration to the United States, 1876-1930: A Historical Survey*, en «Perspectives in American History, n.s., 1, 1984, pp. 379-423; GIANFAUSTO ROSOLI, *Italian Migration to European Countries from Political Unifications to World War I*, en HOERDER, «Labor Migration in the Atlantic Economies», cit., pp. 95-116.

[37] MONICA GLETTLER, *Die Wiener Tschechen um 1900. Strukturanalyse einer nationalen Minderheit in der Grosstadt*, Munich, 1972; HASIA R. DINER, *Erin's Daughters in America. Irish Immigrant Women in the Nineteenth Century*, Baltimore, 1983.

Mundo hoy, en fábricas de computadoras [38]. Los hombres de los corrales llamaban a otros hombres, hermanos o vecinos, a trabajar con ellos. En el caso de una aldea húngara, los hombres emigraban a dos comunidades mineras de West Virginia, pero pocas mujeres iban allí debido a la ausencia de oportunidades de empleo. Iban a New Brunswick, New Jersey, donde los segmentos del mercado de trabajo estaban abiertos para ellas. Cuando los hombres deseaban casarse migraban a New Brunswick en busca de una novia [39]. La especificidad según el género de las cadenas migratorias no es, pues sólo función de las esferas separadas y las relaciones sociales, sino también de la disponibilidad de empleo.

En el momento de la inserción inicial en un mercado de trabajo, los intereses de los migrantes y los de las sociedades receptoras concordaban en algún grado. Las sociedades receptoras demandaban —a veces incondicionalmente— la asimilación, pero no ofrecían la incorporación. Muchos migrantes, cuya primera prioridad eran los salarios en dinero, estaban dispuestos a cambiar sus normas consuetudinarias y sus patrones de conducta para concretar el objetivo de su migración. Nuevamente estaban equilibrados los intereses sociales e individuales, pero dentro de los condicionamientos de un marco político con desiguales relaciones de poder. Hombres y mujeres que experimentaban una tensión insoportable, en un análisis costo-beneficio personal podían optar por el retorno, ya que las pérdidas culturales y emocionales no se veían compensadas por las ganancias materiales.

Los migrantes cubrían largas distancias, pero permanecían mentalmente en el mismo ámbito cultural cuando ingresaban a segmentos del mercado de trabajo en los que el trabajo era similar al de la sociedad de origen y que se hallaban cercanos a una comunidad de su grupo. Podían funcionar inmediatamente, dondequiera hubieran llegado. Por otra parte, los movimientos entre diferentes tipos de trabajos demandaban una ruptura con las costumbres y formas de trabajo tradicionales. Un estudio de las mujeres alemanas, irlandesas, suecas y polacas que se movían de la vida agraria al Chicago de 1900 ha mostrado que muchos aspectos de las culturas aldeanas cotidianas se perdieron, que las exigencias de cambio fueron mucho mayores que las experimentadas por John Chessa. Al venir a un entorno socioeconómico urbano, la mayoría de las mujeres no fueron desarraigadas, pero debieron adaptarse rápidamente. Sólo después de la inserción inicial y con el establecimiento a lo

[38] JOANNE J. MEYEROWITZ, *Women Adrift. Independent Wage Earners in Chicago, 1880-1930*, Chicago, 1988, XIX; RICHARD KLUCSARITS y FRIEDRICH G. KÜRBISCH, eds., *Arbeiterinnen kämpfen um ihr Recht*. Autobiographische Texte. 2e., Wuppertal, 1981.

[39] JULIANA PUSKAS, *Transatlantic Migration from a Hungarian Village on the Basis of Oral Testimonies*, en CHRISTIANE HARZIG y DIRK HOERDER, eds., *The Press of Labor Migrants in Europe and North America, 1880s to 1930s*. Bremen, Universität, 1985, pp. 59-70.

largo del tiempo de comunidades étnicas, pudieron recuperar algún grado de control. A la adaptación impuesta sucedió un período de aculturación. La autodeterminación de la velocidad y dirección de los cambios fue nuevamente posible [40]. La fidelidad con su pasado, en lo espiritual, lo emocional y en la vida material cotidiana debía compatibilizarse con las posibilidades del futuro. Debían concordar sus hábitos colectivos tradicionales reflejados en las identidades personales con sus aspiraciones en una nueva colectividad, usando como referencia la comunidad y la familia.

2. *Comunidad*

Mientras la inserción en la esfera económica permite la supervivencia y la seguridad básica, debe conformarse una esfera social para la cultura cotidiana espiritual, emocional, cognitiva y de la conducta. Tanto las cosmovisiones/sistemas de valores/ sistemas normativos como los modos de vida cotidianos han sido moldeados inconscientemente y aprendidos conscientemente en la socialización primaria en una región específica y en un segmento social de la cultura de origen. Tras la migración, la adaptación debe graduarse temporalmente para evitar un quiebre en la identidad de la persona, una interrupción de la continuidad, una ruptura de las relaciones sociales con la cultura de origen [41]. La identidad de la primera socialización permanece tras la migración, pero pierde validez, es desactivada. Los hijos de la generación inmigrante son socializados en una cultura «étnica» [42].

Los conjuntos de relaciones sociales que permiten el soporte material y mental son comunidades conmensurables con la experiencia individual. Los modos de vida consuetudinarios, desarrollados a lo largo de generaciones, son reajustados constantemente en la sociedad de nacimiento. Este bagaje

[40] Un proyecto cooperativo de investigación de Deirdre Mageean, Margareta Matovic y Marianna Knothe, dirigido por Christiane Harzig (Universidad de Bremen), HARZIG, ed., *Peasant Maids, City Women. From the European Countryside to Chicago*, Ithaca, Cornell, previsto para 1996.

[41] La excepción son los migrantes que parten para huir del ostracismo por haber quebrado las normas.

[42] Una de las fallas conceptuales de la escuela de Sociología de Chicago era que al estudiar los grupos étnicos enfatizaban la dislocación y la anomia. El estudio sociológico de los recién llegados se encaraba con las categorías de la sociedad angloamericana hegemónica. El desarrollo de una metodología y una teoría más adecuadas ha sido un logro —poco reconocido— de la sociología de McGill en los años treinta. EVERETT C. HUGHES, *French Canada in Transition*, Chicago, University of Chicago Press, 1943, y *A Study of Ethnic Relations*, en «Dalhousie Review 24, Dec. 1948, pp. 477-82; ID y HELEN MACGILL HUGHES, *Where People Meet: Racial and Ethnic Frontiers*, Glencoe, Ill., Free Press, 1952.

cultural y las identidades individuales de los inmigrantes varía de acuerdo con el momento de llegada. Los modos de vida y las relaciones son recreados luego de la migración según modelos internalizados pero bajo el impacto de nuevas estructuras sociales. Este proceso de construcción de la comunidad ocurre en un espacio geográfico delimitado, el vecindario. No se extienden más allá de la distancia a pie, son vividos personalmente cada día [43]. La existencia aislada, sin embargo, puede conducir a lo que Fredelle Bruser, viviendo en las praderas canadienses, llamó «raíces horizontales»: [44] ausencia de compañía cultural en el espacio social inmediatamente circundante. Los contactos/raíces se extienden a través de distancias mayores hasta donde residen los co-étnicos o co-religionarios.

Una comunidad de migrantes debe conservar intactas sus relaciones con la comunidad de origen para proporcionar continuidad a la identidad y, más importante aún, para hacer posible la migración secuencial. Aún tras años de separación, amigos y parientes tienen que poder moverse hacia partes de la familia geográficamente distantes o hacia círculos de compaesanos. Noventa y cuatro por ciento de los migrantes que llegaban a los Estados Unidos a fin de siglo iban a lo de parientes o amigos [45]. En las mentes de los migrantes la distancia no tiene relación con los mapas geográficamente correctos, sino con la proximidad de las relaciones emocionales [46]. Una aldea vecina en la cultura de origen, distante apenas veinte kilómetros pero separada por una religión, puede estar más alejada que la comunidad de un familiar en otro continente. Estos «mapas mentales» proporcionan orientación y continuidad [47].

[43] Una buena descripción del funcionamiento de una comunidad italoamericana y su interacción entre normas del viejo mundo y aspiraciones de penetrar más en la nueva sociedad se encuentra JERRE MANGIONE, *Mount Allegro*, Rochester, N.Y., *A Memoir of Italian American Life*, 1942, reimpr., New York, Columbia UP, 1981. WARREN E. KALBACH, *Ethnic Residential Segregation and Its Significance for the Individual in an Urban Setting*, en BRETON, «Ethnic Identity», pp. 92-134.

[44] FREDELLE BRUSER MAYNARD, *Raisins and Almonds*, 1964, reimpr. Markham, Ont., Paperjacks, 1973, p. 28, hija de un tendero judío que vivió en pequeños pueblos de la pradera.

[45] Comisión Dillingham, Reports, 3: 358-59, 362-65, el 79% fue a lo de parientes y 15% a lo de amigos.

[46] En el caso de la migración italiana a esto se lo ha denominado campanilismo. Los migrantes, aun en continentes diferentes, nunca dejan la sombra del campanario de su pueblo natal, a juzgar por la continuidad de relaciones con los parientes.

[47] Cf. PETER GOULD y RODNEY WHITE, *Mental Maps*, 1974, 2e., Boston, Allen/Unwin, 1986; ROBERT E. COFFEY, *Territory, Maps and Cases*, en ANTHONY G. ATHOS y el mismo, «Behavior in Organizations: A Multidimensional View», Englewood Cliffs, Prentice Hall, 1968, 134-143.

Puesto que las comunidades de origen y de llegada se desarrollan bajo regímenes económicos socio-políticos diferentes, los eslabonamientos son complejos. En consecuencia, pueden emerger (1) identidades múltiples, o (2) diferencias entre los estilos de vida percibidos y los practicados. La coexistencia de identidades para acomodarse a múltiples grupos de referencia y sistemas de valores es ilustrada por una mujer de Transilvania. Había emigrado a los Estados Unidos con su esposo y dejó a sus dos hijas al cuidado de su hermana. Después de varios años, en 1910, regresó para buscar a sus hijas. Llevaba puesto su viejo traje a la usanza de Transilvania para indicar a su familia y a sus vecinos que no había cambiado, aunque probablemente no había utilizado ese vestido tan elaborado desde su llegada a los Estados Unidos. Para sus hijas había comprado, sin embargo, vestimenta moderna urbana para protegerlas del ridículo a su llegada a la nueva cultura. Un socialista austro-alemán que se encontró con las tres las tomó por alemanas de Transilvania. Pero la madre hablaba dialecto de Transilvania mechado con tantas palabras en inglés que resultaba difícil de entender para los alemanes: se había americanizado. Las niñas podían también comunicarse en el dialecto, pero entre ellas solían hablar magyar, pues habían crecido en la era de la magyarización. El socialista, que se consideraba un internacionalista de mente abierta, se quejaba de la poca modestia o, cuando menos, estilo no tradicional de los vestidos de las niñas y de la mezcla de idiomas de la madre. Este tipo de demandas conflictivas de las identidades de los individuos puede suscitarse a partir de diferentes grupos de referencia definidos por las culturas pre o posmigratorias, la clase o el género, los estilos de vida rurales o urbanos, la edad o la posición en el ciclo de vida. Las identidades se expresan en relación con las expectativas del grupo de referencia respectivo y son conformadas por las tensiones entre el modo de vida tradicional de un individuo y sus aspiraciones para el futuro [48].

Si esta mujer combinaba identidades paralelas e interactuantes premigratorias y emergentes, las cartas de mujeres inmigrantes a menudo indican sólo continuidades familiares [49]. Su función específica es facilitar tanto la inserción de los nuevos migrantes como la reinserción de los retornados. La aculturación, en otras palabras, no puede medirse por la aceptación de nuevas estructuras políticas, culturas, idiomas, etc., al nivel nacional, sino por un acuerdo entre las comunidades nativas y las étnicas circundantes y por la combinación de ambas culturas de manera de permitir la «conmutación» entre ambas. El concepto de asimilación de Gordon y el ensayo reciente de

[48] DIRK HOERDER (ed.), *Josef N. Jodlbauer. 13 Jahre Amerika, 1910-1923*. Wien, Böhlau 1995.

[49] WOLFGANG HELBICH y ULRIKE SOMMER, *Immigrants Letters as Sources*, en HARZIG y HOERDER, «The Press of Labor Migrants», cit., pp. 39-58.

Morawska sobre la vigencia del concepto enfatizan los movimientos unidireccionales hacia la nueva sociedad, y pasan por alto el carácter multifacético y multidireccional del proceso [50]. En épocas modernas, con estructuras políticas orientadas a proporcionar a los inmigrantes caminos de acceso, y con migrantes con experiencia política, parece haberse vuelto al uso anterior de canales políticos supra-regionales o nacionales [51]. La aculturación implica una evaluación de las ventajas y desventajas de ambos lados del proceso migratorio. Las mujeres mencionaban que en Norteamérica su vida social se veía restringida, los hombres discutían experiencias laborales y salarios. Al principio estas evaluaciones no estaban mediadas por las estructuras de los grupos étnicos. En las etapas iniciales de la construcción de las comunidades, las relaciones eran informales, como lo era el apoyo que se daba a los recién llegados, a las mujeres en el alumbramiento, a los miembros desempleados de la comunidad. El intercambio de noticias y el contacto emocional eran parte de la esfera pública social, y tenía lugar en las esquinas, en las tiendas, en las tabernas o en los patios de las casas de alquiler. Hombres y mujeres tomaban parte en él. Participaban en un proceso de equilibrio, minimizando los costos psíquicos a la par que maximizaban el confort emocional y las recompensas materiales de manera interdependiente. Los análisis de costo-beneficio de los migrantes no fueron y no son ecuaciones económicas reduccionistas, se preocupan por la re-conformación de las identidades y por el logro de metas para el futuro.

En el proceso de balancear entre sí las demandas de sistemas culturales diferentes y grupos de referencia diferentes, los migrantes, individual y colectivamente, cambiaron sus prácticas, pero no necesariamente su auto-percepción [52]. Por ejemplo, se estableció una parroquia, se construyó una iglesia para mantenerse fiel a las prácticas religiosas tradicionales. Pero los parámetros para el establecimiento de instituciones y la construcción de edificios estaban circunscriptos por las condiciones de la nueva sociedad y por la posición del grupo en ella. En la actividad misma de preservar la identidad pre-migratoria los migrantes estaban llegando a un acuerdo con su nuevo entorno social. Su identidad se convirtió en dual, compuesta, múltiple. La construcción de iglesias era percibida por los actores como un restablecimiento de sus tradiciones en la nueva sociedad. También implicaba un cambio de la estadía temporaria al asentamiento de largo plazo, cuando no permanente. Finalmente, era una clara partida del mundo premigratorio, pues la acción se

[50] GORDON, *Assimilation, cit.*, EWA MORAWSKA, *In Defense of the Assimilation Model*, «Journal of American Ethnic History», 13, 1994, pp. 76-87.

[51] BRETON, RAYMOND, *The Ethnic Group as a Resource in Relation to Problems of Incorporation: Perceptions and Attitudes*, en BRETON, «Ethnic Identity», cit., pp. 196-255.

[52] Esta sección se basa en investigaciones inéditas sobre seis grupos étnicos en Cleveland de 1880 a la década de 1920.

encaraba con independencia de las jerarquías sociales. La experiencia percibida y la practicada no coincidían. Las acciones tenían significados múltiples [53].

Al prolongarse la permanencia, las comunidades comenzaron a ir más allá del nivel informal para expresarse además en dos niveles adicionales, las instituciones formales y los signos visibles para las comunidades vecinas. Las sociedades étnicas de ayuda mutua, las instituciones culturales y la organización política incipiente fortalecían la posición de la comunidad *vis-à-vis* la sociedad hegemónica, y reclamaban reconocimiento. La incorporación política, desde luego, sólo era posible en sociedades que aceptaban a los inmigrantes como ciudadanos y no meramente como poblaciones inmigrantes residentes, socialmente integradas pero políticamente excluidas. Este es el status de la mayoría de los «trabajadores huéspedes» europeos de hoy. Los ucranianos en Canadá o los alemanes en los Estados Unidos pudieron incorporarse al proceso político, mientras que los rutenos en Alemania, los italianos en Suiza o los indios en Sudáfrica permanecieron fuera de las culturas oficiales y fueron sistemáticamente mantenidos fuera de sus instituciones. La gente dispuesta a aculturarse pero excluida por el grupo hegemónico entra en procesos de formación secundaria de minorías. Fortalecen sus instituciones e intentan lograr la completitud institucional por separado, en vez de la incorporación. Ejemplos de ello son los polacos en Alemania o los afroamericanos en los Estados Unidos [54].

La aculturación en la esfera política se produce también en el nivel intermedio: establecimiento de distritos escolares en las praderas o luchas por el reconocimiento de los idiomas de los inmigrantes en las escuelas urbanas de nuestros días, selección de candidatos étnicos en las elecciones y participación en la política municipal. Esta actividad local permitió participación popular incluso de los inmigrantes de baja posición social. También proporcionó un contraste con las sociedades de origen. Allí las clases altas, señores territoriales, sacerdotes o pastores, maestros o funcionarios, habrían decidido desde arriba hacia abajo cuándo y dónde establecer una institución. Los migrantes no buscaban constituciones libres —mito éste acerca de la migración dirigida a los Estados Unidos [55]—, sino liberarse de los opresivos funcionarios

[53] Para una discusión sobre la identidad étnica ver WSEVOLOD W. ISAJIW, *Ethnic Identity Retention*, en BRETON, «Ethnic Identity», cit., pp. 34-91.

[54] CHRISTOPH KLESSMANN, *Polish Miners in the Ruhr District: Their Social Situation and Trade Union Activity*, en HOERDER, «Labor Migration in the Atlantic Economies», cit., pp. 253-275. RAYMOND BRETON, *Institutional Completeness of Ethnic Communities and the Personal Relations of Immigrants*, en «American Journal of Sociology», 70, 1964, pp. 193-205.

[55] Con excepción de refugiados políticos como los de las revoluciones del 48 y algunos de los socialistas alemanes que emigraron entre 1878 y 1890 a causa de la ley anti-socialista.

locales. Una caricatura alemana del siglo XIX muestra a demacrados campesinos solicitando a un magistrado de redondeado vientre, cómodamente sentado, autorización para partir. Cuando él pregunta: «¿no habrá manera de que os quedéis aquí?» una voz desde el fondo murmura: «Bueno... si usted se fuera...» [56]. Los migrantes expresaban sus intereses en un nivel que tenía impacto directo sobre su bienestar material y espiritual. La integración estructural en los niveles más altos del sistema político tiene un significado diferente para el grupo mismo y como significante para otros grupos.

El proceso de establecer una posición para la comunidad —y el grupo en su conjunto— involucraba un segundo aspecto. La comunidad étnica debía hacerse visible para ser reconocida por, e interactuar con, las comunidades vecinas. Debía establecerse un territorio social: las iglesias eran erigidas en esquinas, y debían ser más grandes que las de los grupos vecinos. Este es el efecto de status (o «de pavo real») de la religión. Las tiendas de un grupo dominaban las secciones de una calle, las logias y sociedades de ayuda mutua realizaban desfiles públicos en los fines de semana. Esta visibilidad implicaba una simplificación de la heterogeneidad cultural interna acarreada desde las sociedades premigratorias. El proceso de homogeneización era parte de la construcción de una cultura étnica, objetivamente distinta de la cultura de origen, pero subjetivamente no percibida como diferente. Personas de diferentes regiones de Polonia se convirtieron en «polacos» en el distrito del Ruhr, en Chicago o en Francia; los suabos, bávaros, naturales de Hesse o de Mecklenburgo se convirtieron en «los alemanes»; quienes proceden de Estambul o Anatolia, sean de origen turco o kurdo, son hoy «los turcos». La aculturación implica también, pues, (1) una nivelación intencional de las diferenciaciones internas del grupo a los efectos de la comunicación y (2) la negociación con otras secciones de la sociedad receptora y la aceptación o el sufrimiento involuntarios de características adscriptas [57].

La formalización de estructuras de grupo así como de estructuras de interacción con otros grupos culturales, ya sean dominantes o minoritarios, da como resultado una separación creciente de las esferas para hombres y mujeres, una especialización por género de las funciones. Los hombres dominan las estructuras formales, tratan de monopolizar la esfera pública. Las mujeres permanecen en la esfera informal de las relaciones cotidianas y en el hogar. Sin embargo, tiene lugar un proceso constante de negociaciones entre los gé-

[56] Publicada por primera vez en 1849, Reimpresa en HERMANN VON FREEDEN y GEORG SMOLKA, *Auswanderer. Bilder und Skizzen aus der Geschichte der deutschen Auswanderung*, Leipzig 1937. Ver también la historia de vida *Jürnjacob Swehn der Amerikafahrer*, de JOHANNES GILHOFF (1a. ed. 1917, numerosas reimpresiones).

[57] HOERDER, *Ethnic Cultures under Multiculturalism: Retention or Change*, cit.

neros en cuanto a los límites de lo público y lo privado. La separación no es aceptada con tanta facilidad como desearían los varones de los grupos étnicos [58].

La importancia del nivel popular y la interacción de lo público y lo privado, de la religión, de la política y la etnicidad, de ambos géneros, es evidente en el desarrollo de muchos periódicos étnicos. Wiarus Polski, establecido por un sacerdote para los mineros polacos en Alemania tuvo que ocuparse de temas étnico-políticos. Una publicación similar para los mineros irlandeses en Denver debió encarar cuestiones de clase. Toveritar, el diario de las mujeres finlandesas canadienses y estadounidenses, sólo pudo sobrevivir cuando las mujeres pudieron discutir en sus columnas sus experiencias cotidianas. Este era también el rol de la *«Bintel Brief»*, y de la página femenina del *Jewish Daily Forward* en New York o del periódico magyar *Szabadsag* de Cleveland. Los periódicos tenían la triple función de proporcionar un vínculo con la nueva sociedad, mantener el contacto con la vieja y ofrecer un foro de discusión y comunicación para la comunidad étnica local que hacía que estos periódicos fueran importantes y económicamente viables [59].

Para resumir: los inmigrantes no se aculturaban a las instituciones libres en los Estados Unidos (con la excepción de los refugiados políticos), a las oportunidades ilimitadas de Canadá, a las instituciones alemanas, a la democracia suiza o a la cultura francesa, o a cualquiera sea el destino de nivel macro definido por fronteras internacionales. Tras la acomodación en la fase inicial de establecimiento de un punto de apoyo económico, la aculturación era la interacción de los viejos valores con el nuevo entorno al nivel de la vecindad experimentada. Implicaba el ajuste de las identidades formadas en el nivel intermedio de la sociedad de origen a los mercados de trabajo segmentados y a las comunidades circunscriptas. También implicaba un balanceo constante de los modos tradicionales de vida —la identidad de la primera socialización— con las aspiraciones surgidas de los cambios socioeconómicos y con las exigencias y estructuras de la nueva sociedad tal como eran experimentadas en una variante regional y social particular.

Las sociedades receptoras también se adaptaron hasta cierto grado a los grupos de recién llegados. El sistema de jefes urbanos y maquinarias en los Estados Unidos de fin de siglo fue un intento por reunir los votos de secciones de la población que no tenían acceso práctico al sistema. Los migrantes se

[58] CHRISTIANE HARZIG, *The Role of German Women in the German-American Working-Class Movement in Late Nineteenth -Century New York*, en «Journal of American Ethnic History», 9 (1989), pp. 87-107.

[59] Ver los ensayos de KRYSTINA MURZYNOWSKA y CHRISTOPH KLESSMANN, DAVID BRUNDAGE, VARPU LINDSTRÖM-BEST y ALLEN SEAGER, MAXINE SELLER y JULIANA PUSKAS en Harzig y Hoerder, *The Press of Labor Migrants*, cit.

beneficiaron con este interés en sus votos y fueron incorporados al proceso. La adaptación del trabajo calificado a los recién llegados no calificados, o el recurso a reservas de calificados ha sido estudiado a menudo [60]. Hábitos alimenticios y el uso del lenguaje cambiaron para hacerse más abarcadores. Los sistemas escolares [61] o las bibliotecas públicas [62] intentaron dar abasto con las normas y las demandas culturales de los recién llegados. Los desarrollos en el nivel intermedio influyeron, y en las migraciones de hoy influyen, el nivel macrosocial.

3. Familias

Aili Grönlund llegó en 1922 con sus hermanas y su madre desde Helsinki, Finlandia, a Timmins, Ontario, donde su padre había abierto una panadería. En este caso los intereses familiares no habían sido negociados en beneficio de todos [63]. El padre inquieto se había mudado, la familia debió seguirlo. Debieron cambiar su departamento de Helsinki, con calefacción central, una sala lleno de libros y con cortinas blancas por la vida en un cuarto de una casa de pensión, mientras el padre dormía en el piso de la «panadería estilo americano», una choza gris. La casa que alquilaron a continuación no tenía bañera, y sacos de harina blanqueados hacían las veces de cortinas. La movilidad social era descendente, desde una civilización urbana desarrollada, a una tosca y marginal, «cien años atrasada» [64]. En la familia estalló el conflicto generacional cuando una hija casó con un «extranjero» —un canadiense— cuando hicieron su intercambio de votos «en un idioma extraño» —el inglés—. Los padres no se habían pasado al nuevo idioma, y más tarde no podrían

[60] Ver las obras de Charles Taylor y Frank B. Gilbreth.

[61] En el caso de los Estados Unidos se ha sostenido siempre que las escuelas eran el principal agente de aculturación de los hijos de los inmigrantes. El estudio de Cleveland citado más arriba (sección borrador de Gudrun Birnbaum) muestra que el nivel de asistencia era bajo, y que los requisitos oficiales de asistencia se limitaban a unas pocas semanas al año. Por otra parte, la moderna educación multicultural proporciona obviamente acceso a la nueva sociedad a nivel introductorio.

[62] ILONA KOVACS, *Cleveland Public Library and the Acculturation of Immigrants* (manuscrito inédito).

[63] Ver infra a propósito de las negociaciones intra-familiares y el equilibrio de intereses.

[64] La familia finlandesa tenía la sensación de que podía contribuir a mejorar los niveles de vida en la nueva comunidad. Podían hacer un pan negro saludable que remplazara al fofo pan blanco. Podían introducir saunas y bañeras para mejorar los niveles de higiene personal.

hablar con sus nietos. Originalmente Aili y sus padres no sabían mucho de las comunidades no finlandesas que los rodeaban y nada del país en general. La aceptación de los elementos de la nueva cultura es negociada en el círculo íntimo de la familia con el apoyo o la presión de la comunidad [65].

El análisis de la aculturación al nivel de la comunidad también sustenta el énfasis en los desarrollos intrafamiliares e ilustra la dicotomía mencionada más arriba entre lo percibido y la práctica cotidiana. Cuando el uso de lengua materna declinaba notablemente en un grupo, sus miembros intentaban revertir la tendencia. Por ejemplo, una comunidad polaca en Nanticoke, Pennsylvania, abrió una escuela de idioma para la segunda generación. Pero ni la segunda generación acudió por inclinación propia, ni los padres que habían solicitado la escuela enviaron allí a sus hijos. Las percepciones demandaban continuidad de la identidad de la vieja sociedad; las prácticas habían hallado hacía tiempo caminos de mediación entre las culturas; las aspiraciones estaban orientadas hacia la nueva sociedad. Los editores de periódicos étnicos reaccionaron imprimiendo columnas, secciones o páginas en inglés para la generación joven [66]. Las negociaciones o los conflictos intrafamiliares tienen en la aculturación gradual un papel mayor que las instituciones étnicas formales o el incremento gradual en la participación política. Puesto que la familia —de acuerdo con la distribución social de las esferas entre los géneros— es la esfera de las mujeres, este análisis sugiere que las mujeres, cuyo papel ha sido descrito con frecuencia como conservador, eran actores primarios en el proceso. Tenían que negociar el cambio cultural con los niños influidos por el grupo de pares.

En cuanto al impacto de las mujeres, un análisis por género de los flujos migratorios provee ya un marco cuantitativo. La migración voluntaria de mano de obra del siglo XIX en las economías atlánticas y las migraciones laborales centroamericanas y mediterráneas sur-norte del siglo XX comenzaron con una fuerte subrepresentación de las mujeres, que con el tiempo cambió a una tasa de inmigración 60:40 [67]. La migración masculina de retorno

[65] AILI GRÖNLUND SCHNEIDER, *The Finnish Baker's Daughters*, Toronto, MHSO, 1986, pp. 21, 24-26, 39.

[66] MIROSLAW BORUTA y ANDRZEJ POREBSKI, *The Polish Labor Press and Workers' Acculturation in the United States, 1918-1929*, en HARZIG y HOERDER, «The Press of Labor Migrants», cit., pp. 492-93.

[67] Con excepción de los grupos irlandeses y judíos, en los que por razones culturales y sociales, ambos sexos emigraron en proporciones similares. DONNA GABACCIA, *Women of the Mass Migrations: From Minority to Majority, 1820-1930*, de próxima aparición en DIRK HOERDER y LESLIE PAGE MOCH, eds., «European Migrants: Global and Local Perspectives», Boston, Northeastern UP, 1995, pp. 90-111.

fue, sin embargo, mayor que la de las mujeres [68]. Desde los años 30 hasta la década de 1980 la proporción de sexos en la migración a los Estados Unidos fue casi equilibrada, con un pequeño margen a favor de las mujeres. Los «trabajadores huéspedes» europeos también se han equilibrado desde que finalizó el reclutamiento en 1973, y desde que los trabajadores estacionales masculinos y femeninos comenzaron a considerar su permanencia como de largo plazo o definitiva.

El concepto de economías familiares [69], y la inclusión de factores emocionales y espirituales no mensurables en el proceso de equilibrio que forma parte de las decisiones migratorias permiten una reformulación del enfoque economicista del análisis costo-beneficio y una aproximación del foco a la adaptación al mercado y la construcción de la comunidad en el nivel intermedio. Un enfoque «de costo-beneficio extendido» debe incluir el total de los factores que influyen en la decisión. No es una operación contable, sino una evaluación. Las economías familiares, tanto en sociedades campesinas como en las de asalariados o de consumidores, combinan las capacidades de generación de ingresos de cada uno de los miembros de la familia (1) con las necesidades reproductivas, por ejemplo, el cuidado de los dependientes, niños o ancianos, (2), con pautas de consumo y (3) con necesidades espirituales y emocionales para alcanzar los mejores resultados posibles medidos según patrones dictados por las costumbres para toda la familia y su posición en la comunidad. La adjudicación de recursos depende de la etapa respectiva del ciclo familiar así como de las etapas de los ciclos de vida individuales. La adjudicación de tiempo, fuerza de trabajo y capacidades de todos tiene que negociarse en términos de los beneficios para cada uno: maximización del ingreso o del ocio, cuidado de los niños o trabajo fuera de la casa, educación o trabajo asalariado de los niños, tradicional recurso a la red o separación individualista de la comunidad. Un nuevo miembro inmigrante de una familia, por ejemplo una novia, era juzgada por la familia en términos de fuerza de trabajo, status de su familia y, por supuesto, capacidad de engendrar niños. Esta evaluación en el marco de la familia debía ser tenida en cuenta por los dos miembros potenciales de la nueva pareja, que realizaban también su propia evaluación. De manera similar, las decisiones acerca de quien podía emigrar eran asuntos de evaluación del conjunto familiar [70].

[68] MARK WYMAN, *Round-Trip to America. The Immigrants Return to Europe, 1880-1930*, Ithaca, Cornell, 1993.

[69] La formulación clásica de este enfoque se encuentra en LOUISE A. TILLY y JOAN W. SCOTT, *Women, Work and Family*, New York, 1978, pp. 12 y passim.

[70] Para un estudio de caso y reflexión teórica, ver WERNER SCHIFFBAUER, *Die Migranten aus Subay. Türken in Deutschland: eine Etnographie* (Stuttgart, 1991).

Desde una perspectiva diferente y para aplicaciones diferentes, la investigación acerca del desempeño en las organizaciones se ha ocupado de la cuestión de la satisfacción. El interés estaba centrado en lograr el máximo resultado para las organizaciones y evitar rupturas en los procesos de trabajo y comunicación. Si bien algunos resultados eran simplistas, la actitud de las relaciones humanas hacia las relaciones gerencia-empleado, la cuestión básica de cómo optimizar las tareas en una organización —no maximizar un aspecto en detrimento de otros que podrían entonces resultar contraproducentes para la maximización— puede aplicarse a las relaciones informales también. Están estructuradas, pero no de manera visible como los diagramas de flujo organizacionales [71]. Las unidades familiares y las relaciones entre amigos y parientes pueden ser analizadas con estos mismos conceptos. La satisfacción de todos proporciona continuidad, estabilidad y «resultado»; la insatisfacción, la búsqueda continua de alternativas. Es obvio para los autores de estos estudios que los aspectos cuantificables, las contribuciones (por ejemplo, el aporte de mano de obra) y los estímulos (por ejemplo, los salarios) en forma de productividad e ingreso pueden ser medidos, pero que ellos no representan el aspecto subjetivo del beneficio para quien lo recibe, el aspecto no mensurable. Estudios posteriores sí han incluido sistemas humanos y organizaciones sociales en sus análisis [72].

La cuestión de alcanzar la satisfacción y alcanzar los intereses materiales, base de las economías familiares viables, era también parte de los arreglos matrimoniales. La necesidad de ganar una dote y alcanzar status en el mercado matrimonial en origen era una razón para que las mujeres emigraran y entraran en el servicio doméstico. Las pautas de concesión de dotes, el nexo económico, cambiaron en el siglo XIX. Las mujeres emprendieron la emigración a Norteamérica, entre otras razones, para escapar de las degradantes negociaciones sobre la dote y las cargas laborales familiares que se asignaban a las mujeres en Europa. En otros casos las mujeres consentían el matrimonio a cambio de fondos para viajar, el billete pre-pago. Finalmente,

[71] Un equipo de autores argumentó que el total de una población dada pasa un tercio de su vida cotidiana en organizaciones, con excepción de las amas de casa y los niños en edad preescolar. Estos estudios datan de las décadas de 1950 y 1960, cuando aún se prestaba poca atención a las relaciones informales, cf. JAMES G. MARCH y HERBERT A. SIMON, *Organizations*, New York, Wiley, 1958. Resulta interesante que en la traducción alemana de 1976 se cambió el título a *Organisation und Individuum. Menschliches Verhalten in Organisationen*. [Organización e individuos. La conducta humana en organizaciones]. Wiesbaden, Gabler, 1976, pp. 7-8.

[72] EDGAR F. HUSE y JAMES C. BOWDITCH, *Behavior in Organizations: A Systems Approach to Managing*, Reading, Mass., Addison-Wesley, 2 e., 1977; JOHN R. SCHERMERHORN, JR., JAMES G. HUNT, RICHARD N. OSBORN, *Managing Organizational Behavior*, New York, Wiley, 1982.

en la época de emigración masiva de hombres, las mujeres debían seguirlos si deseaban casarse o, visto desde el otro lado, los hombres debían hacer venir mujeres casaderas. Todos estos aspectos están ejemplificados en una viñeta de la migración italiana. Algunos hombres de una cierta aldea habían ido a un mercado de trabajo particular en Norteamérica y enviaban pasajes para mujeres. Una de ellas combinaba nociones tradicionales —el matrimonio— y nuevas expectativas —América—: «Estaba tan contenta de ir a América y casarse, que no le importaba quién era el pretendiente» [73]. El hecho de que los hombres buscaran esposas, mandaran buscar «compañeras» o, más explícitamente, mujeres que lavaran sus camisas y cocinaran para ellos, muestra que la fuerza de trabajo móvil se había hecho más importante que una engorrosa dote [74]. La interacción entre el matrimonio y los mercados laborales demuestra la combinación de consideraciones emocionales y económicas intervinientes en la migración, explicita los componentes económicos del amor y del trabajo, el trabajo reproductivo impago en el caso de la migración matrimonial [75].

Las pautas de la economía familiar eran reconocidas ya por los hombres de negocios en el cambio de siglo. La reunión de los ingresos en un pozo común y la juiciosa asignación de los fondos disponibles por parte de las mujeres para las compras diarias así como para las compras de bienes durables implicaba que los anunciantes debían dirigirse a las mujeres. Así, cuando aparecieron nuevas pautas de consumo y de comercialización masiva, los editores étnicos añadieron páginas femeninas a sus periódicos. Esto reflejaba tanto los intereses de los anunciantes como una nueva posición de las mujeres en el grupo étnico [76]. Cuando las mujeres deseaban cambiar su posición dentro de la familia, las negociaciones podían tomar giros sorprendentes. En la prensa socialista y obrera de lengua alemana en Norteamérica, los autores masculinos argumentaban que las esposas de los obreros debían apoyar el movimiento y las actividades de sus esposos. Pero cuando las autoras argumentaban en favor de la solidaridad de clase y de género, los varones germano-americanos cambiaban de posición y discutían siguiendo

[73] HALL, *Rosa*, *cit.*, p. 163.

[74] Ibid, y H. ARNOLD BARTON, ed., *Letters from the Promised Land. Swedes in America, 1840-1914*, Minneapolis, 1975.

[75] SUZANNE M. SINKE, *International Marriage Market. A Theoretical Essay*, en DIRK HOERDER y JÖERG NAGLER, eds., «People in Transit. German Migrations in Comparative Perspective», Cambridge, Cambridge UP, 1995, pp. 227-248.

[76] MONIKA BLASCHKE, *Communicating the Old and the New: German Immigrant Women and Their Press in Comparative Perspective around 1900*, en Hoerder y Nagler, «German Migrations», cit..

líneas de etnicidad y género. Las mujeres eran las guardianas del hogar y de las tradiciones étnicas, debían proporcionar amoroso cuidado a los niños a la manera tradicional. Debían hacer los mismo por sus esposos cuando ellos regresaban del agotador trabajo de la fábrica al refugio hogareño. Las mujeres eran los pilares de la familia y de la vida familiar germano-americana en particular. No debían comportarse jamás como las mujeres americanas, quienes en opinión de los varones germano-americanos —y de una cantidad considerable de mujeres germano-americanas— descuidaban sus deberes familiares. Después de que los niños y los esposos hubieran recibido su cuota de atención, las mujeres podrían dar un pequeño paso afuera, para construir «la gran familia de los socialistas» [77]. La extensión del hogar y del círculo familiar a la familia de los socialistas o —en Inglaterra— de los Cartistas o la familia humana en general requiere un estudio propio sobre los eslabonamientos mentales entre lo privado y lo mundial, sobre la extensión del nivel microsocial al macrosocial.

Cuando las familias se extendían mundialmente por medio de la migración, las ganancias económicas en el área de destino influían el status en el vecindario de origen. Donde la tierra proporcionaba status, podían incrementarse las parcelas incluso en tiempos de cosechas excedentes. Las remesas se utilizaban para consumo visible y hasta ostentoso, las casas americanas o los relojes de oro. La pérdida de status podía producirse a causa de las condiciones de trabajo o de las demandas sociales y diferentes normas culturales en la comunidad de acogida que inducían a los migrantes, masculinos o femeninos, a transformarse en un grado tal que los hiciera inaceptables para los compaesanos o sus parientes no emigrados [78].

La intrincada conexión entre factores económicos y emocionales también se evidencia en el aspecto temporal de las decisiones de emigrar. Caídas económicas bruscas en el status material en el pueblo de origen o en la sociedad receptora con la consiguiente declinación en las oportunidades de ganancia o «caídas» emocionales en las relaciones familiares influían el momento de las partidas. Las recesiones macroeconómicas eran seguidas por un descenso de la inmigración. Los cambios intrafamiliares de relaciones al momento de la muerte de uno de los padres, especialmente la madre, o la llegada

[77] JOHANNA GREIE-KRAMER, *Die Frauen und die Arbeiterpresse*, en «New Yorker Volkszeitung», número 25° aniversario, 21 de febrero de 1903, 21. La traducción inglesa de esta cita en D. HOERDER, CHRISTIANE HARZIG, *The Role of German Women in the German-American Working-Class Movement in Late Nineteenth-Century New York*, en «Journal of American Ethnic History», 8, 1989, pp. 87-107; DIRK HOERDER, *Functions of the Immigrant and Ethnic Press in North America: Analysis in Case Studies*, en «Znanstvena Revija» (Revista de Humanidades), 3, 1991, pp. 375-392.

[78] Ver supra acerca de los complejos patrones de vestimenta de las emigrantes de Transilvania y el status en la aldea.

RESUMEN

Mercados de trabajo, comunidad, familia: un análisis desde la perspectiva del genero del proceso de inserción y aculturación

La migración es un proceso de equilibrio dentro de los condicionantes económicos nacionales y mundiales, de los factores sociales y los marcos políticos. Incluye una primera etapa de adaptación y una segunda de aculturación a largo plazo de la que surge, en una tercera etapa, una identidad simbólica negociada en las sociedades pluralistas. En este proceso la esfera reproductiva y el trabajo femenino tienen un participación mayor de lo habitualmente aceptado. Una revisión de las cuestiones del mercado de trabajo, la comunidad y la familia en el proceso migratorio muestra que el análisis «costo-beneficio extendido» contribuye a comprender los procesos de aculturación al considerar los factores materiales y emocionales que influyen las decisiones familiares e individuales.

SUMMARY

Labour Markets, Community, Family: A Gendered Analysis of the Process of Insertion and Acculturation

Migration is a balancing process within the constraints of national and world economies, social factors and political frames. It involves an early stage of adjustment and a second, long term stage of acculturation out of which, in a third stage, a symbolic identity is negotiated in plural societies. This process involves the reproductive sphere and female work in a more significant way than has hereto been ackowledged. An approach to the issues of labor market, community and family shows that the «extended cost-benefit» analysis helps understand acculturation processes by considering both the material and the emotional factors influencing decisions made by individuals and families.

INMIGRACION Y TRABAJO: AUSTRALIA Y CANADA COMPARADOS *

Franca IACOVETTA **
Michael QUINLAN ***

Australia y Canadá —ambos países construídos por oleadas sucesivas de inmigrantes— ofrecen un útil punto de comparación para explorar temas críticos en torno a la compleja interacción entre inmigración, trabajadores inmigrantes y los movimientos obreros existentes en las sociedades de recepción. A pesar de las enormes distancias que separan a ambas naciones, existen muchas similitudes también. Como países de vastos territorios, impresionantes recursos naturales y escasa población, el desarrollo nacional en cada país ha sido críticamente afectado por sucesivos flujos migratorios. La inmigración ha afectado profundamente a la fuerza de trabajo y a los movimientos obreros de cada nación. Históricamente, ambos países han tenido economías similares, caracterizadas por una fuerte base en las exportaciones agrícolas y de recursos, sectores manufactureros menores y dependencia del capital extranjero. Como antiguos dominios blancos del imperio británico, han heredado las instituciones políticas y legales inglesas, aunque el fenómeno francés en Canadá, particularmente el Quebec, ha aportado considerables diferencias (tales como, por ejemplo, la difusión del código civil francés en Quebec vs. el código inglés en el resto de Canadá). Comparten, también, una historia de paradoja: se trata de sociedades receptoras con fuertes tradiciones anti-inmigratorias, especialmente en cuanto a los inmigrantes de origen no anglo-celta. En ambos

(*) Quisiéramos agradecer a Greg Kealey y a Greg Patmore por brindarnos su permiso para publicar este estudio, escrito como parte integral de un proyecto comparativo inicado por ellos.

(**) *(Universidad de Toronto).*

(***) *(Universidad de Nueva Gales del Sud).*

países, el movimiento obrero históricamente ha sido un contribuyente mayor de dichas tradiciones, aunque, una vez más, en ambos contextos, el pasado reciente ha presenciado el paso de la tradicional política de exclusión de los trabajadores «extranjeros» hacia una política de mayor incorporación. En ninguno de los dos casos, sin embargo, este cambio ha erradicado la persistencia de una segmentación en el mercado de trabajo a partir de líneas étnicas o de género, especialmente en relación a los *ghettos* laborales de las inmigrantes femeninas. Durante la segunda posguerra, tanto Canadá (1962) como Australia (1973) desmantelaron ampliamente sus políticas migratorias racistas, y desde los años setenta, cada uno de ellos han adoptado el multiculturalismo como política oficial [1].

También existen diferencias de grado y tipo. La inmigración sustancial al Canadá se ubica más tempranamente que en el caso de Australia. A fines del siglo XVII (y especialmente en los años de 1660 y 1680), el estado colonizador francés envió desde Francia soldados desmovilizados, trabajadores masculinos contratados y mujeres solteras patrocinadas por la corona. La inmigración desde Francia nunca ha sido, desde entonces, significativa y los incrementos de la población franco-canadiense se sustentan casi enteramente en el crecimiento natural [2]. Después de 1815, las migraciones al Canadá y a Australia estuvieron durante más de una década dominadas por inmigrantes de las Islas Británicas. Hasta hace muy poco (la década de 1980), los británicos seguían siendo el mayor grupo numérico dentro de los arribos inmigratorios. Los inmigrantes británicos han pesado también en los desarrollos sindicales y las políticas obreras en ambos países: su presencia ha sido sentida en los gremios artesanales del siglo XIX, en la emergencia de partidos políticos pro-obreros y en las campañas sindicales de la segunda posguerra. Sin embargo, surgen algunas distinciones importantes. Los inmigrantes británicos hegemonizaron el flujo inmigratorio australiano hasta la segunda posguerra, cuando se dio una masiva migración de trabajadores no angloparlantes. La ruptura con una dependencia abrumadora de los inmigrantes británicos ocurrió en Canadá cincuenta años antes, durante las primeras tres décadas del siglo XX, cuando un número significativo de inmigrantes de origen no-británico, especialmente americanos (incluyendo americanos de distintos orígenes étnicos) y europeos continentales comenzaron a arribar.

[1] FREDA HAWKINS, *Critical Years in Immigration: Canada and Australia compared*, (Montreal and Kingston, 1989). MICHAEL QUINLAN, *Immigrants and the Labour Movements in 20th Century Australia and Canada*, paper presentado ante la Conferencia de Historia comparada entre Australia y Canadá, Sydney, Australia, 1993. FRANCA IACOVETTA, *Immigration and Labour in Canadian History: Towards a Synthesis*, ibid.

[2] PETER N. MOOLK, *Reluctant Exiles: Emigrants from France in Canada Before 1760*, "William and Mary Quarterly", 3rd. Series, 46: 3 (1989); COLE HARRIS et al, *Historical Atlas of Canada*, Vol. 1 (Toronto, 1985).

La proximidad del Canadá a los Estados Unidos también ha producido significativas diferencias *vis à vis* Australia. Los Estados Unidos han sido tanto una importante fuente de inmigrantes para el Canadá como un imán atrayente de sucesivas oleadas de franco y anglo-canadienses a sus fronteras. Durante las dos décadas anteriores a 1900, por ejemplo, salieron de Canadá más personas que las que entraron (1.600.000 emigrantes se dirigieron a los Estados Unidos, mientras que Canadá registró 1.125.000 llegadas transoceánicas). Los emigrantes incluían familias agricultoras de las tierras marginales del Quebec que desarrollaron extensas cadenas migratorias a las fábricas textiles de Nueva Inglaterra. Esta tendencia se revirtió en los primeros años de 1900, pero las preocupaciones por la emigración a los Estados Unidos, incluyendo el «drenaje de cerebros» de profesionales canadienses, han sido un tema continuo. La proximidad del Canadá a los Estados Unidos y las tradiciones de migraciones fronterizas han influído también profundamente el movimiento obrero canadiense. Hasta hace muy poco, la mayor parte de los sindicatos del Canadá han sido sindicatos internacionales con sedes centrales y la mayor parte de sus miembros en los Estados Unidos. Las rivalidades entre sindicatos internacionales y nacionales son también parte de esta historia. La situación canadiense es aún más compleja por la fragmentación regional existente en el país, incluyendo el modelo sindical católico-nacionalista que desarrollara el Quebec.

Finalmente, el sistema de relaciones industriales australiano emergió mucho más temprano que el de Canadá, ha sido mucho más amplio y ha afectado a un mayor porcentaje de trabajadores. Este modelo, a su vez, está vinculado al éxito histórico de la progenie política del movimiento sindical, el Partido Laborista Australiano.

Modelos del siglo XIX

Los inmigrantes anglo-celtas jugaron un rol importante en la fundación del gremialismo durante la primera mitad del siglo XIX en Canadá y en Australia. Empezando a mediados de la década de 1820, los inmigrantes de los Islas Británicas establecieron los primeros gremios australianos, moldeados en los de su patria de origen. Los inmigrantes arribados a Canadá que tenían experiencia en los gremios británicos ayudaron a crear instituciones similares durante las décadas siguientes a 1815. En el caso canadiense, sin embargo, los trabajadores nativos, incluyendo a los franco-canadienses y a los descendientes de inmigrantes anglo-celtas, también construyeron estos tempranos gremios, diseñados no sólo en los modelos británicos, sino también en su experiencia y su conocimiento de los sindicatos estadounidenses. En una era en la que la frontera canadiense-americana no constituía una barrera para artesanos itinerantes, los mismos habrían portado sus credenciales gremiales

desde las locales americanas al Canadá, expandiendo el alcance del movimiento emergente a lo largo de su travesía. Hacia los años de 1860, Canadá se encontró con dos tipos de gremios internacionales, ramas de dos gremios de base británica (la *Amalgamated Society of Engineers* y la *Amalgamated Society of Carpenters and Joiners*) y locales de un conjunto de gremios artesanales estadounidenses de base internacional (en especial los moldeadores, impresores, carpinteros, cigarreros, cobreros y organizaciones de trabajadores asociados con los talleres del ferrocarril y de oficios de conductores) [3].

A lo largo del siglo diecinueve, las oleadas de inmigrantes anglo-celtas fueron mayoritariamente absorbidas sin problemas por los movimientos obreros de Australia y de Canadá. Los gremialistas anglo-canadienses, por ejemplo, tenían afinidad cultural con un sinnúmero de inmigrantes calificados recién llegados de Inglaterra y de Escocia, aunque, para expresarlo mínimamente, los católicos irlandeses no fueron bienvenidos en todas partes [4].

Por irónico que parezca, dada la presencia de inmigrantes en los primeros sindicatos, una de las actividades más frecuentes de los gremialistas del ochocientos en ambos países fue realizar campañas contra la promoción de la inmigración. Especialmente en momentos de desempleo local, los movimientos obreros expresaron una hostilidad general hacia la inmigración. En las colonias de Tasmania (o Tierras de Van Diemans) y en Nueva Gales del Sur, las primeras organizaciones obreras políticas independientes (1827 y 1833 respectivamente) estuvieron formadas por mecánicos emigrantes para luchar contra la inmigración, tanto la forzada como la inmigración libre asistida por el gobierno (transporte de convictos)[5]. Algunas décadas más tarde, al formarse las centrales obreras nacionales canadienses en las décadas de 1870 y de 1880, la inmigración figuró prominentemente en las discusiones en las con-

---

[3] CARIG HERON, *The Canadian Labour Movement: A Short History*, (Toronto, 1989). GERGORY S. KEALEY, *Toronto Workers Respond to Industrial Capitalism 1867-1892*, (Toronto, 1980). BRYAN D. PALMER, *Working-Class Experience: The Rise and Reconstitution of Canadian Labour, 1800-1980*, (Toronto, 1983) y (2a. edición), *Working-Class Experience: Rethinking the History of Canadian Labour, 1800-1991*, (Toronto, 1992). EUGENE FORSEY, *Trade Unions in Canada, 1812-1902*, (Toronto, 1981).

[4] Acerca de la clase obrera irlandesa en Canadá y en América del Norte, véase, por ejemplo: RUTH BLEASEDALE, *Class Conflict on the Canals of Upper Canada in the 1840ls*, «Canadian Historical Review», 54 (1973); GREGORY S. KEALEY, *The Orange Order in Toronto: Religious Riot and the Working Class*, en G. S. KEALEY y PETER WARRIAN eds., "Essays in Canadian Working-Class History", (Toronto, 1976); PETER WAY, *Common Labour: Workers and the Digging of North American Canals, 1780-1860*, (Cambridge, 1993). HASIA DINER, *Erin's Daughters in America*, (Baltimore, 1983).

[5] C. LEVER-TRACE y M. QUINLAN, *A divided Working Class?: Ethnic Segmentation and Industrial Conflict in Australia*, (London, 1988); M. QUINLAN y C. LEVER-TRACY, *From Labour Market Exclusion to Industrial Solidarity: Australian Trade Union Responses to Asian Workers, 1830-1988*, Cambridge, «Journal of Economics», 14: 159-181.

venciones anuales, en los esfuerzos de agrupamientos políticos de las centrales y en sus relaciones con el movimiento obrero en el exterior. La acción política independiente no estaba demasiado desarrollada en Canadá por entonces, y en consecuencia, en relación a la cuestión de la inmigración, los activistas políticos dentro del movimiento obrero canadiense eran partidarios liberales o liberales-obreros de la oposición al gobierno conservador de Ottawa. Este era condenado por promover la inmigración libre (por lo tanto incrementando la competencia dentro de un mercado de trabajo desprotegido), mientras que los industriales eran provistos de protección tarifaria (lo que generaba aumento de precios al consumidor). En estos mismos años, las centrales obreras canadienses se ocuparon de conectarse con sus contrapartes de las Islas Británicas, advirtiéndoles de estar alertas de los agentes de inmigración del Dominio, quienes pintaban un cuadro demasiado brillante del Canadá exagerando los salarios y las perspectivas de empleo y subestimando los costos de vida. Obviamente, los canadienses se protegían a sí mismos de potenciales competidores inmigrantes por los empleos, pero mostraban también preocupación por sus hermanos sindicalistas de la madre patria que podrían arrepentirse de una mudanza al Canadá [6].

Tanto en Australia como en Canadá los gremialistas expresaron repetidamente una filosa hostilidad hacia la importación de trabajo contratado y hacia la inmigración asistida de pobres. Los gremios locales objetaban el trabajo por contrato debido a que muy a menudo los contratos especificaban salarios más bajos que aquellos prevalecientes localmente, con el resultado de que los trabajadores inmigrantes contratados hacían descender los salarios. La oposición al pasaje asistido para los pobres y para los niños contratados nació en parte de un sentido de ultraje frente a las penurias y privaciones de obreros británicos desesperados, en mercados de trabajo que de hecho se encontraban bastante separados de aquellos de los trabajadores calificados. En el caso australiano, antes de finalizar el transporte de convictos (en Nueva Gales del Sur, 1840, en Tasmania, 1852 y en Australia Occidental, 1868), la inmigración de convictos desde las Islas Británicas fue también vehementemente resistida.

En ambos países, los gremialistas expresaron su etnocentrismo protestando en contra de los europeos continentales o «extranjeros», quienes eran importados por contrato. De hecho, el número de inmigrantes de dicho origen que entraran a ambos países durante el siglo diecinueve fue pequeño. En Canadá, los trabajadores de habla extranjera fueron a veces llevados como rompehuelgas desde los Estados Unidos, en donde la inmigración europea continental ya había alcanzado proporciones masivas durante los últimos años del siglo pasado. La promoción de la Ley de Trabajo Extranjero por el gobierno canadiense en 1897 fue en parte un gesto conciliador del recientemente elegido gobierno liberal a sus partidarios en el movimiento obrero, quienes es-

[6] G. KEALEY, *Toronto Workers Respond*. FORSEY, *Trade Unions in Canada*.

taban alarmados por la importación desde los Estados Unidos de rompehuelgas contratados. En Australia, un pequeño número de inmigrantes europeos continentales contratados incluía albañiles alemanes empleados en la construcción de los ferrocarriles victorianos y migrantes italianos y malteses introducidos en la industria azucarera. En ambos países, el racismo y las actitudes etnocéntricas de los sindicalistas anglo-celtas condujeron a ataques hacia dichos inmigrantes, pero su número eran demasiado pequeño como para causar algo más que una preocupación esporádica. Más sorprendente aún, los inmigrantes europeos continentales buscaron organizarse y cerrar filas con los gremialistas. En Sydney, por ejemplo, los trabajadores italianos establecieron una asociación mutual que buscaban estrechar vínculos con los Consejos Obreros y artesanos de Melbourne y de Sydney [7].

Los sindicalistas de Australia y de Canadá reservaron del mismo modo su más virulenta hostilidad para los trabajadores asiáticos. En la Columbia Británica, los inmigrantes chinos empezaron a arribar desde California en 1858, junto con otros durante la fiebre del oro. Sus contingentes aumentaron significativamente durante los primeros años de 1880, cuando los centralistas del *Canadian Pacific Railway* importaron trabajadores de la construcción bajo contrato desde China para realizar los proyectos de construcción más peligrosos a través de las Rocallosas. Ya en los años de 1870 los sindicalistas anglo-celtas de las minas de carbón de la Isla de Vancouver se enfrentaban a los trabajadores chinos a quienes los gremialistas blancos primero excluyeron de sus filas y después trataron como rompehuelgas. A fines de los ochenta, el movimiento organizado en la costa oeste, apoyado por sindicalistas en toda Norte América, conducía la lucha para excluir a los inmigrantes chinos del Canadá. En 1885, el año en que se completó la construcción del CPR (*Canadian Pacific Railway*), el movimiento obrero blanco de la Columbia Británica compartió orgullosamente el crédito por el impuesto de $ 50 por cabeza aplicado por el gobierno canadiense a los chinos que entraban al Canadá, la primera de una escalada de medidas anti-chinas adoptadas por los gobiernos del dominio y de la provincia. Durante el primer cuarto del siglo XX, Canadá adoptó un conjunto de políticas públicas y de prácticas subrepticias que se conjugaron en una política de Canadá Blanco. Diversos grupos dieron su apoyo a esta política, pero tuvo un decidido impulso del movimiento obrero canadiense [8].

En Australia el temor hacia los asiáticos, —incluyendo a los chinos, hindúes y en una menor proporción a inmigrantes de las Islas del Pacífico—,

---

[7] MICHAEL QUINLAN, *Immigrant Workers, Trade Union Oganization and Industrial Strategy*, PhD Thesis, Department of Industrial Relations, University of Sydney, 1982.

[8] ANTHONY CHAN, *Gold Mountain: The Chinese in the New World*, (Vancouver, 1983). PETER WARD, *White Canada Forever: Popular Attitudes and Public Policy Towards Orientals in British Columbia*, (Montreal/Kingston, 1988). KAY ANDERSON, *Vancouver's Chinatown: Racial Discourses in Canada, 1875-1980*, (Montreal/Dingston, 1991).

comenzó antes. La oposición obrera local a los inmigrantes asiáticos ayudó a recortar la asistencia gubernamental a dichos inmigrantes ya desde la década de 1830. Desde mediados de los años de 1860, sin embargo, 60.000 inmigrantes del Pacífico fueron apresados y aún secuestrados para trabajar bajo el sistema de contrata en las plantaciones de azúcar de Queensland. El movimiento obrero se opuso a la introducción de trabajadores «Kanaka» y respaldó medidas estatales que restringían el empleo y refrendaban el status inferior del empleo de estos trabajadores. Durante la fiebre del oro de 1850, 40.000 chinos entraron en la colonia de Victoria en donde encontraron una extrema y violenta hostilidad por parte de los mineros blancos, y esta actitud estableció un modelo seguido por posteriores respuestas gremiales. A diferencia de los isleños del Pacífico, el empleo de chinos no estaba circunscripto por la ley, y se difundieron desde la minería y el trabajo de pastoreo hasta la horticultura, la construcción, el comercio, la lavandería y la fabricación de muebles. Como en Canadá, su número era insignificante en la mayor parte de las industrias, pero las respuestas sindicales se basaban en un miedo exagerado de que los chinos pudieran inundar el mercado de trabajo, y se alimentaban las jerarquías racistas de supuestas razas inferiores y superiores prevalecientes.

En el último cuarto del siglo diecinueve, la exclusión de los inmigrantes de color se transformó en una cuestión central del movimiento obrero australiano. Los sindicatos australianos y sus derivados políticos —el partido Laborista Australiano—, jugaron un rol significativo en la exclusión de inmigrantes no europeos bajo la política pública popular conocida como Australia Blanca. La política, adoptada con orgullo por el nuevo *Commonwealth* Australiano en 1901, estuvo históricamente condicionada entre el empuje hacia la federación y la depresión de la década de 1890 que socavó todos los argumentos acerca de una apremiante escasez en la oferta de trabajadores. Además del apoyo del movimiento obrero, existió un amplio consenso entre los sectores urbanos medios y entre los agricultores en favor de construir una sociedad libre pero exclusivamente europea [9].

Modelos de la primera mitad del siglo, 1900-1945

Tanto para Australia como para Canadá, la Segunda Guerra Mundial marca una línea divisoria importante entre dos fases significativas de la inmigración del siglo. La primera fase de inmigración en gran escala empezó al

[9] LEVER-TRACY y QUINLAN, *Divided Working Class?. Quinlan y Lever-Trace*, en «Immigrant Workers»; M. QUINLAN y M. GARDNER, *Australian Trade Unions: Growth, Structure and Strategy, 1825-1925*, (Sydney forthcoming).

comienzo del siglo, continuó hasta la Primera Guerra y se reanudó en los años veinte (durante los años treinta de la Depresión y en la Segunda Guerra Mundial, la inmigración se redujo a una mínima expresión). En esos años, la inmigración a Australia vino casi enteramente desde Gran Bretaña, mientras que la inmigración al Canadá llegó desde Gran Bretaña, los Estados Unidos y Europa. Aparecieron también diferencias significativas en los movimientos obreros de los dos países y en las protecciones institucionales acordadas a los trabajadores. En ambos casos, los desarrollos alcanzados en esos años influyeron sobre las respuestas brindadas por los movimientos sindicales locales a los inmigrantes más tardíos.

El éxito de la política de Australia Blanca dio por resultado una fuerza de trabajo australiana altamente homogénea y un movimiento obrero dominado por inmigrantes británicos y sus descendientes. Durante las primeras décadas del siglo veinte, la inmigración fue dominada con más fuerza aún que antes por el elemento anglo-celta y los no-europeos fueron excluídos casi por completo. Un pequeño número de italianos, griegos y otros europeos arribaron en gran parte en las décadas de 1920 y de 1930, en su mayoría como respuesta a las restricciones en la admisión introducidas en los Estados Unidos a comienzos de los años veinte. Algunos también escapaban del fascismo en su patria. Pero sus cantidades fueron demasiado pequeñas como para evitar una ulterior homogeneización de la población australiana (por ejemplo, la proporción de población australiana desde países no-anglófonos y asiáticos cayó respectivamente desde un 3.7 por ciento y de un 1.2 por ciento en 1901 a sólo el 1.9 por ciento y el 0.3 por ciento en 1947). El movimiento obrero continuó oponiéndose a la inmigración en general, a la asistida y a la contratada así como a los inmigrantes «extranjeros» en particular. Algunos desafíos a la ortodoxia racista de la Australia Blanca surgieron en los años veinte desde los círculos de las izquierdas. Esto provocó amargas batallas entre elementos internacionalistas progresistas y nacionalistas conservadores dentro del movimiento obrero, pero siguió siendo una posición minoritaria. En 1930, el Consejo Obrero de los Sindicatos Australianos declaró su continua fidelidad con la Australia Blanca [10].

Fue pues en el contexto de un movimiento obrero homogéneo, un aislamiento geográfico que estimuló las soluciones locales y la creciente importancia política del *Partido Laborista Australiano* (PLA), que el temprano siglo veinte presenció un crítico desarrollo en términos de regulaciones al mercado de trabajo y de protecciones a los obreros. Las grandes huelgas marítimas, de pastores y mineras de la década de 1890 y el creciente poder del PLA fueron catalizadores de la introducción de arbitrajes forzosos en varios estados australianos. A nivel federal, un acuerdo establecido entre el PLA y los proteccionistas condujo a la introducción simultánea de leyes que proveían el arbitraje forzoso de los sindicatos y el establecimiento de un conjunto de

[10] *Ibid.*

condiciones y de salarios mínimos impuestos legalmente, conocidos como laudos, que abarcaban al conjunto de los trabajadores australianos, sindicalizados y no sindicalizados, hacia 1920. El sistema de arbitraje también ayudó a impulsar la sindicalización (si bien el grado alcanzado por la misma ha sido exagerado). Hacia 1920, la densidad de la sindicalización en Australia se encontraba entre las más altas del mundo y se ha mantenido comparativamente alta desde entonces.

Estos cambios institucionales impusieron importantes restricciones en la capacidad de los empleadores para explotar a los inmigrantes vía contratos o para establecer *ghettos* de bajos salarios, sumado también al hecho de que la política inmigratoria restriccionista australiana hiciese de la cuestión inmigratoria un fenómeno poco relevante. Como en etapas anteriores, los sindicatos registraron la llegada de inmigrantes anglo-celtas sin cuestionamientos. Los gremios se opusieron a la inmigración europea, especialmente a la sud-europea, y aquellos que vinieron se enfrentaron a una hostilidad racista, aunque esta respuesta fue limitada por su escaso número, su restringido empleo en la zafra de de la caña de azúcar, la minería, horticultura y frutería, así como a la rápida tendencia hacia el auto-empleo y el empleo por otros compatriotas. Pero estallaron encontronazos abiertos, por ejemplo, entre sindicalistas locales e italianos, eslavos y otros en las minas metalíferas de Broken Hill y de Kalgoorie. En la industria azucarera de Queensland los sindicatos locales reaccionaron severamente ante el reclutamiento de zafreros italianos contratados a quienes veían como un extensión de la mano de obra barata asiática y de las islas del Pacífico. A diferencia de los asiáticos, a los europeos no se los excluía de su incorporación a los gremios. Pero dado su status contractual laboral, la hostilidad obrera local y el hecho de que los sindicatos no buscaron su lealtad, pocos se unieron a los gremios. Algunos fueron usados como rompehuelgas (por ejemplo en la huelga azucarera de 1911 y en South Johnstone en 1927). Lejos de ser pasivos peones de la patronal, sin embargo, los inmigrantes italianos se comprometieron ocasionalmente en acciones militantes. Por ejemplo, en 1934/5, jugaron un rol fundamental en una revuelta popular contra la Unión de Trabajadores Australianos, que culminó en una exitosa campaña para eliminar la enfermedad de Weil incendiando caña antes de la cosecha, una importante victoria industrial en momentos en los que los sindicatos australianos alcanzaban pocos éxitos. En Sydney y en Melbourne, grupos anti-fascistas italianos concertaron vínculos con el ala izquierda del movimiento obrero. Aún así, el chauvinismo exclusionista de los sindicatos australianos y sus aliados políticos excluyeron efectivamente a los trabajadores no-anglófonos de sus filas hasta después de la Segunda Guerra Mundial [11].

[11] S. MACINTYRE y R. MITCHELL, eds., *The foundations of Arbitration*, (Melbourne, 1989). M. QUINLAN, *Immigrant Workers*. J. ARMSTRONG, *The Sugar Strike*, 1911.

En Canadá, los inicios del siglo veinte presenciaron una mayor afluencia de inmigrantes y marcaron el comienzo de una diversificación étnica de su población no-aborigen y de su fuerza de trabajo. Unos dos millones y medio de inmigrantes arribaron al Canadá entre 1900 y 1914; del total, cerca de un millón eran británicos, más de tres cuartos de los Estados Unidos y más de medio millón eran europeos continentales.

La inmigración al Canadá occidental fue una característica saliente de esos años y contribuyó a hacer de las praderas una de las regiones más diversificadas étnicamente y económicamente dinámicas del país. La mayoría de estos inmigrantes eran de habla inglesa, pero un considerable número de alemanes, escandinavos y de europeos orientales también se asentó en el área. Estos últimos incluían ucranianos étnicos, húngaros, polacos y sectas etnoreligiosas como los *dukobores* y los menonitas, de los imperios Ruso y Austro-Húngaro. En su mayoría granjeros del medio oeste, los americanos incluían «americanos étnicos», por ejemplo, descendientes de inmigrantes europeos tempranos, incluyendo escandinavos, canadienses que retornaban y europeos recientemente arribados que se movilizaron hacia el norte a Canadá. Las restricciones oficiales a la admisión de asiáticos y las engañosas, dilatorias técnicas de los burócratas de inmigración a quienes repugnaba admitir granjeros negros americanos mantuvieron a éstas y otras minorías raciales en un nivel mínimo.

La oportunidad y el carácter étnico de esta migración se debió a factores globales muy por encima de la influencia canadiense (por ejemplo, la difusión del capitalismo industrial y la persistencia de sistemas de tenencia de la tierra desfavorables que expulsaban de Europa a artesanos y campesinos; el cierre de la frontera americana y precios mundiales del trigo favorables). Pero también resultaron importantes los esfuerzos del gobierno canadiense para atraer campesinos de Europa Central y Oriental. La tolerancia étnica iba de la mano del interés económico propio: estas minorías étnicas normalmente «indeseables» podían ser puestas al servicio de los intereses nacionales colonizando el oeste y ampliando los mercados de consumo domésticos. Durante los años de entreguerras, sin embargo, se realizaron esfuerzos para reducir el volumen de inmigrantes menos deseables, incluyendo europeos del sud y del este.

No todos los inmigrantes se fueron al oeste, sin embargo. Muchos recién llegados, incluyendo italianos y europeos orientales, encontraron trabajo en las industrias de extracción basadas en el trabajo intensivo, como la minería y la tala de árboles, en la construcción de ferrocarriles y el mantenimiento

---

en D. MURPHY, ed., «The Big Strikes», (St. Lucia 1988). K. H. KENNEDY, *The South Johnstone Strike*, 1927, ibid.. D. MENGHETTI, *The Weil's Disease Strike*, 1935, Ibid.. C. LEVER-TRACY y G. KITAY, *Working Owners and Employees in Chinese Restaurants in Australia*, «International contributions to Labour Studies», 1, pp. 87-111.

de vías, en fábricas y en proyectos de obras públicas en las ciudades. Los judíos orientales proveyeron trabajo calificado y semi-calificado en los oficios textiles. Los magnates ferroviarios canadienses y los grandes industriales fueron poderosos defensores de la inmigración; sus intenciones de encontrar mano de obra barata y dócil, y su rabioso compromiso antisindical los impulsaron a ignorar las prohibiciones legales a la importación de trabajo contratado «extranjero» y a reclutar mano de obra inmigrante de baja paga, especialmente no anglo-parlantes para reponer fuerza de trabajo y, en ocasiones, usarlos como rompehuelgas. Particularmente entre los trabajadores europeos masculinos, la migración temporaria fue un modelo común en esos años; cientos de miles de italianos, eslavos y otros inmigrantes masculinos llenaban los trabajos estacionales en extracción de recursos naturales y empleos fronterizos, en un esfuerzo por aumentar los menguantes ingresos agrícolas y familiares en su patria de origen. Los agentes de trabajo empleados por los ferrocarriles, industriales y compañías marítimas ayudaron a orquestar el movimiento. Para algunos, el traslado temporario se tradujo en el asentamiento permanente de familias y el nacimiento de asentamientos étnicos tempranos. Esta opción, sin embargo, fue negada a los chinos, muchos de los cuales se convirtieron de hecho en trabajadores «solteros» debido a las prohibiciones oficiales impuestas a la entrada de esposas y de hijos (las tasas per capita de 1886-1905 culminaron en la muy restrictiva *Ley de Inmigración China* de 1923). Concentrados mayoritariamente en la Columbia Británica, los chinos trabajaban en industrias de extracción y en el sector de servicios urbano. El número de japoneses y sudasiáticos, particularmente de indo-orientales, fue también severamente circunscripto, pero mediante restricciones burocráticas mucho más discretas (tales como acuerdos entre caballeros en el caso de Japón; una continua provisión de viaje en el caso de la India). Una demanda de sirvientes domésticos al parecer insaciable determinó que a lo largo del siglo XX, aún durante períodos de virtual cierre como la Gran Depresión, se mantuviera auspiciada o subsidiada por el gobierno o por compañías privadas la migración continua de trabajadoras domésticas. Mujeres solas (aunque no necesariamente solteras) de Gran Bretaña dominaron los flujos tempranos de nuestro siglo, tal como lo habían hecho durante el siglo XIX. Pero durante los años de entreguerras, una cantidad creciente de europeas, especialmente finlandesas, se contrataron como mucamas inmigrantes en hogares privados (rurales o urbanos), en empresas o bien en instituciones públicas [12].

[12] REG WHITAKER, *Canadian Immigration Policy Since Confederation*, (Ottawa, 1991). DONALD AVERYU, *Dangerous Foreigners: European Immigrant Workers and Labour Radicalism in Canada*, (Toronto, 1979). R. C. BROWN y R. G. COOK, *Canada: A Nation Transformed 1896-1914*, (Toronto, 1974). VARPU LINDSTROM, *Defiant Sisters: A Social History of Finnish Immigrant Women in Canada*, (Toronto, 1987). CARIG HERON, *Working in Steel: The Early Years in Canada, 1883-1935*, (Toronto, 1988). IAN RADFORTH, *Bushworkers and Bosses: Logging in Northern Ontario, 1900-1980*, (Toronto, 1985).

Para cuando Canadá comenzó a aceptar un flujo sustancial de inmigrantes no angloceltas, el movimiento obrero local ya había traspasado sus críticas etapas formativas. Estaba comprendido ampliamente por gremios de oficio exclusivos y dominado por un liderazgo anglo-celta e integrado por miembros profundamente resentidos con el trabajo «extranjero». Clivajes étnico-raciales, modelos de migración temporaria y racismo fragmentaron el movimiento obrero canadiense de los primeros años del siglo XX. Aunque condenados al ostracismo por el movimiento obrero y en algunos casos desinteresados de las lentas campañas gremiales a causa de su condición temporaria, los trabajadores inmigrantes no anglófonos no fueron necesariamente dóciles. Su activismo adoptó distintas formas. En las acerías, minas, campamentos de leñadores y en los obradores ferroviarios, los italianos, ucranianos, polacos y otros trabajadores europeos emplearon formas de resistencia no sindicales, parando el trabajo o bien orquestando otras dilaciones e interrupciones del trabajo y de paros en protesta por salarios impagos, maltratos de los capataces por parte de los jefes y otros agravios. Estos «relámpagos de rebelión» fueron de corta vida y generalmente no se tradujeron en vínculos permanentes con el movimiento obrero establecido. Tampoco en otro tipo de respuestas a la explotación de clase, como la huída o bien evasión de contratos.

Desde 1905 a 1920, los trabajadores extranjeros ocupados en las industrias extractivas canadienses, en la cosecha o bien en el tendido de vías, fueron conducidos a la *Industrial Workers of the World* (IWW), un sindicato industrial militante que se originó en los Estados Unidos y buscó organizar a

R. F. HARNEY ed., *Gathering Place: Peoples and Neighbourhoods of Toronto, 1834-1945*, (Toronto, 1985). R. HARNEY, *Boarding and Belonging: Thoughts on Sojourner Institutions*, «Urban History Review», 2 (1978). JEAN BURNET, *Looking into my Sister's Eyes:An Exploration in Women's History*, (Toronto, 1986). OREST MARTYNOWYCH, *Ukranians in Canada: The Formative Period, 1891-1924*. (Edmonton, 1991). HOWARD PALMER y TAMARA PALMER, ed., *Peoples of Alberta: Portraits of Cultural Diversity*, (Saskatoon, 1985). JOHN E. ZUCCHI, *Italians in Toronto: Development of a National Identity, 1875-1935*. (Montreal y Kingston, 1988). ROBERTO PERIN, *Introduction*, en PERIN y FRANC STURINO, «Arrangiarsi: The Italian Immigrant Experience in Canada», (Montreal, 1989). BRUNO RAMIREZ, *Les Premiers Italiens de Montréal: L'origine de la Petite Italie du Québec*, (Montreal, 1984). También, su estudio: *On the Move: French-Canadians and Italian Migrants in the North Atlantic Economy, 1860-1914*, (Toronto, 1991). CARMELA PATRIAS, *Relief Strike: Immigrant Workers and the Great Depression in Crowland, Ontario, 1930-1935*, (Toronto, 1990). FRANC STURINO, *Forging the Chain: Italian Migration to North America*, (Toronto, 1990). ROYDEN LOWEN, *Family, Church and Market: A Mennonite Community in the Old and New Worlds*, (Toronto, 1993). Para una valiosa discusión reciente sobre clase y entincidad en el contexto estadounidense, véase RUDOLPH VECOLI, *Class and Ethnicity: Italian Immigrants and Working Class Movements in the United States: A Personal Odyssey*, «Journal of the Canadian Historical Association» (en prensa, 1995). También, DICK HOERDER (ed.), *Struggle a Hard Battle: Essays on Working-Class Immigrants*, (New York, 1985).

los trabajadores no calificados, itinerantes e inmigrantes a lo largo del continente. La IWW propiciaba en última instancia la revolución, pero también luchó por mejoras inmediatas y logros. Especialmente populares en el oeste, los *«wobblies»* realizaron impresionantes manifestaciones por la libertad de expresión, marchas por los desempleados y organizaron a un amplio espectro de trabajadores (cocineros, mozos, ferroviarios, cavadores callejeros, camioneros). Consiguieron conquistas impresionantes entre los trabajadores extranjeros, organizaron locales étnicos y dirigieron algunas huelgas importantes (por ejemplo en la primavera y el verano de 1912, casi 9.000 trabajadores de la construcción ferroviaria empleados por el *Canadian Northern* y el *Grand Truck Pacific* en el interior de la Columbia Británica tomaron parte de huelgas impresionantes, pero finalmente fracasadas, organizadas por la IWW en favor de salarios más altos y mejores condiciones laborales). En última instancia, el impacto de la IWW fue limitado y su visión interrumpida frente a una severa represión estatal, que alcanzó su punto culminante durante el «miedo rojo» desatado en tiempos de la Primera Guerra Mundial.

Una minoría de inmigrantes arribados al Canadá trajo consigo ideologías radicales de izquierda que habían desarrollado en su patria de origen. Ucranianos, judíos y finlandeses, por ejemplo, proveyeron una importante fuente de liderazgo radical a compatriotas descontentos dentro de industrias y comunidades particulares, lideraron campañas gremiales, ocasionalmente unieron sus fuerzas con trabajadores inmigrantes de origen británico y canadiense en acciones de clase y ayudaron a forjar lazos con el movimiento obrero canadiense ya establecido. Desplegando un doble compromiso tanto con lealtades étnicas como de clase, los finlandeses ocupados en la industria forestal de Ontario septentrional, los judíos de los oficios textiles de Toronto y de otras ciudades y los ucranianos, italianos y otros trabajadores europeos de los distritos mineros del Canadá Occidental ganaron la reputación de «extranjeros peligrosos». Este período fue testigo de instancias reales de solidaridad interétnica entre trabajadores canadienses, británicos y europeos. Las filas de los partidos socialistas del Canadá se poblaron de una conjunción de inmigrantes radicalizados, aunque los partidos tendió a ser liderados por socialistas británicos. Las mujeres de la izquierda étnica, especialmente judías y finlandesas, contribuyeron a estas tradiciones de izquierda, pero los esfuerzos por montar un desafío feminista recibieron a lo sumo un modesto apoyo por parte de sus camaradas, hombres y mujeres por igual.

Durante los primeros años del siglo XX, se forjaron aún temporariamente lazos de solidaridad entre el movimiento obrero canadiense y los trabajadores asiáticos. El movimiento obrero canadiense dominado por los blancos continuó persiguiendo una estrategia de exclusión de los trabajadores asiáticos y en la Columbia Británica, en donde éstos se concentraban, los sindicatos blancos adoptaron comúnmente posiciones racistas, como por ejemplo el apoyo a campañas para boicotear las lavanderías chinas y otros negocios y para reemplazar el trabajo asiático con trabajo blanco. Sin embargo, durante

dos períodos de elevado radicalismo obrero, —la Primera Guerra Mundial y la Depresión—, los trabajadores chinos, japoneses e indo-orientales, generalmente en combinación con trabajadores blancos participaron en huelgas, en su mayoría en la industria de la madera y en las pesquerías, y algunos de los reclamos de los trabajadores asiáticos (igualdad en la paga, eliminación de un sistema de contato de trabajo «oriental»), fueron incluídos en la agenda del movimiento obrero. Las instancias de solidaridades de clase interraciales fueron sin embargo excepciones a los patrones generales [13].

En abierto contraste con el sistema de relaciones industriales amplio existente en Australia hacia 1920, sólo una minoría de trabajadores canadienses estaban protegidos por gremios y acuerdos colectivos en las primeras décadas del siglo XX. En los años treinta y especialmente en los cuarenta, una proporción mucho mayor de la fuerza de trabajo canadiense fue organizada como resultado de un cambio importante en el movimiento obrero: el surgimiento y la difusión del sindicalismo industrial. Como en los Estados Unidos, el éxito de la CIO se debió en gran parte a la militancia de las masas de trabajadores del acero, automóviles, caucho y otras industrias de producción masiva, decididas a pelear por sus primeros contratos. La CIO sentó raíces durante un período en el cual la inmigración fue mínima o no existente y la inmigración no fue una cuestión especial dentro de esas campañas. Aún así, la organización de grandes números de operarios fabriles habría incluído a muchos obreros extranjeros (aunque no recién llegados [14]).

[13] HERON, *Working in steel*. RADFORTH, *Bushworkers and Bosses*. *Avery, Dangerous Foreigners*. RUTH FRAGER, *Class, Ethnicity amd Gender in the Eaton's Strikes of 1912 and 1934*, en: FRANCA IACOVETTA y MARIANA VALVERDE (eds.), «Gender conflicts: New Essays in Women's History», (Toronto, 1992). También, su *Sweatshop Strife: Class, Ethnicity and Gender in the Jewish labour Movement of Tornot, 1900-1939*, (Toronto, 1992). EDWARD LAINE, *The Finnish Organization of Canada, 1923-1940 and the Development of a Finnish-Canadian Culture*, «Polyphony», 3: 2 (Fall, 1981). SATU REPO, *Two Union Men Who Never Died*, Labour/Le Travailleur, 8/9 (1981-1982). GILLIAN CREESE, *Exclusion or solidarity? Vancouver Workers confront the «Oriental Problem»*, B. C. Studies, 1988. Creese toma las explicaciones avanzadas por varios expertos en inmigración y trabajo, incluyendo: *A. Ross McCormack, Reformers, Rebels and Revolutionaries: The Western Canadian Radical Movement, 1899-1919*, (Toronto, 1977); WARD, *White Canada Forever*. Sobre el debate referente a si los inmigrantes pudieron expresar conciencia de clase y conciencia étnica simultáneamente, véase, por ejemplo, GABRIEL KOLKO, *Main Currents in Modern American History*, (New York, 1976). VICTOR GREENE, *The Slavic Community on Strike: Immigrant Labor in Pennsylvania Anthracite*. CRAIG HERON, *Working in Steel*. PATRIAS, *Relief Strike*. SEAGER, *Class, Ethnicity and Politics in the Alberta Coal Fields*, FRAGER, *Sweatshop Strife*.

[14] HERON, *Canadian Labour Movements*. G. S. KEALEY y GREG PATMORE, eds., *Canadian and Australian Labour History*, (St,. John's/Sydney, 1990.

Modelos posteriores a 1945

Tanto para Canadá como para Australia, las tres décadas que siguieron a la Segunda Guerra Mundial fueron testigos de prolongado crecimiento económico, expansión industrial, un elevado nivel de empleo y migración masiva. En ambos casos, los gobiernos durante la guerra y la posguerra apoyaron plataformas que vinculaban pleno empleo, crecimiento económico y construcción de la población a partir de la migración. La inmigración a ambos países amplió crecientemente el espectro de países emisores (incluyendo, eventualmente, los llamados países no-blancos). Pero dado que Australia estaba más firmemente atrincherada con la política pro-británica, el impacto de la migración posterior a 1945 de inmigrantes no-anglófonos en la población del país y en la fuerza de trabajo fue más inmediato y más dramático. Los movimientos obreros en ambos países se enfrentaron con la cuestión de incorporar antes que excluír a los inmigrantes. Una vez más, la situación australiana fue más dramática, en gran parte debido a que la mayor amplitud de su sistema de relaciones industriales facilitó la incorporación de los inmigrantes dentro de los gremios.

A medida que se ponían en marcha los planes de reconstrucción durante la guerra, los planificadores de la migración pertenecientes al gobierno laborista australiano reconocieron la necesidad de atraer inmigrantes de un más amplio radio de fuentes que lo que se había hecho hasta entonces. Las nuevas fuentes en la mira incluían nord-europeos y unas 60.000 personas desplazadas de Europa oriental. Desde los años de 1950, un número creciente de griegos y de italianos comenzó a arribar, la mayoría de ellos a partir de cadenas migratorias familiares cada vez más efectivas. En los años de 1960 y de 1970, se ensancharon las puertas para incluir a yugoslavos, españoles y otros sud-europeos y, más tarde, inmigrantes de Turquía y de Medio Oriente. Hacia 1988, bastante más de 4 millones de inmigrantes habían entrado en Australia. Mientras que Australia se apoyó en la migración masiva en forma similar al Canadá y a otros países desarrollados, el tamaño relativo y la diversidad étnica de su población extranjera fue mayor (y quizás sólo equiparada por la de Israel). Desde los años setenta, una creciente migración desde Asia se sumó a esta diversidad. (Como resultado, la proporción anglófona de la población extranjera cayó significativamente: del 86% en 1941-1950 al 45% en 1981-1986).

Un punto crucial en la aceptación de la inmigración masiva por parte del movimiento sindical australiano fue el compromiso de sucesivos gobiernos federativos para mantener el pleno empleo, asegurando que los trabajadores inmigrantes recibieran salarios y condiciones arbitrados, proveyendo un sistema de regulación tripartita del reconocimiento de calificación, e incluyendo representantes laborales experimentados en los consejos de asesoramiento en políticas migratorias. Habiéndose comprometido con un acuerdo acerca de la migración masiva, el movimiento gremial australiano no pudo excluir de sus

filas a los trabajadores inmigrantes. (Antes de 1975, sólo hubo pocos períodos, —por ejemplo las breves recesiones de 1952 y de 1961—, en los que se aplicó sobre el Consejo Australiano de Gremios una fuerte presión para que reclamaran la restricción o cesación temporaria de la inmigración). Trabajadores inmigrantes no-anglófonos también entraron en un orden más amplio de ocupaciones y de industrias que en los períodos anteriores. Sin embargo, los trabajadores «extranjeros» europeos, del Medio Oriente y más tarde de Asia se concentraron en empleos semi-calificados y no-calificados en la industria, la construcción, el transporte y algunos servicios (por ejemplo, la limpieza). Surgió un dinámico y complejo modelo de segmentación étnica y género-étnica del mercado de trabajo, por el cual los inmigrantes no anglófonos se ocuparon de los empleos menos calificados, peor pagados, más sucios y físicamente más exigentes y peligrosos. Los inmigrantes no anglófonos masculinos constituyeron la mayor parte de la fuerza de trabajo en las acerías y en muchos sitios de trabajo que manufacturaban vehículos a motor, vidrio, caucho y productos metálicos; sus contrapartes femeninas se concentraban en la manufactura liviana (carteras, sombreros, zapatos y especialmente vestido), la industria del plástico y algunos empleos de servicio tales como la limpieza y la gastronomía. Este modelo fue mayormente el resultado de un proceso informal —los anglófonos desertaban de estos trabajos para integrarse al sector de servicios/empleados; el hecho de que los conocimientos de idioma fueran una base de promoción, la regulación de los peores empleos de alta rotación hacia oleadas sucesivas de migrantes recién llegados que poseían los menores conocimientos, posibilidad de elegir y poder de compra—, más que deberse a las barreras de entrada formales de base étnica, intentadas en períodos anteriores.

Existieron fuerzas institucionales poderosas en Australia que promovieron la incorporación de los inmigrantes, incluyendo trabajadores no-anglófonos, en el movimiento obrero: la fuerza del movimiento sindical australiano (la densidad sindical habría trepado hasta el 60 por ciento en 1951); el difundido sistema de laudos (que regulaban salarios y condiciones); y el reconocimiento del gobierno federal en los años de 1940 y de 1950 de que el comportamiento anti-sindicalista o la explotación de trabajadores inmigrantes amenazaría todo el programa inmigratorio. La centralización del sistema de paritarias fue ventajosa en el sentido de que la vinculación de las modificaciones en salarios y condiciones a los niveles nacional, por industria y ocupacional restringieron la capacidad de los empleadores de crear *ghettos* inmigratorios de bajos salarios. Así, a diferencia de los standards de legislación mínima en Canadá y en los Estados Unidos, las paritarias estuvieron sujetas a revisión sistemática y los gremios tomaron un rol directo en su aplicación. Más aún, muchas de las industrias en las que se concentraban los trabajadores no-anglófonos de la posguerra, como la manufacturera y de la construcción, fueron bastiones del gremialismo. En consecuencia, la densidad de aplicación sindical entre aquellos de origen no-anglófono excedió a la de los na-

tivos australianos y a los inmigrantes anglo-parlantes. Otro factor concierne a los inmigrantes mismos, quienes, contrariamente a los temores de los sindicatos, no mostraron elevados niveles de hostilidad hacia la sindicalización (aún si criticaban el desempeño de su propio gremio). Tampoco mostraron una fuerte inclinación por establecer sus propios gremios (con algunas excepciones, en su mayor parte relacionados con acción industrial espontánea). Como en las épocas anteriores, algunos grupos de trabajadores inmigrantes, por ejemplo, la *Liga de Trabajadores Turcos y Filef* (Federación de Trabajadores Italianos y sus Familias), evitaron la acción industrial directa, pero propiciaron las conexiones con el movimiento obrero, especialmente con su ala izquierda.

La incorporación, sin embargo, no significó necesariamente integración total. Algunos migrantes, especialmente los artesanos, entraron en los sindicatos como en el caso de aquellos de oficios metalúrgicos (ahora parte del Sindicato de Trabajadores de Ingeniería) y de la construcción (ahora parte del Sindicato de la Construcción, Forestal y Minero), los que aunque inicialmente sin respuesta a los reclamos por servicios multilingües, enfatizaron la organización en el lugar de trabajo y el activismo industrial. Pero muchos otros inmigrantes, especialmente hombres no-anglofónos y operarias fabriles no calificadas, enfrentaron una firme explotación patronal y fueron a menudo forzadas vía el cierre de fábricas a sindicatos que parecían remotos y no suficientemente preocupados por los problemas del taller. Por otra parte, las trabajadoras generalmente tenían una escasa comprensión de las negociaciones arbitrales centralizadas favorecidas por muchos de estos sindicatos, un fenómeno exacerbado por los mínimos esfuerzos para interesar a la masa trabajadora, mucho menos por una comunicación multilingüe. La situación fue, y sigue siendo, especialmente aguda en el caso de las mujeres inmigrantes [15].

La respuesta de los sindicatos ortodoxos a los inmigrantes no-anglos después de 1945 fue aceptarlos como miembros, asegurarse de que les pagaran

[15] QUINLAN, *Immigrants, Ethnicity and the Labour Movement*, «Immigrant Workers». D. J. MURPHY, *The Big Strikes*. LEVER-TRACY y QUINLAN, *Divided Working-class?*. A. McROBBIE y JUPP J., *Women and Language Services* (Canberra, 1992). J. COLLINS, *Migrant Hands in a Distant Land: Australia's Post-War Immigration* , (Sydney, 1988). I. CAMPBELL, R. FINCHER, M. WEBBER, *Labour Market Segments and Sementation Processes in Australia*, paper presentado en la conferencia TASA, Murdoch University, Diciembre 1991). C. ALCORSO, *Migrants and the Workers' Compensation System: the basis of an ideology*, «Australian and New Zealand Journal of Sociology», 25: 1, pp. 46-65. *Non-English Speaking Background Immigrant Women in the Workforce*, (Wollogong, 1991). C. ALCORSO y G. HARRISON, *Blue Collar and Beyond: The Experiences of Non-English speaking Background Women iin the Australian Labour Force*, (Canberra, 1993). L. FOSTER, A. MARCHALL, L. S. WILLIAMS, *Discrimination Against Immigrant Workers in Australia*, (Canberra, 1991). G. HILALI, *Non-English Speaking Background Immigrant Women Workers in the Industrial Relations System in Queensland*, MA thesis, Griffith University, 1993.

salarios acordados y condiciones, pero hicieron poco más. El desinterés por los trabajadores inmigrantes podía reforzarse en el caso de los sindicatos que buscaban acuerdos altamente centralizados con la gerencia a los tribunales de arbitraje (como, por ejemplo, en las industrias de acero, vidrio, plástico, y fabricación de vehículos), ignorando por lo tanto generalmente la participación de sus filas. En contraste, aquellos sindicatos que reposaban en estrategias más descentralizadas necesitaban un nivel más elevado de participación del trabajador inmigrante, y los inmigrantes en estos gremios más militantes estaban más comprometidos en las actividades sindicales. Por otra parte, el sistema de paritaria puede haber traído protecciones básicas pero hizo poco para limitar la acción de los supervisores sobre-exigentes o la distancia de algunos liderazgos sindicales. Hacia los primeros años de 1970, un creciente resentimiento de los inmigrantes, combinado de escasez laboral originada en un recorte en la admisión de inmigrantes, produjo una oleada de militancia de base, —tipificada por la huelga de 1973 en la planta Ford de Broadmeadows en Melbourne—, y de ella resultaron significativas mejoras en algunas industrias (por ejemplo, aumento en la paga, más descansos, y la designación de equipos de recambio en la industria de fabricación de vehículos). El mensaje fue reforzado por una serie de conferencias de inmigrantes obreros y por un número de inmigrantes de origen no anglófono que alcanzaron posiciones de más jerarquía en los sindicatos. Especialmente en el caso de los gremios cuya supervivencia organizativa estaba ligada a ganar la lealtad de un número sustancial de inmigrantes afiliados, pero también en forma más general, los sindicatos buscaron tender más puentes hacia sus asociados extranjeros proveyéndoles de información multilingüe, clases de inglés, designando organizadores inmigrantes e instando a los inmigrantes a asumir posiciones ofciales en los sindicatos, —aunque la cuestión de los jardines maternales para mujeres inmigrantes no fue encarada—. En los últimos años de 1970, la ACTU rechazó incluso el principio de raza/etnicidad como base de la selección de los inmigrantes.

El movimiento obrero australiano había recorrido un largo camino desde los días de la Australia Blanca, pero ni la sensibilidad creciente del sindicato a las necesidades de los inmigrantes «extranjeros», ni al difundido modelo de salarios y condiciones regulados por el estado protegieron a todos los trabajadores inmigrantes, especialmente aquella significativa minoría que encontró empleos sujetos a una legislación poco o nada efectiva —por ejemplo, restaurantes, recolección de frutas y verduras, y construcción de casas (como caso diferenciado de la construcción civil o comercial—. Los inmigrantes recientemente arribados y aquellos que trabajaban bajo subcontrato o bien con acuerdos extra-laborales —por ejemplo, las mujeres en la confección—, fueron y aún siguen siendo muy vulnerables a la explotación. Aún allí donde se aplicaron laudos, como en el caso de los trabajadores de restaurants o bien entre los recolectores de frutas, la evasión estaba muy difundida (en ausencia de una puesta en vigencia efectiva por parte de los sindicatos y de los inspec-

torados gubernamentales). La discriminación contra los inmigrantes no-anglófonos era también evidente en su persistente concentración en trabajos de alto riesgo (por ejemplo, acerías y construcción) y en los mecanismos de compensación a los trabajadores donde los inmigrantes, especialmente las mujeres, han obtenido peores resultados en términos de reclamos disputados/reciclados, y en las pagas promedio. Entre el inicio de la recesión de 1974 y los primeros años del noventa, la vulnerabilidad de los trabajadores inmigrantes ha sido exacerbada por otros factores: cambio tecnológico, despidos masivos, cierres reales y potenciales de plantas, programas de reentrenamiento de calificaciones (es decir, en la re-estructuración de beneficios) y el surgimiento de convenios colectivos no sindicalizados en las empresas privadas que están sujetos a mínimos controles y exentos de análisis público. El crecimiento del trabajo ocasional y *part-time*, la economía «negra» o ilegal, y la subcontratación y el trabajo a destajo desde los años ochenta ha reforzado el problema extendiendo los bolsones de baja sindicalización [16].

Del mismo modo que en Australia, los gobiernos canadienses de la segunda posguerra vincularon el crecimiento de la población y el desarrollo nacional a la inmigración en gran escala y la admisión de inmigración después de 1945 en Canadá abarcó un espectro más amplio de países de origen que previamente, incluyendo desde los años setenta, a inmigrantes de color provenientes del Caribe, Africa, Hong Kong y el sudeste asiático. La inmigración de los años inmediatos de la posguerra, sin embargo, reforzó ampliamente las tendencias anteriores, aunque esos años vieron una mayor afluencia de europeos continentales que previamente. Por una combinación de interés propio, altruísmo y presiones internacionales, Canadá abrió primero sus puertas a Gran Bretaña, los Estados Unidos, Holanda y otros países del norte de Europa, y a unas 165.000 personas desplazadas de Europa oriental. Luego amplió la entrada para admitir a un número creciente de sud-europeos, especialmente italianos. Mientras que ciertos grupos, como los holandeses, arribaron como agricultores, muchas personas desplazadas (incluyendo profesionales) y europeos voluntarios arribaron inicialmente como trabajadores escasamente calificados contratados en empleos dentro del sector de recursos naturales y de servicio. Algunos, como los italianos, y más tarde, los portugueses, desarrollaron extensas cadenas migratorias familiares.

[16] QUINLAN y LEVER-TRACY, *Divided Working Class?*. HILLALIA, *Immigrant Women Eorkers*. S. BERTONE y G. GRIFFIN, *Immigrant Workers and Trade Unions*, (Canberra, 1992). L. NICOLAOU, *Australian Unions and Immigrant Wokersm* (Sydney, 19910. M. QUINLAN y P. BOHLE, *Manging Occupational Health and Safety in Australia: A Multidisciplinary Approach*, (Melbourne, 1991). El trabajo de QUINLAN, *Immigrants, Ethnicity and the Labour Movement in 20th Centrury Australia and Canada* incluye una larga lista de artículos contemporáneos y de estudios en estos temas.

Una demanda de trabajadores domésticos aparentemente insaciable impulsó a los funcionarios canadienses a volcarse a fuentes no tradicionales, incluyendo las Indias Occidentales y Filipinas, en la medida en que los aportes tradicionales se agotaban. Hacia la década de 1960, la preocupación por atraer inmigrantes más capacitados y profesionales, combinada con las presiones para eliminar las cuotas racistas de ya larga data en la política canadiense (por ejemplo, las cuotas eran de unos pocos cientos, para la India, Pakistan, Ceylán/SriLanka), condujeron a la introducción de un sistema de puntos no discriminatorio. Estos cambios (1962; 1967), aunque pensados fundamentalmente para restringir el flujo del patronazgo familiar de países como Italia, y sesgados a favor de inmigrantes con educación y calificados, permitió sin embargo por primera vez la entrada de un significativo número de nuevos inmigrantes provenientes de países no occidentales. Sin embargo, la persistencia del racismo en la política inmigratoria fue evidente en, por ejemplo, la introducción en los años sesenta del sistema de trabajador invitado para negros caribeños, inmigrantes masculinos en la industria frutihortícola y en las domésticas. En este último caso, los activistas sindicales dieron su apoyo a las domésticas caribeñas, muchas de las cuales eran jefas de familias que habían dejado atrás, en su esfuerzo por mejorar sus posibilidades de alcanzar un status inmigratorio territorial en Canadá.

El período posterior a 1945 también vio una mayor incorporación de los trabajadores inmigrantes dentro del movimiento obrero establecido, aunque probablemente no tuvo un alcance similar al de Australia. Las relaciones industriales canadienses se parecen mucho a las de los Estados Unidos con menos injerencia del estado y menor densidad sindical que en Australia. Sin embargo, la situación de los gremios canadienses posterior a 1945 recibió la ayuda de la introducción durante e inmediatamente después de la guerra de un sistema de relaciones industriales regulado por el gobierno. El surgimiento de grandes sindicatos del sector público durante los años de 1960 también incrementó la densidad de la sindicalización en el país y permitió la posibilidad de una mayor agremiación de los trabajadores inmigrantes. Por el contrario, algunos de los gremios en las industrias adonde llegaron muchos inmigrantes de la posguerra, como en el caso del sector de la confección, temieron que el arribo de recién llegados pudiesen representar la pérdida de logros sociales duramente alcanzados.

Quiénes eran los inmigrantes también hizo a la diferencia. Algunos, como los virulentos refugiados anti-comunistas europeo-orientales, se opusieron en general a los gremios. Por el contrario, los inmigrantes de izquierda intentaron forjar puentes con el movimiento obrero. Otros, resintiendo el desinterés y la hostilidad de los gremialistas canadienses, asumieron su compromiso, montaron huelgas e incluso se organizaron a sí mismos. Un ejemplo especialmente dramático fueron las amargas y violentas huelgas lideradas por miles de trabajadores italianos en el sector de la construcción de viviendas de Toronto, hasta entonces no organizado a principios de los sesenta. Su éxito

abrió el camino para algunas alianzas significativas entre los trabajadores extranjeros y canadienses en los oficios de la construcción [17].

Estos y otros desarrollos no impidieron o eliminaron la presencia de *ghettos* de inmigrantes de bajos salarios, especialmente los femeninos. No solamente existen amplios sectores de la industria canadiense desprotegidos por los gremios sino que además muchos inmigrantes se concentran precisamente en aquellos trabajos en donde aún los mínimos niveles de regulación estatal de salarios y condiciones son difíciles de poner en práctica, como por ejemplo en los trabajos estacionales e inseguros en la cosecha de frutas y de vegetales, el servicio doméstico y el trabajo a destajo y domiciliario del sector manufacturero. Una saludable economía ilegal crece, también, en Canadá. Y desde los años setenta y ochenta, las vidas de los inmigrantes escasamente calificados del Canadá también se han transformado en más vulnerables a las depresiones económicas, los cierres de plantas, el cambio tecnológico, las estrategias de los empleadores y las re-estructuraciones globales [18].

Traducido por Carina F. de Silberstein

[17] HAWKINS, *Critical Years*. IACOVETTA, *Such Hardworking People: Italian Immigrants in Postwar Toronto* (Montreal/Kingston, 1992); ALAN G. GREENE, *Immigration and the Postwar Canadian Economy*, (Toronto, 1976). ANTHONY RICHMOND, *Postwar Immigrants in Canada*, (Toronto, 1967). LAUREL SEFTON MACDOWELL, *The Formation of the Canadian Industrial Relations System during World War II*, Labour/Le Travail, 3 (1978). LEO PANITCH y DONALD SWARTZ, *Towards Permanent Exceptionalism: Coertion and Consent in Canadian Industrial Relations*, Ibid., 13, (1984).

[18] MARILYN BARBER, *Immigrant Domestic Servants in Canada*. (Ottawa, CHA, 1991). FRANCA IACOVETTA, *Primitive Villagers and Uneducated Girls: Canada Recruits Domestics from Italy*, «Canadian Woman Studies», 7: 4 (Winter 1986). También, su: *Ordering in Bulk: Canada's Postwar Immigration Policy and the Recruitmente of contract Workers from Italy*, «Journal of American Ethnic History», 11: 1 (Fall, 1991). AGNES CALLISTE, *Canada's Immigration Policy and Domestics from the Caribbean: The Second Domestic Scheme*, en: J. VORST, "Race, Class, Gender, Bonds and Barriers", (Toronto, 1989). JANE SAWYER TURRITIN, *Networks and Mobility The Case of East Indian domestics from Montserrat*, «Canadian Review of Sociology and Anthropology», 13: 3 (1976). MAKEDA SILVERA, *Silenced*, (Toronto, 1983). RACHEL EPSTEIN, *Domestic Workers: The Experience in B. C.*, en LINDA BRISKIN y LUNDA YANZA, eds., "Union Sisters", (Toronto, 1983). VIC SATZEWICH, *Racism and Canadian Policy: The Govbernment's View of Caribbean Migration, 1962-1966*, «Canadian Ethnic Studies», 21: 1 (1989). También su estudio, *Racism and the Importation of Foreign Labour into Canada*, (London).

RESUMEN

Inmigración y trabajo: Australia y Canadá comparados

Australia y Canadá comparten una historia colonial común, geografía, economía y demografía similares y una fuerte tradición contra la inmigración no anglo-celta, a pesar de ser ambos países de inmigración. Estas similitudes y diferencias son examinadas aquí en lo que concierne a las migraciones laborales y las relaciones entre la fuerza de trabajo inmigrante y la local. La llegada de los trabajadores europeos en primer lugar, y asiáticos después, fue percibida de manera similar en Australia y Canadá, con una combinación de prejuicio racial y hostilidad de los sindicatos tanto hacia la inmigración de trabajadores contratados como hacia la inmigración asistida. Se analiza la evolución de estas difíciles relaciones en los siglos XIX y XX.

SUMMARY

Immigration and Labour: Australia and Canada Compared

Australia and Canada share sharing a common colonial history and many similarities in geography, economy, demography, etc., as well as a substantial anti-non anglo-celtic immigrants tradition, in spite of their being immigration countries. Those similarities and differences are analyzed here, as far as labor migration and relationships between immigrant and local labor are concerned. The arrival of European labor first, Asian later, was perceived similarly by both Australia and Canada, combining racial prejudice and unions' hostility towards contract labor migration as well as towards assisted migration. The evolution of those difficult relations through the 19th and 20th centuries is analyzed here.

LA FORMACION DE LA COLECTIVIDAD INMIGRANTE VASCA EN LOS PAISES DEL RIO DE LA PLATA (SIGLO XIX) [1]

Óscar ÁLVAREZ GILA *

Introducción

Uno de los más interesantes —y menos estudiados— aspectos de la inmigración vasca contemporánea a la región del Río de la Plata, es la creación y conformación, a lo largo del siglo XIX y tras una larga evolución —mediante el acercamiento progresivo entre los inmigrantes vasco-españoles y vasco-franceses radicados en ambas márgenes del Río de la Plata— de una única e integrada colectividad vasca, que se haría presente de modo institucional en la vida pública argentina y uruguaya desde fines de ese mismo siglo, y durante todo el siguiente.

Entendemos por «colectividad» [2], y más concretamente, por «colectividad étnica», no un conjunto de personas definidas externamente desde la posesión o no de un rasgo calificador apriorístico —en este caso, la procedencia geográfica o nacional del inmigrante—, sino ante todo, un verdadero sujeto actuante, formado por personas que se autodefinen, adquieren conciencia de grupo y se estructuran asociativamente en su país de acogida a partir de su

(*) *Universidad del País Vasco, E-01006 VITORIA-GASTEIZ, España.*

[1] Este artículo fue presentado inicialmente en el *48º Congreso Internacional de Americanistas*, Estocolmo, 4-7 julio 1994.

[2] El término «colectividad» ha sido desarrollado en Argentina por la llamada escuela del «pluralismo cultural», que defiende que, a raíz del proceso inmigratorio masivo, se produjo en este país un mosaico cultural donde supervivieron las identidades étnicas europeas. En los orígenes de esta corriente son patentes las influencias norteamericanas. Cfr. BLANCA SÁNCHEZ ALONSO, *La emigración española en Argentina. Siglos XIX y XX*, Colombres (Asturias), Archivo de Indianos, 1992, pp. 21-23.

pertenencia a una etnia o nacionalidad determinada [3]. De este modo, sería el sentimiento propio de identidad el elemento básico a tener en cuenta, a la hora de analizar la aparición y el papel jugado por las «colectividades» en la vida pública, en este caso en el ámbito social rioplatense.

En la práctica, sin embargo, buena parte de los estudios que se han realizado al respecto [4] han venido a optar por la solución más sencilla: tomar la nacionalidad reflejada en el pasaporte de los inmigrantes como referente estructurador de la existencia de una colectividad, partiendo de modo axiomático de la idea de que habrían sido los grupos así definidos los que se agruparían «de modo natural» en formas asociativas de corte étnico —que son, a la postre, el reflejo institucional más evidente de la formación de una colectividad—.

Sin embargo, han sido varios los autores que han puesto en evidencia la necesidad de tomar en cuenta, ante todo, las adscripciones locales y regionales de los inmigrantes europeos en América —lo que Nadel denomina «etnicidad subnacional» [5]—, ya que suelen ser éstas los más fuertes referentes de origen que mantienen muchos de ellos cuando se instalan al otro lado del Atlántico, antes que las adscripciones nacionales [6] —aunque, claro está, sin negar la importancia de éstas—.

[3] Podemos entender la estructura de la colectividad étnica como un conjunto de círculos concéntricos, en cuanto a la autodefinición que cada persona aporta sobre su pertenencia al grupo de referencia. En el centro estaría aquella minoría nucleada en sociedades de carácter étnico; a su alrededor se hallarían aquellos que mantienen una relación esporádica (por ejemplo, en festividades «nacionales») con las sociedades étnicas y su entorno; finalmente, en la periferia, podría encontrarse el grupo más numeroso de todos aquellos que, sin perder individualmente su autodefinición, no la plasman nunca o casi nunca en estas organizaciones o actos colectivos. En todos estos casos, es la conciencia de pertenecer a un determinado grupo étnico lo que actúa como faro alrededor del que gira toda la estructura.

[4] De los trabajos publicados últimamente sobre la «colectividad española» en el Río de la Plata, caben destacar los de ALEJANDRO E. FERNÁNDEZ, *Patria y cultura. Aspectos de la acción de la élite española de Buenos Aires (1890-1920)*, «Estudios Migratorios Latinoamericanos», Buenos Aires, 6-7 (1987), pp. 291-306; *El mutualismo español en un barrio de Buenos Aires: San José de Flores (1890-1900)*, Id., 13 (1989), pp. 609-642; *La colectividad española de Buenos Aires y el asociacionismo étnico*, Arbor, Madrid, nº 536-537 (1990), pp. 25-52) y ERNESTO PUIGGRÓS et alii, *La inmigración española en el Uruguay*, Montevideo, 1991.

[5] STANLEY NADEL, *Little Germany: Ethnicity, Religion and Class in New York City, 1845-1880*, Urbana & Chicago, Univ. of Illinois P., 1990, p. 50.

[6] *Ibidem*. Nadel toma el ejemplo de los alemanes inmigrantes agrupados en la Little Germany de Nueva York. Su conclusión es que «(it) is clearly necessary to begin looking for evidence of particularism in German Americans» (p. 155).

Esta tendencia queda acentuada cuando, en el seno de un estado reconocido, se constata la existencia de una o varias minorías étnicas o nacionales —definidas en Europa, no por factores de raza, sino fundamentalmente por cultura, lengua e incluso religión—. En estos casos, no sólo es más evidente la fractura interna en la pretendida «colectividad», sino que incluso, en bastantes ocasiones, se presentan en ella reivindicaciones políticas internas de corte nacionalista que impiden su misma formación. Quizá el mejor ejemplo, en el Río de la Plata, sea el de la inmigración polaca a Argentina, preferentemente localizada en el territorio norteño de Misiones. En sus inicios —antes de la creación del estado de Polonia, al final de la Primera Guerra Mundial—, los recién llegados al país no lo hacían oficialmente como polacos; así y todo, en ningún momento estos inmigrantes se integraron en colectividades «alemanas», «rusas» o «austro-húngaras», sino en las definidas solamente como polacas[7].

Es además cierto que, incluso para los mismos protagonistas del fenómeno, el problema de su identificación nacional era algo real y patente. Frente a la «insistencia en manifestar su verdadera nacionalidad en las relaciones cotidianas con la población en general», estos inmigrantes contaban con irresolubles «dificultades de orden legal para el reconocimiento formal» de aquélla desde las instancias oficiales[8]. De hecho, la historiografía que intenta esclarecer los cómo y porqués del movimiento migratorio contemporáneo a América de muchos de los países del recompuesto mapa de Europa Oriental —del mismo modo que de diversos ámbitos regionales en la Occidental—, se encuentra con un primer y fundamental problema: la casi total imposibilidad de realizar siquiera una cuantificación primera utilizando las fuentes oficiales, que no reconocen sino las fronteras políticas existentes en cada momento[9].

Por esta razón, el historiador se ve obligado a rastrear en otro tipo de fuentes, más cualitativas que cuantitativas, las líneas formativas de las distintas colectividades que, realmente, se crearon en las sociedades de acogida. La perspectiva, por tanto, ha de invertirse, iniciando la agregación desde los

7 El caso polaco es, en el terreno historiográfico, la excepción que confirma la regla, ya que, a pesar de que durante la mayor parte del período de inmigración masiva no existían como estado reconocido, los estudios han dado plena carta de naturaleza a la existencia evidente de una inmigración y una «colectividad» polaca. RYZSARD STEMPLOWSKI, *Los colonos eslavos del Nordeste Argentino (1897-1938). Problemática, fuentes e investigaciones en Polonia*, «Estudios Latinoamericanos», Varsovia, 10 (1985), pp. 169-183.

8 MIGUEL WASYLIK, *La inmigración ucraniana la Argentina*, «La Inmigración a América Latina. Primeras Jornadas Internacionales sobre la Migración en América», México, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, 1985, t. II, pp. 165-166.

9 M. WASYLIK, *La inmigración...*, p. 166.

niveles bajos de dicho proceso formativo: los lazos de sociabilidad generados por el parentesco, el paisanaje y, sobre todo, la identidad cultural [10].

En este orden de cosas, el caso de la inmigración vasca al Río de la Plata puede considerarse un ejemplo paradigmático al respecto.

1.- La inmigración vasca al Río de La Plata

1. El País Vasco (*Euskal Herria*) es una región de Europa suroccidental, situada a ambos lados de la frontera franco-española de los Pirineos en su zona oriental, ribereña con el Océano Atlántico. Limita al norte con el río Adour, y al sur con el Ebro. En su parte francesa, se extiende por una estrecha franja de 40 kilómetros de ancho en el extremo occidental costero del departamento de los Pirineos Atlánticos, comprendiendo las antiguas provincias de Labort, Baja Navarra y Soule, y teniendo como capital natural a Bayona. En su parte española, al sur de la cordillera pirenaica, comprende las provincias de Álava, Vizcaya, Guipúzcoa y Navarra [11]. En total, abarca una extensión de 20.864 km², y cuenta (1981) con una población de 2.846.976 habitantes (mapa nº 1). El principal rasgo de su identidad particular reside en su lengua propia, el *euskera*, de ignorada filiación preindoeuropea, que es hablado actualmente (1991) por un 22.53% de la población vasca —como consecuencia de un secular proceso de retroceso geográfico de sus fronteras lingüísticas [12]—.

2. La emigración de los vascos hacia América, cuando se inician a la vida independiente las antiguas colonias españolas de aquel continente, no era un fenómeno nuevo. Integrados en la corona castellana, desde los primeros momentos hubo presencia de vasco-españoles en la conquista y colonización de América; incluso los bajonavarros tuvieron, durante años, entrada franca en las posesiones españolas del Nuevo Mundo. Ya en los primeros decenios

[10] Véanse las interesantes precisiones que hace JOSÉ MARÍA IMÍZCOZ BEUNZA, *Parientes, amigos y paisanos. Las estructuras humanas de la emigración vasco-navarra a América, siglos XVI-XX*, «Emigración y redes familiares vascas en América (VI Congreso Internacional de Historia de América)», Vitoria-Gasteiz, Euskal Herriko Unibertsitatea, en prensa.

[11] Las tres primeras forman actualmente la «Comunidad Autónoma Vasca», con estatuto de autonomía particular («de Gernika», aprobado en 1980); Navarra mantiene una situación diferente, al haber accedido a similares grados de autonomía por vía propia, a través del llamado «Amejoramiento del Fuero».

[12] Un buen resumen histórico de la lengua vasca, en *Libro Blanco del Euskara*, Bilbao, Euskaltzaindia, 1977.

MAPA Nº 1
Euskal Herria
Mar Cantábrico
Landas
Bayona
Béarn
LABOURD
BAJA NAVARRA
Cantabria
Bilbao
BIZCAIA
San Sebastián
GUIPUZCOA
S.Jean-Pied-de-Port
Mauleon
SOULE
FRANCIA
ESPAÑA
Burgos
ALAVA
Vitoria
Pamplona
Huesca
NAVARRA
La Rioja
Zaragoza
0
50 km
PROVINCIA
Capital
Región Limítrofe
PAIS
Area vascófona (s. XIX)

tras la Independencia, desaparecidas las prohibiciones generales que impedían el acceso de los extranjeros, los vasco-franceses se incorporaron masivamente al incipiente proceso migratorio que, desde Europa, se dirigía a poblar las tierras casi despobladas del Río de la Plata.

Desde las dos regiones vascas —nor y surpirenaica— sugieron entonces sendas corrientes migratorias paralelas, diferenciadas en cuanto a su origen y evolución, pero con la característica común de integrarse ambas en el momento de la llamada «inmigración temprana» [13]. En el País Vasco-francés, empero, la migración hacia el Río de la Plata se inició (circa 1825) pocos años antes que se reanudase la marcha hacia América desde las provincias vasco-españolas (1835-40, durante la primera guerra civil «carlista»); su final, por otra parte, coincide con el periodo de máximo apogeo de la corriente vasco-española hacia Argentina y Uruguay [14].

Resulta casi imposible, sin embargo, poder ofrecer unas traducción en cifras de estas tendencias o ritmos generales expuestos. Existen algunas estimaciones contemporáneas, especialmente para el País Vasco-francés (Cuadro Nº 1); Marenales Rossi llega a hablar de un «periodo vasco» en la evolución de la inmigración europea en Uruguay, que abarcaría los años de 1825 a 1851 [15]. No ocurre lo mismo, en cambio, con la zona vasco-española, cuyas

[13] Denominación que reciben, en Argentina, las primeras corrientes inmigratorias europeas que recibió el país desde la Independencia hasta la caida de la dictadura de Juan Manuel de Rosas, en 1852 (NARCISO BINAYÁN CARMONA, *Los comienzos de la inmigración (1844-1853)*, «Tercer Congreso de Historia Argentina y Regional, Santa Fe-Paraná», Buenos Aires, Academia Nacional de la Historia, 1975, pp. 49-52). En Uruguay se produjo un hecho similar, siendo los vasco-franceses el grupo mayoritario de los todavía escasos inmigrantes arribados entre 1825 y 1851 (MARTHA MARENALES ROSSI, *La aventura vasca. Destino: Montevideo*, Montevideo, Centro Euskal Erria, 1991, p. 122). Los estudios recientes tienden a dar una gran importancia a este periodo —hasta el presente eclipsado en la historiografía por el momento posterior de «inmigración masiva»—, al ponerse de relieve la importancia que tiene la temprana radicación en el país con las posibilidades reales de acceso a la propiedad de la tierra y de ascenso social en una sociedad de base agropecuaria (MARCELINO IRIANI, *Los vascos y la inmigración temprana en la provincia de Buenos Aires. Su inserción en la estructura productiva, 1840-1880*, «Estudios Migratorios Latinoamericanos», 20 (1992), pp. 101-147).

[14] No por la paralización de la corriente emigratoria vasco-francesa hacia América, sino por una reorientación del destino preferente de ésta, que desde comienzos del siglo XIX se localizaba en el Oeste y Medio-Oeste de los Estados Unidos. WILLIAM A. DOUGLASS y JON BILBAO, *Amerikanuak. Basques in the New World*, Leioa, Euskal Herriko Unibertsitatea, 1985, pp. 291ss.

[15] *La aventura...*, p. 122. En 1843, un tercio de la población de Montevideo estaba formado por inmigrantes vasco-franceses, a los que habría que añadir a los vasco-españoles, que estaban llegando masivamente en el último lustro.

primeras estadísticas datan de fines del siglo XIX, y para la que no existe al presente ningún intento de ofrecer unos cálculos aproximativos [16].

CUADRO Nº 1

Emigrantes Vasco-Franceses hacia América
(Argentina, Uruguay, Estados Unidos)

Años	nº emigrantes	media anual de emigrantes
1832-1835	828	208
1836-1845	10.162	1.016
1846-1855	16.111	1.614
1856-1864	12.883	1.425
1865-1874	17.750	1.775
1875-1883	5.157	573
1884-1891 *	16.421	2.052

Fuente: ETCHEVERRY, *Louis; L'émigration dans les Basses Pyrénées pendant soixante ans*, "Association Française pour l'Avancement des Sciences", Pau, 1892, tomo II, p. 1092ss.

(*) Pierre LHANDE (*L'émigration basque*, París, Nouvelle Librairie Nationale, 1910, p. XX) aporta datos hasta 1907, y considera que la tasa de emigración entre 1884 y aquella fecha fue superior al de décadas anteriores. En total, estima la emigración vasco-francesa de 1832 a 1907 en unas cien mil personas; la mayoría de éstas declaró como destino Argentina.

Los resultados, en todo caso, reflejan que la inmigración vasca al Río de la Plata fue numerosa y constante a lo largo del siglo XIX, dejando su impronta en las sociedades argentina y uruguaya, tanto en forma de una relativamente numerosa base física de población de origen vasco —inmigrantes y sus descendientes, que a comienzos del siglo XX se calculaba que suponían

[16] JOSE MANUEL AZCONA PASTOR (*Los paraísos posibles. Historia de la emigración vasca a Argentina y Uruguay*, Bilbao, Universidad de Deusto, 1992, p. 52) hace constar la imposibilidad «de conocer con escrupulosa exactitud» el volumen de la emigración vasco-española, principalmente por la falibilidad de las estadísticas españolas al respecto. No es hasta 1882, cuando el oficial Instituto Geográfico y Estadístico Español comienza a editar resúmenes anuales de emigración, distribuidos por provincias. Lamentablemente, a pesar del título general de este estudio, el autor se ha limitado a corto muestreo, sin estimar su grado de representatividad.

cerca de un cuarto de millón de personas en Argentina [17]—, como a través de la creación de un estereotipo particular (el «vasco» obstinado, trabajador y lechero), presente en descripciones literarias, hemerográficas y otras procedentes del acervo popular [18].

2.- *Vascos franceses y vascos españoles*

1. La masiva instalación de estos inmigrantes vascos en los países del Río de la Plata, sin embargo, no tuvo durante mucho tiempo un adecuado reflejo institucional propio. Si tuviéramos en cuenta este hecho, durante más de medio siglo no podría decirse que existiera una colectividad vasca, ni en Argentina ni en Uruguay. Todavía no se había desarrollado suficientemente entre aquéllos la conciencia de formar parte de un mismo grupo particular, capaz de realizar acciones colectivas que asumieran el papel de intérprete entre la sociedad receptora y el arquetipo de inmigrante vasco. En otras palabras, aún no se había alcanzado el grado necesario en el proceso de construcción cultural de una «etnicidad» vasca [19].

De hecho, durante los momentos tempranos de la inmigración, y hasta el año 1876, los vascos nor y surpirenaicos tendieron a integrarse, respectivamente, en asociaciones nacionales francesas y españolas. La práctica totalidad de éstas eran, por otra parte, sociedades de socorros mutuos, dirigidas a un fin eminentemente práctico —la obtención de unas garantías para sus asociados frente a la enfermedad, el infortunio y la indigencia—, más que a hipotéticos deseos del mantenimiento de su identidad cultural o étnica. Entre las españolas, la pionera fue la «Asociación Española de Socorros Mutuos» de Montevideo (Uruguay) en 1852, a la que siguió por imitación su homónima de Rosario (Argentina) el año 1857; ambas primaban los fines asistenciales a los recreativos [20]. Para los franceses, el «Hospital Francés» de Buenos

---

[17] P. LHANDE, *L'emigration...*, p. XXII. W. A. Douglass y J. Bilbao señalan cómo «aun los cálculos más conservadores situarían el número de vascos llegados al Nuevo Mundo», durante el siglo XIX y el primer tercio del XX, en 200.000 individuos, pero piensan que «la cifra real pudo ser considerablemente más elevada» (*Amerikanuak...*, pp. 178-179).

[18] Sirva como ejemplo la viva descripción, colmada de tópicos argentinos sobre el vasco, de G. DAIREAUX: *El aprecio que se merece la inmigración vascongada*, Buenos Aires, 1901.

[19] Sobre la noción de *etnicidad* como construcción cultural paulatina, véase W. SOLLORS (ed.), *The invention of ethnicity*, New York, Oxford University Press, 1989, especialmente pp. IX-XIV; y K. N. CONZEN et alii, *The invention of ethnicity: a perspective from the U.S.A.*, «Altreitalie», 3 (IV 1990), pp. 37-62.

[20] EDUARDO MIRAGAYA y FRANCISCO SOLANES, *Los españoles en Rosario de Santa Fe. Su influencia en el progreso de la ciudad*, Rosario, La Cervantina, 1934, p. 187.

Aires servía como un muy buen marco a las reuniones sociales de los residentes en la capital argentina; en otras ciudades, siguiendo la huella de otros inmigrantes creaban sociedades propias de socorros mutuos [21].

Centrándonos en el caso de los españoles, Alejandro E. Fernández ha llegado a calificar a este asociacionismo inicial como un *melting pot* en miniatura, en el que intentaban amalgamarse los «elementos culturales y realidades sociales de las distintas regiones de origen» [22], con un elevado grado de desconocimiento mutuo y una muy alta diversidad. No en vano, dos regiones españolas de las de mayor participación en la corriente inmigratoria rioplatense contemporánea eran zonas de gran particularismo cultural, expresado en gran medida en la existencia de sendos idiomas vernáculos y unas bajísimas tasas del conocimiento del castellano: Galicia y el País Vasco.

Resulta así difícil decantarse por una explicación a la hora de analizar el rápido surgimiento de estas entidades asociativas «nacionales» españolas. Desde luego, en muchas pequeñas poblaciones de las regiones rurales, el bajo número de inmigrantes residentes sería una factor determinante a la hora de llevar a una ampliación del campo de procedencia de los adherentes a las asociaciones mutuales extranjeras [23]. Pero en las grandes aglomeraciones —especialmente en Buenos Aires—, donde incluso llegaban a presentarse pautas regionales de preferencia geográfica en cuanto a la residencia [24], hubiera sido posible el nacimiento temprano de un asociacionismo regional activo y potente; algo que, sin embargo, no ocurrió. En este caso, parece claro que primaba un sentido de connacionalidad más vinculado a la idea tradicional de pertenencia a la monarquía común, antes que a planteamientos novedosos de pertenencia a un pueblo —en el sentido que le daba el nacionalismo romántico—; en otras palabras, las diferencias culturales no habían sido tradu-

[21] ANTONIO CRESPI VALLS, *Franceses en Bahía Blanca*, Bahía Blanca, Sociedad Francesa de Socorros Mutuos, 1956, pp. 15ss.

[22] ALEJANDRO E. FERNÁNDEZ, *Mutualismo y asociacionismo*, en «Historia General de la emigración española a Iberoamérica», Madrid, Historia 16, 1992, vol. I, p. 335.

[23] La incidencia de este factor se puede comprobar, por ejemplo, por medio de la distribución de las asociaciones que se titulan «españolas» en Argentina. En una fecha tan tardía como 1926, cuando la tendencia a la regionalización estaba ya acentuada en Buenos Aires, en muchas localidades rurales no se había siquiera iniciado ningún movimiento en este sentido. MOISÉS LLORDÉN MIÑAMBRES, *Las asociaciones españolas de emigrantes*, en MARÍA CRUZ MORALES SARO y MOISÉS LLORDÉN MIÑAMBRES (eds.), «Arte, cultura y sociedad en la emigración española», Oviedo, Universidad de Oviedo, 1992, pp. 9-56.

[24] Por ejemplo, la concentración de gallegos en el barrio montevideano conocido luego como «Galicia Chica», o la fuerte concentración de vascos en el barrio de Barracas, en Buenos Aires.

cidas, en el imaginario colectivo de los diversos grupos españoles, en forma de reivindicaciones políticas separadas o separatistas.

2. Es más: en un primer momento, a pesar de afinidades y similitudes culturales y lingüísticas, los propios vascos se veían a sí mismos, en gran medida, estructurados en dos comunidades diferentes entre sí. El «apellido» (español o francés) con que se complementaba a la autodefinición primaria de vasco actuaba —y lo hizo durante algunos años— como un claro punto de separación en la actuación colectiva de ambos grupos.

En la raíz de esta situación se hallaba, sin duda, el alto grado de desconocimiento mutuo —especialmente entre las capas populares, protagonistas principales del fenómeno migratorio vasco, con la evidente excepción de las propias comarcas fronterizas—. Así queda reflejado, por ejemplo, en una de las mejores novelas escritas en lengua vasca sobre la emigración a Sudamérica (*Joañixio*, de Jon Andoni Irazusta). El protagonista, un campesino guipuzcoano que nunca antes había salido de su aldea natal, expresaba su extrañeza cuando, al cruzar clandestinamente la frontera para embarcarse en Burdeos, comprueba como también se hablaba euskera en «la otra parte»:

> Elizan sarrera bat egin zuen eta ostatura zuzendu ziran.
> — Egun on, etxekoak.
> — Egun on, jaunak -erantzun zuten.
> — Ara... -zion Joañixiok, Prantzin ere euskeraz itz egiten al due?. Prantsesez egingo zuela negon.
> — Ja, ja, ja, ja....Oiek gu baino prantsesagoak ez dira. Gu bezelaxe euskotarrak eta euskaldunak. Prantzin mendean daude, baño euskotar. Gu bezelaxe, Españaren mendean, baño euskotar [25].

Bien es cierto que ya desde fines del siglo XVIII se pueden encontrar, en la obra de diversos pensadores y personajes públicos vascos de ambos lados de la frontera, las primeras voces que hablaban de un patriotismo «vasquista» desde la exaltación de la unidad cultural del pueblo vasco. Pero ni tales escarceos pasaron nunca de las capas altas de la sociedad ni, como señala Apalategi, debemos confundir esta defensa de lo vasco con la aparición de un proyecto político propio para el conjunto de Euskal Herria [26].

---

[25] «Hicieron un alto en la iglesia, y se dirigieron a la taberna. -Buenos días a los de la casa. -Buenos días, señores -respondieron. -¡Cómo...! -dijo Joañixio- ¿Hablan en vasco los franceses?. Creía que lo harían en francés. -Ja, ja, ja, ja... Estos no son más franceses que nosotros. Como nosotros, son vascos y vascoparlantes. Bajo el dominio de Francia, pero vascos. Como nosotros, bajo el dominio de España, pero vascos». JON ANDONI IRAZUSTA, *Joañixio*, Buenos Aires, Ekin, 1946, p. 56.

[26] JOKIN APALATEGI, *Los vascos, de la autonomía a la independencia. Formación y desarrollo del concepto de la nación vasca*, San Sebastián, Txertoa, 1924, p. 35.

Si a todo esto se le añade un pasado reciente de enfrentamientos bélicos entre España y Francia, que habían tenido como teatro de operaciones la región vasca debido a su carácter fronterizo [27], el resultado final era unos retazos de desconfianza mutua, que en modo alguno contribuían a una rápida identificación entre los inmigrantes vasco-españoles y vasco-franceses en sus nuevos hogares del Río de la Plata [28].

3. Sin embargo, a pesar de esta desfavorable situación inicial, ya desde los primeros momentos de la gran inmigración, y de un modo lento y paulatino, se comenzaron a dar algunos pasos en el proceso de acercamiento de ambas comunidades vascas.

Un factor positivo para ello era, sin duda, la tendencia claramente mostrada de autoidentificarse, en primer lugar, como vascos —tendencia más acusada entre los vasco-franceses—. Cuando en 1855 se realiza el *Censo de la Ciudad y Estado de Buenos Aires*, no son aislados los casos de inmigrantes que responden a la casilla de «nacionalidad» con la indicación de «vasco» o, a lo sumo «vasco-francés» o «vasco-español». Así ocurre, por ejemplo, con la familia labortana formada por Pedro Echeverria (de Itxassou), Teresa Eymax (de San Juan de Luz) y los hermanos Graciana y Esteban Gabilion (también de Itxassou), que se presentaban como «bascos» [29]; o con dos sirvientas vecinas de la calle Reconquista, María Barzas y Basilia Beristain, «vasca francesa» y «vasca española» respectivamente, según la anotación del agente censal [30]. Del mismo modo, en Uruguay llegó a ser tal el grado de individualidad social que había adquirido hacia 1840 el grupo vasco-francés, que un observador contemporáneo (Baines) los incluía en una tabla estadística

[27] En especial, los enfrentamientos bélicos promovidos por España contra la Francia republicana, desde 1793, que culminaron con la invasión napoleónica y la Guerra de Independencia.

[28] La situación de división inicial de los inmigrantes vascos, entre «españoles» y «franceses», no es algo privativo de la Argentina y el Uruguay del siglo XIX. Así, cuando se inicie la presencia de un importante núcleo de vascos en tierras del Oeste norteamericano, a inicios del XX, también se formarán entre ellos dos grandes bloques, en los que «le «Zazpirak Bat» est peu dans la raison, moins encore dans le sentiment de ces Basques». (ADRIEN GACHITÉGUY, *Les Basques dans l'Ouest américain*, Urt, Ezkila, 1955, p. 105). También en otras colectividades inmigrantes se produjeron situaciones similares, por ejemplo entre los italianos, cuando todavía no habían realizado su unificación nacional (ROLANDO AZZI, *O catolicismo de imigraçdo*, «Estudios Migratorios Latinoamericanos», Buenos Aires, 14 (1990), pp. 20-21).

[29] *Archivo General de la Nación* (*AGN*), Buenos Aires, «Censos», 1855, tomo 1391, Cuartel 3, Manzana 1. Residían en la calle Piedad 16.

[30] *AGN*, Buenos Aires, «Censos», 1855, tomo 1391, Cuartel 3, Manzana 14.

por nacionalidades de los inmigrantes llegados al puerto de Montevideo, diferenciados del común de los franceses [31].

En estos casos se hace patente cómo el carácter regional vasco primaba, aun sin llegar a límites rupturistas, sobre otra identificación nacional más global. A pesar de sus limitaciones, era éste un primer y fundamental paso en la creación de una única colectividad vasca, al tomarse como referente principal aquello que unía a los vascos, en lugar de aquello que los diferenciaba.

3.- El proceso de acercamiento

3.1. El factor de acercamiento: la lengua

Indudablemente, era ante todo un importantísimo factor el que propiciaba y convertía en factible este proceso de acercamiento y creación de la colectividad vasca: la *unidad de lengua* y *la cercanía* —casi identidad— *cultural entre los vasco-españoles* y *los vasco-franceses*.

Durante el siglo XIX, a pesar del fuerte retroceso de la frontera sur de la lengua vasca, ésta seguía manteniendo una posición de exclusividad —monolingüismo práctico— en amplias zonas del País Vasco, tanto al norte como al sur de los Pirineos. Se han llegado a estimar cifras de hasta un 90 por ciento de vasco-parlantes desconocedores del castellano en una provincia como Guipúzcoa, a fines de siglo [32]. El dominio de la lengua oficial del Estado era, todavía entonces, patrimonio casi exclusivo de los sectores más elevados de la sociedad (pequeña nobleza rural, funcionariado y burguesía mercantil-industrial de las ciudades). Así, el euskera se mantenía fuerte, sobre todo, en la zona oriental de Vizcaya, toda Guipúzcoa y el tercio norte de Navarra en el País Vasco-español; en cuanto al norte de la frontera, para la práctica totalidad de los vasco-franceses *«la langue française n'était pas plus connue que l'espagnole»* [33] (mapa nº 1).

Los protagonistas del fenómeno migratorio vasco ultramarino de aquellos años, que componían el grueso de la corriente que marchaba a las Américas, procedían precisamente de los sectores populares de estas zonas de predo-

[31] En su obra *Los negocios del Río de la Plata*. Abarcaba los desembarcos de pasajeros entre 1836 a 1942. Cfr. JUAN JOSÉ ARTEAGA y ERNESTO PUIGGRÓS, *Legislación y Política Inmigratoria en el Uruguay, 1830-1839*, en «Legislación y Política Inmigratoria en el Cono sur de América», México, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, 1987, p. 408.

[32] *Libro blanco...*, pp. 290-294.

[33] ADRIEN GACHITÉGUY, *Les Basques...*, p. 173.

minio vasco-parlante casi exclusivo [34]. Además «el emigrante e[ra] pobre, por lo general poco instruido», como generalizaba un periódico bilbaíno en 1893 [35], por lo que tampoco habría podido adquirir convenientemente la lengua castellana —única en la que se impartía la enseñanza básica—. Sin embargo este hecho, a pesar de su evidente importancia a la hora de determinar pautas de integración y de asociacionismo del inmigrante en el país de acogida, ha sido sistemáticamente obviado en muchos de los estudios que han tratado de analizar la evolución de las «colectividades» española —y francesa— en Argentina y Uruguay, y en concreto su asociacionismo étnico.

En primer lugar, en bastantes ocasiones se viene a presentar la imagen del inmigrante español en una situación de privilegio frente al procedente de otras naciones, debido a que no debía superar las iniciales barreras culturales y lingüísticas, facilitándosele de este modo su rápida integración [36]. Frente a este lugar común, se nos presenta el hecho de que buena parte de los inmigrantes vascos que llegaban al Río de la Plata, aún bajo nacionalidad española, eran prácticos desconocedores del castellano —o a lo sumo lo habían adquirido como segunda lengua—. Además, las iniciales pautas de localización geográfica de los vascos en el Río de la Plata —con una marcada presencia en oficios rurales que los llevaba a instalarse en alta proporción en pueblos aislados [37]— hacían que incluso inmigrantes radicados desde antiguo en el país apenas llegaran a aprender algunas frases hechas del idioma nacional. «Yo tenía un tío muy bruto», señalaba en sus clases el jesuita y profesor uruguayo Juan Faustino Sallaberry, hijo de vascos: «Hablaba solamente en vasco y jamás pudo aprender a decir en castellano nada más que «buenas noches»; pero lo más grave es que nunca supo cuándo era de noche» [38].

---

[34] A diferencia de lo que ocurría en siglos anteriores, en los que la emigración a América provenía fundamentalmente de sectores medios-altos de la sociedad —especialmente comerciantes, funcionariado y clero—. En el siglo XIX, integrados ya en la corriente general europea de la emigración en masa, cambió el componente fundamental de la emigración vasca, pasando a ser ocupado por los estratos medios-bajos, que marchaban esencialmente por razones económicas. Cfr. MAGNUS MÖRNER, *Aventureros y proletarios. Los emigrantes en Hispanoamérica*, Madrid, 1992, p. 57.

[35] De *El Nervión*. Tomado de J. M. AZCONA PASTOR, *Los paraísos...*, p. 177, que desgraciadamente no aporta la cita completa de la fuente. En los pueblos vasco-parlantes, poder realizar la instrucción primaria era uno de los principales —casi exclusivos— medios de aprendizaje del castellano.

[36] B. ESTRADA, *Causas de la emigración y tipología de los emigrantes*, "Historia General...", Vol. I, p. 223.

[37] W. A. DOUGLASS y J. BILBAO, *Amerikanuak...*, pp. 188-191.

[38] GUILLERMO FURLONG CARDIFF, *Historia del Colegio de la Inmaculada de la ciudad de Santa Fe y de sus irradiaciones culturales, espirituales y sociales*, Santa Fe - Buenos Aires, 1962, tomo IV, p. 191.

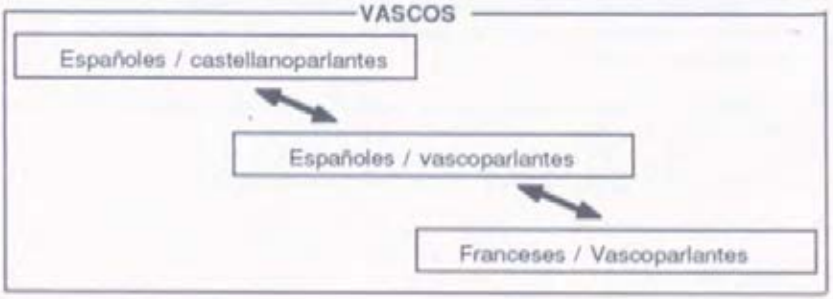
En segundo lugar, los inmigrantes vascos recién llegados a América se encontraban de un modo próximo y palpable con la realidad transfronteriza de la cultura y lengua vascas, algo que —como hemos señalado, y paradójicamente— buena parte de ellos desconocían en su propia tierra de origen. Pasaban así a convivir con vecinos oficialmente «extranjeros» a su patria natal pero de su mismo —y minoritario— idioma, y con «connacionales» de idéntico pasaporte pero diferente idioma materno.

El conocimiento de la lengua vasca se nos presenta así como el dato fundamental en el establecimiento de los lazos de solidaridad de los recién llegados: arrancado de su medio natural y transplantado en un territorio donde todo (lengua, costumbres, idiosincrasia) le era ajeno, el inmigrante vasco tendía naturalmente a buscar refugio en sus semejantes, tomando como criterio de tal semejanza el lingüístico. En esta coyuntura, resulta fácil suponer que, a pesar de las diferencias de otro tipo que pudiera haber entre vasco-franceses y vasco-españoles, la identidad de lengua materna que apelaba a sentimientos irracionales se fuera imponiendo; en palabras de J. G. Fichte, se hallaban «unidos los unos a los otros por ligaduras múltiples. Se comprend[ía]n mutuamente y [era]n capaces de entenderse más y más claramente, se pertenec[ían] los unos a los otros (...)» [39]. Se había dado, de este modo, un segundo paso desde el mutuo conocimiento hacia el reconocimiento de la proximidad y la común identidad [40].

---

[39] JOHANN GOTTLIEB FICHTE, *Discours à la nation allemande*, Paris, 1808 [1975], pp. 241-242.

[40] Desde el núcleo de los vascoparlantes, los lazos de sentimiento de connacionalidad se proyectaban, en el caso de los españoles, hacia un amplio núcleo de inmigrantes vascos —especialmente alaveses, navarros de la Tierra Media y vizcaínos de las Encartaciones— de zonas de habla castellana. En este caso, los lazos de identidad venían marcados por otras afinidades, en especial por la pertenencia a una misma región, que gozaba de una situación política especial dentro del ámbito español: una amplia autonomía recogida en los particulares «fueros» de cada provincia. En este caso, los vascoparlantes venían a establecerse como el puente necesario entre unos y otros, en el proceso de construcción de la común colectividad vasca:



3.2. *Los modos de aproximación*

Como ya hemos señalado, la aparición de instituciones propias de una colectividad vasca unificada es relativamente tardía. Sin embargo, este hecho en ningún modo ha de hacernos suponer que el proceso de acercamiento y conformación de la colectividad vasca se realizara también tardíamente. Al contrario, el surgimiento del entramado institucional no se hará sino cuando dicho proceso, generado en el ámbito más difuso y por lo tanto más difícilmente aprehensible de lo cotidiano, hubiera alcanzado un alto grado de madurez y ya estuviera prácticamente finalizada la creación de la colectividad: fue, por tanto, su colofón.

Así, con anterioridad a ese momento se habían dado varios pasos, de modo simultáneo, que permitieron el establecimiento de unos sólidos lazos entre los vascos —independientemente de su origen— y que fueron limando las iniciales barreras que habían impedido el nacimiento de la colectividad en los primeros años.

1. Las fuentes cualitativas —relatos de viajeros, descripciones literarias— reflejan desde muy pronto la tendencia de los vascos, franceses y españoles, a especializarse en unas ocupaciones laborales concretas, lo que en ocasiones llegaba a materializarse físicamente en el surgimiento de barriadas y localidades con alta concentración de población vasca.

Son frecuentes las referencias a las cuadrillas ambulantes de esquiladores vascos que, aprovechando el auge de la cabaña ovina pampeana, se desplazaban de estancia en estancia ofreciendo sus servicios [41]; en estas cuadrillas, que también se dedicaban a otros oficios agropecuarios, normalmente se mezclaban vascos de ambos lados de la frontera [42]. También eran muchos los inmigrantes vascos que trabajaban en la industria de los saladeros de vacuno, en los que se preparaba la carne para la exportación en forma de tasajo; como señala Azcona Pastor, en estos saladeros:

> (...) el inmigrante se encontraba con un ambiente laboral netamente vasco. Allí se hablaba euskera. Sus compañeros, los capataces y en ocasiones el propietario, habían nacido en el País Vasco. La indumentaria de los saladeristas (boina, fajín rojo y alpargatas) recordaba, en todo, el hábitat del Viejo Mundo. Aún hay más: la mayoría de los saladeros poseían frontón en el cual se jugaba en ratos de descanso [43].

[41] J. M. AZCONA PASTOR, *Los paraísos...*, p. 311.

[42] JON BILBAO, *Vascos e indios en la Patagonia (1855) y en Nevada (1911)*, «Emigración y redes familiares vascas en América (VI Congreso Internacional de Historia de América)», Vitoria-Gasteiz, en prensa.

[43] J. M. AZCONA PASTOR, *Los paraísos...*, p. 311.

Existía una amplia red de estos saladeros bordeando ambas riberas del Río de la Plata, debido a su función esencialmente exportadora. Uno de los principales centros de tratamiento de la carne de vacuno se hallaba en las cercanías de Buenos Aires, el barrio de Barracas al Sud, y contaba según algunas estimaciones contemporáneas con una muy potente población, toda ella relacionada con la actividad de los mataderos y saladeros allí instalados [44].

Más al interior, los vascos también se introdujeron muy pronto en las actividades ganaderas. Para 1840, eran el segundo grupo étnico —tras los irlandeses— en la cría de ovejas en Argentina; éstos dominaban el norte de la provincia de Buenos Aires; los vascos, el sur [45]. En estas zonas de producción ganadera también se formaban pequeñas concentraciones de vascos, entre los que igualmente es frecuente encontrar nuevos ejemplos de cooperación laboral y de ayuda mutua, por encima de su nacionalidad española o francesa.

Así, en la novela *Joañixio* es precisamente la lengua vasca la llave que permite abrir las puertas entre sendas familias guipuzcoana y vasco-francesa que, en el aislamiento de sus respectivas estancias, buscaron en otros vascos alguien con quién compartir su nostalgia y su negocio. Cuando, por jubilación de sus tíos Erramun y Telex —que regresan enriquecidos a su patria— queda Joañixio al frente de la estancia, rápidamente se asocia con el heredero de la familia vasco-francesa, de nombre Batixta. Las reflexiones de Joañixio, cuando trata de explicar su decisión, son lo suficientemente claras:

> Erramun eta Telex joanakin iruditzen zitzaion etxetik beñere baño urrutigo zegoala. *Bi gutxigo euskeraz egiteko. Eskerrak Batixta euskalduna zala.* Aituz aituz Brauliok eta mukamak eta bat edo bestek ikasi zuna, baño gauza gutxi. Beste iñork itzik ez [46].

En otra obra literaria, donde A. Garaico Echea describe la llegada de sus abuelos a Argentina, se cuenta la historia de un joven inmigrante guipuz-

[44] «Luego de haber andado cosa de una legua, cruzamos el puente de Barracas, entrando en una extensa llanura donde nada indicaba la cercanía de una gran ciudad. Las casas, en su mayoría eran construcciones de madera, muy recientes, y pertenecían a inmigrantes vascos» (WILLIAM Mc CANN, *Viaje a caballo por las provincias argentinas*, Buenos Aires, Solar-Hachette, 1969).

[45] JAMES R. SCOBIE, *A City and a Nation*, New York, 1964, pp. 78-83.

[46] «Con la marcha de Erramun y Telex le parecía que se hallaba más lejos que nunca de casa. *Dos menos con quienes hablar en euskera. Gracias a que Batixta era vasco.* A fuerza de oír Braulio y la mucama y alguno que otro más habían aprendido algo, pero poca cosa. Los demás, ni una palabra». JON ANDONI IRAZUSTA, *Joañixio*, p. 97. El cursivoo es nuestro.

coano que queda en la ruina, al quebrar el negocio donde trabajaba como contable en Buenos Aires; obligado a marchar al campo en busca de trabajo, será un estanciero vasco-francés quien le ampare, al darle un sustancioso crédito que le permitió abrir su propio almacén [47].

Ya en el ámbito urbano, en la ciudad de Buenos Aires podían también encontrarse numerosos ejemplos de vascos españoles y franceses unidos en las actividades laborales. Nuevamente el Censo de 1855 nos ofrece la posibilidad de acercarnos a las redes de relaciones profesionales establecidas entre ambos grupos vascos. Así podemos tomar el caso de los herreros navarros Javier Gorrena (de Villaba) e Ignacio Yulde (de Noain) y el bajonavarro Pedro Iribarren (de San Juan de Pie de Puerto), socios en el negocio que tenían establecido en la calle Reconquista 49 [48]; o el ejemplo del Café y Fonda «Sarandona», propiedad de un vizcaíno de igual apellido, que funcionaba en el número 31 de la calle Nueve de Julio, y en el que trabajaban otros cinco jóvenes de entre veinte y veintiséis años, vizcaínos y labortanos [49]. En estos casos, solía ser frecuente que el conocimiento del euskera fuera un valor añadido en el momento de optar por la colocación, cuando el dueño del negocio era también vasco; «se necesita escribiente de almacén que sepa vasco», era un ejemplo entre otros muchos similares que se publicaban en la prensa vasco-argentina decimonónica [50]. Además de ser un factor que acentuaba la confiabilidad entre principal y dependientes, igualmente tenía una función comercial nada desdeñable, si estos negocios se hallaban situados en barrios con una alta concentración de residentes vascos [51].

2. También se comprueba el relativamente rápido establecimiento de lazos familiares, por medio de matrimonios «mixtos», entre inmigrantes vascos franceses y españoles.

---

47 A. GARAICO ECHEA, *De Vasconia a Buenos Aires... (Historia de una emigración en el siglo XIX)*, Buenos Aires, Ekin, 1945, pp. 164-176.

48 Donde también residían la esposa y los tres hijos de Pedro Iribarren, ocupados en las faenas domésticas. *AGN*, Buenos Aires, «Censos», 1855, tomo 1391, Cuartel 3, Manzana 6.

49 Antonio Sarandona, propietario, de 25 años, natural de Bilbao; y sus mozos de fonda: Pedro Carré, 24 años, de Bayona; Pascual Echaondo, 20 años, de San Juan de Luz, Hermenegildo Bilbao, 26 años, de Bilbao; y Tomás Irrigarray y Juan [ilegible], de 25 años, vascofranceses. AGN, Buenos Aires, «Censos», 1855, tomo 1391, Cuartel 3, Manzana 12.

50 De la revista *Laurak Bat*, Buenos Aires (1878), I, nº 9, s/p.

51 Esta presencia de la lengua vasca como valor comercial no sólo se comprueba entre los vascos del Río de la Plata. En 1881, en Chile se requirió mediante un anuncio en la prensa «jóvenes de 22 á 38 años de edad, *vascongados que hablen vascuence*, para dependientes de una casa de comercio en la ciudad de Copiapó» («Miscelánea», *Euskal Erria*, San Sebastián (1881), p. 123. El cursivo es nuestro).

No puede hablarse, en este caso, de un traslado de pautas procedentes de Europa. De hecho, tales matrimonios eran prácticamente inexistentes en las regiones de origen de los inmigrantes vascos, a excepción —nuevamente— de los pueblos aledaños a la línea fronteriza [52]. Por lo general, los casamientos se circunscribían en Euskal Herria a un ámbito local o, a lo sumo, comarcal.

En América, sin embargo, pronto se rompe esta práctica o, por lo menos, se modifica en sus términos. En primer lugar, el vasco amplía el círculo de la procedencia geográfica de los posibles objetos de una unión matrimonial, superando la estrechez del ámbito comarcal, pero siempre dentro de una muy intensa endogamia étnica [53] que, como bien apuntan Douglass y Bilbao, creaba unas fuertes bases para el mantenimiento de la identidad vasca entre las generaciones de «americanos» [54]. Voces contemporáneas en Argentina llegaron a hablar incluso de un «fanatismo étnico de los vascos», que todavía a inicios del XX evitaban sistemáticamente la «mezcla con los castellanos» [55]. Siegrist de Gentile, estudiando las pautas matrimoniales de los vasco-españoles en el Censo de Buenos Aires de 1855, registra 114 casos de matrimonios internos al grupo de estudio frente a 26 con personas ajenas —de ellos, 9 con vasco-franceses—, situándose a la cabeza de los grupos inmigrantes con más marcada endogamia [56].

Pero lo realmente novedoso llegaba de manos de la aparición, en porcentajes no mayoritarios pero sí lo suficientemente significativos, de matrimonios mixtos entre vascos de uno y otro lado de la frontera franco-española. Marenales Rossi señala cómo aproximadamente un 20 por ciento de las bodas de vascos que se registran en la catedral de Montevideo en 1841-42 y 1870-71 eran «mixtas»; además, tomando como campo de estudio la población vasca en su conjunto, el índice de exogamia —con *no-vascos*— era en

[52] J. M. AZCONA PASTOR, *Los paraísos...*, p. 246.

[53] Sólo Azcona Pastor se decanta en contra de opinión, al comentar datos ofrecidos por CÉSAR GARCÍA BELSUNCE, *Los vascos en Buenos Aires en 1810*, «VI Congreso Internacional de Historia de América», Buenos Aires, 1982, tomo VI, pp. 143-157. Según Azcona Pastor, del hecho de que un 62% de los vascos censados en Buenos Aires en 1810 se casaran con naturales americanos/as, es prueba de «una fuerte tendencia del inmigrante vasco a incorporarse a la nueva sociedad para mezclarse en ella», sin que se tuviese cuidado «en coincidir en origen nacional, étnico o cultural a la hora de elegir pareja». Quizá olvide el alto número de estos matrimonios que se realiza con descendientes directos de vascos nativos.

[54] W. A. DOUGLASS y J. BILBAO, *Amerikanuak...*, p. 204.

[55] Palabras tomadas de un artículo de Manuel Gálvez en el periódico cordobés *Los Principios* (8-IV-1914), citado por BIKOTX, *Los vascos en América*, «Euzkadi», Bilbao, 9-VI-1919.

[56] NORA L. SIEGRIST DE GENTILE, *Inmigración vasca en la ciudad de Buenos Aires, 1830-1850*, Vitoria, 1992, pp. 114-115.

esos años prácticamente nulo (cuadro nº 2). Esta tendencia no sólo se comprueba entre los vascos de Sudamérica, pues los protagonistas de la emigración a los Estados Unidos en el siglo XX presentan pautas en todo similares [57].

CUADRO Nº 2

Matrimonios de vascos celebrados en la Catedral de Montevideo (1841-1842 y 1870-1871)

Año	Total	Vasco-españoles	Vasco-franceses	Mixtos
1841	33	6 (18%)	19 (58%)	8 (23%)
1842	28	6 (21%)	12 (43%)	10 (36%)
1870	34	5 (15%)	29 (85%)	0 (0%)
1871	18	10 (55%)	5 (28%)	3 (17%)

Fuente: Archivo de la Parroquia de la Catedral, Montevideo: libro 8, folios 104-162 y libro 14, folios 53-326. Citado por MARENALES ROSSI, M.: *La aventura...*, p. 155.

Pero lamentablemente, en los estudios que se han venido realizando sobre pautas matrimoniales y tendencias endo y exogámicas de las diversas colectividades inmigrantes en Argentina, se ha solido tomar como punto de referencia, por lo general, solamente la nacionalidad oficial expresada en términos de las fronteras estatales europeas. Esta práctica ha influenciado de manera doble en el estado de nuestros conocimientos en relación con los inmigrantes vascos. Por una parte, al no ser la inmigración vasca un objeto así «homologable», no ha merecido la atención específica de muchos estudios históricos al respecto. Por otra parte, al estar repartidos los vascos entre dos Estados, los lazos establecidos entre ellos —aunque en términos culturales encajen perfectamente en el contenido semántico de «endogamia»—, son sistemáticamente definidos como exogámicos, obviando cualquier otra matización. Sólo recientemente comienza a abrirse paso la idea de corregir esta, a nuestro entender, errónea interpretación, resaltando cómo se han de tener en cuenta

[57] «Nous avons déjà vu que, dans la plupart des cas, le Basque se marie avec una Basquaise. Les Basques nord-pyrénéens se recherchent entre eux. Mais comme ils se retrouvent partout avec les Navarrais, des marriages avec ceux-ci sont très fréquents». ADRIEN GACHITEGUY, *Les Basques...*, p. 177.

las «endogamias de regiones de frontera», que Otero [58] considera imprescindibles para un correcto análisis de este fenómeno [59].

3. Un paso más en la integración osmótica entre ambos grupos vascos, basada en la identidad cultural y el factor idiomático, fue la aparición —sobre todo en diversas comarcas de las regiones pampeana y patagónica de Argentina— de auténticas colonias integradas casi exclusivamente por vascos.

Una zona que ofrece especial interés es el bajo valle del río Colorado, en territorios actualmente pertenecientes a las provincias de La Pampa y Río Negro, y al sur de la de Buenos Aires. Estos territorios no fueron incorporados *de facto* a Argentina hasta después la llamada «campaña del desierto» de 1880, cuando las tropas al mando del general Roca llevaron la frontera indígena al propio río Negro.

Tras su conquista, los vascos fueron uno de los grupos que más rápidamente llegaron para instalarse en aquellas nuevas regiones; la soledad, las grandes distancias, y la inicial formación de pequeñas comunidades de pioneros [60], permitió el surgimiento de pueblos mayoritariamente vascos, en los que ya se mezclaban españoles y franceses. Los «habitantes de esta región en su mayor parte son matrimonios de origen vasco español o francés. Argentinos hay muy pocos, italianos menos aún», señalaba en 1895 un testigo de excepción, sacerdote italiano misionero salesiano, en carta al Vicario Apostólico de la Patagonia Septentrional [61]. En sus descripciones y las de otros misioneros, se entremezclan numerosos apellidos vascos que, en sus grafías, denotan procedencia tanto española como francesa: Nemesio de Olariaga, Isidoro Mondragón, la familia Elcano, los navarros Esparza y Martín Baztán;

[58] HERNÁN OTERO, *Una visión crítica de la endogamia: reflexiones a partir de una reconstrucción de familias francesas (Tandil, 1850-1914)*, «Estudios Migratorios Latinoamericanos», 15-16 (1990), pp. 343-378.

[59] Con el que se pretende, principalmente, calibrar hasta qué punto los inmigrantes tendían a mantener sus lazos de sociabilidad dentro de su grupo de origen, o bien se integraban en la multinacional sociedad de acogida sin tomar en cuenta factores de estricta identidad étnica. De ahí la necesidad de definir claramente cuáles son los grupos naturales de identidad étnica de esos inmigrantes, y tomarlos en cuenta.

[60] Según W. A. DOUGLASS y J. BILBAO, Los vascos fueron uno de los más destacados grupos en la colonización de las regiones patagónicas; se basan para ello en testimonios coetáneos, que señalan la presencia pionera de vascos en zonas en que eran, todavía, prácticamente deshabitadas. *Amerikanuak...*, p. 184.

[61] PASCUAL R. PAESA, *El cauce del río Colorado*, Buenos Aires, Instituto Salesiano de Artes Gráficas, 1971, p. 234. Por la descripción que realiza, y en especial las menciones a «los señores Luro y Pradere», que han financiado la construcción de capillas para los inmigrantes vascos, todo parece indicar que la zona a que se refiere es la desembocadura del Colorado, ya en la provincia de Buenos Aires.

los vasco-franceses Juan Aguerre, Juan Yracet, Miguel Ardohain y Cristobal Daguerre; José Berazategui, Juan Dithurbide [62]...

4. Otro factor común a vascos españoles y franceses, junto con lengua y cultura, era su *catolicismo*. En este caso, sin embargo, la religión venía a actuar en la formación de su identidad colectiva de un modo extrínseco. No eran los vascos una minoría religiosa. Ni en sus lugares de origen ni en los países de instalación de los inmigrantes profesaban los vascos una confesión religiosa distinta a la mayoritaria: tanto España como Francia, Argentina y Uruguay eran países sociológicamente católicos —bien que con distintos grados, en cuanto a oficialidad, niveles de práctica religiosa y presencia de otras confesiones— Sólo podían presentar los vascos una diferenciación en el orden cuantitativo debido a su tradicionalmente alta religiosidad, tanto en el ámbito español como en el francés, resumida en el aforismo popular «*euskaldun fededun*» («vasco es igual que creyente»).

El temor respecto a la fe de los emigrantes suscitado entre las autoridades eclesiásticas, especialmente del obispado vasco-francés de Bayona, propició el envío organizado, desde 1852, de religiosos y sacerdotes vascos al Río de la Plata, a fin de hacerse cargo de la atención espiritual de sus connacionales allí radicados [63]. Siguiendo una línea de pensamiento común al eclesiástico medio de la Europa de las grandes emigraciones, se tenía la idea de que el emigrante vasco, al abandonar su patria y verse enfrentado al nuevo mundo sin la ayuda paternal de su sacerdote, se veía en un real y gravísimo peligro de abandonar la fe de sus mayores en una tierra con escasez crónica de clero —y, el poco que existía, desconocedor de su idioma, idiosicrasia y pautas devocionales—. De este modo, la solución más corriente que se planteaba era el envío de capellanes y religiosas específicamente encargados del cuidado en cuerpo y alma de sus compatriotas [64].

Los «padres bayoneses» [65], instalados desde 1852 en la iglesia de San Juan en Buenos Aires, rápidamente establecieron un sistema organizado de

---

[62] RAÚL ENTRAIGAS, *El hornero de Dios*, Buenos Aires, Don Bosco, 1961, pp. 300ss. Aparecen en la descripción de una expedición misionera de finales del siglo XIX, realizada por el P. Angel Buodo, salesiano, en la desembocadura del río Colorado. Aparecen referencias a la numerosísima presencia vasca en aquellas zonas, pero pocas menciones (una sobre diez) hace referencia a personas de apellido no euskérico.

[63] PIERRE MIEYAA e Iñaki de AZPIAZU, *L'oeuvre de Saint-Michel de Garicoïts en Argentine*, «Gure Herria», Bayona, XXII (1950), pp. 313-315.

[64] GIANFAUSTO ROSOLI, *Alcune considerazioni storiche su S. Sede e fenomeno della mobilità umana*, en GRAZIANO TASSELLO y LUIGI FAVERO (eds.), «Chiesa e mobilità umana», Roma, Centro Studi Emigrazione, 1985, pp. XIX-XXI.

[65] Nombre popular que recibieron los religiosos del Sagrado Corazón de Bétharram. En Argentina y Uruguay también se les conoce, significativamente, como «padres vascos».

predicaciones y otras actividades pastorales en lengua vasca. Durante casi un siglo, con diversos altibajos, estos religiosos se mantendrían fieles a sus actividades hacia los vascos (especialmente en sendas iglesias, llamadas popularmente «de los vascos», en Montevideo y Buenos Aires respectivamente).

A pesar de que, por el origen de los religiosos, sus esfuerzos iban dirigidos en principio a los vasco-franceses, desde los primeros momentos se comprobó cómo rápidamente aumentaba la presencia en misas, predicaciones y misiones de inmigrantes vasco-españoles, al no contar éstos con un sistema similar de capellanes propios [66]. Nuevamente, por tanto, la identidad de lengua hacía que ambos grupos vascos estuvieran, *de facto*, unidos en una actividad común, cuyo papel catalizador en el proceso de acercamiento mutuo en modo alguno puede despreciarse. De hecho, en unos momentos en que la protocolectividad vasca aún no contaba con plasmación asociativa, fue esta organización eclesiástica la única que venía a reconocer de un modo relativamente institucional su existencia.

5. Finalmente, hay que mencionar un último factor, que a la vez es reflejo de la proximidad y paulatino acercamiento entre los dos grupos vascos: la casi crónica mezcolanza que se hacía de ellos en las fuentes contemporáneas a la gran inmigración.

Por lo general, tanto en descripciones de viajeros extranjeros por el Río de la Plata, como en referencias tomadas de la prensa contemporánea e incluso de fuentes oficiales, se muestra cómo en la práctica los vascos eran vistos desde fuera como un grupo compacto, del que sólo se aclaraba, para información de los lectores, que en él se hallaban gentes de origen tanto español como francés. En 1843, un viajero británico que visitó Uruguay señalaba cómo los vascos «(...) traen y retienen consigo sus costumbres y forman un pequeño mundo. Tienen sus propios lugares de esparcimiento, como los billares, cafés, etc. ...», es decir son en la práctica un todo, aunque «(...) su región de origen está en ambos países [España y Francia]» [67]. Otros viajeros y visitantes ilustres, en sus descripciones de los vascos, mantenían invariablemente la coletilla de su doble carácter de españoles y franceses: así, en 1869 aclaraba en pastor inglés Murray que en Montevideo había visto «miles de hombres de toda edad venidos aquí de las provincias vascas de Francia y de España» [68]; todavía en el siglo XX, Humberton ponderaba muy

[66] A pesar de que también las autoridades eclesiásticas vasco-españolas hicieron patente su preocupación por los perjucios derivados del movimiento migratorio, nunca llegó a promover este tipo de acciones; quizá la razón de esta inhibición se halle en el hecho de ser políticamente poco presentable justificar el envío de capellanes para atender a españoles en un país cuya lengua oficial era el castellano.

[67] J. M. AZCONA PASTOR, *Los paraísos...*, p. 213.

[68] J. BARRAN y B. NAHUM, *El Uruguay del 900*, Montevideo, p. 28.

positivamente el aporte migratorio conjunto «de las provincias vascas de Francia y de España», frente a las corrientes más numerosas «italiana y española» [69].

Esta práctica unanimidad a la hora de mostrar a los vascos formando un grupo compacto —sin distinción de otro origen nacional—, supone un reflejo de la situación que hemos descrito, y muestra muy claramente cómo el proceso de unión osmótica entre ambos grupos vascos era perfectamente percibido desde el exterior de la colectividad en nacimiento. Las propias sociedades argentina y uruguaya, en las que se integraban estos inmigrantes, pronto incorporaron a su imaginario la figura del «vasco» —sin otro apelativo añadido—, diferenciada de otros grupos nacionales que llegaban a poblar el Río de la Plata, y en la que se integraban sin solución de continuidad vasco-españoles y vasco-franceses. En Argentina, afirmaba Colá y Goiti, la generalidad de los españoles era conocida con el apelativo de «gallegos», excepto los «vascos» [70]; Ridal, por su parte, cuando hablaba de los inmigrantes vascos, señala no ser capaz de distinguir a franceses y a españoles [71].

Dicha percepción unitaria, además, no se limitaría a ejercer un mero papel pasivo. Al asumirla el vasco como propia, pasaba a primar en su interior los lazos de identidad con el resto de los vascos, por encima de cualquier otra vinculación: más fuertemente incluso que en su tierra de origen, tomaba conciencia de que, ante todo, era vasco.

4.- Las instituciones étnicas vascas: de la diversidad a la unidad

1. Como hemos señalado, no es hasta 1876 cuando surge en el Río de la Plata la primera institución societaria exclusivamente vasca. Esto no quiere decir, sin embargo, que los vascos no hubieran tomado parte, incluso con papeles protagonistas, en el fenómeno asociativo étnico inmigrante de Argentina y Uruguay. Lo habían hecho, pero integrados en sociedades francesas y españolas, algunas de las cuales —como la decana de Argentina, la «Sociedad Española de Socorros Mutuos» de Rosario— fueron cofundadas por un muy numeroso grupo de inmigrantes vascos [72].

[69] J. A. HAMMERTON, *The Real Argentine. Notes and impressions of a Year in the Argentine and Uruguay*, New York, 1915, p. 229.

[70] JOSÉ COLÁ Y GOITI, *La emigración vasco-navarra*, Vitoria, 1882, p. 50.

[71] FRANCESCO RIDAL, *L'émigration dans l'Amérique du Sud*, "La Réforme Sociale", Paris, 1883.

[72] E. MIRAGAYA y F. SOLANES, *Los españoles...*, p. 187.

Pero bien pronto se hizo patente la individualidad vasca, dentro de los conjuntos español y francés. En fecha tan temprana como 1850, señala Iriart, la colonia vasco-francesa de Buenos Aires ya realizaba algunas actividades como grupo independiente, aprovechando los locales del «Hospital Francés» —donde trabajaban dos médicos vasco-franceses— y de un hotel particular, propiedad de un bajonavarro [73].

2. Sin embargo fueron los vasco-españoles, espoleados por el aldabonazo de la pérdida de sus Fueros tras la derrota carlista en la guerra de 1872-1876, los que finalmente se decidieron a unirse en instituciones propias, en principio poco definidas, pero en las que privaban los aspectos sociales —centros de reunión para los vascos— sobre los asistenciales —que aparecían de modo testimonial en sus estatutos—. En 1876 en Montevideo y en 1877 en Buenos Aires, como protesta por el decreto de derogación foral, surgieron sendos *centros vasco-españoles*, denominados ambos «Laurac Bat» [74] [«Las cuatro, una»], en referencia directa a las cuatro provincias vascas de España. Este mismo lema estaba siendo utilizado en el propio País Vasco-español, como una apelación política en favor de la unidad de acción de las provincias hermanas.

La aparición de la «Sociedad Vasco-Española Laurak Bat» —en grafía euskérica, que adoptó al poco tiempo de su fundación— de Buenos Aires supuso un auténtico revulsivo en la vida de la colonia vasca de Argentina [75], y con el tiempo se convertiría en escaparate emblemático de lo vasco en Argentina. Sin embargo, la asunción explícita del carácter «español» que debían tener sus socios —sólo se admitía, excepcionalmente y como adherentes, a los descendientes de inmigrantes vasco-españoles [76]— suponía un obstáculo para la plena integración, en su aspecto institucional, de la ya casi conformada colectividad vasca.

Por esta razón, ya desde los primeros momentos de su vida surgieron voces, dentro y fuera de la entidad, que abogaban por eliminar dicha restricción, fundamentalmente para permitir el acceso de los vasco-franceses al

[73] MICHEL IRIART, *El Centro Vasco-Francés de Buenos Aires*, «Boletín del Instituto Americano de Estudios Vascos», Buenos Aires, I (1950), pp. 114-115.

[74] BEGOÑA CAVA MESA, *La sociedad Laurak Bat de Buenos Aires*, Vitoria, Gobierno Vasco, 1992, pp. 24-25.

[75] El centro montevideano, sin embargo, no llegó a prosperar y desapareció. Hubo que esperar a principios del siglo XX para que resurgiera en asociacionismo étnico vasco en Uruguay.

[76] BEGOÑA CAVA MESA, *La sociedad...*, p. 25.

seno de la misma [77]. Durante aquellos años, en los que también había dado sus primeros pasos la prensa vasca en América (con la edición de la revista *Laurak Bat*, órgano de expresión del propio centro bonaerense), habían comenzado a aparecer escritos de todo tipo, que, partiendo de la existencia de un único pueblo vasco, solicitaban abiertamente la integración de todos los inmigrantes vascos, españoles o franceses, en un esfuerzo común. Pedro María Otaño, un *bertsolari* [78] emigrante en Argentina —país en el que desarrolló buena parte de su actividad poética— solicitaba al respecto que:

Arbola baten zañetatikan
sortzen diren landariak
bezala gara, Bidasoaren
bi aldeetako jendiak:
berdinak dira gure jatorri
oitura eta legiak,
ama euskera magal berian
azitako senidiak.

La gente de las dos riberas
del Bidasoa somos como hojas
que surgen de las ramas
de un mismo árbol:
son iguales nuestro origen,
costumbres y leyes,
hermanos criados del tronco
de la misma madre, el euskera [79]

Ama Euskara! Bere semiak
gu Ameriketan zenbat
arkitzen geran, ta urrutitik
maitiago dugu hanbat;
hemen ez dago Bidasoa-rik
ta beste trabik han hainbat,
Ama maitia indartu dedin,
bizi bedi «Zazpirak Bat».

¡Madre Euskera! Somos tantos
los hijos tuyos que nos hallamos
en América, y en la lejanía
te amamos más; aquí no hay
Bidasoa ni tantas barreras
como allá, para que la madre
querida se haga fuerte, vivan
siempre «Las siete en Una». [80]

[77] No obstante, esta disposición no era totalmente estricta, pues algunos vasco-franceses lograron integrarse como socios en el «Laurak Bat», pero siempre por la vía de la excepcionalidad. En 1883, el centro vasco de La Habana, en Cuba, que se regía con unas ordenanzas similares, contaba con 15 socios vasco-franceses, sobre un total de 610 (*Miscelánea. Asociación benéfica basco-nabarra en Cuba*, «Euskal Erria», San Sebastián, IX (1883), p. 157).

[78] Poeta popular, improvisador de versos orales en lengua vasca, generalmente en actuaciones públicas. En ocasiones, cuando las composiciones eran de calidad, pasaban al acervo popular y, en ocasiones, se llegaban a publicar en pliegos (los bertso-paperak).

[79] PEDRO MARIA OTAÑO, *Zazpiak Bat;* recogido por JOSÉ DE ARIZTIMUÑO («AITZOL»), *Unión inter-estatal vasca*, «El Día», San Sebastián, 14-IX-1932.

[80] PEDRO MARIA OTAÑO, *Pedro María Otañok Jose Mendiagueri*; recogido por PIARRES XARRITTON, *Jose Mendiague (1845-1937). Haren bizia eta haren kantuak*, San Sebastián, Etor, 1992, p. 85.

«Emeki-emeki hurbil gaitezke guztiak elgarretara» [81]. Mientras plegarias como ésta, dirigidas ya a la unidad de las siete provincias vascas, se estaban abriendo paso a pasos rápidos entre los inmigrantes en el Río de la Plata, en 1882 un hecho singular propició que se plantease abiertamente el primer debate sobre el devenir futuro de la colectividad vasca. Ese año, la sociedad «Laurak Bat» de Buenos Aires finalizó la construcción de su propio frontón para la disputa de partidos de pelota vasca, llamado «Plaza Eúskara» [82]. Al acto público de inauguración, además de a las autoridades políticas y eclesiásticas argentinas y a miembros del cuerpo diplomático español y de la colonia inmigrante vasco-española, se había invitado a personajes destacados del grupo vasco-francés. Entre ellos destacaba Martín Errecaborde, un inmigrante suletino que había logrado hacer fortuna en Argentina. Éste, como otros vasco-franceses, declinó amablemente la invitación; muy a su pesar, no podía acudir a un acto de tan entrañable sabor vasco, pero en el que iban a ondear solamente las banderas argentina y española, con las que no podía sentirse representado [83].

Si bien sus peticiones no surtieron efecto inmediato, durante los años siguientes se generaría toda una corriente dentro del «Laurak Bat» abogando por eliminar la cláusula «española» del nombre oficial del centro; una moción al respecto, presentada en la asamblea de socios de 1889 y que proponía trocar la denominación «vasco-española» por la más neutra de «vascongada» [84], fue rechazada. Finalmente, un núcleo de vasco-franceses optaría por crear, en 1895, su propia institución, ante la reiterada negativa a sus peticiones de ingreso en el «Laurak Bat» [85].

3. No obstante —y éste es un aspecto que no ha sido bien entendido por buena parte de la historiografía vasca que se ha acercado al hecho vasco-americano [86]—, estos planteamientos de unidad en ningún momento se

[81] «Acerquémonos poco a poco los unos a los otros», respondía José Mendiague a Otaño. P. XARRITTON, *Jose Mendiague...*, p. 84.

[82] PEDRO BASALDÚA, *Cómo y por qué se fundó el Laurak Bat. Conferencia en el Laurak Bat, el 12 de marzo de 1977*, «Boletín del Instituto Americano de Estudios Vascos», Buenos Aires, XXVIII (1977), pp. 58-66.

[83] ANDONI DE ASTIGARRAGA, *Abertzales en la Argentina*, Bilbao, Alderdi arg., 1986, p. 87.

[84] BEGOÑA CAVA MESA, *La sociedad...*, p. 72.

[85] IÑAKI DE AZPIAZU, *Los pioneros del Centro Vasco-francés*, «Boletín del Instituto Americano de Estudios Vascos», Buenos Aires, XXI (1970), pp. 12-121.

[86] En especial, de la historiografía de corte nacionalista vasco, que ha sido la que ha detentado un monopolio *de facto* en la producción bibliográfica hecha por los propios emigrantes

hacían desde una óptica política. A nuestro entender, no puede decirse que estas solicitudes vinieran dadas por un pionero nacionalismo que abogara ya en fecha tan temprana por una ruptura de los lazos de los vascos con España y Francia. De hecho, los mismos que reclamaban la unidad de los vascos desde la cultura o la lengua común, en el plano de sus vinculaciones políticas eran profundamente españoles o franceses. El propio Martín Errecaborde, que será el primer presidente de la sociedad «Euskal Echea» (cfr. infra), aclaraba que:

> Je ne suis pas, pour cela, un «séparatiste»; je ne rêve pas de soustraire ma race au pouvoir de la France ou de l'Espagne, j'estime que les petits ont besoin des grands pour vivre. Mais je n'oublie pas que les petits peuvent devenir grands à leur tour, si on a soin de les préparer à ces évolutions de l'avenir. J'aime ma race; je ne veux m'opposer à sa disparition; je veux l'union de notre famille, je veux son bien-être général; je veux surtout le développement de son intelligence, car les luttes intellectuelles seront les guerres de demain [87].

Los ejemplos pueden multiplicarse hasta el infinito. Así, en 1893, en una carta enviada al embajador de España en Argentina, señalaba la Junta Directiva del «Laurak Bat» que la sociedad se definía como vasca, pero «no por egoísmo personal ni por separatismos, sino por agrupación de la familia eúskara», y que los socios se sentían vascos, pero siempre «como un pueblo más de los que integran la nación española» [88]. Durante la guerra hispanonorteamericana de 1898, buena parte de la colonia vasco-española de Argentina participó entusiásticamente en la campaña de recaudación de fondos voluntarios de los residentes españoles, a fin de comprar a España un barco de guerra [89]. Bastantes años más tarde, en la Gran Guerra europea de 1914-

durante los últimos setenta años. Según la línea nacionalista (cuyo máximo exponente es Andoni de Astigarraga, exiliado político durante la última Guerra Civil), el nacionalismo vasco habría tenido una implantación pionera entre los vascos de América y su aceptación por éstos se habría realizado de modo extremadamente rápido y unánime.

[87] P. LHANDE, *L'émigration...*, p. 165.

[88] *La Vasconia*, Buenos Aires, I, nº 4 (10-XI-1893), p. 29.

[89] Una iniciativa dirigida por la «Asociación Patriótica Española» de Buenos Aires, a la que se adhirieron la práctica totalidad del asociacionismo español (nacional y regional) en aquel país. Cfr. FÉLIX ORTIZ Y SAN PELAYO, *Estudios sobre la Asociación Patriótica Española*, Buenos Aires, El Correo Español, 1899; IDEM, *Boceto histórico de la Asociación Patriótica Española. Desde su fundación hasta el Congreso de sociedades españolas*, Buenos Aires, La Facultad, 1914.

1918, los mismos vasco-franceses que poco antes hacían plegarias a la unidad vasca presentaban a las claras sus vinculaciones afectivas con la enseña tricolor roja, blanca y azul, en su lucha contra los Imperios Centrales [90].

5.- El nacimiento institucional de la colectividad vasca

1. La década que abarca de 1895 a 1905, a caballo del cambio de siglo, fue de especial intensidad en el proceso que describimos. Es en este momento cuando definitivamente cristalizará todo el proceso que se había desarrollado a lo largo del siglo hacia la formación de la colectividad vasca.

La fragmentación institucional de los vascos en 1895 —año en que, además del «Centre Basque-Français» surgió en Buenos Aires el «Centro Navarro»— no trajo consigo, aunque pudiera parecer lo contrario, una mayor división en el seno de la colectividad naciente. En todo caso, puede considerarse un paso necesario, ya que hasta entonces —y sobre todo, en el caso de los vasco-franceses— las diversas iniciativas surgidas en el asociacionismo étnico no habían llegado a abarcar la representación de todas las regiones del País Vasco. En estos momentos, contando ya todos los sectores con interlocutores propios válidos, el camino hacia la unidad se hallaba franco y más cercano que nunca.

Durante los años finales del siglo XIX se sucedieron, a ritmo rápido, los gestos de acercamiento y colaboración entre los centros vascos de Buenos Aires, que es como decir de toda la región del Río de la Plata [91]. La revista *La Vasconia*, aparecida en 1893 y que iba a convertirse en el más importante proyecto periodístico de la colectividad vasca durante medio siglo, comenzó en 1895 a incluir en su sección de «noticias del País Vasco» un apartado fijo dedicado a las provincias vasco-francesas, junto con el que ya venía publicando desde sus inicios sobre Álava, Guipúzcoa, Navarra y Vizcaya. A fines del año siguiente, es «La Vasconia» la encargada de reflejar con alegría la noticia de la refundición de los coros masculinos del «Laurak Bat» y del «Centre Basque-Français» en uno solo: «La Euskarina».

2. Pero la auténtica inflexión, que daría pie al nacimiento de una plenamente unida y autónoma colectividad vasca, se produciría en 1900 —último

[90] MICHEL IRIART, *El Centro Vasco-Francés...*, p. 115.

[91] Tras la desaparición del centro vascos de Montevideo y hasta 1899, fecha en que un grupo de navarros de Bahía Blanca (provincia de Buenos Aires) funda la «Sociedad de Socorros Mutuos Laurak Bat» de Bahía Blanca, no existieron otras asociaciones étnicas vascas en todo el Río de la Plata, aparte de las de Buenos Aires.

año del siglo— con el nacimiento en Buenos Aires de la primera institución étnica de América creada exclusivamente *por* y *para todos* los vascos: «Euskal Echea» [«La Casa Vasca»].

«Euskal-Echea» nace como una sociedad de socorros mutuos dirigida al conjunto de la colectividad vasca en Argentina. El proyecto original había sido presentado por primera vez treinta y cinco años antes, propugnando como bases de la asistencia mutua el común origen de «la raza y la lengua»; sin embargo, la falta de condiciones adecuadas para el aceptamiento pleno de tal propuesta, hizo que el plan tuviera que dormir bastante tiempo, antes de poder ser realizado.

En la recuperación del proyecto se conjuntaban los intereses de los tres centros vascos de Buenos Aires, que en 1899 comienzan a reunirse con vistas a formar un órgano que, sin suplantar el carácter de éstos como clubes socio-deportivos y centros de reunión de los vascos en Buenos Aires, unificara los esfuerzos en el campo de la asistencia mutua (especialmente en los terrenos sanitario, educativo y asistencial) [92]: «cobijar á toda la familia baskongada [sic] que así ayuda con el óbolo de su caridad en sus tribulaciones al hermano necesitado» [93]. Estos esfuerzos, según declarara el cofundador y primer presidente Martín Errecaborde, tenían como fin añadido, además, evitar la dispersión de la colectividad vasca en sociedades «españolas, francesas o argentinas (...) tal como lo exigía la importancia de un elemento (el vasco) que había contribuído en gran medida al prodigioso desarrollo de la Argentina» [94].

Al primer llamamiento *A los Vascongados Nativos y Originarios* realizado en abril de 1900 por la recién constituida Comisión Rectora de la naciente sociedad, respondieron afirmativamente un total de 626 vascos, que se convirtieron en accionistas fundadores. El accionariado de «Euskal Echea» estuvo desde sus comienzos muy repartido, pues el término medio de acciones por fundador se sitúa en 3,74; sólo 74 de los socios poseían más de 6 acciones [95]. Con estas bases, la sociedad pudo comenzar su andar público a partir del año 1904.

[92] El período fundacional de «Euskal Echea», descrito en NATIVIDAD E. BAYLAC, *Euskal Echea. su obra a través de 50 años, 1904-1954*, Buenos Aires, 1955.

[93] Del texto del manifiesto inicial a los vascos para formar la «Euskal-Echea», pub. en *Euskal-Echea. Bosquejo histórico y recopilación de las opiniones de la prensa diaria, vertidas con motivo de la presentación de los Institutos de Euskal-Echea en Llavallol, F.C.S.*, Buenos Aires, Tip. La Baskonia, 1913, pp. 3-4.

[94] P. LHANDE, *L'émigration...*, p. 165.

[95] El máximo poseedor de acciones (100) era el sacerdote vasco-argentino Juan Anzola, que aparece como nacido en Buenos Aires, descendiente de vasco-franceses (Otras fuentes lo señalan como correntino).

Una de sus primeras preocupaciones, recogidas en sus estatutos, fue procurarse sendas comunidades religiosas vascas, femenina y masculina, para que se hicieran cargo de los servicios asistenciales (asilo y orfanato) y educativos, respectivamente. De esta manera, de paso, se cumplía el objetivo estatutario de conservar la fe católica de los vascos de Argentina, como parte integrante de su ser particular, en pie de igualdad con el idioma o la «raza». En este aspecto, se respetó escrupulosamente la representación paritaria de ambos lados de la frontera franco-española: para la sección femenina del colegio, asilo y orfanato se consiguieron los servicios de la congregación de las Siervas de María de Anglet, de fundación labortana y cuya casa madre se hallaba en las proximidades de Bayona [96]; de los colegios masculinos, por su parte, se hicieron cargo los capuchinos vasco-españoles de la provincia religiosa de Navarra-Cantabria-Aragón [97]. La sección femenina desarrolló sus actividades desde 1905, la masculina no las inició hasta el año 1908. Para 1910, un total de 1.687 vascos residentes en Argentina se hallan ya afiliados a «Euskal Echea».

Con la aparición de «Euskal Echea», por tanto, se cerraba todo un capítulo en la historia de la inmigración vasca en Argentina, que pasaba a mostrarse como una auténtica «colectividad» en la que un sólo factor de unidad —el «ser vasco»— se sobreponía a cualquier otro condicionamiento o posible vía de división.

6.- La aparición del nacionalismo vasco o el fin de una época

A pesar de que —como hemos señalado— esta evolución vivida por la colonia vasca hacia su organización colectiva no llevaba aparejada consigo ninguna intención política, los planteamientos unitarios que reflejaba una institución como «Euskal Echea», en su radicalidad, dejaban la puerta abierta al fermento de un nacionalismo vasquista. Son así muy clarificadoras las frases pronunciadas por un anónimo religioso bayonés, en una misión en lengua vasca que tuvo lugar en la iglesia de San Juan de Buenos Aires en fecha tan significativa como 1899: se hallaban ya en ese límite impreciso que va de reconocer la unidad de los vascos a negar su carácter de españoles y franceses.

---

[96] ÓSCAR ÁLVAREZ GILA, *La participación femenina en la atención espiritual a los vascos en Argentina y Uruguay: las Siervas de María de Anglet (1.905-1.992)*, «Actas del I Congreso Internacional del Monacato Femenino en España, Portugal y América, 1492-1992», León, Universidad de León, 1993, tomo I, pp. 453-467.

[97] IGNACIO DE PAMPLONA, *Euskal-Echea*, en «Historia de las Misiones de los PP. Capuchinos en Chile y Argentina (1849-1911)», Santiago de Chile, Imp. Chile, 1911, pp. 509-545.

Eztakit nork eta nundik sortuduten eskualdunak batzuk prantzesak eta bertze batzuek españolak gerala; neri prantzesa ala española naizen galdetzendiatenean, esatendet -ara adishkidéa, ni eskualduna naiz burutik oñetaraño, eta eskualduna bakarrik emen eta bazter guztietan [98].

La llegada de las avanzadas del movimiento nacionalista vasco al Río de la Plata, como corriente política nueva y organizada [99], iba a suponer, a la vez, la culminación y la fractura de esta evolución de la colonia vasco-americana.

Es de suponer que unos planteamientos de corte unitario entre los vascos —aunque se quedaran en un plano meramente cultural en la intención de sus primeros propugnadores— iban a llevar por evolución interna a su reconversión en planteamientos políticos, desde la defensa de los caracteres privativos de un pueblo hasta la reivindicación de un estado propio [100]. El nacionalismo «importado» ideológicamente desde Europa, en este caso, aceleró los acontecimientos, evitando la necesidad de que se diera el paso político en el seno del caldo de cultivo americano.

Quizá por esta razón, cuando llegó la nueva ideología independentista a los vascos de América no eran todavía éstos en su conjunto una fruta madura. De este modo, si bien rápidamente alcanzó numerosos adeptos entre inmigrantes e hijos de inmigrantes —que variaron su concepto de patria para hacerse «hijos de la nueva *ama* [madre] Euzkadi»—, hubo otros muchos que no darían este paso. Hay que recordar que entre los componentes del núcleo más reciente de inmigración vasca llegada a Uruguay y Argentina había bastantes militantes carlistas, exiliados tras la última de las guerras civiles en

[98] «No sé quién ni de dónde se ha sacado aquello de que los vascos somos, unos franceses y otros españoles; a mí, cuando me preguntan si soy francés o español, digo -mira, amigo, yo soy vasco de la cabeza a los pies, y sólo vasco, aquí y en todos lados». Cfr. «Notas locales», *La Baskonia*, Buenos Aires, XIII, nº 434 (20-X-1905), p. 33.

[99] Cuyos primeros pasos como movimiento político organizado los dio Sabino Arana hacia 1893 en Vizcaya. Los primeros activistas militantes del Partido Nacionalista Vasco que tenemos datados en el Río de la Plata no llegaron, sin embargo, hasta 1903 (ANDONI DE ASTIGARRAGA, *Abertzales en...*, p. 12).

[100] Compárese, por ejemplo, el anterior discurso del religioso bétharramita con un documento aprobado por la organización independentista «Euskadi Ta Askatasuna» en 1962: «Exigimos autodeterminación e independencia para Euskadi. No somos españoles ni franceses. Somos Vascos» (J. APALATEGI, *Los vascos...*, p. 242). Excepto la explícita petición política, todo el resto del discurso habría sido suscrito, punto por punto, por aquel religioso.

el País Vasco-español, cuya ideología era claramente tradicionalista y —en cuanto a su idea política de nacionalidad— plenamente española [101].

Convencer a este grupo fue labor paciente, larga, dificultosa y, a la postre, nunca llegaría a realizarse totalmente: sólo con el recambio generacional y tras una fractura interna que llegó a resquebrajar el asociacionismo vasco en el Río de la Plata [102], pudo el nacionalismo recoger los frutos que le había servido, en bandeja, el siglo XIX: una colectividad vasca única y unida, cuyo concepto de patria había ido separándose de las vinculaciones española y francesa y, a más de diez mil kilómetros del solar original, quería demostrar que «lo vasco» era, en resumen, «diferente».

[101] Para fines del siglo XIX, Argentina y Uruguay ya no eran destino preferente de los emigrantes vasco-franceses a América; por contra, la emigración vasco-española al Río de la Plata vivió su edad de oro hasta aproximadamente 1930.

[102] Fractura acaecida, en los centros vascos de Argentina, a inicios de la década de 1920. De resultas de ella, quedaron los sectores nacionalistas como vencedores, con el control de estas asociaciones. Las minorías que no comulgaban con la nueva situación, optaría por retirarse y formar sus propios centros, por lo general de efímera pervivencia, que acabaron por dejar el monopolio de lo «vasco» en el Río de la Plata en manos de la visión nacionalista. El desembarco masivo de exiliados vascos de ideología nacionalista, tras la derrota republicana en la Guerra Civil española, apuntaló este monopolio, que ha perdurado hasta el presente.

RESUMEN

La formación de la colectividad inmigrante vasca en los países del Río de la Plata (siglo XIX)

El presente trabajo trata de mostrar el modo como se produjo, a lo largo del siglo XIX, la formación de una colectividad vasca unida e integrada en los países del Río de la Plata, partiendo de una inicial situación de separación práctica de dos comunidades, vasco-española y vasco-francesa, surgidas de la división política entre dos estados de su región de procedencia. La «colectividad vasca» así autoidentificada, consciente y operativa que actuó con plena vitalidad a lo largo del siglo XX fue, de este modo, producto de un proceso de construcción. La unidad de idioma fue el factor determinante que condujo, después de una larga evolución de progresivo acercamiento entre ambas comunidades, a la formación paulatina de una colectividad unida, ya a fines de siglo XIX. Este acercamiento y final fusión se produjo de forma osmótica, mediante el establecimiento entre ambos grupos de unos cada vez más fuertes lazos en los niveles más difícilmente aprehensibles de la vivencia cotidiana de los inmigrados —lo que hace más difícil su labor al historiador—. La aparición en 1899 de la primera asociación plenamente vasca —sin otro adjetivo— en Argentina, la sociedad de socorros mutuos «Euskal Echea», no fue el inicio sino el colofón institucionalizado de este proceso.

SUMMARY

The Making of the Basque Immigrant Community in the River Plate (19th Century)

This article shows how during the 19th century a united, integrated Basque community developed in the River Plate countries, out of two initially separated comunities, namely the Spanish Basques and the French Basques, split as per political division between their states of origin. Thus, this self-identified «Basque Community», conscious and fully active also in the 20th century, was the outcome of a building process. Unity of language was the key factor leading, throughout a long process of progressive approaches, to the slow making of a united community already by the end od the 19th century. This process developed in an osmotic manner, by creating between both groups ever stronger ties at those daily life levels which are most difficult to apprehend by historians. The creation in 1899 of the first fully —and plainly— Basque association in Argentina, the Euskal Echea mutual aid society was not the starting point, but the colophon of this process.

ISSN 0046 - 001X

DESARROLLO ECONOMICO

Revista de Ciencias Sociales

Comité Editorial: Juan Carlos Torre (Director), Roberto Bouzas, Ricardo Carciofi, Daniel Chudnovsky, Liliana De Riz, José Nun, Hilda Sabato, Getulio E. Steinbach (Secretario de Redacción).

Vol. 35 **Abril - Junio 1995** **Nº 137**

TAKASHI HIKINO y ALICE H. AMSDEN: La industrialización tardía en perspectiva histórica.

DANIEL CHUDNOVSKY, ANDRES LOPEZ y FERNANDO PORTA: Más allá del flujo de caja. El boom de la inversión extranjera directa en la Argentina.

CESAR TCACH: Neoperonismo y resistencia obrera en la Córdoba Libertadora (1955-1958).

SUSANA BELMARTINO: Transformaciones internas al sector salud: la ruptura del pacto corporativo.

GASTON GORDILLO: Después de los ingenios: La mecanización de la zafra saltojujeña y sus efectos sobre los indígenas del Chaco Centro-Occidental.

EUGENIO KVATERNIK: La sucesión presidencial de 1964. El fracaso de la UCRI como partido moderado.

NOTAS Y COMENTARIOS

MARCOS NOVARO: El debate contemporáneo sobre la representación política.

— RESEÑAS BIBLIOGRÁFICAS / REVISTA DE REVISTAS / PUBLICACIONES RECIBIDAS

— IV CONCURSO DE ENSAYOS DE CRITICA BIBLIOGRAFICA

DESARROLLO ECONOMICO —Revista de Ciencias Sociales—
es una publicación trimestral editada por el Instituto de Desarrollo Económico y Social (IDES). Suscripción anual: R. Argentina, $ 60,00; Países limítrofes, U$S 68; Resto de América, U$S 74, Europa, U$S 76; Asia, Africa y Oceanía, U$S 80. Ejemplar simple: U$S 15 (recargos según destino y por envíos vía aérea). Pedidos, correspondencia, etcétera, a:

INSTITUTO DE DESARROLLO ECONOMICO Y SOCIAL
Aráoz 2838 - (1425) Buenos Aires / República Argentina - ☎ 804-4949 - Fax: (541) 804-5856

MIGRACION Y FLUCTUACIONES DEL MERCADO DE TRABAJO: LOS TRABAJADORES CHILENOS DE NEUQUEN, 1884-1930 *

Alina FRAPICCINI **
Gabriel RAFART **
Daniel LVOVICH **

Finalizada la campaña militar comandada por Roca, los territorios ubicados al sur del Río Colorado fueron lentamente ocupados por contingentes migratorios de diversos orígenes. La existencia de una línea de frontera trazada por la Cordillera de los Andes no fue un real obstáculo para el tránsito de bienes y personas, posibilitando una presencia significativa de migrantes de nacionalidad chilena en la Patagonia argentina. El espacio neuquino fue uno de los principales receptores de esta migración, y sus fluctuaciones estuvieron en estrecha relación con las tensiones provocadas por los potenciales conflictos bélicos entre ambos países, como también con los cambios experimentados por la economía trasandina, especialmente las transformaciones operadas en el sector rural del centro-sur chileno.

En el contexto de la mutua y permanente desconfianza entre los gobiernos argentinos y chilenos, la presencia de población de ese origen en la Patagonia y en particular en Neuquén fue caracterizada como peligrosa para la soberanía argentina de la región, tanto en la época inmediatamente posterior a la ocupación militar como en los momentos de conflicto y en los de auge del nacionalismo argentino, llegando a ser, según señala Solberg, el asunto

(*) Una primera versión de este trabajo fue presentada en las *XIV Jornadas de Historia Económica*, Córdoba, Mayo de 1994.

(**) *Grupo de Estudios de Historia Social - Universidad Nacional del Comahue.*

público de mayor importancia en 1901 [1]. Numerosos artículos y editoriales en los principales diarios de Buenos Aires, en particular entre 1895 y 1901, así como textos de escritores que recorrieron la región y de autoridades civiles y militares, demuestran la preocupación por el fenómeno, para el que se proponía como solución un incremento de la inmigración europea hacia la zona y distintas estrategias de «argentinización» de los pobladores de origen trasandino, que abarcaban desde un incremento de la presencia militar hasta la cesión de tierras fiscales, la construcción de caminos y ferrocarriles y la extensión de la red de educación pública en la región.

El período que comprende el proceso migratorio que analizamos se extiende desde la década del ochenta del pasado siglo hasta los años 1930, momento en el cual se reforzó el control fronterizo entre ambos países, decreciendo el volumen de la migración de origen trasandino y modificándose sustancialmente el patrón demográfico del área en estudio. Cabe señalar aquí que esta situación representa una continuidad de un fenómeno previo a la ocupación militar del espacio patagónico, con el funcionamiento de estas tierras como parte de una región orientada hacia el sistema urbano y portuario del centro sur chileno [2], destinada a la cría y engorde para el mercado transandino. Ello explica la presencia de arrendatarios de aquella nacionalidad y de caciques contratados como capataces por estos en tareas de invernada de ganado [3]. Estas fluctuaciones poblacionales tuvieron una significativa incidencia tanto para la conformación de una población campesina, dedicada a la ganadería trashumante utilizando trabajo familiar, como sobre la oferta de mano de obra para el naciente mercado capitalista de trabajo de la región.

[1] Cf. C. SOLBERG, *Immigration and Nationalism. Argentina and Chile, 1890-1914*, Austin, University of Texas Press, 1970, p. 23-24; *La Prensa*, 18 de abril de 1895, 21 de noviembre de 1897, 7 de abril y 14 de diciembre de 1901; La Nación, 4 de noviembre de 1901 y 26 de enero de 1902; M. OLASCOAGA, *Notas descriptivas dirigidas por el Gobernador de este territorio, Coronel M. J. Olascoaga*, Buenos Aires, Juan M. Kido y Cía., 1888; MINISTERIO DEL INTERIOR, *La investigación en el Territorio del Neuquén*, Buenos Aires, Imprenta y encuademación de la Policía, 1917; Gabriel CARRASCO, *De Buenos Aires al Neuquén. Reseña geográfica-industrial administrativa*, Buenos Aires, S.N.E., 1902; R. PAYRÓ, *La Australia Argentina*, Buenos Aires, C.E.A.L., 1974; F. SAN MARTIN, *Neuquén*, Buenos Aires, Biblioteca del suboficial, 1930; J. M. SAROBE, *La Patagonia y sus problemas*, Buenos Aires, Kraft, 1943.

[2] S. BANDIERI, *Condicionantes históricos del asentamiento humano en Neuquén. Consecuencias socioeconómicas*. Informe final. Beca de perfeccionamiento. CONICET, Neuquén, 1988, p. 102, mecanografiado.

[3] M. OLASCOAGA, *Estudio topográfico de La Pampa y Río Negro*, Buenos Aires, EUDEBA, 1974, pp. 78 y 369, en SUSANA BANDIERI, *op. cit.*, pp. 89-91. La temprana presencia chilena en Neuquén está testimoniada en los archivos de la Gobernación Territorial:

La literatura referida a la migración chilena a la Argentina, y en general a la de países limítrofes es escasa para el período de nuestro estudio, refiriéndose usualmente a los procesos iniciados a partir de la década de 1960. Sus claves explicativas giran en torno a argumentos tales como las diferencias relativas de desarrollo o los procesos de urbanización e industrialización que actuaron como factores de atracción sobre la fuerza de trabajo excedente en el sector agrícola de los países limítrofes, posibilitando su incorporación a un mercado de trabajo de tipo capitalista [4]. Para el caso del noroeste argentino, Daniel Santamaría ha sostenido que la incorporación de fuerza de trabajo indígena al proceso de explotación industrial se realizó en base a patrones de atracción, residencia y organización del trabajo de carácter precapitalista [5].

El caso que nos ocupa, en cambio, presenta la particularidad de iniciarse como un movimiento migratorio rural-rural, explicable en base a la existencia de tierra libre en Neuquén, fenómeno del cual los modelos arriba enunciados no pueden dar cuenta. En todo el período de nuestro análisis, el peso de los migrantes chilenos en el conjunto de la población rural fue considerable. Incluso en un momento tan avanzado como el año 1920, sobre un total de 2078 explotaciones censadas en Neuquén, 1152 corresponderían a chilenos, de los cuales 497 eran ocupantes sin título, 408 arrendatarios y 229 propietarios de pequeñas extensiones, no existiendo datos de los 18 restantes [6].

La posibilidad del acceso a la tierra —tal como Marx ha sostenido en el capítulo XXV de *El Capital* [7]— dificulta la conformación de un mercado capitalista de trabajo, dada la alternativa de desarrollar formas de subsistencia al margen de las relaciones mediadas por el salario. En el caso que nos

---

«Antes que la civilización arrancara al dominio del salvaje estas feraces tierras, existían arrendatarios de los indios entre las personas de Chile que buscaban en estos campos el sustento para sus haciendas...». Archivo Histórico de la Provincia de Neuquén, Libro Copiador de Gobernación Nº 8 (1890-1892), folios 214-214.

4 Cf. R. MARCENARO BOUTELL, *La inmigración de los países limítrofes*, en «Inmigración», Año IX, N° 12, 1967; L. MARMORA, *Marginalidad y conciencia nacional en grupos migrantes*, en «Aportes: Revista trimestral de Ciencias Sociales», París, Enero de 1968, Nº 7, T. GONZALES, *Chileans in Argentine Patagonia*, en «Migration News», Año 28, N° 1, 1979, A. MARSHALL y D. ORLANSKY, *Las condiciones de expulsión en la determinación del proceso emigratorio desde países limítrofes hacia la Argentina*, en «Desarrollo Económico», Revista de Ciencias Sociales, N° 80, Vol. 20, Enero - Marzo 1981.

5 D. SANTAMARIA, *Migración laboral y conflicto interétnico. El caso de los migrantes indígenas temporarios a los ingenios azucareros salto-jujeños*, en «Estudios Migratorios Latinoamericanos», Año I, N° 3, Agosto de 1986.

6 S. BANDIERI, *op. cit.*

7 C. MARX, *El Capital*, México, F. C. E., 1992. Tomo I, Sección séptima, capítulo XXV, «La moderna teoría de la colonización».

ocupa, la incorporación al mercado de trabajo por parte de los inmigrantes se realizó como complemento a las tareas de producción doméstica, y se fue delineando como perspectiva única a medida que se iba eliminando la posibilidad del acceso a la tierra. De todas maneras, también en etapas tempranas del período encontramos trabajadores chilenos en tareas asalariadas o semiasalariadas, fundamentalmente en la actividad minera. Hacia el fin del período, la inserción de los migrantes en el mercado capitalista de trabajo se realizará, como veremos, en las peores condiciones, con lo que nos acercamos a los modelos más tradicionales de explicación de la inserción de mano de obra campesina en industrias y actividades extractivas así como en tareas de construcción. Para tratar de explicar esta problemática, comenzaremos por señalar las transformaciones ocurridas en la economía chilena y su impacto sobre el patrón poblacional. A continuación analizaremos las características del poblamiento chileno en el Territorio y la inserción de los trabajadores chilenos en el mercado laboral neuquino, para concluir con un balance del estado actual de nuestro estudio.

Transformaciones en la economía chilena y comportamiento demográfico

Mediado el siglo XIX, la agricultura chilena, localizada en las regiones central y sur, se encontraba en un proceso expansivo derivado del aumento en la demanda de granos, proveniente del desarrollo de las zonas mineras del norte del país y de las concentraciones humanas generadas por el boom del oro en Australia y California y por la guerra de Crimea, así como también por la importancia que adquieren las crecientes exportaciones a Europa. El consiguiente aumento de la producción fue resuelto por medio de dos vías: la expansión de las zonas cultivadas y el incremento y fortalecimiento de las formas de explotación a las que venían siendo sometidos los campesinos.

La frontera agrícola se extendió al sur del río Bío-Bío, incorporándose vastas extensiones a la explotación cerealera. En esta área, a partir de la década del ochenta, el crecimiento de la producción triguera alcanzó la elevada tasa del 7,9 por ciento anual. Esta colonización, si bien data del período colonial, no se completó efectivamente hasta el último cuarto del siglo XIX, cuando concluyó el avance militar sobre la Araucanía y el consecuente poblamiento adquirió significación. Cuando, hacia fines de siglo, se alcanzaron los límites de esta frontera agrícola, se observó una tendencia a la baja de las exportaciones de granos, hasta aquel momento en expansión [8].

[8] C. Sutter y O. Sunkel rechazan esta visión, señalando que la expansión agrícola perdura tras la guerra del Pacífico, afirmando que la interpretación tradicional se debe a que las estadísticas chilenas no dan cuenta del particular desarrollo agrícola al sur de Concepción,

Es necesario destacar que el proceso fue acompañado por un muy alto grado de concentración en la propiedad de la tierra: en 1879 el 70 por ciento de la tierra cultivada estaba en manos de 2300 propietarios, mientras que el 30 por ciento restante pertenecía a 27.000 agricultores y para 1926, 249 propietarios concentraban 16 millones de hectáreas, mientras otras 865.000 se distribuían entre 74.000 productores[9]. La ley de colonización del 4 de agosto de 1874 no hizo más que reforzar este proceso, ya que reconoció el derecho a recibir tierras sólo a inmigrantes europeos y norteamericanos, permitiendo la formación o extensión de latifundios y evitando la transformación en colonos de los estratos más bajos de la sociedad[10]. Hacia fines de siglo, el viajero francés André Bellesort expresaba al respecto:

> «Trescientas familias detentan la propiedad del territorio, y a la vista de los extranjeros se traspasan una a otra la fortuna pública (...) La república se compone de una clase que lo posee todo y de otra clase más numerosa que no posee nada. Lo que admira es que esta última nada exija tampoco. De este modo, en esta joven República (...) se encuentra una plebe tan miserable, tan falta de esperanza, que no tiene ni bastante energía ni bastante conciencia para manifestar ninguna aspiración. Sufre pasivamente un destino que nadie entre los suyos concibe mejor...»[11].

Tan importante concentración en la propiedad de la tierra, así como la existencia en el campo chileno de una superpoblación de carácter estructural[12], hicieron posible la otra forma a través de la cual se produjo la ex-

---

ya que en las series de 1881 a 1890 faltaba la información de las provincias de Malleco y Cautín. C. C. SUTTER y O. SUNKEL, *Un siglo de historia económica de Chile, 1830-1930*, Madrid, Cultura Hispánica, 1982.

9 E. LACLAU (h.), *Modos de producción, sistemas económicos y población excedente: aproximación histórica a los casos argentino y chileno*, en «Revista Latinoamericana de Sociología», Buensos Aires, Instituto Di Tella, 1969, Nº 69-2, pp. 304.

10 M. R. STABILI, *Las políticas migratorias de los gobiernos chilenos desde la segunda mitad del siglo pasado hasta la década de 1920*, en «Estudios Migratorios Latinoamericanos», Año I, Nº 2, abril de 1986, p. 187.

11 A. BELLESORT, *La Jeune Amerique. Chili et Bolivie*, París, 1897, en P. BRAVO ELIZONDO, «Cultura y teatro obreros en Chile», Madrid, Michay, 1986, p. 67.

12 José Nun, basándose en los Gründrisse, analiza el concepto de superpoblación relativa en función de la forma específica que asume la combinación entre trabajadores y medios de producción, que determinará un tamaño adecuado de población en relación a la elasticidad

pansión de la producción agrícola: el incremento en la explotación de la fuerza de trabajo. Un ejemplo de ello lo encontramos en los cambios introducidos en el inquilinaje. Esta institución había surgido durante el período colonial de las concesiones precarias de tierra a cambio de las cuales se exigía un canon de tipo simbólico. Al calor del aumento en la importancia de la producción triguera, dicho canon fue adquiriendo una real significación económica durante el siglo XVIII, para convertirse en el siguiente en una forma de tributo pagada en trabajo, a la cual se le agregó una remuneración salarial de poca monta en caso de que el inquilino realizara determinadas tareas. A mediados del siglo XIX, con el incremento de la demanda de granos, se incrementaron las obligaciones que pesaban sobre el inquilino, a la par que disminuyeron sus derechos tradicionales, en especial el de pastoreo, mientras se reducía la superficie destinada a tal actividad.

El dinero percibido por el inquilino como retribución fue de un monto menor al que se le pagaba a un jornalero ocasional por su labor, cantidad de por sí exigua. De esta manera el salario del inquilino era sólo el complemento de una economía de subsistencia. A pesar de estar en desarrollo un incipiente proceso de venta de la fuerza de trabajo del inquilino, se generaron, como sostiene J. C. Marín,

> «...Un espectro suficientemente amplio de alternativas que soslayaron todas ellas una permanente y creciente aproximación a la forma salario sin lograr acabadamente su especificidad» [13].

El «peón obligado», también conocido como «peón reemplazante» [14], fue entonces un productor que complementaba su actividad con el trabajo fami-

---

de la forma de producción en cuestión. La parte de la población que excede esos límites permanecerá como mero factor virtual al no vincularse ni a los medios de su reproducción ni a los productos, es lo que se denomina una superpoblación. J. NUN, *Superpoblación relativa, ejército industrial de reserva y masa marginal*, en «Revista Latinoamericana de Sociología», Buenos Aires, Instituto Di Tella, 1969, Nº 69-2, pp. 180 a 182.

[13] J. C. MARIN, *Asalariados rurales en Chile*, en «Revista Latinoamericana de Sociología», Buenos Aires, Instituto Di Tella, 1969, Nº 69-2, p. 321.

[14] «Sobre el inquilino pesaba la obligación de proporcionar a la hacienda uno o más peones obligados durante casi todo el año. Cuando el peón obligado realizaba la prestación de servicios, recibía la ración alimenticia del inquilino. Esto explica por que el peón obligado se le llama también reemplazante, ya que reemplaza los derechos laborales del inquilino». C. KAY, *Evolución del sistema de la hacienda chilena 1850-1973*, en K. DUNCAN, I. RUTLEDGE (compiladores), «La tierra y la mano de obra en América Latina», México, F. C. E., 1987, p. 125. Véase también M. GÓNGORA, *Origen de los «inquilinos» de Chile Central*, Santiago, Universidad de Chile, 1960.

liar y los ocasionales ingresos producto de la venta de su fuerza de trabajo al propietario del fundo, los cuales en conjunto no llegaban a cubrir el nivel de subsistencia de la familia campesina[15]. Completaban el panorama la figura del trabajador libre y la del «voluntario». Éste era un trabajador que vivía en el fundo, comprometido a estar presente cada vez que se le requiriese, e impedido de trasladarse en busca de otros trabajos, en cuyo caso perdía la condición de peón del establecimiento rural. El propietario no se comprometía a darle ocupación de manera permanente y sólo se le pagaban los días trabajados. Estas distintas formas de explotación fueron aseguradas en muchos casos por la concentración de poderes en manos de los terratenientes, que sumaban a tal condición la de autoridad judicial y militar de su región.

Otro actor social que subsistía en similares condiciones de vida era el minifundista, cuya producción, en muchos casos, no alcanzaba tampoco los niveles mínimos de subsistencia. Para el período comprendido entre 1861 y 1924, pese al fortalecimiento del inquilinaje, las condiciones de vida y las tendencias a la emigración de los inquilinos no diferían demasiado de la de los pequeños y aún medianos propietarios, superando apenas la posición del peón obligado, «candidato seguro al desarraigo» [16]. Sobre las condiciones de vida de la población del campo chileno, dice el viajero norteamericano Theodore Child, quien recorrió el país en 1890:

> «...En cuanto a la población rústica y los incidentes de su vida a lo largo del camino, ellos ofrecen mucho material para el pintor, y alimento para la reflexión al estudiante de la sociedad. Aquí hay una civilización primitiva, que no necesita muebles en su casa, ni confort, y usa ropa elemental, y solo las más simples formas de utensilios. ¿Qué comida más simple puede ser hallada que pan, porotos y empanadas de cebolla? ¿Qué mejor vasija para beber que una calabaza?

[15] Susana Bruna ubica al inquilinaje como forma dominante en las relaciones de producción agrarias de Chile hasta la década del 90 del siglo pasado. Lo caracteriza por la ausencia de salarios monetarios (reemplazados a veces por el sistema de fichas-salarios), la retribución en medios de producción y la manipulación activa de mecanismos coercitivos y represivos, como el arraigo del trabajador por deudas, la persecución judicial y policial del deudor que se fugaba y la mantención de milicias mas o menos privadas. Bajo formas menos drásticas, se mantendrá como relación de trabajo, ya no dominante, en el siglo XX. S. BRUNA, *Chile: Las luchas campesinas en el siglo XX*, en GONZALEZ CASANOVA, P. (Comp.), «Historia política de los campesinos latinoamericanos», México, Instituto de investigaciones sociales de la U.N.A.M./Siglo XXI, 1985, pp. 85-86.

[16] S. VILLALOBOS, O. SILVA, F. SILVA y P. ESTELLE, *Historia de Chile, Santiago*, Santiago de Chile, Editorial Universitaria, 1989, pp. 649-652.

> ¿Qué vestimenta menos compleja que el poncho? ¿Qué zapatos más fácilmente hechos que un pedazo de cuero amarrado con correas?» Y continúa afirmando que los trabajadores europeos «...no podrían vivir en las mismas condiciones de alimentación y habitación...», porque en Chile «...los peones viven literalmente como chanchos, tanto en el campo como en los pueblos...» [17].

En tales condiciones de existencia material, sin otra perspectiva que la de someterse a la creciente explotación, imposibilitados de acceder a la propiedad de la tierra, incapaces de articular respuestas políticas a su situación, faltos de contacto con el naciente movimiento obrero [18], no es de extrañar que la decisión de emigrar se haya instalado fuertemente como alternativa en aquel cuerpo social. Un flujo importante de población rural se instaló en las regiones mineras del norte o en la periferia de las grandes ciudades del centro de Chile. Unos doscientos mil decidieron emigrar al exterior entre 1850 y 1890, con destino a Perú, Panamá o la Argentina. Entre 1870 y 1895 se trasladaron a este último país más de 40.000 chilenos, entre los cuales muchos buscaron en el Territorio del Neuquén respuestas a sus necesidades.

Fuera de algunas explicaciones conspirativas, la relación miseria-migración será la clave interpretativa de la época, compartida tanto por fuentes chilenas como argentinas, incluyendo aquí a alguien tan poco sospechoso de simpatías hacia los extranjeros como Julian Martel:

> «La chilenada que arrancó al Neuquén, desde hace treinta años, en algo por cuentecillas gordas o débiles con la justicia, y en mucho por las miserables condiciones económicas en que aquí vivía, no desea, en general, venirse de donde está...» [19].

> «Su situación anterior ha sido tan precaria que llegar a poseer un pedazo de tierra y unos cuantos animales le parece una fortuna...» [20].

---

[17] T. CHILD, *The Spanish American Republics*, New York, Harper and Brothers, 1891, en BRAVO ELIZONDO, P., *op. cit.*, pp. 99 y 114.

[18] M. ZEITLIN, *Los determinantes sociales de la democracia política en Chile*, en «Revista Latinoamericana de Sociología», Buenos Aires, Instituto Di Tella, 1966, Nº 66-2, pp. 230-231. Bruna afirma que entre 1810 y 1910 se desarrollaron en Chile 323 huelgas, ninguna de ellas en el campo, y que las primeras organizaciones de campesinos datan de la década de 1920. S. BRUNA, *op. cit.*, p. 93.

[19] *El Diario Nuevo*, Chillán, Chile, Citado en Neuquén, Neuquén, Año V, Nº 212, 31 de mayo de 1913, p. 1.

[20] Nota de J. MARTEL en *Neuquén*, Chos Malal, Año I, Nº 16, 20 de mayo de 1894.

Este destino no hacía más que confirmar un tipo de estrategia ya presente en las poblaciones de origen indígena, antes de la llamada «conquista del desierto» del lado argentino y de la Araucanía chilena. La existencia de una fluída red de relaciones entre ambos espacios posibilitó su continuidad aún luego de ambas campañas. Lo que pervivió fue un mismo espacio regional, sólo parcialmente obstaculizado por la presencia de una frontera física y jurídica.

Señalemos algunas generalidades del perfil de los migrantes obtenidas del análisis de los censos de población nacionales y territoriales. Las conclusiones se ajustan a las generalidades observadas habitualmente en los estudios sobre migraciones de origen rural, es decir, una mayoría de migrantes en edad económicamente activa, de muy escasa instrucción y calificación laboral y con una tasa de masculinidad del 131 por ciento en 1895, que para 1920 se reduciriá a un 125 por ciento. Este indicador es mucho menor para los departamentos colindantes con la coordillera y sustancialmente más elevado en la medida que nos vamos acercando a aquellos próximos a la confluencia de los ríos Neuquén y Limay, revelando la fuerte presencia de unidades familiares mayoritariamente llegadas de Chile en la zona oriental. Las fuentes periodísticas consultadas, así como los registros de personal de Y.P.F., señalan que prácticamente la totalidad de los inmigrantes provenían de las provincias sureñas de Cautín, Llanquihué, Osorno y Valdivia, lo cual es consistente con la propensión expulsora de las regiones agrícolas de Chile a lo largo de todo el siglo XX [21].

El poblamiento del Territorio del Neuquén

La incorporación del área patagónica a la soberanía política del Estado Argentino tuvo como inmediata consecuencia el cambio del patrón poblacional de la región. Sus características dominantes fueron la llegada de contingentes inmigratorios internos provenientes de las provincias argentinas, y externos con grupos de origen ultramarino y trasandino. Desde su creación como unidad político-administrativa hasta fines de la década de 1920, el Territorio Nacional del Neuquén recibió un elevado número de inmigrantes

[21] Adriana Marshall y Dora Orlansky han señalado que en las últimas décadas la emigración chilena se origina mayoritariamente en las provincias sureñas de Cautín, Llanquihué, Osorno, Valdivia y Chiloé, zonas de baja proporción de minifundios y predominio de la gran y mediana propiedad. A. MARSHALL y D. ORLANSKY, *Las condiciones de expulsión en la determinación del procezo emigratorio desde países limítrofes hacia la Argentina*, en: «Desarrollo Económico, Revista de Ciencias Sociales», Nº 80, Vol. 20, Enero-Marzo 1981, p. 497.

chilenos que, sumados a los escasos grupos indígenas que subsistieron en el Territorio, a pobladores llegados de Buenos Aires y Cuyo y a la migración ultramarina atraída por las obras de infraestructura (construcción del Dique Neuquén y obras de riego, tendido de las vías del Ferrocarril Sur), la explotación petrolífera y el lento desarrollo de pequeños centros urbanos, conformaron la base poblacional del espacio neuquino.

Esto se evidencia al analizar los datos censales. La población de origen chileno fue mayoritaria al comenzar el período; según el censo de 1895 su participación en el total de la población del territorio será del 61,2 por ciento, para 1914 del 40,9 por ciento y en el censo territoriano de 1920 será del 35,6 por ciento, conservando luego un importante peso demográfico. Si comparamos estos datos con los referidos a los otros Territorios Nacionales de la Patagonia sobre la presencia chilena, notaremos que en todos los casos su proporción en el total de la población es sustancialmente inferior al caso neuquino. Los censos nacionales de 1895 y 1914 arrojan respectivamente los siguientes porcentajes de población chilena en relación al total: Río Negro 8 y 14 por ciento; Chubut 4 y 13 por ciento; Santa Cruz 13 y 15 por ciento y Tierra del Fuego 5 y 20 por ciento. Debemos señalar que según el censo nacional de 1895, el 43 por ciento del total de migrantes chilenos residía en Neuquén, porcentaje que se reduce al 34,2 por ciento para 1914 [22].

El decrecimiento del peso relativo de la población trasandina a lo largo del período, respondería al impacto de la migración interna y en menor medida al de la ultramarina, así como también a la consideración como argentinos de los hijos de chilenos nacidos en Neuquén en los censos de población. Si analizamos las cifras absolutas, observaremos que hacia 1920 en-

[22] C. F. I., *Algunos aspectos cuantitativos de la población extranjera originaria de países limítrofes*, Buenos Aires, 1973. Es importante advertir que los censos nacionales, único registro que cuantifica la realidad demográfica de estos territorios de reciente ocupación, no logran dar cuenta de la población indígena, por cuanto su status nacional no está claramente definido. Esto mismo observamos al trabajar con otras fuentes cualitativas, como expedientes judiciales o registros de la gobernación, donde dicha población es considerada indistintamente como indígena, chilena o argentina. También es importante destacar que los llegados del lado occidental de la Coordillera no transitaban por ninguna oficina de migraciones y aún menos por registros aduaneros, situación esta que hacía más difícil referir a la relación entrada/retorno. Los organismos migratorios de ambos países reconocían la insuficiencia de las estadísticas con las que contaban y la imposibilidad de controlar el movimiento que tenía lugar por los casi cien pasos cordilleranos que unían Neuquén con las provincias chilenas limítrofes. Por lo tanto, dada la importancia de las fluctuaciones de población, consideramos a los datos brindados por los censos como una «fotografía» de un momento preciso, incapaces de reflejar la dinámica demográfica del Territorio.
Cf. REPUBLICA DE CHILE, DIRECCION GENERAL DE ESTADISTICA, *Estadística anual de demografía y asistencia social. Año 1931*, Santiago, 1932 y REPUBLICA ARGENTINA, DIRECCION GENERAL DE INMIGRACION, *Informe de estadística. Año 1927*, Buenos Aires, 1932.

contramos un descenso en el número de los habitantes de origen chileno, mientras se ampliaba la base de la pirámide poblacional argentina, ya que:

> «...las cifras más altas de cada renglón corresponden a los niños argentinos de 0 a 14 años, lo que significa el arraigo de los pobladores y la formación de nuevos y numerosos hogares. En cambio, esto no se observa entre el elemento extranjero, hay pocos niños y pocas mujeres extranjeras y la proporción recién aumenta a partir de los 20 años, de manera, pues, que el elemento extranjero ha dejado de arraigar como tal en este territorio, llega a él en edad adulta, y si se argentiniza, el censo ya no acusa su origen» [23].

La población chilena del Territorio, que había alcanzado en 1895 las 8.861 personas, llega en 1914 a las 11.806 para descender en 1920 a la cifra de 10.590 [24]. Si consideramos que en esta última fecha los chilenos representaban el 86.15 por ciento de los extranjeros del Territorio, y que la población no argentina contaba con 12.292 individuos, de los cuales sólo 1.706 eran menores de 14 años, podremos evaluar el impacto de dicha *argentinización* censal de los niños.

En el contexto de tal panorama demográfico, el acceso a la tierra, aspiración presente en toda cultura campesina, era posible por la escasez de población, la enorme extensión de las superficies fiscales o en manos de propietarios absentistas y la ausencia de una burguesía ganadera de importancia al comenzar el período. A ello debe sumarse la tardía vinculación ferroviaria de Neuquén con el área atlántica. En los demás Territorios Nacionales el proceso de apropiación privada de la tierra fue mucho más acelerado, especialmente por la expansión del ganado ovino y la temprana presencia de la gran estancia.

La ocupación efectiva de la tierra en Neuquén la llevaron adelante los pequeños productores, entre los cuales los de origen chileno constituían una significativa proporción. Las características físicas de la Cordillera en la región, que permitían su relativamente fácil traspaso durante gran parte del año, y la nula o débil presencia estatal argentina en la frontera hasta 1930, posibilitaban el tránsito de personas y mercancías entre ambos lados de los Andes. Esto permitía que el migrante no cortara totalmente los lazos con su región natal, donde colocaba su producción, se abastecía de lo necesario para la subsistencia —dada la lejanía y dificultades de comunicación con los

[23] Ministerio del Interior. Censo Territorial de 1920. Territorio del Neuquén. p. 13.

[24] G. CRISAFULLI y L. BERTANI, *La evolución de la población neuquina 1894-1947*. Neuquén, 1991, mecanografiado.

principales núcleos urbanos argentinos— y aún recreaba ritos públicos con asistencia de población de ambas bandas de la Cordillera, tal como lo testimonia el periódico *Neuquén* en ocasión de las fiestas de Navidad de 1894:

> «La afluencia de población de la vecina República de Chile superará a la de años anteriores, dado el interés que han despertado las fiestas y teniendo en cuenta que todos los años se ha congregado media provincia de Bío-Bío, formando un enorme campamento de gente que se divierte» [25].

La escasez de mano de obra, crónica en la región durante el período estudiado, provocó un manifiesto interés por la inmigración de parte de los propietarios que se dedicaban a incipientes actividades ganaderas:

> «...la proximidad con la vecina república hermana nos ofrece el brazo del obrero que no puede llegar aquí de otras apartadas regiones.
> Tendamos entonces nuestra mano generosa a esos pionner del trabajo, ofrezcamos a sus hijos tierras para que erijan sus hogares y se radiquen en esta zona de promisión que se adapta a sus costumbres hasta por su clima...» [26].

Estos movimientos podían ser los habituales en una población dedicada a la ganadería trashumante, con destino a los mercados del sur de Chile, como entre otras fuentes testimonia el periódico Neuquén:

> «...desde el mes de enero a marzo la población del territorio va a Chile, de marzo a mayo vuelve de Chile, de junio a septiembre se asienta en los puestos de invernada y de octubre a diciembre marcha a las veranadas» [27].

Esta circunstancia posibilitaba una rápida movilidad en situaciones excepcionales. Así, en los años de 1896 y 1898, los temores generados por las crisis limítrofes entre ambos paises y la posibilidad del estallido de una guerra, motivaron la repatriación de un muy alto porcentaje de los chilenos del Territorio. En este sentido, el informe enviado por el Gobernador Olmos al diario *The Standard* de Buenos Aires, revelaba cifras muy significativas:

[25] *Neuquén*, Chos Malal, Año I, Nº 33, 19 de diciembre de 1894, p. 2.

[26] *Neuquén*, Chos Malal, Año 1, Nº 17, 17 de Junio de 1894, p. 2.

[27] *Neuquén*, Chos Malal, Año III, Nº 66, 12 de enero de 1896, p. 1.

«...Inmigrantes entrados en 1898 y lo que va de 1899: En el primer año hubo una emigración para Chile por temor de la guerra de 4.000 habitantes y se calcula con la paz en el presente año en el verano una entrada al país de 7.000 a 8.000 habitantes del mismo país...» [28].

En otros casos el retorno se debía a políticas gubernamentales chilenas, como fue el caso de las colonias de Lonquimay y Villarrica destinadas a establecer chilenos residentes en Argentina cuando, a fines del siglo pasado, el conflicto bélico entre ambos países parecía inminente [29] o la frustrada repatriación con vistas a la colonización de tierras que se intentó realizar en 1913.

Al analizar los móviles migratorios del campesino chileno, debemos realizar aún otra consideración. La débil presencia del aparato estatal argentino en la zona, no sólo por la falta de controles fronterizos sino también por la escasa organización del mismo, volvía atractivo al Territorio del Neuquén por la perspectiva de la fácil comunicación con Chile. Uno de los factores que movieron a los campesinos a emigrar pudo ser la percepción de que la presencia de la autoridad estatal en su país natal —aliada a los dueños de la tierra o encarnada en su misma figura— les era adversa. Era este un atractivo adicional y quizás comparable al de la posibilidad de acceder a la tierra.

A medida que se esboza un rudimentario aparato estatal en el Territorio, la arbitrariedad de los funcionarios —Policía, Jueces de Paz— reflejada en testimonios de la época, seguramente se planteó como un elemento significante que frustró las ilusiones de los inmigrantes [30]. Cuando el avance de la gran propiedad convirtió a los *crianceros* en intrusos, nómades o simples ocupantes ilegales de la tierra, el peso del Estado se hizo sentir en los desalojos a que fueron sometidos en muchos casos, proceso iniciado a partir de la segunda década de este siglo. Posiblemente esta experiencia de oposición hostil haya contribuido a reforzar formas de conciencia de pertenencia al grupo nacional chileno. Estos factores, sumados al desarrollo de un fuerte

[28] Archivo Histórico de la Provincia del Neuquén. Libro Copiador de la Gobernación Nº 23 (1898-1906), Folios 510-511.

[29] S. VILLALOBOS et al, *op. cit.*, p. 580.

[30] *La Estrella de Chos Malal*, Chos Malal, año I, Nº 4, 28 de diciembre de 1889, p. 4. En el folletín de este semanario se refieren las arbitrariedades del Juez Letrado del Territorio. También Lino Carbajal sostiene que «...los chilenos miran con recelo a los argentinos, que no han conocido más que revestidos de autoridad, no siempre administrada con ecuanimidad». L. CARBAJAL, *Por el Alto Neuquén. Ascensión al Pico Domuyo*, Librería Salesiana del Colegio Pío IX, 1905, p. 191.

prejuicio antichileno [31] y a la persistencia a lo largo del período de pautas culturales provenientes de la vertiente oriental de la Cordillera [32], parecen alejar totalmente a la migración de la que intentamos dar cuenta de cualquier enfoque marcado por la armonía, la ausencia de tensiones o la rápida integración, característicos de las teorías centradas en la idea de crisol de razas, aunque tal problemática reclama una atención especial que escapa al presente artículo.

Trabajadores chilenos y mercado de trabajo

Como hemos avanzado, el desarrollo de relaciones capitalistas en la región neuquina generaba una demanda de mano de obra, condicionada por la desarticulación de las posibilidades de subsistencia al margen de formas salariales. Su incorporación al mercado de trabajo se produjo a través de la combinación de una enorme gama de elementos económicos, sociales, culturales, políticos e ideológicos que problematizaron de forma aguda la clásica y abstracta relación salarial [33].

Observemos en primer lugar la mixtura de la pervivencia de formas precapitalistas de subsistencia (fundamentalmente la crianza de ganado caprino a muy pequeña escala y la agricultura para el autoconsumo) con el ingreso como trabajadores asalariados a un mercado capitalista. Este proceso estaba en estrecha relación con la posibilidad de acceso a tierras fiscales o particulares sin ocupación efectiva, viendose limitado a partir de la década de 1910, momento desde el cual la apropiación privada de la tierra se tornó más sistemática, generando conflictos sociales que fueron leídos por los propietarios en clave de delito. Al respecto, el periódico *Neuquén* se hizo eco de los poseedores, cuando en sus páginas se afirma que:

[31] Cf. A. CERUTTI y D. LVOVICH, *Cultura de fronteras y prejuicio antichileno en la Argentina. El caso del Territorio del Neuquén 1885-1930*, en: «Revista de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales», Año I, N° 1, General Roca, Universidad Nacional del Comahue, 1993.

[32] Cf. E. MASES, A. FRAPICCINI, G. RAFART y D. LVOVICH, *Aspectos culturales y prácticas sociales en los sectores rurales de Neuquén (1890-1930)*, Neuquén, 1992, mecanografiado.

[33] G. R. RUBEN, *La teoría antropológica y el estudio de la incorporación de la mano de obra campesina-indígena al mercado capitalista*, en «ETNIA», N° 36/37, Olavarría, 1991-92.

«...hay caracterizados vecinos del interior del Territorio que no quieren adquirir tierras en aquellos parajes porque la población nómade domina en absoluto, adueñandose de la tierra, que explota tanto como puede para abandonarla luego e ir en busca de otra mejor. Con estos procedimientos los nómades siempre disponen de los mejores campos, sin contar con que son un peligro para los propietarios pues en sus correrías suelen robar animales, conduciéndolos a largas distancias donde los ponen a cubierto de toda persecución. En las partes donde los campos están mensurados, los nómades arrancan los mojones para discutir a los verdaderos propietarios el mejor derecho y si se acude al desalojo de los intrusos por medio de la autoridad, no falta un campo abierto que les de albergue y haciendas que pueden ser robadas» [34].

El reclutamiento de trabajadores del otro lado de la Cordillera fue una práctica habitual no sólo en las actividades rurales sino también en las mineras, que requerían abundante mano de obra asalariada:

«Minero que se ausenta. Partió para Chile el conocido minero señor Corydon P. Hall donde va a contratar peonadas para reforzar los trabajos de esplotación de los aluviones auríferos que tan brillante resultado le dan...» [35].

En un medio donde lo escaso de la oferta de mano de obra era un problema permanente para los propietarios, rápidamente se establecieron mecanismos de disciplinamiento y control de la fuerza laboral. Hasta 1894 se utilizó en este Territorio Nacional como instrumento legal el Código Rural de la Provincia de Buenos Aires [36], en el cual, si bien se definía al peón rural en términos netamente capitalistas [37], se establecieron una serie de mecanismos restrictivos, como la obligación del peón de conchabarse mediante un contrato extendido por el Juez de Paz y la necesidad de portar un certificado

[34] *Neuquén*, Neuquén, Año IV, Nº 172, 6 de julio de 1912, p. 1.

[35] *Neuquén*, Chos Malal, Año 1, Nº 7, 28 de febrero de 1894.

[36] E. MASES, *Mercado de trabajo en Neuquén, 1884-1920*, Neuquén, 1990, mecanografiado, p. 5.

[37] El peón es definido como «quien los presta [servicios a un patrón] mediante cierto precio o salario». H. SABATO, y L. A. ROMERO, *Los trabajadores de Buenos Aires. La experiencia del Mercado: 1850-1880*, Buenos Aires, Sudamericana, 1992, pp. 181-182.

del patrón para trasladarse fuera de los límites del Partido. El vago, que fue definido como aquel que carecía de domicilio fijo y de medios conocidos de vida y que perjudicaba la moral por sus vicios y mala conducta, era pasible de ser condenado al servicio de armas o a trabajos públicos. El Código prohibía los juegos de azar y la portación de armas blancas, mientras restringía severamente el derecho de caza [38].

En el Territorio del Neuquén hallamos testimonios de la existencia del sistema de papeletas de conchabo [39] así como de mecanismos coercitivos aún más generalizados. Tal el carácter de la siguiente nota del Gobernador territorial al Juez de Paz del 2º departamento:

> «...habiendo sido trasladada a este pueblo la gobernación del Territorio, se hace necesario dar comienzo a algunos trabajos que la instalación del pueblo requiere, como la apertura de un canal de irrigación, construcción de edificios, etc. En consecuencia se servirá V. S. notificar a todos los vecinos de su jurisdicción se presenten al que suscribe a objeto de utilizar sus servicios en dichos trabajos, remitiendo además para el mismo objeto a todo individuo sospechoso, o de medios de vida no conocidos que se encuentren en el Departamento. Los servicios serán remunerados por la Gobernación y además se suministrará a cada ciudadano el racionamiento diario de los artículos necesarios para su mantenimiento» [40].

La entrada en vigencia en 1894 del Código Rural para los Territorios Nacionales, en reemplazo del ya mencionado de Buenos Aires, modificó significativamente el marco jurídico de las relaciones del trabajo, ya que estableció que:

> «Las autoridades locales no podrán dictar reglamentos sobre la vagancia, limitandose a la observación de las personas, que por falta de medios de vida, aparezcan sospechosas de infracción» [41].

[38] *Idem*, p. 182.

[39] E. MASES, *op. cit.*, p. 6.

[40] Archivo Histórico de la Provincia del Neuquén, Libro Copiador Nº 1, nota 180, 8-8-1887, en MASES, E., op. cit., p. 11.

[41] *Territorios Nacionales. Leyes y decretos para su administración y resoluciones varias aplicables en los mismos*, Buenos Aires, L. R. González y Cía., 1914. Código Rural para los Territorios Nacionales, p. 161.

El código no restringía el derecho de portar armas, aunque prohibía los juegos de azar y reprimía los escándalos públicos motivados por el consumo de alcohol [42]. Existía además una referencia a mecanismos similares al de la boleta de conchabo. Los arreadores de ganado debían matricularse ante autoridades municipales o de Juzgados de Paz, quienes los munirían de una boleta sellada y numerada de renovación anual, obligación de la que estaban excluídos los conductores de ganado por cuenta propia. El propietario del arreo debía dar fe de la buena conducta del arriero, y éste debía portar, además de su propia boleta y la del ganado que conducía, la de los peones a su cargo [43]. En el caso que estamos refiriendo, creemos que el control que se pretendía establecer a través de estos mecanismos tendía más a reprimir el abigeato que a disciplinar la mano de obra, máxime si consideramos que el castigo a los infractores no implicaba, como en la situación anterior, cargas militares o laborales. Afirmación que también tiene estrecha relación con la presencia de cierto bandidismo protagonizado en no pocos casos por individuos de origen chileno, que cometían sus actos delictivos en este lado de la Cordillera para luego realizar lo robado en las principales ciudades del vecino país [44].

En este marco, muchos campesinos de origen chileno podían mantener un patrón de subsistencia autónomo, en base a formas de economía semidoméstica ancladas en la posibilidad del acceso a la tierra, lo que les permitió, en ocasiones, mantenerse al margen del naciente mercado de trabajo capitalista. Un indicio significativo al respecto lo encontramos en la nota enviada por el Gobernador Rawson al Ministro de Justicia de la Nación en ocasión de construirse la Cárcel en Chos Malal:

> «...La comisión piensa que no debe contar con los elementos de personal existentes en la localidad, cuya población compuesta en su mayor parte de personas del bajo pueblo chileno no se adaptan a trabajos de esta índole, concretándose a esperar de brazos cruzados la estación de la cosecha para recoger el fruto de una o dos hectáreas de trigo que le sirve de sustento para todo el año y colma sus aspiraciones» [45].

[42] *Idem*, pp. 160-161.

[43] *Ibidem*, pp. 141-142.

[44] C. G. RAFART, *Crimen y Castigo en el Territorio Nacional de Neuquén, 1884-1920*. Revista «Estudios Sociales», Santa Fe, Primer Semestre 1994, Nº 6.

[45] Archivo Histórico de la Provincia de Neuquén, Libro Copiador de Gobernación Nº 22, 1895-1898, folio 270.

De que el discurso de Rawson esté teñido por el prejuicio étnico y de clase, y hasta su hipotética oposición a que la Cárcel fuera construída por sus posibles futuros ocupantes, creemos que es posible distinguir en el documento una cuota de verdad, que nos permite pensar en formas de subsistencia al margen de las relaciones salariales.

La presencia del trabajador chileno también fue significativa en la minería del oro, una actividad practicada en el oeste de Neuquén ya desde tiempos previos a su incorporación al Estado argentino [46]. Tras la llamada «Conquista del Desierto», tales tareas se reiniciaron, siendo una actividad:

> «...monopolizada también por chilenos. Los empresarios y peones vienen de la república vecina, como vienen los instrumentos, provisiones, etc. ...» [47].

La explotación del oro se llevó a cabo a través de dos formas fundamentales de organización del trabajo, la asalariada y la realizada de forma independiente. Por un lado se conformaron compañías que concentraron un número relativamente importante de peones, remunerados a través de una combinación de salario dinerario —sea en moneda argentina o chilena—, provisión de alimentos y práctica del «sisqueo» (aprovechamiento de los restos auríferos a través de un segundo lavado) [48]. Como ejemplo de la magnitud de una de las compañías más importantes dedicadas a la explotación aurífera, citaremos a Carbajal, quien afirma que en los lavaderos de Millá Michicó se desempeñaron entre 1892 y 1903, 311 peones, aparte de otros cien que sólo lo hicieron por unos días. Junto a los trabajos del lavado, se desarrollaban otras labores conexas, como la construcción y mantenimiento de canales, que requerían, según el mismo autor, entre 25 y 30 hombres [49]. Al igual que para el caso de los peones rurales, la contratación de mano de obra se realizaba ocasionalmente en Chile [50].

A partir de la segunda década del siglo observamos en el Territorio el declive de la actividad minera y el surgimiento de nuevos sectores produc-

[46] *Idem*, pp. 232-234.

[47] Ministerio del Interior. *Memoria del Departamento del Interior correspondiente a 1900*, Buenos Aires, Imprenta de «Tribuna», 1901, T. 1, p. 58.

[48] E. MASES, *Mercado de trabajo en Neuquén, (1884-1920)*, Neuquén, 1990, mecanografiado.

[49] L. CARBAJAL, *op. cit.*, pp. 239-240.

[50] «Partió para Chile el conocido minero señor Corydon P. Hall donde va a contratar peonada para reforzar los trabajos de explotación de los aluviones auríferos...», *Neuquén*, Chos Malal, año 1, Nº 7, 28 de febrero de 1894, p. 2.

tivos ligados a la participación estatal. Nos referimos a los inicios de la explotación petrolífera y a la ampliación de la infraestructura de riego, que en ambos casos presentaron una marcada necesidad de mano de obra tanto calificada como no especializada. Fueron los trabajadores chilenos los que engrosaron las filas de peones, jornaleros y obreros sin calificación tanto en la construcción de obras de infraestructura como en la explotación petrolífera. Para el caso de YPF, sobre un total de 552 legajos de personal analizados para el período 1918-1930, registramos la presencia de 132 empleados chilenos, de los cuales hay 125 peones en un total de 349 trabajadores sin calificación. En la construcción del Dique Neuquén, del total de 1.009 empleados que se desempeñaron entre los años 1910 y 1920, la presencia chilena alcanzó los 220 trabajadores, en su enorme mayoría de nula calificación, siendo superados en cantidad sólo por los italianos, en número de 224 [51].

La incorporación de los trabajadores de origen trasandino presentó las características propias de un proceso de transición entre una cultura campesina y los requerimientos disciplinarios del trabajo en empresas capitalistas. Al respecto resulta significativa la escasa duración en sus puestos y el alto grado de rotación de estos trabajadores (vease cuadro Nº 4). En los primeros años de la explotación petrolífera de Plaza Huincul, el abandono de tareas fue una preocupación constante de la dirección:

> «...me permito hacer observar al señor jefe la conveniencia de llamar peones en Buenos Aires por el motivo que los de estos parajes no duran, al momento hay otros dos más que desde ya comunicaron que al llegar el pagador se retiran del trabajo...» [52].

Si consideramos la nula presencia de chilenos entre los trabajadores a sueldo —técnicos, jefes, profesionales y administrativos— y su fuerte participación entre los jornaleros, podremos evaluar en todas sus consecuencias el cuadro señalado. La mayoría de los peones que rotaban fueron de origen argentino rural o chileno, de acuerdo a nuestro análisis del archivo de personal. En muchas ocasiones los peones renunciaban a sus tareas, o eran despedidos, para ser reincorporados cuando las necesidades de la producción así lo exigían, lo que explica, junto a la presencia del empleo estacional como complemento de la cría de ganado, la altísima movilidad de los jornaleros.

[51] C. SIMON, *El dique y los primeros años de la Biblioteca Popular y Museo Florentino Ameghino, (1920-1925)*, trabajo de seminario, Neuquén, 1988, mecanografiado, p. 3.

[52] Libro Copiador del yacimiento fiscal de Plaza Huincul, año 1919, folio 004, 8/1/1919.

El análisis de la permanencia del personal se dificulta por los múltiples egresos y reingresos que fueron habituales entre los peones. Aún así, y tomando como criterio considerar el primer ingreso y el último egreso como extremos para la medición, fueron mucho más habituales las permanencias que iban desde unos pocos meses hasta los tres años que aquellas que superaron ese período, que generalmente culminaban en el ascenso a la categoría de empleado. La dureza en las condiciones de vida y la imposibilidad de adaptarse a los ritmos de trabajo motivaban múltiples renuncias. Las esporádicas reducciones de personal y la imposición de una disciplina que penaba con la cesantía tanto a los actos que dificultaran la producción como a los que afectaran la moral que la petrolera pensaba imponer —penando desde la ebriedad a las peleas familiares—explican lo corta que se tornaba generalmente la permanencia de los jornaleros.

También tenemos testimonios de la combinación de las tareas de obrero del yacimiento con la cría de animales:

> «...en el día de ayer fueron entregados al obrero, chapa Nº 662, José Hornio Valdebenito, domiciliado en el Barrio Garabito de esta zona, diez y siete animales cabríos, que arreron al corral de esta Comisaría personal de la misma, por encontrarse en la vía pública...» [53].

La necesidad de regular las crecientes de los ríos Neuquén, Limay y Negro y de utilizar sus caudales para la irrigación de sus valles, a fin de ponerlos en producción, llevaron al Poder Ejecutivo nacional a desarrollar un proyecto de construcción de un sistema de riego, cuya obra principal fue la erección de un dique sobre el río Neuquén, a pocos kilómetros de su confluencia con el Limay, comenzada en 1910. Los trabajadores de esta obra eran mayoritariamente extranjeros, sobre todo chilenos, españoles e italianos, pero también eslavos, alemanes, árabes, franceses, ingleses, etc. En general los de origen europeo eran operarios calificados, estando a cargo de argentinos y chilenos los trabajos de peones y aprendices.

Muchos de ellos conservaron prácticas y formas de subsistencia ligadas a una economía de subsistencia.

La significativa presencia de trabajadores trasandinos se reflejaba en otras actividades, tales como el trazado de la línea férrea Neuquén-Zapala, el comercio, el transporte carrero e inclusive la administración estatal y policía. En cuanto a esta última, nuestros registros —incompletos— correspondientes a la primera década del siglo muestran, sobre un total de 158 gendarmes, la presencia de 70 chilenos, siendo el resto argentinos y en menor proporción europeos [54].

---

[53] Archivo de Personal de Y. P. F. Plaza Huincul, Legajo Personal Nº 102, folios 44 al 46.

[54] Archivo Histórico de la Provincia de Neuquén. Caja Nº II, Año 1902, folios 145-163.

Conclusiones

El proceso de conformación de un mercado de trabajo en el espacio neuquino tuvo en la participación de los trabajadores chilenos una de sus notas distintivas. Observamos una relación directa entre la apropiación privada de la tierra en el territorio —en particular bajo la forma de grandes estancias—, y la configuración de tal mercado de trabajo, al restringirse progresivamente a estos migrantes la posibilidad de acceso a la tierra. Sin embargo, este proceso no significará la extinción de formas precapitalistas de subsistencia, puesto que estos trabajadores continuarán inmersos en prácticas, relaciones y en un universo cultural predominantemente rural.

Esto determinará que aquellos que accedan al mercado de trabajo —fundamentalmente la actividad petrolera o la construcción de obras de infraestructura— lo harán en las escalas inferiores en cuanto a cualificación laboral y niveles salariales. La alta tasa de rotación registrada, esencialmente en la explotación petrolífera, señala las dificultades de integración de este sector de la fuerza laboral a relaciones, pautas y formas de organización del trabajo de caracter capitalista. Por otra parte, la presencia de una frontera con escasos controles y el mantenimiento de vínculos de diversos órdenes entre la población chilena de uno y otro lado de la Cordillera facilitará la permanente movilidad de la fuerza laboral de ese origen.

Al finalizar el período estudiado la participación de los trabajadores chilenos se verá cuantitativamente reducida, fenómeno atribuible al descenso de las migraciones provenientes del lado occidental de la Cordillera de los Andes y a un aumento de las migraciones internas y ultramarinas. Sin embargo los patrones de inserción en el mercado de trabajo del Territorio Nacional de Neuquén de contingentes trasandinos no se modificaron sustancialmente. Pese a las transformaciones operadas en ambos lados de la Cordillera, este proceso, aunque morigerado, persistirá en los siguientes cincuenta años sin interrupciones significativas.

CUADRO Nº 1

Composición de la población del Territorio del Neuquén según su origen, (en %)

ORIGEN	1895	1914	1920
Neuquinos	30.0	47.7	51.1
Otros argentinos	7.9	6.0	6.8
Chilenos	61.2	40.9	35.6
Europeos	0.8	4.5	5.2
Otros extranjeros	0.1	1.9	0.5

Fuente: G. CRISAFULLI y L. BERTANI, *La evolución de la población neuquina, 1895-1947*, Neuquén, 1991, mecanografiado.

CUADRO Nº 2

Distribución de población chilena en Patagonia y Cuyo porcentajes sobre el total del país. Censos 1895 y 1914

Distritos	1895		1914	
	Nº	%	Nº	%
Chubut	115	0.6	2.787	8.1
Santa Cruz	89	0.4	1.270	3.7
Tierra del Fuego	10	0.1	497	1.3
La Pampa	554	2.7	387	1.1
Neuquén	8.861	43.0	11.817	34.2
Río Negro	689	3.3	5.546	16.0
Mendoza	5.210	25.3	5.583	16.2
San Juan	1.500	7.3	1.420	4.1

Fuente: Elaboración propia en base Censos Nacionales de 1895 y 1914.

CUADRO Nº 3

Evolución de la población chilena en la Argentina: 1895 y 1914

Censo	Total	% sobre población total del país	% sobre población extranjera	% sobre población extranjera limítrofe
1895	20.594	0,6	5,2	26,3
1914	34.568	0,5	2,6	17,8

Fuente: C.F.I. *Algunos aspectos cuantitativos de la población extranjera originaria de países limítrofes*, Buenos Aires, 1973.

CUADRO Nº 4

Movimiento de personal en YPF Plaza Huincul, (1922-1930)

AÑO	INGRESOS			EGRESOS		
	A sueldo	A jornal	Total	A sueldo	A jornal	Total
1922	s/d	s/d	301	s/d	s/d	207
1923	12	91	103	11	167	178
1924	44	251	295	14	186	200
1925	27	225	251	21	186	207
1926	9	143	152	8	137	145
1927	17	160	177	14	140	154
1928	17	185	202	16	138	154
1929	21	163	184	5	111	116

Fuente: Elaboración propia en base a *Memoria Anual de la Dirección Gral. de Y.P.F.*, 1922 a 1929.

RESUMEN

Migración y fluctuaciones del mercado de trabajo: los trabajadores chilenos de Neuquén, 1884-1930

La migración de chilenos al área de Neuquén (Argentina) fue de naturaleza rural-rural, impulsada por un proceso de alta concentración de la propiedad rural en Chile con la consiguiente merma de oportunidades para los campesinos sin tierra. Como resultado de esta migración los chilenos superaban a los nativos en Neuquén en el censo de 1895, aunque la proporción descendió posteriormente debido a las migraciones internas y ultramarinas al área. Los trabajadores chilenos trabajaron de manera inestable en tareas de baja calificación en la extracción de oro, luego en la industria petrolera y en la construcción de obras de regadío. Su altísima movilidad territorial redujo sus posibilidades de integración.

SUMMARY

Migration and labor market fluctuations: chilean workers in Neuquén, 1884-1930

Migration from Chile to the Province of Neuquén (Argentina) was of rural-rural nature, triggered by concentration of land property in Chile and the ensuing lack of opportunities for local landless countrymen. Thus Chilean born population outnumbered native population in the 1895 census in Neuquén, though the proportion decreased later on account of internal and overseas migration to the area. These workers were hired seasonally for low skilled posts in gold mining and later in the oil industry and watering systems building on a highly mobile pattern which limited their possibilities of integration.

COLONIZACION VALDENSE - URUGUAYA EN ARGENTINA: COLONIA IRIS *

Roger GEYMONAT **

I) Los Valdenses

El término «valdense» encierra dos realidades que a menudo se confunden: una Iglesia y una región. Desde el punto de vista histórico, «valdense» refiere, en primer lugar, a una Iglesia, o más correctamente, a un «movimiento religioso» que nació en el Siglo XII en la francesa Lyon y con el tiempo se transformó en la comunidad cristiana no católica más antigua hoy existente. En segundo lugar, «valdense» designa un área geográfica concreta, a partir de la instalación del «movimiento» en ella: dos valles del Piamonte Occidental, en el triángulo fronterizo italo-suizo-francés (valles del Pellice y de Chisone-Germanasca), los «Valles Valdenses».

No profundizaremos aquí la historia de los valdenses, ya que trasciende el objeto de este artículo[1]. Digamos simplemente que, en líneas muy gene-

(*) Este artículo esta redactado sobre la base de una investigación sobre el valdismo rioplatense realizada por el autor bajo los auspicios de OBSUR, Montevideo, publicada bajo el título *«El Templo y la Escuela. Los Valdenses en el Uruguay»*, Ed. Cal y Canto, Montevideo, 1994.

(**) *Montevideo, Uruguay.*

[1] Para profundizar sobre la historia de los valdenses en general, puede consultarse, por ejemplo, Giorgio TOURN, *Los Valdenses*, 3 vols., Ed. de la Iglesia Valdense, Montevideo, 1983. Para una visión más exhaustiva, Giorgio BOUCHARD, *I Valdesi, una storia da rileggere*, Claudiana, Turín, 1971; Amadeo MOLNAR, *Historia del Valdismo Medieval*, Ed. La Aurora, Buenos Aires, 1983; Luigi SANTINI, *Il Valdismo ieri e oggi*, Claudiana, Turín, 1966; G. TOURN, G. BOUCHARD, G. SPINI, R. GEYMONAT, *You are my witnesses. The Waldensians across 800 years*, Claudiana, Turín-Nueva York, 1989; y fundamentalmente, A. MOLNAR, A. ARMAND-HUGON, V. VINAY, *Storia dei Valdesi*, 3 tomos, Claudiana, Turín, 1974-1980. La bibliografía sobre el proceso colonizador valdense en el Río de la Plata es relativamente abundante; para señalar algunos títulos, el ya clásico de

rales, podemos dividir esa historia en dos grandes momentos: el del «movimiento», que abarcaría desde el siglo XII hasta mediados del siglo XVI; y el de la «Iglesia», desde el Sínodo de Chanforán, en el que adhieren a la Reforma en su vertiente calvinista, hasta nuestros días.

El valdismo (o «valdeísmo», como prefieren llamar otros autores) es, entonces y antes que nada, un movimiento religioso, un movimiento que define sus principios religiosos en la acción y en el enfrentamiento —largo, constante, muchas veces terrible— con la Iglesia «oficial». Hasta Chanforán resulta difícil establecer una «teología» de este movimiento, pero sí identificar principios que lo oponen cada vez más radicalmente al catolicismo. En apretada síntesis: a) la insistencia en el centralismo de las Sagradas Escrituras, pero no como objeto de veneración sino de meditación; esto los lleva a insistir en la lectura directa por parte de cada creyente, y para que ello fuera posible, a traducir La Biblia a la lengua vulgar; b) la conciencia de ser una comunidad cristiana autónoma, diferente tanto doctrinal como organizativamente, de la Iglesia Católica; c) la creencia en que el destino eterno se juega en la tierra conforme se recorra el camino del bien o del mal, por lo que el Purgatorio, las intercesiones de santos, las indulgencias, debían ser combatidas como falsas; d) la posibilidad de la consagración del sacramento por cualquier creyente, lo que significaba la negación del «poder» sacerdotal; e) el rechazo del juramento, elemento profundamente subversivo en una sociedad que se basaba en él; y f), la negación del poder temporal de la Iglesia a través del «anti-constatinianismo»: la «donación de Constantino» al papa Silvestre comprometió a la Iglesia con el poder político, y la corrompió.

En los siglos XIV y XV la represión católica logró reducir este movimiento casi a la insignificancia, debiendo protegerse en los valles alpinos (luego llamados «Valles Valdenses»). La Reforma revitalizó, sobre nuevas bases, esta disidencia religiosa. En 1532, a través del Sínodo de Chanforán, los valdenses se transforman de «movimiento» en «Iglesia», adhiriendo a la Reforma calvinista. Discutir si los valdenses «perdieron» o «ganaron» con esa adhesión es perder la perspectiva; parece evidente que los delegados reunidos en Chanforán no tenían alternativas viables: o se unían a la Reforma, o desaparecían.

Por otra parte, si bien esta adhesión transformó profundamente la estructura organizativa del valdismo y también algunos de sus preceptos reli-

---

Ernesto TRON y Emilio GANZ, *Historia de las colonias valdenses sudamericanas en su Primer Centenario. 1858-1958*, Libería Morel, Colonia Valdense, 1958; Marcelo DALMAS, *Historia de los Valdenses en el Río de la Plata*, Ed. La Aurora, Buenos Aires, 1987; y Roger GEYMONAT, *El Templo y la Escuela. Los Valdenses en el Uruguay*, Ed. Calicanto-OBSUR, Montevideo, 1994. Existen abundantes artículos sobre el proceso colonizador en los «Boletines» de la Sociedad Sudamericana de Historia Valdense (BSSHV), que se publicaron entre 1936 y 1963, a razón de un número anual; puede consultarse una colección completa en el Archivo y Biblioteca Valdense de Colonia Valdense.

giosos al incorporar las tesis más importantes de la teología calvinista (la predestinación, por ejemplo), los valdenses cuidaron celosamente de no perder su identidad como iglesia. Las persecuciones de los siglos XVI y XVII —que casi los llevan nuevamente a la desaparición— marcaron a fuego esa identidad, al punto que logró sobrevivir hasta nuestros días. Es importante, entonces, que rescatemos esta peripecia en dos aspectos: la definición y defensa de una identidad, y el papel configurador que el «afuera» tuvo en esta peripecia.

II) Emigración y colonización en el Río de la Plata

En 1871 un colono resumía magistralmente las razones que obligaban a los valdenses a abandonar sus Valles: *«No es el amor por las aventuras ni la atracción de las ganancias la que nos impulsa a llevar nuestras familias allende el Océano, en un país lejano que no conocemos y de donde probablemente ninguno de nosotros habrá de volver jamás. No: son la miseria, el sufrimiento, el hambre las que nos echan...»* [2].

En efecto, una explosiva combinación entre crecimiento demográfico y crisis económica (especialmente en la década de 1850) planteará la emigración en términos de estricta supervivencia. La emigración individual y estacionaria —común en los Valles— no alcanzaba para resolver ese problema. A mediados de la década indicada, el fantasma del hambre planeaba sobre los Valles; así describía la situación el pastor Appia: *«...la miseria es espantosa...La miseria se está haciendo tan grande que la mayor parte de nuestra gente se halla al borde del abismo...En Roccapiatta se morirá de hambre como en Pradeltorno...Son cuatro vendimias que fracasan...»* [3].

Pese a ello, las autoridades eclesiásticas se estancaron en estériles discusiones sobre el destino a elegir para una emigración masiva. Oficialmente, la Iglesia no organizó ningún proyecto colonizador; la emigración se procesará de forma absolutamente espontánea, y en muchos casos, con la desaprobación (explícita o no) de la élite eclesiástica.

Los primeros valdenses llegados al Río de la Plata se radicaron en 1857 en la Florida, Uruguay, pero la cerrada oposición del cura del lugar (el jesuita Magesté) los obligó a buscar un lugar más tranquilo; será así que, con el apoyo del capellán de la Legación Británica en Montevideo, el Reverendo Pendleton, llegaron al Rosario Oriental. Desde allí, y luego de superar

---

[2] Cit. en T. PONS, *El problema de la emigración en los Valles hace 100 años*, BSSHV Nº 22, 1956, p. 21; también en E. PAVARIN, *Colonia Alejandra*, en «Mensajero Valdense», Nº 916, 1º/IX/957.

[3] G. APPIA, *Correspondance*, París, s/f., p. 194-195.

serias dificultades derivadas del traumático proceso de asentamiento, iniciaron —especialmente luego de la llegada del pastor Daniel Armand Ugón, en 1878— un original proceso expansivo, una «diáspora organizada» que los llevó a establecer colonias en el Departamento de Colonia (Cosmopolita, Riachuelo, Sauce, Minuano, Tarariras, Estanzuela, San Pedro, Ombúes de Lavalle, Miguelete), en el Departamento de Soriano (Paso Ramos, Cañada de Nieto, Concordia, Palmitas), en el de Paysandú (Arroyo Negro), en el de Río Negro (Nueva Valdense), en Rocha (Alférez), entre otras.

Paralelamente también se establecieron colonias en la República Argentina. Las colonias más antiguas, como San Carlos, fueron conformadas con elementos provenientes de Italia, pero otras, como Rosario-Tala o, fundamentalmente, Colonia Iris, se formaron mayoritariamente con colonos procedentes de Uruguay. Este último caso será nuestro objeto de estudio.

Los primeros cuarenta años (1860-1900) de colonización valdense en la República Argentina revisten características diferentes respecto al caso uruguayo. En primer lugar, la mayoría de las colonias establecidas durante este período no lo fueron con elementos exclusivamente valdenses, sino que incluyeron colonos de otras procedencias. En segundo término, carecieron de aquel «sistema organizado y jerárquico» que les permitiera llevar a cabo un plan racional y colectivo de colonización. Este hecho, donde jugó un papel fundamental la falta de un pastor estable durante todo el siglo XIX —exceptuando Colonia Belgrano—, sumado al fracaso estrepitoso de algunas colonias (Colonia Alejandra, por ejemplo) provocó un fenómeno de diseminación de colonos de una magnitud desconocida en el Uruguay, que afectará la vida futura de las comunidades valdenses argentinas. Por último, todas estas dificultades llevaron a que, por un lado, la consolidación de los núcleos demoró mucho más tiempo que en el caso uruguayo, y por otro, a que varios de esos grupos terminaron bajo la supervisión religiosa de otras denominaciones protestantes, como en el caso de Rosario-Tala o Venado Tuerto bajo la Iglesia Metodista.

Algunas de las colonias valdenses más importantes fundadas en estos años fueron las de San Carlos (1860), Alejandra (1872), Las Garzas Norte o «El Sombrerito» (1870-1895), Rosario-Tala (1876-1887), Belgrano (1882-1883), López (1886), San Gustavo (1891-1901), encontrándose familias también en Venado Tuerto, Calchaquí, San Javier, La Francia, etc., etc.

III) El «modelo» de colonización valdense

El proceso colonizador valdense en el Río de la Plata (especialmente en Uruguay) reviste, por un lado, aspectos originales respecto a otros grupos, y por otro, características similares en todos los procesos de fundación de nuevas colonias, a tal punto que creemos posible hablar de un «modelo».

La escasez de tierras en la primitiva colonia y la presión demográfica llevan a que algunas familias emigren hacia puntos relativamente cercanos de la colonia madre, en procura de mejor suerte y buscando tierras aptas para la agricultura. En primer lugar arriendan, pero luego, una vez constituído un núcleo importante, intentan en base a grandes sacrificios, hacerse propietarios. Las autoridades eclesiásticas, siempre preocupadas por los efectos negativos que desde el punto de vista religioso conlleva esta dispersión de colonos, procuran dirigir el proceso consolidando los grupos. La originalidad del proceso estriba en que esa tendencia expansiva no culminó, como en otros casos, en una gran diseminación y en la pérdida de los elementos culturales identificatorios. Por el contrario, bajo la dirección de la Iglesia, se fueron constituyendo colonias homogéneas, especie de «satélites» de la colonia madre, que rápidamente consolidan sus estructuras internas y repiten el proceso originario.

Como se ha afirmado, las colonias valdenses *«...al responder a un sistema organizado y jerárquico, pudieron planificar con mayor holgura el crecimiento vegetativo y la diáspora campesina, estableciendo una línea desde la original Colonia Valdense hasta las de Rincón del Sauce, Riachuelo y Ombúes de Lavalle»* [4]. Se trataba, en todos los casos, de dirigir el proceso, nuclear a los colonos en grupos homogéneos, y evitar a toda costa la diseminación. Este fenómeno será indefinidamente repetido, tanto en Uruguay como en la Argentina, hasta avanzado el siglo XX.

A medida que avanzan los años y conforme se van agotando o dificultando las posibilidades colonizadoras, la dirección se hace aún más centralizada; se crean comisiones de colonización cuya tarea es encontrar terrenos aptos y a buen precio, y recorrerlos para verificar las posibilidades. Una vez establecidas éstas, se hacen asambleas y se suscriben los colonos que quieren adquirir o arrendar campos en el nuevo destino, y la adquisición se enfrenta colectivamente, siempre con la intermediación de las autoridades eclesiásticas. Un pastor valdense resumía en 1940 las características generales de este tipo de colonización valdense en los siguientes términos: *«Las colonias valdenses del Uruguay ofrecen una característica interesante: si bien es cierto que siempre algún joven o alguna familia parte aislada en busca de mayores extensiones para desplegar sus actividades, es interesante notar en cambio de tiempo en tiempo verdaderos éxodos de familias que parten de una colonia hacia un nuevo campo, formando una nueva colonia; verdaderos «enjambres» humanos que hallan la «colmena» madre demasiado poblada y reducida y entonces parten a formar una nueva colmena. Este es el comienzo de la casi totalidad de nuestras actuales colonias e iglesias»* [5].

---

[4] S. RODRIGUEZ VILLAMIL y G. SAPRIZA, *La inmigración europea al Uruguay. Los italianos*, Ed. de la Banda Oriental, Montevideo, 1983, p. 113.

[5] Carlos NEGRIN, *Ombués de Lavalle en su primer cincuentenario. 1890-1º de agosto-1940*, El Siglo Ilustrado, 1940, p. 12.

Pero ya sea a través de una pequeña emigración que luego poco a poco se va consolidando, o a través de una colonización colectiva de un grupo importante, el objetivo buscado siempre es el mismo, y queda magistralmente definido por un colono de Villa Iris, Alejo Griot: *«Hay pues urgente necesidad de consolidar los grupos existentes e impedir, lo más que se pueda, que las familias se aparten de los núcleos empezados, para confundirse en medio de gentes de otras nacionalidades y credos, de acuerdo con el principio: la unión hace la fuerza»* [6].

Destaquemos, entonces, los rasgos esenciales de este «modelo» colonizador, y del colono valdense:

a) responde a un sistema «organizado y jerárquico», planificado, que procura impedir la diseminación y busca crear colonias «compactas y homogéneas»;

b) implica un enfrentamiento colectivo del proceso colonizador así como también de las tareas agrícolas;

c) destaca una acentuada tendencia «propietarista», rasgo quizás común con otros pueblos agricultores, pero que en el caso del valdense alcanza ribetes casi obsesivos;

d) el colono valdense se destacó por su apertura a la introducción de tecnología avanzada en la producción agrícola; este rasgo parece ser exclusivamente rioplatense, pues según un informe de 1906 *«...nella madre patria si dimostrano eccesivamente legati alle antiche abitudini e quasi refrattarii al progresso...»* [7].

IV) Valdenses uruguayos hacia Argentina: Colonia Iris

Los orígenes

Hacia fines del siglo XIX Uruguay manifestaba sus primeros síntomas de agotamiento como «país de inmigrantes». En efecto, y como han señalado, entre otros, César Aguiar y Juan Rial [8], las oleadas inmigratorias verificadas en el país con posterioridad a 1890 se insertaron en un país donde la emigración era ya una tendencia consolidada.

---

[6] Cit. en Lévy TRON, *Colonia Iris en sus primeros veinticinco años, 1901-1926*, Jacinto Aráuz, 1926, p. 39-40.

[7] Näif TOURN, *I Valdesi in America*, Unione Tipografico - Editrice, Turín, 1906, p. 83.

[8] Véase César AGUIAR, *Uruguay: país de emigración*, Ed. de la Banda Oriental, Montevideo, 1982; y Juan RIAL, *La población uruguaya y el crecimiento económico-social entre 1850-1930*, CIESU, Montevideo, 1980.

Este hecho nos marca, como decíamos, un pronto agotamiento de la capacidad del país para absorber población, provocado por la consolidación de particulares estructuras productivas, en especial, en el medio rural. Como ha analizado C. Aguiar, la «frontera» del país había sido rápidamente alcanzada y *«...se había configurado un sistema de tenencia de la tierra —o más bien, un orden social rural— que se caracterizaba, de por sí, por absorber poca población y que por añadidura, encontraba en el 'vaciamiento demográfico' de los campos el correlato que le permitía mantener su rentabilidad»* [9]. Las consolidadas estructuras ganaderas basadas en la explotación extensiva y en el latifundio eran netamente expulsoras de hombres; los inmigrantes que intentaban radicarse en el interior del país no escaparon a ese proceso, que se inició como una migración interna campo-ciudad para transformarse luego en emigración hacia los países vecinos.

Los valdenses, radicados en el Uruguay desde 1857 y protagonistas de una exitosa colonización agrícola, no permanecieron ajenos tampoco a este fenómeno. En efecto, si bien entre 1900 y 1930 lograron extender sus primitivas colonias e incluso fundar algunas nuevas, vieron cada vez más limitadas sus expectativas colonizadoras. La escasez de tierras y sus altos precios, sumados a la falta de una política oficial claramente definida en la materia, en fin, la permanencia del Uruguay ganadero por encima de cualquier retórica de cambio, fueron poniendo estrechos límites a la expansión agrícola.

La colonización valdense en el Uruguay inició, con el '900, una nueva fase de su historia. Esta etapa estuvo caracterizada por un fenómeno nuevo —e inesperado para los contemporáneos—, la emigración hacia la República Argentina, así como por la aparición de las primeras trabas estructurales a la expansión agrícola en el Uruguay.

En base a contactos establecidos entre Juan P. Rochón y una empresa colonizadora argentina, Stroeder y Cía. —conocida comúnmente como «Colonización Stroeder»— se formalizó a partir de 1901 una corriente emigratoria de valdenses uruguayos hacia la República Argentina. Su destino: fundar una colonia en el suroeste de la Provincia de Buenos Aires, en sus actuales límites con la de La Pampa.

La empresa había tomado a su cargo una extensa propiedad en la zona para colonizarla. A tales efectos fraccionó la misma en lotes de 100 hectáreas cada uno y realizó una intensa propaganda. En comunicación con los valdenses, Hugo Stroeder describía en estos términos las bondades del lugar: *«También le puedo asegurar que no será fácil encontrar otra colonia que reúna tantas ventajas como ofrece Iris. A una distancia de 120 km. del puerto de Bahía Blanca, cuya importancia y porvenir saltan a los ojos.. queda Iris en*

[9] César AGUIAR, *ob. cit.*, p. 16.

la zona del Sud, cuya buena calidad de tierra produce un trigo de mucho rinde y de un grano lleno y pesado con renombre universal...». Y agregaba: *«Agua potable hay a poca profundidad y a pesar de que en el campo de Iris no hay monte, lo que facilita mucho la tarea de arar, no falta sin embargo leña en los campos a poca distancia para postes, fuego, etc. Inundaciones no se conocen por la ondulación del campo, como tampoco las plagas del Norte, como la langosta...»* [10].

No sólo fueron los valdenses los que se asentaron en estos parajes: también lo hicieron judíos de países eslavos, beneficiarios de la *Jewish Colonization Association del Barón Hirsch*, y alemanes de las comunidades del Volga, que a partir de la segunda mitad del siglo pasado huyeron —al igual que los judíos— de las discriminatorias medidas del régimen zarista y del pan-eslavismo. No obstante, y siguiendo el modelo ya descripto, procuraron mantenerse como una colonia «compacta y homogénea». Esto no fue debido al azar sino a una manifiesta intención de los valdenses. Juan P. Rochón, en su relato de los primeros pasos de la colonización, expresa: *«Antes de retirarnos, el Sr. Daniel Dalmás y yo tuvimos una conversación con el Sr. Stroeder y le ratificamos la idea de formar una colonia homogénea, de nuestra gente, advirtiéndole que si vendía ese lote, le sería difícil encontrar otros de nuestros colonos...»* [11].

Las condiciones de adquisición de los terrenos fueron juzgadas como muy ventajosas para la época. Las pocas familias valdenses que disponían de capital adquirieron directamente uno o más lotes, a razón de $25 argentinos la hectárea. El resto, la inmensa mayoría, efectuó contratos de compra, a $25 la hectárea, pagaderos en un plazo de tres años con el 8 por ciento de interés anual. A esto se le agregaban otras facilidades concedidas por la Oficina de Inmigración del gobierno argentino, tales como pasajes gratuitos en ferrocarril para los inmigrantes y sus pertenencias. Vencido el plazo de tres años otorgado a la Colonización Stroeder por el propietario de los campos, éste se hizo cargo de la propiedad, pero contrariamente a lo sucedido en incontables oportunidades tanto en Argentina o en Uruguay, respetó estrictamente lo acordado por la empresa, cediendo los campos a los compradores. Estos, en 1905, satisfechas las deudas, entraron en posesión de las escrituras de propiedad definitivas.

De esta forma, entonces, en marzo de 1901 se establecieron en la futura Colonia Iris dieciocho familias provenientes del Uruguay, a las que en el correr del año se se sumarán otras diez, algunas procedentes de Entre Ríos: unas 150 personas fueron las fundadoras de Iris.

---

[10] Carta de Hugo Stroeder al pastor Daniel Armand Ugón, 20/III/1900; el original se encuentra en el «Archivo Daniel Armand Ugón», Biblioteca Valdense, Colonia Valdense.

[11] Cit. en D. BONJOUR DALMAS y otros, *Cincuentenario de Colonia Iris. 1901-1951*, Boletín de la Sociedad Sudamericana de Historia Valdense, Nº 17, 1951.

A partir de 1903-1904 se procesó una masiva emigración desde tierras uruguayas, de tal forma que en 1906 ya se encontraban establecidas ciento veintidós familias valdenses, diseminadas sobre un área de doce leguas de largo por cuatro o cinco de ancho [12].

«El alarmante movimiento inmigratorio»

Esta emigración valdense hacia la Argentina constituye, como ya dijimos, uno de los síntomas más claros de la importancia que tuvo en el Uruguay de fines del siglo XIX y comienzos del XX la emigración hacia los países limítrofes, y la confirmación del agotamiento de nuestro país como «país de inmigrantes». Destaca especialmente el hecho de que en el caso se trataba de agricultores organizados y asentados hacía más de medio siglo los que emigraban. Rial ha hecho estimaciones sobre la incidencia demográfica de la emigración hacia Argentina, concluyendo que mientras que en 1869 un 4.62 por ciento de la población uruguaya residía en el vecino país, en 1895 la cifra alcanzaba ya un 6.28 por ciento y en 1914 había crecido a un 7.07 por ciento [13].

En el caso de los valdenses, la magnitud del hecho generó la preocupación de las autoridades uruguayas y también de las dirigencias eclesiásticas. Las primeras no lograron hacer nada efectivo para detenerla, actuando nuevamente con la ambigüedad que caracterizó a las autoridades uruguayas respecto al proceso colonizador en general. Las segundas ofrecieron fórmulas al gobierno, procuraron encauzar nuevas colonizaciones en lugares más cercanos y, en último término, enfrentaron las dificultades que, fundamentalmente desde el punto de vista de la organización religiosa, le significaba el establecimiento de una colonia en la Pampa.

El 14 de marzo de 1901 el Director del Departamento de Agricultura, Modesto Cluzeau Mortet dirigió una urgente nota a Armand Ugón requiriéndole informes sobre el «alarmante movimiento inmigratorio», *«...haciéndome conocer también las causas que, a ser cierto lo denunciado, puedan haber dado mérito a la emigración de referencia, a fin de llevar tales hechos a conocimiento del Superior Gobierno, indicándole a la vez las medidas tendentes a reprimir en lo posible un tan sentido mal...»* [14].

---

[12] Levy TRON, *Colonia Iris en sus..., ob. cit.*, p. 75.

[13] Juan RIAL, *La población uruguaya y el..., ob. cit.*, CIESU, Montevideo, 1980.

[14] Carta de Modesto Cluzeau-Mortet al pastor Daniel Armand Ugón, 14/III/1901; el original se encuentra en los libros de Correspondencia de Daniel Armand Ugón, Archivo del Consistorio de Colonia Valdense.

El 20 de marzo, en una extensa carta, el pastor respondía indicando que el aumento de las familias y la falta de tierras de labranza a precios accesibles eran los principales factores de la emigración; además, señalaba la dificultad de los arrendatarios para conseguir contratos estables y a buen precio, así como «causas subsidiarias» tales como *«...la falta de garantías para las personas y bienes en la última revolución* [se refiere a la de 1897], *las malas cosechas, la dificultad de transportes, etc. ...»*. Advertía que la emigración asumiría *«...proporciones considerables si las familias que salen ahora encuentran terreno fértil en el paraje que han elegido...»*.

La solución, por lo tanto, era que el Estado *«...compre una vasta extensión de campo, donde no hayan subido mucho los precios, sobre una de las vías férreas o fluviales, la fraccione y la venda a plazos (...) a las familias que quieran arraigarse en el país, proporcionalmente al número de sus integrantes, evitando las especulaciones de cualquier género que puedan colarse en esta empresa...»*; agregaba que esta solución *«...no resultaba gravosa para el Estado, pues lo único que se pide es el adelanto de un capital o un préstamo reembolsable por anualidades...»* [15]. Pese a esta y otras misivas, dirigidas al Jefe Político de Colonia y al Ministro de Fomento, el problema quedó sin ninguna solución práctica, e incluso, como ya dijimos, se agravó a partir de 1903-1904, agregándose a los factores reseñados, la guerra civil como nueva causa de emigración.

En efecto, en casi todos los números de «La Unión Valdense» [16] de 1903 a 1906 se incluye al menos una referencia sobre familias que abandonan las colonias uruguayas con destino a Colonia Iris. Son múltiples, asimismo, los artículos que analizan esa situación, sus causas y los posibles remedios. Así, por ejemplo, B. A. Pons escribía en abril de 1905: *«Los que en ambas orillas del Plata hayan visto desfilar esa comitiva de padres de familia, de ancianos, de jóvenes, de niños y de tiernas criaturas, deben haber reflexionado, tanto más cuanto que no es este un caso aislado. ¿Será verdad que los agricultores, que son los habitantes más útiles y capaces de labrar la felicidad y la riqueza de una nación, ya emigran del Uruguay, país nuevo, fértil y aún despoblado? (...) Declaran que en la República Oriental ya no existía para ellos esperanza de llegar jamás a propietarios, y que seguir arrendando tierras ajenas a los precios que hoy se piden equivalía a optar por un estado definitivo de pobreza...»* [17].

[15] Carta de Daniel Armand Ugón a Modesto Cluzeau-Mortet, 20/III/1901; el original en ídem nota 14.

[16] El periódico *«La Unión Valdense»* se editó entre 1903 y 1917, incluyendo variadas noticias sobre la vida de las comunidades valdenses en el Río de la Plata.

[17] *«La Unión Valdense»*, Nº 29, Abril de 1905.

En otro artículo se expresaba: *«Hasta que el Uruguay no pueda brindar a los que las necesitan tierras en condiciones iguales o mejores [que en Argentina] habrá una corriente que se dirigirá hacia aquellas partes (...). Las sociedades para colonizar y los bancos agrícolas, que en otras partes dieron buenos resultados, son desconocidos aquí; las fábricas cooperativas son todavía el deseo de algunos pocos (...). ¿Cuándo se hablará un poco más de cuestiones agrícolas e industriales y un poco menos de política?»* [18]. En 1906, el editorialista del periódico valdense informaba que la emigración continuaba y que nada hacían las autoridades para ponerle freno, por lo que *«...parece ya un mal endémico»* [19], y en 1907 detallaba la situación de las colonias del San Salvador indicando que se había producido un notable incremento de la emigración hacia la Argentina debido al aumento en el precio de los arrendamientos rurales [20].

Pese a estas y otras declaraciones nada se hizo por parte de las autoridades uruguayas: la comunidad valdense enfrentaba ahora directamente las contradicciones y limitaciones del sistema productivo uruguayo. Fue en base a su propio esfuerzo y con un mínimo de apoyo oficial que procuró extender sus colonias agrícolas en tierras uruguayas.

La experiencia valdense en La Pampa

Entre tanto, Colonia Iris —denominación genérica bajo la que englobamos Villa Iris, El Triángulo, Jacinto Aráuz, Villa Alba, etc.— progresaba, pese a algunos tropiezos iniciales y también a veladas oposiciones desde dentro de la comunidad valdense.

Desde el punto de vista demográfico, el crecimiento de la colonia entre 1906 y 1926 fue verdaderamente espectacular. De aquellas 122 familias, en el primer «censo de valdenses del Río de la Plata» realizado en 1923, Colonia Iris mostraba 245 familias, con 1316 personas [21]; y tres años más tarde, ya eran 255 familias y 1.544 personas [22]. La importancia de estos datos

---

18 *«La Unión Valdense»*, Nº 31, Junio de 1905.

19 *«La Unión Valdense»*, Nº 41, Abril de 1906.

20 *«La Unión Valdense»*, Nº 55, Junio de 1907.

21 En 1923 se llevó a cabo un censo de la población valdense en el Río de la Plata (incluyendo datos también de valdenses en Paraguay y en Brasil); los datos se publicaron en *«Mensajero Valdense»* (periódico valdense que sustituyó a partir de 1921 a *«La Unión Valdense»*), Nº 120, de 1º/IV/1924 y Nº 121, de 15/IV/1924.

22 Según censo levantado por el pastor Lévy Tron en 1926, y recogido en *«Colonia Iris en sus primeros...»*, *ob. cit.* El resto de los datos sobre superficies cultivadas, maquinarias, etc., fueron tomados de la misma fuente.

destaca especialmente si los comparamos con el resto de las colonias valdenses del Río de la Plata: a 20 años de fundada, sólo la antigua Colonia Valdense superaba en número de habitantes a Iris. Por otra parte, destacaba el volumen de tierra que ocupaba la colonia: en 1926, más de 50.000 has. eran cultivadas por los colonos valdenses de la Pampa.

Iris fue, en muchos sentidos, la confirmación de la gran capacidad de adaptación de los colonos valdenses a las tareas agrícolas. Los valdenses, pueblo acostumbrado a labrar minúsculas parcelas en su tierra de origen, se había adaptado rápidamente a las características productivas uruguayas. En la Pampa emprendieron una tarea muy diferente: se enfrentaron al clima, al viento seco y constante, al polvo, a las largas y destructoras sequías, a las súbitas y no menos destructoras inundaciones (que se produjeron, y varias, pese a los informes de Stroeder). Siguiendo la tradición y viendo las posibilidades de estas nuevas tierras, al principio sembraron exclusivamente trigo. En 1903, cuando las familias no llegaban a la treintena, los trigos de El Triángulo superaban las 3.500 has.; en 1926, 27.198 has. estaban dedicadas a ese cultivo. La sequía arruinó en varias oportunidades las cosechas. Recogida la lección, los agricultores valdenses, siguiendo el ejemplo ya cumplido en tierras uruguayas, diversificaron la producción. Si bien el trigo siguió siendo el principal cultivo, se le agregó el maíz, la cebada, el lino, procurando evitar los riesgos y la dependencia que generaba el monocultivo.

Otra característica diferente, además del clima y la tierra, fue el tamaño de los predios a trabajar. Esto obligó a una rápida maquinización de las tareas agrícolas, a mucho mayor escala que en las colonias uruguayas. Así es que en el informe sobre los 25 años de la colonia se informaba sobre la existencia de 87 cosechadoras con motor, 114 sin motor, 14 tractores, 393 arados, 29 clasificadoras, 159 sembradoras, etc. . En base a esta necesidad, el cooperativismo, como forma de enfrentar colectivamente los altos costos que requería esa tecnificación, se desarrolló más tempranamente y con mayor vigor que en el caso uruguayo.

RESUMEN

Colonización valdense-uruguaya en Argentina: Colonia Iris

La emigración valdense al Río de la Plata comenzó en la segunda mitad del siglo XIX en Rosario, Uruguay, y se expandió luego hacia otras partes de Uruguay y hacia la Argentina siguiendo un modelo propio, basado en la organización jerárquica, los emprendimientos colectivos, la propiedad de la tierra y la utilización de tecnología avanzada. El ejemplo de los asentamientos de Colonia Iris, en La Pampa, muestra su inusual capacidad para adaptarse la las diferentes condiciones en que debieron desarrollar las actividades agrícolas.

SUMMARY

Uruguayan-Waldensian settlers in Argentina: Colonia Iris

Waldensian emigration to the River Plate began on the second half of the 19th century in Rosario (Uruguay), from where they expanded in Uruguay and Argentina on a pattern of their own: hierarchical organization, collective enterprise on a landowning basis and advanced technology. The example of the Colonia Iris settlement in the Argentine Pampas shows their uncommon ability of adjustment to changing agricultural conditions.

STUDI EMIGRAZIONE ETUDES MIGRATIONS

Revista trimestral con artículos históricos, demográficos, sociológicos y pastorales sobre migraciones
CENTRO STUDI EMIGRAZIONE - ROMA

VOLUME XXXII — Nº 118 — JUNE 1995

Table of Contents

Migration policies and models

C. KUPTSCH, R. ZEGERS DE BEIJL, International labour migration. Policy options for sending and receiving countries.
A. TARRIUS, "Circulation" movements and urban environments. Differences among migrant groups.

Policies reconsidered

J. O. BESTENE, Argentine behaviors towards Syrian and Lebanese immigrants.
I. MUSILLO, Refugees and myths: misguided emphasis on multiculturalism.

Economic performance of Italian migrants

J. L. MORENO, Migrants' remittances from Argentina and familial roles in southern Italy before 1930.
S. FICHERA, Entrepreneurship among Italo-Americans in San Francisco (1850-1940).

Documentation • Conference reports • Review essay

Book reviews and books received

CENTRO STUDI EMIGRAZIONE
Via Dandolo 58 - 00153 - Roma - Italy
Tel. (06) 5809.764 — Telefax. 5814651

LA EXPERIENCIA JAPONESA EN AMERICA LATINA

Nota del compilador Diego ARMUS *

Para quien llega desprevenido al aeropuerto de São Paulo, ciertas escenas pueden convertirse en un curso intensivo sobre un movimiento de población bastante peculiar en la América Latina de las ultimas décadas. Sus protagonistas son brasileños de origen japonés despidiendo a familiares o amigos devenidos en emigrantes lanzados a probar suerte en el lugar desde donde tiempo atrás emigró alguno de sus ancestros. El fenómeno condensa un abanico de procesos que ponen al descubierto, una vez más, toda la complejidad —social, económica y política— que marca a los movimientos de población.

Esta suerte de migración de retorno de descendientes de los inmigrantes, dista de ser una exclusividad de la experiencia japonesa en América Latina. Desde hace años hemos visto y seguimos viendo —en un fenómeno contemporáneo al japonés— a descendientes de italianos o españoles buscar afanosamente constancias legales que les permitan obtener ciertas ventajas comparativas al momento de insertarse en el mercado laboral europeo.

En el caso particular de los japoneses el fenómeno del retorno —no importa si es transitorio o definitivo— destaca las condiciones de incorporacion de una mano de obra migrante fisonómicamente «parecida» y, a la vez, culturalmente «diferente» que busca hacerse un lugar en una sociedad donde desde la cima del poder se ha definido una voluntad política destinada a evitar la masiva llegada de extranjeros carentes de sangre japonesa.

El fenómeno dekasegui del retorno, que no es exclusivamente brasileño, ya que también ha hecho impacto en las comunidades japonesas de la Argentina, Bolivia, Perú y Paraguay, se ha transformado desde hace tiempo en un tópico de investigación en círculos universitarios japoneses. Es en este contexto que historiadores, antropólogos, economistas y sociólogos han producido una masa de trabajos a los que difícilmente tiene acceso el lector latinoamericano interesado en la problemática migratoria.

(*) *Kean College.*

Por esta razón pareció oportuno reunir una serie de artículos sobre la experiencia japonesa en América Latina que de algún modo dieran cuenta no sólo de aspectos históricos de la constitución de las comunidades japonesas en varios países de la región, sino también del más reciente fenómeno dekasegui. Y pareció particularmente atractivo incluir trabajos escritos por investigadores japoneses. A su manera, estos trabajos revelan preocupaciones y estilos de trabajo no necesariamente coincidentes con los que circulan en América Latina. Más allá de estas diferencias, es evidente una preocupación compartida sobre cómo dar sentido a los problemas centrales de la experiencia migratoria, desde el examen de las condiciones de expulsión o atracción de migrantes a la construcción de las redes sociales que aceitan el proceso migratorio, la gestación y consolidación de comunidades étnicas, las decisiones individuales que barajan costos y beneficios derivados de la migración, las políticas migratorias japonesas en materia de mano de obra barata, temporaria y culturalmente aceptable y su viabilidad en una economía crecientemente globalizada y con renovadas ofertas de mano de obra procedente de países asiáticos vecinos.

Con esta selección la intención ha sido, en definitiva, facilitar el diálogo académico entre dos áreas muy distantes, en todo sentido, pero con crecientes posibilidades de intercambio y mutuo enriquecimiento.

MEXICO Y LOS EMIGRANTES JAPONESES

Toshio YANAGUIDA *
Taeko AKAGUI *

1. Primeros contactos

En 1874, México envió un equipo científico, para observación del eclipse solar, formado por cinco personas, al frente del cual se hallaba Francisco Díaz de Covarrubias. Desembarcando en Yokohama, decidieron instalar allí su puesto de observación. El gobierno japonés no escatimó esfuerzos en colaborar con el equipo científico, ofreciendo dos bases en Yokohama; también puso a disposición del equipo cinco jóvenes japoneses para intérpretes. Después de volver a su país, aparte de informar sobre el fenómeno meteorológico observado, Covarrubias escribió acerca de la diferencia que, a su modo de ver, existía entre los japoneses y los chinos; también opinaba que debía darse prioridad a la aceptación de emigrantes japoneses antes que a los chinos [1].

Al igual que ocurrió en otros países de América al abolirse la esclavitud, en México también se produjo falta de mano de obra. La política de línea liberal desembocó en la toma de poder por parte del general Porfirio Díaz en 1876, quien mantuvo su línea de gobierno a lo largo de un dilatado período; concretamente hasta 1910. Fue precisamente en este período cuando México alcanzó el nivel más alto de desarrollo económico basado principalmente en la construcción de las líneas de ferrocarriles y en la explotación de las minas. Por todo ello, las circunstancias hicieron que en México se considerara con interés la posibilidad de incorporar excedentes de población

(*) *Keio University, Tokyo, Japón.*

[1] F. D. COVARRUBIAS, *Viaje de la Comisión Astronómica Mexicana al Japón*, Tokyo, Yushodo, 1983, (Edición japonesa).

procedente de Asia para su utilización como mano de obra. México comenzó a mostrar deseos de acercamiento a Japón al solicitar la participación japonesa en la Exposición Universal en México de 1880. Sin embargo, el gobierno japonés declinó la invitación basándose en que no se habían concluido aún los trámites legales del tratado de cooperación entre ambos países.

Nada más comenzar el año 1880, el gobierno japonés empezó a mostrar una actitud positiva en las negociaciones del tratado «imparcial» entre ambos países. La firma tuvo lugar oficialmente en Washington el 30 de noviembre de 1888. A lo que aspiraba Japón realmente mediante este tratado era a ejercer en el futuro cierta presión de cara a la tan deseada reforma de los tratados desiguales firmados anteriormente con potencias como EE.UU. e Inglaterra. Con el tratado firmado con México se perseguía el objetivo de alcanzar el trato de nación favorecida en el futuro, respecto a las potencias occidentales. Se ofrecían también a México unos privilegios que, en realidad, apenas tendría posibilidad de disfrutar. Pero, para Japón, resultaba un arma útil para esgrimir ante los países occidentales con los que había firmado previamente aquellos tratados considerados desiguales y humillantes. Así, Japón vio coronado por el éxito su propósito de establecer relaciones en términos de reciprocidad con un país no asiático, mientras que México pudo abrir el camino para la llegada de mano de obra japonesa [2]. Al año siguiente se entregó la solicitud de llamado de emigrantes japoneses por parte de la empresa mexicana de inmigración para la introducción en México de 60 familias japonesas con destino a Baja California. En relación a las condiciones de emigración, el cónsul Kawakita en San Francisco, manifestó oficialmente al gobierno japonés su disconformidad por varias razones. El gobierno japonés declinó la oferta recibida y justificó su negativa en base a no existir aun un consulado de Japón en México [3].

Mientras que el gobierno japonés mantenía una postura negativa acerca de la emigración a México aumentaba rápidamente el número de emigrantes a Hawai, y en 1893, unos ciento treinta y cinco japoneses en Hawai pasaron a Guatemala por contrato de trabajo y algunos de ellos entraron en México [4].

Paralelamente, en los niveles políticos y económicos japoneses, se perfilaban ya entonces dos movimientos de importancia; por un lado, las aspiraciones por expandir el imperio más allá de sus fronteras; por otro, los intereses económicos de los nuevos pequeños capitalistas, que tenían puestas sus miras

[2] GAIMUSHO, ed., *Nihon Gaiko Bunsho*, Tokyo, 1949, vol. 21, pp. 113-140.

[3] GAIMUSHO, ed., *Nihon Gaiko Bunsho*, Tokyo, 1951, vol. 22, pp. 547-550.

[4] GAIMUSHO GAIKO SHIRYOKAN, Tokyo (Archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores de Japón), Codice.3-8-2-37. M. ARAKAWA, *Bokukoku Iminchi Chosa Hokoku*, en GAIMUSHO, ed., "Imin Chosa Hokoku", Tokyo, 1908, vol. 1, pp. 13-15.

en las clases bajas y medias para realizar sus negocios. Se podría afimar, no obstante, que tanto las aspiraciones de los políticos como los intereses representados por los pequeños capitalistas, no encajaban con la idea de aquellos sectores de la población que deseaban emigrar y hallar en el extranjero unas condiciones laborales y económicas más favorables.

2. *La emigración Enomoto y Nichi Boku Kyodo Kaisha*

Enomoto Takeaki, uno de los expansionistas más destacados en Japón entonces, intentó estimular el movimiento emigratorio a México con el fin de fundar una colonia japonesa. Con este objetivo fundó la *Shokumin Kyokai* y en 1897, envió 34 emigrantes a México: 28 contratados y 6 de libre contratación. La emigración Enomoto aspiraba a establecer una colonia basada en el cafeto, eligiendo como zona la localidad de Escuintla, en el Estado de Chiapas. Sin embargo, faltaron estudios de prospección adecuada y se procedió al envío de emigrantes de forma un tanto precipitada, sin haber tenido ocasión de preparar los fondos necesarios para la instalación y explotación de las plantaciones de café. Kusakado Toraji, que acompañó al grupo de emigrantes como director, no tardó en emprender la vuelta a Japón, justo medio año después de la llegada. Incluso el promotor Enomoto decidió retirarse del proyecto en el mes de diciembre. En 1900, tres años después de iniciado el proyecto, la colonia de emigrantes Enomoto desapareció [5].

Hubo 34 personas (la mayor parte habían venido a México como emigrantes Enomoto, pero por sus propios fondos) que decidieron permanecer en el terreno que antes había pertenecido a la colonización Enomoto y sus alrededores. En 1901, Terui Ryojiro y varios japoneses más formaron una cooperativa, desarrollándola hasta formar una empresa *Nichi Boku Kyodo Kaisha*, La Compañía Japonesa-Mexicana, Sociedad Cooperativa. Sin embargo, era imposible mantener esos cultivos de café o caucho sin disponer de un gran capital, por lo cual se decidió hecerse primero con un capital por medio de actividades comerciales. Así empezaron a producirse bebidas alcohólicas, gracias al cultivo de batatas, empleando mano de obra mexicana en las pocas fincas adquiridas. Al mismo tiempo, se dedicaban a regentear tiendas de enseres domésticos y comestibles y farmacia. Esta compañía expandió el círculo de sus actividades, roturación de una zona; esto provocó gran conflicto con la gente del pueblo. Entre tanto, Kohashi y Kishimoto, quienes habían venido procedentes de América del Norte en 1898, empezaron a regular establecimientos parecidos, llegando a ser tan poderosos en Escuintla hasta el punto de rivalizar con la Compañía Japonesa-Mexicana.

---

5 Y. TSUNOYAMA, *Enomoto Takeaki to México Shokumin Iju*, Tokyo, Dobunkan, 1986.

También había otros japoneses que administraban pequeñas fincas o llevaban tiendas. Sin embargo, el volumen de negocio de esos establecimientos era relativamente reducido.

A partir de entonces, la emigración a esa zona iba a ser impulsada por el «yobiyose»: reclamo o llamada a otros japoneses, que habrán prosperado, y solicitaban la venida de compatriotas desde Japón o desde otros puntos de América. Por ejemplo, Terui hizo trasladar un grupo de 16 japoneses que habían sido enviados previamente desde Hawai a Guatemala. También aceptaba a japoneses que había abandonado Perú, aunque el número de estos no era elevado. De modo que los japoneses que se quedaron en Escuintla destacaban por su aspiración a residir permanentemente y a identificarse como líderes de los japoneses residentes en México. Y este hecho no puede contemplarse fuera del contexto en el que esos japoneses se habían educado en Japón, ya que la mayoría de ellos tanían un alto nivel de educación. Además, pensaban que iba a ser muy difícil transmitir la educación de la lengua y de la cultura en la familia, ya que la mayor parte de los japoneses se habían casado con mexicanas. Por esto era muy necesaria la educación en una escuela japonesa. El colegio se fundó en 1906. Se impartían clases de español aparte el programa de estudios normal preceptivo en las escuelas japonesas. El idioma japonés se enseñaba con letras latinas y no con *Kanji* (ideogramas chinos) porque no compensaba el tiempo que se perdía estudiando en relación al resultado obtenido. Y ellos mismos habitualmente escribían cartas en japonés con letras latinas [6].

3. Los emigrantes contratados

3.1. Kumamoto Imin Kaisha

Después de la desaparición del grupo de colonización Enomoto y del fracaso de la primera emigración a Perú, el gobierno japonés adoptó una actitud aún más prudente si cabe. Sin embargo, mientras México seguía insistiendo en sus demandas de emigrantes japoneses, en Japón la situación interna provocaba la crisis y desintegración de la clase agraria. Entonces, quienes se erigieron como puente en la coordinación de esas dos demandas, pasando a ocupar el vacío dejado por Enomoto, fueron *Imin Kaisha*, las Agencias de Emigración. Estas compañías eran las que estaban cosechando más éxito en la actividad emigratoria hacia Hawai. Además, continuamente insistían al gobierno japonés reclamando emigrantes contratados, mientras

[6] M. ARAKAWA, *Ibid.*, pp. 12-16. K. ARAI, *Bokukoku Chiapas-shu Soconuaco-gun Nihonjin Jotai Shisatsu Hokoku*, en GAIMUSHO ed., "Imin Chosa Hokoku", Tokyo, 1913, vol. 12.

que negociaban la cuestión laboral de los que emigraran, consiguiendo contratos con las compañías de ferrocarriles o con las minas.

Cuando Sato Aimaro, segundo ministro de la legación Japonesa, llegó a México a fines de 1900, recibió la visita de Hashimoto Daigoro, el intermediario de trabajadores en Salt Lake City, EE.UU., para informarle que había concluido un contrato con el gerente de *The Mexican Coal & Coke Co.*, propietaria de la mina Las Esperanzas en el estado de Coahuila, a fin de gestionar el contrato de 200 trabajadores japoneses. A primeros de febrero de 1901, 15 mineros japoneses precedentes de EE.UU., se trasladaron a México, incorporándose a trabajar en la mina Las Esperanzas. Hashimoto informa que había cerrado contratos definitivos por los que se comprometían a introducir 200 japoneses con la misma compañía, y con la Compañía Internacional Railway para la mina Porfirio Díaz. Previamente había viajado a Japón para solicitar autorización al Ministerio de Relaciones Exteriores. El ministro Sone Arasuke temía que la actividad emigratoria a México pudiera enturbiar sus relaciones con los EE.UU. y pidió informes al cónsul Ueno Kisaburo en San Francisco sobre si la emigración a México podría dar pretexto a EE.UU. para boicotear a los japoneses cuando éstos llegaran a México en el ferrocarril de EE.UU. El mismo cónsul respondió que «no hay motivos de preocupación». También ordenó se cursara una investigación para calibrar exactamente la acogida real que tendrían los japoneses. El gobierno japonés, aunque la vida era más barata en México que en EE.UU., y no existía el movimiento antijaponés de la intensidad que en Norteamérica, consideró cuidosamente la posibilidad de emigración a México. Finalmente, se decidió que dicho proyecto quedara postergado hasta que no se tuviera una conclusión afirmativa acerca de si era factible la emigración sistemática y masiva a México. También se recomendó la emigración en forma restringida durante un período de prueba. Por consiguiente, el gobierno y la agencia *Kumamoto* se pusieron finalmente de acuerdo para dar autorización oficial a la emigración en período de prueba de unos cien japoneses. En noviembre de 1901, salieron para las minas de Coahuilas, Las Esperanzas y Fuente, los 82 emigrantes con condición de diez horas de trabajo al día, y un salario de 55-60 centavos por cada tonelada de carbón extraído. Mientras, la *Kumamoto* recibiría 20 yenes por persona como comisión. Y los gastos corrían de su cuenta, aparte un préstamo concedido a los emigrantes para los gastos de viaje que ascendía a 70 dólares [7].

El 17 de diciembre de 1901, los 47 emigrantes se incorporaron a Las Esperanzas y los 34 a Fuente y en enero de 1902, los de Las Esperanzas acusaron a la mina de incumplimiento de contrato. En marzo, los emigrantes de Fuente se pusieron en huelga y algunos huyeron de la mina. En mayo sólo

[7] GAIMUSHO, ed., *Nihon Gaiko Bunsho*, Tokyo, 1956, vol. 34, pp. 920-947.

quedaban 13 en Las Esperanzas y 22 en Fuente. En abril de 1903, eran ya sólo 9 los que quedaban en la mina del primer destino [8].

No obstante, en diciembre de 1903 llegaron otros 40 emigrantes enviados por la *Kumamoto* con destino a Las Esperanzas y su llegada causó gran confusión porque algunos se pusieron en huelga y otros empezaron a trabajar. Al no ser aceptadas las reivindicaciones, resolvieron huir en grupo, pero este plan fracasó, ya que fueron descubiertos y devueltos a la mina, pero, aun así se negaron a trabajar. En este caso, los emigrantes, después de remitir «la súplica» al Consulado, se marcharon en grupo con sus enseres. En realidad, no trabajaron sino unos 10 días como máximo descontando los festivos. Cuando la Agencia de Emigración y *The Mexican Coal & Coke Co.*, liberaron a los detenidos que se habían negado a trabajar, éstos partieron con destino a la región de la ciudad de Eagle Pass, EE.UU. Por lo tanto, es muy posible que ya tuvieran planeado desde el principio introducirse en los EE.UU [9].

3.2. Toyo Imin Kaisha

La *Toyo Imin Kaisha* retomó la actividad emprendida por la agencia *Kumamoto* en la gestión y envío de emigrantes a México. La *Toyo* informó al gobierno japonés que solamente se encargaría de tramitar contratos con aquellas fincas y empresas de minas o ferrocarriles que se hallaran en la zona junto al istmo de Tehuantepec, donde había pocas posibilidades de introducirse clandestinamente en los EE.UU. Se pretendía que ese tipo de emigración tuviera por objetivo conseguir que el emigrante, al finalizar su contrato, estuviera en condiciones de independizarse económicamente y establecerse en la tierra que adquiriesen, dedicándose a la agricultura. La compañía se comprometía a pagar un sueldo de 25 dólares mexicanos. El gobierno aceptó la proposición porque este sueldo era relativamente más alto que el ofrecido a los emigrantes con destino a Perú [10].

Un total de 546 emigrantes consiguieron autorización oficial para las minas de cobre. De ellos, 507 salieron de Kobe en el *Akebono Maru*. Sin embargo, los emigrantes pronto se pusieron en huelga y luego volvieron al barco, que aún estaba anclado en el puerto, al no serles aceptadas sus reivindicaciones, pedidas a la agencia, de cambiar a otro lugar de trabajo, ya

[8] GAIMUSHO, ed., *Nihon Gaiko Bunsho*, Tokyo, 1957, vol. 35, pp. 782-812.

[9] GAIMUSHO, ed., *Nihon Gaiko Bunsho*, Tokyo, 1958, vol. 37-2, pp. 379-387.

[10] *Ibid.*, vol. 35, pp. 812-818. GAIMUSHO, ed., *Nihon Gaiko Bunsho*, Tokyo, 1957, vol. 36-2, pp. 533-542.

que el lugar citado era totalmente diferente de lo que se había prometido y decidieron regresar a su país. El barco volvió a Yokohama con los 450 emigrantes. El 14 de noviembre, Hasatani Yoshioki, director de los emigrantes en la mina de cobre, visitó al Consulado para informar que el resto de los emigrantes había huido y la mitad de ellos se dirigieron hacia los EE.UU. Con todo esto, la *Toyo* tras recibir la solicitud de 300 emigrantes contratados por *The Mexican Coal & Coke Co.*, en abril de 1904, los convocó en Okinawa, y envió a 202 emigrantes. Pero al parecer, la situación no había cambiado, porque se informó que los emigrantes que fueron a México desde Okinawa también se negaron a trabajar apenas llegados y enseguida planearon escaparse. Mientras, en Okinawa aparecían artículos en los periódicos haciéndose eco de los rumores sobre las condiciones tan desfavorables que los emigrantes debían soportar, muriendo algunos por los malos tratos [11].

3.3. Tairiku Shokumin Kaisha

Aunque la compañía *Tairiku Shokumin Kaisha* reclutó un número elevado de emigrantes, su participación en la actividad emigratoria se produjo con retraso, en comparación con las agencias *Toyo* y *Kumamoto*. Poco a poco llegó a ser la primera compañía en la gestión y transporte de emigrantes a México. A ello, contribuyó mucho su estrategia en las negociaciones. Ya desde un principio, ejercía una política comercial agresiva que ninguna otra agencia había practicado hasta entonces. En un principio fue amonestada por el gobierno por haber cometido alguna infracción de la Ley de Protección a los Emigrantes, obligándosele a retirar un artículo en unos periódicos locales en los que se convocaba a posibles emigrantes, aún antes de conseguir autorización oficial para la gestión de la emigración con destino a México [12].

La compañía *Tairiku* llegó a un acuerdo con el Agente Americano residente en México firmando un contrato de traslado para 185 emigrantes, con destino a fincas pertenecientes a los capitalistas americanos del sector sur de Veracruz, Oaxaca y Chiapas. Los emigrantes llegaron en tres remesas: la primera remesa salió el día 7-11-1904. La segunda el 14-12-1904 y la tercera el 16-1-1905. Llegaron 161 en la primera; 92 en la segunda; y 118 en la tercera, 371 personas en total. Cuando pasaban por San Francisco rumbo

[11] *Ibid.*, vol. 37-2, pp. 387-409.

[12] GAIMUSHO GAIKO SHIRYOKAN, Codice 3-8-2-204, vol. 1, El Ministro de Relaciones Exteriores advertió a cada gobernador de las provincias, que la *Tairiku* tenía tendencia a hacer contratados de emigración a México, prometiendo en secreto a los emigrantes ayudarles en su posterior traslado a EE.UU.

a México, se produjo una revuelta provocada por algunos que pretendían desembarcar. Llegados a Acapulco y Salina Cruz muchos huyeron. Incluso los que se incorporaron a las fincas designadas, trataban de conseguir que el resto dejara de trabajar y se enfrentara a los dueños. Por consiguiente, la propia compañía *Tairiku* se vio obligada a intervenir con el primer grupo de emigrantes, el 21 de enero. Los 79 del cuarto grupo de emigrantes de la *Tairiku*, con llegada el 2 de diciembre de 1905, se establecieron en la finca de Buena Vista. Pero fueron despedidos el 20 de enero por el dueño, debido a las disensiones que surgieron. Sin embargo, el gerente de Oaxaquena, que había sido el gerente de Hawai y poseía experiencia en tratar a los japoneses, propuso encargarse de ellos. Esta hacienda de cultivo era propiedad de *Tabasco Land & Development Company* y, el 19 de mayo de 1906, entre el general manager, Geo E. Davis y la *Tairiku*, firmaron un contrato para reclutar mil hombres y cien mujeres. Después la *Tairiku* llevó a cabo la firma de varios contratos. Mediante uno de éstos, se enviaron 1.992 emigrantes a Tuxpon como obreros de ferrocarril para trabajar en una zona a 68 kilómetros, entre Colima y Tuxpon. Las condiciones de clima, residencia e higiene eran pésimas. Según una investigación de 1908, sólo 121 personas vivían repartidas en tres campamentos. Es de destacar que de 150 personas, murieron más de diez personas en Jara, lugar ya famoso por su insalubridad. Debido a las malas condiciones, aproximadamente el 95 por ciento de los allí emigrados fueron abandonando el lugar. De este modo, la mayoría de los japoneses enviados como emigrantes, acabaron por huir del lugar de trabajo asignado. La *Tairiku*, en cualquier caso, cobraba comisiones a los emigrantes y, para incrementar ingresos, enviaba cada vez más obreros. Parece que la mayoría de los japoneses que huyeron del lugar asignado tenían como objetivo final introducirse ilegalmente en EE.UU. Por lo tanto, se dirigían en un principio hacia las minas del estado de Sonora, y a las de *Black Mountain Mining Co*; otros huían a ciudades como Guadalajara o Chihuahua. Entre los que se establecieron en zona urbanas, algunos acabaron viviendo miserablemente. Alrededor de 1908 había en Guadalajara más de 200 japoneses. La mitad de ellos se dedicaban a realizar trabajos a domicilio o jardineros, etc., y la otra mitad vivían pobremente, con lo puesto y al día. En la misma época, residían en la ciudad de Chihuahua más o menos 150 japoneses, pero la mayoría de ellos eran pobres que vivían del dinero enviado por parientes desde EE.UU. Estos eran los más interesados en aprovechar cualquier ocasión para introducirse ilegalmente en los EE.UU.

Es interesante que en estas ciudades ya había japoneses establecidos, que ofrecían trabajos para sus compatriotas que se habían trasladado a las ciudades. Por ejemplo, Minamikata, que tenía una tienda de artesanía de bambú en Guadalajara, envió a las 60 personas a la mina cercana. Otro que se llamaba Mayuzumi que, trabajaba en una compañía de ferrocarriles y amasó una fortuna, luego envió a más de 300 japoneses para trabajar en las compañías de ferrocarriles y en las minas como una agencia de empleo.

En la tierra de cultivo de Oaxaquena en el Estado de Veracruz se incorporaron total 1539 personas por la *Tairiku* en 1906 y 1907. En el año 1908, aquellos que se quedaron allí eran 1.000 aproximadamente. Esto indicaba que esta tierra era relativamente más estable. El cónsul Arakawa Minoji, tras realizar una inspección en las tierras de Oaxaquena, comentó que ésta era la región con mejor futuro, recomendando enviar a grupos de familias que tuvieran propósito de instalarse definitivamente. A pesar de opinión tan favorable, se produjo un incidente que alcanzó proporciones tales como para ser necesaria la intervención de más de 200 soldados para solucionar un incidente por los nuevos emigrantes japoneses que habían arribado al puerto en diciembre de 1906. El conflicto se extendió a los municipios vecinos llegando a representar un problema en las relaciones exteriores entre los dos países [13].

3.4. El aumento de emigración y suspensión de envío de los emigrantes contratados

Los emigrantes contratados por las agencias acabaron en muchos casos en la miseria y se hizo patente que, tal como en un principio temía el gobierno japonés, hubo un gran número de fugitivos entre los emigrantes llevados a México. Aunque una temporada se reveló un descenso en el número de emigrantes debido a la influencia de la Guerra con Rusia, en la postguerra, creció con rapidez. La mayoría de ellos se mandaron a través de las agencias, sobre todo la *Tairiku*, y no cabe duda que daba más importancia a la cantidad que a otra condición porque, lógicamente, el número de emigrantes enviados estaba en relación directa con su ganancia. Por lo tanto, las compañías hicieron grandes esfuerzos con cualquier pretexto para aumentar el número de emigrantes. Por esa razón, las compañías solicitaban reclutar un 25 por ciento más como reserva. Y el gobierno lo aceptó [14]. La *Tairiku* obtuvo permiso del gobierno para reclutar 99 emigrantes de reserva sobre los 485 de cuota que les correspondía [15]. Los propios emigrantes facilitaban a veces esa situación, ya que muchos japoneses aspiraban a emigrar a Norteamérica, donde los sueldos eran mejores. La emigración a México se consideraba un primer paso, un medio para conseguir ese objetivo final de emigrar a Estados

[13] M. ARAKAWA, *Bokukoku Oaxaquena Kochi Honpo Imin Sodo ni kansuru Ken*, y *Oaxaquena Kochi Shinrai Imin Sodo Tenmatsu Sho*, en GAIMUSHO GAIKO SHIRYOKAN, Codice.3-8-2-204, vols. 1, 2.

[14] GAIMUSHO, ed., *Nihon Gaiko Bunsho*, Tokyo, 1961, vol. 40-2, pp. 744-745.

[15] GAIMUSHO GAIKO SHIRYOKAN, *Ibid.*, vol. 1.

Unidos. Los consulados en uno y otro país trataban de tramitar los permisos con la mejor voluntad, mientras que el Ministerio de Relaciones Exteriores de Japón vigilaba atentemente todos los pormenores de los contratos firmados con los emigrantes. Así se trataba de evitar tanto los reclutamientos irresponsables como los abusos y, al mismo tiempo, a diferencia de la época anterior, ese control no era reflejo de una actitud negativa: más bien era preocupación por la actitud antijaponesa en los EE.UU.

El 30 de junio de 1907, el cónsul Morikawa, residente en Vancouver envió un telegrama al Ministro de Relaciones Exteriores de Japón para comunicarle que unos 50 ó 60 emigrantes, con destino a México, enviados por la *Kumamoto*, habían desembarcado en Vancouver. Por lo tanto, los emigrantes debían haber tenido intención de emigrar a Canadá o bien trataban de entrar en EE.UU. a través de Canadá. El cónsul pedía se ejerciera un severo control, a fin de que ningún emigrante con destino a México volviera a desembarcar en Vancouver. También mostraba su repulsa por la actuación de la agencia *Kumamoto*, exigiendo se le impusiera una sanción ejemplar. El Ministro, Hayashi Tadasu, encargó al cónsul Morikawa que realizara una investigación sobre la compañía, pues existía la posibilidad que hubiesen cobrado a los emigrantes un precio superior a la tarifa normal para ayudarles a introducirse en Canadá [16].

En agosto de 1907, 126 emigrantes japoneses fueron repatriados a Japón desde EE.UU. por haber intentado entrar ilegalmente desde México. Estos emigrantes fueron detenidos al pretender llegar a Texas, Arizona o New México en diciembre de 1906 [17]. Por fin, llegaron al puerto de Yokohama el 25 de agosto en el barco *Manshu Maru*, acusados de contravenir la prohibición de emigración de obreros, en vigor desde el mes de julio anterior. Tras escuchar sus explicaciones, se llegó a la conclusión de que los emigrantes no habían sido en absoluto persuadidos por la agencia, sino que decidieron por sí mismos pasar a Estados Unidos por el atractivo de los sueldos que allí se pagaban. El 22 de enero de 1909, Arakawa, de México, informaba que los fugitivos, que habían sido previamente transportados por la *Tairiku*, eran unos 3.600 y unos 1.100 los transportados por la *Kumamoto* [18].

En 1907 la *Toyo* consiguió el permiso de reclutamiento de 1.200 emigrantes. Un grupo de 1.016 entró al puerto de Salina Cruz el 14 de junio, donde no se les permitió desembarcar por no llevar certificados médicos. Por fuerte protesta de parte del Consulado japonés, finalmente se les permitió entrar en México. Según Arakawa, las causas por las cuales el gobierno me-

[16] GAIMUSHO, ed., *Nihon Gaiko Bunsho*, Tokyo, 1961, vol. 40-2, pp. 714-745, 761.

[17] *Ibid.*, pp. 764-766.

[18] GAIMUSHO GAIKO SHIRYOKAN, *Ibid.*, vol. 1.

xicano empezó a concebir la actitud negativa hacia la introducción de los emigrantes japoneses fueron dos: una fue el disgusto hacia los emigrantes y las agencias japonesas. Otra fue la intervención secreta de parte del gobierno estadounidense [19].

En cuanto a la primera, los emigrantes japoneses venían con el propósito final de emigrar a los Estados Unidos, y para conseguir sus fines provocaban huelgas y conflictos en varias partes, exigiendo se les concedieran mejores condiciones y aumento de sueldo. Además, las agencias de emigración intentaban enviar muchos emigrantes para ganar lo más posible, cobrando comisión y transportes. Parecía más bien que, incluso, estimulaban su huída y sólo les preocupaba suplir con nuevos emigrantes el cupo fijado y de esa forma continuar percibiendo dinero por las comisiones. Se dieron casos en que, ya en el barco que los transportaba, llegaron a un acuerdo con los emigrantes y en cuanto desembarcaban los dejaban escapar y pretendían no haberse dado cuenta de ello.

En cuanto a las negociaciones secretas con EE.UU., realmente parece ser que el gobierno americano sospechaba que las autoridades japonesas pretendían hacer pasar a suelo americano a los que habían emigrado a México (si bien, tras realizar una investigación en México, se aclaró la duda). Pero de todas formas, el gobierno de EE.UU. pretendía que México rechazara a los emigrantes japoneses para evitar el poderío excesivo de Japón. Finalmente el cónsul Arakawa afirmaba que la verdadera y última razón del problema residía en la desmedida ambición de los Estados Unidos, ya que al pretender invadir México les causaba intranquilidad la emigración de japoneses allí. En un artículo aparecido entonces en un periódico mexicano (influido por EE.UU.), se comentaba lo siguiente, refiriéndose a la psicosis de «peligro amarillo» que imperaba en la sociedad norteamericana: «Los países latinoamericanos cifran sus esperanzas en Japón mostrando, indirectamente, una actitud de rebelión hacia EE.UU.». Arakawa se refirió en detalle a los puntos que debían corregirse, antes de enviar a los emigrantes, para evitar malentendidos como éste. Pero las preocupaciones resultaron en vano, porque en 1908, justo al año siguiente de haberse denegado la autorización para desembarcar a los emigrantes japoneses, entró en vigor un *Gentlemen's Agreement* entre EE.UU. y Japón, y la prohibición de emigrar a EE.UU. incluso a través de Hawai y México, poniéndose fin al papel «latente» de México. Al mismo tiempo, se decidió prohibir a la *Tairiku* el reclutamiento de obreros con destino a las líneas del ferrocarril. Al ver la actitud del Ministerio, y ante la imposibilidad de proceder al reclutamiento de emigrantes, oficialmente con destino a México, la *Tairiku* anunció la suspensión de la convocatoria de emigrantes hacia México. Así se puso realmente punto final al envío de emigrantes colectivos contratados a México, mediante agencias de emigración.

[19] *Nihon Gaiko Bunsho*, vol. 40-2, pp. 743-761.

4. Traslado o establecimiento de los japoneses

El número de emigrantes transportados por medio de las agencias de emigración, desde que se empezó esta actividad en 1901 hasta que se puso en vigor el *gentlemen's agreement* en 1908, sobrepasó los 10.000. Pero la mayoría de ellos volvían a trasladarse de estado al poco tiempo. Algunos se establecieron en las ciudades como Guadalajara, Chihuahua, Hermosillo o Juárez y pusieron tiendas de enseres domésticos y de alimentación; o bien hacían trabajos a domicilio. Por ejemplo, alrededor de 1912, se registraron 62 profesiones en Chihuahua, y de ellos, 53 eran de venta de alimentos, licores y otros productos de uso casero, tres de confección, un restaurante, un profesor de Judo, cuatro de trabajos a domicilio. Existía, sin embargo, otra corriente paralela de emigrantes, diferente de la que tenía tendencia a instalarse; y esa corriente tendía a buscar trabajos que les permitieran medrar rápidamente, trasladándose a las minas de oro o de metales de *Black Mountain Mining Co.*, en el Estado de Sonora o Chihuahua; muchos se dirigían al Norte de México con la pretensión de pasar a los Estados Unidos. A veces, de permanecer allí, se daban casos de emigrantes que consiguieron prosperar; en esos casos, se creaba una Asociación en aquella comunidad, formada por los japoneses que habían alcanzado cierto nivel. Entre ellos, algunos que consiguieron un status apreciable en la sociedad mexicana, comenzaron a buscaron mano de obra buena y barata reclutando emigrantes japoneses. El ex emigrante Fujita Kotaro negoció un contrato exclusivo para suministrar trabajadores japoneses con la empresa de madera en el estado de Chihuahua. No solamente reunió unos 300 japoneses procedentes de todo México; intentó reclutar a emigrantes que trabajaban ya con contrato, provocando enfrentamientos con los directores locales de emigrantes y llegando incluso, a ser amonestado por el consulado. Su llamamiento llegó hasta Perú; por otra parte, resolvió dedicarse más a la actividad de agente de colocación e intermediario, para los trabajadores nativos, ya que los trabajadores japoneses mostraban más tendencia a trasladarse y a insistir en sus derechos [20].

Ogawa Tomiichiro y Kojima Shozaburo en la finca de Oxacuenia, decidieron firmar un contrato con el dueño de la finca, consiguiendo reunir un número de compatriotas, quienes fueron llegando incluso de puntos lejanos, como Perú o Japón, con el fin de proceder a la explotación y cultivo. Realizaron todo esto por su cuenta. Otra zona donde se agrupaban muchos japoneses, fue el Puerto de Coatzacoalcos. Alrededor de 1908, vivían 145 per-

[20] K. ARAI, *Bokukoku Chihuahua-Shu Zairyu Nihon Imin Jotao Shisatsu Hokoku*, en GAIMUSHO, ed., "Imin Chosa Hokoku", Tokyo, 1913, vol. 12.

sonas trabajando como estibadores. Allí existía rivalidad con los chinos y mexicanos, conformándose los japoneses con sueldos inferiores [21].

5. *La revolución mexicana*

5.1. *En las regiones del Norte*

Ciertos emigrantes japoneses que habían trabajado en varias minas de Coahuila, se quedaban en las minas después de haber cumplido sus términos de contrato de tres años. Sin embargo, el enfrentamiento entre el gobierno central y el ejército revolucionario provocó una gran crisis en la economía mexicana, de tal manera que naturalmente, varios centenares de mineros perdieron sus empleos. De este modo, más de cien japoneses se trasladaron a la plantación de San Carlos de Coahuila que, al parecer, había solicitado trabajadores para el algodón. Luego, hubo una reclamación adicional de ochenta personas y los japoneses se dirigieron a Coahuila de nuevo [22].

Desde 1913 hasta 1914, los combates del norte fueron encarnizados. El poder político de Huerta, en el centro, tomó una actitud projaponesa, y también el gobierno japonés reconoció al gobierno de Huerta. A causa de ese reconocimiento oficial, Japón se convirtió en un enemigo para el ejército rebelde. Por esta razón, las murmuraciones y los movimientos para excluir a los japoneses de la zona norte fueron numerosos. El periódico *El País* con fecha 11 de febrero de 1914, publicó una orden de prohibición de traslado a los japoneses y chinos emitida por el general Carranza. Además, en el periódico *Imparcial*, del 16 de febrero, salió un reportaje que pretendía lograr el propósito de que los japoneses fueran considerados "fuera de la ley" por el general Vuia. Los secretarios Hanihara Masanao e Ito Keiichi, acompañados por una escolta en la que iba el buque de guerra Izumo, comprobaron que, en líneas generales, los japoneses de Coahuila y de Sonora, estaban seguros en ese momento, aunque también comprobaron que la Ley de Prohibición de Entrada de los japoneses emitida por Carranza era cierta [23].

Después de esto no se experimentó aumento del movimiento antijaponés; pero los que permanecieron en México arrastrarían muchos incidentes desagradables, sufriendo daños debido a los disturbios, tanto en la situación ciudadana como en el orden público. En noviembre de 1913, ocurrió un suceso

---

[21] GAIKO SHIRYOKAN, *Ibid.*, vol. 2. K. ARAI, *Bokukoku Oaxacuenia Kochi Honpo Imin Jotai Shisatsu Hokoku*, en GAIMUSHO, ed., "Imin Chosa Hokoku", Tokyo, 1912, vol. 10.

[22] GAIMUSHO, ed., *Nihon Gaiko Bunsho*, Tokyo, 1964, Vol. Taisho 2-1, pp. 166-168, 363-367.

[23] GAIMUSHO, ed., *Nihon Gaiko Bunsho*, Tokyo, 1965, vol. Taisho 3-1, pp. 805-880.

que fue como el comienzo de una larga serie de desórdenes que ocurrirían después: las tiendas japonesas del pueblo de Cucha fueron atacadas por un bandido llamado Rebelde. Más tarde, dispersaron los caballos de los japoneses y les despojaron también de sus mantas, abrigos y enseres. Entre los japoneses surgieron algunos que intentaron vencer estas dificultades y oponerse activamente a ellas, como Hiraki, quien dirigía una lavandería, teniendo unos diez japoneses empleados por turnos. Sin embargo la vida de estos japoneses se hizo aún más dura, porque los asaltos y robos no se debían sólo al desorden e inseguridad ciudadana, sino que también se debían al alza de precios ya que el tráfico comercial se suspendió [24].

Frente a esta situación, no fueron pocos los japoneses que consiguieron su sustento por medio de subvenciones concedidas por el ejército gubernamental o, también, por el ejército rebelde. También hubo bajas entre los aproximadamente cien japoneses que, en la provincia de Coahuila, engrosaban las tropas del gobierno; unos pocos murieron también entre los que luchaban al lado de los rebeldes [25].

Ante la situación tan confusa en el norte y a causa de las penalidades que soportaban los japoneses, surgió el proyecto de sacarles del país, sobre todo a los de la zona de Chihuahua. El proyecto se concebió para ayudar a los japoneses allí residentes pero, al mismo tiempo, por la preocupación del gobierno japonés de que sus súbditos se vieran mezclados en la contienda, combatiendo en uno u otro ejército. Para sacarlos de México no había más solución que trasladarlos a EE.UU. Fue el secretario del Consulado japonés en Chicago quien tuvo que encargarse de este proyecto. Sin embargo, el gobierno japonés evitó apoyar la iniciativa de forma oficial: contribuyó económicamente y el proyecto se llevó a cabo como algo perteneciente a la Asociación Japonesa. El 23 de marzo de 1914, cuarenta y cuatro residentes y tres emigrantes salieron de Juárez, llegando a Mexicali al día siguiente. El 4 de abril, veintinueve personas de las que aún permanecían en Juárez, y treinta y seis de Chihuahua, salieron de El Paso hacia Mexicali. Al otro lado de la frontera en territorio estadounidense, se solicitó formalmente el establecimiento de una «colonia japonesa» de refugiados, sobre todo para protegerse de la emigración clandestina. Simultáneamente se recibió también una propuesta para conseguir que los buques de la línea del Pacífico aumentaran temporalmente el número de servicios, así como designar el puerto de San Diego como punto de escala para los refugiados. Esta última propuesta, estuvo condicionada a que los refugiados regresaran a Japón o bien permitirles la estancia en un lugar cercano a San Diego hasta que la situación en México lograra estabilizarse [26].

---

[24] *Nihon Gaiko Bunsho*, vol. Taisho 2-1, pp. 169-170.

[25] *Nihon Gaiko Bunsho*, vol. Taisho 3-1, pp. 809-810, 845-816, 880-881.

[26] *Ibid.*, pp. 804-881. *Nihon Jin México Iju Shi*, Tokyo, 1971, pp. 135-111.

Cuando el general Francisco Villa volvió a la ciudad de Chihuahua a finales de julio de 1915, encargó a los comerciantes japoneses que elaborasen una lista de artículos que debía presentarse en un plazo de 24 horas. Algo más de treinta comerciantes japoneses que vivían en Chihuahua presentaron su lista. Las autoridades mexicanas les entregaron una lista con el precio oficial de los artículos: ese precio no alcanzaba ni tan siquiera al costo. Aún así, se vieron forzados a vender todos los productos adaptándose a los precios a que se les obligaba. Toda la mercancía se agotó rápidamente. Por otra parte, algún comerciante japonés que se hallaba ausente en el momento de serles exigida la lista de artículos en stock perdió toda su fortuna por no haber cumplido con el requerimiento. Otro japonés tuvo que abonar 600 pesos de multa por pretender ocultar el capital de que disponía. Así fue cómo los japoneses de Chihuahua decidieron refugiarse en Ciudad Juárez. Sin embargo, ni aún ahí pudieron evadir los requerimientos injustos y caprichosos por parte del ejército. De esta forma, unos cincuenta comerciantes de la ciudad de Chihuahua y de Juárez se encontraron con que, «después de haber trabajado con todo su esfuerzo durante años, y ya habiendo llegado a crear una situación que les habría permitido afrontar el futuro con optimismo, su negocio y el trabajo de tanto tiempo habría resultado vano» [27].

En el año 1916 se supo que Fujita Kotaro había intentado el asesinato de Francisco Villa con la colaboración de tres japoneses más, y el 6 de abril de 1917, fueron fusilados tres japoneses. La Legación Japonesa en México informó: «Este incidente ha sido producido a causa del odio que Villa profesa a todos los japoneses sin excepción y no sólo los residentes en Chihuahua; también los que están esparcidos por otras regiones de México corren el mismo peligro» [28].

5.2. *Las regiones del Sur*

Al principio de la revolución, los japoneses que residían en el sur no experimentaron graves problemas, pero a medida que la revolución avanzó, se hizo más visible el antagonismo entre japoneses y mexicanos. Este antagonismo se reveló debido a la venta de la tierra por parte del estado. Las leyes gubernamentales aceptaban la cesión gratuita de las tierras a los habitantes de la zona, pero el gobierno de la provincia no aceptaba esa posibilidad y exigía

[27] *Nihon Gaiko Bunsho*, vol. Taisho 3-1, pp. 880-882, y *Ibid.*, Tokyo, 1966, Vol. Taisho 4-1, pp. 617-619.

[28] GAIMUSHO, ed., *Nihon Gaiko Bunsho*, Tokyo, 1967, Vol. Taisho 5-1, pp. 615-616, y *Ibid.*, Tokyo, 1967, Vol. Taisho 6-1, p. 709.

el pago de la tierra a quien la adquiriese. Varios japoneses o compañías japonesas así consiguieron tierras en el estado de Chiapas. Las tierras que le fueron vendidas por el agente de ejidos en 1906 a la Compañía Japonesa-Mexicana, Sociedad Cooperativa, incluían una amplia zona que había sido desde antiguo un espacio vital para los campesinos indígenas que la habitaban. Para solucionar el conflicto, se formalizó un acuerdo entre los campesinos y la empresa propietaria. Sin embargo, los campesinos no se conformaron y, repetidamente invadían las tierras, robaban la fruta y dispersaban el ganado. Cuando estallaron los primeros brotes de la revolución en 1910, los campesinos volvieron a reclamar sus derechos sobre la propiedad de la tierra. La influencia de este movimiento se extendió hasta que los campesinos que tenían tierra en arriendo no pagaron los arrendamientos que debían. El 25 de noviembre de 1911, los campesinos decidieron volver a presionar para que se les reconocieran sus derechos, y conseguir recuperar la tierra. La empresa japonesa tenía dos caminos, uno formar otra nueva empresa y emplear a los campesinos en esas tierras; o bien, pedir al gobierno les comprara de nuevo esa tierra tan conflictiva. En el primer caso, los japoneses no poseían la fuerza económica ni los medios necesarios para un proyecto de esa envergadura en aquella época concreta. Finalmente, quizá la mejor solución fue pedir al gobierno volviera a comprar las tierras, pues a partir de 1911, se declaró la nueva Ley sobre adquisición de tierras, poniéndose en práctica [29]. Finalmente, este problema fue resuelto en 1914 por el gobierno mexicano, que dió a la Compañía un terreno substitutivo. Con esto, la Colonia Enomoto se disolvió y trasladó a la Colonia nueva [30].

A partir de 1916, los desmanes y asaltos provocados por los bandidos aumentaron paulatinamente: las tierras o comercios y las fincas de los japoneses, que, relativamente, podían considerarse de clase acomodada, fueron asaltados. El 17 de junio de 1917, la Compañía *Kohashi-Kishimoto* perdió unos miles de pesos al ser asaltada por 300 bandidos y, el 19 del mismo mes, la finca de Takada Saisuke fue asaltada por unos 15 atracadores, perdiendo todos los enseres y aperos de finca. El 25, la finca de Fuse Tsunematsu también fue asaltada, robándole absolutamente todo lo que poseía.

Como arriba se ha mencionado, las fincas japonesas solían ser objeto de saqueo, porque los japoneses eran considerados relativamente ricos en esas regiones y vivían en sus fincas dispersas, guardando en ellas todo tipo de ar-

[29] K. ARAI, *Bokukoku Chiapas-shu Soconuzco-gun Nihon Jin Jotai Shisatsu Hokoku*, en GAIMUSHO, ed., "Imin Chosa Hokoku", Tokyo, 1913, vol. 12.

[30] Y. TSUNOYAMA, *Enomoto Takeaki to México Shokumin Iju*, núm. 2, en «Kansai Daigaku Keizai Ronshu», Osaka, 1985, núm. 35-1, pp. 65-66.

tículos, incluso dinero en efectivo. La codicia era, pues, el principal motivo de los asaltos más que el sentimiento antagónico contra los emigrantes japoneses. La legación japonesa realizó un informe sobre las pérdidas sufridas por los japoneses y sacó en conclusión que la mayoría de ellos mostraba intención de permanecer en México, a pesar de los saqueos, ya que llevaban establecidos más de diez años y habían conseguido cierta base para sus empresas. Además algunos de los japoneses se decidieron a organizar un grupo propio de pistoleros para defenderse. Por ejemplo, una hacienda de la Compañía Japonesa-Mexicana concedió permiso de armarse, por lo que se hallaban preparados para contener y repeler el ataque de 30 ó 40 bandidos. La misma hacienda había experimentado ya un saqueo, el 15 de julio de 1916, aunque consiguió repelerlo; más tarde se envió un pequeño ejército de 40 soldados a Escuintla a petición de la legación japonesa, y esto tuvo un efecto muy positivo [31].

México no disfrutaba, por lo tanto, de una situación segura y tranquila. Sin embargo, era un hecho el desembarco de emigrantes procedentes de varios países de América Latina. En el puerto de Salina Cruz, los vapores de la línea de la *Toyo Kisen*, realizaban escala una vez cada dos meses. En cada viaje, llegaban como mínimo unos veinte emigrantes japoneses desde Japón y, aparte este número, llegaban también emigrantes japoneses cuyo destino original había sido Brasil, Perú, Chile, etc., pero que habían decidido abandonar el país de destino, trasladándose a México. Al parecer, aquellos que llegaban en estas condiciones no bajaban de cuarenta o cincuenta personas cada vez. El caso más frecuente era el de los emigrantes cuyo destino había sido Perú quienes, a pesar de haber tomado sus billetes de vuelta en dirección a Japón, desembarcáron en Salina Cruz. En su mayoría, tenían el propósito de introducirse clandestinamente en Estados Unidos. Con frecuencia, al desembarcar, los mexicanos que había en ese momento en el puerto les cubrían de insultos. Al parecer, tanto su forma de conducirse como su vestimenta resultaba chocante y de apariencia miserable, por lo que llamaban en exceso la atención [32].

A la vez, los que permanecieron en Oaxacuenia, por la intranquilidad de las fincas, salieron de México y pasaron a Cuba, de donde reclutaron a sus compatriotas [33].

[31] GAIMUSHO, ed., *Nihon Gaiko Bunsho*, Tokyo, 1967, vol. Taisho 6-1, pp. 715-728, 739-752.

[32] *Ibid.*, pp. 739-751.

[33] K. KURABE, *Toge no Bunkashi*, Tokyo, PMC Shuppan, 1989.

6. *Imagen de Japón y de los japoneses*

Desde tiempo atrás existían en México falsas imágenes sobre los japoneses, en especial acerca de la fuerza militarista e invasora del Imperio Japonés. En julio de 1917, se propagó el rumor de que Japón estaba introduciendo secretamente soldados disfrazados de emigrantes, para entrenarlos militarmente en México. También se propagó el rumor de un presunto proyecto de invasión japonesa a Estados Unidos [34]. El mismo presidente de Guatemala propagó la falsa noticia acerca de un "Plan de Alianza Militar" entre México y Japón contra Estados Unidos. A partir del triunfo de Japón en la guerra ruso-japonesa, tanto los países europeos como EE.UU. temían que Japón se convirtiera en un gran país militarista. La imagen de Japón empezaba a perfilarse según el tópico de «peligro amarillo» y cada vez avanzaba más el movimiento antijaponés. En 1909, Homer Lea aventuró la hipótesis de una futura guerra entre Estados Unidos y Japón, por medio de la alianza entre Japón y México, en su obra: «La valoración de la ignorancia».

En octubre de 1911, la compañía japonesa *Toyo Hogei Kaisha*, dedicada a la pesca y comercialización de la ballena, consiguió el derecho de pesca en aguas de la costa mexicana del Pacífico. En enero de 1912, la compañía *Toyo* mandó un equipo investigador a la zona ya mencionada (posteriormente, la compañía abandonaría su derecho de pesca, ya que, si bien era una zona de pesca muy prometedora, se hallaba alejada de otras zonas de comercialización). Casi al mismo tiempo, un grupo japonés de San Francisco se presentó como posible cliente para la adquisición de la tierra que se expropiaba en el golfo de Magdalena, propiedad hasta entonces de *Flores & Halle Co.* Entonces, entre los japoneses residentes en EE.UU. había algunos que se sentían inclinados a labrarse un nuevo futuro en Latinoamérica a causa de la escalada del movimiento antijaponés. Al ponerse en contacto con *Flores & Halle Co.* manifestaron su deseo de comprar esa tierra. Ahora bien, la opinión pública americana reveló sus recelos según puede comprobarse por las editoriales de los periódicos de la época. En resumen, lo que se vertía en los artículos publicados al respecto, era el temor al peligro que representaba el hecho que los japoneses poseyeran el golfo de la Magdalena. El tema fue llevado incluso ante el Senado norteamericano. Al parecer, no existían motivos para pensar que las autoridades japonesas estaban detrás del proyecto, sino que se trataba de una iniciativa particular de unos residentes japoneses. Pero es indudable que este incidente contribuyó también a la formación de la imagen de Japón en América durante esa época [35].

En la mañana del 9 de febrero de 1913 estalló una revuelta en Ciudad de México. Temiendo por su vida, el presidente Madero y su familia se refu-

[34] GAIMUSHO, ed., *Nihon Gaiko Bunsho*, Tokyo, 1961, vol. 40, pp. 746-761.

[35] I. KUNIMOTO, *Magdalena Wan Jiken*, en «América Kenkyu», Tokyo, 1977, núm. 11, GAIMUSHO, ed., *Nihon Gaiko Bunsho*, Tokyo, 1963, vol. 45-1, pp. 486, 590-593.

giaron en la legación japonesa, que decidió acogerlos. El 20 de febrero, cuando Huerta asumió el cargo de presidente en funciones, el nuevo gobierno agradeció oficialmente el gesto de la legación japonesa al haberse prestado a proteger al ex-presidente y su familia. Hubo tres obreros japoneses que resultaron heridos, al parecer, por balas perdidas. Aparte de eso, no se registraron daños entre los residentes japoneses.

El 22 de julio de 1913, Adachi Mineichiro se incorporó a su puesto en la embajada de Japón en México y, a su llegada, la bienvenida fue extraordinaria. Un sinfín de gente, reunida para recibirle, exclamó al unísono: «Viva Japón». En la ciudad de Colima surgieron gritos de «abajo los americanos», junto con los de «Viva Japón». Por su parte, el alcalde de Colima pronunció un discurso en el que manifestó: «México vencerá también a EE.UU. al igual que hizo Japón —a pesar de ser un país pequeño— con Rusia». Fue aplaudido con entusiasmo por el público. En julio de ese mismo año, apareció un artículo en el periódico *El Diario*, con la siguiente petición: "Envío de emigrantes japoneses a la provincia de Morelos". Morelos era concretamente la zona donde el partido de Zapata tenía más poder, al estar apoyado por los campesinos de la zona. En el artículo se informaba que existía un proyecto estratégico de introducir emigrantes japoneses con el propósito de minar la fuerza y el número de los campesinos de Zapata. Sobre este caso, la embajada alemana informó: «Treinta mil emigrantes japoneses que se están trasladando a la provincia de Morelos no son nada más que el punto de partida; en breve, los emigrantes japoneses desembarcarán en varias zonas de México y, a continuación, llegarán unos cien mil soldados escogidos que, tras recibir un entrenamiento militar especial, cruzarán Río Grande y avanzarán hacia el Norte, como una avanzadilla».

Aquí se han mostrado las distintas imágenes que se experimentaban en México acerca de los japoneses. Alguna estaba quizá influída por el enrolamiento voluntario de residentes japoneses en México, tanto en las tropas rebeldes como en las del gobierno, durante el período de la revolución pero, fundamentalmente, el hecho que contribuyó en mayor medida a la formación de la imagen de Japón como país a tener en cuenta militarmente fue la guerra ruso-japonesa, terminada con la victoria de Japón y la diplomacia, conocida como «Diplomacia de la armada» japonesa presente en México, y esta imagen encajó con la otra de «Japón como peligro amarillo». No se pretende afirmar que tal imagen la formaran los japoneses residentes en México, más bien se formó por la actuación internacional de Japón en aquella época y sus relaciones con otras naciones. Fue precisamente al contrario: la imagen exterior sobre Japón que se formó en México influyó indudablemente sobre los japoneses que residían allá en aquella época [36].

[36] *Ibid.*, vol. Taisho 2-1, pp. 360-362, 373-375, 406-410: A petición de la legación de Japón en México, bajo pretexto de la protección de los residentes japoneses, el barco de guerra

7. *La última fase de la revolución*

En abril de 1920, el general Obregón se alzó militarmente contra Carranza, declarando la independencia en Sonora. Cuando el ejército que provenía de Sonora comenzó su marcha hacia el sur, los residentes japoneses de la zona intermedia decidieron pedir protección al consulado en Los Angeles. El consulado sugirió la posibilidad del regreso a Japón, o bien, trasladarse a Mexicali y, simultáneamente, solicitó la ayuda de EE.UU. apelando también a su generosidad, en el caso de producirse refugiados. El consulado de México, a su vez, recomendó mantener una actitud neutral y esperar, ya que, a su juicio, la guerra sería corta. La situación, sin embargo, experimentó cierta violencia cuando el general Obregón entró en Ciudad de México, aunque no tardaría en firmarse el tratado de paz.

En cuanto a los japoneses residentes en México y a los daños que experimentaron, hay información abundante a través de los documentos de la legación japonesa, ya que desde todas las zonas de México se enviaban los datos periódicamente. En general no fue una situación tan conflictiva. En Puerto México, en la provincia de Veracruz, un comerciante, Okuma, que tenía un negocio de venta de carbón y comercio de frutas, fue despojado de unos diez mil pesos en total entre dinero y mercancía por un grupo de soldados armados que dijeron pertenecer al ejército de Obregón. A otro japonés que regenteaba dos tiendas de enseres domésticos se le robó mercancía valorada en 2.613 pesos.

El 28 de julio, el alcalde de la provincia de Baja California se manifestó en contra del gobierno central. El gobierno japonés, ante ese nuevo conflicto, recomendó evacuar a los japoneses residentes en Mexicali. Los japoneses de Mexicali eran los emigrantes que se habían trasladado desde Chihuahua en 1914, por los conflictos que estallaron allá en esa época. El ministro suplente Ito, solicitó información sobre la forma de protección a los residentes japoneses: «Hay que procurar que todos los emigrantes japoneses consigan refugiarse en EE.UU.». Sin embargo, la situación se complicaba porque precisamente aquellos emigrantes que tenían propósito de entrar ilegalmente en EE.UU., elegían como zona de residencia el estado de Mexicali, al hallarse más próximo al territorio norteamericano. Y el número total de residentes japoneses en Baja California era superior a setecientas personas y se llegó a la conclusión de la conveniencia de su traslado a Estados Unidos cuando otros extranjeros lo hicieran, en caso de urgencia. Por fortuna, el nuevo go-

Izumo partió del puerto de Yokosuka el 20 de noviembre. Cuando llegó a México el capitán visitó Ciudad de México acompañado de muchos soldados. El ministro Adachi trató de fortalecer y estrechar las relaciones con el gobierno central de México. Dicha iniciativa suya puede entenderse como una postura en contra por parte de Japón frente a las potencias occidentales. (*Ibid.*, vol. Taisho 3-1, p. 799). I. KUNIMOTO, *México Kakumei to Nihon: 1913-1914*, en «Rekishigaku Kenkyu», Tokyo, 1976, núm. 434.

bernador de Mexicali tomó posesión de su puesto, conduciéndose con serenidad en el ejercicio de sus funciones y, finalmente, se reinstauró la tranquilidad en la zona [37].

8. *Hasta la Segunda Guerra Mundial (1922-1945)*

Para los japoneses en México, a pesar de las circunstancias adversas, iba a ser esta época un período de desarrollo en el que conseguirían vencer la situación negativa y llegarían a fijarse en una zona y domicilio concretos pero, para llegar a eso tuvieron que recorrer una senda plagada de dificultades.

En septiembre de 1923, Japón experimentó la sacudida terrible que representó el llamado terremoto de *Kanto*. Para remediar la situación, Japón recibió fondos y auxilios de varios países. La contribución aportada por el gobierno mexicano, alcanzó 140.000 yens aproximadamente [38], pero existe algo que puede considerarse más importante: la declaración de dar acogida a los emigrantes japoneses por parte del presidente Obregón, en abril de 1924. Por supuesto, el gobierno japonés mantenía su preocupación sobre las relaciones con EE.UU.; por ello, no pudo permitir el envío de emigrantes a México sin un límite, pero no deja de ser una contribución solidaria por parte de México para paliar el problema del paro causado por la crisis y la depresión económica, después del terremoto. La travesía al extranjero fue realizada en la forma de emigrantes libres, «por reclamo», por lo tanto, desde el punto de vista del número eran muy pocos, por lo que no se puede comparar con aquellos que emigraron en la época de los emigrantes contratados. Ahora bien, esta emigración se realizó en forma ininterrumpida [39].

año	ingreso	año	ingreso	año	ingreso
1923	68	1930	434	1937	65
1924	76	1931	283	1938	38
1925	160	1932	149	1939	67
1926	336	1933	85	1940	67
1927	319	1934	80	1941	28
1928	353	1935	53	1942	0
1929	249	1936	62		

[37] GAIMUSHO, ed., *Nihon Gaiko Bunsho*, Tokyo, 1972, vol. Taisho 9-1, pp. 915-933, 966-977.

[38] GAIMUSHO, ed., *Nihon Gaiko Bunsho*, Tokyo, 1978, vol. Taisho 12-1, p. 55.

[39] T. TAKAYAMA, *México ni Kakeru Yume*, Tokyo, 1986, p. 125.

Por otro lado, no podemos conseguir el número exacto de los que residían en México. Sólo aquí, ponemos unos datos sacados de las publicaciones del Ministerio de Relaciones Exteriores de Japón [40].

año	residentes	ingreso	egreso	año	residentes	ingreso	egreso
1920	2.284	53	s.d.	1927	4.530	319	72
1921	2.176	69	s.d.	1928	4.505	353	55
1922	2.367	77	s.d.	1929	4.857	249	50
1923	3.181	68	s.d.	1930	5.906 *	434	52
1924	3.310	76	s.d.	1931	5.930	283	79
1925	3.632	160	25	1932	5.824	149	72
1926	4.018	336	17				
(*) según otra fuente: 5832							

En cuanto a la naturalización de los emigrantes japoneses en México, aunque hubo bastante número de japoneses que se casaron con las nativas, sobre todo en las regiones de Chiapas, el número de los naturalizados fue sólo 25 durante los primeros veinte años, hasta 1920, pero iban aumentando gradualmente desde entonces: de 1920 hasta 1930 fueron 149, y de 1930 hasta 1939 hubo 178 personas naturalizadas. Sobre todo durante la temporada de la presidencia de Abalardo (1932-1934), se naturalizaron 91 japoneses [41]. Según informes de la legación japonesa, las causas principales de su naturalización fueron: 1) la tendencia al establecimiento en la región de Chiapas y las ciudades, 2) la promulgación de la ley de prohibición contra posesión del terreno por extranjeros en las zonas fronteriza y costera en 1926, y 3) el edicto promulgado por el gobierno con la obligación de contratar como mínimo un 80 por ciento de empleados mexicanos [42].

[40] GAIMUSHO, ed., «Imin Joho», Tokyo, 1929-1935, núms. 1-2, 1-6, 1-8, 2-3, 2-7, 3-1, 3-4, 3-7, 3-10, 4-2, 4-3, 4-6, 4-7, 4-9, 4-11, 5-1, 5-4, 5-7, 5-10, 5-11, 5-12, 6-1, 6-2, 6-5, 6-12, 7-4, 7-11. MONBUSHO, ed., *Ishokumin Kyoiku*, Tokyo, 1929, p. 272.

[41] M. E. OTA., *Siete Migraciones Japonesas en México 1890-1978*, Ciudad de México, El Colegio de México, 1982, p. 137.

[42] GAIMUSHO, ed., *«Imin Chi Jijo»*, Tokyo, 1926, 1929, 1930, núms. 10, 22, 24. GAIMUSHO, ed., «Imin Joho», Tokyo, 1930-1931, núms. 2-2, 2-12, 3-2, 3-3, 3-5.

En cuanto a lo que sucedió a los japoneses en México tras la revolución, nos referiremos a la autobiografía de Ishii Itaro, quien se trasladó a la legación de México en 1922. «Las relaciones entre México y Japón eran algo especial en esa época, pues no existían conflictos graves y se podría afirmar que México era entonces como un lecho de rosas para nuestra legación, así como para los residentes japoneses. Ya he comentado antes, que allí no existía en absoluto animadversión racial respecto a los japoneses; es más, creo que los japoneses eran respetados y considerados, especialmente debido a haber sometido militarmente a un país tan poderoso como Rusia... Aunque la emigración japonesa se vio frenada hasta cierto nivel, por el *Gentlemen's Agreements* con EE.UU., el número de ingreso de emigrantes japoneses aumentaba de año en año, prosperando tras su establecimiento en el país, tanto en las labores agrícolas como pequeños comerciantes. Sobre todo, la sucursal de la compañía *Kato* de Yokohama, llamada en México, *Shin Nihon* (Nuevo Japón), se hizo único almacén en la capital. El acuerdo firmado para el permiso de residencia y ejercicio de la profesión de la medicina era en teoría un tratado mutuo para permitir a los médicos de uno y otro país la estadía y ejercicio de su profesión, sin necesidad de examen. En realidad, México podía beneficiarse mediante ese tratado para, mediante la acogida a los médicos japoneses, mitigar en parte la extremada falta de galenos preparados en su país. Hubo médicos japoneses que, en su deseo de aventuras, cruzaron el mar, emigraron y consiguieron renombre y buena posición; también hubo otros que, aprovechándose de los pacientes que desconocían todo sobre la ciencia médica, lanzaron una propaganda exagerada acerca de su capacidad de curación y, tras cometer abusos, fueron denunciados por la asociación de médicos mexicanos. Es por esto que el tan esperado tratado mutuo fue rechazado al llegar el momento de su renovación, debido a los perjuicios causados por esas actuaciones. En ese tiempo, el número de los residentes japoneses no ascendía a más de cinco mil. Es curioso que el número de residentes japoneses estaba prefijado, y sin embargo, las llegadas aumentaban anualmente. Esto se debía a que, si bien cada año llegaban nuevos emigrantes, otros tantos se introducían clandestinamente en EE.UU. . Y esto, que ya se ha especificado previamente, era un hecho innegable: muchos de los que emigraron a México eran aventureros que ya tenían desde el primer momento el propósito decidido de emigrar posteriormente a Estados Unidos. Los que residían en México llevaron, por lo general y con excepción de los períodos de convulsión social, una existencia tranquila, dedicada a su trabajo y a su comunidad» [43].

En esta situación surgió el movimiento exclusivista contra los orientales cuyas víctimas principales fueron los chinos. Aunque no se veía muy claro el movimiento antijaponés, y la mayor parte de los japoneses consideraron

[43] I. ISHII, *Gaiko Kan no Issho*, Tokyo, Chuo Koron Sha, 1987, pp. 126-128.

que algunos incidentes antagónicos hacia los emigrantes japoneses sucedieron por la confunsión los japoneses con los chinos, unos diplomáticos japoneses adivinaron que el objetivo del movimiento antioriental podrían ser los japoneses [44]. En mayo de 1933 en *El Excelsior* salió un artículo antijaponés, en el cual se demostró un temor de invasión japonesa como en el caso del golfo Magdalena veinte años antes. La legación japonesa, en seguida, rebatió cada línea del artículo en vano y el movimiento antijaponés iba aumentando especialmente en las regiones del norte: Sonora, Chihuahua y Baja California, donde se hallaban más emigrantes japoneses y mayores influencias económicas y sociales con EE.UU. que en otras regiones de México [45].

Según investigación de la legación japonesa, la distribución de los japoneses en estas regiones en 1928-1929 fue la siguiente [46]:

Estado de Sonora

Nogales	93
Cananea	33
Agua prieta	41
Nacozari de García	27
Pilares de Nacozari	32
El Tigre	33
Pilares de Tierras	7
Colonia Morelos	32
Hermosillo	77
Guaymás	22
Ciudad Obregón	63
Esperanza	7
Navojoa	96

Estado de Chihuahua

Chihuahua	139
sus alrededores	52
Juárez	157

Estado de Baja California

Mexicali	c.800
Tijuana	70
Ensenada	c.300

Muchos de ellos se dedicaban a comercios que pudieran empezar con poco capital como heladería, la venta de soda, barbería, en las ciudades de Sonora y Chihuahua. Mientras tanto, en Baja California, había unos en Tijuana que se dedicaban al comercio de venta de objetos de que se surtían en EE.UU. y también había muchos que se dedicaban en terrenos de alquiler al cultivo de algodón y verduras para vender en EE.UU. En Ensenada, la mayor parte de los japoneses fueron pescadores y hubo un «*boss*» japonés

[44] GAIMUSHO, ed., «Imin Chi Jijo», Tokyo, 1930, núm. 24.

[45] GAIMUSHO, ed., «Imin Joho», Tokyo, 1933, núm. 5-7.

[46] «Imin Chi Jijo», núm. 24. «Imin Joho», Tokyo, 1929-1930, núms. 1-3, 2-2.

que trabajaba como intermediario entre los obreros pescadores japoneses y la Compañía Nacional de Productos Marinos S. A., prestando barcos a los pescadores japoneses.

Otra cosa que merece mencionarse es una clara diferencia entre los emigrantes japoneses en las ciudades de Chihuahua y los de Baja California en cuanto a la selección de cónyuge. Si comparamos sólo los datos de Chihuahua y Juárez, y de Mexicali, entre 60 mujeres registradas de los japoneses 37 (62%) fueron mexicanas en las dos primeras ciudades, mientras que, entre 140 mujeres registradas sólo 14 (10%) fueron mexicanas en la última ciudad. Y en aquellas de 348 japoneses registrados por la legación japonesa, 203 (58%) eran japoneses nativos, mientras en ésta, de 800 japoneses registrados, 760 (95%) eran japoneses nativos. Y la mayor parte de las mujeres japonesas en Mexicali fueron llevadas o reclamadas desde Japón.

Cuando Lâzaro Cardenas tomó posesión de su cargo de presidente mexicano, intentó solucionar la confusión económica por la revolución, manteniendo relación íntima económicamente con EE.UU. Por consiguiente, no podría ser fácil mantener buenas relaciones con Japón. Mientras tanto, el gobierno japonés hizo a los japoneses en México organizar una asociación, *Zaiboku Rengo Nihonjin Kai*, la Unión de los residentes japoneses en México, bajo la dirección de la legación japonesa, anticipando la apertura de la guerra entre EE.UU. y Japón con objetivo de controlarlos. La distribución de los que mantenían la nacionalidad japonesa, fue la siguiente [47]:

Ciudad de México	900	
Baja California	1.200	
Sonora	500	
Coahuila	400	
Chihuahua	400	
Sinaloa	300	
Veracruz	300	
Chiapas	300	
otros lugares	200	
Total	4.500	(los japoneses registrados fueron unos 6.000)

[47] NICHI BOKU KYOKAI, ed., *Nichi Boku Koryushi*, Tokyo, PMC Shuppan, 1990, pp. 532-560.

9. Durante la Guerra (1941-1945)

Al recibir la noticia de la guerra entre EE.UU. y Japón, el gobierno mexicano suspendió inmediatamente las relaciones diplomáticas con Japón siguiendo el pacto con EE.UU. y declaró guerra al Japón en marzo de 1942. Sin embargo, no fue tan malo el tratamiento mexicano de los japoneses comparando con otros países latinoamericanos, sobre todo, Perú, Brasil, Cuba y Panamá. Con todo eso, los que se habían establecido en las regiones norte soportaron la relocación obligatoria hacia la capital y Guadalajara. También, al abrir la guerra, los bienes japoneses se congelaron, y el gobierno mexicano prohibió que los japoneses se desplazaran de noche y que reunieran más de diez personas, anulando la congelación de los bienes de los naturalizados y permitiendo que sacaran 500 pesos por cada mes para el costo de vida. Además las tres empresas japonesas: la *Shin Nihon*, la *Taiheiyo Sekiyu* y la plantación de café de la Compañía *Kohashi-Kishimoto*, cayeron bajo la jurisdicción del gobierno mexicano.

Aunque bajo la dirección de la legación japonesa se organizó la *Rengo Nihonjin Kai*, se fundó otra asociación más práctica, el *Kyoei Kai*, Comité de Ayuda Mutua, bajo la iniciativa del *Bokuto Nihonjin Kai*, Círculo Japonés de México. El Comité *Kyoei Kai* estaba encargado de proveer alimentos y otras ayudas a todos los emigrantes japoneses que se dirigían a la capital y Guadalajara. También el *Kyoei Kai* procuraba solucionar el trámite para librar a los que fueron detenidos por duda de espionaje.

En febrero de 1942, se fundó en Temixco un campo de concentración, comprando una hacienda en el estado de Morelos a un costo de 150.000 pesos, que los japoneses reunieron por su cuenta. En este campo de concentración, vivían entre 330 y 340 personas cultivando arroz y autosuminstrándose los productos más necesarios. Durante una temporada funcionaba una escuela de idioma japonés. Este no tenía nada que ver con otros similares en EE.UU. y Canadá. Por otra parte, los que se habían trasladado a la capital gozaban de libertad para dedicarse a sus actividades o a sus negocios, pero por el hecho de pertenecer a la sociedad japonesa, abrigaban el temor de ser detenidos, acusados de espionaje. La mayor parte de los detenidos eran puestos en libertad a instancias de *Kyoei Kai*, pero hubo otros que permanecieron detenidos hasta el final de la guerra. Sin embargo, ninguno de los detenidos en México fue deportado a Estados Unidos como ocurrió con los japoneses detenidos en Perú, Panamá, etc.

10. Después de la guerra, 1945

El 1º de septiembre de 1945, el gobierno mexicano declaró el fin de la guerra contra Japón y anuló la concentración de los japoneses. No puede sa-

berse con certeza cómo se desarrolló la actividad de los japoneses después de la guerra. Aquí nos limitamos a mostrar un esquema del cambio de distribución de las familias japonesas que alcanzaron cierta prosperidad en México de 1927 a 1955.

Localidad	Número de familias en 1927	1955
Capital y sus alrededores	171	904
Veracruz	142	67
Chihuahua	141	61
Chiapas	62	44
Coahuila	129	59
Sinaloa	63	95
Tamaulipas	27	15
Sonora	106	89
Oaxaca	13	11
San Luis Potosí	22	22
Nayarit	7	8
Nuevo Leon	4	11
Jalisco (con Guadalajara)	9	104
Colima	3	6
Baja California	461	118
Otros estados	-	155
Total	1.360	1.763 [48]

La tendecia a concentrarse en las ciudades y dedicarse al comercio o el sector servicios era apreciable desde antes de la guerra. En la postguerra se reveló más claramente. Ello podría deberse a la concentración impuesta por el gobierno mexicano, un fenómeno común de los países latinoamericanos.

En México, también hubo un enfrentamiento entre los emigrantes japoneses que pregonaban la victoria de Japón en la guerra: *Kachi Gumi*, y los que aceptaban la derrota: *Make Gumi*. El 29 de abril se fundó la *Kokusui Doshi Kai*, asociación de tipo nacionalista, con un total de 350 miembros. Sin embargo, debido a la concentración de los japoneses en la capital y a la

[48] *Ibid.*, pp. 630-634.

posibilidad de conseguir información adecuada, el enfrentamiento no resultó virulento como en el caso de Brasil. Incluso los miembros más chauvinistas de los japoneses en México, que siguen llamándose *Kachi Gumi*, eran conscientes de la verdad acerca del resultado de la guerra. La mayor parte de ellos, en lugar de insistir en la victoria de Japón, y mostrarse agresivos contra los que no opinaban como ellos, intentaban conservar sus tradiciones y su cultura, mostrándose fieles súbditos del Emperador y del País del Sol Naciente.

Al terminar la guerra, *Kyoei Kai* desapareció, perdiendo su objetivo de actividad. Los líderes de *Kyoei Kai* formaron *Bokukoku Nikkeijin Kai*, la asociación de los japoneses en México; en 1951, *Bokuto Nihonjin Kai* cobró fuerza, produciéndose enfrentamiento entre estos dos grupos, lo que fue motivo de conflicto en la colonia japonesa de la capital. Aunque en julio de 1959 se fundó la *México Chuo Nikkeijin Kai*, la Asosiación Central de los Japoneses en México, para unificación de los dos grupos, no desapareció completamente el enfrentamiento entre ellos hasta 1960, cuando se fundó la *México Nikkeijin Kai*, la Asociación de los Japoneses en México.

En julio de 1956 se fundó la *Nichi Boku Kyokai*, Asociación México-Japonesa, la cual edificó *Nichi Boku Kaikan* en 1958 con el dinero confiscado a la legación japonesa en tiempos de guerra, que fue devuelto posteriormente por el gobierno mexicano. Finalmente, en 1962 se unificaron *México Nikkeijin Kai* y *Nichi Boku Kyokai* bajo el nombre de *Nichi Boku Kyokai* [49].

A partir de finales de los años 1950, debido al rápido desarrollo económico de Japón, empezaron a afluir las inversiones japonesas en México, y la construcción de fábricas y plantas industriales. Aumentó también la actividad comercial de las compañías japonesas, trasladándose a México muchos empleados desde Japón, destinados temporalmente por sus empresas. Por consiguiente, surgió la necesidad de elaborar un programa de educación para los hijos de los empleados japoneses, y se fundó, en 1966, una escuela. El fondo económico corrió a cargo del gobierno japonés bajo la dirección de la embajada japonesa. Por otro lado, como los emigrantes japoneses de segunda generación tenían mucho interés en el estudio de idioma japonés, en 1965 se fundó la *México Nisei Kai*, la Asociación de Japoneses de Segunda Generación en México. Esta asociación fundó el *Nihon México Bunka Gakuin*, Instituto Cultural Méxicano-Japonés. Y finalmente en julio de 1977, se fundó el *Nihon México Gakuin*, Liceo Mexicano-Japonés, A. C. en el Pedregal de San Angel, donde se imparten cursos, según las normas escolares de ambos países [50].

[49] *Ibid.*, pp. 646-663.

[50] MAINICHI SHINBUN, ed., *Nihon México Gakuin Junen no Ayumi*, Tokyo, Mainichi Shinbun Sha, 1987. Ibid., *Nichi Boku Koryushi*, pp. 701-720.

RESUMEN
México y los emigrantes japoneses

La inmigración japonesa en México comenzó en la última década del siglo XIX con un proyecto cafetalero que fracasó. Siguieron luego intentos de enviar trabajadores migrantes contratados a través de agencias de emigración que introdujeron en México unos diez mil japoneses entre 1901 y 1908; pero los trabajadores huían y México se convirtió en una escala de paso hacia los Estados Unidos. La evolución de los que permanecieron en México y los distintos desarrollos de sus comunidades son analizados hasta el período posterior a la Segunda Guerra Mundial.

SUMMARY
Mexico and japanese inmigrants

Japanese immigration to Mexico began in the last decade of the 19th century with a coffee growing project, and proved a failure. Subsequent attempts of sending contract labor migrants by emigration agencies, which involved 10,000 Japanese emigrants in 1901-1908, were also unsuccessful, and Mexico turned for Japanese emigrants into a short step on their way to the United States. The evolution of those who remained in Mexico and the different developments of the Japanese communities in Mexico is analyzed here until the period after World War II.

INTERNATIONAL MIGRATION REVIEW

A quarterly studying sociological, demographic, economic, historical and legislative aspects of human migration and refugees.

VOLUME XXIX NUMBER 2 SUMMER 1995

Conceptualizing International Labor Migration: A Structuration Perspective
JON D. GOSS and BRUCE LINDQUIST

The Impact of the Involuntary Mass 'Return' to Jordan in the Wake of the Gulf Crisis
NICHOLAS VAN HEAR

Modes of Labor Market Incorporation and Occupational Cost among New Immigrants to Israel
REBECA RAIJMAN and MOSHE SEMYONOV

Economic Integration and Labor Flows: Stage Migration in Farm Labor Markets in Mexico and the United States, CAROL ZABIN and SALLIE HUGHES

Undocumented Aliens and Recognized Refugees: The Right to Work in Costa Rica, JAMES WILLEY

Occupational Mobility among Immigrants: The Impact of Migration on Economic Success in Australia
IAN McALLISTER

The SES Selectivity of Interracially Married Asians
SEAN-SHONG HWANG, ROGELIO SAENZ and BENIGNO E. AGUIRRE

The Interrelation of Fertility and Geographic Mobility in Peru: A Hazards Model Analysis
MICHAEL J. WHITE, LORENZO MORENO and SHENYANG GUO

Towards a Theory of Ethnic Identity and Migration: The Formation of Ethnic Enclaves by Migrant Germans in Russia and North America, TONY WATERS

Using INS Border Apprehension Data to Measure the Flow of Undocumented Migrants Crossing the U.S.-Mexico Frontier, THOMAS J. ESPENSHADE

RESEARCH NOTE

Asians in Small Business in the Russian Far East: A Historical Overview and Comparison with Asians on the American West Coast
VALERI PATSIORKOVSKY, STEPHEN S. FUGITA and DAVID J. O'BRIEN

CONPERENCE REPORT

The Last Half Century of Chinese Overseas (1945-1994): Comparative Perspectives
RONALD SKELDON

Book Reviews · Review of Reviews · Newsletter On Migration · Books Received

Order From:

CENTER FOR MIGRATION STUDIES
209 Flagg Place, Staten Island, New York 10304 - 1199
Tel.: (718) 351-8800 Telefax: (718) 667-4598

EL CASO DE LOS NIKKEIS DEKASEGUIS BRASILEÑOS, PERUANOS, ARGENTINOS, BOLIVIANOS Y PARAGUAYOS EN JAPON

Hisatoshi TAJIMA *

1. La problemática del nikkei dekasegui latinoamericano en Japón

El presente trabajo trata de la problemática del *nikkei dekasegui* latinoamericano que migra a Japón primero como trabajador temporal y, posteriormente, como residente permanente. El término *nikkei* significa (persona) de origen japonés o, más explícitamente, es la denominación genérica dada al japonés que ha emigrado a un país extranjero y a sus descendientes.

Desde el aspecto jurídico-legal, se incluye al cónyuge no *nikkei* en la categoría de «japonés/a y/o cónyuge de éste/a», y el gobierno le otorga inclusive visa de permanencia con el mismo status de un nikkei de tercera generación que es de hasta 1 año de permanencia. Al *nikkei «nisei»* o de segunda generación se le concede la visa con derecho de permanencia en el país, de hasta tres años. Sin embargo en este trabajo no se toma en consideración este aspecto legal.

El término *dekasegui*, (al igual que el término *«nikkei»*) es una palabra muy difundida en los medios de comunicación escrita en Brasil, Perú y Japón, y se refiere a la persona que migra para trabajar con el objetivo de ganar dinero, ahorrar para después regresar. Sin embargo, en razón de que dicho término es usado para indicar trabajadores extranjeros en el país, es necesario explicar más detalladamente el sentido y la connotación de dicha palabra antes de tratarlo en referencia a los *nikkeis*.

El término *dekasegui* significa literalmente en japonés «migrar para ganar dinero». El *dekasegui* es un fenómeno socioeconómico tradicional del Japón y se trata del trabajador migrante estacional. Generalmente designa a

(*) *Faculty of Humanities, Josai International University, Japón.*

los trabajadores migrantes estacionales provenientes de las regiones más pobres del Japón como *Tohoku*, al nordeste del país, *Kyushu* al sur y *Shikoku* al sudeste, quienes durante la estación de invierno, cuando no se puede practicar la agricultura, migran a las grandes ciudades como Tokio y Osaka para trabajar temporalmente en fábricas manufactureras, en la industria de la construcción, en actividades del sector primario, etc. como obreros no calificados, para ya con el ahorro regresar en la primavera. De esta forma se ve que dicho fenómeno no es nada nuevo y nada tiene de particular en la sociedad japonesa. Sin embargo, cuando se designa al *nikkei* latinoamericano como «*dekasegui*» se tiene que reformular el concepto por no tratarse de un japonés común. O sea, el *nikkei dekasegui* latinoamericano tiene ciertos rasgos en común con el trabajador *dekasegui* tradicional japonés en el sentido de que es un migrante temporal. No obstante esto, el *nikkei* no es un trabajador estacional, ni es migrante interno, porque llega a Japón del extranjero en cualquier época del año, ni tampoco es, desde el punto de vista cultural, totalmente japonés a pesar de que mantiene muchas características de la cultura de sus ancestros. Al respecto es necesario tener en cuenta que el *nikkei* nacido en Japón, si bien ha conservado la cultura absorbida antes de emigrar, la ha reinterpretado durante el tiempo transcurrido en el país de radicación y simultáneamente ha absorbido nuevos valores y reglas de comportamiento socioculturales propios de la sociedad receptora. Este proceso marca su diferenciación con los verdaderos japoneses.

Por otro lado, el *nikkei* de segunda generación del Brasil, según Takashi Maeyama, tiende a negar, o por lo menos a alejarse de la cultura heredada de sus padres y abuelos y evita identificarse con ella. Eso probablemente se debe al ambiente socio-cultural de la sociedad receptora, aunque ya no se observa la misma actitud a partir de los de la tercera generación [1].

El fenómeno del *nikkei dekasegui* en Japón ya se había iniciado a comienzos de la década de los 80 en pequeña escala. Sin embargo, es sólo a partir de 1988 cuando su flujo aumenta vertiginosamente. A este incremento contribuye el auge económico del Japón, aunque la razón sea también la crisis económica de sus países de origen. En esa época se observa en el Japón el aumento de trabajadores oriundos de Asia, cuya mayoría es ilegal. En cuanto a ellos, se evitará tocar el tema por no corresponder al objetivo de este trabajo, sin embargo, sería de gran valor consultar al respecto, el trabajo de Kotaro Horisaka.

[1] Para más detalles consultar la obra de TAKASHI MAEYAMA, *Identity and Strategy of the Japanese in Brazil*, en «Latin American Studies», Tsukuba, The University of Tsukuba, 1992, n. 4, pp. 181-219.

2. *Consideraciones metodológicas*

En el presente trabajo se han utilizado algunos conceptos desarrollados por Fredrik Barth en la obra *Ethnic Groups and Boundaries*, en base a estudios sobre distintas minorías étnicas[2]. Además se ha tomado en cuenta la información obtenida a partir de estudios de campo realizados en Japón en las comunidades *nikkeis*, en la sociedad japonesa —como receptora de los *nikkeis dekaseguis* latinoamericanos—, los antecedentes históricos de los *nikkeis* y lo observado empíricamente. Sobre esta base se ha visto que los *nikkeis dekaseguis* de los cinco países latinoamericanos en estudio, que por otra parte se distinguen entre sí en muchos aspectos a ser tratados en los capítulos posteriores, empiezan a formar comunidades entrelazadas por redes socio-culturales funcionales que con el transcurso del tiempo se hacen cada vez más sofisticadas y amplias, tanto desde el punto de vista espacial como de la organización. Este proceso tiene como resultado la formación de comunidades étnicas minoritarias de *nikkeis* dentro del Japón. Las causas y el proceso de formación de dichas comunidades se debe a factores que se pueden clasificar en dos grandes grupos, factores endógenos y exógenos.

Con un enfoque fundamentado en la premisa antes citada, el análisis del trabajo tiene como objetivo esclarecer y explicar el proceso de formación de comunidades étnicas vinculadas culturalmente dentro de una sociedad relativamente homogénea y su probable evolución en la sociedad receptora en un futuro próximo.

3. *Evolución de la población nikkei y origen de la problemática en Japón*

A fines de 1992 vivían en Japón 185.704 trabajadores *nikkeis* de segunda y tercera generación y sus familiares procedentes de los cinco países latinoamericanos con mayor contingente de residentes japoneses y sus descendientes. Si se agrega a ese número el correspondiente a los *nikkeis* de primera generación, aquellos con doble nacionalidad y los de otros países superarían los 190.700. Los cinco países a que se refiere este trabajo son Brasil, Perú, Argentina, Bolivia y Paraguay. El número de residentes en Japón prove-

[2] FREDRIK BARTH, *Ethnic Groups and Boundaries - The social Organization of Culture Difference* -, Bergen-Oslo-Londres, Universitets Forlaget-George Allen & Unwin, 1970. Consultar también la obra de KAZUYA KAWAGUCHI, *Raten Amerikakarano Nikkeijin Shûrosha Mondai -Nihonniokeru «Nikkeijin» To Iumonono Imi*, título en inglés: [*Nikkei Workers from Latin American Countries in Japan: What does «Nikkei» mean in Japanese society?*], en «Tukuba Annals of Sociology», Tsukuba, Tukuba Sociological Society, 1992, n. 4, pp. 72-88.

nientes de estos países son 160.000, 19.900, 4.900, 3.700, 2.200 *nikkeis* respectivamente [3].

De las 47 prefecturas que constituyen Japón, hasta fines de 1991, 69 por ciento de la población *nikkei* se encontraba en las siete prefecturas industriales, o sea, las prefecturas de Aichi, Shizuoka, Kanagawa, Saitama, Gunma, Tokio y Tochigui. Ya a fines de 1992 los *nikkeis dekaseguis* de dichas prefecturas habían disminuido al 64 por ciento del total, notándose la tendencia a su dispersión por todo el país [4].

El crecimiento de la población *nikkei* viene aumentando notablemente a partir de 1990, con la reforma parcial de la Ley de Control de Inmigración y Reconocimiento de Refugiados vigente desde el 1º de junio del mismo año, que facilita la entrada de *nikkeis* al país [5]. De este modo, el contingente de los trabajadores *nikkeis* y familiares de los cinco países que en 1988 fue de 8.450 personas, ascendió a 29.300 al año siguiente, alcanzando los 76.150 en 1990 y, llegando finalmente a la cifra ya citada. Sin embargo, como se observa en la figura número uno, es importante señalar que el crecimiento no es uniforme para todos los países de origen, ni tampoco ocurre en forma homogénea. Además últimamente viene reduciéndose el ritmo de incremento de la población *nikkei* debido a causas tales como la disminución de la oferta de trabajo en Japón con el impacto de la recesión económica y la saturación del mercado de mano de obra no calificada. No se puede olvidar también el factor más importante que es el límite del número de trabajadores *nikkeis* con deseos de emigrar al Japón. Este límite puede ser deducido a partir de la proporción de *dekaseguis* (representado porcentualmente en el cuadro 1), en relación a la población total original.

Paraguay, Bolivia y Argentina tienen mayor número de *nikkeis* de primera generación porque estos tres países han recibido hasta fechas más recientes contingentes de migrantes japoneses. Es importante considerar también que el retorno de japoneses residentes en el exterior no puede ser estimado, pero si los consideramos dentro del grupo *nikkei*, la proporción de los *nikkeis* de primera generación provenientes de Bolivia y Paraguay sería prácticamente

[3] Estimación de población *nikkei dekasegui* y familiares calculada en base a los datos de la División de Registro del Departamento de Control de Inmigración del Ministerio de Justicia sobre Registro de Extranjeros de fecha 12 de diciembre de 1992.

[4] Los datos de 1991 se basan en el *Statistics on Immigration Control*, publicado por *Japan Immigration Association*, Tokio, 1991, pp. 60-79. Las estadísticas de fines de 1992 se basan en el *Annual Report of Statistics on Legal Migrants 1993*, del Departamento del Sistema Judicial e Investigación del Secretariado del Ministro, Tokio, Ministerio de Justicia, 1993, pp. 204-205.

[5] Ley citada en el prefacio del Manual de derechos humanos para extranjeros en Japón en 18 idiomas, Osaka, Asociación de Abogados de Osaka, Akashi shoten, 1992.

CUADRO 1

Población nikkei en Japón de los cinco países más significativos (en miles)

País/Año	1988	1989	1990	1991	1992 (a)	Pob.Orig. (b)	% de a/b
Brasil	6.0	20.0	61.0	120.0	160.0	1.280	12.5
Perú	S/D	5.0	7.5	18.0	19.9	80	24.9
Argentina	2.0	3.5	6.4	8.5	4.9	30	16.3
Bolivia	2	3	6	1.5	3.7	6	61.7
Paraguay	3	5	7	7	2.2	7	31.4
Total	8.5	29.3	76.2	148.7	190.7		

Fuente: FUMIO NAKAGAWA, HISATOSHI TAJIMA, JUAN HARUO INAMINE, KAZUYA KAWAGUCHI, *Nikkeijin Honpô Shûrô Jittai Chôsa Hôkokusho* [Informe del estudio sobre las condiciones de trabajo de los nikkeis latinoamericanos en Japón], Tokio, Kokusai Kyôryoku Jigyôdan, 1992, p. 69.

Nota: Las cifras de los años 1988-1991 comprenden los datos anuales de julio a junio. Los datos de 1992 son estimativas calculadas a partir de los datos del Ministerio de Justicia sobre *nikkeis* de nacionalidad extranjera con Registro de Extranjeros. La población original es la de sus respectivos países de origen. Se ha abreviado las cifras de forma que la suma de los cinco países difiere ligeramente del total. Por ejemplo el caso de 1988 y 1990 para Paraguay es de 250 y 650 personas respectivamente.

igual que la del país originario que es del 55,1 y 35,8 por ciento sobre el total de la población *nikkei* como se ve en el cuadro siguiente. Brasil y Perú tendrán el mínimo, o un poco más de la misma proporción que el del cuadro 2, o sea 7,6 y 4,5 por ciento para cada país. El caso de Argentina es peculiar por haber muchos regresados al país de procedencia, debido a la evolución económica de ese país. Sin embargo por lo menos 33 por ciento de la población *nikkei* en Japón sería de primera generación.

CUADRO 2

Población nikkei de primera generación y proporción sobre el total

País	Brasil	Perú	Argentina	Bolivia	Paraguay
Nikkei 1ª generación	97.350	3.611	11.875	2.150	3.859
% sobre total	7.6%	4.5%	39.6%	35,8%	55,1%

Fuente: Las cifras del cuadro están basadas en KAIGAI ZAIRYÛHÔJINSÛ CHÔSA TÔKEI, *Estadísticas del estudio sobre los japoneses en ultramar*, recopilado y publicado por el Departamento Consular y de Emigración del Ministerio de Relaciones Exteriores del Japón, Tokio, 1992, p. 18.

Con gran porcentaje de la población *nikkei* joven ya en Japón se explicaría el agotamiento de la oferta de mano de obra *nikkei* en sus países de origen.

La única excepción sería Brasil con sus cerca de 700.000 personas económicamente activas, representando por consiguiente todavía un potencial importante de mano de obra *nikkei* a Japón[6]. Este hecho es confirmado por el porcentaje del cuadro 1, donde los *nikkei* en Japón representan sólo el 12,5 por ciento de la población total.

En el caso del Perú, su particularidad se debe a varias razones. En primer lugar, la existencia de reciprocidad consular con Japón hace innecesaria la obtención de visa de entrada a Japón y viceversa a quienes viajan en calidad de turistas. Así muchos peruanos *nikkeis* entran a Japón sin visa y permanecen ilegalmente en el país una vez expirado el tiempo de estancia permitido de tres meses, ampliable sólo por otros tres meses. Otro factor distintivo de

[6] Estudios de la población de descendientes de japoneses residentes en el Brasil 1987-1988, São Paulo, Centro de Estudio Japonés-Brasileño y JICA, 1990.

los *peruanos nikkeis* es la aparición de un considerable número de *nikkeis* con documentos falsificados, o mejor dicho, peruanos sin vínculos de parentesco con japoneses que obtienen documentación como *nikkei* adquirida en forma ilegal. Muchos de ellos, generalmente los hombres, la consiguen comprándola a empresas ilícitas, adquiriendo su adopción por familias *nikkei*, contrayendo matrimonios con personas *nikkei* contra el pago de una comisión ilícita por el hecho, etc. A éstos *nikkeis* Teófilo Altamirano los denomina «*nikkei chicha*»[7]. Se estima que cerca del 40 por ciento de los *nikkeis* procedentes del país andino son chichas[8].

Como hemos visto, la migración de los *nikkeis* latinoamericanos a Japón está llegando a su apogeo, fenómeno que puede observarse en el balance de entradas y salidas de *nikkeis* en los últimos años. En el caso de la población brasileña, la más significativa por su número, alcanza a cerca del 80 por ciento del total. Según datos disponibles de brasileños, peruanos y argentinos, hasta 1987 el número de entradas y salidas se compensaban en poco más de 18.000 personas. Sin embargo, como se observa en el cuadro 3, dicho balance empieza a cambiar a partir de 1988. Ya en ese entonces se inicia la tendencia al aumento de entradas y a la disminución de salidas. En ese año se registran 23.458 entradas contra 20.259 salidas. En 1989 aumenta la diferencia, registrándose casi 40.777 entradas contra 23.671 salidas, en 1990 se observan 84.821 entradas y 33.437 salidas, en 1991 se registran 126.658 entradas y 54.011 salidas y, finalmente, en 1992 106.783 y 79.297 respectivamente. Estas cifras corresponden a personas de las tres nacionalidades ya citadas, sin distinguir entre *nikkei* y *no nikkei*, si se considera que el movimiento de los *no nikkeis* de los tres países es de cerca de 4.000 personas anuales, se concluiría que el movimiento de *nikkeis* de América Latina a Japón y viceversa está estabilizándose en poco más de 190.700 personas[9]. Esto revela que la tendencia de los *nikkeis* pasa a ser de estancia temporal a permanencia prolongada en Japón.

[7] TEÓFILO ALTAMIRANO, *Exodo -peruanos en el exterior»*, Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima, Fondo Editorial, 1992, p. 87.

[8] Según el censo de Amelia Morimoto la población *nikkei* económicamente activa del Perú era de 20.086 personas en 1989, de forma que estimándose que el 40% de los *nikkeis dekaseguis*, o sea 12.400 personas es «chicha», los restantes 18.631 serían «genuinos». Por supuesto que tendría que descontarse el número de miembros de familia que no se incluye en la PEA. Sin embargo dichos números demuestran que, con excepción de Brasil, la población nikkei peruana no representa un proveedor de mano de obra potencial.

[9] Consultar el *Annual Report of Statistics on Legal Migrants 1993*, ...*op. cit.* (4). Sobre la estabilización de la población de *nikkeis* brasileños, el mayor contingente de *dekaseguis*, ver también el *São Paulo Shimbun* de 6 de agosto de 1993.

CUADRO 3

Entradas y salidas de latinoamericanos en Japón, 1987-1992

		1987	1988	1989	1990	1991	1992
Brasil	Entrada	12.126	16.789	29.241	67.303	96.337	81.495
	Salida	11.726	14.325	16.931	24.607	41.389	59.828
Perú	Entrada	1.947	2.045	6.084	11.478	23.989	19.405
	Salida	1.829	1.669	2.449	3.808	6.966	13.534
Argentina	Entrada	4.613	4.624	5.452	6.040	6.332	5.883
	Salida	4.539	4.265	4.291	5.022	5.656	5.935
Total	Entrada	18.686	23.458	40.777	84.821	126.658	106.783
	Salida	18.094	20.259	23.671	33.437	54.011	79.297

Fuente: *Statistics on Immigration Control, Japan Immigration Association,* Tokio, 1991, p. 17. Los datos de 1992 son de *The Immigration Newsmagazine, Japan, Immigration Association,* Tokio, 1993, Nº 73, pp. 40, 49. Las cifras de salidas y de argentinos es del *Annual Report of Statistics on Legal Migrants 1993,* publicado por el Departamento del Sistema Judicial e Investigación del Secretariado del Ministro, Ministerio de Justicia, Tokio, 1993, pp. 6-7, 20-21.

Con la estabilización de la población de *nikkeis dekaseguis* latinoamericanos y el cambio de estrategia, de trabajador temporal a residente permanente, cambia también la problemática.

A mediados de 1991 17% de los *nikkeis brasileños*, 42% de los peruanos, 31% de los argentinos, 35% de los bolivianos y 42% de los paraguayos tenían intenciones de vivir permanentemente en el Japón [10]. Según un estudio hecho por Toyoie Kitakawa en la prefectura de Gunma ese porcentaje es más alto y alcanza al 50.3 por ciento con tendencia mayor entre los de tercera generación [11].

Al mismo tiempo que se observa la estabilización de la cifra de la población *nikkei*, se produce también otro fenómeno peculiar: la migración interna del *dekasegui latinoamericano*. Este movimiento interno ha empezado a tomar dinamismo en Japón. Las causas principales de la migración interna son el aumento de la población *nikkei* en los grandes centros industriales, que ha llegado a la casi saturación, la recesión económica y la disminución de la demanda de mano de obra no calificada, y finalmente una fuerte competencia entre las empresas intermediarias responsables en la contratación de gran parte de los trabajadores *nikkeis* en América Latina, que ha producido una oferta de mano de obra mayor que la demanda del mercado. En el momento de mayor demanda de mano de obra, en 1991, la oferta de empleo llegaba a ser de 4,1 para un trabajador en Oizumi, prefectura de Gunma, en el sector de la pequeña y mediana industria, que es el que emplea a los *nikkeis* [12]. Por otro lado se debe también a una mejor vinculación horizontal entre los *nikkeis dekaseguis* a través del establecimiento de redes de información y comunicación funcionales basadas en amistad, etc., consiguiendo fácilmente información de fábricas y trabajos mejor remunerados. De esta forma cambian frecuentemente de trabajo, en una sociedad que considera la fidelidad a la compañía una virtud y así esto se torna uno de los rasgos que los diferencia y separa de la sociedad japonesa. Estos cambios de trabajo, que el 49 por ciento de los *nikkeis dekaseguis* ha experimentado, significa en forma general, movimiento geográfico y, consecuentemente, fluidez de mano de obra.

Así, el *nikkei dekasegui* empieza a formar primero redes de vinculación para intercambio de informaciones laborales tales como condiciones de tra-

[10] FUMIO NAKAGAWA, HISATOSHI TAJIMA, JUAN HARUO INAMINE y KAZUYA KAWAGUCHI, *Nikkeijin Honpô Shûrô Jittai Chôsa Hôkokusho* [Informe del estudio sobre las condiciones de trabajo de los *nikkeis* latinoamericanos en Japón], Tokio, Kokusai Kyôryoku Jigyôdan, 1992, pp. 134-135.

[11] TOYOIE KITAGAWA, Revista de Sociología de la Universidad Tôyô, Tokio, 1991, p. 167.

[12] NORIKO IDA, *La ciudad de los nikkeijin -little Brazil-*, en «Sekai», Tokio, julio de 1992, n. 570, p. 190.

bajo, salario, vivienda, etc. Pasa más tarde a intercambiar informaciones sobre la vida, costumbres del país, la sociedad japonesa, etc. En una siguiente etapa, empiezan a organizarse en asociaciones de ayuda recíproca como clubes. Luego lanzan informativos periódicos. Posteriormente se inician las actividades económicas intercomunitarias al mismo tiempo que comienzan a preocuparse por las formas de ascenso social e integración en la nueva sociedad.

4. Vida cultural, social y laboral del nikkei dekasegui

Cerca del 70 por ciento de los trabajadores *nikkeis latinoamericanos* son contratados por empresas intermediarias, los contratistas. Dichos contratistas actúan casi al margen de la ley de trabajo japonesa. Dentro de la legislación japonesa estas empresas están autorizadas a encargarse de una determinada sección de trabajo dentro de una compañía, pero no pueden proveer de mano de obra a ésta. Por supuesto que cuando el trabajador es contratado directamente por las compañías, sin pasar por los contratistas, se evita problemas. Pero en razón de costos de contratación y riesgos económico-sociales posteriores que podrían acarrear, muchas compañías optan por trabajadores de empresas intermediarias. Esta situación facilita la actuación de intermediarios deshonestos. La tendencia actual es de controlar esos problemas que, en el caso de Brasil, eran inclusive fomentados indirectamente por la propia legislación brasileña mediante el artículo 206 del Decreto Ley 2848 [13]. Sin embargo, con la reforma reglamentaria que entró en vigor el 16 de julio se facilita la actividad legal de contratistas y se controla mejor las posibles irregularidades que pudieran cometer [14]. Estas se producen algunas veces en compañías que publican avisos con textos como los de la siguiente página.

Además de los problemas de inseguridad ya citados existen otros que hasta el presente momento causan a los *nikkeis dekaseguis latinoamericanos* frustración y angustia en su vida social y laboral en Japón.

[13] Consta en el *São Paulo Shimbun* de fecha 22 de julio de 1933. El texto del Artículo 206, del Decreto Ley n. 2.848, de 7 de diciembre de 1940, del Código Penal dice «(es crimen) engañar trabajadores, para fines de emigración...» y pasa a ser «Reclutar trabajadores, mediante fraude, con el fin de llevarlos para territorio extranjero».

[14] El problema del engaño a *dekaseguis nikkeis* latinoamericanos practicado por enganchadores que actúan tanto individualmente, en grupo o como contratistas, ha recibido mucha atención de los periódicos tanto del Japón, de la colectividad de sus respectivos países de origen y de *nikkeis* de Japón. El *São Paulo Shimbun* de fecha 29 de junio de 1993 ha publicado un artículo sobre eso.

Anuncios publicados en el «São Paulo Shimbun»
de fechas 13 y 14 de julio de 1993

URGENTE

日本の有名企業であなたも働いてみませんか
応募資格－18－28歳までの独身女性。経験の
ある方は優遇致します。
仕事内容－音響製品及びコンピューター用機
器の組み立て。
給　与－**950**円＋プレミオ。平均
月収約**230,000**円。
契約期間－１年以上。
勤 務 地－千葉 埼玉県。(社員寮の設備あり)。

ADMITE-SE MOÇAS NISSEIS E SANSSEIS A TRABALHAREM NUMA DAS MAIORES EMPRESAS NO JAPÃO

— Solteiras, idade entre 18-28 anos. Damos preferêncua p/ quem tem experiência.
— Tipo de trabalho: montagem de aparelho de som e computador.
— Salário: **950 yens** p/ hora + prêmio e hora extra (média mensal de **230.000 yens**).
— Contrato: mímino de 1 ano.
— Local de trabalho: Chiba e Saitama (temos apto. p/ moradia).

****

Contato Sr. Kajimo - **TWENTY FIRST K. K.**
Rua Tamandaré, 693 - cj. 51
Aclimação - S.P. - Tel. (011) 242-0381

NOVA VIDA NO JAPÃO

Somente Mulheres Nikkeis (18-55 anos)
Fabrica de Obentô e Hospital.

Para Viagem **IMEDIATA.**

CONTATO: **(011) 288-0269**

Por ejemplo otro factor angustiante para el *nikkei dekasegui* es la falta de información correcta sobre las condiciones de trabajo, la firma, la forma de contrato, el salario, la vida, el alojamiento, los servicios médicos, etc., en mayor parte por negligencia del contratista [15]. La desinformación y en algunos casos la mala información, intencionada o no, se debe al hecho de que la empresa intermediaria que los contrata, no es en general la compañía en donde van a trabajar, como hemos visto anteriormente.

Con poca información sobre las condiciones de vida y trabajo en Japón el *nikkei dekasegui* se encuentra con una serie de problemas, tales como los que se observan en el cuadro 4.

El 81 por ciento de los *nikkeis* viven en apartamentos o pensiones proporcionados por el contratista. Ahí forman pequeños agrupamientos humanos de entre 4 a 30 individuos dependiendo del tamaño del apartamento. En general una habitación debe ser compartida entre 2 a 4 personas, sufriendo la falta de privacidad, que es proporcionalmente más alta entre *nikkeis brasileños* y *peruanos*, de relación con vecinos, la soledad y la falta de amigos. Esto último se debe más al hecho de que el 40 por ciento de los *dekaseguis* sean solteros, o en el caso de los casados, estén separados de la familia. Son los brasileños y peruanos quienes sienten más la falta de la familia. Por otro lado los bolivianos y paraguayos, más asimilados a la sociedad japonesa, sienten el problema en forma relativamente menor. Un factor importante es la existencia de un gran porcentaje de *nikkeis* de primera generación entre los bolivianos y paraguayos, cuya proporción llega al 28 y 16 por ciento respectivamente en contraste con los poco más del 5 por ciento de brasileños y menos del 1 por ciento de peruanos, y un mayor domínio del idioma japonés. El paraguayo, boliviano y hasta cierto punto el argentino se encontraban más en contacto con la cultura japonesa actual en el medio socio-cultural al que pertenecían antes de la llegada a Japón, en comparación con los brasileños y los peruanos.

Los problemas de alimentación, de diferencias de costumbres, la sensación de ser incomprendido por los japoneses, las dificultades de relación con los compañeros de trabajo, con los supervisores y jefes, etc. son sentidos por muchos *nikkeis dekaseguis*. El último problema y el problema del «*ofuro*», baño público, son más señalados por los brasileños que por los peruanos.

Los *nikkeis* procedentes de países con patrones de consumo relativamente más bajos como Paraguay y Bolivia, sienten más el problema de costo de vida en Japón. El ingreso mensual promedio del *nikkei dekasegui* a mediados de 1991 era de 336.600 yens, cerca de 2.800 dólares para hombres y 204.400 yens, 1.700 dólares para mujeres según el tipo de cambio de la época. Otro factor determinante del descontento está relacionado con el nivel educativo alto de los peruanos y brasileños comparados con el de los otros tres países,

[15] F. NAKAGAWA, H. TAJIMA y otros, *Nikkeijin Honpô...*, *op. cit.* ([10]), pp. 108-109.

y la profesión que ejercían antes de la venida a Japón. El 53 por ciento de brasileños y el 43 por ciento de peruanos eran empleados de oficina, o en otras palabras ejercían trabajos intelectuales. Esa proporción es del 30 por ciento para los argentinos, 22 por ciento para los bolivianos y 33 por ciento para los paraguayos. Por otro lado los que se dedicaban a la agricultura era solamente el 6 por ciento entre los brasileños, 1 por ciento entre los peruanos, 4 por ciento entre los bolivianos y 24 por ciento entre los paraguayos. El 21 por ciento de los agricultores argentinos se refiere más específicamente a floricultores suburbanos.

Muchos de los *nikkeis* se dedicaban al comercio minorista en su país de origen. Las diferencias señaladas en cada grupo *nikkei* determinan diferentes formas de adaptación, asimilación o «integración» a la sociedad receptora y, también diferencias en los hábitos de la vida cotidiana y de consumo, causadas a su vez por factores como el nivel de educación. En el caso del Perú, los *nikkeis* con nivel universitario llegan a más del 30 por ciento, Brasil entre el 23 y el 30 por ciento. Dicha proporción ya es menor entre los *nikkeis bolivianos* y *paraguayos* [16].

En promedio, el 10 por ciento de los encuestados manifiesta problemas laborales. Sin embargo, las estadísticas indican que en forma general, para muchos *dekaseguis* el trabajo no es desconcertante ni problemático porque el 75 por ciento se siente satisfecho con el empleo. El 7 por ciento se siente descontento y los otros o no saben o están conformes. Quizás el problema más agudo para los *dekaseguis* sea la imposibilidad de regresar a su país actualmente por la situación económica en América Latina. Con excepción de los *nikkeis bolivianos* y *paraguayos* uno entre cuatro personas siente esa angustia [17].

Por otro lado, el trabajo realizado por Hiroyuki Nomoto en febrero de 1993 revela además que de los 325 *nikkeis* entrevistados, 228 enfrentan problemas o tienen preocupaciones. De estos últimos al 24 por ciento les preocupan la discriminación y el prejuicio de los japoneses contra los *nikkeis*.

Quizá por causas psicosomáticas, cambio de medio ambiente socio-cultural, de alimentación, etc., el 45 por ciento de 177 personas con preocupaciones médico-sanitarias muestran síntomas de caída capilar.

[16] HISATOSHI TAJIMA y otros, *Heisei Yonendo Nikkeijin Honpô Shûrôsha Jittai Chôsa Hôkokusho* [Informe de 1992 del estudio sobre las condiciones de trabajo de los *nikkeis* latinoamericanos en Japón], Tokio, Kokusai Kyôryoku Jigyôdan, 1993, pp. 3-5.

[17] Desde la perspectiva del estudio de salud mental del trabajador extranjero, incluyéndose el *nikkei*, existen varios trabajos. Uno de ellos es el estudio de HIROSHI INAMURA, IEHIYO MATSUZAKI, SATOMI NAKAJIMA y otros titulado *Gaikokujin Rôdôshano Seishinhokenni Kanzuru Kenkyû* [Estudio sobre salud mental del trabajador extranjero], Tsukuba, Instituto de Medicina Social de la Universidad de Tsukuba, 1992.

CUADRO 4

Lo que el nikkei considera «problema» en la vida cultural, social y laboral

	Brasil	Perú	Argentina	Bolivia	Paraguay
1. VIDA COMUNITARIA, SOCIAL					
(a) El idioma japonés	54%	87%	61%	22%	22%
(b) Las costumbres japonesas	33%	22%	26%	13%	12%
(c) La alimentación japonesa	26%	15%	14%	9%	3%
(d) El vecindario y sus habitantes	11%	6%	6%	9%	12%
(e) El alojamiento	15%	17%	15%	17%	30%
(f) Falta de privacidad	24%	19%	15%	13%	9%
(g) Soledad y falta de amigos	24%	13%	15%	9%	6%
(h) Falta de comodidad del hogar	24%	13%	17%	22%	12%
2. REUNIONES SOCIALES, FIESTAS, ENTRETENIMIENTOS					
(a) Falta de tiempo libre/distracción	26%	27%	25%	22%	36%
(b) Falta de reuniones sociales/fiestas	27%	21%	17%	22%	40%
3. EDUCACION, DESARROLLO DE HABILIDADES					
(a) Sentirse incomprendido por los japoneses	18%	18%	13%	4%	12%
(b) Sentir que no desarrolla sus habilidades	24%	40%	30%	9%	18%
(c) La educación de hijos en Japón	5%	4%	9%	4%	12%

CUADRO 4 *(continuación)*

	Brasil	Perú	Argentina	Bolivia	Paraguay
4. FACTOR ECONOMICO, BIENES, SALARIO					
(a) El alto costo de vida	28%	19%	22%	52%	46%
(b) La seguridad de sus bienes	4%	5%	5%	4%	0%
(c) La remuneración que percibe	19%	22%	16%	13%	3%
5. CONTRATO DE TRABAJO, VIDA LABORAL					
(a) Las condiciones de trabajo	12%	9%	5%	13%	0%
(b) Relaciones c/ compañeros de trabajo	14%	6%	9%	4%	6%
(c) Relaciones con supervisores/ jefes	10%	6%	5%	13%	18%
(d) Relaciones con el contratista	13%	12%	12%	13%	3%
6. SALUD					
(a) La salud física	14%	11%	21%	4%	12%
(b) Los servicios higiénicos y el ofuro= (baño público)	13%	8%	5%	4%	0%
7. OTROS PROBLEMAS					
(a) La separación de la familia	55%	52%	44%	30%	33%
(b) Falta de motivación en el trabajo	16%	18%	13%	13%	3%
(c) La visa y los documentos	5%	6%	7%	0%	0%
(d) La manera de remesar dinero a la familia	7%	4%	10%	0%	3%
(e) Imposibilidad de regresar a su país dada la situación allá	23%	29%	29%	17%	6%

Los datos son del trabajo llevado a cabo a mediados de 1991 por un grupo de investigación del cual participa el autor en base a una muestra de 1.027 casos.

Pero a pesar de los problemas de adaptación, integración o asimilación que enfrentan en Japón, muchos de los *dekaseguis* tienden a radicarse permanentemente en el país [18]. Eso se puede observar por el número de *nikkeis* que pasan a ser contratados directamente por las compañías, liberándose de los intermediarios contratistas, y en iguales condiciones a los trabajadores japoneses. Se puede observar también una movilidad horizontal en el mercado de trabajo, los migrantes pasan de fábricas manufactureras o de la construcción, al área de servicios. De entre aquellos *nikkeis* que dominan el idioma y con especialización algunos ya pasan del trabajo no calificado al trabajo intelectual.

Esa movilidad de la mano de obra *nikkei* se debe al hecho de que después de una difícil fase con amargas experiencias en el país, empiezan a formar una red de vínculos socio-culturales en su grupo, hecho confirmado por el alto porcentaje de *nikkeis* que leen periódicos publicados en sus círculos, en portugués o español. Esa proporción alcanza el 80 por ciento en el caso de *nikkeis brasileños*. Sin embargo, la mayor parte de los *dekaseguis* consiguen la información necesaria sobre la vida en Japón a través de fuentes informales como familiares o amigos *nikkeis*. Son pocos los que obtienen información por medios formales como la radio, la televisión, o en iglesias, de amigos japoneses o de personas de la empresa contratante [19].

5. Factores endógenos en la diferenciación

Entre los *nikkeis* y la sociedad receptora existe una diferenciación que crea una especie de frontera no visible bastante flexible y dinámica, moviéndose según el momento, la ocasión, el lugar y la conveniencia. Fuentes endógenas y exógenas modelan esa diferenciación que contribuye a la formación de estereotipos o prejuicios. Es importante subrayar también que esa diferenciación existe entre los grupos *nikkeis*, notablemente entre los dos grupos más grandes, los *nikkeis brasileños* y *peruanos*.

[18] Para más detalles sobre el tema de la permanencia e integración del trabajador extranjero, así como del *nikkei dekasegui* en Japón se sugiere consultar las obras de HIROSHI KOMAI, *Gaikokujin Rôdosha Teijûeno Michi*, con título en inglés [Live Together with Immigrant Workers], Tokio, Akashi Shoten, 1993. HIROSHI KOMAI, TAKAMICHI KAJITA y otros, *Taminzoku Shakaieno Chôsen* [Desafío para la transformación en sociedad multiétnica], en «Sekai», Tokio, octubre de 1992, n. 572, pp. 48-112.

[19] HIROYUKI NOMOTO y otros, *Informe del estudio sobre la vida y aprendizaje de la lengua japonesa del trabajador nikkei y su familia en el conjunto habitacional Homi*, Toyota, febrero de 1993.

La existencia de la diferenciación entre *nikkeis* y japoneses, en sentido general, es la causa principal de la formación de comunidades *nikkeis* en Japón.

Veamos algunas formas y causas de diferenciación endógena para posteriormente ver sus consecuencias.

Los factores endógenos de índole socio-cultural, surgen a partir de la necesidad del mantenimiento de vínculos culturales y de identidad con la sociedad de origen, a la cual no dejan de pertenecer.

La comunidad a que se hace referencia aquí, no es un ente geográficamente compacto en forma de enclave cultural, en el sentido que le da Teófilo Altamirano en sus estudios sobre los peruanos en el exterior. Ni es la presencia y continuidad de la cultura peruana sostenida por los hijos de personas de dicha nacionalidad latinoamericana nacidos en el extranjero quienes culturalmente sienten pertenecer a ella [20].

Aquí el término «comunidad» es usado en el sentido de vinculación socio-cultural de los miembros de un grupo de *nikkeis* de la misma procedencia que a través de distintas formas de actividades socio-culturales formales e informales, conscientes e inconscientes, mantiene, expande y reinterpreta la identidad socio-cultural propia de éste. La actividad inconsciente está compuesta por una serie de simbologías sólo identificables por las personas nacidas y socializadas en un medio socio-cultural común.

Una forma de identificación de los integrantes de una comunidad socio-cultural es el hábito de frecuentar restaurantes de comida brasileña o peruana, según el país de origen —la comunidad argentina, boliviana o paraguaya no cuenta con ese tipo de establecimiento—. Dichos establecimientos ofrecen elementos que más influencia tienen sobre los jóvenes *nikkeis dekaseguis*, que en mayoría absoluta son jóvenes del estrato etario de los 20 y los 30. La función de dichas casas comerciales excede su objetivo inicial como simples locales de almuerzo o cena para convertirse en un recinto de intercambio de informaciones. Ahí cuentan con periódicos, revistas del país de origen o publicados especialmente para el mercado de *dekasegui*. También es el lugar de encuentro con amigos del país, sirve como centro de relajación mental, de «*feed back*» de identificación con los valores culturales de la sociedad de origen, etc.; la proyección de videos con programas de televisión en portugués o español de Brasil o Perú ayuda a recrear un ambiente socio-cultural inteligible e identificable para el *nikkei*. Además los dueños, las mozas o mozos, son originarios de su país, el ritmo de vida en estos medios es el de Brasil o Perú. O sea, según términos de Altamirano allí rige la «hora latina» y no el ritmo frenético del Japón. En ese medio todos los cinco sentidos, la audición con la televisión que exhibe videos de su país en volumen alto —en Japón no se acostumbra elevar el volumen—, la visión con las propagandas, anuncios y

[20] TEÓFILO ALTAMIRANO, *Exodo...*, *op. cit.* (7), p. 183.

avisos de toda especie pegados en las paredes escritas sobre asuntos inteligibles en «lengua franca», el olfato con el olor de la comida conocida, el sabor de los alimentos latinos acostumbrados, el trato de los amigos alrededor dando palmadas en las espaldas de uno posibilitando el «*skinship*», conducta evitada en la sociedad japonesa. Así el *nikkei* se ve insertado en un ambiente latino identificable e inteligible.

Otro medio de mantener el vínculo con la cultura original es el radio casete, aparato electrónico adquirido luego de la llegada a Japón, con el que escuchan la música de su país. El porcentaje de posesión de dicho equipo es del 79 por ciento entre los *nikkeis dekaseguis* peruanos, mientras el promedio entre los japoneses es del 74 por ciento [21].

Los *nikkeis* de Brasil y Perú poseen muchos «*ethnic media*» en Japón cuyo repertorio varía desde periódicos como *International Press* en portugués a pequeñas revistas como *Latinos* en ambos idiomas, folletos como el quincenal *El Peruano Japonés* en español, boletines de asociaciones como el *Waji Waji Shinbun* en español, etc., cargadas de noticias de sus respectivos países. Esto hace posible la fluidez de información por medios formales y contribuye a la comunicación interna en cada comunidad *nikkei*, y en forma muy limitada, intercomunicación entre los *nikkeis* de diferentes nacionalidades. Sin embargo la existencia de estos medios informativos no alcanza a satisfacer la necesidad de información sobre Japón, sentida por muchos *nikkeis*. Informaciones éstas de índole cultural, sobre eventos recreativos, entretenimientos o formas de utilización de servicios públicos, así como de sus derechos en el país —especialmente la relativa a leyes de trabajo— [22]. Es importante citar el lanzamiento de *Páginas Amarillas* en portugués y español.

Se observa también muchos hábitos, costumbres o tipos de comportamientos comunes distintivos de su país de origen que son, muchas veces, antagónicos o que tienen significados negativos en términos de los valores de la sociedad receptora. Negativo en el sentido que no están acordes a los «buenos» usos y costumbres japonesas como por ejemplo el uso de la camisa abierta hasta el pecho, de hombres que usan pulseras o adornos, así como ropas con colores llamativos, etc., comportamientos como las pláticas en la calle en grupo, el gesticular exageradamente, el hacer promesas y compromisos incumplibles, etc. Muchas veces el perfume que usan es de fuerte aroma. El estilo de maquillaje en las mujeres, especialmente el uso de las sombras de los ojos resaltando los trazos alrededor del ojo, todo ello hace posible la

[21] Datos del trabajo presentado por CHIKAKO YAMAWAKI en la 14a. Convención Nacional de la Asociación de Estudios Latinoamericanos de Japón llevado a efecto el 12 y 13 de junio de 1993 con el título *Perû Shusshin Nikkeijin Shûroshano Seikatsukôzô* [Estructura de vida de los trabajadores *nikkeis* peruanos], Osaka.

[22] F. NAKAGAWA, H. TAJIMA y otros, *Nikkeiji..., op. cit.* ([10]), pp. 130, 146. Y H. TAJIMA y otros, *Heisei Yonendo..., op. cit.* ([16]).

«distinción» visual de los *nikkeis*. Además muchos *nikkeis*, especialmente los de origen peruano, tienen características somatológicas diferentes del japonés, quizá por el mayor grado de mestizaje, cuya proporción llega al 30% en relación con el 10% de la brasileña, 12% de la argentina, 22% de la boliviana y 24% de la paraguaya [23].

En la vida social se notan algunas diferencias fundamentales entre las cinco nacionalidades.

Los *nikkeis* peruanos poseen más coordinación y están mejor organizados, por lo que el proceso de formación de la comunidad está más adelantado entre éstos. Los peruanos de la región de Tokio, área que concentra el número mayor, cuentan en Kawasaki con la *Asociación Nikkei Perú* de Japón, responsable de la organización de cinco grandes eventos anuales. Dichos eventos son el torneo de fútbol, la conmemoración del día de la independencia, la fiesta del año nuevo, la fiesta del día de la madre, los torneos de karaoke y juegos de bingo, además de otros eventos menos relevantes.

Los brasileños no cuentan con una organización centralizada. Forman equipos de fútbol en forma aislada con poca o ninguna conexión con *nikkeis* de su misma nacionalidad de diferentes regiones del Japón. Tampoco tienen clubes regionales, a pesar de que periódica y aisladamente organizan fiestas bailables los fines de semana generalmente con el apoyo de las firmas contratantes.

Sin embargo, es importante señalar que con la difusión de restaurantes brasileños por *nikkeis* se nota un fenómeno interesante en el comportamiento del *dekasegui* de esta procedencia. Por las noches y notablemente los fines de semana los restaurantes pasan a ser punto de encuentro, de reuniones sociales de *nikkeis brasileños*, de forma que la zona alrededor del establecimiento, cerca de cuatro cuadras, se llena de *nikkeis* de variado estrato etario. Los jóvenes así como los señores de edad los utilizan para reunirse con amigos o, en caso de los solteros, para buscar compañeros y compañeras, etc., transformando la región en un ambiente brasileño, que actúa como sitio para el desahogo y aliento al trabajador alejándose de la sociedad japonesa envolvente.

Los *nikkeis argentinos* no cuentan con ningún tipo de asociación, ni tampoco los paraguayos, aunque éstos han organizado equipos de fútbol.

Los *dekaseguis bolivianos*, que prácticamente son todos originarios de las Colonias Okinawa y San Juan de Yapacaní en el Departamento de Santa Cruz cuentan con una Asociación, responsable por la organización de fiestas bailables.

La vinculación de los *nikkeis* con sus vecinos es muy escasa, participando muy poco de las actividades comunitarias de la zona donde residen. Eso es a causa también de la falta de amigos, como se puede comprobar en el estudio

[23] F. NAKAGAWA, H. TAJIMA y otros, *Nikkeijin...*, *op. cit.* (10), p. 93.

de *Kaigai Nikkeijin Kyokai*, en donde el porcentaje de *nikkeis* que no tienen ningún amigo, o cuando tienen son muy pocos es sorprendentemente alto. En el caso de los paraguayos y hasta cierto punto los bolivianos, ellos tienen más facilidad de integración, o quizá mejor, de asimilación a la sociedad japonesa y consecuentemente esa proporción es relativamente menor. En el caso de *nikkeis brasileños*, el porcentaje de los que sienten la falta de amistad llega al 89 por ciento, en el de los peruanos al 87 por ciento, argentinos al 80 por ciento, bolivianos al 65 por ciento y paraguayos al 49 por ciento. El mejor desempeño, en este caso, de los *nikkeis paraguayos* y *bolivianos* se debe al mejor dominio del idioma japonés, y por estar más cerca culturalmente del Japón actual. Por supuesto que las causas de la falta de amigos tanto en la vecindad como en el trabajo no se debe solamente a los *nikkeis*, sino que mucho se debe también a los propios japoneses. De forma que este problema es endógeno y exógeno al mismo tiempo. Obsérvase también que el 80 por ciento de los *nikkeis dekaseguis* recurren a parientes o amigos del país de origen cuando tienen problemas y solamente el 17 por ciento a la empresa y sus empleados [24]. De ahí que los vínculos de amistades se hagan más estrechos, y su círculo más reducido.

Otro punto interesante para señalar es que el grado de vinculación del *nikkei dekasegui latinoamericano* con sus parientes del Japón es muy escaso para muchos, 84 por ciento de los *nikkeis brasileños* tienen muy poco o ningún vínculo. Ese porcentaje asciende al 88 por ciento en el caso de los peruanos, 84 por ciento para argentinos, 70 por ciento para bolivianos y 64 por ciento para paraguayos. Por otro lado el porcentaje de los que tienen relaciones estrechas o muy estrechas es solamente del 14, 10, 12, 22, 33 por ciento respectivamente [25]. Aquí también se nota que entre el paraguayo y hasta cierto punto el boliviano se observa mejores relaciones con sus parientes japoneses que en el caso de los otros tres países.

En la vida laboral se observan algunos hábitos y comportamientos distintos como el cambio frecuente de empleo, no demostrando, según la visión de los contratistas o empleadores japoneses, «fidelidad» en el contrato de trabajo a pesar de que en ese tipo de trabajo es común aún entre los japoneses el cambio frecuente de empleo. La falta de dominio del idioma japonés es causa de problemas para ambos. En el caso del contratista, éste no comprende por qué un *nikkei* descendiente de japoneses con «cara de japonés» no pueda hablar su misma lengua y por qué el comportamiento es «raro». Muchos japoneses tienen la impresión de que carecen de «buenos modales» establecidos en la sociedad. Al *nikkei* le sorprende que el contratista japonés no entienda que los *nikkeis* son extranjeros, con excepción de los de la pri-

[24] *Ibidem*, p. 129.

[25] *Ibidem*, p. 131.

mera generación, con una cultura diferente a la japonesa [26]. Por esa y otras razones el *nikkei* participa poco de las actividades socio-culturales como viajes, juegos de béisbol, etc., promovidos por la firma mostrando pocos deseos de «integración» a su vida cultural, y a la de la comunidad local japonesa en general.

6. *Factores exógenos y respuesta de la sociedad japonesa*

En lo que concierne a factores exógenos de la diferenciación, se observa que hay poco contacto cultural de parte de la sociedad receptora a nivel personal, o sea de la sociedad japonesa con los *nikkeis*. Sin embargo, ya a nivel de gobierno local, en regiones con gran concentración de población *nikkei* como Oizumi-machi en la prefectura de Gunma, Yokohama en Kanagawa, ciudades en los alrededores de la fábrica automotriz Toyota en Aichi, etc., los gobiernos municipales organizan clases de japonés para los interesados *nikkeis*, prestan servicios de ayuda a éstos, publican folletos en lenguas extranjeras, entre ellas el portugués y el español, sobre eventos culturales, etc. El caso de Oizumi, una región industrial a 80 km. al norte de Tokio está muy avanzado en servicios de asistencia culturales y trabaja organizando sistemas de informaciones culturales al recibir al *nikkei* en su ciudad. La municipalidad de Oizumi, así como las firmas contratantes, inclusive contribuye a la organización de desfiles de carnaval anualmente a comienzos de agosto, verano en Japón, con gran participación de *nikkeis* principalmente brasileños [27]. En el área educativa, la secretaría de educación de la ciudad contrata profesores para atender a los hijos de *nikkei dekasegui* y enseñarles el idioma creando una clase especial para ellos. Pero por otro lado, se encuentran casos

[26] *Ibidem*, pp. 147-149. Y H. TAJIMA y otros, *Heisei Yonendo...*, *op. cit.*

[27] Sobre la región de *Oizumi-machi* existen dos estudios minuciosos llevados a cabo por investigadores de la Universidad Tôyô y la Universidad Meiji-Gakuin. Para mayores detalles se sugiere consultar la obra de TOYOIE KITAGAWA, *Gunmaken Oizumi-machiniokeru Nikkeijin Rôdôshano Hiaringu Chôsa -Eijûkashikôto Ukeire Kibanseibi* [Estudio de entrevista a los trabajadores *nikkeis* de *Oizumi-machi* en la prefectura de Gunma -el cambio a la residencia permanente y formas de aceptación-], en «Revista de Sociología de la Universidad Toyo», Tokio, marzo de 1991, n. 28-2; MASAKO WATANABE y SHIZUE MITSUYAMA, *Burajirukarano Nikkei Dekasegui Rôdôshano Jittaito Nihonshakaino Taiô* [El trabajador *nikkei dekasegui* y la repuesta de la sociedad japonesa], en «Colección Meiji Gakuin», Tokio, marzo de 1992, n. 499. La misma autora tiene otra obra escrita en colaboración con diversos investigadores. *Nikkei Dekasegui Rôdôshano Kyûzôni Tomonau Nihon Shakaino Taiôto Mosaku* [La búsqueda de respuestas y alternativas al aumento del trabajador *nikkei dekasegui*], en «Revista del Centro de Investigación Anexa al Departamento de Sociología de la Universidad Meiji Gakuin», Tokio, marzo de 1992, n. 22.

en las zonas más conservadoras del interior del Japón como en algunas partes de Shikoku, de escuelas que no aceptan estudiantes hijos de *dekasegui* alegando que no tienen tradición ni experiencia en la admisión y educación de los extranjeros.

El gobierno de Oizumi-machi además de hacer esfuerzos para aumentar el grado de participación de los *nikkeis* en la vida socio-cultural de la ciudad, se dedica también a fomentar las relaciones entre la comunidad japonesa local y los *nikkeis*. Sin embargo, es importante subrayar que aún en esa ciudad, en donde los *nikkeis* aparentemente se encuentran bastante integrados socio-culturalmente a la comunidad local se verifica un problema fundamental que es muy común en la sociedad japonesa. No obstante el esfuerzo por parte del gobierno y del gremio de las industrias locales, se encuentran muchas dificultades y barreras al buscar alojamiento para los trabajadores *nikkeis*. Por dicha causa el gremio de empresas locales, compuesto por más de 72 industrias, ha sido forzado a construir viviendas para los *nikkeis*, dado que muchos miembros de la comunidad local se niegan a alquilar viviendas por tratarse de extranjeros [28]. Esto significa en otras palabras que el miembro de la sociedad japonesa considera a los *nikkeis* personas de costumbres ignoradas e ininteligibles. Inclusive, el contacto, la vinculación directa de los vecinos de la ciudad con el *nikkei* y viceversa en la vida cotidiana es muy escaso. Vemos ahí la existencia de una barrera infranqueable, un punto de fricción entre dos comunidades con valores diferentes.

La sociedad local ha creado así un estereotipo negativo del *nikkei*, viéndolo como un «japonés imperfecto».

En las empresas que emplean al *nikkei dekasegui latinoamericano* se observaba en el inicio que tanto entre los dueños de firmas como entre los trabajadores japoneses prevalecía dicho estereotipo. Ya en una encuesta reciente se notan modificaciones de esta visión, ahora se lo ve en forma más positiva, abandonando el estereotipo inicial, a pesar de que la sociedad japonesa en forma general aún lo conserva. Las empresas consideran al *nikkei* un trabajador dedicado, trabajador paciente que inclusive sirve de ejemplo a sus

[28] Comentario del presidente del Gremio de Medianas y Pequeñas Empresas de Oizumi en entrevista con el autor el Octubre de 1992.

[29] Trabajo presentado por KAZUYA KAWAGUCHI en la 14ª Convención Nacional de la Asociación de Estudios Latinoamericanos de Japón el 12 y 13 de junio de 1993 con el título *Rainichi Nikkeijin Shûrôshano Shûrômondai -Shutokenni Okeru Nikigyôno Taiô: Koyôshato Nikkeijin Jûgyôinno Shitenkara* [Problema laboral del trabajador *nikkei* en Japón - El caso de dos empresas de la región metropolitana de Tokio: desde el punto de vista del contratante y los empleados japoneses], Osaka.

empleados japoneses [30]. En cuanto a este punto, se calcula que el *nikkei* de sexo masculino trabaja un promedio de 2.757 horas anuales y las mujeres 2.530 horas, en contraste con las cerca de 2.000 horas del promedio japonés que de por sí ya es el más alto del mundo. También muchos *nikkeis* cambian de trabajo cuando no hay horas extras o si las hay, éstas son escasas. Según datos del «Estudio sobre costo social al aceptar trabajadores extranjeros» el 49 por ciento de las empresas que contratan *nikkeis dekaseguis* consideran que éste desempeña su función igual que el japonés, casi el 20 por ciento que es un poco mejor, más del 7 por ciento le considera muchísimo mejor, sólo cerca del 22 por ciento lo cree un poco peor que el japonés por lo que se percibe el cambio de imagen y evaluación del *nikkei* en el medio laboral. Hacia 1991 ya muchas compañías que hasta entonces los veían como mano de obra temporal pasan a cambiar de estrategia considerándolos trabajadores permanentes, mejorando su participación en el proceso productivo y ofreciéndoles cursos de capacitación [31].

El promedio del tamaño de empresas que utilizan la mano de obra *nikkei* es de 410 trabajadores, consideradas en los patrones de la industria japonesa como mediana empresa. De dicho promedio el 26.9 por ciento de las empresas poseen de 50 a 99 empleados, el 28.4 por ciento de 100 a 299, el 14.8 por ciento más de 300 y, sólo una cuarta parte tiene menos de 50 empleados llegando a ser prácticamente nula la presencia de *nikkeis* en firmas de menos de 9 empleados.

En las firmas de porte mediano la presión de asimilación a la vida social o laboral japonesa es muy poca. En contraste con esto, en las microempresas —según patrones japoneses, empresas con menos de 50 empleados, generalmente manejadas personalmente por el propietario, y donde prevalece el sistema patriarcal de administración—, la presión a la asimilación de los *nikkeis* al medio laboral y social japonés es muy grande. Esta situación fuerza a los *nikkeis* a retraerse a su medio *nikkei* como reacción a la presión, o entonces cambiar de empleo por otro de mejor condición.

Para finalizar, la sociedad receptora japonesa sólo ha estado observando la evolución de la situación. Sin embargo, esporádicamente, surgen rumores de agresiones a mujeres japonesas por parte de *nikkeis* en varias regiones del

[30] No obstante la alta productividad del *nikkei* en el trabajo y su contribución a la sociedad japonesa existen estudios llevados a cabo con premisas dudosas sobre el costo social del trabajador extranjero y especialmente del *nikkei* latinoamericano como el *Gaikokujin Rôdôsha Ukeireni Tomonau Shakaiteki Kosutoni Kansuru Hôkokusho* [Informe del estudio sobre el costo social del trabajador extranjero en el Japón], Tokio, Nihon Sogo Kenkyusho, marzo de 1992. La parte de entrevistas a las empresas que emplean mano de obra *nikkei* es valiosa. Consultar también el *Nihon Keizai Shinbun* [Diario Económico del Japón] de 7 de diciembre de 1992.

[31] Artículo del *Nihon Keizai Shinbun* [Diario Económico del Japón] de 19 de agosto de 1991.

Japón. Estos se ven agravados por el temor, la desinformación y sobretodo por el estereotipo creado en la sociedad sobre los *nikkeis*. Todo esto está contribuyendo al círculo vicioso de creación de imágenes negativas mutuas y creando barreras a la integración de los *dekaseguis* a la sociedad receptora [32]. En medio de semejante ambiente social surgen, de vez en cuando, actos conflictivos como la prohibición del acceso de *nikkeis* a establecimientos recreativos.

A su vez, entre los *nikkeis*, principalmente de la región de Nagoya se está difundiendo, la idea (fundamentada o no es incierto) que en varios establecimientos comerciales locales se les niega el acceso mediante avisos pegados en la entrada. Existen rumores de que en ciertas tiendas se advierte por parlante a sus clientes japoneses sobre la presencia de *nikkeis* en el establecimiento para que cuiden sus pertenencias. Otras creen que hay anuncios murales en la ciudad que les invitan a irse del país por haber finalizado su rol en Japón.

7. A modo de conclusión

Wayne Cornelius ha dicho que «Japón se encuentra en la encrucijada de ser un país sin inmigrantes para pasar a ser uno con considerable presencia de trabajadores extranjeros y sus descendientes en ciertos sectores de la economía, en ciertas regiones, ciudades, y vecindades» [33].

Si en esta previsión estuviera incluida la formación de comunidades de extranjeros, incluyendo la del *nikkei*, todas armoniosamente integradas a la sociedad japonesa, se lograría la formación de una sociedad multiétnica y pluricultural ideal.

Sin embargo lo que se presencia actualmente en Japón es la formación de comunidades *nikkeis* con vínculos culturales por país e incluso por región de origen (esto último en el caso de Brasil), condicionadas por valores socioculturales adquiridos durante el proceso de socialización de los miembros de cada grupo en sus respectivas sociedades de origen.

[32] El más famoso, y muy divulgado en el país, es el caso de la ciudad de Moka al norte de Tokio, donde sin fecha precisa en 1991 presumiblemente fuera estuprada una mujer delante del marido. Tras la investigación policial se llegó a la conclusión de que era un rumor falso.

[33] Original del discurso pronunciado por WAYNE CORNELIUS en la 14ª Convención Nacional de la Asociación de Estudios Latinoamericanos de Japón el 12 de junio de 1993 bajo el título *Controlling Latin American Migration to Industrialized Countries: The U.S. and Japanese Experiences*, Osaka, p. 3.

Por supuesto que, como se ha visto, la formación de comunidades culturales especialmente esparcidas por el territorio japonés pero cerradas, presentando delimitaciones claras a los no miembros de éstas, se debe mucho a las características particulares de la sociedad japonesa, actuando éstas como el principal condicionante.

Sin embargo, cuando se plantea entonces si en el caso de que la sociedad receptora fuera diferente entonces no se formaría la comunidad *nikkei* en Japón, la respuesta sería no. Porque eso ocurriría solamente si la sociedad receptora fuera idéntica totalmente a la sociedad de origen de los *nikkeis*, algo que es imposible.

Por supuesto que la sociedad receptora contribuye a dar forma a la comunidad *nikkei*, pero no su contenido. Este se vincula directamente a los condicionantes endógenos. Sin duda que la acción, la intensidad de esos condicionantes internos de la formación de comunidades es distinto para cada grupo *nikkei* y en el caso de los paraguayos y bolivianos no es suficientemente fuerte para determinar la formación de comunidades. Aquí más bien se observa la asimilación de esas personas a la sociedad receptora, aunque debe señalarse la excepción del *nikkei boliviano* de origen *okinawense*.

El caso del *nikkei dekasegui argentino* es muy distinto por el dinamismo interno del movimiento migratorio presentado por éste. La comunidad argentina es la única que ha disminuido de tamaño después de alcanzar su apogeo en 1991. Otro punto a tener en cuenta es que el 70 por ciento de los *dekaseguis* son de origen *okinawense* con diferencias socio-culturales y religiosas de la «cultura japonesa tipo», tema éste que no se abordará en esta oportunidad.

El caso de los *nikkeis peruanos*, también presenta la misma característica con la diferencia que este grupo está compuesto casi totalmente por *nikkeis* de segunda y tercera generación sin vínculos culturales directos con la sociedad japonesa. Además la historia de los *nikkeis peruanos* es más larga, el contingente *dekasegui* mayor, su dinamismo es menor, y poseen una mayor tradición en la formación de comunidades desde el Perú. Todo esto facilita la formación de comunidades *nikkei* peruanas como alternativa de estrategia de supervivencia al enfrentarse a las normas socio-culturales japonesas. Exactamente por esa tradición comunitaria que posee antes de su migración al Japón, el *nikkei peruano* tiende a establecerse en regiones en donde ya hay mayor concentración de población peruana como Kanagawa. También por esto su participación en la vida socio-cultural de la sociedad receptora es más bien pasiva. En contraste con la comunidad *nikkei peruana*, el caso del *nikkei brasileño*, desde un inicio más integrado, o mejor dicho aculturado, a la sociedad brasileña, de forma que no cuenta con tradición en la formación de comunidades como la peruana, encuentra muchas dificultades en Japón. A pesar de que son más activos y que intentan abrir espacios de participación socio-cultural en la sociedad japonesa, estos intentos terminan muchas veces en frustraciones. El *nikkei brasileño* no cuenta con ningún tipo de organiza-

ción comunitaria formal, y el proceso de formación de ésta es mucho más lento, a pesar de poseer ya una red de vínculos culturales.

La forma final que tendrán las comunidades *nikkeis* iniciadas por los *dekaseguis* sólo se podrá ver con el correr del tiempo y la evolución y consolidación de los grupos *nikkeis*. Actualmente es muy prematuro hacer afirmaciones categóricas sobre estas comunidades por su corta historia, y para ello serán imprescindibles los esfuerzos continuos de estudio e investigación.

RESUMEN

El caso de los *nikkeis dekaseguis* brasileños, peruanos, argentinos, bolivianos y paraguayos en Japón

Actualmente se encuentran en Japón más de 190.700 nikkeis dekaseguis latinoamericanos, *cuya mayoría provienen de Brasil, Perú, Argentina, Bolivia y Paraguay.*

El fenómeno dekasegui, *o migrante con intenciones laborales, de reciente fecha, toma impulso a partir de 1988 y pasa a aumentar vertiginosamente en 1990 con el cambio en la legislación japonesa que facilita la entrada de descendientes de japoneses, agregándose a ésto la situación de deterioro económico de sus respectivos países de origen y las afinidades culturales de los nikkeis, japoneses y sus descendientes, latinoamericanos con Japón. Esto último contribuye a dirigir el movimiento de* nikkeis dekaseguis *al país de sus ancestros.*

Estos nikkeis dekaseguis *que, fundamentalmente tienen muchos puntos en común entre sí, pero como grupos étnicos se distinguen en muchos aspectos, empiezan a formar comunidades interligadas por redes culturales dispersas geográficamente por el país. Ultimamente, basados en esas redes de interrelación comienzan, especialmente los* nikkeis peruanos, *a formar comunidades étnicas minoritarias en la sociedad receptora, con excepción de los paraguayos y una parte de los bolivianos.*

La prolongación de la permanencia de la población nikkei, *así como su adaptación al nuevo medio socio-cultural y económico lleva a la estabilización del contingente poblacional, al mismo tiempo que aumenta el movimiento migratorio interno.*

Por otro lado, la vida cultural, social y laboral de los miembros de las comunidades sufre transformaciones en la evolución del proceso de formación de comunidades culturales. Proceso éste que se ve aquí por grupo de procedencia y enfocándose los factores endógenos y exógenos que lo condicionan.

SUMMARY

The case of brazilian, peruvian, argentine, bolivian and paraguayan *dekasegi nikkeis* in Japan

Over 190.700 Latin American Dekasegi Nikkeis *live currently in Japan. The flow of* Dekasegi, *or labor migrants took impulse in 1988 and increased dramatically as from 1990 in reaction to new immigration laws in Japan and worsening of economic conditions in Latin American countries. Cultural likeness contributed to attract* Nikkeis *and their descent to the land of their ancestors. These* Dekasegi Nikkeis, *especially those coming from Peru, and to a much lesser extent some Bolivians and Paraguayans, have started forming minority ethnic communities bound by cultural networks throughout the country.*

The prolonged duration of their stay in Japan and their adaptation to the new socio-cultural and economic surroundings have led to a stabilization of the population, while at the same time internal migrations intensify.

On the other side, cultural, social and working life of community members are influenced in the process of building of cultural communities. This process is seen here as per group of origin, focusing on conditioning endogenic and exogenic factors.

MIGRATIONS SOCIÉTÉ

La revue bimestrielle d'analyse et de débat sur les migrations en France et en Europe

mai - juin 95 | volume 7 - nº 39 | 128 p.

ÉDITORIAL	**Au seuil d'un nouveau septennat**
ARTICLES	* *L'émergence des minorités ethniques en France* * *Culture d'origine ou culture et origine?*
DOSSIER:	**Marché de l'emploi et clandestinité** *Le travail illégal entre modernisation et précarité* par Claude-Valentin Marie Réactions au dossier: la CGT; la CFDT; la CFPC; une économiste Bibliographie sélective
REVUE DE PRESSE:	**Principaux thèmes débattus dans la presse allemande en 1994**
FLASH FRANCE:	**L'étude de l'INED sur l'intégration des immigrés et de leurs enfants:** les commentaires de la presse
NOTES DE LECTURE:	GASPARD, F.; KOSROKMAVAR, F., *Le foulard et la République* *ROBIN, N., Villes nouvelles et intégration spatiale des familles maghrébines en Ile-de-France*

A TRAVERS LES REVUES & DOCUMENTATION

Bulletin d'Abonnement

M., Mme, Mlle .....
Organisme .....
Adresse ..... **Tél** .....
Code postal ..... **Ville** .....

souscrit un abonnement à *Migrations Société* (6 numéros) pour l'année 19.....
ou commande .....exemplaire(s) du/des nnº .....

France:	200 FF
Étranger:	230 FF
Soutien:	300 FF
Le numéro:	50 FF

Ci-joint un chèque de.....F
à l'ordre du: CIEMI
ou virement: CCP 17 787 12 N
Paris

Pour tous renseignements ultérieurs conctatez le CIEMI
46, rue de Montreuil - 75011 Paris
Tél. (1) 43 72 01 40 ou 43 72 49 34 / Fax (1) 43 72 06 42

OCHENTA AÑOS DE INMIGRACION JAPONESA EN EL BRASIL *

Chiyoko MITA Ph. D. **

La inmigración, o sea el desplazamiento de personas en un nivel internacional, parte de una decisión personal e individual. No obstante, el proceso que lleva a esa decisión recibe fuerte influencia de las condiciones socioeconómicas de los países en cuestión. Los inmigrantes no sólo se establecen en el país que los acoge; frecuentemente se establece una vía de comunicación con la ida y venida de los inmigrantes, proceso influido por las condiciones socio-económicas de los dos países. O sea, los inmigrantes japoneses no solamente se establecieron en el país: por varios motivos, vuelven a su tierra natal.

En este artículo quisiera analizar la influencia que el estado ejerce sobre las acciones y la actitud de los inmigrantes, teniendo como punto de referencia los ochenta años de historia de la inmigración japonesa en Brasil, así como los factores que motivan el retorno de los inmigrantes al Japón. Considero que este análisis podrá proporcionar un nuevo punto de vista sobre el actual orden internacional, que tiene como unidad básica al estado.

1. Brasil, país de inmigrantes

Con la llegada de inmigrantes de Africa, Europa y Asia, el continente americano, el llamado Nuevo Mundo, pasó a ser cuna de nuevas naciones.

(*) Este artículo fue publicado originalmente en el Nº 1265 de la revista diplomática japonesa *Gaikojiho* en febrero de 1990 con el título *«Nihon to Burajiru wo musubu Nikkeijin Ijusha no 80 nen»* y fue actualizado en 1993 para la presente versión.

(**) *Universidad Sophia, Tokio, Japón.*

En la época, el mercantilismo europeo dominaba la economía mundial. Para poder suplir la demanda europea de productos de las colonias, tener mano de obra estable se convirtió en una cuestión de importancia vital para la metrópolis. Brasil, colonia portuguesa, es un claro ejemplo de ello. Brasil desarrolló una estructura económica de producción teniendo como única meta el mercado europeo. La oferta de los productos de exportación variaba de acuerdo con la demanda de la época: en el siglo XVII era la caña de azúcar; en el siglo XVIII el oro, y en el siglo XIX el café. La mano de obra durante el ciclo de la caña y del oro era básicamente negra y esclava. Sin embargo, en la mitad del siglo XIX, el sistema esclavista, que había perdurado por cerca de trescientos cincuenta años, ya se encontraba desgastado. Por otro lado, la cafeicultura, llamada de «oro verde», prosperaba. La mano de obra asalariada europea vio entonces sustituir el trabajo esclavo en la industria del café, principal producto de exportación del Brasil. Este país, cuyo territorio ocupa más de la mitad de la América del Sud, comenzó a recibir mano de obra inmigrante.

La apertura de los puertos en 1808 y el permiso de adquisición de tierras por parte de extranjeros posibilitaron la entrada de inmigrantes extranjeros en el país. El Imperio Brasileño, que se había independizado de Portugal en 1822, procuró proteger a los inmigrantes. Les proporcionó subsidios, y promulgó medidas prohibiendo la existencia lado a lado de esclavos y extranjeros en la misma colonia. Esperaba así asegurar su vasto territorio, que fue gradualmente ocupado por colonias de italianos, alemanes, polacos y portugueses, principalmente en la región sur. En 1850, con la presión de Inglaterra, que prohibió el comercio de esclavos, la oferta de mano de obra esclava para las plantaciones de café fue disminuyendo, agravando la situación en las plantaciones. En 1878, el gobernador de la Provincia de São Paulo, Antônio de Queiroz Teles, representante de los intereses de la oligarquía cafeicultora, vio en Europa la posibilidad de traer inmigrantes al Brasil. Desde 1886 hasta 1921, en São Paulo se adoptó una política que apuntaba a traer colonos inmigrantes para las plantaciones de café, como por ejemplo subsidiando los gastos de viaje.

En 1888 fue abolida la esclavitud, y en el mismo período Italia pasaba por una crisis económica, lo que llevó a enviar muchos emigrantes a trabajar como colonos en las plantaciones de café paulistas. De 1920 a 1930 entraron en total 4 millones de inmigrantes, de los cuales el 60 por ciento se dirigió a São Paulo[1]. La constitución de 1891, de visión eugenésica, prohibía la entrada de inmigrantes de origen afroasiático. Podemos decir, sin

[1] Se estima que el total de inmigrante italianos entre 1836 y 1956 es de un millón y medio. De 1870 a 1958 entró en São Paulo un millón de italianos. En la década de 1910, período en que se inicia la industrialización de São Paulo, de cada dos paulistas uno era italiano.

embargo, que a partir del siglo XIX no había ninguna restricción real en relación con la inmigración.

Aun antes de la inmigración italiana, los inmigrantes alemanes ya se encontraban en la región sur, algunos de ellos ya poseedores de tierras. Pero los que fueron a trabajar en las plantaciones de café del Brasil encontraron condiciones de trabajo iguales a las de los esclavos, lo que llevó al gobierno alemán (entonces Prusia) a prohibir la emigración de colonos al Brasil en 1859. La inmigración italiana vino entonces a sustituir a los alemanes, pero la crisis de la economía cafeicultora provocó atrasos en el pago de los salarios a los colonos, y en 1902 el gobierno italiano también prohibió la emigración de colonos italianos al Brasil. Al reiniciarse el crecimiento de la economía cafeicultora, las plantaciones sufrieron una grave falta de mano de obra, lo que llevó al gobierno brasileño a negociar con el gobierno japonés la posibilidad de traer japoneses al Brasil.

Durante la era Meiji el Japón pasó por un incremento de población significativo, sin hablar de los problemas causados por la introducción de una economía capitalista, tales como el desempleo y el empobrecimiento generalizado del sector rural. Para atenuar este problema se adoptó una política que incentivaba la emigración, y muchos japoneses se dirigieron a Hawai, Filipinas, Canadá y Estados Unidos como emigrantes temporarios. Sin embargo, los que se dirigieron a Hawai, Perú y Estados Unidos fueron objeto de discriminación racial, y se hizo necesario encontrar otro país que los recibiese. En esa época Japón tenía dudas en relación al Brasil, pero la recuperación del crecimiento de la economía cafeicultora los convenció de autorizar la emigración.

El 18 de abril de 1908 salió del puerto de Kobe el navío Kasato maru, y llegó al puerto de Santos el 18 de junio. De los 792 emigrantes, 781 irían a trabajar como colonos contratados, y los diez restantes eran personas libres. Comenzó la inmigración japonesa en Brasil. De 1908 a 1921, período que corresponde a la fase inicial de la inmigración japonesa, el gobierno de São Paulo subsidió los gastos de viaje, y a cambio los inmigrantes trabajarían como colonos asalariados en las plantaciones de café durante tres o cuatro años. Las condiciones de trabajo en las plantaciones eran bastante ruines, y los inmigrantes no permanecían allí por mucho tiempo. Algunos incluso huían antes de la expiración del contrato. Así, en 1921 el gobierno paulista suspendió los subsidios a la inmigración.

Para compensarlo, el gobierno japonés comenzó a subsidiar los gastos de emigración a partir de 1925. En ese año incorporaron a todas las compañías ya existentes que se ocupaban del envío de inmigrantes al extranjero, fundando así la compañía Kaigai Kogyo Kabushiki Gaisha (conocido como *Kaiko*), financiada por capital público. Se especializó en el envío de inmigrantes al Brasil. Inicialmente el gobierno japonés subsidiaba sólo parte de los gastos, pero a partir de 1932 fue posible emigrar sin tener que desembolsar los costos de viaje. Debido a esta política de emigración adoptada por

el gobierno japonés, a partir de 1928 el número de emigrantes aumentó sin cesar, y en 1933 24.000 japoneses partieron para el Brasil, constituyendo la mayor porción de los inmigrantes que ese año entraron al Brasil [2].

Desde el siglo XIX el Brasil no adoptó básicamente ninguna política restrictiva de la inmigración. Pero en 1930, por la ley (estatuto) Nº 1942, el gobierno brasileño comenzó a restringir la entrada de inmigrantes extranjeros. La cafeicultura, base de la economía nacional, trajo prosperidad al Brasil, principalmente con el estímulo de la Primera Guerra Mundial. Sin embargo, la economía brasileña y el proceso de industrialización, concentrado principalmente en São Paulo, sufrieron un tremendo choque con la Depresión Mundial de 1929. El desempleo aumentó vertiginosamente, y para proteger a la clase trabajadora local el gobierno prohibió la entrada de inmigrantes excepto los que se emplearan en la agricultura, así como el ingreso de pasajeros de tercera clase. Promulgó también una ley que obligaba a los empleadores a emplear como mínimo dos tercios de nativos en su personal. Esta política, que comenzó con la restricción de la inmigración, condujo eventualmente al nacionalismo durante el gobierno de Getúlio Vargas (1930-1945), incrementando también la política de nacionalización asimilacionista dirigida a los inmigrantes extranjeros.

La constitución de 1934, promulgada por Getúlio Vargas durante la Segunda República, apuntaba al fortalecimiento del gobierno central. El poder legislativo y la jurisdicción de los estados en relación con la inmigración pasaron a ser monopolio del gobierno central (art. 5, par. 19). Promulgó medidas restrictivas en relación con los inmigrantes, así como una ley sobre cuota de inmigrantes, según la cual los inmigrantes de cada país no podrían superar el 2 por ciento del total de inmigrantes llegados al Brasil en los cincuenta años precedentes. Prohibió también la formación de grupos de inmigrantes de un mismo país dentro del territorio nacional, con el objetivo de asimilar y naturalizar a los inmigrantes extranjeros en la sociedad brasileña (art. 121, par. 6). La constitución justifica la ley de cuota de inmigrantes de la siguiente manera: La inmigración debe ser controlada para que se pueda preservar la integridad de las razas, así como asegurar la capacidad física y cívica de los inmigrantes» (art. 121, par. 6). Podemos concluir que esta constitución buscaba limitar la entrada de inmigrantes extranjeros, así como «brasileñizar» a los inmigrantes que ya se encontraban en el país.

La inmigración japonesa, que se produjo relativamente tarde dentro de la historia de la inmigración al Brasil, estaba en auge cuando la ley de cuotas fue aprobada en 1934. Puede decirse que esta ley afectó únicamente a la inmigración japonesa, y por esta razón los japoneses de Brasil la llaman *Hainichi-ho*, ley antinipona.

[2] Los inmigrantes portugueses, segundos en número, no pasaron de diez mil personas.

2. *La política de nacionalización y el regreso de los inmigrantes japoneses*

A partir de 1908, los inmigrantes japoneses vinieron a sustituir a los inmigrantes italianos como colonos en las plantaciones de café. La inmigración japonesa comenzó después del auge de la economía cafetalera, lo que hizo prácticamente irrealizable el sueño de hacer fortuna en un corto tiempo para después retornar al Japón. Tuvieron que prorrogar su estadía en el Brasil, y después del término del contrato de colonos, muchos de ellos se dirigieron al noroeste del estado de São Paulo, región que comenzaba a ser explorada y donde podrían tener su propia tierra. Los japoneses compraron o arrendaron estos lotes y utilizando mano de obra local barata, comenzaron a producir mercaderías para exportación. Los inmigrantes que inicialmente habían venido a Brasil en busca de salarios en las plantaciones de café para retornar al Japón en dos o tres años, cambiaron de planes, pensando en ganar dinero con la exportación de sus productos para después regresar a su tierra natal. Para concretarlo, tendrían que prorrogar su estadía en Brasil. De esta manera, se formaron «Shokuminchi» (colonias) de inmigrantes japoneses en las regiones que comenzaban a ser exploradas. Este grupo social se caracterizaba por su carácter fuertemente étnico.

Los inmigrantes se instalaron en las regiones aún inexploradas del estado de São Paulo, áreas remotas donde el gobierno brasileño no tenía aún ningún control sobre la estructura social. Siendo así, los inmigrantes japoneses se organizaron en grupos semejantes a las comunidades rurales existentes en el Japón, teniendo como centro la *Nihonjinkai* (asociación japonesa). Esta *Nihonjinkai* funcionaba como un pequeño gobierno ejecutivo, legislativo e incluso judicial dentro de la comunidad japonesa. Su primera tarea fue la organización de escuelas en japonés para los hijos de inmigrantes. En estas regiones aún en etapa de exploración no había instituciones educacionales. Aún si las hubiese, las escuelas solían estar demasiado lejos como para poder ir a diario. Como todos pensaban en regresar al Japón, su principal preocupación era la enseñanza de la lengua japonesa a sus hijos. Siendo así, la *Nihonjikai* construyó escuelas privadas para los hijos de inmigrantes japoneses. Estas escuelas servían también de locales de reunión y centro de otras diversas actividades sociales [3]. O sea, estas escuelas era el lugar donde los hijos de inmigrantes se convertirían en japoneses, además de servir de centro administrativo de la comunidad y de tener incluso un templo japonés, donde

[3] Una serie de celebraciones como el culto al emperador en las fiestas de año nuevo, del *Kigen-Setsu* (Aniversario de la Ascensión del Primer Emperador) y otras, eran ocasión para expresar la identidad étnica de los inmigrantes japoneses en Brasil antes de la guerra. Se hacían en las escuelas. (TAKSHI MAEYAMA, *Nihon Imin No Nihon Kaiki Undo* [El movimiento de retorno al Japón de los inmigrantes japoneses], Tokio, Nihon Hoso Shuppan Kyokai, ano Showa 57 (1982).

se realizaban cultos de reverencia al emperador. Podemos decir que la escuela japonesa se convirtió en el centro de la comunidad, y en torno de ella se formó lo que llamamos «Shokuminchi» [4].

Como mencionamos antes, el gobierno de San Pablo suspendió los subsidios a los inmigrantes y a partir de 1925 la inmigración japonesa al Brasil fue subsidiada por el gobierno japonés. En 1927 el gobierno japonés financió la fundación de la Federación del sindicato de Inmigración (Kaigai Iju Kumiai Rengokai), con sede en Tokio, que reclutaba personas en las diversas provincias del Japón. Esta federación se proponía también construir colonias para los inmigrantes japoneses en el Brasil, y fundó una filial en São Paulo, llamada Burajiru Takuhoshu Kuniai (conocida como Burataku). La inmigración japonesa en Brasil alcanzará así su apogeo. De los 180.000 inmigrantes que llegaron a Brasil entre 1908 y 1942, 75 por ciento (148.975 personas) emigraron en el período de 1926 a 1941. Este movimiento inmigratorio se concentró en los años de 1928 a 1934, cuando 108.258 inmigrantes llegaron al Brasil, cifra que corresponde al 57,3 por ciento del total de inmigrantes japoneses del período previo a la Segunda Guerra Mundial [5]. En la década de 1930, a los largo de los ferrocarriles del noroeste de São Paulo y del norte de Paraná, se formaron 600 o 700 Sokuminchi.

Estas colonias de inmigrantes japoneses o *Sokuminchi* estaban ligadas al Japón por intermedio del consulado general de São Paulo. El consulado, la Kaiko y la Burataku, estas dos últimas vinculadas al ministerio de relaciones exteriores japonés, organizaban las actividades relacionadas con el traslado de inmigrantes a Brasil. La Kaiko monopolizaba el envío de inmigrantes, mientras que la Burataku construía las colonias, además de poseer un sector comercial que exportaba sus productos agrícolas al Japón. La Burataku estaba estrechamente ligada a la actividad económica de los inmigrantes, y en conjunto con el consulado de São Paulo participó en la formación de cooperativas agrícolas y en la enseñanza de técnicas agrícolas en cada Shokuminchi.

El *Estado Novo* (1937-1945), bajo el gobierno de Vargas [6], tenía por objetivo la construcción de una nación unificada, bajo el lema «un pueblo, una

[4] CHIYOKO MITA, *Nashonarizumu to Minzokushudan-Burajiru no Kokka Togo to Nihon Ijusha* [Nacionalismo y grupos étnicos. La política de integración nacional brasileña y los inmigrantes japoneses], en «Gaido Shijo» [Revue diplomatique], Tokio, Nº 1251, setiembre de 1988, pp. 57-70.

[5] HIROSHI SAITO, *Burajiru no Nihonjin* [Los japoneses de Brasil], Tokio, Maruzen, 1964, p. 34.

[6] De acuerdo con la constitución de 1934, en enero de 1938 sería realizada una elección presidencial, pero en noviembre de 1937 se produjo el golpe de estado de Getúlio Vargas, que instituyó un tipo de autoritarismo llamado el Estado Novo.

nación». En otras palabras, esto significaba una completa asimilación de los inmigrantes extranjeros a la sociedad brasileña. Las colonias japonesas eran consideradas un «quiste» en la sociedad, y los japoneses «tan insolubles como el azufre». El nacionalismo resurgente, así como el sentimiento antijaponés se hicieron cada vez más intensos [7]. Los japoneses, sintiéndose perseguidos, veían en la política de Vargas una fuerte línea antinipona, lo que los llevó a fortalecer su etnicidad. «La nación de Yamato [antiguo nombre de Japón] posee una esencia nacional sin igual, pero separándola de la lengua japonesa, no puede enorgullecerse de nada más ante ese mundo» [8]. Para los inmigrantes, ser japonés y hablar el idioma japonés son dos cosas absolutamente inseparables. El cierre de las escuelas extranjeras, entre ellas las japonesas, así como la prohibición de los periódicos escritos en lenguas extranjeras, incluidos los escritos en japonés, hicieron que los inmigrantes perdiesen su mayor símbolo del ser japonés.

En 1937, la ley sobre inmigración de extranjeros (artículos 8, 85 y 89) prohibió la enseñanza de idiomas extranjeros a menores de 14 años, y en 1938 se prohibió la circulación de periódicos en idioma extranjero, y dejaron de ser publicados cuatro periódicos en japonés. A partir de 1939 muchos emigrantes retornaron al Japón. No existen datos precisos sobre el número de inmigrantes que dejaron el Brasil, pero según Tomoo Handa, que inmigró a Brasil y posteriormente escribió un gran libro sobre la vida de los inmigrantes japoneses en Brasil titulado *Memorias de un inmigrante japonés en el Brasil* (editado por el Centro de Estudos Nipo-Brasileiros en São Paulo en 1970), «a mediados de julio de 1939 muchas personas volvieron al Japón en virtud de su nacionalismo exacerbado» [9]. Kyuichi Nireki, que emigró a Brasil en 1931 y a partir de esta fecha comenzó a escribir un diario, relata allí que muchos inmigrantes japoneses habían dejado el Brasil [10]. Según su diario del 7 de julio de 1940, cuando la política de nacionalización asimilacionista ya estaba en marcha, «La guerra [chino-japonesa] dura ya más de tres años. Frente a los albergues del barrio japonés de Conde [barrio en el centro de São Paulo donde vivían muchos japoneses], había muchas personas deseando regresar al Japón. Parece que en el navío Burajiru-maru [navío japonés]

[7] CARLOS MORAES DE SOUZA, *A Ofensiva Japonesa no Brasil: Aspectos Sociais, Económicos e Políticos da Colonizaçao Nipônica*, 2. Ed., Porto Alegre, Globo, 1942, p. 42.

[8] *Koki*, [Revista], São Paulo, marzo de 1948, p. 67.

[9] TOMOO HANDA (red.), *Burajiru Nihon Imin-shi Nenpyo* [Cronología de la Historia de los Inmigrantes japoneses en Brasil]., São Paulo, Centro de Estudos Nipo-brasileiros, 1976, p. 85.

[10] Kyuichi Nireki emigró a Brasil en 1931 y comenzó a escribir un diario. Este diario —de 1931 a 1975— está actualmente guardado en la biblioteca del Parlamento Nacional (Kokuritsu Kokkai Toshokan).

volverán cerca de cuatrocientas personas. Muchas personas que vivían en el interior volvieron pensando en la educación de los hijos y en la gravedad de la actual situación». El 11 de agosto de 1941, un poco antes de la prohibición de los periódicos en idioma extranjero, su diario habla de los japoneses que esperan la llegada de barcos japoneses. «En el diario japonés dicen que el navío Buenosu-maru (con bandera japonesa) salió de Japón, pasó por el Estrecho de Magallanes y el día 12 llegará por fin a Santos. Parece que de cuatrocientas a quinientas personas esperan a este navío en los albergues de los japoneses, pensando en volver al Japón». Con la explosión de la Guerra del Pacífico en diciembre de 1941, Brasil rompió las relaciones diplomáticas con los países del Eje (enero de 1942). Los japoneses, como ciudadanos de un país hostil, perdieron muchas libertades. Se controló la libertad de viajar, se prohibió hablar en lenguas extranjeras en el lugar de trabajo o en lugares públicos, y algunos japoneses fueron detenidos bajo sospecha de espionaje. En junio los funcionarios de la embajada, de los consulados, de las empresas japonesas, de la Kaiko y la Burataku volvieron a Japón en un buque de repatriación sueco. «1 de Junio de 1942. Ya estamos en junio. El regreso de los funcionarios de empresas japonesas y de la embajada es el principal asunto entre los japoneses. Ya hace mucho tiempo que escuchamos estas conversaciones. Todo está bien, ellos volverán al Japón. Pero habrán pensado en los doscientos mil patriotas que también quieren volver y no pueden?. Se oye hablar mucho sobre el retorno de estas personas. Es mejor que estas personas vuelvan de una vez (...) De cualquier forma, ¿cómo están los patriotas que se encuentran en el interior?. Ellos también querrían volver al Japón. Oí hablar de que este año sólo dará para plantar un quinto de lo que se planta normalmente». El nacionalismo creciente brasileño y la hostilidad en relación con los japoneses que formaban parte de los países del Eje llevaron a los inmigrantes japoneses a perder las esperanzas en relación con la vida en Brasil. Ese diario describe bien el estado de ánimo de los inmigrantes. Asimismo muchos japoneses, imposibilitados de retornar, empezaron a pensar que el gobierno japonés enviaría un navío para llevarlos de vuelta a su tierra natal, y comenzaron a desarrollar un movimiento mesiánico en Brasil [11].

3. El crecimiento económico brasileño y la moda de ir de visita al Japón

Con la normalización de las relaciones diplomáticas entre Brasil y Japón en 1952 se reinició el movimiento migratorio en dirección al Brasil. El apogeo de este movimiento se produjo entre 1953 y 1961, que corresponde al

[11] MAEYAMA, *op. cit.*

80 por ciento de la emigración de posguerra, compuesto principalmente por colonos y pequeños agricultores. A partir de 1962, la emigración de ingenieros electricistas, torneros y otros técnicos aumentó sensiblemente, pero con la recuperación del crecimiento económico de los dos países, la emigración en dirección a Brasil disminuyó gradualmente. Las relaciones Brasil-Japón se concentraron en los sectores de inversión y comercio, inaugurando una nueva era en las relaciones económicas entre los dos países. El crecimiento económico japonés causó falta de mano de obra, además de mejorar el nivel de vida de los japoneses. A partir de la segunda mitad de la década de 1970, apenas doscientas o trescientas personas emigraron anualmente al Brasil [12]. Los inmigrantes japoneses de posguerra hasta 1986 totalizan aproximadamente unas 60.000 personas.

Al mismo tiempo que disminuía el número de emigrantes en dirección al Brasil, en la segunda mitad de la década de 1960 y hasta la primera mitad de los setenta, el número de nikkeis (brasileños de origen japonés) que iban a visitar a sus familiares y la tumba de sus ancestros en Japón aumentó considerablemente. Ello se debe al llamado «milagro brasileño», período de alto crecimiento económico bajo un gobierno fuerte y autoritario.

Los presidentes posteriores a Vargas tuvieron todos como meta la integración nacional y el establecimiento de una economía nacional. El gobierno de Juscelino Kubitschek (1955-1960) procuró concretar estos objetivos, ejecutando los llamados «planes-metas». Estos planes quinquenales procuraban remover las barreras que obstruían la consolidación de una economía nacional, prestando especial atención a la infraestructura, por ejemplo, energía, ferrocarriles, rutas, etc., promovió también la producción a nivel nacional de las industrias siderúrgica, automotriz, de maquinaria agrícola, electrodomésticos, etc. Pero llevar a cabo una industrialización con un ritmo tan acelerado requería una gran cantidad de capital extranjero.

La política económica de Kubitschek dio prioridad total al desarrollo, incentivando así la industrialización. Pero ocasionó inflación, déficit público y desequilibrio en la balanza comercial. De 1961 a marzo de 1964, Brasil pasó por una grave stagflación, o sea, inflación y recesión simultáneas. En el gobierno de Joao Goulart (1961-1964), incluso con economía recesiva, hubo varios conflictos laborales, y un movimiento popular que pedía una mejor distribución de la renta y reforma política volvió a la política brasileña de una época bastante radical. El gobierno pensaba servirse del plebiscito para tomar una decisión final en cuestiones de importancia tales como la nacionalización de empresas, el control de reservas cambiarias, la reforma agraria, la ampliación del derecho al voto, etc. Los conservadores se sentían

[12] CHIYOKO MITA y KOTARO HORISAKA, *Nihon to Burajiru* [Japón y Brasil], en MUTSUO YAMADA, ed., «Gaisetsu Burajiru-shi» [Compendio de Historia de Brasil] Tokio, Yuhikaku, 1986, pp. 261-282.

cada vez más amenazados, y en São Paulo hubo una gran manifestación liderada por los conservadores. Los militares, que hasta ese momento se habían limitado a observar la situación, resolvieron responder a las críticas hechas por el presidente. El 31 de marzo de 1964, la división del ejército federal estacionada en Minas Gerais invadió Río, causando una rebelión. El 1 de abril, la segunda división del ejército en São Paulo, figura central del movimiento, se unió a la rebelión. El presidente Goulart tuvo que exiliarse: era el fin de la democracia en el Brasil.

El gobierno militar no permitía la crítica popular, y bajo un régimen fuertemente autoritario puso en práctica una política de ajuste económico. Aspiraba a controlar los costos de producción a través del control de precios y el achatamiento salarial. La dictadura aportó estabilidad política, lo que revitalizó el sector productivo de la economía, además de propiciar un ambiente favorable al crecimiento económico, atrayendo así al capital extranjero.

De 1968 a 1973, Brasil alcanzará un crecimiento económico considerado milagroso. El gobierno militar, apuntando al aumento de la exportación de productos industriales, gradualmente depreció el cruzeiro, lo que constituía una política altamente inflacionaria. Al mismo tiempo, para proteger y expandir la clase media, principal consumidora de bienes durables, adoptó una política de corrección monetaria, procurando aumentar el mercado interno, incentivando así el crecimiento económico. El gobierno militar obtuvo éxito en la industrialización, proceso liderado y monopolizado por el estado autoritario. Brasil, país recién industrializado, poseía una economía que crecía entre 8 y 11 por ciento por año, un récord en la posguerra. La inflación se estabilizaría en torno a 20 por ciento, una meseta bastante baja para los niveles brasileños [13].

Con este crecimiento económico, la inversión japonesa aumentó considerablemente, y las compañías japonesas tuvieron que superar una férrea competencia entre sí. A partir de la segunda mitad de la década de 1960, las medidas económicas del gobierno militar comenzaron a dar resultados, y en 1972 entraron en Brasil 43 empresas japonesas; 80 lo hicieron en 1973 y 52 en 1974. Los japoneses de Brasil llamaron al acercamiento entre los dos países «la luna de miel nipo-brasileña».

Por otro lado, al terminar la Segunda Guerra Mundial, los inmigrantes japoneses en Brasil sintieron que el Japón había cambiado mucho con la derrota sufrida, de modo que ellos ya no tenían un lugar adonde volver. Espiritualmente ya no tenían tierra natal. Además, con la política de nacionalización asimilacionista de Getúlio Vargas, las escuelas japonesas de las colonias pasaron a ser escuelas públicas controladas por el gobierno, de manera que los hijos de inmigrantes recibieron una educación brasileña. Siendo así,

[13] KOTARO HORISAKA, *Burajiru Keizai no Hatten* [El desarrollo de la economía brasileña], en M. YAMADA, «Gaisetsu...», cit., pp. 187-205.

los inmigrantes *issei*, de primera generación, decidieron instalarse definitivamente en el Brasil. En el momento de partir de Japón, muchos de ellos habían pedido a sus parientes que se hiciesen cargo del túmulo de sus antepasados, una fuerte tradición japonesa. Al prolongarse mucho más de lo esperado su estadía en Brasil, los padres de muchos de ellos fallecieron. Para avisar a todos su intención de residir definitivamente en el Brasil, estos *isseis* retornaron a Japón. Este tipo de viaje, que podía ser un simple retorno o visita al túmulo de los antepasados, se hizo cada vez más frecuente, y casi todos los días se leían anuncios en los periódicos en japonés sobre *tours* que reclutaban personas para viajes en grupo. Se hizo también costumbre avisar a la comunidad japonesa sobre la ida o el regreso de una persona al Japón en los periódicos, a veces incluso con agradecimientos. La visita que los japoneses hacían al Japón tenía por objetivo avisar a sus familiares sobre su decisión de permanecer en Brasil, tornándose así en ancestros de una línea de *nikkeis* en el Brasil [14]. La exposición mundial de Osaka en 1970, realizada durante el periodo de expansión económica de Brasil, fue una buena oportunidad para que los *isseis* visitaran Japón. Si analizamos el número de personas de Brasil que entraron en Japón de 1968 a 1973, podemos constatar que aumentó considerablemente. En 1970, año de la exposición, 7.949 personas visitaron Japón, dos veces y media el número de visitantes de 1968 (3.042). Esta cifra cayó bastante después de la exposición, pero en 1972 volvió a aumentar, y en 1973 8.067 personas visitaron Japón. El «milagro brasileño» hizo que muchos nipo-brasileños visitaran Japón [15].

4. La hiperinflación y la búsqueda de una nueva tierra prometida

El «milagro brasileño» constituyó un modelo de expansión para países en vía de desarrollo, tornándose en foco de atención del mundo entero. El «milagro brasileño» de hecho expandió el mercado interno, sólo que ese crecimiento no fue resultado de un aumento en el consumo general de la población, en otras palabras, señal de mayor consumo y enriquecimiento del pueblo. Durante el período de crecimiento económico, los ricos se hicieron más ricos y los pobres, la mitad de la población, se hicieron más pobres. De he-

[14] CHIYOKO MITA, *Burajiru Nikkeijin no Tainichi Imeji: Komyunikeishon to Imeji no Henka* [Brasil visto por los inmigrantes japoneses: cambios de imagen y comunicación], Tokio, Instituto Iberoamericano de la Universidad Sophia, 1977, p. 11.

[15] *Ibid.*, pp. 13-14.

cho, la renta de las clases inferiores disminuyó [16]. En otras palabras, el producto bruto nacional aumentó, pero la mala distribución de la renta aumentó más aún. Ese desnivel entre las dos clases sociales trajo una nueva fase de estancamiento económico, y el capital extranjero comenzó a dejar el país. El aumento de la importación de insumos en procura de sustentar la industrialización del país fue también otro factor que agravó el problema de la deuda externa. Con la crisis del petróleo, esos problemas inherentes a la política de expansión acelerada adoptada por el Brasil afloraron todos juntos.

La explosión del precio del petróleo en 1973 aumentó aun más el déficit de la balanza comercial, ya que 80 por ciento del petróleo consumido en el Brasil era importado. Se adoptó una política económica de austeridad, pero al mismo tiempo se introdujo un «Segundo Plan de Desarrollo Nacional», política orientada al crecimiento económico pero que absorbería gran cantidad de capital extranjero. A través de la imposición de fuerte autoritarismo bajo la dictadura militar, el gobierno brasileño intentó superar la crisis del petróleo a través de una política de expansión económica. Incluso en la segunda mitad de los setenta, Brasil alcanzó un crecimiento medio anual de 6 por ciento, pero al mismo tiempo los empréstitos recibidos superaban su capacidad de saldar la deuda. Brasil cayó entonces en un círculo vicioso, tomando cada vez más préstamos para poder amortizar las deudas que iban venciendo. El creciente déficit publico y la emisión de moneda trajeron más inflación.

La segunda crisis del petróleo (1979) y la depresión económica que asoló al mundo al año siguiente agravaron aún más la situación económica del Brasil. El déficit público alcanzó una plataforma de 10 mil millones de dólares, causando una inflación superior al 100 por ciento, trayendo más desempleo y una larga recesión [17].

Bajo esa situación económica se realizó el 15 de enero de 1985 la primera elección presidencial indirecta después de veinte años de dictadura militar, siendo electo el candidato civil de la oposición. La política brasileña salió del cuartel y fue a caer en manos de civiles. El presidente Sarney (1985-1990), enfrentado a una inflación anual de 200 por ciento, lanzó el Plan Cruzado de estabilización económica. Trajo resultados inmediatos, y la población, perseguida desde hacía mucho tiempo por la alta inflación, recibió muy bien este plan. No obstante, en noviembre de 1986, en las elecciones de la asamblea constituyente y en las elecciones de los estados, el

[16] Durante las décadas de 1960 y 1970, la diferencia de nivel de renta entre los ricos y los pobres se incrementó. En 1960 la clase alta, que ocupa el 20% de la población, era responsable por el 54% de la renta nacional, y en 1976, ese mismo 20% acaparaba el 67% del total. Por otro lado, la renta total de la clase baja, que ocupa el 50% de la población, era de 18% de la renta nacional en 1969, pero ese número bajó a 12 % en 1976. (ALVARO DE VITA, *Sociologia da Sociedade Brasileira*, São Paulo, Atica, 1989, p. 229.

[17] HORISAKA, *op. cit.*

partido del gobierno consiguió la mayoría, y entonces comenzó a subir los precios. Los salarios, comparados con los precios tabulados, tenían un poder adquisitivo muy alto, lo que generó una fiebre de consumo. Comenzaron a faltar mercaderías, y el mercado negro prosperaba. Los precios tenían que subir. A partir de 1980, la economía brasileña presentó en promedio un índice de crecimiento negativo de -4,5 por ciento por año. La hiperinflación fue de 350 por ciento en 1987 y 900 por ciento en 1988, y continuó alta.

En una economía hiperinflacionaria, el pueblo no tenía posibilidades de ahorro para comprar una casa propia, abrir un negocio o asegurar dinero para la educación de los hijos o para la vejez. A partir de 1980, la clase media brasileña comenzó a emigrar principalmente a Portugal, Canadá, Estados Unidos, Francia, España, Italia, Australia y Nueva Zelanda. Brasil, que en los casi 500 años de su historia fue un país importador de inmigrantes, pasó a ser exportador de emigrantes.

En 1985 se observa un fenómeno inédito en la entrada y salida de personas en el Brasil. El número de personas que dejaron Brasil superó a las entradas (media anual de 400.000 personas). Se estima que a partir de 1980 12.000 brasileños emigraron a Portugal, y que de 1986 a 1987, 3.500 emigraron clandestinamente al Canadá [18]. En 1988, una joven pareja de 28 años decidió emigrar a Portugal debido al agravamiento de la economía y la falta de seguridad. El padre de esa pareja, que había retornado a Portugal en 1985, los estaba esperando. El había emigrado a Brasil en la década de 1950 y había conseguido juntar una pequeña fortuna. Pero tras haber sido víctima de un asalto donde casi pierde la vida, decidió volver a Portugal, pues no podía sentirse seguro en Brasil. Padre e hijo entonces abrieron un nuevo negocio en Portugal. Otra pareja de São Paulo, de 27 años, psicóloga ella y él químico en un laboratorio, poseían su propio departamento y tenían una buena renta, además de muchos amigos. Pero después de fracasar el Plan Cruzado, llegaron a la conclusión de que no lograrían una vida estable en el Brasil, y emigraron al Canadá [19]. Según una investigación realizada en 1987, 60 por ciento de los paulistas y 65 por ciento de los cariocas querrían dejar el Brasil si pudiesen. Treinta por ciento de los paulistas entrevistados respondieron que les gustaría haber nacido en otro país [20].

[18] *Veja*, Rio de Janeiro, 16 de marzo de 1988, pp. 38-46.

[19] *Ibid.*, pp. 38-40. Según la revista *Veja* (7 de agosto de 1991, pp. 37-41), desde 1986 el número de brasileños que dejaron el país con la esperanza de mejorar su nivel de vida aumentó en la proporción de 20 por ciento por año. En 1991 el número de brasileños que trabajaban fuera del país era de 630.000 personas, de las cuales la mayoría se concentraba en los Estados Unidos (330.000 personas) y en segundo lugar en Japón (150.000 personas).

[20] *Ibid.*, p. 40.

En los veinte años de dictadura militar, el gobierno controló las libertades de los ciudadanos, pero incluso así no hubo ninguna onda migratoria en esos años. Se exiliaron unas diez mil personas, pero con la amnistía de 1979 casi todas regresaron al Brasil. Eso porque durante la dictadura la economía crecía un promedio de 10 por ciento por año. Pero a partir de 1979 las altas tasas de inflación y la economía que entraba en recesión cada vez más profunda hicieron muy pesimistas las perspectivas futuras. Como se puede ver, la situación económica del país, que desestabiliza a toda la sociedad, es el principal factor que lleva a emigrar a las personas.

5. Los brasileños nikkei parten para Japón

En 1989, en Japón el Centro Policial Metropolitano descubrió una serie de agencias (o *brokers*) que reclutaban trabajadores nikkei (o sea, trabajadores dekasegi) en América Latina, desviando parte del salario recibido por los nikkei. Desde entonces los nikkei pasaron a ser foco de atención en Japón. Los nikkei de América Latina comenzaron a ir a Japón a partir de hace aproximadamente una década, y en 1989 este número aumentó considerablemente. Se estima que 4.000 personas del Perú, 2.500 de Argentina, 300 de Bolivia, 200 de Paraguay y 30.000 del Brasil, de los cuales 10.000 sería issei (primeras generaciones), vinieron a trabajar a Japón [21].

En 1988 y 1989, la inflación en Brasil alcanzó el 1.000 por ciento, y el salario mínimo no excedía los 50 dólares por mes [22]. Resulta difícil hacer una comparación de las diferencias de salario entre Brasil y Japón debido a las distorsiones causadas por la inflación, pero puede estimarse en torno a ocho o diez veces mayor. Dos años de trabajo en Japón pueden rendir de quince a veinte mil dólares, dinero suficiente para comprar un automóvil o una casa, o pagar una deuda. Otros usan ese dinero para comprar tierras o abrir su propio negocio. La inflación hace muy difícil la vida en Brasil, y no se puede ahorrar. O sea, la actual situación económica del Brasil lleva a las personas a salir del país. Por otro lado, la demanda de mano de obra en Japón permite incorporar el trabajo de los inmigrantes extranjeros.

La derrota en la Segunda Guerra Mundial fue un gran shock para la economía japonesa, pero Japón siguió creciendo hasta transformarse en una gran potencia económica. Después de haber superado la primera crisis del petróleo, el Japón entró en una fase de crecimiento estable. Después de

[21] *Mainichi Shinbun* (diario), Tokio, 21 de setiembre de 1989.

[22] Según una investigación, más del 60% de los trabajadores brasileños tiene una renta inferior a dos sueldos mínimos (ALVARO DE VITA, *cit.*, p. 230).

haber pasado por la segunda crisis del petróleo, Japón pasó nuevamente por un período de expansión económica. En 1985 el yen se revaluó un 40 por ciento con respecto al dólar, lo que afectó las exportaciones japonesas. Pero en 1987, pasado el shock de la apreciación del yen, la economía retomó nuevamente el crecimiento. Las tasas de crecimiento del PBN japonés en 1985, 1986 y 1987 son, respectivamente, de 4,9%, 2,4% y 4,3%. A partir de 1987, la economía creció a ritmo acelerado, comparable a las altas tasas de crecimiento del pasado. La tasa de crecimiento económico durante el año fiscal de 1987 fue de 11,11 por ciento, la primera vez en once años que alcanza los dos dígitos [23]. Consecuentemente, a partir del segundo semestre de 1987, aumentó la oferta de puestos de trabajo, disminuyó la tasa de desempleo, y esa situación se prolongó por algunos años. La tasa de desempleo en 1988 fue la más baja desde noviembre de 1982. Comparando con el período de alto crecimiento del pasado, la tasa de desempleo del Japón aumentó, pero aún así, fue baja comparada con la de Estados Unidos (6 a 7%), Inglaterra (10 a 11%) y Alemania (8 a 9%). Puede decirse que Japón se encontraba en un estado de pleno empleo [24]. Como reflejo del aumento de demanda interna, la demanda de mano de obra en la construcción civil y en el sector de manufacturas aumentó, y exceptuando el sector primario de la economía, todas las demás industrias mostraron un crecimiento vigoroso. La tasa de oferta de empleo por candidato aumentó considerablemente desde el segundo semestre de 1987, y en junio de 1988 alcanzó la cifra de 1,05 empleos por persona que buscaba empleo. Fue la primera vez desde 1974 que ese índice superaba la unidad. A este período se lo llamó «época difícil para reclutar empleados».

Con el calentamiento de la economía y el aumento de la demanda interna, el nivel de vida de los japoneses mejoró bastante. Pero el envejecimiento de la población activa y la tendencia de los jóvenes japoneses a rehusarse a prestar servicios no calificados ha hecho que el actual mercado de trabajo japonés no consiga responder a todas las necesidades de la industria. Los sectores de manufacturas, construcción civil y servicio pasan por una grave falta de mano de obra. Japón no permitía la entrada de inmigrantes extranjeros para trabajos no calificados, de manera que en 1985 inmigrantes de varias partes de Asia comenzaron a entrar clandestinamente al país. La legalización de la entrada de trabajadores extranjeros se hizo urgente. De acuerdo con un relevamiento hecho por el Ministerio de Justicia, en 1985 el número de extranjeros descubiertos en estado ilegal era de apenas 1.042 casos.

[23] Nihon Keizai Shibunsha (ed.), *Keizai Kiji no Mikata* (Cómo leer un artículo sobre economía), Tokio, Nihon Keizai Shibunsha, 1989, pp. 62-69.

[24] *Ibid.*, pp. 116-117.

En 1986 ese numero trepó a 9.215, y en 1987 a 12.792 casos [25]. En 1990 se estimaba que se encontraban en Japón cien mil trabajadores extranjeros 75.000 de los cuales estaban en forma ilegal [26]. La ley de trabajo del Japón requiere una visa de trabajo para las personas de otras partes de Asia, pero los issei y nissei del Brasil no la necesitan, lo que los hace una atractiva fuente de mano de obra para la industria japonesa [27]. Si la situación económica de los dos países no cambia mucho, es posible que la generación más joven sustituya a los issei y nissei de edad más avanzada que se encuentran en el Japón. Muchos sansei (descendientes de tercera generación) no poseen nacionalidad japonesa. Aun siendo descendientes de japoneses, de acuerdo con la ley de inmigración japonesa, son tratados como extranjeros comunes. En otras palabras, sufren varias restricciones para vivir o trabajar en Japón. Los sansei necesitan la visa 4-1-4, de visita a familiares, o la visa 4-1-16-3, de permiso especial, para poder entrar en Japón. Si tienen algún familiar ya en el Japón, podrán eventualmente cambiar sus visas y eventualmente podrán trabajar [28]. Los nikkei del Brasil vienen a trabajar principalmente en la construcción civil, las líneas de montaje, el embalaje, soldadura, auxiliar de enfermería, etc., servicios donde la carga horaria y el esfuerzo físico son relativamente pesados.

Un joven nissei que está trabajando en una línea de montaje de una fábrica de automóviles en Samukawa, provincia de Kanagawa, aceptó ser entrevistado. Vino hace un año, vivía cerca de São Paulo y actualmente trabaja nueve horas por día. Sus primos también se encuentran en Japón, y a veces se hablan. Sus padres y sus hermanos trabajan en la horticultura y luego venden sus productos en la feria. «Sólo los brasileños que vienen a trabajar a Japón hacen horas extras. Mis colegas japoneses no hacen tantas horas extras. Si yo estuviese en Brasil, no trabajaría tanto. Entiendo a estos japoneses, que quieren tener más tiempo para aprovechar la vida. Como vine sólo por dos años, yo hago horas extras. Con el dinero que junte quiero abrir mi propio negocio». Gran parte de los nissei que vienen a Japón no piensan quedarse más de dos o tres años. Esto porque, en el caso de los issei, que tienen na-

[25] *Jiyu Minshu* (revista), Tokio, abril de 1988, pp. 140-141.

[26] *Yomiuri* (diario), Tokio, 6 de agosto de 1989.

[27] Los *issei* (primera generación) y *nissei* (segunda generación) que poseen nacionalidad japonesa no tienen ningún límite en la duración de su permanencia en Japón. Aunque no posean nacionalidad japonesa, de acuerdo con la ley de inmigración y reconocimiento de refugiados, pueden permanecer en Japón según el status 4-16-1 (miembro de familia japonesa). El período de permanencia puede ser prorrogado hasta tres años. No hay ninguna restricción en cuanto a su actividad en Japón, y pueden contratarse para trabajos no calificados.

[28] *Jiyu Minshu* (revista), Tokio, noviembre de 1989, p. 99.

cionalidad japonesa, permanecer más de dos años fuera del Brasil implica perder la residencia permanente. En el caso de los nissei, cuyas visas los consideran miembros de una familia japonesa, el período máximo de permanencia es de tres años. Por otra parte, aunque el trabajo sea pesado, ellos consideran posible juntar dinero en el breve espacio de dos o tres años. Entre los descendientes de japoneses que se encuentran en Japón, pocos piensan en residir permanentemente en el país [29]. Su venida a Japón se debe principalmente a la apreciación del yen y al diferencial salarial entre los dos países.

Considerando la actual situación económica de ambos países, podemos decir que se encuentran en relación simbiótica. Pero ese fenómeno trae problemas serios a nivel individual. El objetivo de los trabajadores dekasegi es aprovechar la diferencia de salarios entre los dos países y reunir dinero en corto tiempo. Economizar y al mismo tiempo vivir en un país con un costo de vida tan alto como Japón causa *stress*, tanto en el sentido psicológico como en el material. Un joven nissei que aceptó ser entrevistado, dijo que la comida en Japón es muy magra, de manera que le resulta difícil aguantar un trabajo más pesado. También dice que las casas en Japón son demasiado pequeñas. Tiene también problemas de comunicación. Cuanto más joven, menor la probabilidad de que la persona hable japonés. Vivir en Japón sin hablar japonés es bastante estresante [30]. Existen casos de personas que no resistieron el trabajo pesado y quisieron abandonarlo, pero los llamados *brokers* no se lo permitieron, y tuvieron problemas de salud y hasta de muerte [31]. En setiembre de 1989, la policía federal brasileña llegó a fiscalizar las actividades de estos *brokers*. Se estima que funcionan cerca de 40 de estas agencias que envían personas a Japón. Uno de los problemas es la manipulación de los salarios. Las compañías pagan entre 400.000 y 500.000 yens por persona a las agencias, pero las personas muchas veces sólo reciben entre 250.000 y 300.000 yens. Por otro lado, estas agencias afirman que proveen casa, televisión, teléfono, ventilador y hasta pagan la cuenta de la luz. Recientemente muchas empresas japonesas comenzaron a reclutar los nikkei directamente en el Brasil [32].

[29] En noviembre de 1989, en una de las iglesias católicas en la provincia de Kanagawa, fueron a misa de domingo cerca de cincuenta nikkei. La mayoría de ellos habían venido solos a Japón, y sólo había cinco familias. Dos de ellas tenían hijos en edad preescolar.

[30] En una iglesia católica en la provincia de Kanagawa se celebra misa en portugués para los nisseis, además de darse clases de japonés.

[31] *Folha de São Paulo*, São Paulo, 28 de setiembre de 1989.

[32] *Nihon Keizai Shinbun*, (diario), Tokio, 23 de octubre de 1989.

A lo largo de estos ochenta años de inmigración japonesa en el Brasil, iniciada en 1908, los inmigrantes iban y venían de un país a otro, influidos por la situación socioeconómica de los dos países. Además, las acciones e influencias de estos individuos provocaron cambios en los sistemas de los dos países. La actual revisión de la legislación sobre inmigración y trabajo de inmigrantes extranjeros es uno de sus resultados. Podemos decir que, aún sufriendo restricciones del estado, cada individuo procura superar esas limitaciones, buscando así una vida mejor. Esta es una característica de la actual sociedad mundial.

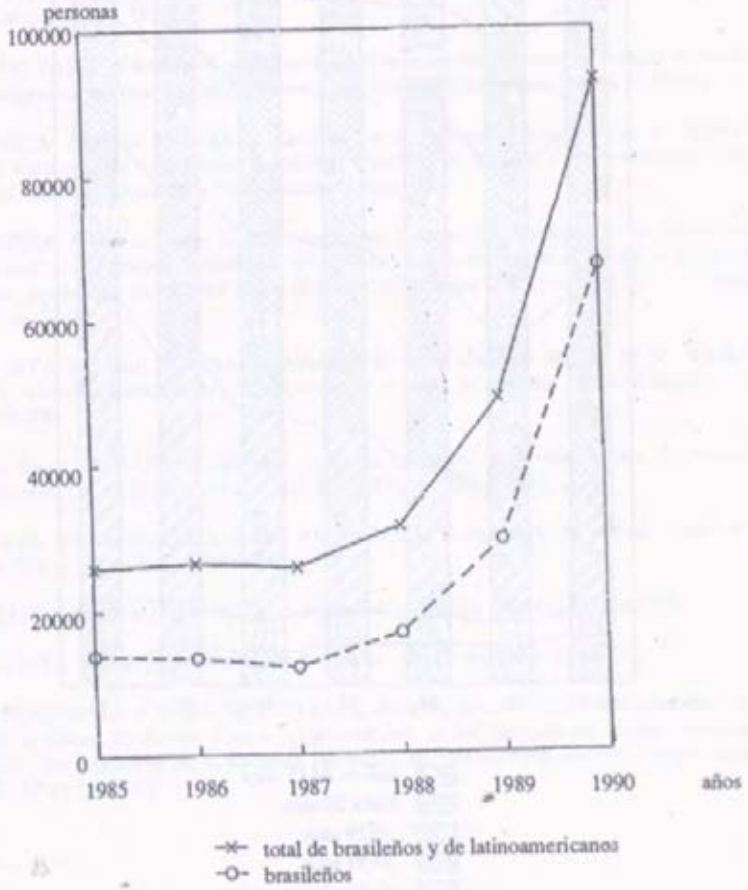
Al analizar la entrada de los nikkei brasileños en Japón a partir de 1985, podemos constatar que desde junio de 1990 el fenómeno dekasegi tomó un nuevo rumbo. En otras palabras, para controlar el aumento de extranjeros que venían a Japón a trabajar clandestinamente, el gobierno japonés adoptó una enmienda en la legislación de la inmigración en junio de 1990, según la cual los empleadores serán penalizados en caso de utilizar mano de obra clandestina. Por otro lado, de acuerdo con esa misma enmienda, los nikkei recibirán permiso de trabajo y de residencia en Japón sin mayores restricciones, lo que les posibilita trabajar en servicios no calificados. Esta nueva legislación abrió camino para que los nikkei de segunda y tercera generaciones puedan trabajar legalmente en servicios no calificados. Además, los no nikkei de tercera generación o sus cónyuges podrán también recibir las mismas visas de permanencia especial de los nikkei. A través de esta enmienda, el numero de nikkei de otros países de América Latina que entraron en Japón también aumentó (ver figura 1). Autoriza la permanencia de jóvenes de tercera generación en Japón y desde entonces aumentó el número de nikkei que vienen a Japón con sus hijos y su familia. En consecuencia, la edad media de los nikkei que se encuentran en Japón bajó considerablemente (ver figura 2). En 1992 se estima que cerca de 150.000 nikkei y sus familias trabajan en Japón, de manera que la sociedad japonesa comienza a buscar soluciones para cuestiones vinculadas con las relaciones entre los nikkei y la comunidad local, el trabajo, la educación, etc.

Por otro lado, a partir de 1986 aumentó el número de personas que abandonó Brasil y fue a vivir en el exterior. Ellas, incluyendo los nikkei que vienen a Japón, son en su mayoría jóvenes de clase media, lo que constituye una gran pérdida de mano de obra para la sociedad brasileña. Este tipo de problema será uno de los asuntos para discutir en un futuro próximo.

Traducido por Alicia Bernasconi

FIGURA 1

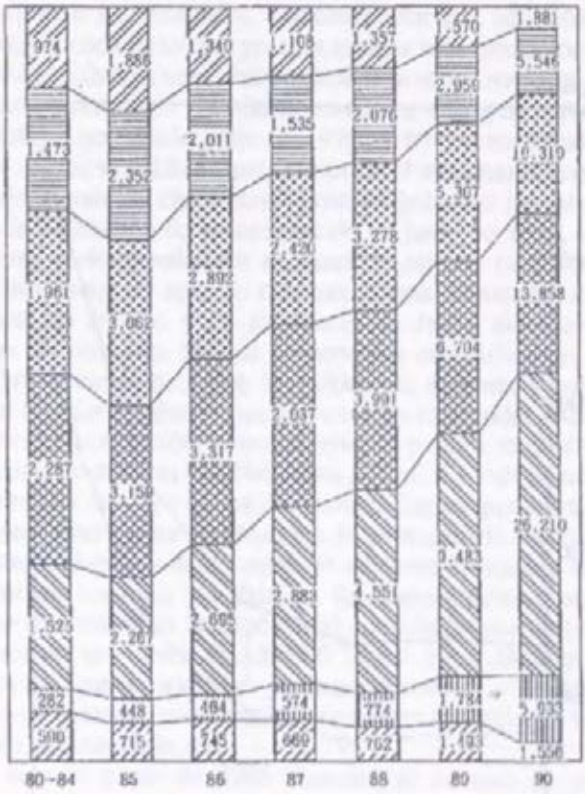
Brasileños y latinoamericanos que entraron en Japón, 1985-1990



(*) cifras según con WATANABE M. y S. MITSUYAMA, *Burajiru karano Nikkei Dekasegi Rodosha no Jittai to Nihon Shakai no Hanno,* (Una realidad de los trabajadores nikkei dekasegi de Brasil y las relaciones de la sociedad japonesa), en "Meijigakuin Ronso", Tokyo, marzo de 1992, Nº 89, p. 4.

FIGURA 2

Brasileños que entraron a Japón, por grupos de edades, 1980-1990



(*) cifras según con WATANABE M. y S. MITSUYAMA, *Burajiru karano Nikkei Dekasegi Rodosha no Jittai to Nihon Shakai no Hanno*, (Una realidad de los trabajadores nikkei dekasegi de Brasil y las relaciones de la sociedad japonesa), en "Meijigakuin Ronso", Tokyo, marzo de 1992, Nº 89, p. 6.

BIBLIOGRAFIA

Libros y artículos

Tomoo HANDA (red.), *Burajiru Nihon Imin-shi Nenpyo* (Cronología de la historia de los inmigrantes japoneses en Brasil), São Paulo, Centro de Estudos Nipo-Brasileiros, 1976, p. 85

Kotaro HORISAKA, *Burajiru Keizai no Hatten* (El desarrollo de la economía brasileña), en M. YAMADA (red.), «Gaisetsu Burasjiru-shi (Compendio de historia de Brasil), Tokyo, Yuhikaku, 1986, pp. 187-205.

Takashi MAEYAMA, *Nihon Imin no Nihon Kaiki Undo* (El movimiento de retorno al Japón de los inmigrantes japoneses), Tokyo, Nihon Hoso Shuppan Kyokai, ano Showa 57 (1992).

Chiyoko MITA, *Burajiru Nikkeijin no Tainichi Imeji: Komyunikeshon to Imeji no Henka* (El Japón visto por los inmigrantes japoneses: Cambios de imagen y comunicación). Tokyo, Instituto Iberoamericano de la Universidade Sophia, 1977.

Chiyoko MITA, *Nashonarizumu to Minzokushudan-Burajiru no Kokka Togo to Nihon Ijusha* (Nacionalismo y grupos étnicos: La política de integración nacional brasileña y los inmigrantes japoneses), en «Gaiko Jiho» (Revue Diplomatique), Tokyo, Nº 1251, setiembre de 1988, pp. 57-70.

Chiyoko MITA y Kotaro HORISAKA, *Nihon to Burajiru* (Japão e Brasil), en M. YAMADA (red.), "Gaisetsu Burajiru-shi", (Compendio de historia de Brasil), Tokyo, Yuhikaku, 1986, pp. 261-282.

Carlos de Souza MORAES, *A Ofensiva Japonesa no Brasil: Aspectos Sociais, Econômicos e Políticos da Colonização Nipônica*, 2nd. Porto Alegre, Globo, 1942.

Nihon Keizai Shinbunsha (red.), *Keizai Kiji no Mikata* (Cómo leer un artículo sobre economía), Tokyo, Nihon Keizai Shinbunsha, 1989.

Hiroshi SAITO, *Burajiru no Nihonjin* (Los Japoneses en Brasil), Tokyo, Maruzen, 1984.

Álvaro de VITA, *Sociologia da Sociedade Brasileira*, São Paulo, Ática, 1989.

Masako WATANABE y Shizue MITSUYAMA, *Burajiru karano Nikkei Dekasegi Rodosha no Jittai to Nihon Shakai no Hanno* (Una realidad de los trabajadores Nikkei Dekasegi del Brasil y las relaciones de la sociedad japonesa), en "Meijigakuin Ronso", Tokyo, marzo de 1992, Nº 89, pp. 1-66.

Revistas y Diarios

Folha de São Paulo (Diario), São Paulo, 28 de setiembre de 1989.
Jiyu Minshu (revista), Tokyo, abril de 1988, pp. 140-141.
noviembre de 1989, p. 99.
Koki (revista), São Paulo, marzo de 1948, p. 67.
Mainichi Shinbun (diario), Tokyo, 21 de setiembre de 1989.
Nihon Keizai Shinbun (diario), Tokyo, 23 de octubre de 1989.
Veja (revista), Rio de Janeiro, 16 de marzo de 1988, pp. 38-46.
7 de agosto de 1991, pp. 37-41.
Yomiuri (diario), Tokyo, 6 de agosto de 1989.

RESUMEN

Ochenta años de inmigración japonesa en el Brasil

La emigración de japoneses al Brasil se inició en 1908 con un contingente de unos ochocientos obreros que fueron a las plantaciones de café. Las duras condiciones favorecieron la huida de muchos de ellos y el gobierno brasileño suprimió los subsidios; sin embargo, el Japón se hizo cargo de subsidiar la emigración al Brasil desde 1925 hasta 1934, cuando Brasil impuso restricciones mediante cuotas desfavorables a la inmigración nipona. Las circunstancias internacionales y nacionales a fines de los años treinta y luego la prohibición del uso del idioma japonés en Brasil ocasionaron muchos retornos entre 1939-1941. La emigración al Brasil se reanudó junto con el restablecimiento de las relaciones diplomáticas en 1952, y comenzó a decrecer en los sesenta. La evolución económica posterior de ambos países determinó una reversión de la tendencia, con la emigración de trabajadores dekasegui nipo-brasileños al Japón desde mediados de los ochenta.

SUMMARY

Eighty years of japanese immigration in Brazil

Japanese emigration to Brazil started in 1908 with some eight hundred subsidized contract workers for coffee plantations. Hard conditions made many of them flee, and the paulista government suppressed subsidies for these projects; however the Japanese emigration to Brazil kept on under Japanese subsidies from 1925 until 1934 when Brazil imposed immigration quotas unfavorable to Japanese immigration. International circumstances in the late 1930s and local prohibition on the use of the Japanese language in Brazil caused many immigrants to return to Japan between 1939-1941. Emigration to Brazil restarted as diplomatic relations between Japan and Brazil were reestablished in 1952 but decreased in the late 1960s. Subsequent economic evolution in both countries caused Japanese emigrants in Brazil and their descent to initiate dekasegui migration from Brazil to Japan as from the late 1980s.

LOS INMIGRANTES JAPONESES EN ARGENTINA: Historias personales de empresarios pioneros

Keiko IMAI *

1. Introducción

Después de 230 años de aislamiento voluntario, el gobierno japonés abolió finalmente en la década de 1850 la política de aislamiento nacional y al poco tiempo celebró un tratado de paz y amistad y un tratado comercial con los Estados Unidos, y otros acuerdos similares con potencias europeas. En 1866 abolió la ley que prohibía los viajes al exterior e inició una nueva política migratoria. En esa época el mundo experimentaba movimientos masivos de población; muchos europeos cruzaban el Atlántico para emigrar a los Estados Unidos, Canadá y países latinoamericanos [1]. Independizados a principios del siglo XIX, estos países estaban abocados en la ardua tarea de construir sus naciones. En los países latinoamericanos, el proceso de construcción de las naciones era muy complejo; mientras iban en pos de la modernización segun las pautas de la nueva civilización europea y la cultura moderna, mantenían la vieja estructura de clase, bajo la cual los blancos habían monopolizado la clase alta y detentaban poder hegemónico en la política, la sociedad y la cultura. Bajo estas condiciones históricas Japón comenzó también a enviar emigrantes al continente americano.

(*) *Sophia University, Tokyo, Japón.*

[1] Los emigrantes de Europa promediaban los doscientos mil anuales a mediados del siglo XIX y en la primera década del XX el número sobrepasó el millón. El total de emigrantes europeos desde 1848 a 1940 se aproximó a los 50 millones; los principales países de emigración eran el Reino Unido con 16,5 millones, Italia con 10,2 millones, Alemania con 5,1 millones, Austria-Hungría (4,9 millones), España (4,5 millones) y Portugal (2,5 millones). Por otra parte, durante el mismo período, los Estados Unidos recibieron 37 millones de inmigrantes, Argentina 6,5 millones, Canadá 4,9 millones, Brasil 4,7 millones y Australia 3,9 millones. (S. MIYASAKI, S. OKUMURA y K. MORITA, ed., *Kindai Kokusai Keizai Yoran* [Panorama de economía internacional moderna], Tokio, University of Tokyo Press, 1982, p. 6).

La moderna emigración japonesa se inició en 1868, cuando 42 japoneses fueron a la isla de Guam y 153 a las de Hawaii. El número de emigrantes japoneses creció rápidamente, y la migración se expandió hasta Norteamérica. En la década de 1890 emigró un promedio anual de unos 10.000 japoneses hacia Estados Unidos, iniciando el boom de la emigración en la historia japonesa moderna.

Sin embargo surgió en ese momento un obstáculo serio a la ulterior inmigración japonesa: un conflicto de competencia laboral entre los trabajadores locales y los inmigrantes japoneses. Al incrementarse el número de inmigrantes japoneses en Norteamérica, el conflicto se intensificó. Los sentimientos anti-japoneses fueron acompañados de denuncias relativas a la conducta, el estilo de vida, las costumbres, la cultura y la religión de los inmigrantes japoneses, que diferían de las de los norteamericanos. Para contrarrestar este sentimiento, el gobierno japonés se vio obligado a concertar acuerdos de caballeros con los gobiernos de Canadá y los Estados Unidos en 1907 y 1908 respectivamente, induciendo restricciones voluntarias al envío de inmigrantes japoneses a ambos países. A pesar de esos acuerdos, sin embargo, los movimientos anti-japoneses no se aplacaron, sino se intensificaron más aún, y el estado de California prohibió mediante ley en 1913 la propiedad de tierras a los extranjeros. En esa época California, el estado que más inmigrantes japoneses había recibido, experimentaba también intensos movimientos antinipones. Desde fines del siglo XIX los inmigrantes japoneses habían comenzado a comprar pequeñas parcelas con el dinero ganado a costa de trabajo pesado y gran ahorro. Y así, a comienzos del siglo XX había un número considerable de propietarios de tierras entre los inmigrantes japoneses. La ley mencionada privó a los japoneses, en su mayoría sin ciudadanía estadounidense, de la valiosa oportunidad de adquirir tierras. La situación empeoró en 1920, al impedir una nueva ley el alquiler de tierras a los extranjeros. Ante estos movimientos antinipones, se hizo más difícil a los japoneses inmigrar en Norteamérica, y comenzaron a mirar hacia otras regiones. Por intermedio de emprendimientos oficiales y privados, el gobierno japonés tomó contacto con varios países latinoamericanos y comenzó a enviar inmigrantes a la región.

La inmigración oficial japonesa a América Latina basada en tratados de inmigración comenzó en la década de 1890. Setecientos noventa inmigrantes contratados desembarcaron en Perú para trabajar en las plantaciones de caña de azúcar en 1899; y 781 fueron enviados a las plantaciones de café de São Paulo en 1908. La cantidad de inmigrantes japoneses en América Latina aumentó de 792 en la década de 1890 a 96.129 en la década de 1930, mientras que en el mismo período el flujo hacia Norteamérica decreció de 114.617 a 5.609 (Ver Cuadro 1).

La inmigración japonesa a América Latina fue interrumpida por la Guerra del Pacífico, y su reiniciación se pospuso hasta el Tratado de Paz de San Francisco entre Japón y los aliados en 1952. Después de restablecer relaciones diplomáticas con el mundo libre, el gobierno japonés concluyó tratados de in-

CUADRO 1

Inmigrantes japoneses por región (1868-1945)

Región	1868-1880	1881-1890	1891-1900	1901-1910	1911-1920	1921-1930	1931-1940	1941-1945	Total
Norteamérica	901	20,450	114,617	116,159	105,302	48,371	5,609	----	411,409
América Latina	----	----	792	19,597	40,774	85,329	96,129	1,551	244,172
Sudeste asiático	----	----	1,314	11,173	21,199	26,336	27,636	520	81,768
Nordeste de China	----	----	----	----	----	----	144,760	125,247	270,007
Total	901	20,450	116,723	146,929	167,275	160,036	274,134	127,318	1,013,764

1. Las cifras fueron calculadas por la cantidad de pasaportes emitidos para los años 1868-1898.
2. La inmigración a China se hizo sin pasaportes, por lo que no es posible estimar los números de inmigrantes. Para el nordeste de China hay registros estadísticos de colonos agrícolas desde 1932 (las cifras presentadas aquí).

Fuente: Ministerio de Relaciones Exteriores de Japón, División consular y de emigración, *Wagakokumin no Kaigai Hatten: Iju Hyakunen no Ayumi (Shiryo-hen)* [Desarrollo en el exterior por japoneses: cien años de historia de la emigración, documentos], 1971, p. 137.

migración con Bolivia en 1956, con Paraguay en 1959, con Brasil en 1960 y con Argentina en 1961. Sobre la base de estos tratados, y con el apoyo de la política del gobierno japonés hasta comienzos de los sesenta, el número de inmigrantes japoneses en América Latina se incrementó significativamente (Ver cuadro 2). América Latina y Norteamérica eran las dos regiones más importantes a las que el gobierno, buscando reducir la presión del exceso de población sobre la desquiciada economía de posguerra, envió a los inmigrantes. En los años sesenta, sin embargo, en el período del rápido crecimiento económico conocido como el «milagro japonés», y posteriormente, la emigración declinó considerablemente.

En total, América Latina recibió un gran número de inmigrantes japoneses desde fines del siglo XIX hasta nuestros días, y en la actualidad tiene la mayor población de emigrantes japoneses y sus descendientes del mundo. Entre los países latinoamericanos, Brasil registra el mayor número de población étnicamente japonesa, seguida por Perú y luego por Argentina. En cuanto a los modelos migratorios, muchos japoneses emigraron a América Latina con contratos colectivos de trabajo antes de la Segunda Guerra Mundial, siendo el peruano y el brasileño los casos más representativos; llamémoslo modelo I de la inmigración japonesa en América Latina. Por otro lado, otros países latinoamericanos aceptaban inmigración libre y voluntaria de quienes aportaran diligencia, capacidades tecnológicas y capital, en lo posible; llamémoslo el modelo II, del cual Argentina es el país más representativo. Cabe mencionar aquí que hay mucha investigación publicada sobre el modelo I, pero muy pocos trabajos publicados sobre el modelo II, y que queda mucho por investigar. Este artículo procura aportar a la investigación sobre los inmigrantes japoneses en la Argentina. Requiere un enfoque histórico, con el foco en las historias personales de los empresarios japoneses pioneros. Trazando sus biografías estudiamos cómo comenzaron las actividades empresarias japonesas y analizamos las características de su sistema gerencial arraigado en la sociedad argentina.

II. Breve historia de la inmigración japonesa en Argentina

El primer inmigrante japonés a la Argentina que se ha registrado fue *Kinzo Makino*, empleado de la *British Ship Company* que viajó por todo el mundo. Entre los muchos lugares que visitó, Buenos Aires le resultó la ciudad más agradable para vivir. Desembarcó en el puerto en 1886, desempeñó diversos trabajos y finalmente se estableció trabajando para la compañía inglesa del Ferrocarril Central Argentino. Casó con una dama argentina, y disfrutó de su vida en la Argentina hasta su muerte. Makino tenía una singular ambición de ir al extranjero y triunfar allí. A pesar de su vida satisfactoria en la Argentina, sin embargo, no hubo muchos japoneses que lo siguieran en aquella

CUADRO 2

Inmigrantes japoneses en América Latina y Norteamérica por país (1946-1969)

Países	1946-1950	1951	1952	1953	1954	1955	1956	1957	1958	1959
U.S.A.	1,168	3,212	4,436	3,614	3,945	5,002	7,308	6,686	6,794	5,901
Canadá	27	2	11	22	73	60	146	196	182	180
México		1	12		3	9	26	31	35	18
Brasil		102	1,073	1,816	3,772	4,130	4,478	5,649	6,312	7,041
Argentina		53	98	16	34	147	55	117	74	140
Paraguay				18		866	1,382	1,603	1,106	229
Bolivia			37		127	107	3	377	352	5
Perú		5	7	1			7	114	56	46
República Dominicana							565	299	331	123
Otros		852	50	246	212	145	201	154	64	86
Total	1,195	4,227	5,724	5,733	8,166	10,466	14,171	15,226	15,306	13,769

Países	1960	1961	1962	1963	1964	1965	1966	1967	1968	1969	Total
U.S.A.	4,980	3,904	3,763	3,790	3,265	2,850	3,152	2,845	2,964	3,005	82,584
Canadá	139	127	172	167	110	183	597	737	599	578	4,308
México	17	16	13	11	5	10	7	9	4	3	230
Brasil	7,191	5,780	2,605	1,775	903	735	885	829	450	438	55,964
Argentina	45	91	170	206	147	177	190	130	74	95	2,059
Paraguay	964	674	247	148	151	130	70	85	32	22	7,727
Bolivia	35	705	104	94	3		1		8	10	1,968
Perú	115	65	161	69	72	8	7	12	2		747
República Dominicana	1	2		4		2					1,327
Otros	275	62	118	180	171	227	250	211	264	239	4,007
Total	13,762	11,426	7,353	6,444	4,827	4,322	5,159	4,858	4,397	4,390	160,921

Fuente: id. Cuadro 1.

época. Del lado argentino, el gobierno no deseaba recibir inmigrantes con contratos colectivos o proporcionar subsidios a la inmigración. Además en la Argentina, con la alta proporción de blancos en la población [2], no era fácil para los inmigrantes japoneses conseguir un trabajo adecuado para ganarse la vida.

Comparemos los datos disponibles sobre número de inmigrantes japoneses en América Latina desde 1887 a 1941, antes del estallido de la guerra (Ver cuadro 3). Brasil recibió la mayor cantidad (188.988), seguido por Perú (33.070) en tercer lugar México (14.476) y cuarto Argentina (5.398). Los tres primeros países aceptaron grupos de japoneses con contratos, mientras la Argentina no lo hizo, sino más bien acogió a los inmigrantes voluntarios libres de deudas. Fueron pues las diferencias de política inmigratoria el origen las diferencias en la inmigración a cada país. Aun cuando el número de inmigrantes japoneses a la Argentina hasta 1941 fue muy bajo, la fluctuación anual fue muy baja en comparación con los otros países. Los japoneses que emigraban a la Argentina no podían depender del gobierno japonés ni de las compañías de inmigración. Debían prepararse para la inmigración por su cuenta, reuniendo información sobre Argentina, y ahorrando dinero para el viaje y los gastos diarios al llegar. Eran hombres con gran fuerza de voluntad y determinación a inmigrar. No muchos japoneses se atrevían a emigrar a Argentina; pero su número creció poco a poco, y comenzaron a llevar una vida relativamente estable después de muchos años de trabajo sacrificado y diligente. Contribuyeron significativamente a la realización de la política del gobierno japonés de enviar a la Argentina personas entrenadas en el comercio y en la agricultura, el primer grupo de los cuales fue enviado en 1935. Esta política continuó hasta 1941, cuando se interrumpió por el estallido de la guerra. (Ver Cuadro 3).

Examinemos ahora la composición ocupacional de los inmigrantes japoneses y sus descendientes en la Argentina. El cuadro 4 muestra la distribución ocupacional en Brasil, Perú, Argentina y México. En la Argentina se observa una participación equitativa de los tres sectores: 30,3 para la agricultura, 33,2 para la industria manufacturera y 36,5 en el sector servicios. Por otra parte, el sector agrícola predomina en Brasil con 89,4 por ciento, mientras que la industria manufacturera apenas alcanza el 2,4 por ciento y el sector servicios el 8,2 por ciento. En Perú y México se observa un alto porcentaje del sector servicios (59,9 y 50,1 por ciento, respectivamente), pero baja participación en la industria (6,6 y 9,8 por ciento, respectivamente), y un sector primario, que incluye agricultura, pesca y minería que alcanza, respectivamente, el 33,5 y el 40,1 por ciento. Podemos ver que la mayoría de los inmigrantes japoneses en Brasil eran agricultores, mientras en Perú y México

[2] Entre la población Argentina, los blancos tienen un 97% de participación; un 40% es de origen italiano, 30% de origen español y el resto de origen británico, alemán, francés, polaco y otros.

CUADRO 3

Inmigrantes japoneses a América Latina por país (1897-1941)

País	Inmigrantes	País	Inmigrantes
Brasil	188.986	Panamá	415
Perú	33.070	Colombia	229
México	14.476	Bolivia	202
Argentina	55.398	Uruguay	18
Cuba	686	Venezuela	12
Paraguay	521	Otros	4
Chile	519	Total	294.536

Fuente: id. cuadro 1, pp. 140-141.

la mayoría se inició como trabajadores contratados en la minería y la agricultura, y luego se trasladaron a áreas urbanas. Muchos de ellos querían vivir en áreas urbanas, y establecieron pequeñas tiendas de comestibles o cafés para ganarse la vida. Por otra parte, el caso argentino muestra una distribución ocupacional muy equilibrada entre los tres sectores. Esta tendencia está relacionada con la política inmigratoria argentina, que prefería inmigrantes voluntarios y no bajo contrato. Provenían de diversas ocupaciones y experiencias previas en Japón, y cuando llegaron a la Argentina trataron de ganarse la vida sobre la base de su capacitación.

Como fue explicado arriba, la inmigración japonesa a la Argentina fue interrumpida por la guerra del Pacífico y Japón debió esperar hasta el Tratado de Paz de San Francisco para restablecer las relaciones diplomáticas con Argentina. Japón y Argentina firmaron un nuevo acuerdo de inmigración en 1961 cuando el presidente argentino Frondizi visitó Japón, por el cual el gobierno argentino demandaba agricultores, pescadores y técnicos con capacitación técnica, más maquinarias y equipos; el gobierno japonés trató de responder positivamente. Entre los inmigrantes japoneses mismos se había organizado la Sociedad para la Colonización Argentina (ATAKU) en 1953, que repetidas veces había solicitado al gobierno argentino el restablecimiento de un tratado de inmigración y la ampliación de la cuota de inmigrantes japoneses a la Argentina. La inmigración japonesa en la Argentina en la posguerra era principalmente por invitación de parientes próximos, y aumentó a 170 y 206 en 1962 y 1963 respectivamente (cuadro 2), luego del acuerdo. Desde la posguerra hasta 1969, Argentina recibió 2.069 inmigrantes japoneses, tercero en cantidad entre los países latinoamericanos.

CUADRO 4

Distribución ocupacional de los inmigrantes japoneses en Brasil, Perú, Argentina y México, Octubre 1935 (%)

Países	OCUPACION									Total
	Agricultura	Pesca	Minería	Industria	Comercio	Transporte	Servicio Público, Profesionales	Servicio Doméstico	Otros	
Brasil	34,753 (89.4)	79 (0.2)	2 (0.0)	920 (2.4)	1,869 (4.8)	251 (0.6)	574 (1.5)	301 (0.8)	131 (0.3)	38,880 (100.0)
Perú	2,817 (33.5)	3 (0.0)	— (—)	554 (6.6)	4,684 (55.7)	33 (0.4)	143 (1.7)	178 (2.1)	4 (0.0)	8,416 (100.0)
Argentina	1,038 (30.3)	— (—)	— (—)	1,138 (33.2)	886 (25.9)	117 (3.4)	51 (1.5)	134 (3.9)	60 (1.8)	3,424 (100.0)
México	569 (27.5)	243 (11.7)	19 (0.9)	203 (9.8)	775 (37.5)	49 (2.4)	145 (7.0)	22 (1.1)	43 (2.1)	2,068 (100.0)

Fuente: Id. Cuadro 1, pp. 170-171.

Examinemos ahora la distribución ocupacional de los japoneses y sus descendientes en 1979. Como muestra el cuadro 5, los sectores principales eran la lavandería/ tintorería y la floricultura, con el 42,4 y el 17,9 por ciento respectivamente. Ambos sectores son trabajo-intensivos y comparativamente accesibles a los inmigrantes tardíos y con dificultades de idioma como los inmigrantes japoneses. Además de estas dos actividades, un 7,1 por ciento correspondía a servicios públicos y profesiones liberales como abogados, médicos y arquitectos. Esto indica que las segunda y tercera generaciones de inmigrantes japoneses ingresaron en nuevas ocupaciones, dando empleo práctico a su educación. Es bien sabido que los inmigrantes japoneses en general ponen gran dedicación en la educación de sus hijos y el caso de la Argentina no es una excepción. El comercio tenía una participación relativamente baja (6,6%), pero los inmigrantes japoneses y sus descendientes han desarrollado negocios y alcanzado un éxito firme en este sector. Más aún, algunos de los empresarios comenzaron como comerciantes que luego expandieron su actividad a la fabricación de las mercancías que comercializaban.

CUADRO 5

Distribución ocupacional de inmigrantes japoneses y sus descendientes en Argentina (octubre 1º, 1979)

Ocupación	Empleados	%
Sector primario	8.644	27.2
(Floricultura)	(5.698)	(17.9)
Manufactura	1.011	3.2
Comercio	2.091	6.6
Lavandería/tintorería	13.428	42.2
Transportes	85	0.3
Servicio público y profesionales	2.248	7.1
Otros	4.284	13.4
Total	31.791	100.0

Fuente: Japanese Consul Documents in Argentina.

Hay pocos trabajos de investigación y documentos sobre las actividades de inmigrantes japoneses y sus descendientes en lavandería / tintorería y floricultura, y escasos los referidos a comercio e industria. Por lo tanto, en las secciones siguientes de este artículo, me ocuparé de estos últimos, centrando el enfoque en los empresarios japoneses pioneros en el comercio y la industria manufacturera.

III. Empresarios pioneros entre los inmigrantes japoneses

Basados en la historia de los inmigrantes japoneses en la Argentina, tracemos la historia personal de los empresarios japoneses pioneros. He elegido tres empresarios representativos: Bunpei Takinami, el primero de los empresarios japoneses en la Argentina; Saijiro Tsuji, iniciador del grupo empresario Tsuji, y Sadao Ando, fundador del grupo empresario Ando. Takinami inició el primer negocio, y Tsuji y Ando fundaron los grupos empresarios más representativos de los japoneses en la Argentina.

1. El iniciador de la primera empresa: Bunpei Takinami

Bunpei Takinami inmigró a la Argentina en 1905[3]. Esta es una fecha señera en la historia de la inmigración japonesa en la Argentina, y los inmigrantes japoneses y sus descendientes en la Argentina lo han celebrado como «el día del empresario japonés».

Takinami nació en el distrito de Ono, prefectura de Fukui, en 1871. Terminada allí su escuela primaria, se mudó a la prefectura de Tokyo, famosa por la industria de la seda. Se empleó en la *Murai Trading Store*, que comerciaba telas bordadas con el extranjero. Habiendo aprendido allí las técnicas de la transacción comercial, se mudó al próspero puerto de Kobe, compró una tienda y ya era independiente a los diecinueve años. Su negocio resultó muy exitoso, espcialmente con China, y poco después estableció una sucursal en Lushun, China. La sucursal de Lushun obtuvo grandes beneficios del comercio con Rusia, y con parte de estas ganancias Takinami compró una lujosa residencia cerca de Kobe.

Pero estalló la guerra ruso-japonesa, y los rusos capturaron a Takinami y lo enviaron detenido a Siberia. Afortunadamente, después de un tiempo fue liberado como parte de un programa de intercambio de prisioneros de guerra por intermedio de la Cruz Roja internacional. Regresó a Japón tras una larga ausencia, pero fue sospechoso de espía ruso y la policía japonesa lo tuvo detenido durante dos meses.

Perdió toda su fortuna en estas desdichadas circunstancias, y debió recomenzar. Decidió ir a la Argentina e hizo un gran esfuerzo para reunir el dinero necesario. En su camino a la Argentina recibió la noticia de que Japón había

[3] Para la historia personal de Bunpei Takinami me he basado principalmente en La Plata Hochi, *Quién es quién de la colectividad japonesa en la República Argentina*, Buenos Aires, La Plata Hochi, 1968; *Kigyo Geppo*, Buenos Aires, Zaia Nikkei Kigyo Kyokai, varios números; M. IZAWA, *Laten América no Nihonjin* [Los japoneses y América Latina], Tokyo, Nihon Kokusai Mondai Kenkyujo, 1972.

derrotado a Rusia en la guerra ruso-japonesa, y saltó de alegría con Tsubota, quien lo acompañaba desde Japón. Llegado a la Argentina tras un largo viaje, Takinami buscó una tienda disponible en la ciudad de Buenos Aires, la alquiló y la llamó «*Togo*», en homenaje al famoso almirante japonés que se había desempeñado en la guerra. Comenzó la importación y venta de productos de seda y objetos de arte japoneses.

En esos días Japón y Argentina tenían relaciones especiales relacionadas con la guerra ruso-japonesa. Argentina había vendido a Japón dos buques de guerra «Rivadavia» y «Moreno», durante la guerra, con mediación inglesa, y los buques, con los nombres japoneses de «*Nisshin*» y «*Kasuga*», lograron brillantes resultados en la guerra. Este hecho histórico ha tenido gran significación en la amistad Argentino-japonesa, y la simpatía argentina hacia el Japón fue de gran ayuda para Takinami.

Tuvo un buen comienzo en su negocio, y pronto abrió una sucursal en Montevideo. Envió allí a Tsubota, que era talentoso para los idiomas. Su negocio se hizo cada vez más próspero, lo que permitió a Takinami a llamar desde Japón empleado tras empleado para sus tiendas. Estos aprendieron la modalidad argentina para los negocios y el castellano, y procuraron establecer sus propios comercios. Takinami llamó a «por lo menos ochenta o cien» [4] japoneses a la Argentina, y los ayudó a iniciarse.

Cuando Takinami iba a dar otro audaz salto en su actividad, estalló la Guerra del Pacífico. Volvió entonces temporariamente a Japón por sus asuntos, y le informaron del estallido de la guerra cuando estaba en su casa central en Kobe. La guerra afectó seriamente a su negocio. Mientras la Argentina rompió relaciones diplomáticas y con Japón y le declaró la guerra, Takinami fue «mantenido bajo el control del gobierno argentino como uno de los comerciantes que perdieron sus destinos de exportación, y forzado a transferir su negocio» [5]. Takinami, obligado a abandonar el negocio, cerró su tienda en Buenos Aires.

Takinami no pudo cumplir su deseo de revivir el comercio argentino-japonés, y concluyó su vida en Kobe en 1950. Su tormentosa carrera, plagada de ascensos y caídas, reflejaba la evolución histórica del propio Japón durante el período. Consagró su vida a establecer las bases del comercio de intercambio y a proveer oportunidades de entrenamiento y educación a los inmigrantes japoneses que llegaron posteriormente. Había aportado una gran contribución como empresario pionero de los negocios japoneses en la Argentina y dando apoyo a los inmigrantes japoneses que deseaban hacerse hombres de negocios.

[4] M. IZAWA, *op. cit.*, p. 199.

[5] La Plata Hochi, *op. cit.*, p. 6.

2. *El iniciador del grupo empresario Tsuji: Saijiro Tsuji*

Saijiro Tsuji nació en la ciudad de Nagoya, prefectura de Aichi en 1884[6]. La ciudad de Nagoya está en la zona central de Japón, de cara al Pacífico, y ha sido centro político y comercial de la región central de Japón. Su hermano mayor fue adoptado como hijo por la *Takifuji Trading Company*, y se dedicó a la exportación de cerámicas a los Estados Unidos. La prefectura de Aichi ha sido muy famosa por su industria cerámica desde la era feudal, y ha exportado en grandes cantidades. Saijiro, graduado de la escuela secundaria en la prefectura de Gifu, comenzó a trabajar con su hermano mayor, y expandió su actividad con un volumen muy importante de comercio con los Estados Unidos. Poco después de haber decidido extender el comercio en Sudamérica, fue a la Argentina a establecer una base comercial en 1921. Apoyado por la *Takifuji Trading Company*, importó mercancías producidas en la ciudad de Nagoya y sus alrededores, vendiéndola fundamentalmente en Buenos Aires. Después de cuatro años se independizó y fundó, en 1925, la compañía comercial *Tsuji*, cuya mercancía principal eran las cerámicas importadas de Japón por intermedio de la *Takifuji Trading Company*.

Por entonces la Argentina estaba en un proceso de rápido desarrollo económico basado en la exportación de productos primarios, y era considerado la cabeza del ABC (Argentina, Brasil y Chile), tres poderosos países en América Latina. Los productos de alta calidad se vendían considerablemente bien, sobre todo entre las clases media y alta, y muy especialmente los juegos de té y vajillas de mesa importadas de Francia, el Reino Unido y Finlandia. Argentina es un país con un alto porcentaje de blancos europeos y descendientes de europeos. Allí la compañía *Tsuji* era un late-comer en la importación y venta de cerámicas, y debió enfrentar una severa competencia con las cerámicas europeas. Saijiro destacó la exclusividad del diseño y los colores japoneses, y se abrió el camino en el mercado compitiendo con sus precios. Al estallar la Segunda Guerra Mundial, importó gran cantidad de mercancías preparándose para la escasez de bienes durante la guerra, y los vendió sistemáticamente durante varios años.

Al extenderse el conflicto a la guerra Estados Unidos-Japón, muchos países latinoamericanos se unieron a los Aliados. Cuando la Argentina rompió relaciones con Japón y le declaró la guerra, los inmigrantes japoneses y sus descendientes fueron considerados personas de un país hostil, y sus actividades fueron controladas por diversas disposiciones, como la prohibición de

[6] Para la historia personal de Saijiro Tsuji y el grupo empresario Tsuji me he basado en mis entrevistas al Sr. Nobuo Ikeda y el Sr. Minoru Otake, principales ejecutivos ded grupo empresario Tsuji el 23 de agosto de 1980 y el 26 de agosto de 1992, KIGYO GEPPO, *op. cit.*; K. GASHU, *Aruzentin Doho Gojunenshi* [Historia de cincuenta años de inmigración japonesa en la Argentina], Tokyo Seibundo Shinko Sha, 1956.

enseñanza en japonés, el cierre forzoso de escuelas privadas para los inmigrantes japoneses y sus descendientes, la restricción de las actividades económicas, salir durante más de dos días, etc.. La compañía *Tsuji* debió soportar también estrictas disposiciones referidas a los negocios.

Al terminar la guerra, los japoneses dejaron de ser considerados miembros de un país hostil. La compañía *Tsuji* comenzó a fabricar cerámicas, además de la división de importación y compra ya existente. Esta decisión surgió de las amargas experiencias de seria escasez de bienes a causa del cierre de las importaciones durante la guerra. El gobierno argentino adoptó una política de industrialización por sustitución de importaciones y promovió la producción doméstica de cerámicas, que había provisto a una porción considerable de producción durante la guerra. Pero la calidad de la cerámica de producción doméstica era pobre, y era difícil conquistar el mercado nacional, especialmente el consumo de las clases media y alta. *Tsuji* compró una fábrica de vidrios en la ciudad de Buenos Aires, y comenzó a diseñar las cerámicas y los procesos del vidrio en 1945. Al año siguiente comenzó a fabricar cerámicas; estableció su planta de fabricación de cerámicas en los suburbios en 1951, y comenzó en 1952 la fabricación en gran escala. En el mismo año el tratado de paz de San Francisco entró en vigencia y se restablecieron las relaciones diplomáticas entre Japón y la Argentina.

El restablecimiento de las relaciones diplomáticas permitió importar la tecnología de producción de cerámicas. La compañía *Tsuji* invitó técnicos en fabricación de cerámicas y procuró aprender de ellos lo más posible. La transferencia tecnológica hizo que la producción de la compañía mejorara poco a poco su calidad, y los juegos de té, vajilla de mesa y adornos se constituyeron en los principales productos de la compañía. En 1966 se construyó una nueva fábrica que comenzó la fabricación de cerámicas especiales y tejas.

La compañía *Tsuji* comenzó su actividad con la importación y venta de cerámicas, y la expandió luego a la manufactura y diversificación de productos. Fundada antes de la Segunda Guerra Mundial, fue reorganizada en la posguerra, y se estableció el Grupo Empresario *Tsuji*, compuesto por la Compañía Comercial *Tsuji*, la Compañía de Cerámicas *Tsuji* y Porcelanas *Tsuji*. Cada una de estas compañías tiene su contabilidad propia, y está al mismo tiempo en estrecha cooperación con las otras. El grupo empresario *Tsuji* emplea a más de 700 personas. El factor más importante en el desarrollo del grupo fue la excepcional habilidad de Saijiro Tsuji, padre fundador con una ferviente ambición de trabajar en pro del comercio argentino-japonés, percepción, capacidad de decisión rápida e intrepidez. Y había contado con el apoyo de la *Takifuji Trading Company*, el canal esencial parala importación de productos japoneses.

Saijiro renunció a la gerencia después de la guerra y fue sucedido por la segunda generación. Supervisando el desarrollo del grupo, cerró su vida en 1953 a los 68 años. Tras su muerte, la segunda generación desarrolló el negocio para organizar el Grupo Empresario *Tsuji* con estrecha colaboración

empresaria entre sus componentes. Los líderes principales de la segunda generación son cuatro inmigrantes japoneses llamados a la Argentina por Saijiro, casados con las cuatro hijas de Saijiro. Junto a ellos, el hijo mayor de Saijiro se graduó en ingeniería en la Universidad de Buenos Aires, y ha dirigido la sección manufaturera del grupo.

El grupo empresario basado en la sociedad familiar ha establecido un sistema firme de gerencia y es una de las empresas más representativas en la venta y fabricación de cerámicas en la Argentina. Uno de los factores más importantes de su éxito es el sistema de gerenciación basado en la sociedad familiar estrecha y cooperativa, mediante la cual el grupo se ha asegurado una sociedad confiable entre las empresas miembros y ha superado las dificultades de ser un *late-comer* asiático.

3. Un empresario talentoso en la gerenciación diversificada: Sadao Ando

Sadao Ando nació en el distrito Katsuta, prefectura de Okayama, en 1897[7]. Era el hijo mayor de un comerciante en seda, arroz, carbón y leña en el área rural del sudoeste de Japón. Terminada su escuela primaria en el distrito de Katsuta, se mudó a Osaka, segunda ciudad y centro comercial de Japón. Comenzó trabajando como dependiente en una tienda a los diez años y pasó a la *Kubo Trading Store* a los dieciséis. Ambicionaba emigrar y trabajar en el exterior como comerciante. Por lo tanto se aplicó a aprender inglés después del trabajo. Planeaba primero ir a Australia, pero por esa época surgió el principio de la «Australia Blanca» y se intensificó el movimiento antiasiático. Este movimiento se activó también en Nueva Zelanda y Sudáfrica, y los gobiernos de Estados Unidos y Canadá demandaron del gobierno nacional los acuerdos de caballeros ya mencionados. Considerando estas circunstancias, Ando decidió cambiar su destino a otro país que tuviese una política inmigratoria generosa hacia los japoneses. Estando aún pendiente la elección del destino, leyó un artículo sobre Bunpei Takinami en una revista de negocios muy difundida en Japón, que describía la exitosa vida de Takinami en Argentina, e impresionó profundamente a Ando, decidiéndolo a emigrar a ese país.

En 1918 Ando partió de Japon como delegado de *Kubo Trading Store*. Llevaba cinco toneladas de muestras comerciales y mercancías: objetos de ce-

[7] Para la historia de Sadao Ando y el grupo empresario Ando me he basado en mi entrevista con Sadao Ando y los datos obtenidos de él el 18 de agosto de 1980; ANDO SADAO DEN HENSHU IINKAI, *Aruzentin ni Ikita Ando Sadao no Ayumi* [Vida de Sadao Ando en la Argentina], Buenos Aires, Zaidan Hojin Ando Sadao, 1991, La Plata Hochi, *op. cit.*, y KIGYO GEPPO, *op. cit.*

rámica, botones de nácar, juguetes, agujas, cepillos dentales, cristales, raquetas de tenis, violines, etc. Inmediatamente al llegar buscó una tienda para alquilar y se estableció en Buenos Aires. Abrió un pequeño comercio y empleó a un inmigrante japonés que vivía en la Argentina en 1918. Fue de casa en casa con sus muestras en procura de pedidos. Argentina pasaba en aquél momento por una importante escasez de bienes debida a la Primera Guerra Mundial, lo que hizo prosperar el negocio de Ando y le proporcionó grandes ganancias. Vendió muy rápidamente muchas de sus mercancías, en especial los botones. Al agotar su stock, encargó más a *Kubo Trading Store* y expandió su mercado de ventas en Buenos Aires.

Después de la guerra los países europeos comenzaron a reconstruir sus economías, y *Kubo Trading* adoptó algunas estrategias para incrementar el intercambio con Alemania, para lo cual pidieron a Ando que regresara al Japón. Al recibir el mensaje, Ando decidió volver a Japón y compró gran cantidad de marcos alemanes, que perdieron su valor a causa de la gran inflación. Dejó su tienda a cargo de su dependiente en Buenos Aires y emprendió el camino a Japón vía Europa con la idea de visitar Alemania. Pero debido al gran desorden en la Alemania de posguerra, no se permitía a los extranjeros la entrada al país, por lo que desistió de este proyecto. Renunció a *Kubo Trading Store* y se proveyó de un gran stock de mercancías para el mercado argentino. Regresó a la Argentina e inició la Tienda Ando en Buenos Aires. Consiguió del gobierno argentino licencia de importador en 1921. Sus principales mercaderías eran los botones de nácar, los objetos de cerámica y las perlas de imitación, que se vendían muy rápidamente.

La tienda de Ando acumuló una cantidad considerable de capital con el negocio de importación y venta, y entonces comenzó a fabricar las perlas de fantasía en el sótano de la tienda. Mientras los japoneses preferían las perlas de imitación blancas, los argentinos preferían las doradas, de modo que para satisfacer el gusto argentino Ando comenzó a realizar todo el proceso: fabricación, teñido y venta. Además expandió su ramo incluyendo mercaderías europeas, importándolas principalmente de Checoslovaquia. Completamente exitoso, retornó a Japón tras una larga ausencia. Visitó a los principales centros de producción de cerámicas de Nagoya, Gifu y Yokkaichi en Japón, y se aprovisionó de mercancías para varios años. Las cerámicas se vendieron especialmente durante la Segunda Guerra Mundial, y proporcionaron a Ando capital suficiente como para expandir su actividad.

Ando estableció su empresa *Anan Bussan Inc.* para trabajos rurales en 1942. Se dice que fue la primera sociedad en comandita por acciones de los japoneses en Argentina. Sus acciones no estaban a la venta en el mercado, sino que estaban en manos de los gerentes y empleados de la corporación. En esa época pocos inmigrantes japoneses poseían su tierra, y la mayoría de ellos trabajaba como arrendatarios o peones. Ando procuró dar a los inmigrantes japoneses y sus descendientes la oportunidad de poseer sus tierras y viviendas. Durante la Segunda Guerra Mundial incrementó la venta de tierras

y realizó la primera gran venta de tierras a partir de 1945. El propósito de la venta era construir invernaderos, y se ofrecieron lotes de 60 hectáreas con sesenta años de plazo de pago. Este era un procedimiento nuevo en la sociedad argentina de entonces, de modo que esta venta estuvo a la cabeza de las operaciones a largo plazo. Le siguieron una segunda venta de lotes de 30 hectáreas para vivienda y una tercera de lotes de 45 hectáreas para residencias de veraneo. Todas tuvieron amplio éxito, y los compradores incluían tanto a argentinos como a japoneses.

Anan Busan Inc. compró 5.000 hectáreas en la provincia de La Pampa y 7.589 hectáreas en la provincia de San Luis en 1944 y se dedicó a la ganadería. En 1953 compró 30.000 hectáreas en Mendoza y comenzó la venta en lotes, de tierras destinadas a cultivo de frutas y hortalizas, forestación y ganadería. En 1974 compró 200 hectáreas en Misiones y comenzó actividades de forestación, loteando paralelamente tierras para floricultura en la provincia de Salta.

Por otra parte, después de la Segunda Guerra Mundial la compañía Ando se especializó en el comercio de fertilizantes y químicos para la agricultura, la mayoría importados de Japón. Expandió el mercado de comercialización en Argentina y estableció en 1972 la compañía *Nikkei Kagaku Kogyo* (Química Industrial Japonesa), dedicada a fabricar y envasar fertilizantes y químicos agrícolas.

Partiendo de la importación y venta de productos japoneses, Ando expandió y diversificó su negocio a los bienes raíces, la ganadería, la forestación y la industria química, lo que dio origen sucesivo a sus nuevas empresas y al grupo empresario Ando. Mandó llamar parientes y amigos de Japón y los colocó en los puestos ejecutivos del grupo. También contribuyó a proporcionar oportunidades de empleo a los inmigrantes japoneses y sus descendientes. Los inmigrantes japoneses han dado gran importancia a la educación de sus hijos, de manera que muchos de la segunda generación alcanzaron una educación mayor. A pesar de su educación, sin embargo, la mayoría de ellos sufrió las dificultades de lograr empleos adecuados a su nivel de educación. Ando estaba muy preocupado por este serio problema y se dio la misión de ofrecer mejores empleos a los hijos de inmigrantes japoneses. Estableció en 1943 la Fundación de Becas Ando, conmemorando los veinticinco años de su inmigración a la Argentina. En esta fundación estableció un consejo asesor de educación y empleo, y otorgaba becas a inmigrantes y descendientes de japoneses, proporcionándoles de esta manera una gran ayuda. En 1948 fundó además el Premio *Sadao Ando* para estimular las bellas artes, y otra fundación Ando en 1970 para promover actividades benéficas para los inmigrantes japoneses y sus descendientes. Ando era un típico *self-made-man* con gran confianza en sí mismo. No sólo fue un empresario muy exitoso, sino además brindó una contribución extraordinaria de apoyo a la educación y el bienestar de la sociedad japonesa en la Argentina. Fue muy activo en su trabajo hasta su muerte en 1986 a la edad de 89 años.

III. Conclusión

América Latina tiene la mayor población de inmigrantes japoneses y sus descendientes en el mundo. Después de la restauración Meiji, la emigración japonesa comenzó principalmente a Hawaii y Norteamérica. Hacia fines del siglo XIX, sin embargo, surgió un movimiento antijaponés que alcanzó serias proporciones a comienzos del siglo XX. En estas circunstancias, el gobierno japonés se vio obligado a reducir drásticamente el número de emigrantes a Norteamérica y, al mismo tiempo, a encontrar una nueva frontera para sus emigrantes en América Latina.

Hubo muchos emigrantes japoneses en América Latina desde el primer arribo a Argentina en 1886. Entre los países latinoamericanos, Brasil tiene la mayor cantidad de inmigrantes, seguido por Perú y Argentina. Entre estos países, Brasil y Perú comenzaron aceptando a los inmigrantes japoneses en grupo, con contratos laborales. Por otra parte, Argentina aceptó inmigrantes voluntarios sin esa clase de contratos. La política inmigratoria diferente de Argentina dio por resultado diferencias en la sociedad de inmigrantes japoneses de este país con respecto a los otros dos.

Analizo aquí la estructura de las actividades económicas de los inmigrantes japoneses y sus descendientes. Los campos principales de actividad económica entre los inmigrantes japoneses en Argentina incluyen la floricultura, la lavandería/tintorería y el comercio y la manufactura. Las dos primeras actividades, ampliamente conocidas como ocupaciones de japoneses en la Argentina, son las más documentadas. La tercera, sin embargo, ofrece poca documentación y raramente es estudiada. Para subsanar esta carencia comienzo resumiendo la historia de los inmigrantes japoneses en la Argentina y las principales características de sus actividades económicas. Luego examino la historia personal de tres empresarios representativos y sus empresas: *Bunpei Takunami* como primer empresario entre los inmigrantes japoneses en la Argentina; *Saijiro Tsuji*, iniciador del grupo empresario *Tsuji* y *Sadao Ando*, fundador del grupo empresario *Ando*. Los dos últimos fundaron grupos empresarios típicos de los inmigrantes japoneses en Argentina, que representan dos tipos diferentes de sistemas gerenciales. El grupo Tsuji muestra una integración vertical, desde la importación y venta doméstica de cerámicas hasta la fabricación de los productos. Por otra parte, el grupo Ando muestra una expansión horizontal desde la importación y venta de diversas mercancías a los negocios inmobiliarios, la ganadería, la forestación y la industria química. Saijiro Tsuji creció en la prefectura de Aichi y mantuvo un estrecho contacto con esta área, principal productora de cerámicas del Japón. Sadao Ando trabajó y se entrenó como comerciante en Osaka, la ciudad comercial más importante del Japón. A través del estudio de las historias personales de estos empresarios, analizo los principales factores que produjeron diferencias en el sistema empresarial de los dos grupos.

RESUMEN

Los inmigrantes japoneses en Argentina: historias personales de empresarios pioneros

América Latina tiene la mayor población de inmigrantes japoneses y sus descendientes en el mundo. Brasil tiene la mayor proporción, seguido por Perú y Argentina. Brasil y Perú comenzaron admitiendo inmigración con contrato de trabajo (modelo I), mientras que Argentina aceptó inmigrantes voluntarios sin contrato (modelo II). La política inmigratoria diferente de Argentina tuvo como resultado una sociedad inmigrante diferente en ese país.

Analizo la estructura de las actividades económicas de las actividades económicas de este grupo inmigrante y sus descendientes, con énfasis en el comercio y la industria manufacturera, a través de las historias de tres empresarios japoneses, originarios de tres áreas diferentes de Japón con diferentes sistemas empresarios y trasfondos económicos diversos, lo que influyó en su actividad.

SUMMARY

Japanese Immigrants in Argentina: Personal Histories of Pioneering Entrepreneurs

Latin America has the largest population of Japanese immigrants in the world. Brazil has the largest proportion, followed by Peru and Argentina. Brazil and Peru began by admitting indentured group immigration, which I classify as Pattern I in Japanese immigration to Latin America. Argentina accepted voluntary immigrants without such contracts (Pattern II). Argentina's distinct immigration policy resulted in considerable differences between the Japanese immigrant society there and those found in Brazil and Peru.

In this paper I analyze the structure of economic activities of Japanese immigrants and their descendants in Argentina, focusing on commerce and manufacturing industry, through the personal histories of three representative entrepreneurs and their enterprises. All three developed their business based on the import and sale of Japanese products and utilized their connections with Japan. The three entrepreneurs came from different parts of Japan with different economic background and management systems, which influenced their business and management.

DESARROLLO HISTORICO DE LA INMIGRACION JAPONESA EN LA ARGENTINA HASTA LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL *

Marcelo G. HIGA **

Introducción

Este trabajo forma parte de una investigación sobre la experiencia inmigratoria de los japoneses en la Argentina, uno de los tantos grupos nacionales que arribaron al país a partir del aluvión inmigratorio iniciado a finales del siglo XIX.

Grupo minoritario entre los extranjeros, las estadísticas oficiales comenzaron a registrar regularmente sus ingresos en 1902. El movimiento cobró impulso hacia 1909, cuando se produjo la llegada de remigrantes provenientes de países vecinos. Desde entonces, existió un flujo inmigratorio pequeño pero constante hasta el inicio de la segunda guerra mundial. Finalizado del conflicto, la inmigración se reinició y durante algunos años mantuvo patrones similares a los del período prebélico, hasta que con el despegue económico japonés de principios de los años 60 comenzó a decrecer rápidamente. Hasta la década del 70 continuaron ingresando pequeños contingentes, aunque no ya directamente desde Japón, sino principalmente desde los países vecinos.

De acuerdo a un cómputo realizado en 1986, la población de origen japonés residente en Argentina era de aproximadamente 50.000 personas. El 20 por ciento había nacido en Japón, y el resto estaba constituido por miembros de la segunda (*nisei*) y tercera (*sansei*) generación [1].

(*) Parte de esta investigación ha sido realizada con el apoyo de *The Toyota Foundation* (93-I-209).

(**) *Universidad de Tokio, Japón.*

[1] MALETTA y LEPORE 1990.

A pesar de su poca influencia demográfica, desde los primeros años de su asentamiento los japoneses alcanzaron una importante visibilidad en la sociedad argentina. Los inmigrantes fueron rápidamente reconocidos, y este fenómeno se acrecentó posteriormente a causa de la concentración ocupacional en determinados rubros económicos, como los bares y las «tintorerías» en las zonas urbanas, y la floricultura y horticultura en las áreas suburbanas.

Los estudios publicados sobre la inmigración japonesa en Argentina, sin embargo, no son muchos [2]. Además de las dificultades propias del tema migratorio, en donde por lo general se debe transitar por dos o más regiones, en el caso japonés las diferencias idiomáticas indudablemente han operado como barreras para el desarrollo de las investigaciones. Lo cierto es que tanto en el país de origen como en el de inmigración, éste ha sido un tema marginal, que todavía no ha recibido demasiada atención por parte de los investigadores.

Este trabajo es el resultado de la primera etapa de nuestra investigación. Se ha centrado en la localización, verificación y ampliación del material bibliográfico y de archivo disponible en los dos idiomas, y tiene por objeto establecer un panorama general del desarrollo inmigratorio japonés en Argentina [3]. De los materiales en japonés hemos consultado informes diplomáticos, artículos de revistas relacionadas al tema migratorio, obras conmemorativas y censos de diferentes instituciones locales, periódicos, revistas, boletines, etc.; del material en castellano, hemos recabado información de los principales periódicos y revistas argentinos [4].

El ordenamiento del material sigue aproximadamente una periodización por décadas, atendiendo a la evolución de la experiencia migratoria, que se corresponde con las transformaciones de la comunidad y las diferentes

[2] Los trabajos más accesibles son TIGNER, 1967, LAUMONIER, 1989, SABAROTS, 1986, Jorge HIGA, 1993, además del ya citado de MALETTA y LEPORE, 1990. En japonés, GASHU, 1956, ISHIKAWA, 1987.

[3] Muchos de los datos fueron recabados en los archivos de la Asociación Japonesa en la Argentina y del periódico *La Plata Hochi* - Noticiero del Plata, a quienes agradecemos su colaboración.

[4] En la parte inicial de la investigación la obra de Kyuhei GASHU (1956) nos ha sido sumamente útil. Si bien las fuentes originales no siempre aparecen claramente indicadas, cuenta con un minucioso detalle de los principales acontecimientos de la vida comunitaria, llegada de inmigrantes, apertura de comercios, etc., ordenados anualmente, más un apéndice biográfico de las personalidades destacadas de la comunidad. La compilación realizada por la NIHOJN-JIN ARUZENTIN... (1971) nos ha guiado en la búsqueda de los primeros informes diplomáticos sobre la Argentina. Y la cronología realizada por Ch. SAKIHARA ha sido un instrumento invaluable a lo largo de toda la investigación.

estrategias adoptadas por el inmigrante, especialmente en relación a la ocupación [5].

1. Los primeros inmigrantes

A diferencia de aquellas regiones en donde la inmigración se inició con el ingreso de grupos de trabajadores contratados, como Hawaii, Perú o Brasil, la migración de los japoneses a la Argentina fue básicamente de carácter espontáneo, es decir, del tipo libre e individual, sin que mediara la intervención directa de los gobiernos o de compañías de migración. Por este motivo, resulta difícil determinar con certeza una fecha puntual que señale su comienzo.

Según se conmemora en el medio inmigrante local, el «primer» japonés radicado en el país fue un marinero llamado Kinzo Makino (o «Miguel King», en la documentación argentina), quien habría desembarcado en Buenos Aires hacia 1886. Makino tenía entonces 28 años. Al cabo de algunos años de residencia en el país, ingresó en el Ferrocarril Central Argentino, en Córdoba, en donde trabajó hasta su jubilación en 1924. Makino se casó con Amalia Rodríguez en 1897, con quien tuvo cuatro hijos. Falleció en 1929, a los 69 años [6].

Es probable que unos años antes de la llegada de Makino haya actuado en el antiguo Teatro Colón una troupe circense con miembros de origen japonés. En un afiche de marzo de 1873, se anuncia a la «Real Compañía Japonesa», en un espectáculo de malabaristas y «trompos japoneses», con la participación de «Satuma's y su hijo» [7]. Pero no tenemos datos sobre su actividad posterior, si es que permanecieron en al país. De modo que Makino sería, sino el primero, al menos el más antiguo de los japoneses sobre quien ha quedado constancia y descendencia. El censo nacional de 1895 registra la

[5] Por razones de espacio, no hemos desarrollado en este primer trabajo la problemática del carácter regional de la migración japonesa. En un trabajo posterior, nos referiremos a este aspecto, que en el caso de la Argentina tiene especial importancia dada la alta representación de los oriundos de Okinawa, prefectura cuya evolución socio-histórica ha conferido un marco particular a su relación con el resto del país, circunstancia que se refleja en el medio inmigrante.

[6] cf. YAMAGISHI, 1937, pp. 94-99; GASHU, 1956; LAUMONIER, 1989. El nombre de Makino sufrió curiosas alteraciones: «Makino», el apellido, se transformó en «Michael» y luego «Miguel»; «Kinzo», su nombre, se convirtió en su apellido, «King».

[7] En NIIZEN, 1984; y J. HIGA, 1993, p. 316 aparece una reproducción del afiche. A fines del siglo XIX muchas compañías circenses japonesas comenzaron a realizar girar por el exterior. Es factible que alguna de ellas, o parte de sus miembros, haya llegado a Argentina.

presencia de 10 japoneses [8], aunque salvo en el caso de Makino, nada sabemos sobre ellos.

Las relaciones entre Argentina y Japón sufrieron un giro fundamental en 1898, cuando se produjo la firma del Tratado de Amistad, Comercio y Navegación entre los dos países. El tratado no se refería específicamente al tema migratorio, pero al establecer el intercambio de legaciones diplomáticas y estipular los derechos de los ciudadanos, quedaron formalizadas las bases legales para el desarrollo de la inmigración con reconocimiento oficial. En el marco de la política exterior japonesa, donde la migración era un aspecto de especial cuidado, este dato es de suma importancia. Para los funcionarios de Meiji no sólo era prioritario asegurar la protección de los ciudadanos japoneses en el exterior; en tanto representantes de la nación, era necesario controlar sus actividades, de modo que no se produjeran conflictos con la sociedad receptora que pudieran afectar los intereses que el gobierno deseaba resguardar [9]. En este sentido, el establecimiento de relaciones diplomáticas era un paso fundamental para la implementación de la migración.

De acuerdo a los cómputos del Ministerio de Asuntos Exteriores japonés, el primer pasajero con destino a Argentina habría viajado en 1907 [10]. En las estadísticas migratorias oficiales argentinas, sin embargo, desde 1902 hasta 1908, aparecen registrados los arribos de unos 100 japoneses (Tabla 1 y 2). Estos ingresos, de todos modos, fueron casos aislados que no promovieron una inmigración mayor.

En 1900 llegó Yoshio (George) Shinya, a bordo de la Fragata Sarmiento. Shinya se había embarcado cuando el buque hizo escala en Nagasaki durante su primer viaje de circunvalación. En Argentina finalizó el colegio secundario e incluso llegó a cursar algunos años de la carrera de derecho. Posteriormente se dedicó al comercio, y tuvo destacada actuación en el liderazgo de la comunidad japonesa local. También se desempeñó como periodista, tanto en medios japoneses como argentinos; sus artículos sobre la Argentina publicados en periódicos japoneses fueron las primeras noticias sobre el país escritas por alguien con experiencia real sobre el terreno, y lo mismo puede decirse de sus libros en castellano sobre el Japón [11].

[8] CHUECO, 1910.

[9] cf. MORIYAMA, 1985.

[10] GAIMUSHO-JICA, 1991, pp. 112-113. Las estadísticas emigratorias generalmente tomaban como referencia el puerto de desembarco consignado por el solicitante al tramitar el pasaporte. Al no existir viajes directos, muchos de los que finalmente se dirigieron a Argentina, habrían sido contabilizados como pasajeros a Chile, Perú, Estados Unidos o incluso Gran Bretaña.

[11] Shinya escribió sobre Japón en diferentes medios como los diarios *La Prensa*, *La Nación*, *El Mundo* y *El Diario*. Sus libros *El Imperio del Sol Naciente* e *Ideal de Japón* fueron los

TABLA 1

Japoneses, ingresos y egresos (1902-1945)

año	entradas		salidas	saldo	% perm.	
1902	10		?			
1903	18		?			
1904	2		?			
1905	6		?			
1906	26		10	? 16	61,5	
1907	16		10	6	37,5	
1908	28		2	26	92,8	
1909	251	357	15	236	94,0	
1910	72		?			
1911	56		?			
1912	180		?			
1913	94		43	51	54,2	
1914	295		52	242	82,0	
1915	184		47	137	74,4	
1916	?		24	?		
1917	51		46	5	9,8	
1918	47		53	-6	-12,7	
1919	219	1.198	133	86	39,2	
1920	[71]		[63]	[8]	[11,2]	
1921	292		188	104	35,6	*
1922	473		264	209	44,1	*
1923	287		151	136	47,3	
1924	201		199	2	0,9	
1925	275		209	66	24,0	
1926	394		179	215	54,5	**
1927	466		212	254	54,5	**
1928	516		201	315	61,0	
1929	584	3.559	234	350	59,9	
1930	772		266	506	65,5	
1931	619		239	380	61,3	
1932	427		232	195	45,6	**
1933	298		262	36	12,0	**
1934	377		315	62	16,4	**
1935	470		332	138	29,3	
1936	891		678	213	23,9	***
1937	837		559	278	33,2	***
1938	706		562	144	20,3	***
1939	600	5.997	667	-67	-0,1	***
1940	638		679	-38	-5,9	***
1941	621		711	-90	-14,4	***
1942	48		30	18	37,5	***
1943	122		121	1	0,8	
1944	23		16	7	30,4	
1945	28	1480	14	14	50,0	

* solamente «ultramar y fluvial»; ** + «tierra»; *** + «vía aerea»

Fuentes: DGM, *Resumen estadístico del movimiento migratorio argentino, 1857-1924.* Bs.As.:1925; DNM, «Entrada y salidas del exterior:1875-1973», S/F; (chequeado con memorias anuales disponibles). Chequeado con: *Memoria 1907,1908, 1909, 1913, 1914, 1915, 1923,1924, 1926, 1927, 1937; Res. Estad. 1932 , 1933, 1934; Inf. Estadístico 1936; Mov. Migr. del año 1938-, 1939; Los Nipones* (1919).

TABLA 2

Pasajeros a la Argentina (estadísticas japonesas, 1907-1941)

año	Nº de pasajeros	año	Nº de pasajeros	año	Nº de pasajeros
1907	1	*1919*	174	*1931*	362
1908	--	*1920*	42	*1932*	239
1909	1	*1921*	53	*1933*	135
1910	2	*1922*	52	*1934*	112
1911	2	*1923*	66	*1935*	201
1912	16	*1924*	58	*1936*	349
1913	103	*1925*	121	*1937*	307
1914	41	*1926*	182	*1938*	288
1915	33	*1927*	262	*1939*	187
1916	135	*1928*	387	*1940*	183
1917	127	*1929*	430	*1941*	124
1918	134	*1930*	489	TOTAL	5,398

Fuente: GAIMUSHO, *Japón, Ministerio de Asuntos Exteriores*, 1971, tabla, 140-145.

También en los primeros años de la década de 1900 ingresaron Sanjiro Marui y Kijuro Yasuda, enviados por el Ministerio de Agricultura y Comercio japonés para perfeccionarse en las técnicas comerciales «occidentales», Todajiro Toriumi, sastre empleado en la armada argentina [12], y Yoshio Ogata y Kotoku Watanabe, profesores de judo.

Según relata un visitante japonés, hacia 1906, residían en Buenos Aires unos 15 japoneses [13]. Además de los antes nombrados, se encontraban en

primeros ensayos sobre aquel país dirigidos al público argentino. Fue uno de los fundadores de la Asociación Japonesa en Argentina, y en la década del 30 organizó la Asociación Cultural Argentino Japonesa (Nichi A Bunka Kyokai). v. la biografía escrita por su hija Violeta, V. SHINYA 1968.

[12] Este grupo aparece retratado en la revista *Caras y Caretas*, Año 7 Nº 281, 20-2-04.

[13] v. MIZUNO, 1912, pp. 62-70. El dato coincide con el del Censo Municipal de 1905.

la ciudad un artesano de apellido Saeki (fabricante de muebles de bambú), Bunpei Takinami (tenía un bazar llamado «Casa Togo»), y los administradores de las casas importadoras «Matsuura Shoten» (sedas) y «Nakanishi Shoten» (porcelanas) [14].

El nombre del negocio de Takinami no es casual. Togo fue el almirante que lideró la victoria japonesa sobre la flota rusa en la guerra entre los dos países (1904-05). Incidentalmente, este conflicto produjo el afianzamiento de las relaciones oficiales entre Argentina y Japón. A fines de 1903, Argentina le vendió a la armada nippona dos acorazados, el «Rivadavia» y el «Moreno», que rebautizados «Nisshin» y «Kasuga» intervinieron inmediatamente en la guerra [15]. El conflicto ocupó el centro de la atención internacional, fenómeno que también se vivió en Argentina, donde periódicos y revistas publicaron semana tras semana detalladas noticias sobre la evolución de la contienda [16].

El triunfo japonés sorprendió a la opinión pública mundial. Tras la firma de un tratado de alianza en términos igualitarios con Gran Bretaña, Japón había conseguido una victoria en una guerra abierta ante una de las potencias europeas, circunstancia que le permitía afirmar tanto su influencia militar como sus intereses político-económicos en el este de Asia. A partir de la guerra, las noticias y los comentarios periodísticos suelen presentar a Japón como un país que, aunque todavía exótico, paradójicamente comienza a incorporarse al concierto de naciones «civilizadas» en virtud de los progresos de su «occidentalización». Esta imagen, aunque contradictoria, refleja un ambiente relativamente positivo hacia lo japonés (como la moda japonista incorporada desde París), que posteriormente se trasladará en quienes lo corporizaron, es decir, los inmigrantes. De este modo, tanto Japón como los japoneses comenzaron a ser percibidos por la sociedad argentina.

El desarrollo de la migración japonesa a Sudamérica cobró impulso como consecuencia de las restricciones legales impuestas por los países de América del Norte desde el inicio del siglo XX [17]. A partir de entonces,

---

[14] MIZUNO, ibid.

[15] Los acorazados habían sido mandados a construir con motivo del conflicto limítrofe con Chile. Luego de firmarse la paz, Argentina debía deshacerse de ellos. Los potenciales compradores eran Rusia y Japón. Finalmente, por mediación de Gran Bretaña (aliada de Japón), el trato fue hecho con la nación nipona. Manuel Domecq García, quien había intervenido en la operación, fue invitado a presenciar en calidad de oficial observador algunas de las contiendas navales. Sobre los detalles de la relación entre la armada argentina y Japón, v. TEJEDOR et al 1992.

[16] Desde el comienzo de la guerra, *Caras y Caretas* publicó una columna fija titulada «La guerra ruso japonesa».

[17] Prohibición de ingreso a trabajadores contratados (1899-1900); limitación de la inmigración a familiares directos, acordada en el «Tratado de Caballeros» (1908).

funcionarios y empresarios japoneses se empeñaron en la búsqueda de regiones alternativas para la migración, hecho que finalmente pudo concretarse con los envíos de los primeros grupos de trabajadores contratados a Perú (1899-1900) y Brasil (1908).

En el caso de Argentina, si bien desde un principio se reconocieron las características inmigratorias del país, la evaluación que realizaban en Tokio acerca de las posibilidades migratorias de los japoneses no eran del todo favorables, especialmente en comparación a las condiciones presentes en otros países de la región, donde los gobiernos auspiciaban el ingreso masivo de trabajadores japoneses.

En una nota del periódico *Kokumin Shinbun* publicada en 1903, Shinya escribía uno de los primeros comentarios sobre las condiciones inmigratorias del país:

> De todos los países sudamericanos, Argentina es el más apropiado para la migración de los japoneses. Su clima es saludable, los salarios son relativamente altos, y por otra parte, en efectivo. Aquellos que vengan deberán hacerlo con intención de radicarse definitivamente aquí. La ganadería es la actividad económica más prometedora, aunque como los japoneses no tiene demasiada experiencia en este ramo, lo aconsejable sería que se dedicaran a la agricultura, al cultivo de arroz, trigo, algodón y azúcar [18].

Argentina era descrita por Shinya como «el país más apropiado» para la inmigración, siempre y cuando se asegurara la radicación de los inmigrantes. Similar opinión era sostenida por Narinori Ogoshi, el primer ministro diplomático asignado a Argentina, en su informe «Acerca del derecho de propiedad, la adquisición de tierras, colonias, etc. en la Argentina» (mayo de 1903). Ogoshi estaba a favor del fomento de la migración de carácter permanente (con grandes inversiones de capital en el sector agrícola) y contrario a la migración por contrato, poniendo especial énfasis en el control que debía hacerse a las actividades de las empresas migratorias [19], posturas que mantuvieron sus sucesores F. Sugimura y Eki Hioki [20].

El interés japonés por la Argentina que se desprende de los informes diplomáticos parece más relacionado a las posibilidades del intercambio comercial, antes que al tema migratorio específicamente. Las mayores reservas

[18] set. 1903; parte de los artículos de Shinya fueron reimpresos en *La Plata Hochi*, 1968.

[19] Citado en NIHON-JIN ARUZENTIN..., p. 44.

[20] Ibid., pp. 46, 49-51.

al respecto surgían de las potenciales actitudes «anti-japonesas» que se generarían de producirse ingresos masivos de inmigrantes, reservas que derivaban no tanto de alguna manifestación concreta por parte del gobierno argentino, cuanto del clima que se percibía a través de las opiniones de sectores influyentes de la sociedad en torno a la problemática japonesa en América del Norte, a lo que se sumaba una fuerte imagen de la sociedad argentina, definida por sus características de «sociedad blanca».

Ryoji Noda, secretario del consulado que estuvo primero en Perú y después en Brasil, era uno de los funcionarios que más conocimientos tenía sobre los países de la región. Respecto de Argentina señalaba:

> Si bien es un lugar óptimo para la migración europea, en el caso de los japoneses existen varias dificultades. En primer lugar, para los japoneses no es tan fácil como para los europeos llegar a Argentina, debido a la gran distancia que separa a los dos países, con la consecuente carestía de los pasajes. Por otra parte, si bien los europeos tienen buena receptividad por parte de los funcionarios a causa de las grandes similitudes raciales, lingüísticas, de costumbres, etc., la situación no es la misma en el caso de los japoneses. Aunque no se llega a prohibir su ingreso, en modo alguno son bienvenidos [21].

Y agregaba en otra parte:

> Los funcionarios argentinos entienden el mantenimiento de esta situación [el predominio de la «raza blanca»] como un honor, por lo que se resisten a admitir el ingreso de inmigrantes extranjeros de otras razas. (subrayado original) [22].

A partir de estos informes, la política migratoria oficial japonesa respecto de Argentina difirió sustancialmente de la implementada en otros países de Sudamérica; si no podemos hablar de una actitud restrictiva real, implícitamente se tomaron medidas para limitarla o, al menos, controlarla. Solamente fue autorizada la migración de tipo «libre», y ésto tuvo como consecuencia el volumen relativamente reducido del movimiento migratorio que se dirigió al país en las décadas subsiguientes.

[21] NODA, 1919, p. 388.

[22] Ibid.

2. *El inicio de la inmigración «masiva». La etapa «dekasegi», o de trabajo transitorio*

En el contexto señalado en la sección anterior, el proceso inmigratorio en Argentina adquirió mayor volumen hacia 1908-09, cuando imprevistamente se produjeron las llegadas de grupos re-migrantes procedentes de Perú [23] y Brasil. En 1909 solamente ingresaron al país 251 japoneses, en su mayoría desde Brasil.

La migración japonesa a Brasil se había iniciado en junio de 1908, con el envío de un contingente de 158 familias de trabajadores (781 inmigrantes) contratados para las haciendas de café de la región de San Pablo [24]. Este primer emprendimiento fue muy accidentado, y por diversos motivos, muchos miembros del *Kasato Maru-gumi*, o «grupo del Kasato Maru» (por el nombre del barco que los transportó), abandonaron las haciendas antes de finalizar el contrato inicial de seis meses.

El movimiento de los trabajadores no se limitó al radio de las haciendas paulistas [25]; algunos fueron hacia las ciudades de San Pablo y Santos, otros se internaron en el Mato Grosso, siguiendo la construcción del ferrocarril del Nordeste, y finalmente, hubo quienes atraídos por el boom económico que atravesaba la Argentina, siguieron los pasos de inmigrantes de otras nacionalidades y se embarcaron hacia este país. Se estima que alrededor de 170 miembros del grupo inicial llegaron por «deslizamiento» a la Argentina en los años siguientes [26].

En 1909, Ryoji Noda fue enviado desde el consulado japonés en Brasil para inspeccionar la situación de estos inmigrantes. Según Noda:

> Los inmigrantes japoneses no son los únicos que reemigran a la Argentina después de un breve paso por Brasil. Los italianos, españoles, etc., hacen lo mismo. Debidó a que la Argentina adopta una política de inmigración libre, no otorga

[23] La migración a Perú se inició hacia 1899-1900. Los primeros contingentes estaban integrados por trabajadores contratados para las haciendas del sur del país. Las condiciones de trabajo fueron de extremada dureza, motivo por el cual muchos escaparon a los pocos meses (v. MORIMOTO, 1979). Parte de ellos habría ingresado a Argentina.

[24] Además del cambio ocurrido a partir de las restricciones en América del Norte, la llegada de los japoneses a Brasil se vincula con la suspención de las autorizaciones para emigrar del gobierno italiano (cf. KLEIN, 1985). Sobre la migración japonesa, v. ROCHA NOGUEIRA, 1984, TAKAHASHI, 1993.

[25] En WOLF, (1982), hay descripción del movimiento de los trabajadores en la región a principios de siglo.

[26] GASHU, 1956, ARAKAKI, 1966, TIGNER, 1967, p. 255.

> subvenciones para los inmigrantes extranjeros. Por esta razón, viajar directamente desde sus países les sale más caro. Los migrantes pasan primero por Brasil (en donde el gobierno paga las expensas de viaje de los inmigrantes) y al cabo de seis meses o un año, como mucho después de dos o tres años y con algunos ahorros, muchos reemigran a la Argentina [27].

La llegada de estos grupos se produjo como consecuencia de múltiples fáctores. Por un lado, las circunstancias macro-económicas conducían a un importante flujo migratorio hacia Argentina, en donde los salarios reales se habían incrementado. Sumado a ésto, en el caso específico de los japoneses, estafas, malentendidos y meras casualidades, contribuyeron al desengaño de los trabajadores, que habían llegado a Brasil tras promesas que no se cumplieron, induciendo a parte de ellos a remigrar.

Lo cierto es que ya en 1910 había una considerable cantidad de japoneses en Buenos Aires. Una noticia del diario *La Prensa* sobre la delegación japonesa que participó en los festejos del Centenario de la Revolución de Mayo, menciona la presencia de «301 japoneses», reunidos en la estación de Constitución para recibir a los marinos nipones que llegaban del Puerto Militar para desfilar el día 25 en la Plaza de Mayo [28]. La crónica los presenta como «comerciantes», pero se trata indudablemente de los miembros del *Kasatomaru-gumi*.

Los funcionarios argentinos estaban al tanto del debate en torno a la inmigración «oriental» desatado en los países de América del Norte, y naturalmente no pasaron por alto el fenómeno. Juan Alsina cita el caso de los japoneses en su libro sobre la inmigración publicado para el Centenario. Alsina era contrario a la admisión de inmigrantes «no europeos» en general, por cuanto entendía que «[...] alterarían la homogeneidad, claramente prescripta, para nuestra población, que conviene sea únicamente de origen europeo [29]». Pero en una aparente alusión a los japoneses dice:

> [entre los inmigrantes de naciones no europeas] han venido algunos súbditos, como comerciantes, no como inmigrantes hasta ahora, de manera que no hay todavía la menor alteración a la homogeneidad de origen de la población, ni mezcla, superposición, sumisión de inferioridad, ni conflicto de intereses en el trabajo por diferencias de salarios [30].

---

[27] NODA, 1981 [1910], pp. 46-47.

[28] *La Prensa*, 27-5-10.

[29] ALSINA, 1910, pp. 205-206.

[30] Ibid., p. 205.

En realidad, casi la totalidad de los japoneses que ingresaron en 1909 lo hicieron como pasajeros de segunda y tercera clase, es decir, dentro de las categorías que la ley definía como «inmigrante», pero igualmente ésto no fue motivo de mayor preocupación para el funcionario.

Durante la década del 10 algunos comentarios esporádicamente intentaron prevenir contra la llegada masiva de «inmigrantes orientales» o de «raza amarilla» [31]. Pero eran por lo general opiniones que no se correspondían con las circunstancias reales o potenciales de la Argentina. Y si bien estas expresiones influyeron en la opinión de los funcionarios japoneses sobre las posibilidades de la inmigración en Argentina (es evidente la relación entre lo expresado por Alsina y por Noda), en la vida cotidiana no se tradujeron en manifestaciones directas o violentas contra ellos. Por lo contrario, los japoneses fueron aceptados (a caso debido a su escaso número) en un marco que hemos denominado de «prejuicio positivo» por los estratos de la élite dominante, compartiendo espacios en un plano de igualdad entre los sectores populares [32].

En definitiva, durante los primeros años no se observa una política fomentadora de la migración a nivel gubernamental ni por el lado japonés ni por el argentino. Tampoco hubo intereses económicos de importancia interesados en promoverla. La remigración de un considerable número de japoneses desde Brasil y Perú fue el factor «casual», desencadenante de una migración que fue desarrollándose posteriormente en forma casi espontánea, sin mayores intervenciones de las compañías de migraciones o de agentes gubernamenales, es decir básicamente respondiendo a la elección circunstancial de los migrantes o a través de las «cadenas» de llamados basadas en los vínculos personales.

Entre 1910 y 1919 los ingresos habrían totalizado 1.198, es decir, en un promedio anual de 119 personas. Según las fuentes japonesas, los pasajeros que se dirigieron a Argentina en el mismo período habrían sido 767. La notable diferencia en los datos se explicaría por los ingresos de los remigrantes provenientes de los países limítrofes, que persistieron durante todo este período.

De los 300 residentes que había en 1910, en 1914 la población había aumentado a 1.007 personas, 860 hombres y 147 mujeres. El 54,8 por ciento vivía en Capital Federal y el resto se distribuía principalmente en las pro-

[31] El debate en torno a la inmigración «deseable» y la «no deseable» fue un tema permanente en la sociedad argentina. Aunque los japoneses no fueran el objeto concreto de la controversia, este tipo de discusiones fueron una referencia importante para los estadistas y burócratas nipones, quienes las tuvieron en cuenta a la hora de tomar decisiones o definir la política migratoria hacia la Argentina. Sobre los «asiáticos» v. *La Nación*, 24-6-12; *La Prensa*, 10-11-13; STACH, 1916; MUSEO SOCIAL ARGENTINO, 1919.

[32] v. M. HIGA, 1995 (b).

vincias de Buenos Aires (12,1%), Jujuy (12,1%) y Santa Fe (11,8%). Dentro de la Capital existía alta concentración en la zona sur de la ciudad, en las circunscripciones tercera y cuarta (la Boca y Barracas) [33].

En la incipiente comunidad ya se insinuaban algunos sectores de características ocupacionales y sociales más o menos definidas. Kohei Shibahara, un inmigrante residente en Buenos Aires, en un artículo de la revista japonesa *Kaigai* («Ultramar») se refería a los miembros de la comunidad en los siguientes términos:

> En primer lugar, está el grupo de «los caballeros», integrado por los inmigrantes más antiguos y aquellos que vienen como representantes de las firmas comerciales japonesas. En segundo lugar, el grupo de «los intelectuales», jóvenes que llegan a estas tierras con la ilusión de conquistar Sudamérica. Por último, encontramos al grupo de los trabajadores, los inmigrantes procedentes de Brasil y Perú [...] [34].

En la prensa inmigrante local, los primeros fueron denominados «los del Centro» (*sentoro-gumi*), en alusión al sector de la ciudad donde se desempeñaban, y los últimos, de acuerdo al mismo criterio, «los de Barracas» (*barakka-gumi*). Los «intelectuales» se encontraban en una situación intermedia: si por extracción social, origen regional, ambiciones, actitudes, etc. se acercaban a los comerciantes, las actividades que desempeñaron, al menos al principio, no difirieron mayormente de la de los «trabajadores».

Además de los grupos señalados por Shibahara, ya desde los primeros años existía en el seno de la comunidad otra distinción, más problemática, basada en el origen regional de los inmigrantes. Entre los «trabajadores», había un alto porcentaje de oriundos de las prefecturas de Kagoshima, Kumamoto y Okinawa, las regiones más representadas en la primera migración a Brasil. Los okinawenses o *uchinanchu*, por las particularidades históricas de su relación con el resto del Japón, las características de su lengua, religión, hábitos y costumbres, tendieron a desarrollar actividades en un campo social e institucional claramente diferenciado del resto de sus compatriotas, con sus propias redes personales y asociaciones. Esta actitud, aunque no fue exclusiva, estuvo especialmente acentuada en ellos, y era reflejo de las relaciones vigentes en el país de origen [35].

Si bien el grueso de los inmigrantes provenía de regiones rurales, la mayoría, al igual que en los grupos europeos contemporáneos, encontró

---

[33] ARGENTINA, Censo Nacional 1914.

[34] SHIBAHARA, 1918, p. 21.

[35] M. HIGA, 1995 (a).

mejores oportunidades laborales en la Capital. Hubo quienes trabajaron en las cosechas, y a principios de la década del 10 también hubo japoneses en los ingenios azucareros de Jujuy (de ahí la alta representación en esta provincia en 1914), pero estas actividades poco tenían que ver con la experiencia agrícola en su país de origen. Pronto la mayoría se concentró en Buenos Aires, en donde la demanda de trabajo era mayor.

En 1914, la población trabajadora era de 683 personas (67,8% del total). La mitad de ellos eran «obreros industriales», seguidos por los «empleados domésticos» (24%). El resto se desempeñaba en oficios diversos como mozos de café, peones y changarines en el puerto, y comerciantes. Las dos ocupaciones principales ocupaban a más del 70 por ciento de los trabajadores [36] (Tabla 3).

Las principales fuentes de trabajo se encontraban en las industrias frigorífica y metalúrgica ubicadas en el sector sur de la ciudad [37]. Los frigoríficos La Blanca y La Negra, ambos en Avellaneda, sobre la rivera del Riachuelo, y en la rama metalúrgica, los Talleres Gourinski (en la calle Azopardo 1345) y la Compañía Argentina de Hierros y Aceros, de Pedro Vasena e Hijo (en Cochabamba al 3000 y depósitos de Barracas) contaban con numeroso personal japonés.

Según el testimonio de Shibahara, hacia 1916 el salario inicial de los obreros era de aproximadamente 30 *sen* (100 *sen* = 1 *yen* = 0.88$) por hora, con una jornada de nueve horas. Los más veteranos llegaban a ganar hasta 50 *sen* por hora. En su opinión «las personas que trabajan en las fábricas están conformes con la labor que desempeñan, y esperan el momento de regresar al terruño con algunos ahorros» [38].

La idea del regreso aparece reflejada también en la actitud de los obreros japoneses frente a los reclamos de la clase obrera. Shibahara dice al respecto: «los extranjeros [refiriéndose a los obreros no japoneses] últimamente realizan huelgas con frecuencia. Pero como la actitud que adoptan lo japoneses frente a estas circunstancias es tipo 'qué me importa la huelga; a mí con que me paguen el jornal...', son bien recibidos en todas las fábricas» [39].

La receptividad que algunas empresas metalúrgicas tenían de los operarios japoneses puede observarse en los avisos publicados en los periódicos japoneses locales para atraer personal. Una publicidad de Gourinski

[36] ISHIKAWA, 1983, tablas varias.

[37] v. fichas individuales en *La Plata Hochi*, 1968.

[38] SHIBAHARA, 1918, p. 22.

[39] Ibid.

TABLA 3 - *Ocupación de los japoneses en la Argentina (1920-1936)*

	1914			1920		1922		1928	1930			1933			1935	1936
	TOTAL	m.	f.	TOTAL	TOTAL	m.	f.	TOTAL	TOTAL	m.	f.	TOTAL	m.	f.	TOTAL	TOTAL
Población total	1007	860	147	2027	2161	1725	436	3466	4027	2959	1068	5334	4053	1281	5691	5904
Buenos Aires	539	443	96	1661	1762	1395	367					2853	2148	715		
Resto del país	468	417	51	367	399	330	69					2471	1587	884		
Pobl. c/ trabajo	683	559	114	1450	1553	1524	29	2297	2541	2483	63	3359	3327	32	3424	3536
(57,8%)			(71,5)	(71,8)			(66,2)	(63,0)			(62,9)			(60,1)	(59,8)	
Pobl. s/ trabajo	324	301	33	577	608	201	407	1169	1481	476	1005	1975	726	1249	2267	2368
(32,1%)			(28,4)	(28,1)			(33,7)	(36,7)			(37,0)			(39,8)	(40,4)	
Familia				552				1165				1865	622	1243	2170	2254
Sin trabajo				20				—	—			109	95	5	85	86
Otros				5				4			10	9	1	12	28	

Principales ocupaciones (% de la población con trabajo)

	1914		1920		1922		1928		1930		1933		1935		1936	
1)	trabaj. ind.	339 (49,6)	trabaj. ind.	642 (44,2)	trabaj. ind.	511 (32,9)	bares, rest.,etc.	555 (24,1)	tintoreros	371 (14,6)	trabaj.agric.	776 (23,1)	trabaj.agric.	780 (22,7)	trabaj.agric.	830 (23,4)
2)	serv.dom.	162 (23,7)	serv.dom.	238 (16,4)	serv. dom.	321 (20,6)	trabaj.ind.	433 (18,8)	mozos	321 (12,6)	tintoreros	739 (22,0)	tintoreros	766 (22,3)	tintoreros	812 (22,9)
3)	empl.comercio	39 (5,7)	trabaj.agric.	186 (12,8)	bares, rest. etc.	160 (10,8)	trabaj.agric.	346 (15,0)	trabaj.agric.	318 (12,5)	bares, rest,etc.	709 (21,1)	bares, rest.,etc.	693 (20,2)	bares, rest,etc.	684 (19,3)
4)	agricultores	29 (4,2)	empl.comercio	131 (9,0)	trabaj. agric.	130 (8,8)	tintoreros	234 (10,1)	agric. (prop.)	238 (9,3)	trabaj.ind.	340 (10,1)	trabaj.ind.	333 (9,7)	trabaj.ind.	334 (9,4)
5)	cocineros	26 (3,8)	vest.de alim y beb.	57 (3,9)	empl.comercio	76 (4,8)	agric. y floric.	162 (7,0)	bares (adm.)	143 (5,6)	serv.dom.	135 (4,0)	agr.y floric.(adm)	258 (7,5)	agr. y floric.(adm)	250 (7,0)
6)	jardineros	26 (3,8)	otros obreros	23 (1,5)	jard.y floric.	68 (4,3)	serv.dom.	134 (5,8)	choferes	123 (4,8)	choferes	108 (3,2)	serv.domést.	134 (3,9)	serv.dom.	132 (3,7)
			tintoreros	22	tintoreros	27	choferes	123 (5,3)	----------							
			choferes	21	choferes	25			jardineros	45						

dice: «El establecimiento tiene japoneses entre oficiales y peones», mientras que en otra de Vasena se especifica que «En los talleres hay 300 japoneses y japonesas en trabajo permanente. Se toman japoneses y japonesas» [40].

En enero de 1919, durante los acontecimientos de la llamada Semana Trágica, muchos japoneses se encontraban trabajando en los establecimientos Vasena, el epicentro de los hechos. Según el historiador David Rock, los japoneses habrían formado parte de los grupos contratados por la patronal para contrarrestar los efectos de la huelga [41]. En el estado actual de las investigaciones, no es completamente claro cuál fue el rol que desempeñaron durante los hechos [42]. Lo cierto es que no fueron condenados abiertamente por la prensa obrera, ni tampoco por los empresarios, a juzgar por la continuidad de los avisos publicados en los medios periodísticos japoneses. Pero a partir de la década del 20, los japoneses paulatinamente se alejarían del trabajo obrero asalariado para ingresar en ocupaciones independientes.

Además de los hombres, muchas mujeres trabajaron en forma asalariada mientras se mantuvo la idea de regresar al terruño. Aunque el porcentaje de población femenina era considerablemente menor que la masculina (en 1914 había una mujer por cada seis hombres), una de las característica del período inicial fue su alto índice de ocupación. La fábrica de Alpargatas, en el barrio de Barracas, contaba en su personal con gran cantidad de japonesas. Según una investigación de Isabel Laumonier, entre 1918 y 1926 ingresaron a este establecimiento 176 japoneses, el 95 por ciento de ellos de sexo femenino [43]. Taifu Furukawa comentaba al respecto:

> [...] El trabajo es a destajo, es decir, el salario se paga por los metros tejidos o las piezas terminadas. El sueldo mensual es de aproximadamente de 35 a 50 o 60 pesos, y a veces se puede llegar a los 100 pesos. [...] La jornada dura ocho horas, desde las siete de la mañana hasta las cuatro de la tarde [44].

Karu Komaki, una inmigrante del Kasato Maru-gumi que había llegado de Brasil junto a su esposo en 1910, cuenta cómo era el trabajo en la fábrica:

---

[40] Periódicos japoneses de la década de 1910 y principios de1920.

[41] ROCK, 1975, p. 163.

[42] Las noticias de los periódicos obreros informan que en las asambleas había oradores que se dirigían a la audiencia en japonés, hecho que señalaría por lo menos su presencia en ellas. Pero también aparece información sobre grupos de trabajadores japoneses «engañados» que desempeñaban el papel de rompehuelgas (v. *La Vanguardia*, diciembre '18 - enero '19).

[43] LAUMONIER, 1989, pp. 71-72.

[44] FURUKAWA, 1917, p. 22.

> En la fábrica, tuve suerte. Me tocó una buena máquina, la número 3. Era fácil trabajar en ella porque el molde era chico y la suela de soga corta. [...]. Se trabajaba en grupos de cuatro personas. Primero, había que cortar la tela; luego se colocaba la suela y sobre ella se ponía la tela. Otra persona las cosía con la máquina [...]. Mi trabajo era sostener la tela para que no se corriera. Era un trabajo muy peligroso. Si la máquina le agarraba la mano, le podía fracturar el hueso. Una vez me lastimé un dedo, pero apenas fue un razguño. A una compañera de la prefectura de Saga, le atravezó el hueso. Esas cosas ocurrían con frecuencia [...]. Cuando una se lastimaba, el tiempo que no trabajaba no cobraba, pero la fábrica le daba igual unos pesos [...] [45].

A medida que la estadía se prolongó, a veces con el nacimiento de hijos, poco a poco fue disminuyendo el número de japonesas asalariadas.

El segundo rubro de mayor representación a lo largo de la década del 10 fue el de empleado doméstico. Para quienes llegaban atraídos por los comentarios sobre la riqueza del país aunque sin contactos que facilitasen la búsqueda de empleo (como fue el caso de muchos «intelectuales») ni conocimientos del idioma, el servicio doméstico representó el medio para asegurarse la subsistencia, mientras se aprendía el idioma y se habituaba a la nueva sociedad.

> [...] Si el patrón es bueno, le enseña a uno el idioma desde el abecedario; si es malo, igualmente se puede aprender la conversación básica discutiendo con la mucama. De este modo se van conociendo las costumbres del país, y en medio año el inmigrante adquiere un refinamiento tal que, si estuviera en Japón, lo confundirían con un «niño bien» [46].

En estos casos, el aviso en los diarios locales fue el método de mayor popularidad, como lo prueba la gran cantidad de ellos aparecidos en los principales periódicos de la época. En la sección «servicio doméstico» encontramos japoneses (con especificación de la nacionalidad) como «mucamo de limpieza», «mucamo de comedor», «valet», «cocinero», «ayudante de cocina», «casero», «chofer», «jardinero», «quintero», etc., a lo largo de toda la década del 10 y principios de la del 20 [47]. En el caso de los jardineros, aunque no

---

[45] Testimonio recogido por MORI, 1979.

[46] SHIBAHARA, 1918.

[47] v. sobre este tema hemos trabajado en M. HIGA, 1995 (b).

necesariamente todos hubieran aprendido el oficio en Japón, a partir de la fama adquirida por algunos de ellos (que sí tenían conocimientos del oficio), se convirtieron en especialistas apreciados por la sociedad porteña. Lo mismo ocurrió con los choferes (particulares o de taxis), que en los años 20 adquirieron gran popularidad.

Los «domésticos» japoneses se convirtieron en una suerte de moda [48]. En un contexto general donde el gusto japonista no se limitaba ya solamente a los sectores pudientes sino que acanzaba también a los sectores medios de la sociedad, en torno a los japoneses se forjó una imagen que los asociaba con características de connotaciones positivas (silencio, respeto, higiene, honestidad, trabajo, abnegación, etc.), un universo semántico no exento de connotaciones discriminatorias pero que los inmigrantes apropiaron y supieron aprovechar años después, cuando decidieron apartarse del trabajo asalariado para iniciarse en la actividad independiente.

En estos años, de todos modos, el inmigrante mantuvo su orientación hacia el país de origen. La estadía en Argentina era considerada transitoria (la experiencia se definía en términos de *dekasegi*, o «salida laboral temporaria»), y el regreso a la aldea natal constituía el principal referente de sus vidas. Las relaciones con la sociedad de origen se mantenían fluídas, ya sea por la llegada constante de paisanos, el envío periódico de remesas, o el eventual retorno de aquellos que habían logrado los objetivos propuestos, o simplemente no habían soportado el desarraigo. Por otra parte, existía gran movimiento entre los países sudamericanos (Brasil, Perú, Bolivia, Paraguay, Uruguay), de modo que ni todos los ingresos se producían desde Japón, ni los egresos significaban necesariamente el regreso al terruño. La población local estaba compuesta en su mayoría por hombres solteros o solos. Los pocos que habían migrado en compañía de sus compañeras (recordemos que la migración a Brasil había sido de grupos familiares), conservaban igualmente la esperanza del retorno.

3. *Hacia la radicación. Formación de la comunidad local e inicio de las ocupaciones independientes*

Para la mayoría de los inmigrantes, el trabajo asalariado no resultó tan beneficioso como inicialmente se había pensado. Hacia los años 20, sin embargo, las perspectivas para el retorno no eran mucho más alentadoras. Las condiciones que habían propiciado la emigración no sólo no se habían modificado, sino por lo contrario, se habían agravado. La tasa de desempleo

[48] Cf. CARDENAS, 1986, cit. en LAUMONIER, 1989.

era alta, y una mala cosecha era suficiente para causar grandes hambrunas en todas las regiones del país. En Okinawa, por ejemplo, la prefectura de origen de una importante cantidad de inmigrantes, desde mediados de la década del 10 se había profundizado la crisis crónica que asolaba la región, aumentando el grado de dependencia económica en las remesas enviadas por los migrantes desde el exterior.

En este marco y coincidiendo con la intensificación de la política expansionista, el gobierno japonés comenzó a promocionar activamente la emigración, ya sea a los países de Sudamérica o del sudeste asiático, o a las regiones bajo la influencia japonesa en Oceanía y el continente asiático [49]. De modo que hacia la década del 20, al inmigrante se le presentaban mayores oportunidades permaneciendo en Argentina que regresando al terruño.

Desde 1920 hasta 1929, los ingresos fueron 3.559 y los egresos 1.900, con un saldo promedio de 165 radicaciones por año. Para el mismo período, las cifras oficiales japonesas contabilizan 1.653 pasajeros. Si bien desde 1917 dos compañías realizaban la travesía desde Kobe o Yokohama hasta Buenos Aires, la persistencia de las diferencias evidenciarían el continuo movimiento entre los países sudamericanos.

Durante la década del 20 la población residente prácticamente se duplicó, pasando de 2.027 en 1920, a 3.888 en 1929 (Tabla 4). Se observa también el paulatino aumento de la población femenina, producto de la conformación de grupos familiares. Mientras que en 1914 el radio de masculinidad era de 6 hombres por cada mujer, en 1922 se había reducido a 4:1, y continuó descendiendo a lo largo de la década. Esto ocurría en forma paralela al abandono definitivo del trabajo asalariado por parte de las mujeres. El nivel de empleo femenino bajó del 77,5 por ciento en 1914, a apenas el 6,6 por ciento en 1922 [50]. A partir de esta época, la mayor parte del contacto con el mundo fuera del hogar, quedaría en manos de los hombres.

En el aspecto comunitario, el aumento de la población propició la formación de diversas instituciones. Las primeras asociaciones de connacionales datan de la década del 10. La Taisho-kai («Asociación Taisho»), fue fundada a finales de 1912, aunque la iniciativa no prosperó, ya que se disolvió en 1914 [51]. En agosto de 1916 se formó la Nihonjin Seinen-kai («Asociación de Jóvenes Japoneses»). A diferencia de la anterior, donde predominaban «los de Barracas», es decir los inmigrantes obreros, en la nueva asociación la mayoría pertenecía al grupo de los «intelectuales» y «los del

[49] IRIE, 1981 b: pp. 540-541; GAIMUSHO, 1971.

[50] v. Tabla 3.

[51] El primer presidente fue Toshu Ichikawa y su secretario Kiyoshi Fukuhara. La sede temporaria se estableció en la casa de Fukuhara, en la calle Uspallata 634. GASHU, 1956: pp. 41-42.

TABLA 4

Población japonesa residente en Argentina

año	habitantes	año	habitantes	(crec.%)	año	habitantes	(crec.%)
1900	4	*1914*	1007		*1928*	3.466	(+11.8)
1901	?	*1915*	?		*1929*	3.888	(+10.8)
1902	?	*1916*	?		*1930*	4.029	(+3.4)
1903	?	*1917*	?		*1931*	4.846	(+16.8)
1904	5	*1918*	?		*1932*	5.124	(+5.4)
1905	15	*1919*	1.580		*1933*	5.344	(+4.1)
1906	14	*1920*	2.027	(+22.0)	*1934*	5.492	(+2.6)
1907	?	*1921*	2.167	(+6.7)	*1935*	5.691	(+3.4)
1908	?	*1922*	2.161	(-0.2)	*1936*	5.904	(+3.6)
1909	27	*1923*	2.320	(+6.8)	*1937*	6.267	(+5.7)
1910	301	*1924*	2.383	(+2.6)	*1938*	6.659	(+5.8)
1911	?	*1925*	2.609	(+8.6)	*1939*	6.898	(+3.4)
1912	?	*1926*	2.731	(+4.4)	*1940*	7.095	(+2.7)
1913	?	*1927*	3.056	(+10.6)			

Fuentes: I. SHIKAWA, 1983: 59. (Orígs.en: Ministerio de Relaciones Exteriores de Japón: *Estadísticas* (1926)- japonés; Ministerio de Colonización de Japón: *Estadísticas* (1937) -japonés; NIHON-JIN ARUZENTIN... 1971; *Censo 1914* ; MALETTA & LEPORE, 1992.

Centro» [52]. Desde 1917 la institución se denominó Zai-A Nihonjin- kai, o Asociación Japonesa en la Argentina (AJA), nombre con el que perdura hasta la actualidad. En sus objetivos preveía, además de la asistencia mutua, la publicación de un boletín quincenal (*Los Nipones*), con información general sobre el Japón y la Argentina, noticias sobre los asociados, etc.; la formación de un Departamento de Compras, principalmente para la importación de productos alimenticios japoneses; asesoramiento médico y legal; enseñanza de español, etc.

Durante los primeros años, sin embargo, la afiliación a la AJA era disputada por los *kenjin-kai*, las asociaciones prefecturales (los oriundos de Kumamoto, Kagoshima y Okinawa ya tenían sus propios nucleamientos), en donde la ayuda mutua adoptaba un caracter más informal y las prestaciones eran menos variadas, pero los lazos entre los asociados eran naturalmente más estrechos. El grueso de los inmigrantes permanecía en cierto modo ajeno a las actividades de la AJA. En 1921, finalmente, sobrevino una gran crisis institucional. La situación pudo superarse cuando, a instancias del consulado, se acordó la disolución de las otras agrupaciones para formar una asociación unificada. A partir de entonces se logró la estabilidad institucional, y el liderazgo de la comunidad local fue asumido por la AJA.

Uno de los logros más importantes de la Asociación Japonesa fue el establecimiento de la Academia de Idioma Japonés para los hijos de los inmigrantes en 1927, que unos años más tarde logró el reconocimiento estatal. Entre 1929-30, la asociación construyó su local propio en la calle Patagones (actual Finochietto) y Montes de Oca, en donde funcionó la escuela bilingüe hasta su cierre hacia el final de la segunda guerra mundial.

Además de las instituciones mencionadas, desde la década del 20 se crearon múltiples asociaciones de ayuda mutua, recreacionales, profesionales, deportivas, de estudios, sindicales, regionales, etc., que desempeñaron una importante función en la cobertura de las necesidades informativas, sociales, culturales, económicas y administrativas de los residentes japoneses [53].

La comunidad iba cobrando forma, y tanto desde los sectores dirigentes como diplomáticos, se instaba a los inmigrantes a abandonar el «espíritu *dekasegi*» y optar por la radicación definitiva [54]. Si bien el enriquecimiento

---

[52] GASHU, 1956.

[53] Algunos ejemplos son: la Sociedad Literaria La Acacia (c. 1920), el Club Japonés de Beisbol (c. 1920), el Círculo Japonés de Comercio de Buenos Aires (1918), la Unión Obrera Japonesa, la Sociedad de Obreros Japoneses, la Asociación de Chauffeurs Japoneses, entre otros.

[54] De la experiencia migratoria en los países de América del Norte se había extraído que la orientación «temporaria» no favorecía la aceptación por parte de la sociedad receptora (cf. ICHIOKA).

en el corto plazo no había sido posible, el crecimiento urbano, producido a causa de la inmigración de las últimas décadas, generaba nuevos espacios económicos con posibilidades en el mediano y largo plazo. En el aspecto ocupacional, el cambio de actitud o estrategia del inmigrante se reflejó en la tendencia al cuentapropismo.

Los censos efectuados por el consulado japonés en Buenos Aires nos permiten seguir cuantitativamente la evolución ocupacional durante la década del 20. En 1920, sobre una población de 2.027 personas, 1.450 (71,5%) poseían trabajo. Al igual que en 1914, los «trabajadores industriales» (642, o 44,2% del total con trabajo) y los empleados en el «servicio doméstico» (238, 16.4%) continuaban siendo los rubros mayoritarios, aunque las proporciones respecto del total disminuyeron en relación a los datos anteriores. Paralelamente, se registró un aumento de los «trabajadores agrícolas» (186, 12.6%), seguidos por los «empleados de comercio» (131, 9%). Aunque las ocupaciones principales no se modificaron sustancialmente, encontramos mayor diversificación, hecho que se manifiesta en la aparición de rubros tales como «venta de alimentos y bebidas» (57, 3.9%; probablemente se refiera a los oficios relacionados a los «bares»), «tintorerías» (22, 1.5%) y, curiosamente, choferes de automóviles (21, 1.5%) [55].

El censo de 1928 muestra cambios importantes en la estructura ocupacional. En un listado de 60 ocupaciones (34 con respuesta afirmativa), los empleados en «bares, restaurantes, etc.» (555, 24.1%) desplazaron a los «trabajadores industriales» (433, 18.8%) en la ocupación mayoritaria, quedando relegados éstos al segundo lugar. En tercer lugar figuraban los «trabajadores agrícolas» (346, 15%), y en cuarto lugar los «tintoreros» (234, 10.1%). El número de empleados en el «servicio doméstico» también había disminuido considerablemente (134, 5.8%) y en cambio había mayor cantidad de «administradores de agricultura, floricultura y ganadería» (162, 7%). Estos últimos, sumados a los «trabajadores rurales» ya superaban en número a los «trabajadores industriales», hecho que indicaría el aumento de la presencia de los inmigrantes en actividades rurales [56].

De modo que hacia finales de la década, el perfil ocupacional de los inmigrantes japoneses estaba definido, en primer lugar, por los relacionados a los bares, seguidos por los dedicados a las tareas agrícolas, los trabajadores asalariados en las industrias, y, en cuarto término, los tintoreros. Estas cuatro actividades ocupaban al 68 por ciento de la población trabajadora [57].

---

[55] v. Tabla 3. La relativamente alta representación de los «comerciantes» se debería al incremento de los representantes de firmas japonesas que se instalaron en el país a partir de la primera guerra mundial, cuando se produjo una expansión del comercio bilateral.

[56] v. Tabla 3.

[57] Cf. GASHU, 1956. Sobre las transformaciones ocupacionales, v. M. HIGA, 1994.

La relación de los japoneses con los cafés data de los primeros inmigrantes que arribaron al país. Además de la industria y el servicio doméstico, alguna casualidad produjo que muchos japoneses encontraran empleo como mozos de café en el Café Paulista [58]. Cuando Shigetaka Shiga, geógrafo de la Universidad de Tokio, visitó Buenos Aires en 1910, ya había bastantes mozos japoneses en establecimientos de la ciudad y del interior. En su reporte del viaje, relata que el Café Paulista de Buenos Aires contaba con numeroso personal japonés entre mozos y lavacopas [59]. Estos mozos, al cabo de unos años de aprendizaje, abrieron sus propios locales, tanto en Buenos Aires como en las principales ciudades del interior.

El oficio tuvo sus precursores en Seijitu Chinen, I. Yamanaka, N. Ito y T. Yasuda, quienes en 1912 inauguraron el primer café administrado por nipones: se llamaba «Café Mikado» y estaba en la calle Bolivar 1422. El mismo año, Kiyoshi Fukuhara y Toshimi Takeda abrieron el «Café Yamato», en la esquina de Junín y Cangallo. Ambos negocios, sin embargo, no prosperaron y debieron cerrar al poco tiempo. Mejor suerte tuvieron Chonosuke Kamachi y los hermanos Gishichi y Kamazo Kaihara, quienes en 1914 abrieron en la ciudad de Santa Fe el «Café Japonés». En Buenos Aires, en 1915 una sociedad formada por Ichitaro Ikeda, Kazushichi Yamada y Hideyoshi Terada inauguró en la calle San Martín 138 el «Café Japonés»; al año siguiente, en 1916, la sociedad de Sugiyama, Sakamoto, Sakai, Nakamura y Mishima abrió otro del mismo nombre en Corrientes 2526, y lo mismo hicieron Yamamoto, Yamamoto y Kaneko con su café de San Juan 3042 [60].

Shigeshi Nagata, presidente de una institución japonesa dedicada al fomento de la emigración (la Rikkokai) que visitó el país a principios de la década del 20, destaca en su libro *Nanbei ichi-jun* («Gira por Sudamérica») la importancia del café en las actividades económicas de los inmigrantes japoneses en Argentina:

> [...] Los japoneses son bienvenidos en este oficio porque son considerados despiertos y limpios.[...]. En la actualidad hay en Buenos Aires unos diez establecimientos, y en diferentes ciudades del interior del país, otros veinte, administrados por japoneses [61].

---

[58] Según Jorge HIGA, los japoneses habrían ingresado en el establecimiento por intermedio de Yoshio Ogata, quien por entonces trabajaba en la policía (1993, 71).

[59] SHIGA, 253.

[60] Sobre los primeros cafés de japoneses, v. SHINTAKU, 1931: p. 60; GASHU, 1956: pp. 42-43, p. 47; 1966 SAN PAULO..., p. 79.

[61] NAGATA, 1922?: p. 238.

Como señala Nagata, hacia 1920 ya había una decena de establecimientos en la ciudad de Buenos Aires. En el interior del país, había tres en Tucumán, dos en Rosario, dos en Córdoba, y uno en Santa Fe, Salta, Santiago del Estero, Corrientes, Pergamino (1917), Dolores (1915), Paraná (1918), Concordia (1918), Concepción del Uruguay (1920) y Villa María (1919). A partir de esta época, en las ciudades del país comenzaban a verse carteles con nombres como «Japón», «Tokio», «Osaka», «Satsuma», «Kobe», «Yokohama», «Togo», etc. y se decía que «los argentinos veían a un japonés y en seguida lo asociaban con un mozo» [62]. (Tabla 5).

Simultáneamente a la aparición de los bares, se incrementó el número de japoneses asentados en el Gran Buenos Aires, donde se establecieron las primeras «quintas» dedicadas a la horticultura (en los partidos al sur de la Capital) y al cultivo de flores (en la zona norte y oeste).

Si bien la imagen de la Argentina en el mundo era la de un país netamente agropecuario, los inmigrantes no tuvieron acceso inmediato a las actividades en este ramo. Existieron casos aislados de ganaderos como Seizo Ito y Keiya Komatsu, quienes ya en la década del 10 administraban establecimientos rurales de considerables dimensiones en la provincia de Buenos Aires. Muchos de los «intelectuales» que arribaron desde mediados de la década del 10, venían con la ilusión de convertirse en hacendados o al menos experimentar la vida de los «gauchos». Las circunstancias, sin embargo, desviaron las intenciones a propuestas más realistas. Sin capital, el acceso a grandes extensiones de tierra era obviamente una empresa imposible. Debieron iniciarse como jardineros, o peones de estancias, o se unieron a los contingentes que cosechaban los campos de la provincia de Buenos Aires. Recién después de algunos años de trabajo, los que tuvieron mejor suerte, consiguieron independizarse, generalmente arrendando terrenos, como medieros, o abriendo pequeños viveros donde exhibían y vendían flores y plantas de jardín. Salvo en contados casos, prácticamente ninguno pudo concretar su sueño de estanciero. Pero, acaso más humildemente, muchos contribuyeron a la consolidación de las quintas de hortalizas que abastecían las necesidades de la ciudad y, especialmente, al desarrollo de la floricultura.

Los primeros horticultores, o «quinteros», como se los suele denominar, se establecieron a principios de la década del 10. Hacia 1910, Hamakichi Yoshida, Hideo Ota y J. Saito consiguieron un terreno de las inmediaciones de la estación de Tristán Suárez e intentaron el cultivo de hortalizas, pero no tuvieron éxito y debieron abandonar la empresa al poco tiempo [63]. La sociedad formada por Kurajiro Ishikawa, Yoshizo Suzuki, Kengo Iwazumi y Watanabe tuvo mejor suerte. En 1912 arrendaron un campo de 17 hectáreas

[62] ARAKAKI, 1966.

[63] GASHU, 1956, pp. 294-295.

TABLA 5: *Bares japoneses en la Capital Federal*

	Establecimiento	Dirección	Propietario	Lugar de nacimiento (año de llegada)	Desde	
1.	Café El Kioto	25 de Mayo 222	Shigeru y Kazutsuki Yoshida	Kumamoto (1915)	1930	b
2.	Café Satsuma	Reconquista 422 / Leandro N. Alem 322	Hermanos T. y Y. Kurokawa	Kagoshima (1912), (1915)		a
3.	Café y Bar The Japan	25 de Mayo 427	Tokuei Arakaki y Eiho Oshiro	Okinawa (?), (1920) (1920)	1924	b c
4.	Café Satsuma	Eian Oshiro General Hornos 54	(sociedad)			b
5.	Café Dai Nippon	Corrientes 2563	Masao Yoshimura y Yamada	Saga (1922), Saga (1921)	1933	b
6.	Café El Tokio	Rivadavia 11502	A. Tokunaga y M. Otsubo	Kagoshima (1913), (1916)	1927	b
7.	Café y Bar Japonés	San Juan y Boedo	E. Asato y Ch. Asato	Okinawa	1930	c
8.	C. y B. Nuevo Japón	Agüero 530	Eigyu Oshiro y Eiki Tamashiro	Okinawa (1923)	1935	c
9	Café Fuji	Tucumán 1301	Seishu Kohatsu	Okinawa (1918)	1935	c
10.	Café y Bar Japonés	Matheu 265	Hermanos Nakasone	Okinawa	1935	c
11.	Café Satsuma	Santa Fe 1818	H. Kurokawa y Hisamatsu	Kagoshima, (1913) (1916)	1924	a
12.	Café Kyoto	Corrientes y Castelli	Kawadoko Hnos. y Teizo Kubo	Kagoshima	1924	a
13.	Café Tokyo	Rivadavia 6865	Hisayoshi Furumi y S. Nakahira	Kochi (1908), (1914)	1920	a
14.	Café Japonés	San Juán 3042	K. Yamamoto, H. Yamamoto y S. Kaneko	Kochi (1910), (1914), (1916)	1917	a
15.	Café El Japonés	Boedo 871	Ch. Nakagawa y Kantaro Matsuoka	Kumamoto (c.1914), (c.1914)		a
16.	Café La Japonesa	Boedo 827	Saichiro Onishi y Shinsuke Ito	Wakayama /?, 1915/?		a
17.	Café y Restaurante	Patricios 588	Y. Kawaji	Kagoshima	1924	a
18.	Café Mikado	Defensa 1940	Kadomoto (?) Hermanos	Hiroshima (1916)	1923	a
19.	Café Japonés	Triunvirato 803	Jiro Yamashiro y Hnos. Oganeku	Okinawa		
20.	Café y Restaurante Nagasaki	Pueyrredon 975	Kingoro Ito, Shunji Igarashi y Eitaro Matsuyama	Miyagi (ppio. del '10) Fukushima (1918), Kagoshima	1922	a
21.	Café Japan	General Hornos 16	Oikawa, Murakami y Matsushita	Iwate (c.1910), Ehime (1919) Shiga ?	1921	a
22.	Café Yokohama	Av. de Mayo 1061	Yamagata	Kagoshima (1909)	1919	a

Fuentes: (a) *Akoku Jiji*, 1925 (Número Especial de Año Nuevo) (b) SATO, 1935 (c) *Nankyo*, 1936 (figuran solamente oriundos de Okinawa)

en Adrogué (partido de Almirante Brown), y comenzaron a producir con discreto éxito [64]. Hacia finales de la década ya había unos 17 establecimientos hortícolas de japoneses, y, según el comentario de Nagata, era una de las acvidades más prometedoras para los inmigrantes japoneses [65]. A lo largo de la década del 20 lentamente fue aumentando el número de «quintas» de japoneses, sobre todo en el sur de Gran Buenos Aires.

Paralelamente, se produjo el ingreso de los japoneses en la producción de flores.

La comercialización de flores y plantas era una actividad de escaso desarrollo en Argentina. Los primeros productores de flores (de origen francés) habían iniciado el cultivo de claveles, crisantemos, rosas y gladiolos a finales del siglo XIX, pero la industria adquirió impulso real recién hacia 1920, cuando algunos japoneses liderados por especialistas como Shigeru Takaichi, Kojiro Nakajima y Kyuhei Gashu, se iniciaron la producción de plantas de jardín y flores de corte [66].

Takaichi, Shibahara y Rikita Saito fueron los primeros en lograr la independencia económica. En 1919 formaron un sociedad y alquilaron dos lotes en la calle Pedro Goyena 1374, donde instalaron un vivero. No se dedicaban al cultivo de flores de corte, sino que comercializaban plantas en macetas, «bonsai» (árboles enanos), arbustos para jardín, y prestaban servicios de diseño y cuidado de jardines [67].

El cultivo de flores propiamente dicho se inició al año siguiente, en 1920, cuando Nomura y Oda, en la localidad de Morón, y Kenkuma Yoshinaga, en la provincia de Córdoba, emprendieron dicha actividad [68]. En Buenos Aires, a principios de la década del 20, Tadashichi Yamada instaló un vivero de la calle Arias 3504, en el barrio de Saavedra y para la misma época, Nakajima abrió su vivero en Florida, Vicente López [69].

[64] NAKAYA, 1934,p. 107; GASHU, 1956, p. 301, p. 306.

[65] NAGATA, 1922?.

[66] En 1917, un grupo de jardineros decidió formar el «Engei Kenkyu-kai» o «Grupo de estudios de jardinería», con el objeto de intercambiar información técnica y ayudarse mutuamente. Entre sus fundadores se encontraban Kohei Shibahara, Shigeji Toda, Kojiro Nakajima, Shigeru Takaichi y Sohachi Azawa. El «grupo de estudios» tuvo fundamental importancia porque aquellos que realmente sabían (Takaichi, Nakajima, Gashu, etc. eran graduados de escuelas superiores de agronomía) asesoraban e instruían a los principiantes. v. GASHU, 1941: pp. 57-61, según reseña de Takaichi.

[67] Ibid., p. 53.

[68] Ibid., p. 61.

[69] TAKAICHI, 1941.

En el caso de la tintorería (el oficio que hasta la actualidad suele ser identificado por la sociedad argentina con los japoneses), los primeros se iniciaron en la actividad hacia 1912. Shotaro Kotani y una joven llamada Tsuta Nakamura fueron, cada uno por su cuenta, los pioneros del oficio [70]. En el caso de Nakamura, el inicio en la profesión está relacionado con las actividades del café. Oriunda de la prefectura de Kumamoto, en 1909 había llegado a la Argentina desde Brasil en compañía de su hermano. El propietario del Café Paulista la empleó como sirvienta de su familia, y posteriormente la puso a cargo del lavado de los manteles y las servilletas de su establecimiento [71]. Con el tiempo, Tsuta abrió su taller de lavado propio en la calle Lavalle al 400, en donde muchos compatriotas aprendieron las primeras nociones del oficio [72].

A partir de la década del 20, acompañando la expansión urbana y las transformaciones en los modos de habitar, y paralelamente a los cambios de la moda y a la aparición de innovaciones químicas para el tratamiento de telas, los japoneses de la ciudad encontraron un nicho económico para la explotación. Es entonces cuando cobró importancia el capital simbólico acumulado durante los años de trabajo en el servicio doméstico.

Con el acceso a la ocupación independiente, la experiencia inmigratoria necesariamente se prolongaba, pero también se incrementaban las posibilidades de consecución de los objetivos económicos, al menos en las expectativas. En la práctica, algunos consiguieron capitalizarse por este medio, y regresaron a Japón con cierta fortuna acumulada.

En esta instancia, de todos modos, la actitud del grueso de los inmigrantes se mantenía orientada hacia Japón. El regreso a la tierra natal continuaba siendo la meta de la mayoría. Más remota, pero siempre presente. Esta orientación se reflejó en la actitud hacia los hijos nacidos en Argentina. Ellos eran generalmente inscritos en los registros familiares (*koseki*) de la oficinas del consulado, de modo que además de la ciudadanía argentina, poseían la ciudadanía japonesa [73]. Cuando los medios lo permitían, existía la costumbre de enviarlos a estudiar en Japón a llegar a la edad escolar. Se trataba de mantener los lazos con la sociedad de origen intactos, de manera que, de concretarse el regreso, los hijos no tuvieran obstáculos para «ser japoneses».

---

[70] GASHU, 1956, p. 43; SHINZATO, 1968, pp. 15-19; HARA, 1968.

[71] SHINAZATO, 1968, p. 15.

[72] Tal era su prestigio que en 1919 el Semanario Bonaerense, el periódico japonés local, en el número especial de Año Nuevo destacaba una noticia sobre ella donde decía: «En su casa de Lavalle 418, más de 10 jovenes disciplinados viven como pupilos colegiales; la casa es aula; todos la respetan y la llaman afectuosamente 'tía'» (original en castellano); HARA, 1968, p. 192.

[73] De acuerdo al principio jurídico del jus sanguinis vigente en la legislación japonesa.

TABLA 6
Tintorerías en la Capital Federal (c. 1924)

	Establecimiento	Dirección	Propietario	Lugar de Nacimiento (año de llegada)	Desde
1.	Shin Nippon	Libertad 844	Azuma	Wakayama (1918)	1923
2.	El Yamato	Las Heras 1987	Seo Hermanos	Hiroshima (1921)	
3.	El Japonés	Maipú 856	Kusumoto	Hiroshima	1916
4.	El Tokyo	Uruguay 1033/ Pellegrini 1055/ Mendoza 2450	Tomisaki	Kumamoto (1914)	
5.	Belgrano	O'Higgins 1301	Hanamoto	Hiroshima (1916)	1922
6.	La Japonesa	Esperanza 361	Kikunaga y Tomita	Hiroshima	1923
7.	El Fuji	Charcas 1815	Morinaga Hermanos	Hiroshima	1923
8.	El Asahi	Charcas 1875	Miyazono	Hiroshima (1917)	1921
9.	El Norte	Paraguay 1317	Tanimoto	Hiroshima (1917)	1922
10.	El Japón	Junín 1119	Okakawa	Hiroshima (1917)	1920
11.	Japonés	Paraguay 840	Tomisaki	Kumamoto	1922
12.	Yokohama	J. E. Uriburu 318	Kamikubo	Hiroshima	1921
13.	Satsuma	Juncal 1841	?? Hermanos	Hiroshima	c. 1921
14.	El Yoki	Azcuenaga 1170	Okawa	Kumamoto	1915
15.	Tokyo	Rivadavia 5298	Otsubo	Hiroshima	1923
16.	Hinode	Vicente López 1993	Nakazawa	Hyogo (1915)	1917
17.	Kyoto	Lavalle 2041	Arima Hermanos y Watanabe	Kumamoto	
18.	El Sol Naciente	Río de Janeiro	Hermanos	Hiroshima (1919)	1921
19.	Japón	Bmé. Mitre 2120	Seitoku Oshiro	Okinawa (1919)	1921
20.	Nippon	Córdoba 1166	Kame Tamashiro	Okinawa	

Fuente: Akoku Jiji, 1925 (Número Especial de Año Nuevo).

4. El arraigo: consolidación de la estructura ocupacional

La consolidación de las ocupaciones independientes en Argentina ocurría en forma paralela al advenimiento del militarismo en Japón. Desde principios de la década del 30, se intensificaron las intervenciones de las tropas japonesas en China. Si bien desde la ideología nacionalista las operaciones militares eran celebradas, para el campesino estas circunstancias implicaban enrolarse en el servicio militar obligatorio, y marchar a la guerra. En los casos de los más carenciados, ingresar en el servicio militar podía representar una salida. Pero desde el punto de vista del grupo familiar, significaba un brazo menos para trabajar o la pérdida de un potencial ingreso. Tradicionalmente resistido en las regiones perisféricas como Okinawa, la toma de conciencia de esta situación impulsaba a quienes contaban con los medios (tanto económicos como sociales) necesarios, a emigrar antes de someterse a la revisación médica.

Durante la década del 30, el movimiento migratorio aumentó respecto de las décadas anteriores (5.997 ingresos y 4.116 egresos, con un saldo promedio de 223 radicaciones anuales). En 1933 la población local era de 5.334 personas, 4.053 hombres y 1.281 mujeres (el radio había descendido a 3:1) [74]. Los radicados en la Capital Federal constituían entonces el 53,4 por ciento, y se había incrementado el número de residentes en la provincia de Buenos Aires, principalmente en los partidos del conurbano. La población, que en 1930 llegaba a las 4.000 personas, a fines de la década se aproximaba a la 7.000.

A pesar de ser relativamente pocos, las «llamadas» fueron causa de la alta concentración de inmigrantes provenientes de la misma región, y dentro de ella, de ciertas aldeas [75]. Esto determinó que, además de las asociaciones de connacionales, como la Asociación Japonesa de Buenos Aires y sus subsidiarias del interior del país, desde época temprana se crearan asociaciones prefecturales. En el caso particular de los okinawenses, los agrupamientos alcanzaron incluso unidades administrativas menores, como ciudades, pueblos (*shi/cho/son-kai*) y hasta incluso la pequeña aldea (*aza-kai*) [76]. Las aso-

[74] v. Tabla 4.

[75] Cf. TIGNER, 1967; ASATO, 1968 [1941].

[76] En la sociedad okinawense, la unidad menor de pertenencia del campesino era su «pueblo chico» o *shima*, territorio equivalente al *aza* moderno. Hasta principios de siglo, ésta era la unidad básica de recolección de impuestos. El sentido de pertenencia se amplía, según las circunstancias, hacia el ámbito de movimiento cotidiano (por ejemplo, el radio de una escuela, que congregaba a alumnos de varias *aza*), luego al dialecto común (en la misma isla de Okinawa hay regiones cuyos dialectos son mutuamente ininteligibles) y finalmente, a las diferentes islas que componen el archipiélago de las Ryukyu. En la Argentina, la comunidad japonesa se convierte en el último círculo de la identidad, antes de la sociedad receptora. v. M. HIGA, 1994 (a).

ciaciones pueblerinas servían de complemento institucional a las redes interpersonales, ofreciendo un marco estable para la interacción de los paisanos. Las actividades que desarrollaban comprendían picnics anuales, reuniones para despedir o recibir a miembros del grupo, asistencia a los más necesitados en casos de enfermedades, accidentes, etc. En los nacimientos, casamientos, cumpleaños relevantes de ancianos, defunciones, misas recordatorias, etc. se ponía de manifiesto la solidaridad grupal, que reproducía en el nuevo medio las pautas y prácticas vigentes en la sociedad de origen.

En el aspecto laboral, en 1933 la población trabajadora abarcaba a 3.359 personal (62,9% del total). El 23 por ciento de ellos pertenecía al rubro «trabajadores agrícolas» (esta cifra probablemente incluya a administradores y empleados). Los «tintoreros» sumaban el 22 por ciento, y los dedicados a tareas vinculadas al rubro «bares, restaurantes y afines», el 21 por ciento. Todavía había algunos «trabajadores industriales» y «empleados domésticos», aunque ahora apenas ocupaban al 10 y 4 por ciento de los trabajadores respectivamente [77]. Podemos decir que hacia la década del 30, había quedado conformado el perfil ocupacional que caracterizaría a la comunidad durante las siguientes décadas. Y, con excepción de los bares, que comenzarían a declinar en los años 50, es el que incluso en la actualidad suele identificar a los japoneses y sus descendientes.

De acuerdo a un censo realizado por la Cooperativa de Horticultores Japoneses en la Argentina (*Zai-a nihonjin sosai dogyo kumiai*) de 1933, sobre 101 miembros (en total había unos 150 establecimientos en los alrededores de Capital Federal), 6 habían iniciado sus actividades en la década del 10, 45 lo habían hecho en la década del 20, y 50 en los cuatro primeros años de la década del 30 [78]. La mayoría de las quintas se encontraba en la zona sur del Gran Buenos Aires. Había 18 en las inmediaciones de la estación de Gutiérrez, 12 en Bosques, 7 en Claypole, 10 en Burzaco, 14 en Adrogué, 1 en Longchamps, 2 en Florencio Varela, 8 en Monte Grande, 12 en Echeverría y 2 en Ezeiza. Al norte de la ciudad, en Campana, había 8. La superficie promedio de los establecimientos era de unas 15,5 hectáreas, aunque había campos que superaban las 50 hectáreas [79].

El número de establecimientos dedicados a la floricultura también se incrementó desde finales de la década del 20. Mientras que en 1925 apenas superaban la decena, en 1930 ya había medio centenar y en 1940 sumaban más de 160, casi todos en la provincia de Buenos Aires. En el año 1939 había 132 administradores de establecimientos japoneses. En total, emplea-

[77] v. Tabla 3.

[78] NAKAYA, 1936, p. 107.

[79] Ibid.

ban a 335 personas, de las cuales 143 eran de nacionalidad japonesa y 192 de otras nacionalidades. La superficie total cultivada era de 374 hectáreas, 48,5 propias y 325,5 arrendadas. La mayor superficie se hallaba en la zona de Escobar (23 familias), pero había numerosos establecimientos en José C. Paz (21), las estaciones de la línea del FCCA, al norte (20), la zona oeste de Buenos Aires (17), San Miguel (9), Sur (11) y Tortugas (11) [80].

Respecto a la actividad florícola, cabe destacar el importante rol que tuvieron los japoneses en la organización comercial de la producción. Durante los primeros años, los productores iban a vender las flores directamente a los minoristas de la ciudad. El aumento de la demanda provocó que los comerciantes fueran a esperarlos a las terminales de trenes, principalmente Retiro, a donde llegaban a la mañana temprano con la mercadería. De este modo, hacia 1928 se formó espontáneamente un mercado en el predio frente a la estación del Ferrocarril Central Córdoba (Ferrocarril Belgrano) y, en el caso de los productores que residían en la zona oeste, bajo la recova de las inmediaciones de la estación Once.

El mercado al aire libre de Retiro funcionó durante dos o tres años, pero a causa de una reglamentación municipal debió suspender sus actividades. Como tanto los productores como los comerciantes estaban interesados en mantener un espacio común para realizar las transacciones, en 1933 se formó la sociedad Mercado de Concentración de Flores (funcionaba en Leandro N. Alem al 1500, actual Libertador al 200), con miembros de diferentes nacionalidades, donde los asociados podían exponer y adquirir los productos. En 1938, la sociedad se mudó a la calle Basavilvaso 1328, en donde se inauguraron las instalaciones del «Mercado de Basavilvaso» o «de Retiro».

En Once la historia fue similar. Luego de la prohibición municipal, el mercado improvisado se trasladó a un terreno cedido por el ferrocarril. A partir de 1933, la Agrupación de Floricultores del Oeste comenzó a funcionar en Ecuador 70, y desde 1935, en Castelli 150. A finales de la década del 30, sobre un total de 350 miembros, la sociedad contaba con 50 asociados japoneses [81].

Los productores japoneses formaron su propia sociedad anexa, la Sociedad Cooperativa de Floricultores Nippar. Además de la comercialización, los miembros podían adquirir insumos en un almacén administrado por la cooperativa. Posteriormente cambió de nombre, pasando a llamarse Cooperativa de Floricultores de Buenos Aires.

Si bien la horticultura y la floricultura evidenciaron un notable desarrollo, en la década del 30, la tintorería se presentó definitivamente como el instrumento más eficaz en el camino hacia la independencia económica. Depen-

[80] NIHON-JIN KAKI... 1941, pp. 111-120.

[81] KORI, 1941, pp. 212-214.

diente básicamente del trabajo manual, éste se hallaba en abundancia, ya sea en la familia, o en los inmigrantes que llegaban al país y trabajaban en muchos casos «por la casa y la comida». Las maquinarias eran costosas, pero hasta contar con el capital necesario para adquirirlas su uso podía reemplazarse con el trabajo intensivo.

La apertura del negocio era una empresa relativamente fácil, siempre y cuando se contara con los medios o el apoyo económico de amigos y parientes. El capital inicial para alquilar el local y adquirir los elementos necesarios para el trabajo generalmente se conseguía por medio de grupos de «crédito rotativo» (*tanomoshi-ko*), integrados por miembros de la red de paisanos [82].

La mayoría de los japoneses, en el período anterior a la segunda guerra mundial, no adquiría los locales donde trabajaban. Finalizado el pago de las deudas contraídas al iniciar el negocio y con algunos ahorros, si tenía suerte al cabo de cinco o seis años de trabajo, el inmigrante vendía el «fondo de comercio» a otro compatriota y marchaba de regreso a Japón con un capital considerable. El hecho de trabajar con dinero en efectivo daba seguridad al inmigrante, y posibilidades de movimientos rápidos.

El trabajo consistía en la limpieza y planchado de prendas de vestir, incluyendo cuellos de camisa, sombreros, pañuelos y hasta ropa interior. Eran pocos los que se dedicaban al teñido de la ropa, como podría suponerse del nombre de los establecimientos. El tintorero iniciaba la jornada a las seis de la mañana, y muchas veces continuaba trabajando hasta la medianoche. Requería naturalmente mucha mano de obra, provista por los inmigrantes que recién llegaban al país (generalmente paisanos llamados por los mismos propietarios). El personal lo completaban algunas operarias argentinas, generalmente «atendedoras» y, cuando el planchado se realizaba con planchas ma-

[82] El «crédito rotativo» es una modalidad bastante común entre los inmigrantes asiáticos. El *tanomoshi (mujin ko, moai)* tiene sus orígenes en las aldeas rurales, donde la gente se asociaba con el fin de ahorrar fondos para una peregrinación religiosa. Posteriomente, comenzó a utilizarse para el pago de impuestos y otro sinfín de objetivos. En los países de inmigración, el *tanomoshi* constituyó la principal fuente de crédito. El sistema es simple. Se convoca a un cierta cantidad de personas que aporta una suma determinada a un pozo común, por lo general mensualmente. El monto recaudado cada mes lo recibe una persona, sucesivamente hasta que cada uno de los participantes retira su parte. El organizador ofrece su casa cada mes, con algunos aperitivos, para que los miembros del grupo se reúnan. En este sentido, además del aspecto económico, cabe destacar la importante función social que cumplía este tipo de reuniones. Era una oportunidad para reunirse, intercambiar información, reafirmar lazos, o simplemente pasar el tiempo. A través de la participación en estos grupos, donde solamente la confianza garantizaba su funcionamiento, el inmigrante creaba una red de relaciones que lo sostenía social y económicamente. Cuando se lo solicitaba, existía una obligación «moral» y resultaba difícil negar la participación. El *tanomoshi* constituía entonces, más allá de lo estrictamente económico, una inversión a largo plazo, un espacio donde se creaban y cimentaban obligaciones mutuas.

nuales de carbón o gas, «planchadoras». Los establecimientos más grandes llegaban a tener hasta quince o veinte empleados, entre argentinos y japoneses.

La introducción de la máquina de planchado al vapor produjo el alejamiento de las planchadoras argentinas de las tintorerías de japoneses. La firma estadounidense Hoffman comenzó a comercializar sus productos en el país en la década del 20, aunque su incorporación en los negocios de los japoneses no fue inmediata. Los equipos eran costosos y además era necesario aprender su uso. Miyazaki, uno de los tintoreros más antiguos, introdujo las primeras máquinas en su local de la calle Charcas (M. T. de Alvear) y Uruguay. Eran máquinas pesadas y, sobre todo, el llenado de la caldera de vapor era un trabajo que requería fuerza. A partir de la difusión de las máquinas de planchar, éste pasó a ser un oficio de hombres. La otra innovación tecnológica, las máquinas de «lavado a seco», tardaría en difundirse algunos unos años más.

En la organización del trabajo, la mujer del propietario por lo general se desempeñaba en las tareas suplementarias, como cocinar para todos los empleados y cuidar de los quehaceres domésticos. Cuando el negocio era pequeño, cumplía la función de «atendedora», encargada de la recepción y entrega de las prendas. Pero en la etapa inicial los trabajos se enviaran al domicilio del cliente, tarea que cumplía el propio dueño o algún empleado. En algunos casos, ella era la encargada de la administración de las finanzas.

En 1925, un periodista de un diario japonés local atribuía a tres factores el éxito logrado en esta profesión:

> 1) Lo hacen bien: Los extranjeros [por los argentinos] tienen la idea de que nosotros los japoneses somos un pueblo muy limpio, al que le gusta la limpieza. Esto es excelente para el trabajo de la tintorería;
> 2) confianza. No roban las cosas: La gente en general tiene el preconcepto de que los japoneses somos honestos y aplicados;
> 3) cumplen con lo prometido: En un país donde prácticamente nadie, especialmente en las clases bajas, cumple con los horarios y 'mañana' es una palabra de moda, el cumplimiento de los japoneses es apreciado [83].

El negocio de la tintorería resultó tan conveniente que a partir de la década del 30 rápidamente aumentó el número de japoneses dedicados a este oficio. Los negocios se concentraron en principio en la zona céntrica de la ciudad y en el Barrio Norte, para paulatinamente ganar los barrios periféricos.

[83] Akoku Jiji, 1-1-1925.

Con el aumento de los establecimientos, la competencia también se hizo despiadada. Los dueños de los talleres de mayor escala, en su totalidad no japoneses, formaron en 1936 la Unión de Propietarios de Tintorerías, uno de cuyos objetivos era presionar contra la «competencia desleal» de los japoneses. Aunque no siempre son nombrados explícitamente, en las publicaciones de la entidad suelen aparecer referencias a la «raza maldita» que gracias a las condiciones miserable en las que subsiste, cobra precios irrisorios por el trabajo que, además, realiza mal, en perjuicio del prestigio del gremio [84]. Pero la competencia no sólo generó animosía por parte de los tintoreros no japoneses. Lógicamente, se daba también entre los propios japoneses. Hacia 1938-40, muchos establecimientos debieron cerrar sus puertas, al no poder resistir la competencia [85]. En esta época numerosos *tanomoshi* quebraron o debieron disolverse por la falta de pago de algunos de sus miembros, que no podían continuar aportando la cuota mensual, o lisa y llanamente escapaban una vez que recibían el monto que les correspondía.

Superado este período de turbulencia, la irrupción de los migrantes internos y las mejoras en las condiciones de vida de la clase trabajadora a partir de la década del 40 amplió la clientela, hecho que favoreció el establecimiento de negocios en los barrios de clase media y distritos obreros. Por último, las leyes referentes a los alquileres promulgadas durante la gestión de Juan D. Perón, facilitaron indirectamente el acceso a la propiedad de muchos inquilinos, entre ellos los tintoreros. La seguridad económica brindada por el oficio y la propiedad de los locales y viviendas coincidieron con la segunda guerra mundial, en la que Japón estaba involucrado.

En vísperas de la guerra, Argentina se presentaba próspera y pacífica. Si bien a partir de la crisis económica del 29 la política inmigratoria había sufrido algunas modificaciones tendientes a limitar los cupos de ingreso de extranjeros, no existían ataques discriminatorios contra los japoneses y la inserción económica era satisfactoria. Lograda la estabilidad ocupacional, consolidada la colectividad local, y desalentados por la evolución militarista de su país, muchos inmigrantes optaron por la radicación. Sumado a ésto, el aumento de la población nacida en el país, es decir, la segunda generación, y su ingreso en la escuela argentina, reafirmaban los lazos que los unían al país de inmigración. Estos factores, determinaron un nuevo cambio de estrategia del inmigrante, que definitivamente optó por la radicación en el país.

[84] Boletines de la Unión de Propietarios de Tintorerías, y LAUMONIER, 1989.

[85] AKOKU SEN SEN... 1968.

5. *Consideraciones finales*

En términos comparativos, la migración de japoneses a la Argentina durante el período anterior a la segunda guerra mundial no fue cuantitativamente importante. La emigración japonesa fue en sí mucho menor que la de los países europeos durante el mismo período. Pero aún en el marco emigratorio japonés, el volumen que se dirigió a Argentina fue pequeño. Del total emigrado entre 1868 y 1941 (776.000; número acumulado exceptuando pasajeros a Taiwán, Corea y Manchuria) los pasajeros de la categoría «migrantes» (*imin*) con destino a Argentina representan apenas el 0,7 por ciento (1907-1941: 5.398) [86].

Desde la perspectiva de la sociedad receptora, los japoneses tampoco constituyeron un grupo importante. Considerando el movimiento inmigratorio total que recibió la Argentina durante las primeras décadas del siglo XX, las estadísticas indicarían que los japoneses no tuvieron mayor incidencia en la conformación demográfica del país. Tomando como referencia las cifras inmigratorias oficiales [87], los japoneses durante el período 1902-1909 constituyeron apenas el 0,01 por ciento de los ingresos, en la década 10, el 0,04 por ciento, en la del 20, el 0,15 por ciento, y en la década del 30, el 0,35 por ciento.

Una de las causas que determinaron el bajo volumen habría sido el tipo migratorio. De características «libres» (*jiyu imin*, en oposición al «contratado» o *keiyaku imin*), esta modalidad no favorecía el envío masivo de migrantes en períodos cortos. Esto incidió en la configuración de un proceso migratorio donde las «cadenas» cumplieron un rol central en los «llamados» (*yobiyose*), que luego se reflejó en la composición regional de la inmigración, donde se destaca la alta representación de oriundos de las prefectura de Okinawa y Kagoshima.

Indirectamente, el escaso volumen inmigratorio habría influido favorablemente en la ausencia de conflictos graves contra los japoneses, en tanto grupo. Desde el punto de vista de las clases dirigentes, preocupadas por la constitución de la nacionalidad, el pequeño número de japoneses no significaba un peligro inminente para la «raza», de modo que los funcionarios no tuvieron que adoptar medidas contundentes para detenerla. Y, para la población trabajadora local, tampoco representaron grupalmente a competidores

[86] Los mayores contingentes se dirigieron a Hawaii (1885-1929: 231.201; 29,7%), luego Brasil (1908-1941: 188.985; 24,3%) y en tercer lugar la parte continental de los Estados Unidos (1868-1929: 107.253; 14,0%). En Sudamérica, después de Brasil, Perú (1899-1941:33.070; 4,2%) y finalmente Argentina. (GAIMUSHO, 1991. No incluye a los remigrantes).

[87] 1901-09: 2.360.278; 1910-19: 2.701.573; 1920-29: 2.355.296; 1930-39: 1.678.191.

inmediatos o potenciales que afectaran sus intereses. Las actitudes discriminatorias que individualmente pudieran haber sufrido, en términos sociales no tuvieron graves consecuencias, especialmente si se las compara con las manifestaciones antijaponesas ocurridas en otros países. Estas circunstancias hablan de la inserción pacífica de los japoneses en la sociedad argentina, es decir, sin la experiencia traumática que sufrieran en otras regiones como Hawaii, la costa oeste de los Estados Unidos, Perú o incluso Brasil [88].

Durante los primeros años en el país, la inmigración tuvo carácter transitorio, especialmente en el grupo mayoritario de «trabajadores». El inmigrante japonés constituía un caso típico de *sojourner*, definible en la tradición *dekasegi* japonesa. La intención del inmigrante era saldar deudas, si las tenía, ahorrar plata, y al cabo de unos años regresar a su país con el dinero suficiente para comprarse un lote de terreno o ampliar el existente, construir una casa, etc.

En la Argentina, los salarios eran comparativamemente más altos que en Brasil o Perú, aunque también lo era el costo de vida, circunstancia que no les otorgaba la posibilidad de capitalización tan rápidamente como anhelaban. La transitoriedad inicial de la experiencia migratoria, básicamente no se alteró, pero luego de algunos años en el país sobrevino una modificación de planes. Ante la imposibilidad de lograr el enriquecimiento en un período relativamente corto, el inmigrante debió posponer sus metas al mediano plazo. En términos ocupacionales, ésto se reflejó en la tendencia al cuentapropismo, propiciada por la expansión de la sociedad urbana. La idea del regreso, sin embargo, continuó presente en la gran mayoría, al menos durante todo el período anterior a la segunda guerra mundial.

A mediados de la década del 20, ya existía una cantidad considerable de japoneses administrando sus propios negocios (bares, tintorerías, quintas, viveros y hasta taxis), con capacidad para dar trabajo a los paisanos que recién llegaban. Los inmigrantes nuevos se empleaban en estos negocios, y después de algunos años se independizaban instalando su propio establecimiento en el mismo ramo. Del trabajo asalariado de la década anterior, encontramos una clara tendencia al trabajo independiente, o al trabajo en relación de dependencia, pero en establecimientos administrados por connacionales.

En las ciudades, la tintorería fue el principal vehículo para la independencia económica. Poner en funcionamiento un negocio era, por otra parte, una forma segura de capitalización. La transferencia de locales era un fenómeno muy común. Se abría un negocio. Se lo trabajaba un tiempo y una vez estabilizada la clientela, era vendido en efectivo a un compatriota. Este, para comprarlo, recibía la asistencia de otros (familiares, paisanos, amigos), organizando un grupo de «crédito rotativo»; una vez saldada la deuda, se ini-

[88] Cf. ICHIOKA, 1988 —EEUU—; KOTANI, 1985 —Hawaii—; MORIMOTO —Perú—; ROCHA NOGUEIRA —Brasil—.

ciaba otra vez el proceso. Muchos inmigrantes pudieron regresar definitivamente a Japón con el fruto de las ganancias de este tipo de operaciones.

El éxito y la popularidad alcanzados por los inmigrantes japoneses en oficios tales como el servicio doméstico, en la década del 10, y la tintorería, después, representa un fenómeno interesante para el análisis, especialmente en relación a la formación de la imagen social del grupo. Cuando el oficio de tintorero se presentó como alternativa para la independencia económica, los japoneses pudieron capitalizar la fama que se había gestado en torno a ellos durante los años en el servicio doméstico. La misma capitalización simbólica se reprodujo, con diferentes matices, en las otras ocupaciones a las que se dedicaron los japoneses. En el caso de las flores, por ejemplo, el productor japonés pasó a ser autoridad en la materia por el solo hecho de ser japonés.

La consolidación y estabilización ocupacional incidió favorablemente en la opción por la radicación definitiva en el país, que podemos interpretar en el contexto de los cambios ocurridos tanto en el país, externos e internos a la comunidad japonesa, como en el de la situación social japonesa durante la guerra, y sobre todo, luego de la derrota.

Hacia la década del 40, el país había alcanzado un cierto grado de prosperidad económica que favoreció la situación de las clases populares. La ampliación del salario de los obreros inicidió en la mejora de la calidad de vida, hecho que a su vez generó mayor demanda de los servicios de la tintorería. El mejoramiento de la calidad de la vestimenta y la popularización de la «limpieza a seco» de las prendas de vestir propiciaron la expansión del oficio, y el comerciante japonés se benefició con un nueva clientela, que abarcó entonces no sólo a la clase alta y a los estratos medios, sino también a los sectores populares.

Por otra parte, muchos comerciantes que hasta entonces habían sido inquilinos, pudieron adquirir las viviendas-negocios donde trabajaban, favorecidos por la política gubernamental de congelamiento de alquileres, que inducía a los rentistas a desprenderse de las propiedades.

Por último, desde el punto de vista de la vida comunitaria, el advenimiento de una generación nacida y educada en el país, sería el principal cemento para el arraigo definitivo. Los oficios que desempeñaron los japoneses no produjeron grandes fortunas, pero les proporcionaron estabilidad. A partir de las posibilidades de la educación común presentes en la Argentina, el inmigrante comenzó a entrever un nuevo objetivo. Transferiría a sus hijos la consecución de las metas de prosperidad que lo habían traído al país. Nacidos y criados en Argentina, contenidos en los ambientes barriales, con dominio del idioma y de los códigos de comportamiento de la sociedad local, ellos poseían los instrumentos para lograr la inserción plena en la sociedad local. De modo que el inmigrante optó por el arraigo definitivo, depositando las expectativas de éxito ahora con mayor intensidad en sus hijos, éxito que no significará tanto lo económico como el reconocimiento y la aceptación social.

BIBLIOGRAFIA

AKOKU SEN-SEN KURABU, comps., *Zai- A Nihonjin sen-sen goju nen no ayumi* («50 aniversario de los tintoreros japoneses en Argentina»), Buenos Aires, 1968.

ALSINA, Juán, *La inmigración en el primer siglo de la independencia*, Buenos Aires, Felipe S. Alsina, 1910.

ARAKAKI, Kisei, comp., *Kai-in meibo. Zai-A Kuba bunka taiiku nogyosha yobiyose sokushinkai. Soritu nijugo shunen kinen-go.* («Lista de miembros. Asociación Kuba - Cultural, deportiva y pro-ingreso de agricultores japoneses en la Argentina») [manuscrito mimeografiado, en japonés], 1966.

ARGENTINA, República, *Tercer Censo Nacional de la República Argentina, 1914* (10 vols.), Buenos Aires, L. J. Rosso, 1914-17.

Ministerio de Relaciones Exteriores (Tomás Amadeo ?), *Informe de la comisión especial: El comercio argentino en el Extremo Oriente*, Buenos Aires, Talleres Gráficos Frigerio e hijo, 1936.

ASATO, Noberu, *Okinawa kaiyo hatten-shi. Nihon Nanpo hatten-shi josetu* («Historia del desarrollo ultramarino de Okinawa. Introducción a la historia del desarrollo japonés en los territorios sureños»). Naha (Okinawa), Ryukyu Bunka Tosho Kbushikigaisha, 1968 [Okinwa-ken Kaigai Kyokai, 1941)

AZCARATE, Patricia Falconi de, *La pugna de las grandes potencias, 1890-1914*, en TEJEDOR et. al., 1992.

BOSSIO, Jorge, *Los cafés de Buenos Aires*, Buenos Aires, Plus Ultra, 1994.

CARDENAS, Isabel Laura, *El servicio doméstico en los barrios prestigiosos de Buenos Aires, 1885-1985*, Buenos Aires, Ed. Búsqueda, 1986.

ERB, H., T. GASHU, L. GIRO, N. MILANESE y S. MOLFINO, *La inmigración japonesa en la República Argentina*, «Boletín de Estudios Geográficos» Nº 58, vol. XV, 1968.

FORN DOMECQ GARCIA, *Manuel Domecq García, 1859-1946. Forjando los destinos de la Patria*, en Tejedor et al., 1992.

FURUKAWA, Taifu, *Aruzenchin ni okeru nihonjin rodosha* («Los trabajadores japoneses en Argentina»), «Kaigai» 3-12, 1917.

GAIMUSHO, "Japón, Ministerio de Asuntos Exteriores", *Kaigai kaku chi zairyu hojin shokugyo betsu jinko hyo. 37 Zai Buenos Aires ryoji kan kan-nai* («Tabla de las ocupaciones de los japoneses en el exterior. 37. Consulado de Buenos Aires»), 1923.

Ryoji iju bu (Departamento Consular y de Migraciones), *Waga kokumin no kaigai hatten. Iju hyakunen no ayumi -shiryo hen-* («Desarrollo exterior de nuestros ciudadanos. Historia de cien años de migración -parte estadística-»), Tokio, [1968] 1971.

JICA, *Kaigai iju tokei* («Estadísticas de la emigración a ultramar'), Tokio, 1991.

JICA-Okinawa shibu, *Okinawa ken to kaigai iju* «La prefectura de Okinawa y la emigración al exterior», Naha (Okinawa), 1987.

GASHU, Kyuhei, *Zai-A nihonjin kaki engei-gyo hatten shi* («Historia del desarrollo de la floricultura de los japoneses en Argentina»), en NIHON-JIN KAKI..., 1941.

Aruzenchi doho goju nen shi («50 años de historia de los compatriotas japoneses en Argentina»), Tokio, Seibundo-Shinkosha, 1956.

HARA, Noboru, *Donya Rosa, Nakamura Tsuta fujin* («Doña Rosa, la señora Tsuta Nakamura»), en AKOKU SEN-SEN..., 1968.

HIGA, Jorge, *La historia vista con ojos oblicuos*, «Todo es Historia» 316, 1993, pp. 60-80.

HIGA, Marcelo G., *Notas sobre la inmigración japonesa en Argentina. Aspectos del desarrollo histórico de la inmigración y las características ocupacionales de los inmigrantes*, (Informe del trabajo de campo para The Toyota Foundation), sin publicar, 1994.

La problemática identificatoria de los inmigrantes japoneses y sus descendientes en Argentina (trabajo presentado en las V Jornadas sobre Colectividades, CEMLA-Museo Roca-IDES-UNICEN-UNLU, Buenos Aires, octubre de 1995), sin publicar, 1995 (a).

Inmigrantes de otros puertos. Los japoneses en Buenos Aires hacia 1910 (trabajo presentado en el Coloquio Internacional «Buenos Aires 1910: el imaginario para una gran capital», Buenos Aires, 28 y 29 de noviembre de 1995), sin publicar, 1995 (b).

ICHIOKA, Yuji, *The Issei: The World of the First Generation Japanese Immigrants: 1885-1924*, New York, The Free Press, 1988.

IRIE, Toraji, *Hojin kaigai hatten shi I* («Historia del desarrollo japonés en el exterior, T. I»), Tokio, Hara Shobo, [1938] 1981.

Hojin kaigai hatten shi II («Historia del desarrollo japonés en el exterior», T.II), Tokio, Hara Shobo, [1942] 1981.

[Artículo], *La Plata Hochi*, 1 de enero de 1951.

ISHIKAWA, Tomonori, *Aruzenchin ni okeru Okinawa ken shusshin jiyu imin no shokugyo hensen ni tsuite* («Cambios en la estructura ocupacional de los inmigrantes okinawenses en la Argentina»), «Ryukyu Daigaku Ho-Bungakubu Kiyo» («Anales de la Facultad de Derecho y Letras, Universidad de Ryukyu»), 1986, 26.

KENKYUKAI («Grupo de investigación de la revista Kaigai»), *Nihonjin sankagetsu sen-en ni naru A-koku no nodo* («La agricultura en Argentina: mil yenes en tres meses»), «Kaigai», 54.

KLEIN, Herbert S., *The Integration of Italian Immigrants into the United States and Argentina: a comparative analysis*, «American Historical Review» 88-2, 1985, 306-329.

KOTANI,Ronald, *The Japanese in Hawaii: A Century of Struggle*, The Hawaii Hochi, Honolulu, 1985.

KORI, Jutaro, *Onse kaki shijo hatten shi* («Historia del desarrollo del mercado de flores de Once»), en NIHON-JIN KAKI..., 1941.

LA PLATA HOCHI, *Zai-Aruzenchin nikkei-jin roku (Quién es quién de la colectividad japonesa en la Argentina)*, Buenos Aires, «La Plata Hochi», 1968.

LAUMONIER, Isabel, *Japoneses: esa otra inmigración*, «Todo es Historia» 263, 1989, pp. 62-91.

La casa de mi madre. Mi casa, en M. CHIRICO (comp.) «Los relatos de vida. El retorno a lo biográfico», Buenos Aires, CEAL, 1992.

MALETTA, Héctor y Silvia LEPORE, *La colectividad japonesa en la Argentina*, «Estudios Migratorios Latinoamericanos», Nº 15-16, 1990, pp. 425-520.

MIZUNO, Ryu, *Nanbei Toko Annai* («Guia de viajes por Sudamerica»), Tokio, Kyokado Shoten, 1912 (1ra. ed. 1906).

MORI, K., *Kasato maru ijusha Komaki Karu san ni kiku* («Los inmigrantes del Kasato Maru: entrevista a la señora Karu Komaki»), «La Plata Hochi», 1 y 6 de febrero 1979.

MORIMOTO, Amelia, *Los inmigrantes japoneses en el Perú*, Lima, Taller de Estudios Andinos-Universidad Nacional Agraria, 1979.

MORIYAMA, Alan Takeo, *Imingaisha: Japanese Emigration Companies and Hawaii, 1894-1908*, Honolulu, University of Hawaii Press, 1985.

MUSEO SOCIAL ARGENTINO, *Encuesta*, «Boletín del Museo Social Argentino», T. 8, Nº 85-89, 1919.

NAGATA, Shigeshi, *Nanbei ichi-jun* («Gira por Sudamérica»), Tokio, Nihon Rikkokai, 1922?.

Nanbei Nihonjin shashincho («Album fotográfico de los japoneses en Sudamerica»), Tokio, Nihon Rikkokai, 1922.

NAKAYA, Kazuichi, *Zai-A hojin sosai engei gyo no kako oyobi genzai* («Pasado y presente de los productores hortícolas japoneses en Argentina»), en SATO, 1935.

NIHON-JIN ARUZENTIN IJU-SHI HENSAN IINKAI HEN («Comisión redactora de la historia de la inmigración japonesa en Argentina»), comps., *Nihon-jin Aruzenchin iju shi* («Historia de la inmigración japonesa en Argentina»), Tokio, Raten Amerika Kyokai, 1971.

NIHON-JIN KAKI ENGEI KUMIAI RENGO KAI HEN (Sociedad Cooperativa de Floricultores Nippar), comps., *Akoku no kaki engei* («Memoria del veinte aniversario de la floricultura nipona»), Buenos Aires, 1941.

NIIZEN, Jorge, *En búsqueda de la raices perdidas*, «Somos Nisei» Nº 9, 1984, pp. 20-21.

NODA, Ryoji, *Imin chosa hokoku 5* («Investigaciones sobre los inmigrantes Nº 5»), en GAIMUSHO, Tsusho kyoku hen (Ministerio de Asuntos Exteriores), Tokio, [1910] 1981.

Sekai no dai-hoko: Nanbei («Sudamérica: el gran tesoro del mundo»), Tokio, Hakubunkan, ed. corregida y aumentada, 1919 (1ra. ed., 1912).

ROCHA NOGUEIRA, Arlinda, *Inmigração japonesa na historia contemporanea do Brasil*, São Paulo, Centro de Estudos Nipo-brasileiros, 1984.

ROCK, David, *Politics in Argentina, 1890-1930: The Rise and Fall of Radicalism*, Cambridge, Cambridge University Press,1975.

SABAROTS, Horacio R., *La identidad étnica de los inmigrantes japoneses en la denominada «Zona Sur» (Buenos Aires)*, en R. RINGUELET (comp.) «Procesos de contacto interétnico», La Plata, Facultad de Ciencias Naturales y Museo de la Plata, 1986.

SAGASTUME, José Pío, *La inmigración y su influencia en el país*, La Plata, 1916.

SAKIHARA, Choichi, *Aruzenchin Nihonjin imin-shi nenpyo* («Cronología histórica de la inmigración japonesa en Argentina»), Comisión de redacción de la historia de la inmigración japonesa en Argentina, Asociación Japonesa en la Argentina, inédito, s/f.

SAN PAULO SHINBUN SHA HEN, *Nanbei no Nikkei jin* («Los inmigrantes de origen japonés en Sudamerica»), São Paulo, 1966.

SATO, Shiro, *Zai-A dohou. Katsudo jokyo shashincho* («Album de la Colectividad Japonesa en la Argentina»), 1935.

SHIBAHARA, Kobei, *Akoku ni okeru rodo no shinso* («La verdad sobre el trabajo en Argentina»), «Kaigai» 4-3, 1918.

SHIGA, Shigetaka, *Sekai sanzui zusetsu*, Tokio,

SHINTAKU, Takaichi, *Aruzenchin ni nobite yuku: hojin hattenn monogatari (I), (II), (III)* («Historia del desarrollo japonés en Argentina»), «Shokumin», 1931.

SHINYA, Yoshio, [Artículos varios] (reimpresos en «La Plata Hochi», 1968).

SHINYA, Violeta, *Yoshio Shinya*, en "Anuario La Plata Hochi 1968".

SHINZATO, Heisei, *Ko gukoisan*, en AKOKU SEN-SEN..., 1968.

STABILI, María Rosaria, *Las políticas inmigratorias de los gobiernos chilenos desde la segunda mitad del siglo pasado hasta la década de 1920*, «Estudios Migratorios Latinoamericanos», 2, 1986, pp. 181-202.

STACH, Francisco, *La defensa social y la inmigración*, «Boletín Mensual del Museo Social Argentino», T. 5, Nº 55-56, 1916, pp. 381-389.

TAKAHASHI, Yukiharu, *Sobo no daichi*, Tokio, Kodansha, 1993.

TAKAICHI, Shigeru, *Nakajima Kojiro kotenkyosh iwo tsuikaisu*, («A la memoria de Nakajima Kojiro»), en NIHON-JIN KAKI..., 1941.

TEJEDOR, Francesca Arena de, *Argentina en el contexto internacional, 1868-1946. Sus primeros vínculos con el Japón*, en TEJEDOR et. al., 1992.

TEJEDOR, F. Arena de, FORN, FALCONI y FRAGUIO, *Argentina y Japón se conocieron en el violento amanecer del mundo moderno*, Buenos Aires, Instituto de Publicaciones Navales-Centro Naval, 1992.

TERASHIMA, *A-koku teichaku zairyu hojin no katsudo jokyo* («Actividades de los japoneses residentes en Argentina»), en «Imin joho» («Informes Migratorios»), 1936, 8-3, pp. 43-45.

TIGNER, James Lawrence, *The Ryukyuans in Argentina*, «Hispanic America Historical Review» 47 (2), 1967, pp. 203-224.

UCHIGASAKI, Jun-ichiro, *Hokubei ni masaru Aruzenchin* («Argentina es superior a Norteamérica»), «Kaigai», 1-9, 1915.

UNO, Koro, *Aruzenchin imin watakushshi—Panpa heigen to gaucho ga yuku-* («Historia personal de la inmigración en Argentina»), Tokio, East West Publications, 1980.

WOLF, Eric, *Europe and the People without History*, Berkeley and Los Angeles, University of California Press, 1982.

YAMAGISHI, Fusai, *Nanbei zatsuroku* («Notas sobre Sudamérica»), Nagano, Shinno Kaigai Kyokai, [1935] 1937.

RESUMEN

Desarrollo histórico de la inmigración japonesa en la Argentina hasta la Segunda Guerra Mundial

El propósito de este trabajo es ofrecer un panorama del desarrollo inmigratorio japonés en la Argentina durante el período anterior a la Segunda Guerra Mundial. Si bien los japoneses no tuvieron gran influencia en la constitución demográfica de la sociedad, desde época temprana adquirieron una visibilidad mayor de lo que su presencia cuantitativa sugiere. En el aspecto ocupacional, la concentración en oficios como el servicio doméstico y, a partir de la década del 20, en la «tintorería», la floricultura y la horticultura, favoreció el reconocimiento del grupo por parte de la sociedad receptora, que paulatinamente comenzó a asociar a los japoneses con un universo semántico generalmente de rasgos positivos. En este sentido y desde una perspectiva comparativa, podemos señalar la ausencia de actitudes abiertamente violentas hacia ellos, circunstancia que particulariza el caso argentino en relación al de grupos japoneses en otras regiones del mundo durante el mismo período.

SUMMARY

The historic evolution of japanese immigration in Argentina before World War II

This article offers an overview of the evolution of Japanese immigration in Argentina before World War II. Although the Japanese had a neglectable influence in the Argentine demographic structure, they were right from the beginning more visible than their share in number might suggest. On the side of occupation, their concentration in domestic service and, from the 1920s, in laundries, flower and vegetable growing, favoured an acknowledgement of the group in the host society, which gradually developed a generally positive image of the Japanese. In this respect, and in a comparative perspective, we may stress that the absence of open hostility towards them remains a singularity of the Argentine case as compared to the experience of Japanes groups in other parts of the world in the same period.

LA INMIGRACION JUDIA A LA ARGENTINA: UNA PERSPECTIVA JEROSOLIMITANA *

Ignacio KLICH **

HAIM AVNI, *Argentina & the Jews: A History of Jewish Immigration*, Tuscaloosa/Londres, University of Alabama Press, 1991, pp. xii+268, $32.95.

Junto con otros autores de América Latina, los Estados Unidos, Europa e Israel, Haim Avni ha contribuido a que se incluya el estudio de los judíos latinoamericanos en los programas de estudios judaicos y latinoamericanos. El que esto haya ocurrido sólo recientemente explica en parte por qué los angloparlantes no tuvieron acceso a este volumen durante tanto tiempo. Más que otros, Avni merece un cálido reconocimiento por su trabajo académico pionero acerca de la colonización agrícola judía en la Argentina, una labor que estimuló a estudiosos de Israel a investigar sobre otras comunidades judías de América Latina, y a indagar en torno de aspectos específicos a propósito de los judíos argentinos. *Argentine «The Promised Land»: Baron Hirsch's Colonization Project in the Argentine Republic*, de Avni, que se publicó en hebreo en 1973, seguido por *Argentina y la historia de la inmigración judía (1810-1950)*, patrocinado por la comunidad judía porteña (AMIA) una década después, se consideraron con plena justicia unos de los primeros estudios exhaustivos sobre la llegada de los judíos a este país. Con el apoyo de los *American Jewish Archives* (AJA), esta largamente esperada edición en inglés proporciona una perspectiva fascinante, que abarca desde la independencia argentina hasta fines de la década de 1980, y es "una versión abre-

(*) Traducido del inglés por Frances Barthe; revisión de estilo a cargo de Elías Zaldívar.

(**) *Faculty of Law, Languages and Communication, University of Westminster, Londres.*

viada y actualizada" (p. xii) del libro en castellano. En ese contexto, el AJA, que ha publicado varios trabajos sobre la región, debería ser felicitado por su activo interés en ampliar los conocimientos del público angloparlante sobre los judíos de América Latina [1]. Lo mismo debe decirse de los responsables de la colección de estudios judaicos de la editorial universitaria de Alabama.

De fácil comprensión, tanto para el estudioso como para el neófito, el libro de Avni fue excelentemente traducido del hebreo por Gila Brand, hecho que lo hace más actractivo aún. Sin embargo, existen algunas excepciones (que quizá nada tengan que ver con la pericia de la traductora): las alusiones a Hipólito Yrigoyen como anciano —tanto en 1916, cuando el líder de la Unión Cívica Radical (UCR) fue elegido jefe de Estado por primera vez, como más de una década después (pp. 94, 120)—, desafortunadamente implican que ya era tan viejo cuando, a los 64 años de edad, se le colocó la banda presidencial que no podía envejecer más. A diferencia de Avni, otros autores se refieren al Yrigoyen adulto como "envejecido" o "senil" cuando fue elegido presidente por segunda vez, en 1928. Además, como es más que probable que la destreza de Brand no abarcara el conocimiento del castellano, debe atribuirse a otros la responsabilidad por no retraducir a dicho idioma los nombres de algunos de los importantes líderes judíos argentinos como, por ejemplo, Moshé Goldman en el texto (en vez de Moisés Goldman en la realidad) y Jedidia (en vez de Jedidio) Efron en la bibliografía.

Así como en el caso del trabajo doctoral de Avni sobre la agricultura judía en la Argentina, la principal fuente de archivos para este libro, como en el de los títulos mencionados anteriormente, son los documentos de la *Jewish Colonización Association* (JCA) con sede en Londres; además, hay otros fondos documentales y una larga lista de materiales publicados. No sorprende entonces que la versión inglesa esté dedicada en gran medida a los beneficiarios de los esfuerzos de la JCA, los miembros de la mayoría *ashkenazí* del país. Sin embargo, a diferencia de aquel en lengua castellana, este libro incorpora resultados del proyecto de investigación "América Latina y el Pueblo Judío durante la Era del Holocausto". Emprendido por la división latinoamericana del *Instituto del Judaísmo Contemporáneo* (ICJ) de la Universidad Hebrea, bajo la dirección de Avni, el proyecto ya produjo ar-

[1] Véase, por ejemplo, ISAAC S. EMMANUEL y SUZANNE A. EMMANUEL, *History of the Jews of the Netherland Antilles*, Cincinnati, AJA, 1970, 2 vols.; JERRY W. KNUDSON, *The Bolivian Immigration Bill of 1942*, «American Jewish Archives», Vol. 22, Nº2, 1970; DONALD HERMAN, *Israel's Latin American Immigrants*, «American Jewish Archives», Vol. 36, Nº 1, 1984; DAN LA BOTZ, *Roberto Haberman and the Origins of Modern Mexico's Jewish Community*, «American Jewish Archives», Vol. 43, Nº 1, 1991. Ver también el número monográfico, dedicado a una colección de trabajos de miembros de la *Latin American Jewish Studies Association* (LAJSA), compilados por JUDITH LAIKIN ELKIN, en «American Jewish Archives», Vol. 34, Nº 2, 1982.

tículos importantes, además de un libro global sobre la Argentina y una compilación de memorias del Uruguay [2].

La inmigración desde las últimas décadas del siglo XIX convirtió a la Argentina, aunque fuera impremeditadamente, en el mayor país receptor de judíos de América Latina, y también sentó las bases de la comunidad judía más importante de la región, cuyos miembros se calculan actualmente en 225.000 personas. Es cierto que los judíos *qua* judíos, al igual que otros ciudadanos de países de Europa Oriental, el Medio Oriente y Africa del Norte, (de donde provenía la mayoría de esos inmigrantes), no eran parte de los grupos preferidos por las élites argentinas, pero tampoco fueron rechazados de un modo tan absoluto como los negros. Como argumenta Avni en forma persuasiva en los capítulos dedicados a los acontecimientos anteriores a 1933, los mejores del libro, la preferencia por los noreuropeos, y más adelante por los católicos provenientes de países latinos del Viejo Mundo, no impidió que sucesivos gobiernos argentinos pasaran por alto a los que deseaban cerrar la puerta a otros inmigrantes menos deseables. Por tanto, con altibajos, según las vicisitudes de la situación argentina y mundial, el ingreso de judíos continuó casi sin obstáculos hasta la década de 1920; algunos autores incluso están dispuestos a reconocer que dichos inmigrantes encontraron en la Argentina un clima de tolerancia mayor que en los países de los que provenían [3]. Aquí habría que hacer una pequeña pero importante corrección: la aseveración de Avni de que en la primera década de este siglo "los judíos constituían el único grupo de inmigrantes no cristianos" (p. 88) es refutada, entre otros hechos, por los llamamientos en el Congreso argentino (y otros por medio de la prensa) para que se restringiera la entrada de los sirio-libaneses,

[2] Véase, por ejemplo, ELVIRA RISSECH, *Inmigración judía a la Argentina 1938-1942: entre la aceptación y el rechazo*, «Rumbos», Jerusalén, Nº 15, 1986; LEONARDO SENKMAN, *Argentinien und der Holocaust: Die Einwanderungspolitik und die Frage der Flüchtlinge 1933-1945*, en ACHIM SCHRADER y KARL HEINRICH RENGSTORF (comps.), "Europäische Juden in Lateinamerika", Münster, Wemer J. Röhrig Verlag, 1989; LEONARDO SENKMAN, *Argentina's Immigration Policy during the Holocaust (1938-1945)*, «Yad Vashem Studies», Jerusalén, Nº 21, 1991; LEONARDO SENKMAN, *Argentina, la Segunda Guerra Mundial y los refugiados indeseables 1933-1945*, Buenos Aires, GEL, 1991; HAIM AVNI y ROSA PERLA RAICHER (comps.), *Memorias del Uruguay: Holocausto y lucha por la fundación del Estado de Israel*, ICJ, Jerusalén, 1986.

[3] EDGARDO BILSKY, *Etnicidad y clase obrera: la presencia judía en el movimiento obrero argentino*, «Estudios Migratorios Latinoamericanos», abril 1989, p. 29. De alcance más vasto, otro autor nos recuerda que "Cuba y el Nuevo Mundo fueron mucho más tolerantes y acogedores que los países que los emigrantes [judíos] habían dejado atrás". Vid. ROBERT M. LEVINE, *Tropical Diaspora: The Jewish Experience in Cuba*, Gainesville, University Press of Florida, 1993, p. 293.

pues entre ellos también venían musulmanes, que ya sumaban varios miles en 1909 [4].

Después del gran *crash* de Wall Street, a fines de la década de 1920, la política de inmigración argentina se hizo cada vez más restrictiva respecto de los judíos y otros grupos "exóticos", y el rechazo a las víctimas y refugiados del nazifascismo como inmigrantes potenciales se convirtió en un obstáculo clave para los judíos europeos y los republicanos españoles. También la prohibición al ingreso de personas provenientes del este europeo, vigente durante la guerra fría, afectó a todos menos a ciertos favorecidos por los aliados anglonorteamericanos y la Santa Sede, independientemente del pasado colaboracionista de algunos de los agraciados.

La colonización en la Argentina, naturalmente, siempre fue problemática para aquellos que buscaban dirigir a los judíos exclusivamente hacia Palestina (luego Israel). Es este un hecho importante para poder comprender la visión demasiado escéptica, si bien no siempre errada, sobre éste y otros países latinoamericanos, que aportan diversos historiadores de los migrantes judíos de ayer [5]. No sorprende, entonces, que en los primeros días de exis-

---

[4] IGNACIO KLICH, *Criollos and Arabic Speakers in Argentina: An Uneasy Pas de Deux, 1888-1914*, en ALBERT HOURANI y NADIM SHEHADI (comps.), "The Lebanese in the World: A Century of Emigration", Londres, I. B. Tauris, 1992, pp. 261 y s.s. De igual manera, Avni ha sostenido que a partir de la década de 1910 la promoción de un nuevo nacionalismo argentino, éste fundado en el "catolicismo clerical", socavaba "la legitimidad de los judíos aún más que la de otros argentinos no católicos". Prueba de lo contrario, empero, son las conversiones al catolicismo de gran número de musulmanes y drusos, siendo los casos del presidente Carlos S. Menem y el de los ancestros del coronel Mohamed Alí Seineldín entre los más destacados. Que tales conversiones formales e informales son infinitamente superiores al decrecimiento de la población judía por vía de los matrimonios exogámicos y/o conversión se desprende de la diferencia entre los 450.000-500.000 musulmanes mencionados por sus líderes religiosos en la Argentina, y los 14.262 musulmanes censados en 1960. Véase la reseña de Avni del libro de VICTOR A. MIRELMAN, *Jewish Buenos Aires, 1890-1930: In Search of an Identity*, Detroit, Wayne State University Press, 1990, en «American Jewish Archives», Vol. 44, Nº 2, 1992, p. 648. Para una discusión de distintos cálculos respecto de la población musulmana en la Argentina, véase GLADYS JOZAMI, *El retorno de los "turcos" en la Argentina de los noventa*, ponencia presentada en el Seminario Internacional "Discriminación y Racismo en América Latina", Universidad de Buenos Aires, 23-25 de noviembre 1994.

[5] Para las legítimas reacciones que tales cuadros pueden provocar véase, por ejemplo, las atinadas observaciones de una lúcida reseñadora del documentado volumen de SENKMAN, *Argentina y los refugiados indeseables*, ver la reseña de DORA SCHWARZSTEIN, en «Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana 'Dr. Emilio Ravignani'», Nº 7, 1993, pp. 159-60. Para otros importantes comentarios, globales o parciales, sobre el mismo volumen, véase LUIS ALBERTO ROMERO, *"Clarín"*, 18 de junio de 1992; MARIO C. NASCIMBENE y MAURICIO ISAAC NEUMAN, *El nacionalismo católico, el fascismo y la inmigración en la Argentina (1927-1943): una aproximación teórica*, «Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe», Tel Aviv, enero-junio 1993, p. 139, n. 23; WARREN SCHIFF, «Hispanic American Historical Review», Chapel Hill, Vol. 75, Nº 1, 1995, pp. 110-11.

tencia del Estado hebreo, algunas de las autoridades israelíes incluso contemplaran la posibilidad de impulsar un canje transatlántico de poblaciones. En efecto, con la mira puesta en la deflación de la cuestión palestina y el robustecimiento de la presencia judía en Israel, se embarcaron en un estudio de factibilidad a propósito de la transferencia de campesinos palestinos en una dirección y el simultáneo flujo en sentido inverso, vale decir de la Argentina al Estado hebreo, de colonos judíos. Aunque nunca implementada, tal quimera era consecuente con la visión sionista de la colonización judía en la Argentina como "subproducto del amor judío y ansias por la tierra de Israel", dado el deseo inicial de afincarse en Palestina, no América del Sur, de algunos de los judíos de Rusia que llegaron a Buenos Aires [6].

Está claro que algunos autores todavía no han perdonado al barón Maurice de Hirsch por haber ayudado a los judíos a echar raíces en la Argentina, pues, en su opinión, tal asistencia le quitaba mano de obra a la empresa sionista. Según las mismas palabras de Avni, más de una vez "la inmigración a la Argentina estuvo en conflicto directo con aquella a Palestina" (p. 59). No es mera coincidencia que Avni describa el ambicioso plan de colonización del barón Hirsch —que ya en 1922 sumaba unos 30.000 judíos en colonias agrícolas argentinas—, como la creación de "la infraestructura de una importante nueva diáspora" (p. 42). Haciéndose eco de comparaciones similares desde la década de 1930, sea en la obra de Arthur Ruppin —*Los judíos en América del Sur*—, o en la sección Argentina vs Palestina del volumen en hebreo, Avni llama la atención de los lectores a la JCA de Hirsch y el Fondo Nacional Judío del movimiento sionista (p. 52), éste último mucho menos dotado al comienzo que la asociación; también traza el progreso inicial de la inmigración judía a la Argentina y Palestina. Muy pronto se hace evidente a partir de Avni que los resultados de los esfuerzos de la JCA fueron pobres en comparación con los logros sionistas. Sin olvidar los llamados de atención de otros autores respecto de los riesgos que se corren al confiar exclusivamente (o en gran medida) en las historias oficiales de las instituciones de cualquier grupo étnico [7], el lector evidentemente puede sacar provecho si combina el análisis de Avni con la evaluación muy sensata de los objetivos no cumplidos de la JCA, que aparece en la bien documentada, aunque poco conocida, historia oficial de esa asociación [8].

---

[6] La cita proviene del texto de un ex-diplomático israelí. Véase ABA GEFEN, *Defying the Holocaust: A Diplomat's Report*, San Bernardino, Borgo Press, 1993, pp. 168-69. A propósito del canje poblacional, véase IGNACIO KLICH, *La posibilidad del asentamiento de palestinos en la Argentina (1948-1952): una perspectiva comparada*, «Estudios Migratorios Latino-americanos», abril 1994.

[7] HILDA SABATO, *El pluralismo cultural en la Argentina. Un balance crítico*, ponencia presentada en las II Jornadas del Comité Internacional de Ciencias Históricas/Comité Argentino, Paraná, octubre 1988, p. 24.

[8] THEODORE NORMAN, *An Outstretched Arm: A History of the Jewish Colonization Association*, Londres, Routledge & Kegan Paul, 1985, pp. 240-41.

Si bien el estilo de Avni es generalmente calmo y seguro, el período que siguió a la toma del poder por parte de Adolf Hitler, cuando los gobiernos argentinos obstaculizaron cada vez más la entrada de las víctimas judías del nazifascismo, es presentado, naturalmente, con una carga emocional muy fuerte. En vista de que la Argentina se mantuvo neutral durante gran parte de la guerra, Avni con toda razón compara las posibilidades que tenía el país para rescatar a judíos con la actuación de sus autoridades. Tiene toda la razón cuando concluye que éstas pudieron haber hecho mucho más. Sin duda se podría afirmar lo mismo con respecto a las naciones que estaban al frente de la lucha antinazi y sus asociados latinoamericanos, pero Avni no lo hace.

La gran ironía, empero, radica en que así como en Holanda pereció una mayor proporción de judíos tras la ocupación nazi (en comparación con el número de víctimas en países de Europa occidental que eran más hostiles a los judíos)[9], la mayoría de éstos, entre los que encontraron refugio en América Latina, lo hallaron en la Argentina, a pesar de que casi todos los países al sur del Río Grande estaban más alineados con los Estados Unidos que el gobierno de Buenos Aires. En realidad, mientras que Avni prefiere no mencionar ese hecho, la división entre neutralidad y asociación con los Aliados no es el mejor método de medir y clasificar el comportamiento en relación a los judíos de los países de América Latina u otros continentes. Por ejemplo, si bien Avni admite que una vez llegados a la Argentina neutral, los refugiados judíos vivían relativamente tranquilos, en Australia— una nación proaliada y beligerante —debían presentarse regularmente a la comisaría local y no se les permitía poseer una radio, según otros autores[10]. Sobre la base de los cálculos hechos por Simón Weill de la JCA, Avni afirma que unos 40.000 judíos ingresaron en la Argentina desde 1933 a 1945. Los reacios a aceptar las cosas sin cuestionarlas encontrarán en el valioso estudio de Carlota Jackisch referencias útiles a varios cálculos, excluyendo el de Weill, sobre el ingreso de refugiados judíos y otros de habla alemana. Basta decir aquí que la cifra que ofrece Avni no es la más alta. Sin embargo, los cálculos menos conservadores confirman que la Argentina, al igual que otros países del hemisferio y demás continentes, albergó a menos judíos de los que habría sido necesario para salvar la vida de los millones que perecieron a raíz de la política genocida del Tercer Reich. Si bien lejos de ser la

---

[9] Mientras que un 75 por ciento del judaísmo de los Países Bajos pereció como consecuencia de la política de los nazis, ese porcentaje fue menor en Estados menos amistosos para con los judíos que Holanda: Francia, 25 por ciento; Noruega, 40 por ciento. Vid. J. C. H. BLOM, *The Persecution of the Jews in the Netherlands: A Comparative Perspective*, «European History Quarterly», Londres, julio 1989, p. 333.

[10] RODNEY GOUTTMAN, *A Jew, and Coloured Too! Immigration of "Jews of Middle East Origin" to Australia, 1949-58*, "Immigrants and Minorities", Londres, marzo 1993, p. 77.

más baja, la cifra de Avni es definitivamente menor que los no mencionados 45.000 judíos de habla alemana (es decir, alemanes, austríacos, checoslovacos, etc.) hasta 1943, número dado a conocer por la Asociación Filantrópica Israelita (AFI) que, con sede en Buenos Aires, ayudaba a los judíos centroeuropeos. El aporte de Avni también es más bajo que otra cifra basada en "las estadísticas de los comités judíos locales de ayuda". En efecto, Olga Rojer sostiene que ese número está entre los proporcionados por Weill y el AFI. A favor de Rojer está: (1) el cálculo de Jackish, no exento de fundamentos, de que casi 31.000 refugiados alemanes (la mayoría, si bien no todos, judíos) ingresaron en la Argentina en forma legal desde 1933 a 1945; (2) los más de 12.000 judíos que, según las estadísticas de emigración de Polonia, se trasladaron a la Argentina durante el período 1933-38, y los que todavía pudieron salir de ese país antes del comienzo de la guerra en septiembre de 1939; (3) también están los recién llegados no computados de otros países, y los judíos de todos lados que se infiltraron en la Argentina a pesar de las restricciones oficiales cada vez más rígidas [11].

Igual que en otros Estados americanos, o en la Argentina desde la década de 1920, unos cuantos judíos ingresaron en forma clandestina. Si Avni tiene razón, y no es el único que lo afirma, los que se vieron obligados a entrar ilegalmente fueron cientos o a lo sumo algo más de un millar. De ahí que la gran diferencia entre los casi 25.000 inmigrantes judíos registrados por las autoridades argentinas y los casi 40.000 de Avni es mayormente atribuída, aún si en forma no explícita, a la llegada legal de pasajeros de primera, segunda y tercera clase, fueran sinceros o no con respecto a su identidad étnica y/o respecto de sus intenciones en cuanto al futuro, y no a los que desembarcaron en camino a Bolivia y Paraguay, que se quedaron finalmente en la Argentina sin autorización, o a la entrada ilegal de personas provenientes de países limítrofes (p. 170). Sin embargo, debe destacarse que éste no es el panorama que surge del estudio realizado por Elena Levín sobre el ingreso de judíos de habla alemana en la preguerra. En realidad, si sus 41 entrevistados son representativos del conjunto, alrededor de un 20 por ciento de los judíos que terminaron radicados en la Argentina entraron en tránsito a otros países pero se quedaron en la primera, o formaban parte del contra-

[11] OLGA ELAINE ROJER, *Exile in Argentina 1933-1945: A Historical and Literary Introduction*, Nueva York/Francfort del Meno, Peter Lang, 1989, p. 81; CARLOTA JACKISCH, *El nazismo y los refugiados alemanes en la Argentina 1933-1945*, Buenos Aires, Editorial de Belgrano, 1989, pp. 149-58; JACOB LESTSCHINSKY, *National Groups in Polish Emigration*, «Jewish Social Studies», Nueva York, abril 1943, p. 110; MARTA KOWALSKA, *La emigración judía de Polonia a la Argentina en los años 1918-1939*, «Estudios Latinoamericanos», Varsovia, 1989, p. 259. La cifra de 45.000 judíos arribados es también mencionada por WERNER HOFFMANN, *Die Deutschen in Argentinien*, en HARTMUT FROSCHLE (comp.), "Die Deutschen in Lateinamerika: Schiksal und Leistung", Tübingen/Basilea, Horst Erdmann Verlag, 1979, p. 143.

bando humano proveniente de Bolivia, Chile, Paraguay y Uruguay. De confirmarse que efectivamente ese porcentaje es auténtico, el total serían unos cuantos miles, y no sólo unos cientos. Teniendo en cuenta el talón de Aquiles de otros trabajos basados en gran medida en fuentes orales, es importante destacar que se encuentra cierto apoyo para la cifra de ilegales que se desprende del estudio de Levín en el cálculo del *American Jewish Joint Distribution Committee* (JDC). Según el JDC, 3.000 de los 5.000 a 15.000 judíos que aparentemente entraron a Bolivia entre 1933 y 1943 cruzaron a la Argentina durante parte de 1940 a 1941. Sugerente de lo mismo es el hecho de que más o menos el 85 por ciento de los 520 extranjeros que llegaron en tren a La Quiaca buscaban ingresar en el país sin cumplir con los requisitos oficiales, a juzgar por la estadística oficial de 1947 [12].

Si bien reconoce el enorme impacto sobre la Argentina y otros Estados latinoamericanos de la legislación norteamericana sobre cuotas de la década de 1920, con todas sus connotaciones racistas (p. 100), Avni evita tratar el probablemente tan importante vínculo entre las actitudes anglonorteamericanas y argentinas respecto de los refugiados judíos, o sea la renuencia de los anglosajones a hacer más para salvar a las víctimas reales y potenciales del nazismo, y su influencia negativa sobre los latinoamericanos en general y los argentinos en particular. Avni también se abstiene de utilizar otros estudios para comparar la trayectoria de varios países neutrales; ello hace que la Argentina luzca peor en algunos aspectos que países como Suiza (responsable por la introducción del sellado por parte de las autoridades del Tercer Reich de una "J" discriminatoria en los pasaportes judíos) [13]. En realidad, de estar Raúl Hilberg en lo cierto, el número de judíos que se asentó en España, Suecia, Suiza o Turquía, todos ellos neutrales, fue menor que el de los que se adentraron en la Argentina según el cálculo de Avni [14]. Como en el caso

[12] ELENA LEVIN, *Historias de una emigración (1933-1939). Alemanes judíos en la Argentina*, Buenos Aires, Manrique Zago ediciones, 1991, pp. 39-54. Respecto de Bolivia, vid. SHERRY MANGAN, *Storm Clouds over the Bolivian Refuge*, "Commentary", Nueva York, agosto 1952, p. 100; KNUDSON, p. 149.

[13] DANIEL BOURGEOIS, *La porte se ferme: la Suisse et le problème de l'immigration juive en 1938*, "Relations internationales", París, verano 1988, pp. 197-204.

[14] RAUL HILBERG, *Perpetrators, Victims, Bystanders: The Jewish Catastrophe 1933-1945*, Londres, Lime Tree, 1993, pp. 257-58. En el caso suizo, se permitió el ingreso de refugiados hasta 1938, y después de 1942. Al igual que las autoridades de España y Portugal, las helvéticas insistieron que el suyo no era más que un país de tránsito. Vid. ANDRE LASSERRE, *La politique d'asile en Suisse de 1933 à 1945*, "Relations internationales", verano 1993, p. 210; véase además ANTONIO MARQUINA y GLORIA INES OSPINA, *España y los judíos en el siglo XX. La acción exterior*, Madrid, Espasa-Calpe, 1987, pp. 164-68; STANFORD J. SHAW, *Turkey and the Holocaust: Turkey's Role in Rescuing Turkish and European Jewry from Nazi Persecution, 1933-1945*, Londres, Macmillan, 1993.

de los países neutrales. Avni no utiliza otros trabajos para cotejar algo realmente necesario: el comportamiento de la Argentina en comparación con los Estados latinoamericanos alineados con los Estados Unidos. Varios elementos necesarios para ese tipo de comparación ya fueron esbozados de distinta manera por Herbert Strauss, Leonardo Senkman y Carlota Jackisch; en forma indirecta, el excelente estudio de Alfredo Schwarcz sobre los judíos de habla alemana en la Argentina también ofrece elementos inesperados para pensar sobre este asunto: la escasez de críticos de la política inmigratoria restrictiva entre sus 80 entrevistados y las 357 personas que respondieron a su cuestionario —muchos de ellos refugiados del nazismo—, implica que las limitaciones en la Argentina no eran peores que las de otros países o, simplemente, no eran tan rígidas en comparación con las de aquellos [15].

Es de lamentar que una actualización bibliográfica restringida, especialmente cuando se considera el período de incubación de este volumen, combinada con otros factores, han afectado negativamente la ecuanimidad y la exactitud de los capítulos quinto y sexto. Aquí se podría citar la afirmación poco feliz de Avni en el sentido de que el gobierno conservador de Ramón S. Castillo permaneció neutral "cuando los Estados Unidos descubrieron una amplia red de espionaje alemán" en 1942, y sus aseveraciones acerca de los plenos vínculos diplomáticos y económicos de la Argentina con la Alemania nazi entre 1942 y 1944 (p. 159). Otro ejemplo significativo de ello es la reiteración hecha por Avni en el sentido de que el ministro del Interior de Castillo, Miguel Culaciati, era "partidario de los alemanes" (p. 169), según un documento del Tercer Reich. A la luz del hecho de que "la historia contemporánea de la Argentina depende en muchos respectos de lo acontecido en la década de 1940" [16] es conveniente examinar tales afirmaciones en mayor detalle.

En su libro galardonado, Leslie Rout y John Bratzel echan más luz que cualquiera de sus predecesores sobre las actividades de los agentes del Eje en la Argentina y plantean algunos puntos importantes. De crucial impor-

[15] HERBERT STRAUSS, *Jewish Emigration from Germany: Nazi Policies and Jewish Responses (ii)*, en "Leo Baeck Institute Year Book", Londres, Vol. 26, 1981; LEONARDO SENKMAN, *La política inmigratoria argentina durante la década del-treinta*, en "Primeras Jornadas Nacionales de Estudios sobre Inmigración en Argentina", Ministerio de Educación y Justicia, Buenos Aires, 1985, pp. 600-603; HERBERT STRAUSS, *Jewish Immigrants of the Nazi Period in the U.S.A.*, Nueva York/Munich, K. G. Saur Verlag, 1987, Vol. 6, pp. 210-25; JACKISCH, pp. 84-87, 140-42, 150; ALFREDO JOSE SCHWARCZ, *Y a pesar de todo...Los judíos de habla alemana en la Argentina*, Buenos Aires, GEL, 1991, p. 110.

[16] DANIEL LEWIS, *Internal and External Convergence: The Collapse of Argentine Grain Farming*, en DAVID ROCK (comp.), "Latin America in the 1940s: War and Postwar Transitions", Berkeley, University of California Press, 1994, p. 209.

tancia es que Rout y Bratzel hayan escrito que el informe sobre espionaje militar alemán, que los Estados Unidos entregaron a Culaciati en noviembre de 1942, era "en un alto grado de incomodidad, una maniobra de desinformación", un "cúmulo de ficciones, insinuaciones y hechos circunstanciales" destinados a causar una ruptura de la Argentina con el Eje [17]. No obstante ello, sin llegar a sacar el premio principal, o sea el corte de relaciones, debido a dicha maniobra fue declarado persona no grata el capitán Dietrich Niebuhr, a la sazón el jefe de inteligencia militar (Abwehr) en Buenos Aires y, desde 1936, agregado naval de su país en la Argentina, Brasil y Chile. En otras palabras, si bien los vínculos bilaterales no se cortaron hasta un año más tarde, la caída en desgracia de Niebuhr en enero de 1943, igual que el retiro anterior del embajador Edmund *Freiherr* von Thermann, y la única alternativa que le quedó a Berlín de dejar la representación del Tercer Reich en manos de un encargado de negocios, confirma que las implicancias de la neutralidad argentina y los supuestos vínculos plenos de su gobierno con la Alemania nazi requieren una revisión. Lo mismo debe decirse de las relaciones económicas, ya que en las primeras etapas de la guerra se interrumpieron intempestivamente los lazos comerciales con el Tercer Reich. Por cierto, no ocurrió lo mismo con las inversiones alemanas en el país. Sin embargo, en fuerte contraste con el hierro y otros productos que su régimen obtenía libremente de países europeos neutrales, incluyendo armas y maquinaria suiza hasta octubre de 1944 [18], Hitler tuvo que valerse de sus agentes en la Argentina para que le consiguieran en forma clandestina pequeñas cantidades de minerales estratégicos. Visto que el comercio fue un componente tan importante de las relaciones económicas bilaterales, y que la Argentina se encontraba entre los países donde incluso los críticos más severos de tales vínculos tenían que reconocer que Berlín había cumplido hasta ese momento con su compromiso de satisfacer las necesidades locales a través de acuerdos de trueque, lo que aduce Avni no se ve del todo reflejado en los hechos [19].

---

[17] LESLIE B. ROUT, JR. y JOHN F. BRATZEL, *The Shadow War: German Espionage and US Counterespionage in Latin America during World War II*, Frederick, University Presses of America, 1986, pp. 339-40.

[18] MARCO DURRER, *Les négotiations économiques entre Alliés et Suisses à la veille de la défaite du Troisième Reich: à propos du point de vue anglo-americain*, "Relations internationales", verano 1982, p. 196.

[19] RYSZARD STEMPLOWSKI, *Castillo's Argentina and World War II: Economic Aspects of the Argentine-British-United States-German Quadrangle*, "Beitrage zür Wirtschaftsgeschichte", 8 (1981); SALVATORE PRISCO, *Vampire Diplomacy: Nazi Economic Nationalism in Latin America, 1934-40*, "Diplomacy & Statecraft", Londres, marzo 1991, pp. 176-77; ANDRES MUSACCHIO, *La Alemania nazi y la Argentina en los años '30. Crisis económica, bilateralismo y grupos de interés*, «Ciclos», 1er semestre 1992; RONALD C. NEWTON, *The 'Nazi Menace' in Argentina, 1931-1947*, Stanford, Stanford University Press, 1992, pp. 88-107.

En cuanto al apoyo prestado por Culaciati a Alemania, la poco prudente cita de parte de Avni de un sólo documento para probarlo confirmaría el grado de su supuesta germanofilia si no fuera por las contundentes pruebas en sentido contrario que aparecen en otros informes. En realidad, el encargado de negocios alemán en Buenos Aires calificó al mismo Culaciati como saboteador de la política de neutralidad de Castillo, debido a su "orientación judeo-yanqui-masónica". Evidentemente, la conducta poco diplomática del embajador estadounidense Norman Armour al hacer entrega del informe de 1942 (sobre las actividades del Abwehr) a ese supuesto partidario de Alemania, y no por medio del ministro de Relaciones Exteriores argentino, no fue un error: según lo recomendado por la embajada norteamericana, Culaciati acordó confiar la tarea de detener a algunos de los que trabajaban para Niebuhr a policías provinciales, y éstos las practicaron en áreas incluso ajenas a su jurisdicción. Por razones comprensibles, Culaciati, cuya protección de Emilio Troise también podría utilizarse para calificar incorrectamente al entonces ministro del Interior de comunista o simpatizante, fue repudiado por los nacionalistas locales por tener conexiones con los explotadores foráneos de la Argentina; ello ya fue dado a conocer hace medio siglo en el significativo testimonio de Adolfo Lanús sobre la lucha antinazi en el país. En apoyo de similar tendencia proaliada de Culaciati, las memorias del agregado de prensa británico en el Buenos Aires de la época, Sidney R. Robertson, también escritas en la década de 1940, muestran al ministro del Interior como un amigo atento de su país [20].

En general, la disponibilidad de materia prima pertinente dicta en gran medida la forma del producto historiográfico. Sin embargo, a pesar del vínculo sugerido entre la política inmigratoria del país y las relaciones internacionales, el análisis actualizado de Avni sobre la actitud hacia los judíos del gobierno peronista no toma en cuenta, salvo el importante aporte pionero de Mario Rapoport, los trabajos relevantes de Carlos Escudé, Robin Humphreys, Callum MacDonald, Ronald Newton, Ryszard Stemplowski, Joseph Tulchin, Bryce Wood y la mayoría de los otros que ayudaron a ampliar los conocimientos sobre las relaciones exteriores de la Argentina durante la guerra mundial y la temprana posguerra [21]. Si bien los dos libros

---

[20] *Erich von Meynen al Auswärtiges Amt*, 1º de octubre y 26 de noviembre de 1942, en "Akteé zür Deutschen Auswärtiges Politik 1918-1945", Gotinga, 1979, Vols. E-III y E-IV. HELVIO L. BOTANA, *Tras los dientes del perro*. Buenos Aires, Peña Lillo editor, 1985, p. 318; ADOLFO LANUS, *Campo minado*, Buenos Aires, 1942, pp. 80-81; S. R. ROBERTSON, *Making Friends for Britain*, Buenos Aires, Guillermo Kraft, 1948, p. 72.

[21] Amén de otras obras ya mencionadas en este ensayo véase, por ejemplo, RYSZARD STEMPLOWSKI, *Las potencias anglosajonas y el neutralismo argentino (1939-1945)*, «Estudios Latinoamericanos», 1976; CALLUM A. MACDONALD, *The Politics of Intervention: The United States and Argentina, 1941-1946*, «Journal of Latin American Studies», Cambridge, noviembre 1980; R. A. HUMPHREYS, *Latin America and the Second*

mencionados anteriormente se publicaron cuando la mayoría de esas investigaciones aún no se habían plasmado, o hacía poco que se habían dado a conocer, los lectores del presente texto se verán confundidos por la decisión de Avni de no sacar provecho de dicha historiografía.

Las consecuencias de esto —y quizá sus razones, según algunos—, realmente no sorprenden. Avni está completamente seguro de que el *Libro Azul* del secretario adjunto de Estado norteamericano, Spruille Braden, "atestigua los estrechos vínculos de Perón con el Eje" (p. 177). Es innegable que Perón era uno de los admiradores de los métodos fascistas italianos, y fue definido por un importante analista de los servicios secretos del Tercer Reich como proalemán al comienzo del GOU en el poder. Además, a pesar de los poco concluyentes documentos nazis, Perón tuvo un papel importante, por lo menos según algunos historiadores, en los improvisados intentos de la Argentina de adquirir en el Tercer Reich las armas que los Estados Unidos le negaban. También, aún sin interpretar los vínculos Perón-nazis de la peor manera, sería evidentemente incorrecto fingir que no buscó atraer a científicos, técnicos y otros alemanes "útiles" a la Argentina, como muchos líderes latinoamericanos y mundiales de distintos campos políticos después de la guerra. Sin embargo, la certeza de Avni sobre el *Libro Azul* tiene poco que ver con los resultados de la historiografía reciente [22]. Avni también esgrime una opinión sobre el escasamente inverosímil papel que habría desempeñado el embajador estadounidense George S. Messersmith en el alejamiento de Santiago Peralta de la Dirección de Migraciones sin haber visto los documentos pertinentes en los archivos estadounidenses. Por otro lado, la renuncia de Peralta puede interpretarse como parte de una depuración de varios funcionarios ultranacionalistas antijudíos, cuando la administración Truman decidió hacer borrón y cuenta nueva en las relaciones de los Estados Unidos

---

World War, Londres, Athlone Press, 1981-82, 2 vols.; CARLOS ESCUDE, *Gran Bretaña, Estados Unidos y la declinación argentina, 1942-1949*, Buenos Aires, Editorial de Belgrano, 1983; BRYCE WOOD, *The Dismantling of the Good Neighbor Policy*, Austin, University of Texas Press, 1985; RYSZARD STEMPLOWSKI, *Allies and Rivals: Latin American Aspects of US-British Relations and World War II*, "Hemispheres", Wroclaw, 4 (1987); MARIO RAPOPORT, *¿Aliados o neutrales? La Argentina frente a la Segunda Guerra Mundial*, Buenos Aires, EUDEBA, 1988; GUIDO DI TELLA y D. CAMERON WATT (comps.), *Argentina and the Great Powers, 1939-46*, Londres, St. Antony's/ Macmillan, 1989; JOSEPH TULCHIN, *La Argentina y los Estados Unidos. Historia de una desconfianza*, Buenos Aires, Planeta, 1990. El importante trabajo al que si recurre Avni es MARIO RAPOPORT, *Gran Bretaña, Estados Unidos y las clases dirigentes argentinas, 1940-1945*, Buenos Aires, Editorial de Belgrano, 1980.

[22] Para una discusión más detallada sobre el Libro Azul, ver IGNACIO KLICH, *Peronistas y radicales ante las aspiraciones sionistas en Palestina*, «Desarrollo Económico», Vol. 34, Nº 133, 1994, pp. 79-80, n. 11.

con la Argentina, siendo Messersmith el primero en empujar a Perón a tomar las medidas necesarias a fin de facilitar ese proceso [23].

Es significativo que en el análisis anterior que Avni hizo de los años 1946-55 no planteó que "Perón y sus partidarios no discriminaban, en realidad, contra inmigrantes 'indeseables', sólo daban prioridad a los deseables" (p. 184). A los fines prácticos, una aseveración tan inequívoca, suavizada en la versión castellana por el término menos fuerte "en apariencia", resulta ser una ventaja para el lector del texto en inglés. Como en el pasado, Avni señala correctamente que tal política, que impidió la entrada de un número más grande de judíos, era igualmente aceptable para muchos de los "opositores" de Perón (p. 184). Sin embargo, no menciona el hecho de que las prioridades argentinas afectaban tanto o más a otros inmigrantes no católicos como a los judíos. Si bien en la bibliografía de las versiones en castellano e inglés aparece un *Diario Arabe* como una de las fuentes periodísticas verificadas por Avni [24], éste no discute las consecuencias de la política excluyente de la Argentina para los grupos étnicos y religiosos del Medio Oriente en general, y en particular para cristianos, musulmanes y judíos del Levante desde 1928. En cambio, sobre la inmigración escasamente estudiada de los de habla árabe, Avni se refiere a ellos sin reparos como "inmigrantes deseables" cuando Perón estaba en el poder (p. 180). Para la demostración de que la realidad no resultó ser tan en blanco y negro se remite al lector a otro trabajo. Del examen cuidadoso de la política inmigratoria argentina durante el período de Perón se desprende que tiende a exagerarse sobre el atractivo que despertaban los inmigrantes árabes [25].

---

[23] La actuación de Messersmith en lo referente a los judíos, y el papel de éstos en la pugna del embajador norteamericano con el encargado de dirigir la política exterior norteamericana frente a América Latina, han sido considerados en IGNACIO KLICH, *Perón, Braden y el antisemitismo: opinión pública e imagen internacional*, «Ciclos», 1er semestre 1992, pp. 27-36.

[24] Las historias de los mesorientales en la Argentina y otros Estados latinoamericanos, o de la prensa árabe en general, no mencionan ningún *Diario Arabe*, sea en el Plata o en los demás países cubiertos por tales trabajos. Tampoco existe referencia alguna a tal *Diario* en un esquemático informe sin fecha (pero probablemente de fines del decenio de 1940) sobre los árabes en la Argentina, que puede consultarse en los Archivos Centrales Sionistas jerosolimitanos (Z5/11070). A menos que tal *Diario* apareciese en otro lugar, su nombre probablemente es una referencia defectuosa a una de las siguientes publicaciones argentinas: el *Diario Siriolibanés* o *La Gaceta Arabe*. Vid., por ejemplo, PHILIP DI TARRAZI, *A History of the Arab Press*, Beirut, 1933 (en árabe); MOHAMED YASSINE ABDERRAHMAN, *Adalid rioplatense*, Buenos Aires, 1954; ELIE SAFA, *L'Emigration libanaise*, Beirut, Université St. Joseph, 1960.

[25] KLICH, *La posibilidad del asentamiento de palestinos*, pp. 128-29. Véase también, LEONARDO SENKMAN, *Etnicidad e inmigración durante el primer peronismo*, «Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe», julio-diciembre 1992, p. 23.

Además, la falta de precisión en cuanto a la fecha de comienzo del corto período de Peralta al frente de la Dirección de Migraciones (que encabezó durante el primero de los nueve años de gobiernos electos de Perón), oculta el hecho de que el Peralta judeofóbico aceptó tal cargo en noviembre de 1945, un mes después de que Perón se hubiera alejado del gobierno de facto del general Edelmiro Farrell. Aquí es importante contar con una fecha precisa, ya que con la frase ambigua "cuando terminó la guerra" se corre el riesgo de causar una falsa impresión al lector menos informado, o sea inducirlo a pensar que la designación de Peralta aconteció antes de noviembre, cuando Perón todavía era vicepresidente o ejercía la presidencia interinamente. Sin embargo, aunque Peralta haya sido nombrado cuando Perón ya no estaba en el poder, su designación plantea dudas sobre si ello primordialmente fue el resultado de un arreglo entre Perón y los sectores nacionalistas civiles —o algunos de éstos—, a fin de reclutar su apoyo para alcanzar la primera magistratura, tal como se puede deducir de la influyente reconstrucción de los hechos realizada por Félix Luna [26]; el gesto de un gobierno militar que había tenido que hacer frente a pedidos de destitución de Perón por parte de oficiales nacionalistas en octubre de 1945, o si tal nombramiento se debió a otras consideraciones. Huelga decir que esas preguntas, y en última instancia el saber si Peralta se convirtió en hombre del presidente después de la asunción de Perón y/o era un resabio del gobierno de facto anterior, requieren aún respuestas definitivas. Si se busca que éstas estén bien fundamentadas, el hecho de que el embajador británico considerara que Perón no profesaba gran afecto a los inmigrantes judíos, pero que tampoco era fuertemente antijudío, no puede pasarse por alto. De paso, es conveniente tener en cuenta que tal combinación de sentimientos no fue un hecho raro entre diversos entusiastas políticos proaliados de América Latina y otras partes. Si hubiera sido más inusual encontrar actitudes desfavorables hacia los inmigrantes judíos entre los intachables demócratas proaliados, Rómulo Betancourt no hubiera tenido que reconocer que él fue el artífice de la prohibición impuesta por Venezuela a la entrada de inmigrantes y visitantes judíos durante el período 1945-48, y quizá Australia no habría esperado hasta 1953 para eliminar de las solicitudes de inmigración un punto que

[26] FELIX LUNA, *El 45. Crónica de un año decisivo*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1986, 14ª edición, pp. 399-400. Véase también DAVID ROCK, *Authoritarian Argentina: The Nationalist Movement, Its History and Its Impact*, Berkeley, University of California Press, 1993, p. 155. Mientras que algunos autores han interpretado los datos de Luna en el sentido de que Perón habría apuntado a todos los nacionalistas en 1945, Rock ha visto tal cosa como un acercamiento de Perón a ciertos nacionalistas. En consecuencia, la legitimidad de la visión del nombramiento de Peralta como la resultante de un acuerdo entre Perón y ciertos nacionalistas todavía debe ser probada, en vez de deducida a partir de la utilización de los nacionalistas por parte de Perón.

exigía que los candidatos confirmaran o negaran su etnicidad judía [27]. Asimismo, no deben olvidarse las medidas positivas adoptadas por un pragmático gobierno peronista, a pesar de la aparente falta de aprecio por los inmigrantes judíos de parte de Perón. A diferencia del contraste cuidadosamente equilibrado que Avni hace entre la actitud hacia los judíos de Tomás Le Bretón, ministro de Agricultura del presidente Marcelo T. de Alvear, y su subordinado Juan Ramos, el entonces director de Migraciones (pp. 102-103), hay algo más que una mínima diferencia no reconocida entre el Peralta rabiosamente anti-judío y el Perón pragmático, o —según algunos— oportunista. A decir verdad, de admitirse esto último, no necesariamente se estaría cargando las tintas en favor de Perón, cuyo gobierno incluyó a elementos reñidos con una visión liberal de la democracia y tampoco estuvo totalmente libre de connotaciones antidemocráticas.

En otro ámbito, las palabras que elige Avni para referirse a los que llegaron en forma clandestina en el primer quinquenio de la posguerra y antes de éste, cuando la urgencia era mayor, parecen restarle importancia a las restricciones operantes durante los gobiernos no peronistas de 1933 a 1943. En efecto, Avni señala la entrada ilegal de 3.300 judíos, sobre un total de 4.800 inmigrantes judíos llegados entre 1945 y 1949 (p. 193). Ello se contrasta con los centenares ya mencionados de 1933-45, y unos 10.000 que regularizaron su situación debido a una amnistía de 1948 [28]. Si se supone que los beneficiarios judíos de la amnistía no sumaban más, aunque en esa época el antiperonista *American Jewish Committee* y la peronista *Organización Israelita Argentina* (OIA) hablaban de por lo menos tres veces más judíos ilegales, ¿qué pruebas existen para estimar que la mayoría de los 10.000 llegaron a la Argentina antes de 1933?. También, de confirmarse las cifras calculadas por Holger Meding de 30.000-40.000 inmigrantes alemanes étnicos y de nacimiento, llegados en la posguerra a la Argentina —incluyendo 300-800 que habían tenido conexiones serias con el nazismo, y entre ellos unos 50 criminales de guerra— ello sugeriría que deliberada o accidentalmente la amnistía del gobierno de Perón puede haber beneficiado a muchos más judíos que a nazis, sea que éstos fuesen alemanes étnicos o de nacimiento [29].

---

[27] P. R. BARTROP, *The Jewish Race Clause in Australian Immigration Forms*, «Journal of the Australian Jewish Historical Society», Vol. 11, Nº 1, 1990, pp. 69-78; GOUTTMAN, p. 86. El papel de Betancourt es recordado por BENNO WEISER VARON, *Professions of a Lucky Jew*, Nueva York/Londres, Cornwall Books, 1992, pp. 165-67.

[28] De resultas de un error tipográfico u otro tipo de inexactitud, algunos autores aparecen predatando esa amnistía a 1946. JACK TWISS QUARLES VAN UFFORD y JOEP MERKX, *Ich Hab' Noch einen Koffer in Berlin: German-Jewish Identity in Argentina, 1933-1985*, «Jewish Social Studies», 1988/1992, p. 100.

[29] HOLGER M. MEDING, *Refugio seguro. La emigración alemana de posguerra al Río de la Plata*, en BEATRIZ GUREVICH y CARLOS ESCUDE (comps.), "El genocidio ante la historia y la naturaleza humana", Buenos Aires, GEL, 1994, p. 255.

Aunque esto queda por verificarse, es evidente que, por encima de todo, falta una perspectiva comparativa de la inmigración judía durante los primeros años de la posguerra. La postergación de ese tipo de comparaciones útiles, sea para el período que siguió al ascenso de Hitler al poder, o cuando apenas renació la paz en Europa, parece perjudicar en este caso a la Argentina.

Es interesante que Avni quiera hacernos creer que Perón prometió que la Argentina apoyaría sin ambages la partición de Palestina (p. 180). Si bien no se da la fuente del párrafo en cuestión, la versión en español revela que, lejos de surgir de una combinación de archivos argentinos y otros documentos de la época, historias orales, memorias, etc., la evidencia ofrecida en apoyo de tal compromiso es un sólo informe anónimo de 1950 depositado en los Archivos Centrales Sionistas (CZA). Escrito por alguien claramente contrario a Perón y su pequeño séquito judío, dicho informe sostiene que el presidente asumió ese compromiso con la OIA. Si bien no cabe duda acerca de la facilidad que tenía Perón para seducir a sus interlocutores con palabras gratas a sus oídos, el hecho de que se haya recurrido a un informe de esa índole confirma que la larga historia oral que registró la división latinoamericana del ICJ con Moshé A. Tov, al igual que sus memorias, no ofrece nada tan concluyente que confirme la existencia de ese aparente compromiso de Perón con la OIA. Como director del departamento latinoamericano de la Agencia Judía para Palestina, Tov, entonces Moisés A. Toff, era militante incansable de las gestiones para lograr el apoyo argentino a la creación de un Estado hebreo; ¿no habría sabido él de tal compromiso?. Por otro lado, si se revisan las instrucciones dadas en repetidas oportunidades al representante argentino ante la ONU en 1947, se ve claramente que Perón estaba dispuesto a apoyar el establecimiento de un hogar judío en Palestina siempre y cuando ello no constituyera un obstáculo para las relaciones del país con el mundo árabe, hasta ese momento fructíferas. Al igual que los otros países influyentes de la región, con la excepción de Brasil, Argentina se abstuvo en noviembre de 1947 cuando se le pidió que tomara partido por un Estado federal indiviso en Palestina (plan contrario a las aspiraciones sionistas), y también por la partición del país, la que allanaba el camino para la creación del Estado judío[30]. En rigor, nada de esto es imprescindible para una historia de la inmigración judía en la Argentina; sin embargo, la idea de que un aparente compromiso prosionista por parte de Perón pueda basarse en ese informe de 1950 resulta

[30] ICJ, Universidad Hebrea de Jerusalén, Historia oral Moshé Tov, 17 (112); MOSHE A. TOV, *El murmullo de Israel. Historial diplomático*, Jerusalén, Semana, 1983. Para un análisis basado en la documentación argentina y otra a propósito de la actitud argentina respecto de la creación de Israel, véase, por ejemplo, JUAN ARCHIBALDO LANUS, *De Chapultepec al Beagle. Política exterior argentina, 1945-1980*, Buenos Aires, Emecé, 1984, pp. 354-55; IGNACIO KLICH, *Argentina, the Arab World and the Partition of Palestine*, en "Proceedings of the Ninth World Congress of Jewish Studies", Jerusalén, 1986, Vol. 3, pp. 271-77.

un tanto precaria. Ello también parece ser inconsecuente con el propósito de Avni, al menos aquel deletreado en la versión castellana, a saber el tratamiento de la actitud del gobierno peronista frente al Estado hebreo "en la medida en que lo exija" el interés específico en la inmigración judía a la Argentina. Paradójicamente, para cuando se preparó el informe de marras, la Argentina ya había apoyado el ingreso de Israel a la ONU y había reconocido al Estado judío *de jure*; también había abierto en Tel Aviv la primera representación diplomática latinoamericana en Israel y había firmado un acuerdo bilateral, considerado por el signatario israelí como comercialmente ventajoso para su país [31].

Volviendo a la inmigración e integración de los judíos en la Argentina, resulta desafortunado que la liberalización de los trámites de naturalización en los años '50, como la eliminación —una década antes— de los requisitos formales que impedían el ingreso de no católicos al Colegio Militar, al igual que los efectos positivos y/o negativos que tuvieron ambas medidas de Perón entre los judíos, no sean tratados en el estudio de Avni [32]. Sin embargo, estando el voto reservado a los ciudadanos argentinos, Eugene Sofer afirma que "la participación judía en la política argentina aumentó después de la llegada al poder de Perón". Sofer también señala que sucesivos regímenes previos "habían colocado obstáculos en el camino de aquellos extranjeros que estaban dispuestos a asumir las responsabilidades y privilegios de la ciudadanía argentina". En su lugar, Avni ignora los beneficios cosechados por la población judía del país, salvo la amnistía para los inmigrantes ilegales, durante los dos términos consecutivos en que Perón presidió el gobierno. Tampoco se refiere en forma específica a la reducción progresiva de la judeofobia entre los años 1946-55, parte de lo que Richard Walter describe correctamente como un gesto de Perón "hacia los judíos con una mezcla de retórica conciliatoria y beneficios concretos" [33]. Sin embargo, es verdad que bajo el régi-

[31] IGNACIO KLICH, *The First Argentine-Israeli Trade Accord: Political and Economic Considerations*, ponencia presentada en el XVII Congreso Internacional de la Latin American Studies Association (LASA), Los Angeles, 24-27 de setiembre de 1992.

[32] Como consecuencia de una gestión efectuada por la DAIA en abril de 1945, se eliminó la presentación de certificados de bautismo de entre los requisitos a cumplir por los aspirantes a ingresar al Colegio Militar. No desprovista de cálculos políticos, esta gentileza del entonces ministro de Guerra —a diferencia del impacto potencial de la liberalización de los trámites de naturalización— no despertó el interés de los judíos en una carrera militar. Quizá ello sea un indicio de que la medida de Perón no estaba destinada a eliminar toda forma de discriminación contra los aspirantes no católicos a ese instituto. *Diario de Sesiones*, Cámara de Diputados, 31 de julio de 1946.

[33] EUGENE F. SOFER, *From Pale to Pampa: A Social History of the Jews of Buenos Aires*, Nueva York/Londres, Holmes & Meier, 1982, pp. 129-30; RICHARD J. WALTER, *The Right and the Peronists, 1943-1955*, en SANDRA MCGEE DEUTSCH y RONALD H. DOLKART (comps.), "The Argentine Right: Its History and Intellectual Origins: 1910 to the Present", Wilmington, Scholarly Resources Books, 1993, p. 112.

men de Perón, aún sus partidarios de la Alianza Libertadora Nacionalista (ALN), cuyos excesos antijudíos habían llenado los titulares en todo el mundo judío en 1945, abandonaron su judeofobia en 1953 [34]. Vistas las cosas desde esta perspectiva, no sorprende tanto que cuando Perón fue derrocado y la sede de la ALN fue arrasada por los que lo depusieron, una de las mayores preocupaciones de los judíos locales consistió, según un informe confidencial distribuido por el Departamento Político del Congreso Judío Mundial (CJM) —y disponible para los investigadores entre los papeles del CJM—, en si la documentación de los aportes judíos a una ALN reformada no había caído en manos equivocadas.

Dado el análisis hecho por Avni del escenario local después de 1955 —con su referencia al "primer judío nombrado en un puesto del gabinete" durante el gobierno de Arturo Frondizi, y a dos otros elegidos gobernadores (pp. 206-207)—su silencio sobre los primeros judíos designados para desempeñar cargos de vice-ministro, embajador y juez durante la era de Perón, además de otros nombramientos anteriores en la cancillería y en las fuerzas armadas, no dejan de ser omisiones de importancia. Con los ingredientes disponibles desde la década de 1980 (si no antes) en los Archivos del Estado de Israel (ISA), en los repositorios de otros países, y entre los documentos del CJM, algunos de los platos históricos que no forman parte de la *cuisine* de Avni tienen que saborearse en otra parte, sea entre los escritos de otros historiadores o en las muy entretenidas memorias de Benno Weiser Varón, un ex-director del departamento latinoamericano de la Agencia Judía con asiento en Nueva York, y más tarde diplomático israelí [35]. Evidentemente, lejos de ser un peronista solapado Weiser comenta a propósito del gobierno de Perón que durante su presidencia, fue la primera ocasión en que "en una Argentina antisemita, no se tolerarían manifestaciones de antisemitismo. Por vez primera en la historia, se nombraba embajadores judíos, había un judío entre los miembros del gabinete, y yo sería el anfitrión en Nueva York de un subsecretario judío". Y, a diferencia de los anteriores, el más destacado de los designados por Perón no estaba entre quienes buscaban ocultar su judaísmo. Afortunadamente, las reminiscencias de Weiser también incluyen un

[34] Antes de ese cambio, algunos militantes de la ALN habían sido favorables a la creación de un Estado judío sobre la base de que ello confirmaría el carácter extranjero de la judería argentina y libraría al país de su presencia. Para éstas y/u otras consideraciones de los aliancistas, ver LEONARDO CASTELLANI, *Decíamos ayer...*, Buenos Aires, Editorial Sudestada, 1968, pp. 328-29.

[35] BENNO WEISER VARON, *Dictators, Democracy and Latin American Jewry*, "Commentary", diciembre 1953; LEONARDO SENKMAN, *El peronismo visto desde la legación israelí de Buenos Aires: Sus relaciones con la OIA (1949-1954)*, en AMILAT (comps.), "Judaica latinoamericana: Estudios histórico-sociales II", Jerusalén, Magnes/Hebrew University Press, 1993.

relato sobre la transformación de la ALN; y esto ayuda a completar algunas de las lagunas que surgen de la curiosa referencia a un "Barón Ben Weiser", que hace el entonces jefe de la Alianza, el dudoso Guillermo Patricio Kelly, en sus útiles aunque anecdóticos recuerdos [36].

En la medida en que las profundas pasiones generadas por el peronismo histórico todavía no se disiparon totalmente, no es casual que muchos sigan siendo más hostiles a Perón que respecto de otros gobernantes argentinos. En el caso de los judíos, ello se explica en parte por la aparición de Perón acompañado por judeófobos; por su larga renuencia a romper definitivamente con dichos elementos, en vez de simplemente tratar de contenerlos, y por incluir a fines de los años '60 al sionismo entre las cinco internacionales que buscaban dominar al Tercer Mundo [37]. Evidentemente, la historiografía judía ha absorbido todas las características negativas de Perón, su gobierno y sus soportes, mucho mejor que otras cosas. De ahí que sea poco característico encontrar referencias a la acertada observación hecha por Irving Louis Horowitz de que bajo Perón "a los judíos les fue excepcionalmente bien en lo económico", y los "circunstanciales estallidos contra intereses financieros judíos" se volvieron "cada vez menos intensos tras la derrota del nazismo en la Segunda Guerra Mundial" [38]. La mayoría de los estudiosos también ha evitado la con-

[36] Mientras que diplomáticos estadounidenses asumían equivocadamente que el ministro del Interior de Perón era judío, tal fue por cierto el caso de la esposa de Angel Borlenghi, Clara Maguidovich, y el del subsecretario del Interior, Abraham Krislavin, un viceministro en la jerarquía de otros países. Lo mismo puede decirse del juez Liberto Rabovich. Aunque no del rango diplomático del ministro plenipotenciario de la Argentina ante Israel, Pablo Manguel, Enrique A. Reznick fue acreditado en Bucarest como el primer agregado obrero en Rumania. Lejos de ser inusual para una memoria escrita cuatro décadas después de los eventos a los que se refiere, Weiser no recuerda el año en que Kelly tomó las riendas de la ALN y aquél en que lo visitó en Nueva York, hechos éstos acontecidos en 1953 y 1955 respectivamente. Vid. HORACIO DE DIOS, *Kelly cuenta todo*, Buenos Aires, Gente, 1984, pp. 26-27; WEISER, *Professions of a Lucky Jew*, pp. 133, 206-208.

[37] ROBERT A. POTASH, *Perón y el G.O.U. Los documentos de una logia secreta*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1984, pp. 145, 246 y 252; JUAN D. PERON, *La hora de los pueblos*, Buenos Aires, Editorial Norte, 1968, p. 32; ENRIQUE PAVON PEREYRA, *Coloquios con Perón*, Madrid, Editores Internacionales Técnicos Reunidos, 1973, pp. 9 y 146; ENRIQUE PAVON PEREYRA, *Perón tal como es*, Buenos Aires, Editorial Macacha Güemes, 1973, pp. 220 y 224. A diferencia de lo que se expresa en los tres últimos volúmenes, Avni también se cuenta entre los autores que han sostenido que en algunas de las manifestaciones de Perón éste se habría referido al judaísmo, y no sólo al sionismo, entre tales internacionales. Ver HAIM AVNI, *Anti-Semitism in Latin America after the Yom Kippur War - A New Departure?*, en MOSHE DAVIS (comp.), "World Jewry and the State of Israel", Nueva York, 1977, p. 70.

[38] IRVING LOUIS HOROWITZ, *Jewish Ethnicity and Latin American Nationalism*, en ABDUL SAID y LUIZ R. SIMMONS (comps.), "Ethnicity in an International Context", New Brunswick, Transaction Books, 1976, p. 97.

clusión más generalizada alcanzada por Robert Weisbrot en el sentido de que, a pesar de sus defectos, Perón "llegó a ser [en las décadas de 1940 y 1950] uno de los presidentes más benévolos de la historia moderna argentina para con la comunidad judía". Son más contados aún los que concuerdan con la posterior apreciación de Sofer en el sentido de que "el peronismo tuvo un impacto enorme, y en gran medida beneficioso, sobre la comunidad judía", o con las afirmaciones más recientes de David Rock de que, a pesar del "fuerte acento clerical" de la logia militar encabezada por Perón, los pronunciamientos de éste "no ofrecieron ningún apoyo a los xenófobos y antisemitas extremos" que formaban parte de esa logia, el GOU [39].

Es digno de notar que la intensa antipatía que tienen los judíos por toda la era peronista es en algunos casos aparentemente mayor que la generada entre ellos por el gobierno militar de 1976-83. Bajo ese régimen, no menos de 195 judíos (entre los aproximadamente 9.000 casos documentados de desaparecidos) fueron muertos por las fuerzas armadas y de seguridad [40]. Sin

---

[39] ROBERT WEISBROT, *The Jews of Argentina: From the Inquisition to Perón*, Filadelfia, Jewish Publication Society, 1979, p. 240; ROCK, *Authoritarian Argentina*, pp. 134, 139. Para quienes han aludido a esta conclusión de Weisbrot, vid. SOFER, p. 125; ALLAN METZ, *Reluctant Partners: Juan Perón and the Jews of Argentina, 1946-1955*, "Judaism", Nueva York, otoño 1992, p. 394; WALTER, p. 112. Fiel reflejo de las aprensiones de los judíos de la época, la referencia de Weisbrot a la OIA como una altemativa peronista a la DAIA, ha sido cuestionada por quienes han estado escrutinizando las actitudes de Perón frente a una y otra entidades judías. Véase n. 35.

[40] Esta es la cifra más baja de casos documentados de desaparecidos judíos, aquellos en cuyo nombre la entidad techo del judaísmo argentino dice haber hecho gestiones ante las autoridades, tal como consta en el *Informe especial sobre detenidos y desaparecidos judíos 1976-1983*, DAIA, Buenos Aires, enero 1984. En marcado contraste con la DAIA, la Anti-Defamation League de la B'nai B'rith (ADL), con sede en Nueva York, compiló una lista de 1.200 nombres. Está claro que la primera cifra no es otra cosa que la sumatoria de los casos denunciados ante la DAIA, más que una aproximación al vasto universo de los desaparecidos judíos, mientras que el número surgido del proyecto sobre prisioneros argentinos de la ADL podría estar viciado por la inclusión de individuos cuyos apellidos sonaban como judíos, por duplicaciones surgidas a partir de distintos deletreos del mismo apellido y por desapariciones acontecidas antes del golpe militar de marzo de 1976. Aún si se toma conocimiento de tales defectos, hay sobradas razones para pensar que el número de judíos muertos entre 1976 y 1983 supera con creces a los 195 del informe de la DAIA. Respecto de los primeros documentos y trabajos analíticos, que se dieron a conocer después del informe de la DAIA, véase *Réplica al Informe especial sobre detenidos y desaparecidos judíos 1976-1983 publicado por la Delegación de Asociaciones Israelitas Argentinas (DAIA)*, Buenos Aires, s/f; JUDITH LAIKIN ELKIN, *We Knew but Didn't Want to Know*, "Jewish Frontier", Nueva York, febrero 1985; IGNACIO KLICH, *Política comunitaria durante las Juntas Militares argentinas: La DAIA durante el Proceso de Reorganización Nacional*, en LEONARDO SENKMAN (comp.), "El antisemitismo en la Argentina", Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1989, 2ª edición corregida y aumentada; JAVIER SIMONOVICH, *Desaparecidos y antisemitismo en la Argentina, 1976/1983. Las respuestas de la comunidad judía*, en SENKMAN, "El antisemitismo en la Argentina"; EDY KAUFMAN y BEATRIZ CYMBERKNOPF, *La dimensión judía de la re-*

aportar cifras, la referencia de Avni a "un número desmedido de judíos" (p. 207) entre los desaparecidos impide al lector menos conocedor tomar verdadera conciencia de la magnitud de lo ocurrido (sin excluir, por supuesto, los aspectos controvertidos de las respectivas actuaciones de los entonces líderes de la organización techo del judaísmo argentino y el gobierno israelí [41]): incluso la arriba mencionada cota inferior de 195 supera al número de judíos asesinados en el trágico atentado contra la sede de la comunidad judía de Buenos Aires en julio de 1994, e indica que las víctimas judías bajo el régimen militar, muertas en gran medida durante los últimos años de la década de 1970, fueron numéricamente superiores a los miembros de esa etnia asesinados por motivos políticos por grupos oficialmente tolerados en las demás épocas desde la independencia argentina, con la posible excepción de la *Semana Trágica*. De echarse un vistazo alrededor del mundo, no sería exagerado afirmar que, excepción hecha del Medio Oriente, esos desaparecidos en la Argentina también representan una de las mayores pérdidas de vidas judías, sea de afiliados a institucionese étnicas o no, desde 1945.

Volviendo al capítulo sexto, cualquiera sea la razón, existe una brecha considerable entre éste y lo que de otra manera podría ser un relato más completo sobre Perón y los judíos. No se puede menos que estar de acuerdo con la acertada opinión de Ronald Newton acerca del trabajo de Avni, incluido en la bibliografía del excelente libro de aquél sobre la presunta amenaza nazi contra la Argentina. Allí Newton se refiere al volumen de Avni como uno de los considerados importantes para comprender el tema de los judíos en el país, si bien advierte a los lectores que "un estudio completo" sobre

presión durante el gobierno militar en la Argentina (1976/1983), en SENKMAN, "El antisemitismo en la Argentina"; MARGUERITE FEITLOWITZ, *'Life Here is Normal'*, Colloquium Series, Bunting Institute, Boston, noviembre 1992. Véase también la reseña del libro de SENKMAN, *El antisemitismo en la Argentina*, escrita por RONALD C. NEWTON, en el «Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana 'Dr. Emilio Ravignani'», Nº 11, 1995. Es de notar que, una vez distribuida, la primera edición de El antisemitismo en la Argentina fue retirada de circulación a pedido de dos autores, dada la gravedad de los defectos de producción y supervisión de esa edición, que, lamentablemente, "tergiversaban el sentido del original en inglés" de los trabajos traducidos de ambos damnificados. Si a seis años de la versión corregida, esta dolorosa aclaración no ha perdido vigencia ello se debe al hecho de que no todos los que han recurrido de buena fe a la defectuosa primera edición saben de la existencia de la segunda.

[41] A propósito de Israel y los desaparecidos, véase el discurso de Yehuda Bauer a la 9ª Asamblea Plenaria del CJM, Jerusalén, 5-9 de mayo de 1991, y a los British Friends of the Hebrew University, Londres, 16 de mayo de 1991; MARCEL ZOHAR, *Let My People Go to Hell*, Tel Aviv, Citrin Publishing House, 1990 (en hebreo); IGNACIO KLICH, *Challenges to Jewish Life in Latin America: Argentina*, en WILLIAM FRANKEL (comp.), "Survey of Jewish Affairs 1991", Oxford, Basil Blackwell Publishers, 1991, pp. 216 y s.s.

Perón y los judíos "todavía está por escribirse" [42]. Dicho estudio, como cualquier otro sobre América Latina y el pueblo judío durante la guerra y temprana posguerra, no podrá evitar un análisis profundo de los documentos diplomáticos y otros, tanto angloestadounidenses como latinoamericanos, además de fuentes judías, ni ignorará gran parte de la paciente reconstrucción de las relaciones exteriores de la Argentina durante ese período tan complejo. De igual manera, un estudio definitivo de la inmigración judía necesita incluir más que referencias incidentales respecto de los judíos del Maghreb y del Levante para poder superar lo que se ha dado en describir muy apropiadamente (aunque por cierto no en relación al trabajo de Avni) como el escaso interés de los *ashkenazíes* en los asuntos de las comunidades sefaradíes [43]. Además, a pesar de sus aspectos únicos, el aflujo de judíos formaba parte de corrientes más numerosas de búlgaros, checoslovacos, españoles, italianos, polacos, rusos, sirio-libaneses, etc.; a medida que han avanzado los conocimientos sobre dichos grupos, se ha vuelto obligatorio indagar en la literatura sobre esas migraciones. Por ejemplo, esto podría ayudar a determinar si ciertas restricciones estaban dirigidas específicamente a los judíos o si ellos fueron los más perjudicados. Un estudio definitivo sobre la inmigración judía a la Argentina indefectiblemente tendrá que traducir el grado de interconexión entre política inmigratoria y política exterior en un estudio cuidadoso y profundo de los documentos consulares, diplomáticos y de inmigración (además de la literatura) correspondiente al período considerado. En última instancia, lograr una reconstrucción justa y equilibrada del capítulo argentino u otros de la diáspora judía dependerá de un tratamiento tan cuidadoso y sensible de la historia del país que se elija como el acordado a la historia judía. Dicho tratamiento no tiene por qué ser apologético, o abstenerse de críticas respecto de la trayectoria del Estado en cuestión.

---

[42] NEWTON, *The 'Nazi Menace' in Argentina*, p. 481.

[43] MARGALIT BACCHI DE BEJARANO, *Fuentes para la historia de los sefaradíes en la Argentina*, "Sefárdica", mayo 1986, p. 99. Para recientes agregados a la bibliografía sobre la inmigración a la Argentina de judíos mesorientales y norafricanos, véase MARGALIT BEJARANO, *L'Intégration des sefaradim en Amérique latine: Le cas des communautés de Buenos Aires et de La Havane*, ponencia presentada en el Coloquio Internacional "Mémoires juives d'Espagne et du Portugal", Université de Paris IV, 14-16 de diciembre de 1992; VICTOR C. MIRELMAN, *Sephardim in Latin America after Independence*, «American Jewish Archives», Vol. 44, Nº 1, 1992; MARGALIT BEJARANO, *From Turkey to Latin America: Immigration of Sephardic Jews to Argentina and Cuba*, ponencia presentada en la 7ª Conferencia Internacional de la LAJSA, Filadelfia, 6-8 de noviembre de 1993; JUAN BTA. VILAR, *La emigración judeo-marroquí a la América Latina en la fase pre-estadística (1850-1880)*, ponencia presentada en la 7ª Conferencia Internacional de la LAJSA; DIANA LIA EPSTEIN, *Los marroquíes en Buenos Aires 1875-1910*, ponencia presentada en el XVIII Congreso Internacional de la LASA, Atlanta, 10-12 de marzo de 1994; IGNACIO KLICH, *Sources on the Lebanese and Other Middle Easterners in Latin America*, Centre for Lebanese Studies, Oxford, 1995.

Hacia el final, Avni vuelve a la prognosis de fin de siglo de uno de los primeros líderes sionistas, la de que tal como la A conduce a la Z, "la Argentina llevará a Sión" (Zion en inglés), y proclama que "para decenas de miles de judíos argentinos" tales palabras resultaron proféticas. No obstante, sorprende que no se familiarice al lector con la literatura sobre los latinoamericanos en Israel, en gran parte provenientes de la Argentina [44]. En cuanto al resto de los judíos argentinos, la inmensa mayoría, Avni afirma que "una gran proporción tiene lazos personales y de familia con el Estado de Israel, quizá más que cualquier otra comunidad de Occidente" (p. 210). Dichas afirmaciones, igual que una anterior en la que proclama la existencia de "lazos organizacionales con los judíos del mundo, especialmente por medio de la Organización Sionista" (p. 203), del ente representativo del judaísmo argentino (DAIA), están destinadas a subrayar la capacidad de convocatoria del sionismo [45]; la misma conclusión se desprende de las referencias a las donaciones hechas por judíos de la Argentina a la causa sionista —mayores que los escasos fondos disponibles para ayudar a los inmigrantes judíos en la década de 1920 (p. 113)—, o a las víctimas judías del Tercer Reich en la Argentina (pp. 131 s.s.) y a las personas desplazadas de esa etnia que luchaban por desembarcar en en el Buenos Aires de la segunda posguerra.

Una segunda lectura de lo que se expresa explícita e implícitamente en esas afirmaciones demuestra que tal como los vínculos de la DAIA prosionista con el pueblo judío resultan de su afiliación con el CJM y no con la Organización Sionista Mundial, con la que la DAIA nunca tuvo conexiones organizacionales, una evaluación más definitiva del sionismo y de los sentimientos prosionistas de la comunidad judía tendrá que esperar hasta que varios parámetros —por ejemplo, la inmigración a Israel y otros países; la emigración de Israel; la afiliación con la federación sionista local (OSA); los aportes a la principal campaña de recaudación de fondos para Israel (CUJA), etc.— sean comparados con los referidos a otros países. Una vez recabados, tales datos bien pueden convalidar el argumento de Avni. No obstante, tal como están las cosas actualmente, lo que resulta indiscutible

---

[44] Para una bibliografía sobre los argentinos en Israel ver IGNACIO KLICH, *Lo latinoamericano en Israel: Ensayo de reseña*, «Jahrbuch für Geschichte von Staat, Wirtschaft und Gesellschaft Lateinamerikas», Colonia, Vol. 31, 1994.

[45] A pesar de una presencia sionista en la conducción de la DAIA, la inexistencia de vínculos organizacionales con la OSM, en vez del CJM prosionista, está confirmada por la principal historiadora del sionismo argentino. Véase SILVIA SCHENKOLEWSKI-KROLL, *The Influence of the Zionist Movement on the Organization of the Argentinian Jewish Community: The Case of the DAIA 1933-1946*, "Studies in Zionism", Indiana, Vol. 12, Nº 1, 1991, pp. 17-27. Sin embargo, la descripción que esta autora hace del trasfondo político argentino no está más allá de matices y correcciones amistosas, en especial en lo referente a la identidad del militar que sucedió a Yrigoyen en 1930, el general José Félix Uriburu, en vez de Evaristo u otros Uriburus.

es que el judaísmo argentino ha aportado un total de 40.000 inmigrantes a Israel, menos de 15.000 afiliados a la OSA y aproximadamente 9.000 contribuyentes anuales a CUJA. Además, entre las decenas de miles de judíos que tienen parientes y amigos en Israel, algunos han demostrado que el apoyo brindado al Estado judío no significa descartar el ocultamiento de aspectos de tal identificación prosionista, de traer ésta aparejadas minusvalías para su existencia cotidiana [46].

Por último, el final israelocéntrico de este libro también obliga a hacer una pregunta clave: ¿qué papel (directo o indirecto), si es que tuvo alguno, desempeñó el deseo del movimiento sionista de no perder a los refugiados del nazismo primero, y a los sobrevivientes del genocidio nazi más tarde, como inmigrantes a Palestina en las algo limitadas admisiones de judíos por parte de las autoridades argentinas? No abordado por Avni ni por otros trabajos israelíes sobre la Argentina y los judíos, ese espinoso interrogante no apunta a negar la importancia de factores locales y otros contrarios a un mayor aflujo de judíos. Sin embargo, parece totalmente justificado considerar esta cuestión en vista de las cándidas evaluaciones de la actuación sionista durante la era nazi que vienen haciendo otros autores israelíes. Por ejemplo, en una carta de enero 1936 que el rabino Stephen S. Wise dirigió a Albert Einstein, de fácil acceso entre los documentos de éste, el líder prosionista del *American Jewish Congress* informó que un conocido e influyente prosionista norteamericano, el miembro de la Suprema Corte de los Estados Unidos Louis Brandeis, estaba "en contra de la transferencia [de las víctimas del nazismo] a otro país porque significa su desvío de Palestina", dejando absolutamente en claro que con ningún "otro país" quería decir "los Estados Unidos, Birobiyán, América del Sur". Más importante aún, basándose en la documentación sionista, un historiador israelí ha escrito que la posibilidad de que los sobrevivientes del nazismo eligieran rehabilitarse en suelo europeo era vista por los líderes sionistas "como un paso que debía negarse categóricamente, una pesadilla en potencia", mientras que la rehabilitación fuera de Europa, pero no en Palestina, también era considerada "una situación intolerable" [47]. Sin desconocer la conclusión de una historiadora israelí respecto de la unanimidad existente en el seno de la conducción sionista en Palestina,

[46] Con encantadora franqueza y honestidad, las reminiscencias sobre su sionismo de un médico argentino incluyen la singular admisión —repugnante, para algunos— que habiendo descubierto que estaba catalogado como sionista supo sacarle provecho a la venalidad de ciertos policías para sanear, aparentemente con éxito, su prontuario policial. Véase ALBERTO D. KAPLAN, *Memoria de un médico*, Buenos Aires, GEL, 1993, pp. 55-56.

[47] YECHIAM WEITZ, *Jewish Refugees and Zionist Policy during the Holocaust*, «Middle Eastern Studies», Londres, Vol. 30, Nº 2, 1994, p. 358. Véase también MONTY NOAM PENKOWER, *American Jewry and the Holocaust: From Biltmore to the American Jewish Conference*, «Jewish Social Studies», Vol. 47, Nº 2, 1985, pp. 108-109.

especialmente desde 1943-44 hasta el final de la conflagración, sobre el rescate a "todos los judíos que podían ser salvados, cualquiera su eventual destino", y de las deficiencias de la actuación sionista en esa dirección en los países neutrales de Europa [48], la inmigración judía al Plata, difícilmente una causa promovida por los gobiernos argentinos desde la Segunda Guerra, aparentemente constituyó un guión más que indeseable para los sionistas, sea en 1936 (cuando el Tercer Reich estaba interesado en alentar la emigración judía de Alemania), tras la conferencia de Wannsee de comienzos de 1942 (en la que los nazis decidieron poner en práctica una política sistemática de exterminio), o después de finalizada la guerra.

Finalmente, si se puede afirmar con certeza que estamos lejos de un primer borrador sobre la Argentina y los judíos, ello se debe en parte a los persistentes e inquebrantables esfuerzos de Avni. Tampoco cabe duda de que este importante libro avanza un paso hacia una versión final sobre esta cuestión. De ahí que, por ahora, sea prematuro descartar el aporte de Avni como poco más que un punto de arranque, como ya fue sugerido en otra reseña. En realidad, la lectura de la obra de Avni es altamente informativa, especialmente para quienes no conocen del tema. Además, todo agregado a la de por sí no demasiada extensa lista de títulos sobre los judíos latinoamericanos, no sólo revela percepciones israelocéntricas y otras sobre este tema escasamente tratado, sino que también estimula la profundización en la materia. Al despertar muchas preguntas adicionales, este libro, como otros, merece ser incluido en más de una bibliografía. Pero por más instructivo que sea, los hispanoparlantes entre los especialistas sobre inmigración y estudios étnicos, los argentinistas, amén de los interesados en cuestiones judaicas, indudablemente encontrarán que la versión en inglés no es tan detallada y completa como su predecesora sin comprimir, ni tan actualizada como podría haberse esperado [49].

[48] DINA PORAT, *The Blue and Yellow Stars of David: The Zionist Leadership in Palestine and the Holocaust, 1939-1945*, Harvard/Londres, Harvard University Press, 1990, pp. 111-36, 249.

[49] Que *Argentina & the Jews* no parece haber entusiasmado demasiado a importantes argentinistas no sólo se ve ilustrado por la delicada referencia de Newton (véase n. 42) sino también por un ensayo de reseña bibliográfica en la revista de la LASA. El autor de este último describe al volumen de Avni como carente de cierto "espíritu crítico", y como tal lo descarta por ser "más una crónica, que un trabajo de interpretación histórica". Desechando la idea de que el trabajo de Avni está basado en documentos diplomáticos argentinos y estadounidenses, y sin formarse una buena impresión a propósito de su uso de algunos informes diplomáticos británicos, españoles, franceses y germanos, el comentarista evalúa el conocimiento de Avni de la Argentina en términos más bien duros cuando lo define como "rudimentario, en el mejor de los casos". Véase DAVID ROCK, *Ideas, Immigrants et Alia in Nineteenth and Twentieth Century Argentina*, «Latin American Research Review», Nueva México, Vol. 29, Nº 1, 1994, pp. 178-79.

ASIAN AND PACIFIC MIGRATION JOURNAL

An interdisciplinary quarterly on human mobility

APMJ examines human migration in all its aspects in the Asia-Pacific region, the highest source area of people movement, to focus the attention of scholars, practitioners and policy makers on issues that are shaping the economic and social development of the region.

Vol. 4 — Nº 2 - 3 — 1995

MIGRATION AND THE FAMILY

- Theories of International Labor Migration: an Overview
- Family Reunification: Policies an Issues
- Migration and the Family: The Female Perspective
- International Labor Migration and the Family: Some Observations from Indonesia
- The Experience of Women in Chinese Immigrant Families — Institutional and Organizational Processes
- Overseas Employment and Social Transformation in Source Communities in the Philippines
- Migration in Japan
- Migration in China

Subscriptions: US$45.00 per year. Payments must be made by US$ checks drawn on a US bank or by International Money Order payable to **Scalabrini Migration Center.**

Scalabrini Migration Center

P. O. Box 10541 Broadway Centrum, 1113 Quezon City, Philippines
Tel. (02) 787-071; Fax (02) 721-4296

revista de revistas

ADEH
BOLETIN DE LA ASOCIACION DE DEMOGRAFIA HISTORICA
España, XIII, 2, 1995

JORGE FERNANDES ALVES, *Aspectos da emigração no Noroeste Português. O distrito do Porto no século XIX*, pp. 75-89.

En este trabajo el autor analiza la migración de larga distancia entre el distrito portugués de Porto y el Brasil entre 1836 y 1899, período cubierto por la Estadística de Pasaportes que sirve como fuente principal del estudio. Se analizan sucesivamente la evolución cuantitativa de la emigración, la composición sexual y por edades, el nivel de instrucción y el retorno de los migrantes. La perspectiva temporal elegida permite observar algunos cambios significativos. En primer lugar, a medida que se avanza en el tiempo, los patrones de movilidad fueron progresivamente influenciados por las políticas migratorias del gobierno brasileño, asistiéndose al paso de una política de incentivo a la migración de jóvenes de origen rural a una política de incentivo a la emigración familiar, cuyo objetivo prioritario era el de incorporar grupos y personas con mayor estabilidad laboral.

Las causas de la migración son presentadas, de modo muy general, a través de dos factores básicos: la vitalidad demográfica y la alta densidad de la región y la existencia de estrategias de distribución ocupacional. Estas se hallaban integradas en un sistema de reproducción social destinado a evitar la fragilidad económica del minifundio. Las remesas de los migrantes instalados en Brasil configuraron una "economía de subsidio" que contribuyó a mantener la continuidad del flujo.

Por su parte, el análisis cuantitativo de la serie de pasaportes muestra un incremento creciente del reagrupamiento familiar, con las consiguientes variaciones en la composición etaria y por sexos de la migración. En lo relativo al nivel de instrucción se observa que más del 50 por ciento eran alfabetizados. La fuente permite visualizar, asimismo, que la emigración a Brasil era el punto final de un proceso de "migración por etapas". El retorno también fue significativo (alrededor del 40%), al tiempo que la imagen exitosa de los retornados actuaba, mediante un proceso relacional y circular, como causa de emigración en los grupos más jóvenes y dinámicos.

✍ (H. O.)

ASIAN AND PACIFIC MIGRATION JOURNAL
Voflumen 4, números 2-3, 1995

CHARLES W. STAHL, *Theories of International Labor Migration: An Overview*, pp. 211-232.

El estudio abre el debate en torno a la dinámica que sostiene las migraciones laborales contemporáneas, pasando revista a los distintos modelos teóricos que han abordado dicho fenómeno. Se

comentan en particular las perspectivas asociadas a la «nueva economía de las migraciones» elaboradas a lo largo de la última década y que sostienen el rol decisivo de la familia (antes que el individuo) en la decisión de emigrar, modelo que supone no sólo una maximización de los ingresos (o, mejor aún, del bienestar familiar), sino también de minimización de riesgos a futuro de capital y mercados. Se discuten asimismo las teorías macroestructurales que intentan dar cuenta de los procesos migratorios laborales a partir de las desigualdades existentes entre naciones centrales industrializadas y los países en desarrollo.

GRAZIANO BATTISTELLA, *Family Reunification: Policies and Issues*, pp. 233-252.

El autor pasa revista al problema de la reunificación familiar desde una doble perspectiva: el rol que la misma cumple en las migraciones internacionales y la diversidad de respuestas que ha generado hasta el momento dentro de las políticas migratorias de los países receptores. Tal diversidad se sostiene en una variedad de modelos migratorios (temporarios o permanentes, laborales, de reasentamiento). Países de tradición inmigratoria permanente como Estados Unidos, Canadá, Australia y Nueva Zelanda han dado prioridad a la reunificación familiar, política que no ha sido replicada en economías industriales europeas, en las que décadas atrás se ha difundido el sistema de «trabajador invitado» (Alemania) y cuya reevaluación a partir del Tratado de Maastricht propone aún un carácter restrictivo. Los países del sudeste asiático, por su parte, observan también serias limitaciones a un asentamiento de los trabajadores reclutados para sus economías en crecimiento, restringiendo la estadía a plazos no renovables e implementando a menudo la repatriación. Se evalúan los costos de dichas políticas frente al derecho de los migrantes a la reunificación familiar.

NANA OISHI, *Training or Employment? Japanese Immigration Policy in Dilemma*, pp. 367-385.

Se examina el sistema de entrenamiento implementado por Japón para trabajadores provenientes de países en desarrollo. El sistema presenta una doble funcionalidad: aprendizaje y entrenamiento dentro de las empresas por un lado y de ajuste en el mercado laboral por el otro. La demanda surge principalmente del sector manufacturero (pequeña y mediana industria), a fin de evitar por una parte la escasez de mano de obra y de ganar nuevos espacios empresariales en el exterior. Estas tangibles modalidades inmigratorias se enfrentan a las política públicas del gobierno japonés, las que han tradicionalmente restringido el asentamiento de extranjeros, aún si la economía de dicho país mantiene una dependencia estructural de la mano de obra de origen inmigratorio. Se discuten los alcances y los beneficios de los programas de entrenamiento llevados a cabo para el desarrollo de recursos humanos y de transferencia de tecnología.

(C. F. S.)

BOLETIN DEL INSTITUTO DE HISTORIA ARGENTINA Y AMERICANA
Dr. Emilio Ravignani
Tercera serie - Nº 10 -
2do. semestre de 1994

IGNACIO KLICH, *La pericia científica alemana en el amanecer del proyecto nuclear argentino y el papel de los inmigrantes judíos*, pp. 61-89.

Se analizan aquí algunos aspectos de la investigación nuclear argentina de posguerra, en particular los referidos a la captación y radicación en el país de científicos y técnicos alemanes realizada durante el gobierno de Perón. En el marco de una política de corte industrialista, orientada a reducir la dependencia argentina en materia de hidrocarburos, distintos sectores del estado argentino (el propio gobierno, algunas universidades y las fuerzas armadas) intentaron atraer científicos de Alemania, tarea en la que debieron competir con otros países europeos y, muy especialmente, con los Estados Unidos y el Brasil. El trabajo, basado en información de archivos oficiales como el Departamento de Estado norteamericano y en abundante información bibliográfica, restrea los intentos de radicación de científicos, destacando los puntos principales de sus itinerarios científicos y políticos, desde sus actitudes pasadas para con el régimen nazi hasta su labor y cargos en la Argentina.

A pesar de su reducido número (aproximadamente un millar de científicos y técnicos) y del elevado retorno (del orden del 40%), el impacto intelectual de esa inmigración calificada habría sido decisivo para consolidar el liderazgo nuclear argentino entre los países latinoamericanos. El trabajo permite apreciar claramente que el proceso de captación e inserción de científicos no resiste lecturas simplistas. Así, a pesar de una orientación ideológica de corte antijudío, algunos científicos de este origen, como los profesores Guido Beck y Richard Gans, fueron reclutados por el gobierno argentino. El autor sostiene que la incorporación de judíos no constituyó una nota disonante con la política inmigratoria restrictiva del período ya que es en virtud de la formación académica alemana que tales científicos son incorporados. Se sostiene que la política peronista en la materia no constituyó una innovación sino que continuó una política de adopción del «modelo alemán para las ciencias exactas» que caracterizó a los grupos dirigentes argentinos desde la década de 1860.

La aceptación del ingreso de científicos de origen judío no se tradujo, sin embargo, en confianza hacia éstos, ya que las presiones de sectores del Ejército y de la Iglesia Católica, hicieron que científicos como Gans y Beck no ocuparan cargos importantes y que fueran subutilizados en relación a sus capacidades académicas. El autor concluye sosteniendo que las limitaciones encontradas por los judíos en la Argentina peronista formaban parte de un clima más general que afectaba también a otros países de la región y a los Estados Unidos.

• El el mismo número puede verse el artículo de JULIO PINTO VALLEJOS, *La presencia italiana en el ciclo salitrero peruano-chileno, Tarapacá, 1860-1900.*

(H. O.)

CICLOS EN LA HISTORIA, LA ECONOMIA Y LA SOCIEDAD

Año V - Vol. V, Nº 8
1er. semestre 1995

MARIA SILVIA OSPITAL, *Empresarios, dimensión étnica y agroindustrias. El caso del Centro Vitivinícola Nacional (1905-1930).*

Aparte de la región Litoral, las provincias argentinas dedicadas a la producción vitivinícola fueron las que registraron mayor inmigración transoceánica. La presencia de los inmigrantes en la producción de la vid y en la elaboración vinícola fue muy considerable, así como su participación en las entidades patronales que representaban a estas actividades. En el artículo se estudia la evolución del Centro Vitivinícola Na-

cional fundado en 1905 y sus relaciones con el Estado argentino, enmarcándola dentro de un análisis más global sobre el papel desempeñado por los extranjeros en la producción cuyana y en su presencia dentro del CVN. El estudio aparece como un primer paso hacia el intento de la autora de estudiar la participación inmigrante en organizaciones empresariales surgidas en el país en respuesta a desarrollos económicos de raíz étnica.

(A. F.)

ESTUDIOS DEMOGRAFIOS Y URBANOS

Vol. 8 - Nº 3 -
Septiembre-Diciembre, 1993

GABRIEL ESTRELLA VALENZUELA, *Migración internacional legal desde la frontera norte de México*, pp. 559-600.

En este trabajo se analizan los efectos «no deseados» provocados por la aplicación de la Ley Simpson-Rodino de 1986 en una región fronteriza de México. A partir de información sociodemográfica de Baja California (Encuestas Demográficas de 1986 y 1990) y utilizando un modelo de regresión Logito que incluye variables de tres niveles de análisis (los individuos, los grupos domésticos y las regiones) el autor obtiene evidencia empírica sustantiva sobre las características del grupo migratorio durante el quinquenio siguiente a la sanción de la ley.

El grupo analizado es el de los *commuters* cuyos miembros se caracterizan por residir en localidades fronterizas del norte de México y por trabajar cotidiana y legalmente en los Estados Unidos. Este último rasgo es particularmente importante ya que normalmente se presta más atención a la migración clandestina.

Los principales resultados del estudio muestran que:

1) En el quinquenio en estudio se produjo una ampliación importante en el espectro de estratos sociales que recurren a esta modalidad de emigración. Esta ampliación es producto de la conjunción entre el nuevo contexto legal y la política de austeridad implantada por el gobierno mexicano. Los efectos de ésta fueron muy importantes como lo muestra el análisis de los principales indicadores económicos del período (salarios, inflación e inversión pública).

2) Los nuevos estratos sociales que se incorporan a la migración se caracterizan por una significativa selectividad que permite tipificar una estrategia de reproducción orientada a la movilidad social ascendente, más que a la tradicional reproducción tendiente a la simple supervivencia física del grupo doméstico. Entre los rasgos selectivos que corroboran esta fuerte hipótesis se encuentran el marcado diferencial positivo de este grupo de migrantes en materia de escolaridad y su reducida experiencia migratoria. La combinación de estas dos características lleva al autor a caracterizar estos grupos como pertenecientes a un estrato socio-económico diferente al prevaleciente en los commuters antes de la sanción de la Ley. Aunque la alta participación de dos categorías de parentesco (jefes de hogar e hijos de jefes de hogar, predominantemente varones) y la baja edad a la migración impedirían, a la luz de la literatura existente, caracterizar las estrategias seguidas como exclusivamente centradas en la movilidad social ascendente, la diversificación laboral observada actúa en el sentido esperado a la hipótesis del autor. Del mismo modo, el estudio de los ingresos monetarios de los grupos domésticos certifica que la migración ha obtenido un éxito considerable.

3) Al mismo tiempo, las variables contextuales permiten apreciar una redefinición de las áreas geográficas del

grupo migratorio en el mapa general de la Baja California. En este sentido se observa un marcado aumento de la migración de los grupos domésticos de las áreas rurales y de ciertos municipios. Esto explica que de todas las variables utilizadas en el modelo, el área de residencia fuera la que generara efectos de mayor magnitud.

El estudio concluye proponiendo líneas directrices para la identificación de programas y acciones que permitan mejorar las condiciones en las que desarrollan sus actividades los grupos domésticos que participan en la migración internacional. Las actividades propuestas se refieren a cinco áreas de apoyo a los migrantes: asesoría legal sobre migración, asesoría sobre derechos en México, capacitación laboral, servicios de atención a la salud y asistenciales y repatriación laboral.

✍ (H. O.)

JOURNAL OF AMERICAN ETHNIC HISTORY
Volumen 14 - Número 3 -
Primavera 1995

MALCOLM CAMPBELL, *The Other Immigrants: Comparing the Irish in Australia and the United States*, pp. 3-22.

El estudio pasa revista a la literatura reciente en torno a los inmigrantes irlandeses en Australia a fin de establecer bases comparativas con la experiencia seguida por los mismos en los Estados Unidos. Un modelo exitoso de integración ha caracterizado a los irlandeses (católicos y protestantes), quienes experimentaron un fuerte proceso de movilidad social bajo un clima de tolerancia y de mutua cooperación. Dado el éxito experimentado por los irlandeses en otras latitudes, el autor propone el desarrollo de rigurosos estudios comparativos con el caso estadounidense, el cual cuenta con una tradición historiográfica culturalmente estereotipada, sostenida en el excepcionalismo americano y en estudios limitados a espacios urbano-industriales del este y concentrados en la etapa posterior a la hambruna. Se sugiere una revisión de dichas perspectivas a partir de líneas de investigación comunes (vínculos entre católicos y protestantes, influencia del clero católico irlandés en los espacios rurales, actitudes frente al nacionalismo irlandés).

✍ (C. F. S.)

MIGRATIONS SOCIETÈ
Vol. 7, Nº 40-41, Juillet-Octubre 1995

RENE LEVY, *De la diferenciation à la discrimination: le rascisme dans les pratiques policières*, pp. 35-52.

El dossier está dedicado a las mediaciones culturales en el campo del derecho: extranjeros y prácticas policiales.

El primero de los artículos consagrado a la represión policial tiene bastantes puntos de contacto en la Argentina en cuanto al tratamiento de los extranjeros.

El autor propone una selección más adecuada y una formación más democrática del cuerpo policial.

• La publicación contiene además, los siguientes artículos:
TOUFIK BENADDA, *La vie associative de la communauté pakistanaise en Grande-Bretagne*, p. 7-22.
ALAIN BRUEL, *Une experience en cours au Tribunal pour enfants de Paris*, p. 83-90.

✍ (J. O. B.)

REVUE EUROPEENNE
DES MIGRATIONS
INTERNATIONALES
Université de Poitiers
Volumen 11, n° 2, 1995

ALICIA MAGUID, *L'immigration des pays limitrophes dans l'Argentine des années 90. mythes et réalités*, pp. 167-187.

A partir de datos de la Encuesta Permanente de Hogares y del Censo Nacional de Población de 1991, el trabajo analiza la evidencia empírica existente sobre la migración de países limítrofes a la Argentina, con el objetivo de contrastar dicha evidencia con las recientes afirmaciones de carácter xenófobo surgidas en el país. Estas consideran la inmigración provenientes de países vecinos como causa de problemas sociales y políticos tales como la crisis financiera de los servicios sociales, el incremento de la miseria y la delincuencia y, muy especialmente, el aumento del desempleo.

El texto pasa revista a la llegada de migrantes limítrofes en el período reciente, las políticas migratorias llevadas por la Argentina y los síntomas de xenofobia en algunos sectores sindicales y nacionalistas, para concentrarse en el análisis del mercado de trabajo argentino.

Se constata que el saldo neto de la migración proveniente de países vecinos entre 1980 y 1990 representa un aporte de más de 200.000 personas, lo que constituye un aumento del 23 por ciento en relación a la década precedente. En lo relativo a la composición del flujo, se asiste a un marcado proceso de feminización de la inmigración, llegando a ser los saldos femeninos superiores a los masculinos. La localización de los inmigrantes limítrofes no experimentó variaciones significativas entre 1980 y 1991, aunque se acentuó su concentración en Buenos Aires. A pesar de estas tendencias, la proporción de migrantes en la población total decreció entre 1980 y 1991 (pasando del 2,7 al 2,5%), proporción que permite afirmar que la inmigración limítrofe tiene una importancia claramente marginal como factor de crecimiento demográfico del país.

Las reacciones xenófobas se basan exclusivamente en las preocupaciones emergentes de la eventual competencia de la mano de obra extranjera en el mercado de trabajo y no en defensa de la identidad nacional o en preceptos de raza, etnia o religión.

En lo relativo al mercado de trabajo, el énfasis del análisis empírico recae en la Región Metropolitana de Buenos Aires, principal lugar de llegada de los flujos migratorios limítrofes. A partir de indicadores cuantitativos y de hipótesis de simulación se demuestra que la importancia de la inmigración de países limítrofes en el mercado de trabajo y su efecto en el creciente nivel de desempleo son insignificantes. Así, por ejemplo, aún en el caso de que la inmigración de habitantes de países vecinos hubiera sido nula en los últimos cinco años y que los empleos ocupados por los inmigrantes hubieran sido tomados por desempleados no migrantes (hipótesis extrema y poco verosímil) la tasa de desempleo hubiera experimentado una baja de solamente el 9 por ciento (pasando del 9,7 al 8,8 %).

Se enfatiza asimismo la contradicción, aún no resuelta, entre las prácticas de control provenientes de las políticas migratorias del pasado y la voluntad de integración regional evidenciada por los acuerdos del MERCOSUR que debería tender a la libre circulación de las personas.

• En el mismo número, consagrado íntegramente a América Latina, se encuentran los siguientes artículos:

L. MARMORA, *Logiques politiques et intégration régionale;*

M. BOLEDA, *Approche du processus par la migration nette;*
D. DELAUNAY, *Familles mexicaines du pays et de l'exil;*
A. ESCOBAR LATAPI, *La restructuration au Mexique et aux Etats Unis et la migration internationale;*
J. PAPAIL, J. ARROYO, *La nouvelle configuration des échanges migratoires entre le Mexique et les Etas-Unis;*
G. CORTES, *L'émigration rurale dans les vallées inter-andines de Bolivie;*
A. PELLEGRINO, *La propension des jeunes à émigrer : le cas de l'Uruguay;*
D. CELTON, *Plus d'un siècle d'immigration internationale en Argentine.*

✍ (H. O.)

VENTESIMO SECOLO
Año IV - Nº 11-12 -
Mayo-Diciembre 1994

PATRICIO A. GELI, PIETRO GORI, *O le vicissitudini del pensiero anarchico nell'Argentina moderna*, pp. 377-389.

El estudio subraya la necesidad de atender a la complejidad del universo simbólico y del clima de ideas que rodean el pensamiento del anarquismo rioplatense, un espacio que la historiografía tradicional sobre el movimiento obrero argentino ha relegado para concentrarse, fundamentalmente, en la problemática sindical y política. La propuesta sugerida por el autor consiste en reconstruir la biografía de uno de los principales intelectuales del movimiento anarquista argentino, Pietro Gori, a fin de reconstruir un cuadro más rico de estas expresiones desde una perspectiva menos esquemática y polarizada en torno al carácter «adoptivo» de los intelectuales dentro del movimiento, en tanto portavoces de la auténtica conciencia proletaria. Abordando en particular su pensamiento en el campo de la criminología, el autor descubre la complejidad de los intelectuales libertarios europeos a partir de un discurso que proponía tanto el reforzamiento del control social por parte del estado como una visión transformadora de la sociedad.

El estudio de Geli es acompañado por otros trabajos de estudiosos argentinos, algunos de los cuales han sido publicados en medios locales: E. CIBOTTI, *La recente storiografia argentina: el contributo di una «generazione assente» (1983-1993)*, JUAN SURIANO, *La politica sociale dello stato argentino (1880-1916)*, MIRTA LOBATO, *Lavoro e conflitto nell'industria della carne: il caso degli stabilimenti Berisso (1904-1930)*, EMA CIBOTTI, *Giornalismo politico e politica giornalistica. La formazione pubblica di una opinione italiana nella Buenos Aires de fine secolo*, FERNANDO ROCCHI, *La Bagley di Buenos Aires: una fabbrica di biscotti alla conquista del mercato interno (1877-1930.*

✍ (C. F. S.)

✍ (J. O. B.): *Jorge Omar Bestene*

✍ (A. F.): *Alejandro Fernández*

✍ (H. O.): *Hernán Otero*

✍ (C.F.S.): *Carina F. de Silberstein*

SOCIAL SECURITY.

Just how strung out are we? Can single parents make ends meet? Can our government afford our social security program? Is your lover going to give you AIDS?

The complexity of sociology and the policy sciences is reflected in Sociological Abstracts' family of databases. With our eclectic classification system, encompassing both broad and highly specialized fields, SA and SOPODA are the only comprehensive sources of information about how our global society works. Or doesn't.

Grab On.

Get a handle on over forty years of succinct, expertly prepared abstracts drawn from more than 2,000 core and discipline-related periodicals, as well as selected books, conference papers, book and other media reviews, and relevant dissertations published worldwide.

Social Fabric.

What's the best way to hold hands with these powerful databases? Sociological Abstracts (SA) and Social Planning/Policy and Development Abstracts (SOPODA) are available in three convenient media designed to complement your research requirements and fit your budget – print, online, and CD-ROM.

And now the full text of journal articles and other material cited in the databases is rapidly available from SOCIOLOGY*Express, our new document delivery service.

Threaded Together.

Find out for yourself why SA and SOPODA continue to be the databases of choice for authoritative coverage of sociology and the related social sciences.

sociological abstracts

P.O. Box 22206 • San Diego, CA 92192-0206
619/695-8803 • FAX 619/695-0416 • Internet socio@cerf.net

SOCIOLOGY*Express
1722 Gilbreth Road• Burlingame, CA 94010-1305
1-800-313-9966 • FAX 415/259-5058

© 1994 sociological abstracts, Inc.

críticas bibliográficas

JEFFREY LESSER, *Welcoming the Undesirables. Brazil and the Jewish Question.* University of California Press. Berkeley & Los Angeles, California, 1995.

Este libro de Jeffrey Lesser —basado en una minuciosa y muy documentada investigación realizada en archivos de Brasil, los Estados Unidos y otros países— constituye un importante aporte para el estudio de las políticas migratorias brasileñas y las actitudes hacia los refugiados judíos adoptadas por dicho país en vísperas de la Segunda Guerra y durante la misma [1].

Al analizar la configuración del imaginario racial y étnico brasileño, Lesser se propone redefinir la sociedad brasileña como «étnica» además de «racial», y plantea la discusión de nuevas cuestiones acerca de las relaciones entre los grupos inmigrantes, la política migratoria y la identidad nacional.

A través del estudio de la llamada «cuestión judía», el autor dilucida cuáles fueron las orientaciones ideológicas que permitieron a las élites definir los criterios de inclusión y exclusión en la nacionalidad brasileña, acorde a los cuales habría de definirse el rol que deberían jugar los inmigrantes en la construcción de la nación.

La inmigración masiva europea al Brasil fué impulsada a partir de la década de 1890 en el marco de lo que podríamos llamar un proyecto de construcción de nación para ese país. De esta manera se buscaba transformar la economía esclavista en otra basada en la mano de obra asalariada.

La idea de que los inmigrantes se asimilarían en la cultura urbana brasileña expresaba tanto las expectativas depositadas desde fines del siglo diecinueve en el inmigrante blanco europeo, como la tendencia desarrollada en el siglo veinte en el sentido de definir lo que debería

[1] Para una puesta en contexto de las políticas brasileñas con las de otros países latinoamericanos, véase SENKMAN, LEONARDO, *Argentina: La Segunda Guerra Mundial y los refugiados indeseables, 1933-1945*. Buenos Aires: Grupo Editor Latinoamericano, 1992.
Para un trabajo acerca de la emigración de refugiados judíos del Nazismo basado en historia oral, véase SCHWARCZ, ALFREDO JOSÉ, *Y a pesar de todo...Los judíos de habla alemana en la Argentina*. Buenos Aires: Grupo Editor Latinoamericano, 1991.
La gran diversidad de fuentes utilizadas en el libro comentado puede dar margen a algún dato impreciso, tal como la mención de una así llamada «Uruguayan Federal Police».

ser «una auténtica cultura brasileña», negando la viabilidad de elementos considerados foráneos.

En este sentido, Lesser hace hincapié en la enorme influencia que los *Integralistas* tuvieron en moldear la propuesta de identidad nacional brasileña deseada, a través de la selección de inmigrantes.

Inspirados por el Fascismo y el Nazismo, estos nacionalistas brasileños sostenían una ideología antijudía y hostil a los inmigrantes.

En la *«brasilidade»* a la que aludía el discurso nacionalista del régimen de Vargas subyacía un supuesto esencialista que asumía la existencia de un «ser nacional» que debía ser preservado.

Por consiguiente, quienes dictaban la política inmigratoria brasileña lo hacían priorizando «la arianización intensiva» de la composición étnica del Brasil.

El arribo de grupos inmigrantes considerados «no genuinamente europeos», como los judíos, «alimentó —según observa el autor— los juicios negativos respecto a la heterogeneidad racial y étnica del Brasil a la luz de la consigna de asimilación como una meta a ser cumplida».

Al implementar la oposición al ingreso irrestricto de judíos, percibidos como «indeseables», los diplomáticos brasileños en Europa se vieron transformados en protectores de la «brasilidade», en lugar de dedicarse a promover la expansión económica de su país.

En el Brasil del siglo veinte, señala Lesser, las ideas de raza, etnicidad y nacionalidad se vieron tan estrechamente vinculadas que se tornó virtualmente imposible distinguir entre ellas.

Es útil señalar que esta tendencia era propia del imaginario de la época, en el que prevalecía un racismo pseudocientífico, que no sólo postulaba la existencia de categorizaciones raciales tales como «arios» o «semitas» sino que atribuía una base genética a supuestos rasgos culturales de los grupos.

En esto se iba más allá de la idea de raza social, en un contexto de categorizaciones en el que la etnicidad poseía tanto dimensiones biológicas como de identidad cultural, dimensiones éstas que tan sólo en décadas recientes se ocupó de deslindar la antropología social [2].

Sobre esta base los integralistas aspiraron a modelar una nacionalidad percibida en términos raciales, por medio de la eugenesia como misión a encarar a través de la ingeniería social. No obstante lo antedicho —afirma Lesser— la simple residencia en Brasil podía habilitar a una persona como un componente de la homogeneidad «racial» brasileña. De esta manera, los refugiados judíos se transformaban de elementos indeseables en bienvenidos por el simple acto de ingresar al país.

En sus inicios, el antisemitismo brasileño se refería fundamentalmente a judíos imaginarios, copiando los estereotipos antisemitas fabricados en Europa, más que a los pocos judíos reales visibles en el contexto local [3].

---

[2] Véase FREDRIK BARTH, *Los grupos étnicos y sus fronteras*, 1976.

[3] Al igual que en la Argentina de 1890, cuando Julián Martel culpó a los judíos —por entonces muy poco numerosos— de la crisis financiera en su novela *La Bolsa*.

La transformación de la religión en categoría racial en el Brasil de la era de Vargas constituyó un cambio significativo en el discurso respecto a los inmigrantes judíos.

Esto resultó evidente cuando un grupo de refugiados de origen judío pero bautizados como católicos vieron denegadas sus visas.

Los intelectuales brasileños incorporaron las mismas categorizaciones que los antisemitas al asumir la defensa de los judíos, evidenciando de este modo que compartían este imaginario racista. Así, sostenían que la «congénita industriosidad semítica» habría de contribuír a la grandeza de la nación.

Pero la incompatibilidad entre la teoría aria nazi y la sociedad brasileña racial y étnicamente mixturada, resultaba evidente.

Este programa de construír una nación a imagen y semejanza de Europa, tan estudiado y señalado en el caso argentino, se torna más evidentemente abstruso en el caso brasileño, donde pasa a contrastar fuertemente con el carácter fundacional que el mestizaje de portugueses, indios y africanos imprime a su población.

Los refugiados judíos alemanes e italianos que ingresaron crecientemente después de 1932 poseían un trasfondo cultural que se percibía como de valor innegable para el progreso, y por lo tanto ellos fueron menos fácilmente categorizados como indeseables que sus correligionarios más veteranos oriundos de Europa Oriental, y fueron percibidos en mayor grado como inmigrantes cuyas aptitudes y capital podrían ayudar al desarrollo industrial del Brasil.

De este modo, ejerciendo una manipulación de su propia imagen y montándose en los prejuicios existentes, los líderes judíos convencieron a quienes diseñaban las políticas brasileñas que la inmigración judía poseía valor económico y político [4].

Así, las mismas imágenes tradicionales de judíos «urbanos, no afectos a las labores agrícolas, orientados a las finanzas e internacionalmente poderosos» que habían sido la base para el prejuicio y el odio, fueron a partir de 1938 crecientemente percibidas como indicadores de la utilidad del judío para el desarrollo económico del Brasil. Los estereotipos acerca de los judíos que habían sido previamente juzgados como negativos fueron reconceptualizados como positivos por algunos importantes funcionarios a nivel de decisión, dando así a miles de refugiados una oportunidad de sobrevivir.

Consecuentemente, entre 1933 y 1942 cerca de veinticinco mil judíos que huían del Nazismo, ingresaron legalmente al Brasil, pese al hecho de que el régimen de Vargas consideraba indeseable la inmigración judía.

Cuando en 1942 Brasil entró en la contienda junto a los Aliados, la colonización agrícola judía sirvió para legitimar la presencia de un grupo inmigrante que se había integrado en la sociedad brasileña.

[4] El antropólogo brasileño Roberto Cardoso de Oliveira desarrolló el concepto de manipulación de la identidad étnica en su artículo sobre *Identidad étnica, identificación y manipulación*, en: «América Indígena», vol. XXX, Nº 4, 1971.

En esas circunstancias, la creciente presencia de refugiados judíos podría ayudar a Brasil a cimentar su alianza con los Estados Unidos, transformándose aquéllos así en herramientas en un juego de política internacional.

Roger Bastide (1970) apunta como una de las posibles explicaciones para la persecución racial, a la combinación del sentimiento de frustración proyectado en un otro diferenciado, junto a la teoría de que aquellas minorías percibidas como competidoras por los recursos, se tornan objeto de dicha persecución.

Este es el caso de los refugiados judíos en Brasil, puesto que las clases trabajadoras y medias urbanas percibían crecientemente a los inmigrantes como competidores por la educación, los empleos y el rango social.

Habiendo aumentado su número cinco veces en dos décadas, y habiendo protagonizado muchos de ellos un exitoso ascenso económico, los inmigrantes judíos se tornaron un foco de atención para los intelectuales y funcionarios brasileños debido a su «excesiva visibilidad».

Después de los años de la Depresión, esta combinación de éxito económico y diferencia cultural había hecho a los judíos un blanco particular del señalamiento de los nativistas.

Los inmigrantes judíos se comportaron en Brasil de modo bastante acorde a las así llamadas «minorías intermediarias», puesto que poseían una especialización étnica, tendiendo a estar concentrados en un nicho ocupacional propio por ellos creado, especialmente en la industria textil. Entre los factores que influyen en el modo en que estas minorías intermediarias son percibidas por los miembros de la mayoría, es preciso sopesar su visibilidad como extranjeras, y en general su saliencia como grupos étnicos separados [5].

Lesser toma como uno de los puntos centrales a lo largo de todo su libro el tema de la ambigüedad de los judíos como «un grupo minoritario que era simultáneamente similar y diferente».

«Los judíos fueron considerados tanto capitalistas codiciosos como comunistas malvados —afirma—. Los judíos vivían en ciudades y nunca podrían ser agricultores. Eran calificados de criminales. Adicionalmente, eran demasiado exitosos». A esto se suma el hecho de que a menudo eran mantenidas a la vez «tanto las nociones filosemitas como las antisemitas, por muchos brasileños que describían minorías étnicas y raciales en forma estereotipada».

[5] Según WALTER ZENNER, *Middleman Minorities and Genocide*, en: WALLIMAN & DOBKOWSKI (eds.), «Genocide and the Modern Age. A Cross-Cultural Analysis». State of New York Press, 1987; IVAN LIGHT & EDNA BONACICH, *Immigrants Entrepreneurs. Koreans in Los Angeles 1965-1982*. University of California Press, Berkeley & Los Angeles, California, 1988. Para un estudio de caso sobre las minorías intermediarias en América Latina puede verse también BARGMAN, DANIEL y MIRTA BIALOGORSKI, *Articulación interétnica en medio urbano: judíos y coreanos en Buenos Aires*. Ponencia presentada en la VIII Conferencia Internacional de la Latin American Jewish Studies Association (LAJSA), Ciudad de México, 11-14 de noviembre de 1995.

El debate consistía por tanto en «cómo tratar con inmigrantes que eran considerados económicamente deseables aunque culturalmente indeseables».

Como manifiesta el autor, es «este choque entre las expectativas que la élite tenía respecto a los inmigrantes, y la inconformidad del judío respecto a tales expectativas lo que provee el eje para la mayor parte de este estudio».

Entre 1920 y 1930 alrededor de treinta mil judíos habían inmigrado al Brasil, convirtiéndolo en el tercer país receptor de este grupo en el continente americano después de los Estados Unidos y la Argentina. Pero en 1934 fueron establecidas cuotas inmigratorias a través de una nueva constitución, cuya clara posición nativista expresó la creciente xenofobia que se había impuesto en el Brasil urbano. A partir de 1935, Brasil comenzó a denegar visas a judíos.

La percepción de los judíos como un «otro» peligroso a quienes los derechos de inmigración debían ser denegados, se evidencia cuando diplomáticos brasileños en Polonia se quejaban de que la entrada de judíos creaba una «invasión de elementos degenerados, parásitos e inasimilables».

El nativismo brasileño había sido transformado en política antijudía. Poco antes del golpe que estableció el Estado Novo en 1937, fué emitida una circular secreta prohibiendo la concesión de visas a personas de «origen semita».

Pero llamativamente el creciente discurso público oponiéndose al ingreso de judíos, y las prohibiciones resultantes, no lograron detener la llegada de refugiados.

En lugar de desalentarse, los judíos se las ingeniaron para lidiar con las reglas de juego del sistema. La *Jewish Colonization Association* —por ejemplo— debido al tratamiento preferencial otorgado a los agricultores, comenzó a brindar asistencia a los inmigrantes residentes ayudándoles a sortear las trabas burocráticas.

Además, la ley era interpretada con ligereza, cuando no ignorada. Durante la Conferencia de Evian (Suiza), convocada en julio de 1938 para examinar las posibilidades para el reasentamiento masivo de refugiados judíos de Alemania y Austria, la posición del Brasil, a igual que la que prevaleció en los países americanos, fué opuesta a la aceptación de «refugiados no arios».

Pero paulatinamente se fue aflojando la cuerda: manteniendo sus puertas cerradas para los judíos pobres, el Estado Novo permitió el ingreso de aquéllos que eran poseedores de algún capital.

El nombramiento del «filosemita» Oswaldo Aranha como ministro de relaciones exteriores, conjuntamente con la presión internacional para que Brasil aceptase refugiados se vieron acompañados por un cambio de percepción entre los políticos de este país. En 1938 nuevas reglamentaciones contemplando la inmigración judía reabrieron las puertas del Brasil a tal grado que más judíos ingresarían entonces que en cualquiera de los diez años anteriores.

Cuando en agosto de 1942 Brasil entró en la contienda del lado Aliado, los judíos vieron una oportunidad de ser «buenos» ciudadanos y residentes del Brasil, combatiendo al mismo tiempo al antisemitismo.

En suma, a pesar de sus restricciones a la inmigración judía, Brasil estableció a juicio del autor una actitud relativamente liberal hacia los refugiados residentes.

Este estudio que enfoca las políticas oficiales y las ideologías de las élites merecería complementarse con una indagación acerca del imaginario popular.

Faltaría entonces una puesta en contexto de la imagen del judío en el continuum clasificatorio brasileño. Si se afirma que los judíos aquí aludidos eran percibidos como «no realmente europeos» o aún como «no blancos» para la élite, —¿puede acaso aseverarse lo mismo respecto de la percepción de las masas?—. Las reflexiones de Bastide acerca de que en Brasil cualquiera que cuente con algún antepasado blanco, es blanco según la idea social de raza, ofrecen un marco para la comprensión de la categorización popular en este país[6].

Por último, ante la afirmación de Lesser que «los judíos se encontraron singularizados por parte del gobierno brasileño para el tratamiento negativo puesto que —a diferencia de los japoneses— no contaban con una representación diplomática oficial», cabe preguntarse si acaso, como surge de este mismo trabajo, los organismos judíos brasileños e internacionales (como la JCA), así como los gobiernos de Gran Bretaña y los Estados Unidos no brindaron a los primeros un apoyo equivalente.

M. A. DANIEL BARGMAN
Grupo de Estudios sobre Etnicidad, Migraciones y Discriminación (EMyD)
Instituto de Ciencias Antropológicas, Universidad de Buenos Aires

MARCELLO CARMAGNANI, *Emigración mediterránea y América. Formas y transformaciones, 1860-1930*, Gijón, Archivo de Indianos, 1994, 204 pp.

Emigración mediterránea y América es uno de los títulos recientes con que la colección «Cruzar el charco» ha aportado desde diversas perspectivas a un mejor conocimiento de la emigración española —y no sólo española, como en este caso— durante sus etapas masivas. Carmagnani adopta en él la alternativa del ensayo histórico, al cual postula como la mejor manera de encarar el tema en el nivel de las hipótesis a confrontar. El enfoque «mediterráneo» global y el ordenamiento del texto en unos determinados capítulos responde a que de tal modo, según plantea el autor en una afirmación que puede ser fácilmente compartida, «se podía ver mejor el por qué la emigración mediterránea hacia América es incomprensible si se olvidan sus vinculaciones con la dinámica emigratoria europea y los nexos comunes

[6] BASTIDE, ROGER. *El prójimo y el extraño*. Buenos Aires, Amorrortu, 1970.

en cuanto a las transformaciones que acontecen en las áreas de origen».

La obra aborda en primer lugar la cuestión de las especificidades de la emigración mediterránea dentro de ese contexto europeo general, incorporando una cronología de la emigración en la que el *boom* alcanzado en 1870-90 en la Europa atlántica —quizás sería más pertinente hablar de la Europa nórdica— es sucedido por el de la Europa mediterránea, acaecido en 1890-1913. La causalidad de este último fenómeno denota la visión esencialmente optimista que Carmagnani posee acerca de la emigración, puesto que radica en el arribo de las sociedades mediterráneas a la contemporaneidad, definida por dos rasgos básicos: la libre movilidad de la población y la organización social fundada cada vez más en el individuo. Tal visión también puede advertirse en su eficaz arremetida contra las conexiones automáticas entre emigración y pobreza o densidad demográfica, que atribuye al predominio de las explicaciones malthusianas.

¿Cuáles serían los rasgos definitorios de la emigración mediterránea?. Para responder a la pregunta, Carmagnani encara un abordaje comparativo de los casos nacionales. El primer rasgo se hallaría así en la concentración en un número relativamente reducido de años del momento decisivo de la emigración, tanto italiana como española, lo cual lo lleva a la discutible conclusión —sobre todo para el primer caso— de que aquélla posee un carácter verdaderamente masivo sólo durante unos quince años (p. 28). Es que el método que el autor emplea para arribar a esta proposición no parece el más acertado. Al dividir por lustros el período 1876-1930 y calcular los porcentajes de participación de cada uno de ellos sobre el total de la emigración de cada país considerado (pp. 23-29), Carmagnani en realidad sólo establece valores relativos y no absolutos, de los cuales no es posible concluir en qué momento se alcanza el nivel de la emigración en masa. Es claro que en los tres lustros que van de 1901 a 1915 emigraron la mitad de los italianos que lo hicieron en el período global antes mencionado, así como en los tres lustros que transcurren entre 1906 y 1920 lo hicieron la mitad de los españoles, pero ello no basta para definir su carácter «masivo», pues los mismos valores pueden extraerse de una emigración que abarque a algunos millares de individuos que de otra que comprenda a centenares de miles. Por otra parte, las cifras proporcionadas en su momento por Mitchell que el propio Carmagnani incluye en p. 21 tienden a poner en tela de juicio su afirmación, al mostrar no sólo que la emigración se incrementó de manera muy aguda en Italia como mínimo veinte años antes de comienzos de este siglo, sino que abarcaba unas magnitudes muy distintas de las que contemporáneamente se registraban en España, por no hablar de Portugal. Y si pasamos a considerar la proporción emigrantes/población, verdadera medida de la masividad de una corriente emigratoria, las dudas se amplían, como lo muestran los datos de Ferenczi-Willcox (aún con los gruesos errores con los que se los transcribe en el cuadro 1.3., en que por ejemplo se consigna la absurda cifra de 1.630 emigrantes italianos sobre 10.000 habitantes para el año 1913). Menos defendible aún es el limitar el nivel «fisiológico» de la emigración hasta un quinquenio determinado empleando

tales datos porcentuales, cuando es también claro que el pasar por ejemplo del 3,6 al 6,8 por ciento sobre el total de la emigración —caso portugués entre 1876-80 y 1886-90— nada nos dice *per se* acerca de la posible transición desde ese nivel a otro más moderno en el cual actúan más eficazmente los mecanismos impulsores de la emigración.

Si es estimulante el rastreo que hace a continuación Carmagnani en cuanto a los ritmos comunes de las distintos flujos migratorios mediterráneos, es no menos polémica una segunda afirmación suya, la que se refiere al carácter complementario que progresivamente irían adquiriendo tales flujos, lo cual «queda patente si observamos que, cuando se reduce drásticamente el número de emigrantes italianos en el período 1916-1920, se incrementa en cambio el número de emigrantes españoles, y cuando éstos se reducen en el quinquenio 1926-1930, se produce el aumento del número de emigrantes portugueses» (p. 31). Afirmación polémica por varias razones. En primer lugar, porque en el quinquenio 1916-20 la emigración total española no aumentó con respecto al quinquenio anterior sino que disminuyó ligeramente, como demuestran los datos de Blanca Sánchez Alonso que Carmagnani incluye en el apéndice 1 (pp. 183-184). En segundo lugar porque no es posible emplear el concepto de complementariedad en términos globales, sin considerar los destinos específicos de cada flujo. Carmagnani no ingresa en este punto, aunque algunos de los datos que transcribe nos permiten hacer una comparación para el más importante de los destinos comunes de la emigración italiana y española: la Argentina. También aquí dichos datos desmienten lo afirmado por el autor: es verdad que entre 1911-15 y 1916-20 la emigración italiana disminuyó drásticamente (78,6%), pero la española con esa orientación tampoco aumentó en este caso, sino que se redujo de manera apenas menos marcada que aquélla (75,1%) (Cuadros 3 y 4 del apéndice, pp. 186-189). En tercer lugar, porque es muy difícil creer que la corriente portuguesa podía actuar como complementaria de las otras dos —si complementaria se entiende con el sentido que se le otorga en el libro, es decir sustitutiva—, cuando su monto total era entre cuatro y diez veces más pequeño y sus destinos eran casi completamente diferentes. Ello no implica invalidar el concepto de sustituibilidad potencial entre las corrientes, sólo que para emplearlo más apropiadamente parece indispensable hacerlo por destinos y probablemente para períodos reducidos. Si se adoptara tal línea, sería posible advertir por ejemplo que entre 1909-10 y 1911-12 la reducción de la emigración italiana a la Argentina y el crecimiento de la española es casi idéntico (44,7 y 42,9% respectivamente) y que la suma de los emigrantes de ambos pases es también muy similar para los dos bienios: 350.000 y 360.000 individuos respectivamemte.

El primer capítulo incluye otras afirmaciones discutibles por lo excesivamente generales —y decididamente equivocadas cuando se consideran casos particulares—, como la de que la competencia de la emigración mediterránea con la atlántica determinó la colocación de aquélla «en los rangos inferiores de los mercados de trabajo de los países de inmigración» (p. 43) o la de que «la emigración por grupo

familiar, indicadora de una emigración de tipo permanente, no era deseable ni para las áreas de expulsión ni para las áreas de atracción emigratoria» (p. 44). Pero quizás el punto más objetable del capítulo radique en la insistencia en explicar el fenómeno emigratorio a partir de una cierta «propensión a emigrar» —que a su vez se explicaría por sí misma en la medida en que surge de considerar el ritmo del propio flujo, es decir que se activaría cuando este último crece—. Esta tendencia se ve algo matizada en el segundo capítulo, puesto que aunque Carmagnani rechaza en distintos momentos las explicaciones de tipo *push-pull*, el análisis que allí realiza se asienta en gran medida en la creciente articulación entre los factores expulsivos y atractivos de población entre Europa mediterránea y América Latina. Por ello, el capítulo gana en interés con respecto al anterior, sobre todo cuando enfoca a la emigración de finales del siglo XIX como una discontinuidad dentro de la continuidad que venía representando la movilidad de la población rural mediterránea a lo largo de la centuria anterior. Nuevamente descarta aquí las explicaciones malthusianas para concentrarse en la necesidad que tienen los centros emisores de población de satisfacer las demandas de una economía internacional crecientemente mercantilizada y monetizada. Sobre este telón de fondo se produce la crisis agraria del último cuarto del siglo XIX que, combinada con un incrementó en la productividad por trabajador en el campo, tiene como consecuencia una marcada «descampesinización». En este punto, sin embargo, la línea argumental de Carmagnani vuelve a ser por momentos confusa —así, mientras en pp. 66-67 niega la existencia de una transformación productiva de la agricultura italiana en el último tercio del siglo XIX, en p. 77 la reconoce para los tres países, si bien con «intensidad diferenciada»—, conspirando contra una explicación global que resulta como mínimo atendible.

En cambio, el trabajo entra en otra zona oscura cuando aborda, en el mismo capítulo, «el repliegue de la gran emigración», momento que Carmagnani ubica en las dos primeras décadas de este siglo y en el cual la tendencia del fenómeno sería al estancamiento y luego a su caída, no obstante tratarse de un período de fuerte crecimiento demográfico. La afirmación aparece una vez más como difícil de sostener si consideramos, de acuerdo con las propias cifras incluídas en la pp. 183-84: a) que la tasa de crecimiento anual acumulativo de la emigración italiana total fue en 1891-1900 del 4,2 por ciento con respecto a 1881-90, mientras en 1901-10 se elevó a 7,8 por ciento con respecto a 1891-1900; b) que en valores absolutos, en 1911-20 se emigró más que en 1891-1900, pese a la guerra; c) que la declinación recién se produce en la tercera década del siglo y no antes; d) que la emigración española creció en 1891-1900 al 0,5 por ciento anual con respecto a 1881-90, mientras en 1901-10 lo hizo al 7,9 por ciento anual respecto a la década anterior, y que incluso en 1911-20 lo hizo al 2,7 por ciento anual —y al 5,2% si sólo se considera 1911-13—; e) que en valores absolutos aún en 1921-30 se emigró más que en 1891-1900; f) que si consideramos la media anual de la emigración intercontinental por cada 10.000 habitantes, de acuerdo a las cifras de Ferenczi-Willcox que nos proporciona el cuadro 1.3., en

1921-24 se emigraba más que en 1881-90 (en España incluso más que en 1891-1900); g) que sólo en el caso de la emigración portuguesa asistimos a una declinación de la tasa, pero aún allí el momento de máxima emigración, tanto en valores absolutos como respecto al total de la población se alcanza en vísperas de la Primera Guerra Mundial (ello siempre y cuando otorguemos crédito a la cifra —390.000 emigrantes— que surge de sumar los datos anuales para el período 1921-30 que provienen de Baganha y que Carmagnani incluye en p. 184, y no a la inverosímil de 995.000 para la misma década que aparece en p. 21); h) que el hecho de que la emigración italiana y española alcanza su punto álgido precisamente en los años previos a 1914 es ya un fenómeno muy conocido.

La tercera parte presenta una propuesta a priori interesante, cual es la de explorar las «instancias intermedias» que actuaban entre los factores macroeconómicos avanzados en los dos primeros capítulos y la esfera individual o familiar del emigrante. En ella se considera con cierto detalle el papel jugado en la emigración por los cambios que se van operando en la navegación, como la reducción en el tiempo del viaje (y por ende en el costo de oportunidad para el emigrante). También se aborda la cuestión de la financiación y el subsidio de los pasajes. Al hacerlo, Carmagnani no discrimina con precisión entre los distintos caminos seguidos por los países receptores al sostener (pp. 103-104) que los pasajes subsidiados por Brasil y Argentina «pueden haber jugado un papel importantísimo en la organización del flujo emigratorio desde los países mediterráneos, permitiendo la emigración de personas sin bienes e incapaces por lo tanto de acceder al crédito usurero», cuando es sabido que estamos en presencia de dos políticas estatales bien distintas y que, por lo que se refiere al caso argentino, el subsidio de los pasajes fue una experiencia sólo fugaz y de muy escasa incidencia sobre el flujo en el largo plazo. Más allá de tal imprecisión, este tercer capítulo es sin dudas el más logrado del conjunto, puesto que en el mismo el autor sintetiza de manera inteligente y amena el entrecruzamiento de intereses muy diversos (familiares, económicos, políticos, locales, etc.) que convertían la *propensión* a emigrar en una *opción* emigratoria concreta, a la vez que se mueve con mayor coherencia en la crítica del modelo *pull-push* que había propuesto al inicio de la obra.

Mucho más dudoso en cambio es que Carmagnani logre contestar de manera cabal las preguntas que se plantea en el último capítulo, es decir por qué los emigrantes mediterráneos optaron en ciertos momentos por América (entendiendo por tal a América Latina) y por qué lo hicieron por ciertos países en particular. En todo caso, las respuestas que aporta vuelven a ser muy discutibles. Entre ellas, su hipótesis (pp. 139-140) de que habría habido una transición —especialmente en el caso italiano, aunque también aplicable a las otras dos corrientes— desde la «emigración cautiva» a la «emigración libre», en la cual los pasajes pagados por los países receptores jugaron un papel crucial como desencadenantes de la emigración, para dejar luego su lugar a un mejor conocimiento del mercado internacional del trabajo por parte del emigrante como principal motor del proceso. Ello implica ignorar no sólo los severos límites —deliberados

o no— de las políticas atractivas de población de tales países receptores, sino incluso la propia literatura italiana contemporánea de las etapas tempranas de la emigración hacia América Latina, cuando la Argentina era casi unánimemente presentada como el ejemplo más nítido de país hacia el cual los emigrantes se dirigían de manera espontánea, es decir sin que mediara la intervención de ninguno de los dos Estados. Más discutible aún es que el autor ubique dentro de la forma «subsidiada» a la emigración española de un período tan avanzado como 1906-10 (pp. 141-142), cuando es muy claro que la atracción que ejercía la Argentina —que no repartía pasajes entre los potenciales emigrantes— era para entonces abrumadora sobre el conjunto de esta corriente.

Otro elemento de este capítulo no ya discutible sino francamente equívoco es el retorno al postulado —como vimos, ya avanzado en el primero— del carácter sustitutivo que la emigración española a la Argentina habría tenido con respecto a la italiana, lo cual supuestamente se demostraría por el hecho de que la población de aquel origen se multiplicó por 4,2 entre 1895 y 1914, mientras la italiana sólo lo hizo por 1,9 (pp. 133-134). Es quizás reiterativo insistir aquí en que los datos demuestran la falsedad de la afirmación. En todo caso, la población de origen italiano sigue entre las dos fechas la tendencia de la total de la Argentina, es decir se duplica. Lo que ocurre es que este país necesitaba en 1914 de muchos más inmigrantes que en 1895: 1,8 millones entre italianos y españoles frente a 0,7 millones respectivamente. Tales cifras, que surgen de sumar las que el mismo Carmagnani consigna en el párrafo antes mencionado, bastan para comprobar que no es que los españoles tendieran a emigrar más porque los italianos dejaban de hacerlo, sino que el ritmo de su corriente emigratoria era ahora superior —entre otras cosas porque se parte de niveles bajos— pero justamente lo era en un momento en que la corriente italiana llegaba también a sus niveles record.

Excepto por ciertos tramos en los que Carmagnani demuestra la pericia en el trabajo histórico que suele presidir sus obras, el libro que comentamos no cumple por lo tanto con las expectativas que despierta. Cabría preguntarse incluso si de lo que se habla es realmente de emigración mediterránea como conjunto, cuando lo que predomina es la tendencia a la comparación entre los «casos nacionales» italiano y español (incluso el portugués es considerado muy superficialmente, por no hablar de la ausencia absoluta de los demás países mediterráneos de relativamente alta emigración). Si poco se avanza en el enfoque mediterráneo global, menos aún se lo hace en otra perspectiva que de un abordaje más ajustado podría esperarse, cual es el de la comparación entre las experiencias emigratorias de determinadas regiones mediterráneas, sean éstas sub o supranacionales. En realidad, el texto se mantiene casi con exclusividad en la perspectiva del territorio regido por los Estados nacionales, casi sin descender al nivel de las regiones, lo cual tiene consecuencias no precisamente benéficas. Afirmar por ejemplo que en determinado momento el emigrante español tenía ya un conocimiento del mercado internacional que le permitía liberarse de la forma «subsidiada», sin aclarar si se está hablando de vascos, gallegos o andaluces, de población de origen

rural o urbano, con fuerte o débil tradición emigratoria, etc., no parece ser la mejor manera de aproximarse a la realidad multiforme de la emigración. Finalmente, y aunque no resulte agradable decirlo, el libro también defrauda por los numerosos errores que contiene, por sus no pocas afirmaciones contradictorias, por los errores en algunas de sus citas y en la transcripción de varios de sus datos, por el escaso cuidado en el mantenimiento de una línea argumental coherente en la mayoría de sus capítulos. Sería quizás deseable que Carmagnani retornara en un futuro no lejano sobre la problemática de la emigración mediterránea, con la visión a la vez integradora y abierta a los múltiples matices que el tema merece y de los cuales sin duda no carece un historiador como él, admirado con tan justas razones.

ALEJANDRO E. FERNANDEZ
Centro de Estudios Migratorios Latinoamericanos -CEMLA-

GIANFAUSTO ROSOLI, *Identità degli italiani in Argentina. Reti sociali, Famiglia, Lavoro.* Centro Studi Emigrazione. Edizione Studium, Roma, 1993.

Como en dos ocasiones anteriores, Gianfausto Rosoli se asocia a un emprendimiento para difundir, en este caso en la misma Italia, una parte de la vasta producción reciente acerca de la inmigración italiana. Tal intención, y la calidad reconocida de la producción en que se apoya, lo hace acreedor tanto a felicitaciones como a agradecimientos que eximirían de un comentario crítico. Por otra parte, catorce trabajos, relativos a temas diversos —amén de mi escasa experiencia en el tema— me invitan a no analizarlos en detalle sino a echar, a través de ellos, una mirada general sobre este sector de la producción historiográfica.

Tal como lo señalan ritualmente muchos de los trabajos, José Luis Romero y Gino Germani son los pioneros en este tipo de estudios, y los primeros en señalar la importancia de la inmigración masiva en la construcción de la sociedad argentina contemporánea. En *Las ideas políticas en Argentina*, aparecido en 1946, José Luis Romero organizó toda la historia de la sociedad y la política contemporáneas —habitualmente resuelta como "el período de las presidencias"— alrededor de la constitución de una "sociedad aluvial", y poco después Germani colocó la inmigración masiva en el centro de sus estudios sobre la estructura social (1954) y sobre los procesos políticos y sociales contemporáneos (1962). Ambos patrocinaron en la Universidad de Buenos Aires, a comienzos de la década de 1960, un vasto proyecto de investigación, desarrollado en un amplio número de investigaciones particulares que, de una u otra manera, se ordenaban en torno del modelo de la modernización, por entonces en boga. Muchas de ellas no llegaron a madurar, debido a la crisis universitaria de 1966, y lo que se conoció de aquel proyecto (parti-

cularmente los volúmenes *Argentina, sociedad de masas* y *Los fragmentos del poder*) fue en cierta medida aleatorio. Un par de rasgos quedaron sin embargo claros: se trataba de investigaciones macrosociales, y en ellas la inmigración resultaba la clave para comprender cada uno de los problemas que se estudiaba, desde el mercado de trabajo hasta la literatura.

En la década siguiente tal perspectiva fue criticada, y se hizo célebre el *dictum* de Tulio Halperin, uno de sus protagonistas: se trataba de un "falso problema". Efectivamente, a medida que la profesión avanzaba en la senda abierta en los sesenta, y que la investigación se iba haciendo más específica, la cuestión de la inmigración se iba disolviendo en una serie de problemas particulares: la producción, el mercado de trabajo, la política, las ideas..., que se fueron desarollando cada uno de ellos de acuerdo con su propia lógica, al tiempo que el paradigma de la modernización, que había unificado el enfoque original, caía rápidamente en desuso.

En ese desarrollo temático específico también crecieron, de manera notable, los estudios sobre inmigración, al punto que se trata hoy de una de las áreas más consolidadas tanto en producción como en institucionalización. Los estudiosos de la inmigración han definido con claridad un campo profesional y una problemática, cosa que no ocurre con muchas otras áreas temáticas de nuestra historiografía. En ese campo ha predominado ampliamente el estudio de las comunidades inmigratorias, vistas desde la perspectiva de la identidad étnica. Se ha cuestionado particularmente el concepto de "crisol de razas", que era central en la versión anterior. Además de un cambio de la perspectiva problemática, la elección de temas y la proposición de hipótesis, esto supuso una cierta manera de hacer historia: el pasaje de las perspectivas macrosociales a las microsociales, de las estructuras a las redes, la preocupación por lo simbólico: identidades, experiencias y cultura. En suma, siguiendo el movimiento general de la historiografía, de lo *"hard"* a lo *"soft"*, que en modo alguno significaba *"light"*. Por el contrario, el giro significó un avance hacia una historia social mucho más encarnada en la sociedad, en la gente, en la vida histórica.

Ese giro se advierte en prácticamente todos los trabajos de este volumen, empezando por el inicial de Favero, en el que propone las claves de una reconsideración de las clásicas fuentes estadísticas generales, para acercarlas a una comprensión más específica y humana de los actores sociales involucrados en la "inmigración masiva". También se advierte en todos ellos un elevado refinamiento metodológico así como un adecuado equilibrio entre estos aspectos más teóricos y la casuística interpretada. Un dato adicional, pero en mi opinión decisivo, de su calidad es el interés que todos ellos tienen cuando se los examina desde fuera del campo académico en el que fueron producidos, y se busca en ellos respuestas a preguntas diferentes de las que motivaron a los autores.

Así, por ejemplo, Carina Frid de Silberstein, estudiando la *"leadership"* rosarina de principios de siglo, y el emparentamiento de los ligures, ofrece —más allá del interés casi etnográfico de su trabajo— materiales para corregir o confirmar visiones sobre la consti-

tución de la clase alta a principios de siglo: las formas del ascenso, el paso de pequeños a grandes, y el giro o desaceleración en la movilidad social luego de 1880; el pasaje del capital comercial a financiero o inmobiliario; la formación de una élite política y su desempeño en los escenarios municipal y provincial.

Dedier Marquiegui y Mariela Ceva, en dos estudios referidos a la zona de Luján, aportan al tema de los trabajadores y el mercado de trabajo; el primero ha encontrado evidencia amplia acerca del ciclo ocupacional, la estacionalidad y la complementación de actividades, así como de las estrategias laborales familiares y la relación entre redes laborales y mercado de trabajo. Ceva ofrece una imagen precisa, aunque sin duda singular, de los mecanismos de reclutamiento de la mano de obra en una fábrica, así como de la constitución de la identidad obrera en una empresa que quiere ser un universo.

Un ejemplo pertinente para el tema hoy discutido del reformismo de principios de siglo, la cuestión social y la relación entre empresarios y trabajadores es presentado por Alejandro Fernández en relación con el mutualismo italiano en Mendoza. También la cuestión de cómo se construye un fragmento nuevo de sociedad aparece en este trabajo de Fernández —el asociacionismo se vincula con una construcción ab initio, y se retira cuando la tarea está concluida—, en el de Dora Barrancos sobre la Boca, o en el de Marquiegui, cuya comunidad ítalo-albanesa sorprende por la decisión férrea de mantener su identidad contra viento y marea.

La presencia de la Iglesia en la construcción de la sociedad argentina —un tema del que sabemos muy poco— se vislumbra en la Boca de Barrancos, con unos salesianos disputando en la calle el "universo simbólico" con los socialistas" —y en Luján—, suministrando trabajadores seguros a la fábrica estudiada por Ceva. En un registro diferente, el complejo mundo de la posguerra, y la difícil situación diplomática de la Argentina —que han dado lugar a grandes interpretaciones acerca del destino argentino— aparece en una perspectiva menos grandilocuente pero más sólida en el trabajo de Rosoli sobre las negociaciones entre Perón y la Italia republicana con motivo de la inmigración. La enumeración podría seguir, pero basta para demostrar que, fuera de los "inmigrólogos", muchos pueden abrevar en este volumen y en estos estudios, por otra parte tan específicos.

Uno de los catorce trabajos, el de Torcuato Di Tella, contrasta con el resto y permite medir la novedad de las orientaciones actuales: fiel a una perspectiva que fue característica de los sesenta, Di Tella propone una perspectiva sociológica del proceso de formación del escenario político argentino, en el que los actores, con una identidad rígida y casi cosificada, actúan según una coreografía mecánica, respondiendo directamente con sus acciones a los intereses generados en la estructura de la sociedad.

El contraste sirve para valorar la originalidad de las nuevas orientaciones, pero también para plantear algunas preguntas sobre sus fundamentos. Campea en todos los trabajos un estilo quizás excesivamente etnográfico, demasiado ceñido al mundo interior de cada comunidad. El concepto de redes sociales, fuertemente alusivo, puede resultar en ocasiones algo inasible e indefinido. Sobre todo,

me parece indispensable usarlo en plural, y atender a muchas redes que, en principio, parecen pasar por un campo diferente del de la etnicidad, como aquellas que detectó Adolfo Prieto en las sociedades nativistas de principios de siglo, animadas casi exclusivamente por inmigrantes. En suma, quizás habría que apuntar a una imagen menos comunitaria de las comunidades.

En muchos aspectos, estos trabajos son muy superiores a los del sesenta. Pero se me ocurre que los maestros han sido muertos, como corresponde, pero no se los ha remplazado aún. Creo que esta compilación está mostrando la necesidad de ir un paso más allá de la prolija reconstrucción de un tema, o del examen crítico de una tradición, y volver a plantear las preguntas generales acerca de la inmigración, que son sin duda las preguntas generales acerca de la historia argentina. Probablemente cada generación deba hacer la suya, y hoy se nota la falta de una versión que dé sentido más general al formidable avance monográfico. La comunidad académica quizá puede pasar sin ella. La sociedad no.

LUIS ALBERTO ROMERO
PEHESA, Instituto Ravignani
Universidad de Buenos Aires

GIOVANNI BONFIGLIO, *Los italianos en la sociedad peruana*, 2da. Edición, Lima, 1994, pp. 333.

G. Bonfiglio propone un acercamiento, desde una multiplicidad de fuentes, al estudio de la inmigración italiana en el Perú, intentando en todo momento explicar procesos y tendencias generales así como esbozar futuras perspectivas de análisis sobre temas específicos. El libro consta de seis capítulos, los cuales contribuyen en su conjunto a formar una idea acerca del proceso inmigratorio de los italianos al Perú, aunque son de composición diversa. El autor organiza su obra recurriendo constantemente a ejemplos específicos, la mayoría de los cuales se reiteran a lo largo del trabajo, complementados en cada capítulo con fuentes alternativas, que contribuyeron a enriquecer el marco de estudio. Destaca especialmente, las singularidades de la colonia italiana en el Perú respecto de otros países, en cuanto al origen regional, el perfil ocupacional y los mecanismos de inserción en la sociedad peruana, observando que las características propias de la colectividad italiana en los siglos XVI y XVII se han conservado con una sorprendente continuidad hasta el siglo XIX e inicios del actual.

En el capítulo primero, *Los orígenes de la presencia italiana en el Perú*, analiza el origen de los italianos (especialmente genoveses), arribados durante el período colonial, los cuales provenían por otra

parte, de España. En este sentido, G. Bonfiglio denomina a la inmigración, como una *inmigración escalonada* y no directa. A través de la reconstrucción de los itinerarios espaciales y ocupacionales de marinos genoveses establece las características propias de esta inmigración *temprana*, al mismo tiempo que señala las diferencias existentes respecto a los débiles flujos migratorios de otras regiones.

En una segunda etapa, profundiza el estudio del flujo de inmigrantes italianos, durante el siglo XIX, desligados en este momento de la conexión española, pero en que el patrón ocupacional y residencial sigue el siendo el mismo del período anterior. Otro tema central del capítulo I es el enfoque del proceso basado en los factores de expulsión y atracción, que condicionaron la llegada de inmigrantes. Respecto de los primeros, se basa fundamentalmente en aquellos elementos que afectaban a Liguria. Se trata de una inmigración que tuvo características peculiares dentro del conjunto de la italiana, por su precocidad, constancia y por el hecho de no haber sido nunca masiva. Este aspecto está vinculado, según G. Bonfiglio, con una *cultura de la movilidad*, la cual con el tiempo fue creando un hábito mental colectivo en las poblaciones de las riberas lígures, que las predisponía para los primeros síntomas de crisis en sus actividades comerciales. Finalmente, analiza la migración política que, si bien no fue numerosa, ejerció una fuerte influencia intelectual en las nacientes colonias italianas en las Américas. A pesar de la riqueza de información que presenta el capítulo, es en éste donde la orientación tradicional está más presente.

En el capítulo segundo, *Los italianos en Perú durante la época del guano (1840-80)*, luego de analizar las características generales sobre el crecimiento peruano en la época del guano y la conformación del flujo migratorio, de diversas zonas, estudia el rol jugado por los italianos en ese período. En este período, los recién llegados reproducen las pautas de inserción seguidas por otros italianos, siendo en ellos la movilidad ocupacional un rasgo típico. Estos ricos comerciantes italianos formaron parte de la primera élite empresarial que disputó el poder económico a ingleses y franceses, participando activamente en la creación y dirección de asociaciones e instituciones de ayuda, tendencia que se profundizó en el transcurso del tiempo. Finalmente, el autor se acerca al tema de las cadenas migratorias, analizando principalmente un caso de migración en cadena reconstruido a través de una biografía. Sin embargo, aunque se arriba en este caso a la utilización de un enfoque sobre el proceso migratorio diferente al utilizado en el transcurso de los primeros capítulos, su ingreso a través del análisis de una biografía no parece ser suficiente como para dimensionar el peso de las redes sociales en la migración italiana en el Perú.

En el capítulo tercero, *El contexto institucional e ideológico*, consiste en una síntesis sobre la situación reinante en Italia en el período 1840-80 y la relación con el gobierno peruano de los representantes diplomáticos italianos. Posteriormente analiza la función cumplida por las instituciones étnicas, las cuales en un primer momento tendían a satisfacer necesidades de servicios públicos locales que posteriormente irán abandonando paulatinamente.

Basado en un análisis político ideológico, el autor relaciona los acontecimientos políticos italianos con las actitudes asumidas por las instituciones italianas en el Perú, para pasar luego a analizar la posición de estas mismas instituciones respecto al gobierno peruano. Con respecto a las tendencias ideológicas, para Bonfiglio, existía una gran discrepancia entre las ideas republicanas y liberales de los inmigrantes italianos con su representación diplomática, la cual era decididamente monárquica; explicando esto la actitud de autonomía de la élite dirigencial de la colonia italiana de la época respecto a sus diplomáticos.

En el capítulo IV, *La inmigración italiana en el Perú durante el período 1880-1940*, en primer lugar realiza un acercamiento demográfico a la inmigración italiana en dicho período, analizando las tendencias más destacables, por ejemplo la disminución de la inmigración, la concentración en Lima, el incremento de grupos familiares completos y el envejecimiento de la población italiana. Nuevamente el autor luego de establecer características generales de las migraciones hacia los otros países, reafirma que en Perú solo había lugar para un pequeño contingente de inmigrantes, dedicados a actividades mercantiles independientes predominando los factores de atracción sobre los de expulsión. Por eso cuando las posibilidades de incorporación de nuevos inmigrantes dedicados a actividades económicas independientes se restringieron, el flujo inmigratorio italiano hacia el Perú se contenía circunscribiéndose a la reposición a través de cadenas migratorias, y a la llegada de pequeños núcleos de nuevos inmigrantes que arribaban casi ocasionalmente. Finalmente, en este capítulo el autor analiza las diferentes oportunidades y las posibilidades de orientación del flujo masivo que se daba durante la primera década de este siglo. Contrariamente al minucioso análisis del capítulo I sobre las causas del alto porcentaje de inmigrantes italianos en el Perú, el capítulo IV ofrece escasos elementos interpretativos del porqué de su notable descenso, limitándose a explicar las razones a un predominio de los factores de atracción sobre los de expulsión. La variedad de fuentes en este capítulo disminuye notablemente e introduce nuevamente la presencia de las cadenas migratorias como único mecanismo utilizado durante este período para emigrar. Siendo este mecanismo estudiado superficialmente y descartando toda posibilidad de análisis de los propios inmigrantes.

En el capítulo V, *La colonia italiana durante la República aristocrática*, se basa en una síntesis de los rasgos que se destacan principalmente los relativos al predominio del pequeño comercio, aunque ingresa en una fase de descenso; la diversificación económica, hacia las ramas más dinámicas de la economía peruana; el crecimiento económico y la diferenciación interna. Analiza la evolución de las pulperías, las cuales fueron desapareciendo paulatinamente de la escena urbana, sobre todo desde 1920. Sin embargo será el impulso dado por las posibilidades de diversificación económica por parte de una nueva generación más calificada que aspiraban a algo más que la pulpería el centro de este análisis. Retomando en este capítulo el tema de la élite empresarial y analizando el perfil del migrante y la función de liderazgo que desempeñaron en las instituciones de la co-

lonia italiana; constituyendo una élite empresarial dinámica e innovadora. En este sentido, se analizan diferentes ejemplos de diversificación de la producción. Extensión de este esquema fue la fundación del Banco Italiano, también analizada por Bonfiglio.

Entre las otras características analizadas, se aprecia el cambio ideológico producido en ese período, el cual marcó una diferencia importante entre la vieja colonia y la reciente. La influencia del fascismo en la colonia italiana fue promovida por las instancias oficiales diplomáticas las cuales tuvieron más injerencias sobre las instituciones étnicas que en el período anterior. Para G. Bonfiglio en el Perú el fascismo no fue tanto un fenómeno político, sino étnico, es decir, la adhesión de muchos inmigrantes a esa corriente política fue condicionada por la necesidad de cambiar la propia imagen colectiva.

En el capítulo VI, *Casos Regionales*, analiza la presencia italiana en el Valle de Chincha, y en Ica y Tacna. En cada uno de ellos, se intenta describir la situación económica y social en la que estaban insertos los italianos, considerando el papel desempeñado por las cadenas migratorias como reguladoras del flujo migratorio destinado al trabajo y las diferencias regionales. En este caso la información ha sido utilizada en la mayoría de los ejemplos teniendo en cuenta el esquema interpretativo de los capítulos anteriores.

Como ya señalamos, G. Bonfiglio realiza un estudio donde se presentan las características fundamentales de la inserción de los inmigrantes italianos en la sociedad peruana, basándose en numerosas fuentes, como por ejemplo archivos parroquiales, censos de extranjeros de Lima, cartas e informes de los Archivos Diplomáticos del Perú y del Ministerio de Relaciones del mismo país. El análisis es, como acota Bonfiglio, un primer acercamiento al tema, postergando para futuras investigaciones el desarrollo de otros, como por ejemplo el proceso de integración, el cual no ha sido expuesto en profundidad.

MARIELA G. CEVA

Referencias de los colaboradores de este número

DIRK HOERDER
Universität Bremen
Labor Migration Project, FB 8
Pf 33 04 40
D-28334 Bremen, GERMANY

FRANCA IACOVETTA
MICHAEL QUINLAN
Dept. of History
University of Toronto
Fax: 4169784810

OSCAR ALVAREZ GILA
Ameriketako Historia Saila
C/ San Roque, 13 - 5º B
E-48920 PORTUGALETE (Bizhaia)
ESPAÑA

ALINA FRAPICCINI
GABRIEL RAFART
DANIEL LVOVICH
Grupo de Estudios de Historia Social
Universidad Nacional del Comahue
Neuquén
ARGENTINA

ROGER GEYMONAT
Calle Defensa 2222, Apt. 3
MONTEVIDEO
URUGUAY

TOSHIO YAÑAGUIDA
TAEKO AKAGUI
Keio University
Dept. of History
Mita 2-15-45 Minatu-ku
TOKYO 108
JAPAN

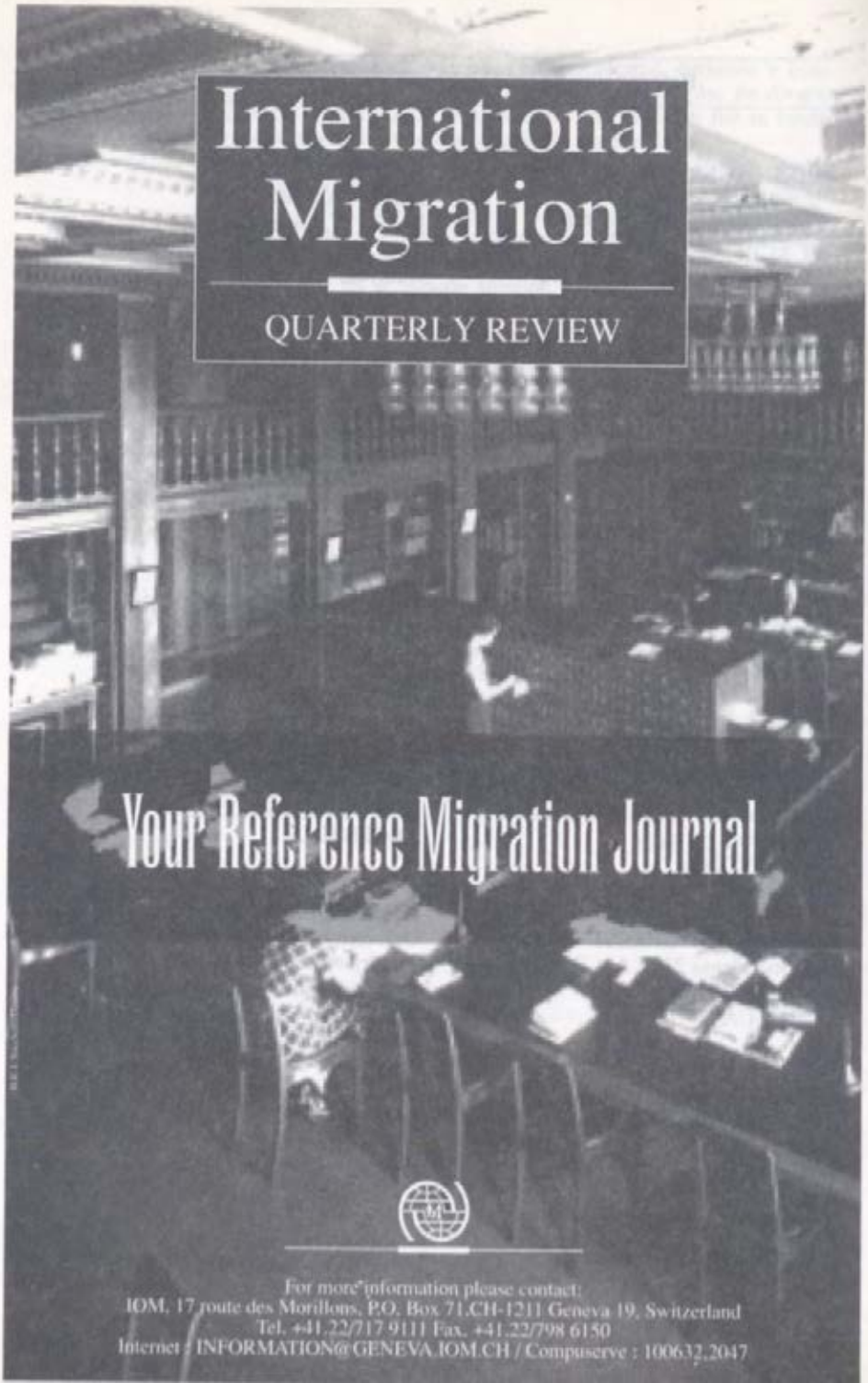
HISATOSHI TAJIMA
Profesor Adjunto
Faculty of Humanities
Josai International University
Gumyo1, Togane-shi,
Chiba-ken 282, JAPAN

CHIYOKO MITA
Sophia University
Faculty of Foreign Studies
7-1 Kioicho, Chiyoda-ku Tokyo
102 JAPAN

KEIKO IMAI
Sophia University
Institute of International Relations
7-1 Kioicho, Chiyoda-ku
TOKYO 102
JAPAN

MARCELO G. HIGA
Blanco Encalada 2681 - 8º A
1428 - BUENOS AIRES
ARGENTINA

IGNACIO KLICH
University of Westminster
Faculty of Law
Languages and Communication
9-18 Euston Centre London
NW1 3ET INGLATERRA


International Migration
QUARTERLY REVIEW
Your Reference Migration Journal
For more information please contact:
IOM, 17 route des Morillons, P.O. Box 71,CH-1211 Geneva 19, Switzerland
Tel. +41.22/717 9111 Fax. +41.22/798 6150
Internet : INFORMATION@GENEVA.IOM.CH / Compuserve : 100632,2047

ISSN 1022-3045

OIM ORGANIZATION INTERNACIONAL PARA LAS MIGRACIONES
IOM INTERNATIONAL ORGANIZATION FOR MIGRATION

REVISTA DE LA OIM SOBRE MIGRACIONES EN AMERICA LATINA

IOM LATIN AMERICAN MIGRATION JOURNAL

VOL. 13 - Nº 2 - 1995

MOVILIDAD TRANSFRONTERIZA DE PERSONAS Y PROCESOS DE INTEGRACION REGIONAL EN AMERICA LATINA

K. Hermann Kratochwil

LA MIGRACION EN LA REGION: NOTAS DE ACTUALIDAD

RESUMENES DE DOCUMENTOS SOBRE MIGRACIONES INTERNACIONALES

VOL. 13 - Nº 2 - 1995

CROSS-BORDER POPULATION MOVEMENTS AND REGIONAL ECONOMIC INTEGRATION IN LATIN AMERICA

K. Hermann Kratochwil

MIGRATION IN THE REGION: CURRENT EVENTS

DOCUMENTS ON INTERNATIONAL MIGRATION: ABSTRACTS

Para mayor información, favor dirigirse a:
For further information, please contact:

CIMAL
Centro de Información sobre Migraciones en América Latina
Centre for information on Migration in Latin America
Casilla 781, Santiago, Chile

E-mail: CIMAL@REUNA.CL - Fax: (562) 2049704
Teléfono: (562) 2746713 - Telex: 440410

JOURNAL OF
American
Ethnic
History

Volume 14 Number 4 Summer 1995

CONTENTS

Gender, Schooling and Teaching, and the Nisei in Hawai'i: An Episode in American Immigration History, 1900-1940
EILEEN H. TAMURA

The Molly Maguires in Popular Culture
KEVIN KENNY

REVIEW ESSAYS

Interdisciplinary Perspectives on Rural Immigration and Ethnicity
WALTER KAMPHOEFNER

Out of the Carnage and into the Crucible: Southeast Asian Refugee's Journey from Old Worlds to a New One
ELLIOTT R. BARKAN

REVIEWS

Published Quarterly
The official journal of the Immigration History Society.

Subscription rates:

Individuals: 1 year, $30; 2 years, $55; 3 years, $75
Institutions: 1 year, $60; 2 years, $108; 3 years, $145
Student: 1year, $15; **Patrons:** 1year, $100
For domestic first-class mail add $24 per year
For all subscriptions outside U.S.A., add $24 per year
for surface mail or $44 per year for airmail.

transaction

TRANSACTION PERIODICALS CONSORTIUM
Department 2000, Rutgers - The State University, New Brunswick, NJ 08903

Altreitalie

Rivista internazionale
di studi sulle popolazioni
di origine italiana nel mondo

*International journal
of studies on the peoples
of Italian origin in the world*

Numero 13 **Gennaio-Giugno 1995**

SAGGI
Identità etnica e cultura materiale in Brasile

- «Mi son talian»: considerazioni sull'identità etnica dei discendenti degli italiani nel Rio Grande do Sul, *Ari Pedro Oro*

- Immigrati italiani in Brasile: identità culturale e integrazione, *Pasquale Petrone*

- I Bosworth, Emma Ciccotosto e *Fremantle's Italy*, o lo studio dell'italianità nell'Australia occidentale, *Richard J. B. Bosworth*

DIBATTITO
***«Le migrazioni italiane in Argentina»* di Fernando J. Devoto**

Considerazioni introduttive
Paola Corti e Dora Marucco

Reti sociali e identitá
Gianfausto Rosoli

Alcune considerazioni sugli schemi interpretativi
Franco Ramella

Replica dell'autore
Fernando J. Devoto

RASSEGNA

Costo annuale degli abbonamenti: Abbonamento L. 60.000, Abbonamento sostenitore, L. 500.000, da versare su c.c.p. 25611104 intestato a Edizioni della Fondazione Giovanni Agnelli, Torino.

Edizioni della Fondazione Giovanni Agnelli
Via Giacosa, 38, 10125 Torino, Italia
Tel. (011) 658666/6503434 - Telex 224565 FONDTO I - Telefax (011) 6502777

CENTRO STUDI EMIGRAZIONE BIBLIOTECA ROMA

NOTICIARIO DE HISTORIA AGRARIA

Revista Semestral del Seminario de Historia Agraria (SEHA)

ENERO-JUNIO 1994 • Nº 7

DEBATES DEL SEHA: El crédito rural como factor de cambio agrario

TELLO ARAGAY, Enric: El papel del crédito rural en la agricultura del Antiguo Régimen: desarrollo y crisis de las modalidades crediticias (1600-1850).

MARTINEZ SOTO, Angel Pascual: El papel del crédito y la financiación en la agricultura capitalista (1850-1970). Una primera aproximación a un campo multifactorial.

ESTUDIOS

WINDLER-DIRISIO, Christian: Campesinos pobres y absolutismo reformista.

DE LA TORRE, Joseba: Coyuntura económica, crédito agrícola y cambio social en Navarra, 1750-1850.

GARRIDO HERRERO, Samuel: Alentar y obstruir. Las vacilaciones de la política estatal sobre cooperatismo en los inicios del siglo XX.

FUENTES

GUTIERREZ BRINGAS, Miguel Angel: Los cuadernos generales de la riqueza (1818-1820): La localización de una fuente histórica en España.

BIBLIOGRAFIA

MORGAN, Raine: Lista y revisión de artículos sobre la historia agraria de Gran Bretaña e Irlanda, 1992.

ENCUENTROS - CRITICA Y RESEÑA DE LIBROS - TESIS DOCTORALES Y PROYECTOS DE INVESTIGACION - NOTICIAS DEL SEHA

CONSEJO DE REDACCION: Carlos Barciela (Univ. de Alicante), Lourenzo Fernández Prieto (Univ. de Santiago de Compostela), Ramón Garrabou (Univ. Autónoma de Barcelona), Manuel González de Molina (Univ. de Granada), José M. Martínez Carrión (Univ. de Murcia), Jesús Millán (Univ. de Valencia), María Teresa Pérez Picazo (Univ. de Murcia), Vicente Pinilla (Univ. de Zaragoza), Ricardo Robledo (Univ. de Salamanca), José A. Sebastián Amarilla (Univ. Complutense de Madrid), Juan Francisco Zambrana (Univ. de Málaga).

Editor: J. M. Martínez Carrión. Dpto. de Sociología e Historia Económica. Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales. UNIVERSIDAD DE MURCIA. C/. Ronda de Levante, 10 - 30008 MURCIA.

SUSCRIPCIONES:
SEMINARIO DE HISTORIA AGRARIA (SEHA)
Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales
Universidad de Zaragoza
C/. Dr. Cerrada. 1m E-50005 Zaragoza
Teléfonos (976) 233551 ó 231341
Número Fax (976) 232762

INTERCAMBIO
Secretariado de Publicaciones e
Intercambio Científico
UNIVERSIDAD DE MURCIA
C/. Santo Cristo, 1
30001 MURCIA (ESPAÑA)